# Pisando los talones

Henning Mankell

Prólogo

Poco después de las cinco, la lluvia había cesado por completo. El hombre que se encontraba en cuclillas junto al grueso tronco del árbol empezó a quitarse lentamente el chubasquero. La lluvia, poco intensa, no había durado más de media hora. Sin embargo, la humedad le había empapado la ropa. Ante la idea de pillar un resfriado precisamente entonces, en pleno verano, le entró un arrebato de ira. Acabó de quitarse el chubasquero, lo dejó en el suelo y se levantó. Tenía las piernas entumecidas, así que empezó a balancear el torso hacia delante y hacia atrás, para reactivar la circulación de la sangre, al tiempo que echaba una ojeada a su alrededor.

Sabía que aquellos a quienes esperaba no llegarían hasta las ocho, tal y como habían planeado. No obstante, existía el riesgo, aunque mínimo, de que otras personas se acercasen paseando por alguno de los senderos que serpenteaban por el parque natural. Esto era lo único que no podía prever, lo único de lo que no podía estar seguro.

Pese a todo, no sentía la menor inquietud. Era la noche de San Juan. En el parque no había ni zona de camping ni lugares expresamente destinados a la celebración de la fiesta. Por otro lado, las personas a las que esperaba habían elegido el sitio con extremo cuidado, pues no querían que nadie los molestase.

Hacía ya dos semanas que habían decidido dónde iban a reunirse. Por aquel entonces, él ya llevaba varios meses siguiéndolos muy de cerca. Al día siguiente de que ellos se decantaran por aquel lugar, él fue a echarle un vistazo, procurando que nadie se fijase en él mientras caminaba por el parque. Hubo un momento en que una pareja de ancianos apareció por uno de los senderos, así que se escondió tras un arbusto hasta que se alejaron.

En cuanto dio con el lugar que habían elegido para su particular fiesta de la noche de San Juan, comprendió que se trataba de un rincón ideal. Se hallaba situado en una hondonada, rodeada de espesos matojos y, algo más retirados, algunos arbustos.

No podían haber escogido un lugar mejor. Ni para sus propios fines, ni para los de él.

Ya se estaban dispersando las nubes y, tan pronto como salió el sol, subió la temperatura.

Aquel mes de junio había resultado bastante frío en Escania. Todas las personas con las que había hablado de eso se habían quejado de lo frías que habían sido aquellas primeras semanas de verano. Y él se había mostrado de acuerdo.

Él siempre se mostraba de acuerdo.

De hecho, solía decirse que ésa era la única manera de escabullirse, de evitar cuantos inconvenientes se presentasen en su camino.

Era un arte que había aprendido a dominar. El arte de mostrarse de acuerdo.

Contempló el cielo y comprobó que no amenazaba lluvia. La primavera y el inicio del verano se habían presentado realmente fríos, pero ahora que empezaba a anochecer, precisamente la noche de San Juan, el sol se había decidido a salir.

«Será una noche muy hermosa», se dijo, «además de memorable.»

Se percibía el olor a hierba mojada. Mientras oteaba el mar, a la izquierda de la pendiente, oyó el aletear de un pájaro.

Se puso de pie y escupió la bolsita de tabaco que había estado masticando y que ya empezaba a chorrearle por las comisuras de los labios, y la aplastó contra el suelo.

Nunca dejaba huellas tras de sí. Nunca jamás. Aunque a menudo pensaba que debería dejar de masticar tabaco. Era un mal hábito que no encajaba con su personalidad.

Habían acordado reunirse en la ciudad de Hammar.

Resultaba el lugar más adecuado, ya que unos venían de Simrishamn, y otros saldrían de Ystad. Desde Hammar, partirían hasta el parque natural, estacionarían los coches y se pondrían en marcha hacia el sitio elegido.

En realidad, no había sido una decisión tomada de improviso ni tampoco discutida, pues durante mucho tiempo habían barajado propuestas diferentes. Sin embargo, el día en que uno de ellos propuso este rincón del parque, todos lo aceptaron sin vacilar. Tal vez porque el tiempo apremiaba y aún les quedaban muchos preparativos que ultimar. Faltaba ya poco para el gran día. Uno de ellos quedó al cargo de la comida, y otro se responsabilizó de ir a Copenhague y alquilar los disfraces y las pelucas necesarias. No querían dejar ni el menor detalle al azar.

Asimismo, estaban preparados por si hacía mal tiempo.

A las dos de la tarde de la víspera de San Juan, el encargado del material guardó un gran protector de plástico en una bolsa de deporte, en la que también metió un rollo de cinta adhesiva y unas cuantas varillas de metal ligero. Iban a pasar la noche a la intemperie aunque lloviese, pero no querían mojarse.

Lo habían planeado todo hasta el último detalle. Pese a todo, sucedió algo que nadie habría podido prever.

Uno de ellos se puso enfermo de forma repentina.

Era una joven, tal vez la que más entusiasmo había mostrado ante la fiesta de San Juan. No hacía ni un año que conocía al resto del grupo.

Aquella mañana se había levantado temprano con una ligera sensación de mareo. Al principio pensó que no eran más que nervios, pero, horas después, a eso de las doce, empezó a vomitar y le subió la fiebre. Aunque no perdió la esperanza de que se le pasaría, a las dos de la tarde, cuando llamaron a la puerta para recogerla, no tuvo más remedio que admitirlo: estaba enferma.

De ahí que sólo tres de ellos se reunieran en Hammar poco antes de las siete y media de la tarde, horas antes de la fiesta de San Juan. Sin embargo, no se dejaron abatir por este contratiempo. Tenían experiencia y sabían que eran cosas que pasaban, que nadie podía estar preparado ante una contingencia como aquélla.

Estacionaron los coches fuera del recinto del parque natural, cogieron sus cestos y sus bolsas y desaparecieron por uno de los senderos. Uno de ellos creyó oír a lo lejos las notas de un acordeón. Por lo demás, no se percibía más que el canto de algunos pájaros y el lejano rumor del mar.

Cuando llegaron al lugar elegido, comprendieron enseguida que no se habían equivocado. Allí nadie los importunaría y podrían aguardar el amanecer sin sobresaltos.

El cielo estaba totalmente despejado.

La noche de San Juan sería una noche clara.

Ya a principios de febrero, un día en que surgió la conversación de cuánto ansiaban la claridad de aquella noche, habían empezado a planear esa fiesta. Bebieron más vino de la cuenta y durante largo rato discutieron acerca de lo que significaba exactamente la palabra «penumbra».

¿En qué momento se iniciaba aquel estadio intermedio entre la luz y la oscuridad? ¿Podía describirse con palabras una tierra en penumbra? ¿Cuánto podía ver el ojo humano en aquel lapso de tiempo en que la luz era muy débil, la sombra creciente, y uno se sentía flotar en un estado indescriptible, impreciso y escurridizo?

No llegaron a ponerse de acuerdo y la cuestión de la penumbra quedó sin resolver. Pero aquella noche sí lograron bosquejar el plan para su fiesta.

Una vez en la hondonada, dejaron los cestos en el suelo y se retiraron, cada uno a un rincón, para cambiarse de ropa al abrigo de los espesos arbustos, de los que colgaron los espejos de mano que llevaban para comprobar que se ponían bien las pelucas.

Ninguno de ellos tenía la menor sospecha de que, a cierta distancia, un hombre observaba sus complejos preparativos. Ajustarse bien las pelucas era lo más fácil. Más complicado resultaba ponerse los corpiños y las enaguas, o los pañolones y los alfileres, por no hablar de las gruesas capas de polvos de maquillaje. Todo tenía que ser auténtico. Ciertamente, jugaban a un juego, pero jugaban muy en serio.

Habían dado las ocho cuando salieron de detrás de los arbustos. Se miraron de hito en hito, sobrecogidos los tres. Una vez más, habían salido de su propia época para introducirse en otra muy distinta. La época de Bellman[[1]](#footnote-1).

Se acercaron unos a otros poco a poco y rompieron a reír; no obstante, la seriedad volvió enseguida a sus semblantes. Extendieron un gran mantel, sacaron los víveres que llevaban en los cestos y pusieron una casete donde habían grabado varias de las Epístolas de Fredman, de Bellman.

Y empezó la fiesta. Después, cuando el invierno llegase de nuevo, tendrían el consuelo de recordar esa noche.

En aquellos momentos estaban forjando un nuevo secreto que sólo les pertenecía a los tres.

Estaba ya próxima la medianoche y aún no se había decidido.

No tenía por qué darse prisa, pues sabía que se quedarían hasta la mañana. Tal vez incluso tuviesen pensado dormir allí hasta las primeras horas del día.

Conocía sus planes hasta el más mínimo detalle, y dicho conocimiento le procuraba una sensación de absoluto dominio de la situación.

«Sólo quien domina la situación está en condiciones de escabullirse.»

Pasadas las once, al oírlos ya borrachos, se desplazó con sumo cuidado hasta el punto que había elegido desde su primera visita al lugar: un espeso matorral, situado en lo alto de la pendiente, que le brindaba una visión completa de cuanto ocurría en torno al mantel azul claro. Además, desde allí, podía acercárseles al máximo sin que ellos lo viesen. De vez en cuando se apartaban del mantel para hacer sus necesidades. Él veía hasta sus menores movimientos.

Era ya más de medianoche. Pero él seguía esperando. Y lo hacía porque dudaba.

Había algo que no encajaba en los planes previstos. Algo había ocurrido. Tendrían que haber sido cuatro, pero uno de ellos no se había presentado. Se preguntó por los posibles motivos. «No hay ninguna explicación», concluyó. Habría concurrido una circunstancia inesperada. Tal vez la joven había cambiado de opinión, o, quién sabe, habría caído enferma.

Escuchó con atención la música, las risas. A veces se imaginaba a sí mismo sentado junto al mantel azul, con una copa en la mano. Tenía pensado probarse después una de las pelucas. Quizá también alguno de los disfraces. ¡Había tantas cosas que podía hacer! No había límites. Su control no habría sido mayor si hubiera podido volverse invisible.

Continuó aguardando. El volumen de las risas ascendía y descendía. Un ave nocturna planeó veloz por encima de su cabeza para luego desaparecer.

Dieron las tres y diez de la madrugada.

No quería esperar más. Había llegado el momento; un momento de esa línea temporal sobre la que él ejercía su control.

Casi nunca se ponía su reloj de pulsera. Sin embargo, el tictac de horas y minutos se dejaba oír sin cesar en su interior. Sabía qué hora era, pues tenia dentro un mecanismo de relojería que nunca fallaba.

Abajo, en torno al mantel azul, reinaba la calma. Los tres escuchaban la música abrazados. Él sabía que no dormían, aunque sí se hallaban sumidos en el estadio más profundo de sus ensueños y eran incapaces de imaginar siquiera que él estuviese muy cerca, detrás de ellos.

Sacó la pistola con silenciador que había dejado junto a sí, sobre el chubasquero doblado en el suelo. Echó un vistazo y se deslizó después, ligeramente agazapado, hasta el árbol que se hallaba justo detrás del grupo. Entonces se detuvo unos segundos. No habían oído nada. Miró de nuevo a su alrededor y comprobó que nadie merodeaba por allí. Estaban solos.

Salió de detrás del árbol y les descerrajó un tiro en la frente a cada uno. No pudo evitar que salpicase algo de sangre sobre las pelucas blancas. Fue tan rápido que ni siquiera alcanzó a tomar conciencia de lo que estaba haciendo.

Pese a todo, allí estaban los tres, tendidos y muertos ante él. Abrazados, tal y como se hallaban unos segundos antes.

Apagó el radiocasete. Aplicó el oído. Oyó el gorjeo de los pájaros. Lanzó otra mirada a su alrededor, pero, por supuesto, no había nadie. Dejó la pistola sobre el mantel, no sin antes extender una servilleta. Él nunca dejaba rastro alguno.

Luego se sentó a contemplar a aquellos que habían estado riendo hacía un momento pero que ahora yacían muertos.

Se le ocurrió pensar que la idílica escena no se había modificado lo más mínimo. «La única diferencia es que ahora ya somos cuatro, conforme al plan inicial.»

Se sirvió una copa de vino tinto. En condiciones normales, él no bebía. Pero en esta ocasión no pudo evitarlo. Después se ajustó una de las pelucas. Probó la comida, aunque no estaba especialmente hambriento.

A las tres y media, se levantó.

Aún le quedaba mucho por hacer. El parque natural era un lugar frecuentado por personas madrugadoras. Si alguien, contra todo pronóstico, abandonase el sendero para acercarse a la hondonada, no hallaría el menor rastro de lo sucedido.

Al menos, no todavía.

Lo último que hizo antes de abandonar el lugar fue registrar las bolsas y la ropa de los jóvenes. Y, en efecto, encontró lo que buscaba. Los tres llevaban encima el pasaporte. Se guardó los tres documentos en el bolsillo de su cazadora; más tarde los quemaría.

Un último vistazo, antes de echar mano a una pequeña cámara y sacar una foto.

Sólo una.

Aquello era como contemplar un cuadro que representase una excursión en el siglo XVIII.

La única diferencia consistía en que alguien había salpicado la imagen de sangre.

Era la mañana de San Juan. El sábado 22 de junio de 1996[[2]](#footnote-2).

Parecía que el buen tiempo iba a mantenerse.

El verano había llegado por fin a Escania.

Primera parte

1

El miércoles 7 de agosto de 1996, Kurt Wallander estuvo a punto de morir en un accidente de tráfico al este de Ystad.

Sucedió poco después de las seis de la madrugada. Acababa de cruzar Nybrostrand, en dirección a Österlen, cuando de repente vio surgir delante de su Peugeot un camión que venía directo hacia él. En cuanto oyó el claxon del camión, dio un volantazo y se salió al arcén. En ese momento lo atenazó el miedo. El corazón empezó a latirle bajo el pecho, y luego sintió tal mareo, tal vértigo, que creyó que iba a desmayarse. Durante un buen rato mantuvo las manos aferradas al volante de forma compulsiva.

Una vez que hubo recuperado la calma, se dio cuenta de lo que había ocurrido. Se había dormido al volante. Sólo había dado una cabezada, apenas duró una fracción de segundo, pero fue suficiente para que su viejo vehículo invadiera, haciendo eses, el carril opuesto.

Un segundo más y ahora estaría muerto, aplastado bajo el peso del camión.

La idea lo dejó helado por un momento. Lo único que le venía a la cabeza era aquella ocasión, hacía ya algunos años, en que le faltó poco para chocar contra un alce a las afueras de Tingsryd.

Pero entonces había niebla y estaba oscuro. En cambio, esta vez se había dormido al volante.

El cansancio.

No lo comprendía. Le había sobrevenido sin previo aviso, poco antes de marcharse de vacaciones, a principios de junio. Precisamente este año había decidido tomarse el descanso a comienzos del verano. Pero la lluvia le había amargado las vacaciones. Hasta que no se hubo incorporado al trabajo, poco después de San Juan, no llegó el buen tiempo a Escania.

Desde entonces, el cansancio ya no le había abandonado. Era capaz de quedarse dormido sentado en una silla. Incluso tras una larga noche de sueño ininterrumpido, tenía que hacer un esfuerzo para levantarse de la cama. Con frecuencia, cuando iba al volante, se veía obligado a pararse un rato en el arcén para echar una cabezada.

No comprendía aquel cansancio. Su hija Linda le había preguntado al respecto durante la semana de vacaciones que habían pasado juntos y en la que habían viajado en coche por Gotland. Fue una de las últimas noches, y estaban alojados en una pensión de Burgsvik. Había hecho una tarde magnífica. Habían pasado el día deambulando por el extremo sur de Gotland y, antes de regresar a la pensión, cenaron en una pizzería.

Linda le preguntó por qué estaba tan agotado. Kurt contempló el rostro de su hija, iluminado por la luz del candil, y comprendió que ella había meditado bien la pregunta. Sin embargo, le contestó con evasivas, le dijo que no le pasaba nada, que era muy normal que dedicase parte de sus vacaciones a intentar recuperar las horas robadas al sueño. Linda no insistió, pero él notó que no quedaba muy convencida.

Tras el grave suceso con el camión, comprendió que no podía seguir así. Aquel cansancio no era normal. Algo no funcionaba. Había intentado detectar otros síntomas de enfermedad, pero no halló nada, salvo que a veces se despertaba por la noche con calambres en las pantorrillas.

Se dio cuenta de lo cerca que había estado de la muerte y concluyó que no podía ignorar ese cansancio por más tiempo. Tendría que pedir cita con el médico aquel mismo día.

Arrancó el coche y prosiguió su camino. Bajó la ventanilla. Pese a que corría ya el mes de agosto, hacía aún mucho calor.

Se dirigía a la casa de su padre, en Löderup. No sabía cuántas veces había recorrido el mismo camino, pero seguía sin poder aceptar la idea de no hallar a su padre en su taller, ante el caballete, pintando uno de sus cuadros con el motivo recurrente y siempre idéntico: un paisaje con un urogallo. O sin urogallo. Pero siempre con el sol como suspendido de hilos invisibles sobre las copas de los árboles.

Pronto se cumplirían dos años desde el día en que Gertrud llamó a la comisaría de Ystad para comunicarle que su padre había caído muerto en el suelo del taller. Aún podía rememorar, como en una imagen nítida pero deformada, que, en aquella ocasión, mientras conducía hacia Löderup, se había negado a aceptar lo que sabía que era cierto; pero al ver a Gertrud en el jardín, no pudo ignorarlo por más tiempo y cobró conciencia de lo que lo aguardaba.

Aquellos dos años habían pasado muy deprisa. Siempre que podía, aunque no muy a menudo, visitaba a Gertrud, que seguía viviendo en la casa de su padre. Tardaron más de un año en ponerse a limpiar a fondo el taller. Encontraron treinta y dos cuadros terminados y firmados. Una tarde de diciembre de 1995, sentados a la mesa, Gertrud y él confeccionaron una lista de las personas a las que regalarían aquellos cuadros.

Wallander se quedó con dos, uno con urogallo y otro sin él. A Linda le dieron uno, al igual que a la ex mujer de Kurt, Mona. Su hermana Kristina no quiso aceptar ninguno, ante el asombro y quizá también la pesadumbre de Wallander. Gertrud ya tenía varios, así que les quedaban veintiocho cuadros que repartir.

Wallander decidió enviar uno, aunque sin mucho convencimiento, al comisario de la policía judicial de Kristianstad, con el que se veía de vez en cuando. Se les acabó la lista, en la que estaban incluidos los familiares de Gertrud, cuando llevaban repartidos veintisiete cuadros. Es decir, que les quedaban aún cinco cuadros.

Wallander se preguntaba qué hacer con ellos. Sabía que no sería capaz de quemarlos. En realidad, ahora pertenecían a Gertrud, pero ella dijo que se los quedasen Kristina y él, en lugar de aceptarlos ella, que había sido la última en llegar a la vida de su padre.

El inspector pasó el desvío hacia Kåseberga. Ya no tardaría en llegar. Pensó en lo que lo aguardaba. Una tarde de mayo, durante una de sus visitas a Gertrud, habían dado un largo paseo por los caminos para tractores que serpenteaban por entre los campos de colza. Le dijo entonces que no quería quedarse a vivir allí, que empezaba a sentirse demasiado sola.

—No quisiera seguir en esta casa, no sea que empiece a aparecerseme como un fantasma —aseguró.

Él creyó entender lo que había querido decir. Con toda probabilidad, él habría reaccionado del mismo modo.

Mientras caminaban entre los campos, ella le pidió que le ayudase a vender la casa. No tenía prisa, podía esperar hasta después del verano. Pero quería marcharse antes de que llegase el otoño. Tenía una hermana que acababa de quedarse viuda y que vivía a las afueras de Rynge, donde Gertrud tenía pensado instalarse.

Y había llegado el momento. Aquel miércoles, Wallander se había tomado el día libre. A las nueve de la mañana acudiría a la casa un corredor de fincas de Ystad para acordar con ellos un precio razonable. Antes de que se presentase el agente inmobiliario, él y Gertrud revisarían las últimas cajas de cartón con las pertenencias del padre. Lo habían empaquetado todo la semana anterior. Su colega Martinson había llevado una carretilla con la que hicieron varios viajes hasta el contenedor de basura cercano a Hedeskoga. Con creciente malestar, Wallander pensó que, al final, lo que queda de la vida de una persona va a parar al basurero más próximo.

De su padre, aparte de los recuerdos, sólo quedaban unas cuantas fotografías, los cinco cuadros y unas cajas con cartas y documentos viejos. Nada más. Su vida había sido liquidada.

Tomó el desvío que conducía a la casa de su padre.

En el patio divisó a Gertrud, que siempre se levantaba muy temprano.

Ante su sorpresa, observó que llevaba el mismo vestido que lució el día de la boda con su padre. Se le hizo un nudo en la garganta, pues tomó conciencia de la gravedad y la solemnidad con que Gertrud vivía aquel momento. Comprendió que aquella mujer estaba a punto de abandonar su hogar.

Tomaron café en la cocina, donde los armarios, con las puertas abiertas, tan sólo dejaban ver las baldas vacías. Aquella misma tarde, la hermana de Gertrud acudiría a recoger a ésta. Wallander se quedaría con una copia de la llave y le daría la otra al corredor de fincas.

Antes del café, revisaron el contenido de las dos cajas de cartón. Entre las viejas cartas, Wallander descubrió asombrado un par de zapatos de niño que creyó reconocer como suyos. ¿Era posible que su padre los hubiese guardado durante todos aquellos años?

Más tarde, llevó las cajas al coche y, al cerrar la puerta, vio a Gertrud en la escalera, sonriendo.

—Quedan cinco cuadros; no lo habrás olvidado, ¿verdad?

Wallander negó con la cabeza y se dirigió a la cabaña que su padre había convertido en taller. La puerta estaba abierta. Pese a que lo habían limpiado a fondo, seguía oliendo a disolvente. Sobre el viejo hornillo estaba el cazo en el que su padre había preparado innumerables tazas de café.

«Es posible que ésta sea la última vez que entre aquí», reflexionó. «Sin embargo, a diferencia de Gertrud, no he venido vestido para la ocasión, sino con mi indumentaria habitual, más cómoda que elegante. Por otro lado, de no haberme acompañado la suerte, ahora estaría tan muerto como mi padre. Y Linda tendría que ir al contenedor de basura con lo que hubiese quedado de mí. Entre otras cosas, dos cuadros, uno de ellos con urogallo.»

Wallander no se sentía muy cómodo. Su padre estaba aún presente en aquel taller. Los cuadros estaban apoyados contra una de las paredes. Los llevó al coche, los metió en el maletero y los cubrió con una manta. Gertrud seguía en la escalera.

—Ya no hay nada más, ¿no?

Wallander meneó la cabeza.

—Nada más —aseguró—. Nada.

A las nueve en punto entró en el patio el coche del corredor de fincas. Wallander se sorprendió al reconocer al hombre que salió del automóvil. Se llamaba Robert kerblom. Unos años atrás, su mujer había sido brutalmente asesinada y arrojada a un viejo pozo[[3]](#footnote-3). Fue uno de los casos de asesinato más infaustos y desagradables de cuantos Wallander había investigado. Al ver a kerblom, frunció el entrecejo con gesto inquisitivo.

En efecto, había elegido una de las inmobiliarias más importantes, con sucursales en toda Suecia, y la de kerblom no se contaba entre ellas, si es que seguía existiendo. Wallander creía haber oído que la habían cerrado poco después del asesinato de Louise kerblom.

Salió a recibirlo a la escalera. Robert kerblom tenía el mismo aspecto con que el inspector lo recordaba. En su primer encuentro, el hombre se le había echado a llorar en el despacho y se acordó de que, precisamente, había pensado que Robert kerblom era un hombre cuyo rostro nunca podría retener en su memoria. En cualquier caso, su inquietud, en primer lugar, y después el desconsuelo por la muerte de su esposa eran auténticos. Wallander no había olvidado que pertenecían a una Iglesia libre, creía recordar que a la Iglesia metodista.

Se estrecharon la mano.

—¡Vaya, nos vemos de nuevo! — exclamó Robert kerblom.

Wallander reconoció también su voz. Por un momento, se sintió incómodo ante la situación. ¿Qué podía decirle?

Sin embargo, Robert kerblom se le adelantó.

—Siento tanto dolor por su muerte hoy como entonces —dijo despacio—. Pero para las niñas es mucho peor, claro está.

El inspector recordó a las dos hijas, tan pequeñas cuando ocurrió todo, y que tuvieron que pasar por aquel trago sin que, en realidad, comprendieran nada.

—Debe de ser difícil —repuso Wallander.

Durante un instante, temió que se repitiese la escena del despacho, que Robert kerblom se desmoronase y rompiese a llorar. Pero no fue así.

—Intenté seguir con la agencia, pero no tenía fuerzas. Cuando me ofrecieron un puesto en una de las inmobiliarias de la competencia, aproveché la oportunidad. Nunca me he arrepentido de ello. Entre otras ventajas, me he librado de pasar interminables tardes revisando la contabilidad, con lo que puedo dedicar más tiempo a las niñas.

En aquel momento, Gertrud salió al patio. Recorrieron juntos la casa mientras Robert kerblom tomaba notas y sacaba algunas fotografías. Hecho esto, se sentaron en la cocina a tomarse un café. En un primer momento, a Wallander le pareció algo bajo el precio que sugería kerblom; pero enseguida se dio cuenta de que, en realidad, era tres veces más de lo que su padre había pagado en su día.

Robert kerblom se marchó poco después de las diez y media. Wallander pensó que quizá fuese conveniente quedarse hasta que llegase la hermana de Gertrud. Ésta, que adivinó lo que estaba pensando el inspector, le aseguró que no tenía ningún inconveniente en quedarse sola.

—Hace un buen día —afirmó—. Después de todo, el verano, ahora que ya casi ha terminado, resulta que no ha sido tan malo. Me sentaré aquí, en el jardín.

—Si quieres, me quedo contigo. Me he tomado el día libre.

Gertrud negó con un gesto.

—Ven a visitarme a Rynge —le propuso—. Pero espera unas semanas, hasta que me haya organizado.

Wallander se subió al coche y se dispuso a volver a Ystad. Tenía pensado ir directamente a casa y pedirle hora al médico. Luego se apuntaría en el horario de la lavandería de la comunidad y limpiaría el apartamento. Dado que no tenía prisa, se decidió por el camino más largo. Le gustaba conducir, contemplar el paisaje mientras dejaba vagar sus pensamientos.

Acababa de dejar atrás Valleberga cuando sonó el móvil. Era Martinson. Wallander frenó y se detuvo en el arcén.

—He estado buscándote —empezó Martinson—. Como es natural, nadie me había avisado de que tenías el día libre. Por cierto, ¿sabes que tu contestador está averiado?

El inspector sabía que a veces se atascaba. Enseguida sospechó que había ocurrido algo. Pese a toda su experiencia como policía, la sensación era siempre la misma. Se le encogía el estómago, le faltaba el aire.

—Te llamo desde el despacho de Hanson —prosiguió Martinson—. La madre de Astrid Hillström está en estos momentos en el mío.

—¿La madre de quién?

—De Astrid Hillström. Una de las jóvenes desaparecidas.

Wallander cayó en la cuenta de quién era la persona de quien le hablaba.

—¿Qué quiere?

—Está muy alterada. Ha llegado una postal de su hija, con matasellos de Viena.

Wallander frunció el entrecejo.

—Bien, eso es una buena noticia, ¿no? Significa que su hija ya viene de regreso.

—Ella asegura que su hija no ha escrito esa postal, que es falsa. Y está indignada porque considera que no hacemos nada al respecto.

—¿Y qué quiere que hagamos? No parece que se haya cometido ningún delito. Además, contamos con muchas pruebas de que se marcharon por voluntad propia.

Martinson tardó unos instantes en responder.

—No sé cómo explicarlo —continuó-, pero tengo la sensación de que ella está en lo cierto. No sé qué es, pero hay algo… En fin, no sé.

Estas palabras avivaron la atención de Wallander, pues, con el paso de los años, había aprendido a tomarse en serio los presentimientos de Martinson: no habría sido la primera vez que los hechos acababan por darle la razón.

—¿Quieres que vaya?

—No, pero creo que Svedberg, tú y yo debemos sentarnos a tratar este asunto mañana mismo.

—Dime a qué hora.

—¿Te parece bien a las ocho? Yo avisaré a Svedberg.

Tras la conversación, Wallander se quedó reflexionando unos minutos sin poner en marcha el coche. Un tractor atravesaba el campo, y lo siguió con la mirada sin dejar de pensar en las palabras de Martinson. También él había hablado con la madre de Astrid Hillström en varias ocasiones.

El inspector recapituló. Pasado San Juan, poco después de que WaIlader regresara de sus lluviosas vacaciones, denunciaron la desaparición de unos jóvenes. El inspector, junto con otros colegas, se hizo cargo del asunto. Ya desde un principio, tuvo la sensación de que, tras esas desapariciones, no se ocultaba ningún delito. Tres días más tarde llegó una postal de Hamburgo con una vista de la estación de ferrocarril de la ciudad. Wallander recordaba palabra por palabra lo que decía: «Nos vamos de viaje por Europa. Es posible que estemos fuera hasta mediados de agosto».

Ya era el 7 de agosto, lo que quería decir que no tardarían en volver del viaje. Y ahora acababan de decirle que había llegado otra postal con matasellos de Viena, de Astrid Hillström.

La primera la firmaban los tres, y los padres respectivos reconocieron sus firmas. La única que había albergado alguna duda acerca de su autenticidad fue la madre de Astrid, si bien al final se había dejado convencer por los demás.

Wallander miró fugazmente por el espejo retrovisor y salió de nuevo a la carretera. Martinson acertaba a menudo en sus presentimientos.

Aparcó el coche en la calle Mariagatan y subió las cajas de cartón y los cinco cuadros. Después se sentó a llamar por teléfono, pero en la consulta del médico al que solía acudir le salió el contestador automático. El médico no regresaría de sus vacaciones hasta el 12 de agosto. Se preguntó si aguardaría hasta entonces. Pero el recuerdo de lo cercano que había estado de la muerte aquella misma mañana no le daba tregua, de modo que llamó a otro médico, que le dio cita para el día siguiente, a las once de la mañana.

Tras apuntarse en el horario de la lavandería de la comunidad para la tarde siguiente, empezó a limpiar el apartamento. Como se hartó nada más acabar con su dormitorio, pasó la aspiradora bastante por encima por el salón y luego la guardó. Había dejado las cajas y los cuadros en la habitación donde Linda solía dormir cuando, alguna que otra vez, iba a visitarlo.

Se fue a la cocina y se bebió tres vasos de agua. Esa sed tan intensa también lo preocupaba. ¿A qué se debían aquel cansancio y aquella sed?

Eran ya las doce y sintió hambre, pero al abrir la nevera comprobó que no tenía nada que ofrecerse a sí mismo. Se puso el chubasquero y salió. Hacía buen tiempo y fue hasta el centro dando un paseo. Por el camino se detuvo ante tres inmobiliarias para ver los precios de las viviendas anunciadas en el escaparate. Se dio cuenta de que el precio propuesto por Robert kerblom era razonable: nadie pagaría más de trescientas mil coronas por la casa de Löderup.

Entró en un bar y se comió una hamburguesa, que acompañó con dos botellas de agua mineral. Después entró en una zapatería, a cuyo dueño conocía, y le preguntó si podía pasar a los servicios. Al salir a la calle de nuevo, se sintió, durante un instante, algo desorientado. En realidad, debería invertir aquel día libre en ir de compras. En efecto, no se trataba sólo de llenar el frigorífico, sino también la despensa. Sin embargo, apenas soportaba la idea de ir a buscar el coche para dirigirse a cualquiera de los grandes supermercados de la ciudad.

Bajó por la calle Hamngatan, cruzó la vía del tren y torció hacia la calle Spanienfararengatan. Cuando llegó al puerto deportivo, recorrió lentamente los muelles mientras contemplaba los barcos amarrados. Intentaba imaginarse la sensación que produciría el saber manejar un barco de vela; él no tenía la más mínima experiencia en el arte de navegar. Entonces se dio cuenta de que tenía ganas de orinar otra vez. Entró en un bar y se dirigió a los servicios, pidió otra botella de agua mineral y se sentó en el banco que había junto a la caseta de salvamento marino.

La última vez que estuvo sentado allí fue en invierno, la noche en que se marchó Baiba Liepa.

Ya había anochecido cuando la llevó en coche al aeropuerto de Sturup. Algunas ráfagas de viento que anunciaban una ventisca se arremolinaban a la luz de los faros del coche. Los dos permanecían en silencio. Luego la vio desaparecer cuando cruzaba el control de pasaportes. Wallander regresó a Ystad; luego salió a la calle y fue a sentarse en aquel banco. Corría una brisa helada y tenía frío, pero se quedó allí sentado, pensando que se había terminado. Nunca más volvería a ver a Baiba. Habían roto para siempre.

Ella había llegado a Ystad en 1994. No hacía mucho que el padre de Wallander había muerto. Para colmo, él acababa de enfrentarse a uno de los casos más complicados de toda su carrera policial. Pero además, aquel otoño, por primera vez en mucho tiempo también había hecho planes de futuro. Había decidido dejar el apartamento de Mariagatan, irse a vivir a las afueras y comprarse un perro. Incluso había visitado un criadero de canes en busca de un cachorro de labrador. Cambiaría su vida de forma radical.

Y, lo más importante, quería que Baiba Liepa se quedase a su lado. Ella había pasado la Navidad en Ystad y Wallander comprobó que Linda y Baiba hacían buenas migas desde el principio. Entonces, los primeros días de 1995 y los últimos antes de que Baiba regresara a Riga, hablaron en serio acerca del futuro, de que tal vez ella volviese a Suecia aquel mismo verano y se quedara. Vieron algunas casas juntos e incluso visitaron en varias ocasiones una casita con su parcela a las afueras de Svenstorp.

Pese a todo, un día del mes de marzo, o, por mejor decir, una noche, ella lo llamó desde Riga y le dijo que no estaba segura. No quería casarse ni irse a vivir a Suecia. Aún no, al menos. Preocupado, Wallander voló a Riga días más tarde con la idea de convencerla. Sin embargo, todo acabó en una discusión, la primera, larga y amarga, tras la cual dejaron de hablarse durante más de un mes. Wallander la llamó al fin y decidieron que sería él quien viajaría a Letonia aquel verano.

Pasaron dos semanas en el golfo de Riga, en una casa medio en ruinas que unos colegas de la universidad le habían prestado. Aprovecharon para dar largos paseos por la playa, y Wallander, escarmentado de las heridas anteriores, aguardó a que ella misma sacase el tema del futuro. Sin embargo, cuando por fin lo hizo, fue para mostrarse poco precisa y aún insegura. Ahora no, todavía no. ¿Por qué no podían continuar como hasta entonces? Durante el viaje de regreso a Suecia, Wallander se sentía abatido y seguía sin saber qué podía ocurrir. El otoño transcurrió sin que se viesen una sola vez. Habían hablado de ello, lo habían planeado e incluso habían considerado varias alternativas, pero no llegaron a concretar nada.

Coincidió aquella época con un periodo en el que Wallander empezó a volverse muy receloso. ¿No habría otro hombre allá en Riga, alguien cuya existencia él desconocía? En varias ocasiones llegó a llamarla a medianoche, consumido por los celos, y al menos dos veces tuvo la sensación de que había otra persona en el apartamento de Baiba, pese a que ella le aseguraba que no era así.

Aquel año, Baiba, una vez más, fue a pasar la Navidad a Ystad. En aquella ocasión, Linda sólo los acompañó durante la cena de Nochebuena, antes de marcharse a Escocia con unos amigos. Fue entonces, unos días después de Año Nuevo, cuando Baiba le dijo que nunca podría vivir en Suecia. Había estado dudando durante mucho tiempo, pero ahora estaba segura de ello. No quería perder su puesto de trabajo en la universidad. ¿Qué iba a hacer ella en Suecia? ¿Y en Ystad, qué se le había perdido a ella allí? Tal vez pudiese trabajar como traductora o como intérprete, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Wallander intentó convencerla, sin conseguirlo, y no tardó en arrojar la toalla. Sin que ninguno de los dos lo manifestase abiertamente, ambos sabían que la relación estaba tocando a su fin. Después de cuatro años, no habían vislumbrado ninguna solución satisfactoria. Wallander la llevó a Sturup, la vio desaparecer por el control de pasaportes y después, en plena noche invernal, fue a sentarse en el helado banco situado junto a la caseta de salvamento marino. Estaba deprimido y se sentía más solo y abandonado que nunca. Sin embargo, otro sentimiento, éste muy distinto, había ido abriéndose paso. Experimentaba un gran alivio. En efecto, ya no tenía por qué dudar más.

Un barco de motor se alejaba del puerto. Wallander se levantó. Necesitaba ir a los servicios de nuevo.

Siguieron hablando de vez en cuando, por teléfono, pero, con el tiempo, también terminaron abandonando esa vía de contacto. Más de medio año había transcurrido desde la última llamada telefónica cuan do, un día, mientras Linda y él paseaban por Visby, ella le preguntó si de verdad había terminado con Baiba.

—Así es —respondió él—. Se acabó.

Linda aguardaba alguna explicación.

—No había otro remedio —añadió Wallander—. Creo que, en realidad, ninguno de los dos quería que se acabara. Pero era inevitable.

Entró en el bar, saludó con un gesto a la camarera y desapareció en dirección a los servicios.

Después dio un paseo hasta la calle Mariagatan, fue a buscar el coche y salió en dirección a Malmö. Antes de entrar en el supermercado en el que solía comprar, permaneció un momento en el coche e intentó hacer la lista de la compra; pero cuando circulaba con el carrito por entre los pasillos del comercio, no fue capaz de encontrar la hoja de papel en la que había escrito la lista. No se molestó en salir de nuevo e ir al coche a buscarla.

Eran casi las cuatro de la tarde cuando dio por concluida la tarea de colocar la compra en el frigorífico y en la despensa. Se tumbó en el sofá, con la intención de leer el periódico, pero se durmió al momento. Cuando, una hora después, se despertó sobresaltado, recordó que había tenido un sueño.

Había soñado que estaba en Roma con su padre. Y, extrañamente, también Rydberg estaba con ellos, y unos seres menudos que parecían enanos y que les pellizcaban las piernas con dedos contumaces. Wallander permaneció sentado en el sofá.

«Estoy soñando con personas muertas», se dijo. «¿Qué puede significar esto? Mi padre está muerto y sueño con él casi todas las noches. Y ahora también con Rydberg, mi viejo colega y amigo, que lleva ya muerto cerca de cinco años, el policía del que aprendí la mayor parte de lo que, pese a todo, se puede decir que sé.»

Salió al balcón. El tiempo era aún cálido, no se movía una hoja. En el horizonte empezaban a arremolinarse algunas nubes. De repente, con una lucidez aterradora, se dio cuenta de lo solo que estaba. Aparte de Linda, que vivía en Estocolmo y a la que veía muy de tarde en tarde, no tenía ningún amigo. Sólo se relacionaba con sus compañeros de trabajo, pero nunca se veía con ellos durante su tiempo libre.

Entró en el cuarto de baño y se lavó la cara. Se miró al espejo: contempló su rostro moreno, en el que se reflejaba el cansancio. Tenía el ojo izquierdo enrojecido y el nacimiento del cabello se había desplazado un poco más hacia atrás. Se subió a la báscula y comprobó que había perdido algunos kilos desde el verano anterior; de todas maneras, seguían siendo demasiados.

Sonó el teléfono. Era Gertrud.

—Sólo quería decirte que ya he llegado a Rynge, y que el viaje ha ido bien.

—Sí, he estado pensando en ti —aseguró Wallander—. Tal vez debí haberme quedado contigo un rato.

—Bueno, creo que necesitaba estar sola con mis recuerdos. Aquí me sentiré a gusto. Mi hermana y yo nos llevamos de maravilla. Siempre hemos estado muy unidas.

—Iré a verte dentro de unas semanas.

Acababa de colgar cuando el teléfono sonó de nuevo. Esta vez era su colega Ann-Britt Höglund.

—Quería saber cómo ha ido todo.

—¿Cómo ha ido qué?

—¿No ibas a ver a un agente inmobiliario, por lo de la casa de tu padre?

Wallander recordó que le había comentado algo el día anterior.

—¡Ah, sí! No ha ido mal —repuso el inspector—. Puedes comprar la casa por trescientas mil.

—¡Si ni siquiera he podido echarle un vistazo!

—Es una sensación extraña. Ahora está vacía. Gertrud se ha mudado y alguien la comprará. Probablemente la conviertan en casa de veraneo. La habitarán otras personas que no sabrán nada sobre mi padre.

—En todas las casas hay fantasmas —lo consoló ella—. Salvo en las de nueva construcción.

—Sí, el olor a disolvente tardará en desaparecer —admitió Wallander—. Pero, cuando también éste desaparezca, no quedará ningún recuerdo de las personas que un día vivieron allí.

—Eso suena una pizca melancólico.

—Así es como me siento. En fin, nos vemos mañana. Gracias por llamar.

Fue a beber agua a la cocina. Ann-Britt había sido muy considerada al acordarse de ese detalle. Como era de suponer, a él no se le habría ocurrido nunca llamar en una situación similar.

Eran ya las siete de la tarde cuando se dispuso a prepararse una salchicha con patatas antes de sentarse a comer frente al televisor con el plato sobre las rodillas. Cambió varias veces de canal sin hallar nada que despertase su interés. Después de la cena, salió a tomarse el café al balcón. En cuanto se puso el sol, dejó de hacer calor, así que entró de nuevo en casa.

Dedicó el resto de la noche a ojear lo que se había traído de Löderup aquel día. En el fondo de una de las cajas había un sobre marrón, y en su interior halló unas viejas fotografías descoloridas que no recordaba haber visto nunca. En una de ellas estaba él, a la edad de cuatro o cinco años, sentado sobre el capó de un coche grande de algún modelo americano. A su lado, sujetándolo para que no se cayese, estaba su padre.

Wallander se llevó la fotografía a la cocina. Buscaría una lupa en alguno de los cajones para verla mejor.

«Estamos sonriendo», constató. «Yo miro directamente a la cámara radiante de orgullo. Me dejaron sentarme en uno de los coches de los comerciantes de arte, uno de aquellos que compraban los cuadros de mi padre a precios escandalosamente bajos. Mi padre también sonríe. Pero me mira a mí.»

Permaneció sentado largo rato contemplando la fotografía, que le hablaba de una realidad lejana e inaccesible. Hubo un tiempo en que su padre y él habían mantenido una buena relación. Todo cambió el día en que él decidió hacerse policía, si bien, durante los últimos años de la vida de su padre, ambos habían intentado recuperar poco a poco parte de lo que habían perdido.

Sin embargo, nunca llegaron tan lejos como en aquella imagen del pasado. Nunca, estando junto a su padre, volvió a esbozar aquella sonrisa que lucía él tan ufano sentado sobre el capó de aquel Buick reluciente. Estuvieron cerca durante el viaje a Roma. Pero no llegaron.

Fijó la fotografía a una de las puertas de la cocina con una chincheta y salió de nuevo al balcón. Las nubes se aproximaban. Se sentó frente al televisor y vio el final de una película antigua.

Hacia las doce de la noche se fue a dormir.

Al día siguiente se reuniría con Svedberg y Martinson. Después iría a ver al médico.

Permaneció largo rato tumbado y despierto en la oscuridad.

Dos años antes había abrigado el sueño de mudarse de la calle Mariagatan, de tener un perro, de vivir con Baiba.

Sin embargo, nada había salido conforme a lo que soñaba. Ni Baiba, ni la casa, ni el perro.

Todo seguía igual, como siempre.

«Ya ocurrirá algo», se animó, «algo que me dé fuerzas para seguir adelante»

Aquella noche, no consiguió conciliar el sueño hasta las tres de la madrugada.

2

Durante las primeras horas de la mañana, las nubes fueron dispersándose de forma paulatina.

Wallander se despertó a las seis; había soñado de nuevo con su padre, en medio de un mar de imágenes fragmentarias e inconexas que desfilaron por su subconsciente. Él aparecía en el sueño como niño y como adulto a la vez, y todo transcurría fuera de contexto, como en un buque que se deslizase sobre un banco de bruma.

Se levantó, se dio una ducha y se tomó un café. Al bajar a la calle, notó que se mantenía el calor estival y que, para variar, no soplaba la menor ráfaga de viento. Subió al coche y se dirigió a la comisaría. Los pasillos estaban desiertos, pues aún no eran las siete de la mañana. Fue a buscar una taza de café y entró en su despacho. Ya ante su escritorio —que, por raro que pudiera parecer, no encontró abarrotado de archivadores-, se preguntó cuándo había sido la última vez que había tenido tan poco ajetreo.

Durante muchos años, Wallander había visto crecer su carga de trabajo al tiempo que disminuían los recursos. Los informes de los diversos casos quedaban postergados o, simplemente, se despachaban con negligencia. En muchas ocasiones, cuando acababan abandonando un caso en que se sospechaba que se había cometido un delito, Wallander sabía que aquello se habría evitado si hubiesen contado con el tiempo necesario y si hubiesen dispuesto de más efectivos.

Últimamente, en la comisaría, constituía un tema recurrente de discusión si cometer delitos resultaba rentable o no, y, aunque nunca podrían establecer el momento exacto en que había empezado a ser así, estaba claro —como Wallander había constatado hacía ya tiempo- que el mundo del crimen había echado ya profundas raíces en Suecia. Los que se dedicaban a la delincuencia económica a gran escala vivían como en una zona franca, en la que la sociedad de derechos parecía haber capitulado totalmente.

Wallander solía hablar de estos asuntos con sus colegas, y no había dejado de percibir la gran preocupación de sus ciudadanos ante las dimensiones que estaba cobrando el fenómeno. Sus propios vecinos lo comentaban cuando coincidían con él en la lavandería de la comunidad.

El inspector sabía que esa inquietud estaba justificada, pero no veía señal alguna de que se tomasen medidas decisivas al respecto. Al contrario, tanto al cuerpo de policía como a los juzgados seguían recortándoles los recursos.

Se quitó el chubasquero, abrió la ventana y permaneció un rato contemplando el viejo depósito de agua. En los últimos años habían surgido en Suecia varios grupos de protección civil privados. Wallander venía temiéndoselo desde hacía tiempo; cuando la justicia tradicional dejaba de funcionar, era natural que el método del linchamiento resultase tentador y que tomarse la justicia por su mano empezase a considerarse algo normal.

Allí, junto a la ventana, se preguntó, por ejemplo, cuántas armas ilegales circularían en aquel momento en la sociedad sueca, o cómo estarían las cosas dentro de tan sólo unos años.

Se sentó ante el escritorio a hojear unos informes que le habían dejado allí el día anterior. Uno de ellos exponía las medidas que, en el ámbito nacional, iban a tomarse para controlar el creciente número de tarjetas de crédito falsas. Un poco disperso, Wallander leyó la información sobre los talleres dedicados a la falsificación descubiertos en algunos países asiáticos.

En otro documento se evaluaba el resultado del proyecto piloto del spray de pimienta, para defenderse de posibles agresores, que se había puesto en marcha en 1994 y que había finalizado aquel verano.

En efecto, en determinadas circunstancias, la policía local estaba autorizada a entregar uno de aquellos sprays a las mujeres amenazadas. Pese a haber leído el texto dos veces, el inspector no estaba muy seguro de cuál había sido el resultado del proyecto piloto. Se encogió de hombros e hizo desaparecer los dos informes en el fondo de la papelera.

Había dejado la puerta entreabierta y oyó voces en el pasillo. Una mujer lanzó una carcajada y Wallander sonrió. Era su jefa, Lisa Holgersson, sustituta de Björk desde hacía ya unos años. Muchos colegas de Wallander habían visto con reticencia el que una mujer ocupara el puesto más alto de la comisaría. Sin embargo, Wallander supo apreciar su trabajo desde el principio, y esa primera impresión no se había modificado con el tiempo.

Eran ya las ocho y media cuando sonó el teléfono. Era Ebba, de recepción.

—¿Qué tal fue todo? — preguntó.

Wallander comprendió que se refería a lo del día anterior.

—La casa aún no se ha vendido, pero tarde o temprano se venderá.

—Te llamaba para preguntarte si puedes atender una visita guiada a las once —prosiguió Ebba.

—¿Una visita guiada en verano? — se extrañó Wallander.

—Bueno, en realidad, se trata de un grupo de oficiales de la Marina ya jubilados que se reúnen en Escania cada mes de agosto. Parece que han fundado una especie de asociación, a la que han puesto el nombre de «Los Osos del Mar».

Wallander recordó su visita al médico.

—Tendrás que pedírselo a otro. Yo estaré fuera de diez y media a doce.

—En ese caso, le preguntaré a Ann-Britt. Seguro que a los viejos mandos de la Marina les gusta la idea de una mujer policía.

—O tal vez les parezca justamente lo contrario —advirtió Wallander.

Pasadas las ocho, no había hecho otra cosa que balancearse en la silla y mirar por la ventana. El cansancio lo corroía por dentro, y le preocupaba lo que pudiera decirle el médico. ¿No serían el agotamiento y los calambres síntoma de que padecía alguna enfermedad grave?

Se levantó de la silla y atravesó el pasillo en dirección a una de las salas de reuniones. Martinson ya había llegado, con el pelo recién cortado y un buen bronceado. Wallander recordó aquella ocasión, hacía ya casi dos años, en que Martinson estuvo a punto de abandonar su carrera de policía. Habían atacado a su hija en el patio del colegio, precisamente porque su padre era policía. Sin embargo, se quedó. Para Wallander, Martinson seguía siendo el joven recién llegado a la comisaría, pese a que, en la actualidad, era uno de los que llevaba más años prestando servicio en Ystad.

Se sentaron e hicieron un comentario sobre el tiempo hasta que dieron las ocho y cinco.

—¿Dónde demonios está Svedberg? — se impacientó Martinson.

Su pregunta estaba justificada, ya que Svedberg era famoso por su puntualidad.

—¿Llegaste a hablar con él? — preguntó Wallander.

—Ya se había marchado cuando fui a buscarlo, pero le dejé un mensaje en el contestador.

Wallander señaló el teléfono que había sobre la mesa.

—Será mejor que vuelvas a llamar.

Martinson marcó el número.

—¿Dónde te has metido? Estamos esperándote… —Colgó el auricular y explicó-: En fin, le he dejado un mensaje en el contestador. — Seguro que está en camino —dijo Wallander—. De todos modos, nosotros podemos empezar.

Martinson, tras rebuscar en un montón de papeles, le tendió a Wallander una postal. Era una fotografía aérea del centro de Viena.

—La familia Hillström encontró esta postal en su buzón el martes, el 6 de agosto. Como verás, Astrid Hillström dice que han decidido quedarse más tiempo del previsto, pero que están bien, y manda saludos de parte de todos. Además, le pide a su madre que llame a los padres de los demás y les diga que todo va bien.

Wallander leyó la postal y la dejó sobre la mesa. La letra redondilla le recordó la de Linda.

—O sea, que Eva Hillström vino a traerla, ¿no es así?

—Literalmente, entró como una tromba en mi despacho. Ya sabíamos que estaba algo nerviosa, pero esta vez fue mucho peor. Es evidente que está aterrada, y convencida de tener razón.

—¿En qué cree tener razón?

—En el hecho de que ha ocurrido algo y de que no fue su hija quien escribió esa postal.

Wallander reflexionó un instante antes de preguntar:

—¿Qué le hace pensar tal cosa? ¿La letra? ¿La firma?

—La letra se parece a la de Astrid, pero, según su madre, no es difícil de imitar. Lo mismo ocurre con la firma. Y, la verdad, es cierto.

Wallander echó mano de un bloc de notas y un bolígrafo. Le llevó menos de un minuto copiar la letra y la firma de Astrid Hillström. Apartó el bloc de notas antes de proseguir.

—Vamos a ver. Eva Hillström vino a verte muy preocupada. Y es comprensible, pero, si no fue la letra, ni tampoco la firma, ¿qué fue entonces lo que la puso nerviosa?

—No supo decírmelo.

—Pero ¿tú le preguntaste?

—No recuerdo si fue algo relacionado con el vocabulario empleado, o con la manera de expresarse… Yo le hice todo tipo de preguntas, pero ella no sabía a ciencia cierta qué contestar; lo único que tenía claro era que su hija no había escrito esta postal.

Wallander hizo una mueca al tiempo que meneaba la cabeza.

—Algo debió de llamarle la atención.

Se miraron el uno al otro.

—¿Recuerdas lo que me dijiste el otro día? ¿Eso de que tú mismo empezabas a preocuparte? — inquirió Wallander.

Martinson asintió.

—Sí, hay algo que no encaja, pero no sé muy bien el qué.

—Formula la pregunta de otro modo —sugirió Wallander—. Imagínate que es cierto que no han salido a hacer ese viaje imprevisto. Entonces, ¿qué puede haber ocurrido? ¿Quién escribe las postales? Sabemos que sus pasaportes no están, y tampoco sus coches. Eso ya lo hemos comprobado.

—Sí, claro. Lo más seguro es que esté equivocado —admitió Martinson—. Probablemente Eva Hillström me contagió su inquietud.

—Es normal que los padres se preocupen por sus hijos —aclaró Wallander—. ¡Si tú supieras cuántas veces me pregunto qué estará haciendo Linda! Sobre todo cuando me llegan postales de los lugares más extraños del mundo.

—¿Qué hacemos?

—Vamos a seguir a la expectativa —resolvió Wallander—. Sin embargo, me gustaría repasarlo todo de nuevo, desde el principio. Sólo para estar seguros de que no hemos pasado por alto ningún detalle.

Martinson le hizo un resumen claro y preciso, como de costumbre. En alguna ocasión, Ann-Britt Höglund le había preguntado si no creía que Martinson había aprendido a elaborar este tipo de exposiciones del propio Wallander. Éste lo negaba con vehemencia, pero Ann-Britt Höglund parecía convencida de ello. El inspector seguía sin saber si estaba o no en lo cierto.

Los hechos eran simples y transparentes. Tres jóvenes, de entre veinte y veintitrés años de edad, habían decidido celebrar juntos la noche de San Juan. Uno de ellos, Martin Boge, vivía en Simrishamn, mientras que las dos chicas, Lena Norman y Astrid Hillström, procedían de la zona oeste de Ystad. Eran amigos desde hacía años y pasaban mucho tiempo juntos. Los tres habían nacido en el seno de familias acomodadas. Lena estudiaba en la Universidad de Lund, y Martin y Astrid tenían trabajos temporales.

Ninguno de los tres había tenido nunca problemas con la ley ni con las drogas. Astrid Hillström y Martin Boge vivían aún con sus padres, mientras que Lena Norman se alojaba en una habitación para estudiantes en Lund. No habían dicho a nadie dónde pensaban celebrar la noche de San Juan. Los padres habían hablado entre sí y con otros amigos de sus hijos, pero nadie les había aportado ningún dato de interés. Esto tampoco era, en realidad, alarmante, pues los jóvenes solían mantener secretos que no revelaban a terceros.

El día en que se marcharon disponían de dos coches, un Volvo y un Toyota; los dos vehículos habían desaparecido, al igual que los tres jóvenes, que habían abandonado sus hogares la tarde del 21 de junio. A partir de aquella fecha, nadie había vuelto a verlos. Pocas semanas después, Astrid Hillström había enviado desde París una postal en la que aseguraba que se dirigían hacia el sur. Ésta era, pues, la segunda vez que escribía.

Martinson guardó silencio mientras Wallander reflexionaba.

—En realidad, ¿qué puede haber ocurrido? — inquirió.

—No lo sé.

—¿Acaso hay algún dato que indique que su ausencia no es normal?

—A decir verdad, no.

Wallander se echó hacia atrás en la silla.

—Entonces, lo único que tenemos es el presentimiento de Eva Hillström, una madre preocupada…

—… que asegura que su hija no ha escrito esa postal.

Wallander asintió.

—¿Qué quería? ¿Que los declarásemos desaparecidos y ordenásemos su búsqueda?

—No. Sólo quería que hiciésemos algo. Eso fue lo que dijo. «La policía tiene que hacer algo.»

—¿Y qué podemos hacer, salvo ordenar su búsqueda? Ya hemos dado sus nombres en los controles de pasajeros.

Se hizo un nuevo silencio. Eran ya las nueve menos cuarto. El inspector miró a Martinson con expresión interrogante.

—¿Y Svedberg?

Martinson descolgó otra vez el auricular y marcó el número de la casa de Svedberg, para colgar al momento.

—El contestador de siempre.

Wallander deslizó la postal sobre la mesa en dirección a Martinson.

—No parece que vayamos a avanzar mucho más —sentenció—. Sin embargo, antes de que nos sentemos a considerar cómo proseguir creo que hablaré con Eva Hillström. Pero no me parece que haya motivos para ordenar su búsqueda. Al menos, no por ahora.

Martinson escribió en un papel los números de teléfono en que podía localizar a la señora Hillström.

—Trabaja como asesora fiscal —aclaró.

—Ya. ¿Y dónde podemos encontrar a su marido, el padre de Astrid Hillström?

—Están separados. Creo que llamó una vez, poco después del día de San Juan.

Wallander se levantó y su compañero recogió los papeles antes de que ambos abandonasen la sala de reuniones.

—Tal vez Svedberg haya hecho como yo, tomarse un día de vacaciones, sin que nosotros lo sepamos.

—Ya se ha tomado sus vacaciones —afirmó Martinson—. Todos y cada uno de los días que le correspondían.

Wallander lo miró sorprendido.

—¿Y tú cómo lo sabes? Svedberg no suele ser muy comunicativo.

—Le pregunté si quería cambiar una semana conmigo, pero me dijo que no podía. Por una vez, iba a tomarse todos los días de sus vacaciones seguidos.

—Creo que es la primera vez que hace algo así —comentó Wallander.

Se despidieron ante la puerta del despacho de Martinson. Wallander continuó hacia el suyo, se sentó ante el escritorio y marcó el primero de los números de teléfono que le había dado su colega. Reconoció enseguida la voz de Eva Hillström, con quien acordó que se verían en la comisaría esa misma tarde.

—¿Ha ocurrido algo? — quiso saber la mujer.

—No, es sólo que yo también quiero hablar contigo[[4]](#footnote-4).

Acabada la conversación, colgó el auricular. Se disponía a ir a buscar una taza de café, cuando se topó con Ann-Britt en el umbral de la puerta. Estaba tan pálida como siempre, pese a que ella también acababa de volver de sus vacaciones. Wallander pensó que la palidez tal vez naciese de su interior. Aún no se había repuesto de la grave herida de bala que había sufrido hacía dos años y, aunque ya se había recuperado del todo, Wallander dudaba de que aquello no le hubiese afectado psíquicamente. De hecho, en algunas ocasiones le daba la impresión de que padecía un miedo crónico.

En realidad, no le sorprendía, pues no pasaba ni un solo día sin que él mismo recordase el navajazo que le asestaron hacía ya más de veinte años.

—¿Molesto?

Wallander le indicó la silla con la mano y ella tomó asiento.

—¿Has visto a Svedberg? — le preguntó el inspector.

Ella negó con la cabeza.

—Íbamos a tener una reunión aquí él, Martinson y yo. Pero no se ha presentado.

—Pues Svedberg no es de los que faltan a las reuniones.

—No, precisamente por eso nos extraña. No ha venido a la comisaría.

—¿Lo habéis llamado a casa? Quizás esté enfermo.

—Martinson le ha dejado varios mensajes en el contestador. Además, Svedberg nunca está enfermo.

Por más que pensaban, no sabían dónde podía estar Svedberg.

—En fin, ¿qué querías? — quiso saber Wallander.

—¿Recuerdas aquella banda que sacaba coches de contrabando a los países del Este?

—¿Cómo iba a olvidarla? Anduve liado con aquella porquería durante dos años, hasta que los reventamos y dimos con el cabecilla. Al menos, con el de Suecia.

—Pues al parecer han vuelto a las andadas.

—¡Pero si el cabecilla está en la cárcel! — exclamó Wallander.

—Bueno, se ve que han venido otros a llenar el vacío que dejó y a aprovecharse de la situación. Pero esta vez no actúan desde Gotemburgo. Las pistas nos llevan a Lycksele.

Wallander quedó estupefacto.

—¡Qué carajo! ¡Eso está en Laponia!

—Con las comunicaciones actuales, uno se encuentra siempre en el centro de Suecia, esté donde esté.

Wallander meneó la cabeza, aunque sabía que Ann-Britt tenía razón. El crimen organizado era siempre el primero en aprovecharse de las nuevas tecnologías.

—Pues yo no tengo fuerzas para empezar con eso de nuevo. Ni un solo coche de contrabando más, lo siento.

—No, me voy a encargar yo —lo tranquilizó Ann-Britt—. Me lo pidió Lisa. Creo que ya se imaginaba que acabaste harto de coches desaparecidos. Sin embargo, me gustaría que me pusieras en antecedentes, además de darme algún que otro consejo.

Wallander asintió y concertaron una cita para el día siguiente. Después, Ann-Britt y él fueron a tomarse un café en el comedor de la comisaría. Se sentaron junto a una ventana abierta.

—¿Qué tal las vacaciones? — se interesó Wallander.

De repente, a Ann-Britt se le saltaron las lágrimas. Wallander hizo ademán de decir algo, pero ella levantó la mano para impedirle que hablara.

—No demasiado bien —le contó ella cuando se calmó un poco—. Pero no quiero hablar del tema.

Ann-Britt cogió su taza de café y se levantó apresurada. Wallander, que no tuvo ni tiempo de ponerse de pie, la siguió con la mirada, al tiempo que se preguntaba por qué su colega había reaccionado así.

«La verdad es que no sabemos nada los unos de los otros», constató. «Trabajamos juntos, a veces durante toda la vida profesional, pero, en realidad, ¿qué sabemos de nuestros compañeros?»

Miró el reloj y, aunque aún faltaba bastante para su cita con el médico, decidió abandonar la comisaría y dar un paseo hasta la calle Kapellgatan, donde se hallaba la consulta.

Estaba preocupado, angustiado.

Era un médico joven al que Wallander nunca había visitado anteriormente. Se llamaba Göransson y procedía del norte del país. El inspector le contó lo que le pasaba: el cansancio, la sed, las visitas más que frecuentes al cuarto de baño y los calambres.

La respuesta fue rápida y sorprendente.

—Parece que es azúcar.

—¿Azúcar?

—Sí, todo indica que padeces diabetes.

Wallander quedó paralizado por un instante. No se le habría ocurrido jamás.

—Da la impresión de que pesas bastante más de lo que debieras —prosiguió el médico—. Enseguida comprobaremos si es así, pero antes quiero que me des más detalles. Por cierto, ¿sabes si tienes la tensión alta?

Wallander negó con un gesto antes de quitarse la camisa y tumbarse en la camilla.

El corazón funcionaba con normalidad, pero tenía la tensión muy alta, 10 de mínima y 17 de máxima. Se colocó sobre la báscula. Noventa y dos kilos. El médico le dijo que pasase a otra sala y dejase una prueba de orina y otra de sangre. La enfermera, que le recordó a su hermana Kristina, le dedicó una sonrisa.

De nuevo en la consulta del médico, escuchó el diagnóstico.

—Lo normal en tu caso sería un nivel de azúcar de entre 2,5 y 6,4 —aseguró Göransson—. Pero tienes 15,3, lo cual es, por supuesto, demasiado.

Wallander se sintió ligeramente mareado.

—Esto explica el cansancio, la sed y los calambres en las pantorrillas, además de las visitas al baño.

—¿Hay algún medicamento contra la diabetes?

—Bueno, antes tenemos que procurar atajar el problema modificando tus hábitos alimentarios —advirtió Göransson—. Por otro lado, es importante regular la tensión arterial. ¿Haces mucho ejercicio?

—No.

—Pues tendrás que empezar a hacerlo. Dieta y ejercicio. Si eso no funciona, probaremos el siguiente paso. Con ese nivel de azúcar en sangre, destrozarás todo tu organismo.

«¡Diabético!», se dijo, horrorizado.

El médico pareció intuir su malestar.

—Tiene remedio. No te vas a morir. Al menos, no por ahora.

Tomaron más muestras de sangre antes de que Wallander se marchase, a las once y media, con una serie de recomendaciones y una dieta que debía seguir. Tendría que volver el lunes.

Entró en el cementerio Gamla Kyrkogården y se sentó en un banco; quería hacerse a la idea de cuanto el médico le había dicho y leer la dieta.

A las doce y media ya estaba de vuelta en la comisaría. Le habían dejado varios mensajes telefónicos en recepción, pero ninguno que no pudiese esperar. Se encontró con Hanson en el pasillo.

—¿Ha aparecido Svedberg? — le preguntó Wallander.

—¿Es que ha desaparecido?

Ya no preguntó más. Recordó que Eva Hillström llegaría a la una. Dio unos golpecitos en la puerta entreabierta de Martinson, pero no había nadie en el despacho. Pese a todo, entró y vio sobre la mesa el poco abultado archivador que Martinson había llevado a la reunión matinal. No dudó en llevarse el archivador a su despacho, donde hojeó rápidamente los escasos documentos que contenía, contempló las tres postales…, pero le costaba concentrarse. Sólo pensaba en lo que le había dicho el médico.

Sonó el teléfono y, desde la recepción, Ebba le anunció que Eva Hillström acababa de llegar. Wallander fue a buscarla y vio salir a un animado grupo de señores de edad avanzada, y supuso que serían los ex oficiales de la Marina.

Eva Hillström era alta y muy delgada. Tenía una expresión inquieta que no pasó inadvertida a Wallander ya en el primer encuentro, durante el cual pensó que, seguramente, se trataba de una persona nerviosa, siempre a la espera de que ocurriese lo peor.

Se estrecharon la mano y él le pidió que lo siguiera hasta su despacho, no sin antes preguntarle si quería una taza de café.

—Nunca tomo café —replicó ella—. No me sienta bien.

Ya en el despacho, la mujer tomó asiento sin apartar la mirada del inspector. «Cree que tengo alguna noticia que darle», concluyó Wallander. «Y, por supuesto, supone que no es precisamente una buena noticia.»

—Ayer estuviste hablando con mi colega —comenzó el inspector—. Le dejaste una postal que recibiste hace varios días, firmada por tu hija Astrid y con matasellos de Viena. Sin embargo, tú insistes en que ella no la escribió. ¿Es correcto?

—Efectivamente, así es —afirmó sin vacilar.

—Según Martinson, no supiste explicar por qué.

—Cierto, no puedo explicarlo.

Wallander sacó la postal y se la mostró.

—Al parecer, le dijiste que tu hija tiene una letra y una firma muy fáciles de imitar.

—Eso es algo que puedes comprobar tú mismo.

—Sí, ya lo hice. Y estoy de acuerdo, no resulta complicado falsificar su letra.

—¿Por qué me preguntas sobre lo que ya sabes?

El inspector la observó un instante y comprobó que estaba tan tensa y nerviosa como Martinson la había descrito.

—Hago las preguntas que considero necesarias para confirmar la información que ya poseo. Hay ocasiones en que es preciso proceder así.

La mujer asintió impaciente.

—A pesar de todo, apenas hay motivos para poner en duda que Astrid escribiera esta postal. ¿Hay algún otro detalle que te haga sospechar de su autenticidad?

—No. Pero sé que tengo razón.

—¿Con respecto a qué?

—Con respecto a que ella no ha escrito esta postal. Como tampoco escribió las primeras.

De repente, la señora Hillström se levantó y se puso a gritar. Wallander no estaba preparado para tan violenta reacción. La mujer se inclinó sobre la mesa y, sin dejar de dar voces, lo agarró por los brazos y lo zarandeó.

—¿Por qué no hacen ustedes nada? ¡Sé que ha sucedido algo terrible!

Wallander, no sin cierta dificultad, logró zafarse y ponerse de pie.

—Creo que será mejor que te calmes un poco —le recomendó.

La mujer siguió gritando. Wallander se preguntó qué pensarían los que pasasen por delante de su puerta. Rodeó la mesa, le puso las manos sobre los hombros con decisión y la sentó de nuevo sin soltarla.

El ataque de nervios cesó tan rápido como había empezado. Wallander retiró poco a poco las manos y regresó a su silla. Eva Hillström miraba al suelo fijamente mientras el inspector aguardaba muy impresionado. Había algo en sus reacciones, en su convencimiento, que empezaba a afectarle.

—¿Qué crees que ha pasado, en realidad? — le preguntó el inspector al cabo de unos instantes.

Ella meneó la cabeza.

—No lo sé.

—No hay absolutamente nada que apunte a que haya ocurrido un accidente… o cualquier otra cosa.

Ella miró a Wallander.

—No es la primera vez que Astrid y sus amigos se van de viaje juntos —prosiguió el inspector—. Tal vez no hayan estado tanto tiempo fuera en otras ocasiones, pero tenían vehículo, dinero y pasaporte, como ya hemos comprobado. Por otro lado, tanto Astrid como sus compañeros están en una edad en la que es fácil dejarse llevar por los impulsos, sin planificar demasiado. Yo también tengo una hija algo mayor que Astrid y sé lo que es eso.

—Ya. Pero yo sé que ha ocurrido algo. Es cierto que a veces me preocupo sin motivo, pero en esta ocasión… pasa algo raro.

—Los padres de los otros dos jóvenes, Martin Boge y Lena Norman, no parecen tan angustiados como tú.

—No, y no comprendo cómo pueden estar tan tranquilos.

—Nosotros nos tomamos en serio tu inquietud, es nuestra obligación. Te prometo que reconsideraremos la posibilidad de emitir una orden de búsqueda.

Por un momento, tuvo la impresión de que sus palabras la tranquilizaban, pero enseguida la venció de nuevo el nerviosismo; tenía el rostro desencajado. Wallander la compadecía.

Terminada la entrevista, ella se levantó y él la acompañó hasta la recepción.

—Lamento haber perdido los estribos —se disculpó la mujer.

—Es normal que uno se preocupe —admitió Wallander.

Ella le dio un fugaz apretón de manos y se perdió tras las puertas de cristal.

De camino a su despacho vio que Martinson asomaba la cabeza por la puerta del suyo y lo miraba intrigado.

—¿Qué habéis estado haciendo ahí dentro?

—Está asustada de verdad, muy preocupada. Tanto que creo que debemos tomar alguna medida, aunque no se me ocurre cuál —le dijo Wallander, mirando pensativo a Martinson—. Me gustaría que repasáramos el asunto mañana, con todos los que no estén ocupados en otra cosa. Hemos de tomar una decisión acerca de la orden de búsqueda. Hay algo en todo esto que empieza a preocuparme.

Martinson asintió, y luego preguntó:

—¿Has visto a Svedberg?

—¿Aún no ha dado señales de vida?

—No. Siempre salta el contestador.

—Eso no es propio de él —se extrañó Wallander.

—Intentaré hablar con él de nuevo.

Wallander se encaminó hacia su despacho, cerró la puerta y llamó a Ebba.

—No me pases ninguna llamada durante la próxima media hora. Por cierto, ¿sabes algo de Svedberg?

—No, ¿debería?

—No, simple curiosidad.

Cansado y con la boca seca, Wallander puso los pies encima de la mesa y, al momento, tomó una decisión. Cogió la chaqueta y abandonó el despacho.

—Ebba, estaré fuera una hora, tal vez dos.

Seguía haciendo calor y no soplaba viento. Bajó hasta la biblioteca municipal, cerca de la calle Surbrunnsvägen. Le costó cierto trabajo encontrar la sección de medicina, pero logró al fin hallar lo que buscaba en las estanterías: un libro sobre la diabetes. Se sentó a una mesa, sacó las gafas y empezó a leer.

Hora y media después, creía tener una idea más o menos clara de lo que implicaba aquella enfermedad. Por otro lado, comprendió que él era el responsable. Las comidas, la falta de ejercicio, los recurrentes intentos de adelgazamiento que no lo conducían más que a recuperar el sobrepeso en un tiempo récord…

Devolvió el libro a su lugar. Lo dominaba una sensación de desprecio por sí mismo, de fracaso. Sabía que ya no había vuelta atrás: tenía que tomar medidas con respecto a su modo de vida.

Cuando regresó a la comisaría, eran ya las cuatro y media. Al entrar en su despacho, vio sobre la mesa una nota de Martinson en la que le comunicaba que seguía sin localizar a Svedberg.

Leyó de nuevo el extracto del informe sobre los tres jóvenes desaparecidos y examinó las tres postales. De nuevo lo invadía la sensación de estar pasando algo por alto, de que se le escapaba un detalle muy importante, pero no sabía cuál. ¿Qué era lo que no veía?

Sintió crecer la inquietud en su interior. Recordó la entrevista con Eva Hillström en su despacho.

Y, de pronto, comprendió la gravedad del asunto. Era muy sencillo.

Ella sabía que su hija no había escrito la postal-,El porqué no tenía la menor importancia.

Ella lo sabía, y eso era más que suficiente.

Wallander se levantó para dirigirse a la ventana.

A aquellos tres jóvenes les había ocurrido algo.

La cuestión era el qué.

3

Aquella misma noche, Wallander intentó —dentro de sus limitadas posibilidades- empezar una nueva vida. Comenzó por no cenar más que un triste consomé y una ensalada. Tan preocupado estaba por evitar que ningún alimento inconveniente fuese a parar a su plato que no recordó que se había apuntado para la lavandería de la comunidad hasta mucho después. Cuando se acordó, ya era tarde.

Intentó convencerse de que, en el fondo, lo de la diabetes era algo muy positivo. El tener los niveles de azúcar muy altos no era una sentencia de muerte, pero sí, en cambio, una advertencia. Si en lo sucesivo quería llevar una vida normal, tendría que introducir algunos cambios en su vida. Unos cambios simples, en absoluto drásticos, tan sólo básicos. En cualquier caso, después de cenar, se sentía tan hambriento como antes. Se comió otro tomate antes de ponerse a organizar, conforme a la dieta prescrita, los menús de los siguientes días.

Además, tomó la decisión de ir y volver siempre a pie de su casa a la comisaría. Finalmente, los sábados y los domingos cogería el coche, iría a alguna playa y daría largos paseos. Recordó que, en alguna ocasión, Hanson y él habían hablado de jugar juntos al bádminton. Tal vez había llegado el momento de ponerlo en práctica.

A eso de las nueve de la noche, se levantó y salió al balcón. Soplaba una suave brisa del sur, pero aún hacía calor.

La canícula estaba próxima.

Siguió con la mirada a unos jóvenes que caminaban por la calle. El rato que pasó en la cocina, con las listas de alimentos y los diagramas de peso, no había dejado de pensar en la angustia de Eva Hillström, en su ataque de nervios, en la manera en que lo había agarrado, en sus ojos, que reflejaban el temor a lo que hubiese podido ocurrirle a su hija. Todo era auténtico.

Cierto que a veces los padres no conocen a sus hijos. Como también lo es que, en ocasiones, los conocen mejor que ninguna otra persona. Algo le decía que éste era el caso de Eva Hillström y su hija.

Volvió a entrar, pero dejó la puerta del balcón abierta.

Tenía además la sensación de que había pasado por alto algún detalle, algo que, de forma inmediata, le ayudaría a decidir qué camino tomar en aquel caso, algo que podría llevarles a una conclusión bien cimentada, desde el punto de vista policial, sobre si el temor de Eva Hillström era o no infundado.

Fue a la cocina y limpió la mesa mientras calentaba agua para prepararse un café. Entonces sonó el teléfono. Era Linda, desde el restaurante del barrio de Kungsholmen, en Estocolmo, en el que trabajaba. Sorprendido, Wallander le dijo que creía que sólo abrían durante el día.

—Sí, pero el dueño ha cambiado de idea —explicó ella—. Y yo gano más trabajando de noche. La vida está muy cara.

Se oía de fondo el tintineo de platos y cubiertos, y Wallander dio en pensar que, en aquellos momentos, desconocía por completo los planes de Linda. Hubo un tiempo en que su hija quiso dedicarse a la tapicería de muebles; luego mudó de parecer e intentó abrirse camino en el mundo del teatro, pero también su pasión por la escena se enfrió.

—No pienso pasarme la vida trabajando de camarera —atajó ella, como si le hubiese leído el pensamiento—. Pero me he dado cuenta de que así ahorraré algo de dinero, y este invierno podré irme de viaje.

—¿Adónde?

—Todavía no lo sé.

Wallander, comprendiendo que no era el momento más oportuno para iniciar una conversación sobre el tema, le comentó que Gertrud se había mudado y que la casa del abuelo estaba en venta.

—Me habría gustado que nos la hubiésemos quedado —se lamentó Linda—. Ojalá tuviera dinero suficiente para comprarla.

El inspector la comprendía muy bien. Linda y el abuelo habían estado muy unidos. Hubo momentos en los que sentía envidia al verlos juntos.

—Tengo que colgar ya. Sólo quería saber cómo va todo.

—Bien —mintió Wallander—. Precisamente, esta mañana he ido al médico. Estoy estupendamente.

—¿Ni siquiera te dijo que deberías perder peso?

—Sí, bueno, salvo eso, todo bien.

—Pues debe de ser un médico muy amable. ¿Te sientes tan cansado como este verano?

«Parece que sea transparente para ella», se dijo Wallander sintiéndose indefenso. «¿Por qué no decirle la verdad, que me estoy convirtiendo en un diabético? ¿O que tal vez ya lo sea? ¿Por qué me avergüenzo de mi enfermedad?»

—Ya no estoy cansado. La semana en Gotland fue toda una experiencia.

—Sí, bueno. Ahora ya tengo que colgar. Si quieres telefonearme aquí por la noche, tendrás que llamar a otro número.

Memorizó las cifras y colgó.

Se llevó el café al salón y encendió el televisor, aunque puso el volumen al mínimo. Entonces tomó un bolígrafo y anotó en una esquina del periódico el número que Linda le había dado.

Lo escribió descuidadamente, de modo que nadie, salvo él, habría podido descifrar los números.

En ese preciso momento cayó en la cuenta. Aquello que le había estado rondando la cabeza durante el día… Apartó la taza de café y miró el reloj. Eran las nueve y cuarto. Sopesó la idea de llamar a Martinson. Tal vez lo dejase para el día siguiente… Al final se decidió. Se sentó a la mesa de la cocina con la guía telefónica. Había cuatro familias en Ystad con el apellido Norman, pero se acordaba de haber visto la dirección en alguno de los papeles del archivador de Martinson. Lena Norman vivía con sus padres en la calle Käringatan, al norte del hospital. Su padre se llamaba Bertil Norman, «director», decía la guía. Wallander sabía que tenía una empresa que exportaba al extranjero componentes de casas prefabricadas.

Marcó el número. Le contestó una voz de mujer. Al presentarse, intentó que su voz sonase amable, para que no se preocupase, pues sabía lo que podía significar el que un policía llamase por teléfono, y además por la noche.

—Supongo que es usted la madre de Lena Norman.

—Sí, Lillemor Norman.

Wallander recordaba el nombre.

—En realidad, podría haber esperado hasta mañana para llamar, pero hay algo que tengo gran interés en saber. Por desgracia, la policía suele trabajar a deshoras.

La mujer no parecía estar nerviosa.

—¿En qué puedo ayudarle? Bueno, es posible que prefiera hablar con mi marido. Si quiere, lo llamo. Está ayudándole al niño con los deberes de matemáticas.

A Wallander le sorprendió la respuesta, pues no pensaba que a los niños de hoy día les pusiesen deberes para hacer en casa.

—No es necesario —aseguró—. Lo que me gustaría que me proporcionase es una prueba de la letra de Lena. Quizá tenga usted alguna carta que ella le haya escrito.

—Aparte de las postales, no ha llegado nada más. Creía que la policía lo sabía.

—No, quiero decir otra carta. Alguna de antes.

—¿Por qué quiere usted una carta antigua?

—Se trata de una medida habitual. Estamos comparando la letra de los jóvenes. Nada más. Tampoco es que sea muy importante.

—¿Es posible que la policía llame de noche por algo así? ¿Algo que no es importante?

Wallander constató que, mientras Eva Hillström estaba asustada, Lillemor Norman se mostraba suspicaz.

—¿Podrá ayudarme?

—Sí, tengo muchas cartas de Lena.

—Una será suficiente, media página.

—Buscaré una ahora mismo. ¿Va a venir alguien a recogerla?

—Había pensado ir yo mismo. Puedo estar ahí dentro de veinte minutos.

Wallander siguió buscando en la guía. No había más que un Boge en Simrishman, un contable. Wallander marcó el número y aguardó impaciente. Ya estaba a punto de colgar cuando por fin alguien respondió.

—¿Dígame? — contestó una voz joven.

Wallander se presentó, pues supuso que se trataba de algún hermano de Martin Boge.

—¿No están tus padres en casa?

—No, estoy solo. Están en una cena de golfistas.

Wallander no sabía si continuar, pero el chico le pareció despierto.

—¿Te ha escrito tu hermano Martin una carta alguna vez? Y si es así, ¿la has conservado?

—Este verano no, ni de Hamburgo ni nada.

—Ya, pero quizá con anterioridad.

El muchacho lo pensó un momento.

—Bueno, tengo una carta que me escribió desde Estados Unidos el año pasado.

—¿Está escrita a mano?

—Sí.

Wallander reflexionó un instante; dudaba entre ir a Simrishamn en coche o esperar hasta el día siguiente.

—¿Por qué quieres leer una carta de mi hermano?

—Sólo quiero ver su letra.

—Si es urgente, puedo enviártela por fax.

Vio que el chico era rápido de reflejos y le dio uno de los números de fax de la comisaría.

—Quiero que se lo cuentes a tus padres —añadió el inspector.

—Espero estar durmiendo para cuando ellos vuelvan.

—Bien, pues se lo dices mañana, ¿de acuerdo?

—La carta de Martin era para mi.

—Vale. De todos modos, será mejor que se lo digas —insistió WaIlander- armado de paciencia.

—Yo creo que Martin y sus amigos no tardarán en volver a casa. No comprendo por qué la Hillström se preocupa tanto. Nos llama todos los días.

—Y tus padres, ¿no están preocupados?

—Creo que, en realidad, les alegra que Martin esté fuera. Por lo menos al viejo.

Wallander, sorprendido, aguardó una continuación que no llegó.

—Gracias por ayudarme.

—Es como un juego —prosiguió de repente el chico.

—¿Como un juego?

—Sí, salen y entran en distintas épocas. Se disfrazan, igual que los niños, sólo que ellos son adultos.

—La verdad, no estoy seguro de haber comprendido lo que me dices.

—Representan diversos papeles, pero no en obras de teatro, sino en la realidad. ¿Quién sabe?, a lo mejor se han ido a Europa para buscar algo que no existe.

—Entonces, ¿es eso lo que suelen hacer? ¿Jugar? Pero la fiesta de San Juan no es ningún juego, la gente se reúne para bailar y para comer…

—Sí, y para beber —intervino el joven—. Pero si uno se disfraza, se convierte en algo diferente, ¿no?

—¿Lo hacían a menudo?

—Sí, pero en realidad yo no sé mucho de eso. Era un secreto, y Martin nunca daba demasiados detalles.

Wallander, más que comprender, se hacía una vaga idea de lo que el chico quería decir.

Miró el reloj y pensó que llegaría tarde a casa de Lillemor Norman.

—Bien, gracias de nuevo. Y no olvides contarles a tus padres que los llamé y lo que quería.

—Bueno, tal vez se lo cuente —repuso el muchacho.

«Tres reacciones diferentes», recapituló Wallander. «Eva Hillström tiene miedo. Lillemor Norman desconfía. Los padres de Martin Boge se sienten aliviados de que su hijo no aparezca. Y, a su vez, su hermano parece preferir que sus padres no estén en casa.»

Antes de salir, reservó otra hora para el viernes en la lavandería de la comunidad y fue en coche hasta la calle Käringgatan, pese a que no se encontraba muy lejos de allí, pensando que ya dejaría el ejercicio para el día siguiente.

Entró en Käringgatan desde la calle Bellevuevägen y aparcó a la puerta del blanco chalé. En el preciso instante en que atravesaba la cancela, se abrió la puerta de la casa. Enseguida reconoció a Lillemor Norman, quien, a diferencia de Eva Hillström, era bastante corpulenta. Recordó las fotografías que había visto en el archivador de Martinson y constató que Lena Norman se parecía a su madre; ésta sostenía en la mano un sobre blanco.

—Siento las molestias —se excusó Wallander.

—Mi marido tendrá unas palabras con Lena en cuanto vuelva a casa. Verdaderamente, lo que han hecho no tiene perdón.

—En fin, después de todo, son mayores de edad. Pero, por supuesto, es lógico irritarse y preocuparse.

Tomó la carta, no sin antes prometerle que se la devolvería, y se fue a la comisaría. Una vez allí, se dirigió a la central de alarmas. El policía de guardia estaba hablando por teléfono, pero le señaló a Wallander uno de los aparatos de fax. Klas Boge le había enviado la carta de su hermano. Fue entonces a su despacho, se sentó ante el escritorio, encendió el flexo y puso las dos cartas junto a las postales. Orientó la lámpara hacia las misivas y se ajustó las gafas.

Martin Boge comentaba un partido de rugby al que había asistido. Lena Norman describía un hostal del sur de Inglaterra en el que no había agua caliente.

Se echó hacia atrás en la silla. Tenía razón. Tanto la letra de Martin Boge como la de Lena Norman eran irregulares, como escritas a trompicones, e igual ocurría con sus respectivas firmas.

Cualquiera que hubiese tenido que elegir entre una de las tres letras para imitarla, se habría inclinado sin dudar por la de Astrid Hillström.

Un malestar lo invadió de pronto, al tiempo que intentaba pensar ordenadamente. ¿Qué significaba aquello? No mucho, en realidad, pues no constituía una respuesta a la pregunta de qué motivos podía tener alguien para escribir unas postales falsas. Por otro lado, ¿quién tenía acceso a documentos de los que copiar sus letras?

Con todo, su inquietud no remitía.

«Tendremos que empezar a tomarnos en serio este asunto», se dijo. «Si ha ocurrido algo…, han pasado ya casi dos meses.»

Fue a buscar una taza de café. Eran ya las diez y cuarto de la noche. Leyó de nuevo la descripción de los hechos, sin hallar nada que llamase su atención.

Unos jóvenes amigos habían tomado la decisión de celebrar juntos la noche de San Juan antes de salir al extranjero. A lo largo del viaje habían enviado algunas postales; y eso era todo. Guardó las cartas y las postales en el archivador. Ya no podía hacer más aquella noche, así que hablaría con Martinson y los demás al día siguiente. Repasarían lo que sabían del caso desde la noche de San Juan y tomarían una decisión al respecto.

Apagó la luz y abandonó el despacho. Mientras caminaba por el pasillo, se dio cuenta de que la luz de Ann-Britt Höglund estaba encendida y la puerta entreabierta. La empujó despacio hasta que pudo ver a su compañera, sentada mirando fijamente la mesa, sobre la que no había nada, ningún documento, tan sólo el tablero vacío.

Wallander vaciló un instante. No era frecuente que ella se quedase en la comisaría hasta tan tarde, pues tenía niños pequeños de los que ocuparse, y su marido se ausentaba a menudo por motivos de trabajo. Por otro lado, le vino a la memoria la violenta reacción que había tenido en el comedor… Y ahora allí estaba, mirando fijamente al vacío de su mesa.

Muy probablemente, quería estar sola. Sin embargo, también cabía la posibilidad de que necesitase a alguien con quien hablar.

«En fin, lo peor que puede ocurrir es que me pida que me marche», se animó Wallander antes de llamar a la puerta y entrar, a una indicación de ella.

—He visto la luz encendida, y como no sueles estar aquí a estas horas… a menos que haya ocurrido algo.

Ella lo miró en silencio.

—Si quieres estar sola, no tienes más que decirlo.

—No, en realidad no creo que quiera estar sola. Pero ¿qué haces tú aquí? ¿Ha pasado algo?

Wallander se hundió en la silla. Se sentía como un animal pesado y amorfo.

—Lo de los chicos que desaparecieron por San Juan.

—¿Alguna novedad?

—A decir verdad, ninguna. Pero se me ocurrió una idea que quería comprobar. Creo que tenemos que revisarlo todo con detalle. Eva Hillström está seriamente preocupada.

—Pero ¿qué es lo que ha podido suceder?

—Sí, ésa es la cuestión.

—Es decir, que quieres que cursemos una orden de búsqueda.

Wallander alzó los brazos, abatido.

—No lo sé. Ya lo decidiremos mañana.

La habitación quedaba en penumbra, pues el flexo estaba orientado hacia el suelo.

—¿Cuántos años llevas en la policía? — irrumpió ella de pronto.

—Muchos. A menudo pienso que demasiados. Sin embargo, eso soy en realidad, un policía. Y lo seré hasta que me jubile.

Ella lo miró largo rato antes de seguir preguntándole.

—¿Cómo lo llevas?

—No sé.

—Pero ¿lo llevas bien?

—No siempre. ¿Por qué me lo preguntas?

—Pensaba en la reacción que tuve en el comedor, cuando dije que el verano había sido terrible. Es cierto. Mi marido y yo tenemos problemas. Él nunca está en casa. Cuando vuelve de alguno de sus viajes tardamos una semana en acostumbrarnos el uno al otro. Y para entonces ya tiene que marcharse de nuevo. Este verano empezamos a hablar de separación, y eso nunca es fácil, sobre todo cuando hay niños.

—Sí, ya lo se.

—Al mismo tiempo, empecé a preguntarme qué es lo que estoy haciendo en realidad. Abro el periódico por la mañana y leo que unos colegas de Malmö han sido detenidos por encubrimiento. Si enciendo el televisor, veo que altos mandos policiales se mueven como pez en el agua en el mundo del crimen organizado o desfilan como invitados de honor en las bodas que los delincuentes celebran en zonas turísticas de países extranjeros. Lo peor es que todo eso va a más y, al final, me pregunto a qué me dedico yo en realidad. Mejor dicho, me pregunto si seré capaz de seguir trabajando como policía durante treinta años más.

—Sí, la verdad, hace ya tiempo que todo se tambalea y se resquebraja —admitió Wallander—. La corrupción de la justicia no es un fenómeno nuevo, y siempre ha habido policías corruptos, pero yo creo que la cosa ha empeorado. Por eso también es más importante que gente como tú resista en el Cuerpo.

—¿Y tú?

—Sí, también yo.

—Pero, dime, ¿cómo lo haces?

A Wallander no se le escapó el tono ansioso y algo agresivo de Ann-Britt. Y fue como mirarse en un espejo. ¿Cuántas veces no se había visto en la misma situación, sentado y mirando al vacío, incapaz de encontrar ni un estímulo que lo animara a seguir con su trabajo?

—Intento convencerme de que, sin mí, sería aún peor. Hay momentos en que eso me consuela. Un consuelo nimio, la verdad, pero, a falta de otro mejor, me aferro a él.

Ella hizo un gesto con la cabeza.

—No sé qué le está ocurriendo a este país.

Wallander confiaba en que continuase hablando, pero no lo hizo. Fuera, en la calle, se oyó el traqueteo chirriante de un tráiler.

—¿Recuerdas la brutal agresión de la pasada primavera? — inquinó Wallander—. La que tuvo lugar en Svarte.

Ella asintió en silencio.

—Dos niños, ambos de catorce años, abaten a golpes a un tercero, de doce. Sin motivo. Y una vez que lo tienen inconsciente en el suelo, le pisotean el pecho hasta dejarlo algo más que inconsciente. Hasta que está muerto. Creo que eso me hizo ver con claridad que se ha producido una transformación radical. La gente siempre se ha peleado, pero antaño lo dejaba cuando el otro caía vencido al suelo. Llámalo como quieras, juego limpio, quizás. O, ¿por qué no?, simplemente, se actuaba de ese modo, y punto. Sin embargo, las cosas ya no son así. No parece sino que toda una generación de jóvenes se haya visto abandonada por sus padres, o que hubiésemos convertido en norma básica el no involucrarnos en nada. El hecho es que, de repente, los policías nos ponemos a reconsiderarlo todo. Las circunstancias han cambiado por completo, así que la experiencia acumulada no tiene ya la menor validez.

El inspector guardó silencio.

—Sí. En realidad, no sé qué expectativas tenía yo cuando entré en la Escuela Superior de Policía —intervino Ann-Britt Höglund—. Pero, desde luego, no era esto lo que esperaba.

—A pesar de todo, tenemos que resistir. Además, tampoco creo que hubieses imaginado entonces que algún día iban a dispararte.

—Lo cierto es que lo intenté —confesó ella—. Cada vez que teníamos prácticas de tiro, trataba de imaginarme que el disparo que yo efectuaba me alcanzaba a mí. Sin embargo, no podemos imaginar el dolor. Y, por supuesto, nunca creemos que nos va a pasar a nosotros.

Se oyeron voces procedentes del pasillo: uno de los policías del turno de noche decía algo acerca de un conductor bebido. Volvió a hacerse el silencio.

—De verdad, ¿cómo estás? — inquirió Wallander.

—¿Te refieres a lo de mi herida de bala?

Él asintió.

—A veces tengo pesadillas. Sueño que me matan, que muero. O que el disparo me da en la cabeza. Eso es lo peor que le puede pasar a uno.

—Sí, es normal tener miedo —admitió Wallander al tiempo que ella se levantaba.

—El día en que sienta miedo de verdad, lo dejaré. Pero. creo que aún no es el momento. Gracias por quedarte a charlar conmigo. Estoy acostumbrada a resolver mis problemas sola, pero esta noche necesitaba ayuda.

—Siempre es indicio de fortaleza el atreverse a reconocerlo.

La agente se puso la chaqueta y esbozó una pálida sonrisa. Wallander se preguntó si su compañera dormiría bien, pero no dijo nada.

—¿Podremos hablar mañana de los traficantes de coches?

—Sí, pero mejor por la tarde. No olvides que por la mañana tenemos lo de los jóvenes.

Ella lo miró con curiosidad.

—Pareces preocupado.

—Eva Hillström está angustiada y no puedo pasarlo por alto.

Salieron juntos. El inspector le preguntó si quería que la llevase a casa, pero Ann-Britt declinó el ofrecimiento, aunque su coche no se veía aparcado por allí.

—No, gracias. Me vendrá bien caminar. Además, hace buen tiempo. ¡Vaya mes de agosto!

—La canícula, lo llaman. ¡Menudo nombrecito!

Tras despedirse, Wallander se sentó al volante de su coche y se marchó a casa. Se tomó una taza de té y hojeó el diario YstadsAllehanda antes de irse a la cama. Dejó la ventana entreabierta, pues hacía calor.

No tardó en quedarse dormido.

Se despertó sobresaltado: un intenso dolor lo había arrancado del sueño. Tenía un calambre en el músculo de la pantorrilla izquierda. Apoyó el pie en el suelo y realizó con la pierna algunos estiramientos hasta que el dolor desapareció. Se tumbó de nuevo muy despacio, temeroso de que el calambre le sobreviniese otra vez. El reloj de la mesilla de noche indicaba la una y media.

Había vuelto a soñar con su padre. En el sueño, incoherente y discontinuo, ambos caminaban sin rumbo por las calles de una ciudad que Wallander no reconocía. Iban en busca de alguien, aunque el sueño no le reveló de quién se trataba.

La brisa mecía la cortina que cubría la ventana de su dormitorio. Le dio por pensar en la madre de Linda, Mona, con quien había estado casado tanto tiempo, y que ahora llevaba otra vida muy diferente, con un hombre que jugaba al golf y que, con total seguridad, no tenía exceso de azúcar en la sangre.

Las ideas vagaban por su mente. De pronto, se vio a sí mismo paseando por las infinitas playas de Skagen, en compañía de Baiba. Pero ella desapareció enseguida. Entonces Wallander se despertó del todo.

Se sentó en el borde de la cama. No supo de dónde le venía la idea, pero allí estaba, de repente, abriéndose paso entre la maraña de las demás reflexiones: Svedberg.

Si estaba enfermo, no era normal que no hubiese avisado. Además, él nunca se ponía enfermo. Si le hubiese ocurrido algo, les habría avisado. Wallander tendría que haber caído antes en la cuenta. El que Svedberg no diese señales de vida sólo podía significar una cosa: que se hallaba en una situación tal que ni siquiera le era posible comunicarlo.

Wallander notó que empezaba a asustarse. En fin, tal vez no fueran más que figuraciones suyas… Pero ¿qué podía haberle ocurrido a Svedberg? Y su miedo se acrecentaba… Miró de nuevo el reloj antes de ir a la cocina a buscar el número de teléfono de su compañero. Marcó el número. Dejó sonar el teléfono varias veces, hasta que saltó el contestador con la voz de Svedberg. Colgó el auricular, seguro de que algo había sucedido. Se vistió y se dirigió al coche. Empezaba a soplar una ligera brisa, pero aún hacía calor.

Minutos después llegaba a la plaza Stortorget. Allí aparcó el coche y caminó hasta la calle Lilla Norregatan, donde vivía el policía. Wallander vio luz en la ventana, cosa que lo tranquilizó durante unos segundos. Pero enseguida volvió la preocupación, aún con más fuerza. ¿Por qué no contestaba Svedberg a sus llamadas, si estaba en casa? Tanteó la puerta del portal, que estaba cerrada con llave. Como no conocía el código, sacó su navaja y la introdujo por la rendija que quedaba entre las dos hojas de la puerta, presionando hasta que ésta cedió.

Svedberg vivía en el tercer piso, el más alto, y Wallander llegó arriba sin resuello. Pegó la mejilla a la puerta. Todo estaba en silencio. Abrió la ranura para el correo, pero no vio ni oyó nada. Luego llamó al timbre, cuyo eco retumbó en el interior del apartamento. Llamó dos veces más antes de empezar a aporrear la puerta. Intentaba pensar con claridad. Sentía una necesidad imperiosa de no estar solo. Se palpó el bolsillo de la chaqueta, pero se había dejado el móvil sobre la mesa de la cocina.

Bajó de nuevo las escaleras, bloqueó la puerta con una piedra y se apresuró hasta las cabinas de la plaza Stortorget. Llamó a Martinson, que contestó enseguida.

—Siento despertarte a estas horas, pero necesito ayuda.

—¿De qué se trata?

—¿Lograste hablar con Svedberg? — preguntó Wallander.

—No.

—Pues tiene que haberle ocurrido algo.

Martinson guardó silencio y Wallander se dio cuenta de que su colega acababa de despertarse del todo.

—Te espero a la puerta de su bloque, en Lilla Norregatan.

—No tardaré más de diez minutos —aseguró Martinson.

Wallander se dirigió de nuevo hasta su coche y abrió el maletero allí, en una sucia bolsa de plástico, guardaba algunas herramientas Sacó una palanqueta y volvió a la casa de Svedberg.

Diez minutos más tarde llegó Martinson, con la parte de arriba del pijama bajo la chaqueta.

—¿Qué crees que ha sucedido?

—No lo sé.

Subieron las escaleras y Wallander le indicó a Martinson con un gesto que llamase al timbre. Nadie les abrió.

Se miraron un instante.

—Quizá Svedberg guarde un juego de llaves de su casa en su despacho.

Wallander negó con la cabeza, antes de sentenciar:

—Eso nos llevaría demasiado tiempo.

Martinson se apartó, pues sabía lo que tenían que hacer.

Wallander sacó la palanqueta y forzó la puerta.

4

La noche del 9 de agosto de 1996 resultó ser una de las más largas en la vida de Kurt Wallander. Cuando, al amanecer, salió dando tumbos de la casa de Lilla Norregatan, seguía sin liberarse de la sensación de vivir una pesadilla.

Sin embargo, cuanto estuvo obligado a ver durante aquella larga noche había sido real, y aterrador. En no pocas ocasiones, a lo largo de su carrera como policía, había sido testigo de lo que solía dejar tras de sí un drama sangriento y brutal. No obstante, nunca le había tocado tan de cerca. Al forzar la puerta del apartamento de Svedberg, no sabía a ciencia cierta qué se encontraría dentro, aunque se temía lo peor. Y así fue.

Entraron sigilosos, como si se internaran en territorio enemigo. Martinson lo seguía muy de cerca. Las lámparas de la entrada estaban apagadas, pero les llegaba luz del interior. Durante un instante de silencio absoluto, Wallander pudo oír a su espalda la respiración irregular de Martinson. Se aproximaron a la sala de estar. Al llegar al vano de la puerta, Wallander retrocedió de forma tan violenta que chocó contra su compañero. Éste se inclinó hacia delante para verlo que había en la sala.

Más tarde, Wallander recordaría la reacción de Martinson: éste había lanzado un lamento inolvidable, como el de un niño, ante lo inexplicable de la escena.

Svedberg estaba tendido en el suelo. Una pierna colgaba sobre el respaldo roto de una silla volcada. El cuerpo, descoyuntado, había quedado en una posición extraña, como si no tuviese columna vertebral. Wallander permaneció inmóvil donde estaba, helado de terror. No cabía duda. El hombre que estaba allí tendido era Svedberg. Y estaba muerto. El hombre con el que él había trabajado durante tantos años se encontraba allí, sin vida, en una posición forzada, tendido en el suelo, Y ya no existía. Ya no volvería a ocupar su puesto habitual en torno a la mesa de alguna de las salas de reuniones, rascándose la calva con el extremo del lápiz.

La calva de Svedberg también había desaparecido. Tenía la cabeza destrozada.

A unos pasos del cadáver había una escopeta de dos cañones. La sangre había salpicado hasta el blanco de la pared, a unos metros de la silla volcada.

Wallander, que seguía sin poder moverse, contemplaba el espectáculo con el corazón sobresaltado. Una imagen que permanecería indeleble en su memoria: Svedberg muerto, la cabeza reventada, la silla volcada y la escopeta sobre la alfombra roja con rayas de color azul claro. Desconsolado, pensó que Svedberg no sufriría nunca más aquel pánico que le infundían las avispas.

—¿Qué es esto? — preguntó Martinson con la voz quebrada.

Wallander comprendió que su compañero estaba a punto de echarse a llorar. A él le faltaba mucho para llegar a ese punto, pues era incapaz de romper en llanto ante algo incomprensible. Y lo que tenía delante era algo que no alcanzaba a comprender. ¿Svedberg, muerto? Eso carecía de sentido. Svedberg era un policía de unos cuarenta años al que encontraría en su lugar habitual a la mañana siguiente, en alguna de sus reuniones. Svedberg, con su calva, su miedo a las avispas y su costumbre de tomarse una sauna en la comisaría, totalmente solo, todos los viernes por la tarde.

Simplemente, no era él quien estaba allí tendido. Era otra persona que se le parecía.

De manera instintiva, echó una ojeada a su reloj. Eran las dos y nueve minutos de la madrugada. Seguramente permanecieron allí durante unos segundos antes de volver a la entrada. Wallander encendió una lámpara y vio que Martinson temblaba. Se preguntó qué aspecto tendría él.

—Habrá que movilizar a todas las brigadas —afirmó Wallander.

Había un teléfono sobre una mesita de la entrada, aunque no tenía contestador.

Martinson asintió; estaba a punto de coger el auricular cuando Wallander le retuvo la mano.

—Espera. Primero tenemos que pensar un poco.

Pero ¿qué era lo que había que pensar? Tal vez esperaba un milagro, que Svedberg apareciese de repente detrás de ellos y que nada de lo que habían visto fuese real.

—¿Te acuerdas del número de teléfono de la casa de Lisa Holgersson? — inquirió Wallander.

Éste sabía por experiencia que Martinson tenía una capacidad asombrosa para recordar direcciones y números de teléfono.

Hasta entonces, habían sido dos los que habían gozado de tan buena memoria, Martinson y Svedberg. Sin embargo, ahora, de repente, no quedaba más que uno.

Martinson tartamudeó el número y Wallander fue marcándolo. Lisa Holgersson contestó a la segunda señal, de lo que dedujo que tenía un teléfono junto a la cama.

—Soy Wallander. Siento despertarte a estas horas —le dijo, aunque tuvo la sensación de que ella estaba muy despierta—. Será mejor que vengas. Estoy con Martinson en el apartamento de Svedberg, en Lilla Norregatan. Svedberg está muerto.

Oyó el grito de Lisa Holgersson al otro lado del hilo telefónico.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé. Le han disparado.

—¡Qué horror! Es decir, que se trata de un asesinato.

Wallander pensó en la escopeta que había en el suelo.

—No lo sé —repitió—. Asesinato o suicidio, no lo sé.

—¿Os habéis puesto en contacto con Nyberg?

—No, quería llamarte a ti primero.

—Me visto y salgo para allá enseguida.

—Mientras, nos pondremos en contacto con Nyberg.

Wallander cortó la comunicación apretando un botón del auricular y después le tendió éste a Martinson.

—Empieza con Nyberg.

A la sala de estar se accedía desde dos sitios. Mientras Martinson hablaba por teléfono, Wallander dio un rodeo a través de la cocina. Uno de los cajones estaba en el suelo, y la puerta de uno de los armarios, abierta. El suelo estaba cubierto de papeles y de recibos.

Wallander intentaba registrar mentalmente cuanto veía, al tiempo que oía cómo Martinson le explicaba lo ocurrido a Nyberg, el técnico criminalista. El inspector siguió recorriendo la casa vigilando dónde ponía los pies. Entró en el dormitorio de Svedberg. Tres de los cajones de la cómoda estaban sacados. La cama estaba sin hacer y el edredón había caído al suelo. Comprobó, con una profunda ternura, que las sábanas sobre las que había dormido su amigo tenían un estampado de flores, de modo que la cama era como un paisaje veraniego.

Continuó hasta llegar al pequeño despacho contiguo a la sala de estar, amueblado con estanterías y un escritorio. Svedberg era un hombre organizado. De hecho, en la mesa de su despacho en la comisaría, ordenada con extrema pulcritud, nunca había papeles superfluos. Sin embargo, los libros del despacho de su casa estaban fuera de los estantes, los cajones revueltos y había papeles amontonados por todas partes.

Al entrar de nuevo en la sala de estar, en esta ocasión desde el otro lado, se encontró ahora más cerca de la escopeta, mientras que el cuerpo descoyuntado del compañero quedaba en el otro extremo. Inmóvil, contempló la escena, los detalles: todo había quedado como congelado tras el drama que debía de haberse desarrollado en aquella habitación. No pocas preguntas se le agolpaban en la mente. ¿Habría oído alguien el disparo? ¿O habrían sido varios disparos? Todo parecía indicar que se había tratado de un robo, pero ¿cuándo se cometió? ¿Qué había ocurrido en realidad?

Martinson apareció en la puerta del otro lado de la sala.

—Están en camino.

Wallander volvió sobre sus pasos y recorrió lentamente el camino en sentido contrario. Al llegar a la cocina, oyó ladrar a un perro y luego la voz indignada de Martinson. Se apresuró a la entrada. En el rellano de la escalera había una patrulla con un perro policía y detrás de ellos algunos vecinos en bata. El policía que sujetaba al perro, un pastor alemán, se llamaba Edmundsson y había llegado a Ystad no hacía mucho.

—Recibimos una llamada de alarma —vaciló al ver a Wallander—. Sobre un robo. En un apartamento cuyo propietario se llama Svedberg.

Wallander comprendió que Edmundsson no había caído en la cuenta de que se trataba del inspector Svedberg.

—Está bien. Ha habido un accidente. El propietario es el inspector Svedberg.

Edmundsson palideció.

—Lo pensé por un momento, pero no estaba seguro.

—¿Cómo ibas a estarlo? Pero puedes volverte a la comisaría. Hemos solicitado movilización total, y ya están en camino.

Edmundsson lo escudriñó de arriba abajo con la mirada.

—¿Qué ha sucedido?

—Svedberg está muerto —sentenció Wallander—. Por ahora, eso es cuanto sabemos.

Enseguida se arrepintió de haberlo dicho. Los vecinos que había en la escalera estaban escuchando, y a alguno de ellos se le podía ocurrir llamar a los periódicos. Y si había algo que Wallander quería evitar en aquellos momentos era que se presentase un enjambre de periodistas. Un agente de la policía muerto en circunstancias poco claras era una noticia que dispararía las ventas de los periódicos.

Edmundsson desapareció con su perro escaleras abajo y Wallander se preguntó cuál sería el nombre del animal.

—¿Puedes encargarte tú de los vecinos? — le pidió a Martinson—. Alguno habrá oído los disparos, digo yo. Quizá podamos averiguar la hora hoy mismo.

—¿Hubo más de un disparo?

—No lo sé, pero alguien debe de haber oído algo. — Wallander vio que la puerta frente al apartamento de Svedberg estaba abierta—. Pregunta si te puedes quedar ahí dentro. No quiero que esto se llene de gente. Y en la escalera habrá bastante movimiento.

Martinson asintió. Wallander notó que tenía los ojos enrojecidos. Y que temblaba.

—¿Qué cojones ha sucedido?

Wallander meneó la cabeza.

—No sé.

—Parece un robo, ¿no?, con todos esos papeles y libros tirados por el suelo.

Se oyó un portazo en la planta baja y unos pasos que se acercaban. Martinson empezó a pedir a los vecinos, nerviosos y somnolientos, que entraran en el piso de enfrente.

Lisa Holgersson apareció por la escalera; subía con paso presuroso.

—Quisiera prepararte para lo que vas a ver —le advirtió Wallander—. Lo que te espera…

—¿Tan terrible es?

—A Svedberg le han disparado en la cabeza con una escopeta de cartuchos y desde muy cerca.

Lisa hizo un mohín. Después, Wallander vio cómo se armaba de valor y la siguió hasta la entrada, donde le señaló la sala de estar. Ella se acercó hasta el umbral de la puerta y se volvió de inmediato, balanceándose como si estuviese a punto de desmayarse. Wallander la aferró por el brazo y la llevó a la cocina, donde ella se dejó caer en una silla pintada de azul. Entonces miró a Wallander con los ojos muy abiertos.

—¿Quién ha hecho algo así?

—No lo sé. — El inspector llenó un vaso de agua y se lo ofreció—. Svedberg no apareció ayer —explicó—. Y no había avisado.

—Eso no es normal —comentó Lisa Holgersson.

—Sí, siempre avisaba. Me he despertado con la sensación de que algo no iba bien y he venido aquí.

—Es decir, que no tiene por qué haber ocurrido esta noche, ¿me equivoco?

—No. Martinson está intentando averiguar si alguno de los vecinos oyó algo. Sería de esperar, pues una escopeta hace bastante ruido. En caso contrario, los forenses de Lund tendrán que averiguar la hora en que se efectuó el disparo.

La sensatez de su propio comentario le retumbó en la cabeza y notó que se mareaba.

—Sé que estaba soltero —afirmó Lisa Holgersson—. Pero ¿sabes si tenía algún pariente?

Wallander intentó hacer memoria. Recordaba que la madre de Svedberg había muerto hacía algunos años. De su padre no sabía nada. El único familiar del que Wallander sabía algo era una prima; la había conocido un año o dos atrás, durante la investigación de un caso de asesinato[[5]](#footnote-5).

—Tenía una prima, Ylva Brink. Es comadrona. Pero, la verdad, no sé de nadie más.

En ese momento se oyó la voz de Nyberg en la entrada.

—Yo me quedaré aquí unos minutos —se excusó Lisa Holgersson.

Wallander salió a recibir al técnico, que estaba quitándose las botas de agua.

—¿Qué coño ha pasado?

Con Nyberg, que era un excelente técnico criminal, no resultaba fácil trabajar, y ello debido a su proverbial malhumor. En cualquier caso, no parecía haber comprendido que se trataba de un colega. De un colega muerto. ¿Acaso Martinson había olvidado aclarárselo?

—Escucha…, ¿sabes dónde estás? — preguntó Wallander, cauteloso.

Nyberg lo miró colérico.

—Sólo sé que me han llamado para acudir a un apartamento de la calle Lilla Norregatan —repuso—. Pero, la verdad, Martinson estaba bastante alelado cuando llamó. ¿De qué se trata?

Wallander lo observó con gravedad y Nyberg se calmó al ver su mirada.

—Se trata de Svedberg. Está muerto. Al parecer, lo han asesinado.

—¿Qué dices? ¿Kalle? — inquirió incrédulo.

Wallander asintió y notó que se le hacía un nudo en la garganta. Nyberg era uno de los pocos que llamaban a Svedberg por su nombre de pila. Es más, se llamaba Karl Evert, pero Nyberg, cariñosamente, lo había llamado Kalle.

—Está ahí dentro —prosiguió Wallander—. Alguien le ha disparado con una escopeta de cartuchos. En plena cara.

Nyberg contrajo el rostro.

—Como es natural, no tengo que decirte el aspecto que tiene.

—No —admitió Nyberg—. No tienes que decirme nada.

Nyberg entró, pero también él retrocedió al llegar al umbral. Wallander aguardó unos segundos, como para dar a Nyberg la oportunidad de asimilar lo que veía. Luego se acercó a él despacio y le dijo:

—He de hacerte una pregunta, una pregunta crucial. Como ves, la escopeta está a casi dos metros del cuerpo. Mi pregunta es: ¿podría haber ido a parar ahí el arma si Svedberg se hubiese suicidado?

Antes de responder, Nyberg reflexionó un instante.

—No. Es imposible. Si uno sostiene un arma entre las manos y la apunta contra sí mismo, no puede luego lanzarla tan lejos. Imposible.

Durante una fracción de segundo, el inspector sintió un indescriptible alivio. Aquello quería decir que Svedberg no se había pegado un tiro. La gente empezaba a amontonarse en la entrada. Había llegado el forense, y también Hanson. Uno de los técnicos estaba abriendo su maletín en medio de las sillas volcadas.

—Prestadme atención un momento —rogó Wallander—. He de deciros que quien está ahí dentro es el inspector Svedberg. Está muerto. Y ha sido asesinado. Quiero que estéis preparados para un golpe tremendo. Todos lo conocíamos. Y ahora lo lloramos. Era nuestro colega y amigo. Eso lo hace todo mucho más difícil

Al enmudecer, lo invadió la impresión de que tendría que haber dicho algo más. Pero las palabras no acudían a sus labios. Volvió a la cocina mientras Nyberg y sus colegas se ponían manos a la obra. Lisa Holgersson seguía sentada en la silla.

—Tengo que llamar a su prima, si es que es su familiar más próximo.

—Si quieres, puedo llamarla yo, que la conozco —se ofreció Wallander.

—Ponme en antecedentes. ¿Qué ha ocurrido exactamente?

—Para eso necesito a Martinson. Voy a buscarlo.

Wallander salió al descansillo. La puerta del apartamento de enfrente estaba entreabierta y llamó antes de entrar. Vio a Martinson en la sala de estar, con otras cuatro personas, dos hombres y dos mujeres.

Tres de ellos iban en pijama y bata. El inspector le indicó a Martinson que lo siguiera.

—¿Les importaría esperar aquí un momento? — les pidió Wallander a los vecinos en tono de disculpa.

Entraron en la cocina. Martinson estaba muy pálido.

—A ver, recapitulemos —propuso Wallander—. ¿Quién fue el último que vio a Svedberg?

—Pues creo que fui yo —señaló Martinson—. Si es así, fue el miércoles por la mañana, a eso de las once, en el comedor.

—¿Qué impresión te dio?

—Dado que nada me llamó la atención, supongo que estaba normal,

—Después me llamaste a mí, por la tarde, y quedamos en que nos reuniríamos los tres el jueves por la mañana.

—Sí y, de hecho, fui al despacho de Svedberg después de colgar, pero no estaba. En recepción me dijeron que se había marchado y que ya no volvería.

—¿A qué hora se marchó?

—Eso no lo pregunté.

—¿Qué hiciste después?

—Lo llamé a su casa, pero saltaba el contestador, así que le dejé un mensaje para informarle de que al día siguiente, el jueves, había una reunión. Luego lo llamé varias veces, ya lo sabes, pero nunca contestó. Wallander reflexionó un instante.

—Es decir, que Svedberg dejó la comisaría en algún momento de la tarde del miércoles. Hasta ese momento todo parece normal. El jueves no vino a trabajar, lo cual es muy extraño. Al margen de que hubiera oído tu mensaje en el contestador o no, él nunca dejaba de ir al trabajo sin avisar antes.

—Eso implica que quizá lo mataran el mismo miércoles por la tarde —concluyó Lisa Holgersson.

Wallander se preguntaba dónde estaba la frontera entre lo normal y lo anormal, pues ése era, precisamente, el punto que estaban buscando, cuando, de pronto, le empezó a rondar otra idea por la cabeza: un comentario de Martinson, quien le había asegurado que su contestador estaba averiado.

—¡Espera un momento! — exclamó mientras salía de la cocina.

Entró en el despacho de Svedberg, le echó una ojeada al contestador, que estaba sobre la mesa, y continuó hacia la sala de estar. Allí estaba Nyberg, inclinado sobre la escopeta. Wallander le indicó que lo siguiese hasta el despacho.

—Me gustaría escuchar los mensajes del contestador, pero no quiero borrar ninguna huella.

—Podemos rebobinar la cinta hasta el comienzo —aseguró Nyberg.

A una señal de Wallander, y con las manos enfundadas en sus guantes de plástico, pulsó el botón para escuchar la cinta.

Había tres mensajes, todos ellos de Martinson, que había dicho la hora a la que llamaba en cada uno de ellos. Salvo eso, nada más.

—También me gustaría oír el mensaje que Svedberg había grabado en el contestador —solicitó Wallander.

Nyberg pulsó entonces otro de los botones.

Wallander, al igual que el técnico, se sobresaltó al oír la voz de Svedberg.

«En este momento no estoy en casa. Puedes dejar un mensaje después de la señal.»

Eso era todo.

Wallander regresó a la cocina.

—Tus mensajes estaban registrados en la cinta, pero, como es lógico, nunca sabremos si llegó a escucharlos.

Los tres reflexionaron en silencio sobre lo que había dicho Wallander.

—¿Qué dicen los vecinos? — preguntó el inspector.

—Nadie ha oído nada —aseguró Martinson—. Es muy curioso, nadie ha oído ningún disparo. Y eso que todos estaban en casa, más o menos.

Wallander frunció el entrecejo.

—Eso no tiene sentido.

—Seguiré hablando con ellos, a ver si averiguo algo más —dijo antes de marcharse.

Otro agente entró en la cocina.

—Ahí fuera hay un periodista —anunció.

«¡Joder!», exclamó Wallander para sus adentros, al saber que alguien había hablado ya con la prensa. Miró a Lisa Holgersson.

—Antes tenemos que hablar con los familiares —le advirtió ella.

—Sí, pero no podremos mantenerlo en silencio más allá de mañana al mediodía —señaló Wallander. Se volvió hacia el policía, que aguardaba una respuesta—. Por ahora, no hay comentarios —le dijo—. Tendrán información mañana, en la comisaría.

—A las once —precisó Lisa Holgersson.

El policía desapareció. En ese momento, Nyberg lanzó un rugido en la sala de estar; después volvió a reinar el silencio. Sabían que tenía un carácter fuerte, pero sus accesos no duraban demasiado. Wallander entró en el despacho y recogió del suelo un listín de teléfonos. Sentado a la mesa de la cocina, se aplicó a buscar el número de teléfono de Ylva Brink. Lanzó una mirada interrogante a Lisa Holgersson.

—Llama tú —se limitó a decir ella.

No había nada que le costase más que comunicar un fallecimiento repentino a un familiar de la víctima. Siempre que podía, procuraba ir acompañado de un capellán; sin embargo, pese a haberse visto obligado a hacerlo solo en un buen número de ocasiones, nunca había llegado a acostumbrarse. Aunque Ylva Brink era sólo prima de Svedberg, no por ello iba a resultarle menos duro. Temblando de miedo, sentía que la tensión crecía en su interior a cada señal de llamada.

Al cabo de un instante, saltó el contestador. Aquella noche debía de estar de guardia en la sección de maternidad.

Wallander colgó el auricular al tiempo que le venía a la mente la imagen de aquella otra noche en que él mismo y Svedberg la habían visitado en el hospital, hacía ya casi dos años.

Ahora Svedberg estaba muerto, y Wallander todavía no acababa de creérselo.

—Estará trabajando —aclaró—. Tendré que ir al hospital y hablar con ella personalmente.

—Así es, mucho me temo que ya no podemos esperar más —admitió Lisa Holgersson—. Quizá tuviera otros parientes, más próximos que una prima, de los que nada sabemos.

Wallander comprendió que tenía razón.

—¿Quieres que te acompañe? — se ofreció Lisa.

—No, no hace falta.

Habría preferido que lo acompañase Ann-Britt. Entonces, al pensar en ella, cayó en la cuenta de que nadie la había llamado para informarla. En realidad, su colega debería estar allí.

Lisa Holgersson se levantó y salió de la cocina. Wallander se sentó en la silla que ella había dejado libre y marcó el número de Ann-Britt. Contestó un hombre con voz somnolienta.

—Tengo que hablar con Ann-Britt. Soy Wallander.

—¿Quién?

—Kurt Wallander, de la policía.

La voz del hombre, que seguía medio dormido, sonaba ahora irritada.

—¿De qué cojones está hablando?

—¿No es éste el número de Ann-Britt Höglund?

—¡La única mujer que vive en esta casa se llama Alma Lundin! — vociferó el hombre antes de colgar.

A Wallander casi le pareció oír el golpe del auricular contra el aparato. En fin, que había marcado un número equivocado. Volvió a marcar, más despacio esta vez, y entonces sí oyó la voz de su colega, que respondió a la segunda señal de llamada. Con la misma rapidez que Lisa Holgersson.

—Soy Kurt.

Se la oía muy despierta, tal vez ni siquiera estaba durmiendo. Cabía la posibilidad de que los problemas la hubiesen mantenido en vela y, en tal caso, se dijo Wallander, él llamaba para darle otro más.

—¿Qué ha ocurrido?

—Svedberg ha muerto. Asesinado, con toda probabilidad.

—No puede ser.

—Por desgracia, así es. En su casa, en Lilla Norregatan.

—Sé dónde queda esa calle

—¿Vas a venir?

—Ahora mismo.

Wallander colgó y permaneció sentado a la mesa. Uno de los técnicos policiales se asomó por la puerta de la cocina. Wallander le hizo señas de que se retirase. Necesitaba pensar. No durante mucho tiempo, sino sólo unos minutos. Y, en efecto, durante esos escasos minutos comprendió que había algo muy extraño en todo aquello. Algo que no encajaba en absoluto. Sin embargo, habría sido incapaz de decir de qué se trataba.

El técnico volvió a la cocina.

—Nyberg quiere hablar contigo.

Wallander se levantó y entró en la sala. Del trabajo que allí se estaba realizando emanaba una sensación tortuosa y desagradable. En las investigaciones, siempre habían contado con Svedberg y, aunque no tenía una personalidad arrolladora, sí era muy querido. Pero ahora yacía allí muerto.

El médico, arrodillado, se inclinaba sobre el cadáver. De vez en cuando, el flash de una cámara iluminaba la habitación. Nyberg tomó unas notas y se acercó a Wallander, que se había quedado en el umbral.

—¿Sabes si Svedberg tenía armas?

—¿Lo dices por la escopeta?

—Sí.

—No lo sé, pero no puedo creer que le gustase la caza.

—Es que me resulta muy extraño que el autor del crimen haya dejado el arma aquí.

Wallander se mostró de acuerdo, pues también él había reparado en ese detalle desde el principio.

—¿Has notado alguna otra cosa rara?

Nyberg entornó los ojos.

—Yo creo que, cuando a un colega le vuelan la cabeza, todo es muy extraño.

—Sabes bien a qué me refiero. — Sin esperar respuesta, el inspector se dio media vuelta y se marchó; al llegar a la entrada, se topó con Martinson, que se disponía a entrar—. ¿Cómo va la cosa? ¿Tenemos alguna idea de la hora?

—Nadie ha oído nada. Sin embargo, si lo he entendido bien, desde el lunes siempre ha habido alguien en el edificio. Las veinticuatro horas. Si no en esta misma planta, en la de abajo.

—¿Y nadie ha oído nada? ¡Eso es imposible!

—En el piso de abajo vive una maestra jubilada que parece algo sorda, pero los demás no tienen problemas de oído.

Wallander apenas daba crédito a lo que oía. Alguien tenía que haber oído la detonación. O las detonaciones.

—Tendrás que seguir indagando. Yo he de acercarme al hospital. ¿Recuerdas a Ylva Brink, la prima de Svedberg, la comadrona? Al parecer es su único familiar.

—¿No tenía una tía por Västergötland?

—Tendré que preguntárselo a Ylva.

El inspector bajó las escaleras. Necesitaba salir al aire libre.

Ante el portal aguardaba un periodista. Wallander lo reconoció; era del diario Ystads Allehanda.

—Aquí está pasando algo, ¿verdad? Todas las brigadas movilizadas a medianoche, en una casa en la que vive un policía de la brigada criminal llamado Karl Evert Svedberg…

—No puedo decir nada —atajó Wallander—. A las once habrá una rueda de prensa en la comisaría.

—¿No puedes o no quieres decir nada?

—La verdad es que no puedo decir ni una palabra.

El periodista, que se llamaba Wickberg, asintió.

—Eso significa que alguien ha muerto, ¿no es así? Y no puedes decir nada porque antes tienes que informar a los familiares. ¿Me equivoco?

—En tal caso, podría haber usado el teléfono.

Wickberg sonrió, sin antipatía, pero con decisión.

—Eso no se hace así. Primero suele llamarse a un capellán, si es que hay alguno disponible. O sea, que Svedberg está muerto, ¿no?

Wallander se sentía demasiado agotado para enfadarse.

—Lo que creas adivinar o lo que sospeches no tiene la menor importancia. Mañana a las once habrá una rueda de prensa. Ni yo ni nadie dirá una palabra antes de esa hora.

—¿Y adónde vas ahora?

—A dar un paseo para despejarme.

Dicho esto, echó a andar por la calle Lilla Norregatan. Varias manzanas más allá, se dio la vuelta y comprobó que Wickberg no lo seguía. Giró entonces a la derecha por la calle Sladdergatan y luego a la izquierda por Stora Norregatan. Se dio cuenta de que tenía sed. Y ganas de orinar. Puesto que no se oía ningún coche, se puso a orinar contra una fachada, antes de continuar.

«Aquí hay algo raro», pensó de nuevo, «algo muy raro.»

No daba con lo que podía ser, pero la sensación crecía en su fuero interno, hasta corroerle el estómago. ¿Por qué habían disparado a Svedberg? ¿Qué era lo que no encajaba en absoluto en aquella imagen tremenda de su colega muerto y con la cara destrozada?

Llegó por fin al hospital, rodeó el edificio hasta la parte trasera, tocó el timbre de la puerta de urgencias y subió en el ascensor hasta la planta de maternidad. Los recuerdos le bailaban en la memoria. De nuevo, Svedberg y él se disponían a hablar con Ylva Brink. Sólo que Svedberg ya no estaba.

Era como si nunca hubiese existido.

De pronto, vio aparecer a Ylva Brink al otro lado de la puerta de cristal. Ella lo divisó al instante, pero él notó que le llevó varios segundos reconocerlo, los que él tardó en alcanzar la puerta y abrirla.

En ese preciso momento, Ylva comprendió además que algo grave había ocurrido.

5

Se sentaron en la oficina de la sección de partos. Eran ya las tres y nueve minutos de la madrugada. Wallander le dijo la verdad, que Svedberg estaba muerto, que lo habían asesinado de uno o más tiros de escopeta. Asimismo, le confesó que todavía ignoraban quién le había disparado, por qué razón y cuándo lo habían matado. Sin embargo, evitó darle detalles acerca del aspecto tanto de la víctima como del lugar del crimen.

Acababa de explicarle brevemente lo ocurrido cuando una enfermera del turno de noche entró a preguntarle algo a Ylva.

—Acabo de anunciarle la muerte de un familiar —intervino Wallander—. ¿Podría esperar un poco?

La enfermera estaba a punto de marcharse cuando Wallander le pidió un vaso de agua, pues tenía la boca tan seca que la lengua se le pegaba al paladar.

—Todos sus colegas estamos destrozados y conmocionados —prosiguió Wallander una vez que la enfermera se hubo marchado—. Comprendo que te resulte tan inexplicable como a nosotros.

Ylva Brink permanecía en silencio. Se había puesto muy pálida, aunque logró guardar la compostura. La enfermera regresó con el vaso de agua.

—¿Hay algo que yo pueda hacer? — preguntó, solícita.

—Por ahora nada —respondió Wallander.

Se bebió el vaso de un trago, sin lograr calmar su sed.

—No lo entiendo —dijo Ylva rompiendo su silencio—. Simplemente, no lo entiendo.

—Tampoco yo. Y creo que tardaré mucho tiempo en comprenderlo, eso si lo consigo algún día. — Se puso a buscar un bolígrafo en uno de los bolsillos de la chaqueta. Como le ocurría a menudo, no se había llevado ningún bloc de notas, así que sacó un papel usado de la papelera que había junto a la silla, y en el que alguien se había entretenido en dibujar unos monigotes, lo alisó con la mano y puso un periódico debajo—. Tengo que hacerte unas preguntas. ¿Sabes si tenía algún otro pariente? He de admitir que tú eres el único familiar de Svedberg que conozco.

—Sus padres murieron y no tenía hermanos. Aparte de mí, sólo tenía otro pariente. Yo soy su prima por parte de padre, pero también tiene un primo por parte de madre. Se llama Sture Björklund.

Wallander iba tomando notas.

—¿Sabes si vive en Ystad?

—En una finca a las afueras de Hedeskoga.

—O sea, que es agricultor.

—No, es catedrático de Sociología en la Universidad de Copenhague.

A Wallander le sorprendió el dato.

—No recuerdo haberle oído hablar nunca de él.

—Casi nunca se veían. Si lo que quieres saber es con qué parientes tenía contacto, la respuesta es que sólo conmigo.

—Ya, pero de todos modos hay que darle la noticia —observó Wallander—. Como comprenderás, un policía muerto en circunstancias violentas es una noticia que causará sensación en la prensa.

Ella lo miró con renovada atención.

—¿En «circunstancias violentas»? ¿Qué significa eso exactamente?

—Que, con toda probabilidad, murió asesinado.

—¿Y qué otra cosa podría ser?

—Ésa era mi próxima pregunta. ¿Crees que puede haberse suicidado?

—Todo el mundo puede, ¿no? Si se dan las circunstancias…

—Puede ser.

—¿Es que no se nota? Quiero decir, ¿tan difícil es saber si una persona ha sido asesinada o si se ha suicidado?

—No, no es tan difícil saberlo, pero tenía que preguntártelo.

Ylva Brink reflexionó un instante antes de responder.

—Hasta yo he pensado alguna vez en recurrir a esa posibilidad —dijo al cabo—. Sobre todo cuando he atravesado momentos difíciles. Pero nunca se me ocurrió pensar que Karl pudiese hacer algo así.

—¿Acaso él no tenía motivos?

—Bueno, no era precisamente una persona desgraciada.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con él?

—Me llamó el domingo pasado.

—¿Cómo lo encontraste?

—Como de costumbre.

—¿Por qué llamó?

—Solíamos llamarnos una vez a la semana, y si él no me llamaba, lo hacía yo. A veces venía a cenar a casa. Otras veces iba yo a la suya. Como creo que recordarás, mi marido casi nunca está en casa, pues trabaja de jefe de máquinas en un petrolero. Y nuestros hijos son ya mayores.

—¿Quieres decir que Svedberg preparaba la cena?

—Sí, ¿por qué te sorprende?

—Es que no me lo imagino en la cocina.

—Pues cocinaba muy bien; sobre todo el pescado.

Wallander retomó el hilo.

—El caso es que te llamó el domingo pasado, el 4 de agosto, y entonces no notaste nada raro.

—Así es.

—¿De qué hablasteis?

—De todo un poco. Pero recuerdo que se quejó de que estaba cansado, demasiado trabajo.

Esto sorprendió un tanto a Wallander.

—¿Seguro que dijo eso? ¿Demasiado trabajo?

—Sí.

—¡Pero si acababa de volver de vacaciones!

—Pues lo recuerdo perfectamente.

El inspector reflexionó un instante antes de continuar.

—¿Sabes qué hizo durante las vacaciones?

—Quizá sepas que no le gustaba salir de Ystad. Por lo general, se quedaba en casa. Como mucho, emprendía algún viaje corto a Polonia.

—Pero ¿qué hacía en casa? ¿Se quedaba sentado todo el día en su apartamento?

—Bueno, tenía sus aficiones.

—¿Cuáles eran?

Ella meneó la cabeza, displicente.

—Tú deberías conocerlas, ¿no? Las dos grandes pasiones de su vida eran contemplar las estrellas y estudiar la historia de los indios americanos.

—Lo de los indios sí lo había oído. Y que a veces se iba a Flasterbo a observar a los pájaros. Pero lo de las estrellas es nuevo para mí.

—Pues tenía un telescopio muy bueno.

Wallander no recordaba haber visto ninguno en el apartamento.

—¿Dónde lo tenía?

—En su despacho.

—Entonces, ¿a eso se dedicaba durante sus vacaciones? ¿A mirar las estrellas y a leer sobre los indios americanos?

—Eso creo. Pero este verano no fue como los demás.

—¿En qué sentido?

—Normalmente, nos veíamos bastante en verano, más que durante el resto del año. Pero este verano nunca tenía tiempo y, de hecho, en varias ocasiones le propuse que viniese a casa a cenar y siempre rechazó la invitación.

—¿Por qué crees que lo hacía?

Ella dudó antes de responder.

—Daba la sensación de que no tenía tiempo.

Wallander presintió que estaba a punto de obtener un dato importante.

—¿No te dijo por qué?

—No.

—Pero a ti te daría qué pensar, ¿o no?

—No mucho, la verdad.

—¿Notaste algún cambio en él? ¿Estaba distinto, parecía tener problemas?

—Estaba como siempre, sólo que andaba mal de tiempo.

—¿Cuándo te diste cuenta? ¿Cuándo te lo comentó por primera vez?

Ella se esforzó en recordar.

—Después del día de San Juan. Más o menos, cuando mi primo empezó las vacaciones.

La enfermera volvió a aparecer en el umbral de la puerta. Ylva Brink se levantó.

—Vuelvo enseguida.

Wallander se fue a buscar los lavabos, donde se bebió otros dos vasos de agua y aprovechó para orinar. Cuando regresó a la oficina, Ylva ya lo estaba esperando.

—Bueno, me voy a marchar ya —dijo Wallander—. Las demás preguntas pueden esperar.

—Si quieres, puedo llamar yo a Sture. Al fin y al cabo, los dos tendremos que encargarnos de los preparativos para el entierro.

—Te agradecería que lo hicieras, como mucho, en un par de horas —pidió Wallander—. Lo comunicaremos a la prensa hoy mismo, a las once de la mañana.

—Aún no me hago a la idea, la verdad. Me parece irreal —aseguró ella.

De repente, los ojos se le llenaron de lágrimas. También Wallander sintió que estaba a punto de echarse a llorar. Permanecieron sentados, cada uno luchando por controlar sus propias emociones. El inspector intentó concentrarse en el reloj de la pared, en cómo avanzaba el segundero.

—Quisiera hacerte otra pregunta. Svedberg era soltero y nunca he oído hablar de que hubiese ninguna mujer en su vida.

—Es que me parece que no la había.

—¿No crees que pudo ser eso precisamente lo que ocurrió este verano?

—¿Que hubiese conocido a una mujer?

—Sí.

—¿Y que quizá por eso se sentía tan agotado?

Wallander comprendió lo absurdo de su razonamiento.

—Entiendo que puede parecer ridículo, pero, si queremos avanzar algo, tengo que hacerte todo tipo de preguntas.

Ylva Brink lo siguió hasta las puertas de cristal.

—Tenéis que atrapar al culpable —lo exhortó mientras le apretaba el brazo.

—Matar a un policía es lo más funesto que se puede hacer —sentenció Wallander—. Es como una garantía tácita de que acabaremos deteniendo al culpable.

Se dieron un apretón de manos.

—Llamaré a Sture antes de las seis.

Ya en la puerta, Wallander cayó en la cuenta de que tenía una pregunta más que hacer, una de las más básicas.

—¿Sabes si solía guardar en casa grandes cantidades de dinero?

Ella lo miró sin comprender.

—¿Y de dónde iba a sacar él ese dinero? ¡Si siempre estaba quejándose de lo poco que ganaba!

—Bueno, sí, no ganamos mucho.

—¿Tienes idea de cuál es el salario de una comadrona?

—Pues… no.

—En fin, será mejor que no te lo diga. La cuestión no es quién gana más, sino quién está peor pagado.

Al salir del hospital, Wallander respiró profundamente mientras escuchaba el gorjeo de los pájaros. Aún no eran las cuatro de la mañana y, pese a que soplaba una ligera brisa, la temperatura era agradable. Muy despacio, emprendió el regreso por la calle Stora Norregatan.

De pronto, le vino a la mente una pregunta que se le antojó más relevante que ninguna otra. ¿Por qué se había sentido Svedberg tan agotado, si acababa de disfrutar de sus vacaciones? ¿Acaso ese detalle guardaba alguna relación con su muerte?

Se detuvo en la angosta acera y retrocedió mentalmente hasta el terrible instante en que, en el umbral de la puerta, con Martinson a su espalda, había contemplado aquella espantosa visión. En aquel momento, vio a un hombre muerto y una escopeta. Y ya entonces, casi de inmediato, presintió que algo no encajaba.

Pero ¿qué podía ser? Se esforzó cuanto pudo, sin éxito. «Un poco de paciencia», se aconsejó a sí mismo. «Además, estoy cansado. Ha sido una noche muy larga, y aún no ha terminado.»

Echó a andar de nuevo; no sabía cuándo tendría tiempo de dormir o de leer las listas de alimentos para su dieta. Pero se detuvo una segunda vez, pues lo asaltó una duda repentina. «¿Qué ocurriría si yo muriese de forma tan inesperada como Svedberg? ¿Quién me echaría de menos? ¿Qué diría la gente? ¿Que había sido un buen policía, que sentirían mi ausencia en el asiento vacío de la sala de reuniones? Pero ¿quién me añoraría como persona, no como policía? ¿Tal vez Ann-Britt Höglund? ¿Quizá también Martinson?

Una paloma atravesó el aire por encima de su cabeza.

«Lo ignoramos todo los unos de los otros», concluyó. «La cuestión es qué pensaba yo, en realidad, de Svedberg. Con el corazón en la mano, ¿acaso puedo decir que lo eche de menos? ¿Es posible llorar a una persona a la que no conocemos?»

Reanudó la marcha, a sabiendas de que las preguntas que acababa de formularse lo acosarían el resto del trayecto.

Regresar al apartamento de Svedberg fue como entrar de nuevo en una pesadilla; allí dentro no existía ni el verano ni el gorjeo de los pájaros. Muy al contrario, allí dentro, a la luz chillona de los focos, campeaba tan sólo la muerte. Lisa Holgersson se había marchado a la comisaría. Wallander se llevó a Ann-Britt Höglund y a Martinson a la cocina y a punto estuvo de preguntarles si alguno de los dos había visto a Svedberg cuando cayó en la cuenta… Se sentaron en torno a la mesa de la cocina, los rostros blancos como el papel. Wallander se preguntó qué aspecto tendría él mismo.

—¿Cómo va todo?

—¿Puede tratarse de algo distinto de un robo? — quiso saber Ann-Britt.

—Puede ser cualquier otra cosa. Una venganza, un loco, dos locos, tres locos… ¿Qué sabemos? Y lo cierto es que, mientras no sepamos nada, tenemos que partir de lo que vemos.

—Hay otra cosa —intervino Martinson.

Wallander asintió, pues se figuraba lo que el joven policía tenía en mente.

—El hecho de que Svedberg era policía; no podemos pasar eso por alto —sentenció.

—¿Habéis encontrado alguna pista? — quiso saber Wallander—. ¿Cómo va Nyberg? ¿Qué ha dicho el forense?

Ambos habían estado tomando notas, pero Ann-Britt fue la primera que dio con ellas en su cuaderno.

—Se produjeron disparos con los dos cañones de la escopeta —comenzó la agente—. Tanto el médico como Nyberg están seguros de que los tiros se sucedieron con un intervalo de tiempo muy breve (cualquiera sabe cómo pueden asegurar tal cosa), y que apuntaron directamente contra la cabeza de Svedberg. — Empezaba a temblarle la voz y respiró hondo antes de continuar—. Es imposible saber si estaba sentado cuando le dispararon, y tampoco podemos establecer la distancia exacta. A juzgar por las dimensiones de la habitación y la disposición de los muebles, no puede haber sido mayor de cuatro metros… y tan corta como queramos imaginar.

Martinson, de repente, se levantó y se fue derecho al baño mientras murmuraba algo ininteligible. Pero regresó al cabo de unos minutos.

—Tendría que haberlo dejado hace dos años —se lamentó—. Debería haber abandonado la profesión entonces, cuando me lo planteé.

—Ahora hacemos más falta que nunca en nuestros puestos —le dijo Wallander muy serio, aunque comprendía muy bien lo que quería decir Martinson.

—Svedberg está vestido —prosiguió Ann-Britt Höglund—. Lo que indica que no lo sacaron de la cama mientras dormía. Sin embargo, aún no hemos averiguado la hora.

Wallander miró a Martinson.

—He preguntado a los vecinos una y otra vez —aseguró el joven—. Ninguno de ellos oyó nada.

—¿Qué me dices del tráfico? — inquirió Wallander.

—Me cuesta creer que sea tan intenso como para amortiguar el ruido de dos tiros de escopeta.

—En otras palabras, seguimos sin saber cuándo ocurrió. Svedberg estaba vestido, por lo que podemos excluir las primeras horas de la noche. Siempre me ha dado la impresión de que Svedberg se iba a la cama temprano.

Martinson se mostró de acuerdo, pero Ann-Britt no supo qué decir.

—¿Cómo entró aquí el asesino? ¿Contamos con alguna información al respecto?

—No hay indicios de que hayan forzado la puerta.

—Sin embargo, a nosotros no nos fue muy difícil forzarla —señaló Wallander.

—¿Por qué dejó el asesino el arma en el lugar del crimen? ¿Le entró pánico? ¿Qué pudo ser?

Ni Wallander ni Ann-Britt supieron qué contestar a la pregunta de Martinson. El inspector observó a sus compañeros, su cansancio y su abatimiento.

—Voy a deciros lo que yo creo —intervino—. Ya veremos si tengo razón o no. En cuanto entré en el apartamento y vi lo ocurrido, experimenté la curiosa sensación de que algo no cuadraba. Aún no sé por qué. Nos hallamos ante un asesinato, todo indica que por robo; pero, si no se trata de un robo, ¿qué otra cosa puede ser? ¿Una venganza? ¿Tal vez alguien que vino no a robar, sino a buscar algo muy concreto? — En este punto se levantó, echó mano de un vaso que había en el fregadero y bebió agua de nuevo—. He estado en el hospital, hablando con Ylva Brink —prosiguió—. Svedberg no tenía muchos parientes. Para ser exactos, no contaba más que con dos primos, uno de ellos la propia Ylva. Parece que mantenían un contacto más o menos regular. El caso es que Ylva me dijo algo que me llamó la atención. Según ella, cuando habló con Svedberg el domingo pasado, él se había quejado de que estaba agotado de tanto trabajar. Es algo muy extraño, si tenemos en cuenta que acababa de disfrutar de sus vacaciones.

Ann-Britt y Martinson aguardaban el desarrollo de su razonamiento.

—La verdad, no sé si puede ser un detalle importante o no —concluyó Wallander—. Pero creo que es nuestro deber averiguar qué había detrás de ese cansancio.

—¿Alguien sabe a qué investigación se estaba dedicando Svedberg? — inquirió Ann-Britt.

—Sí, a la de los jóvenes desaparecidos —intervino Martinson.

—Tuvo que andar metido en algo más —objetó Wallander—. A ese asunto sólo podía dedicarse de forma extraoficial, pues no estaba clasificado aún como caso de investigación, sino simplemente como un suceso que había que seguir de lejos. Por otro lado, empezó las vacaciones pocos días después de que los padres viniesen a vernos.

Al ver que nadie podía aclarar nada más al respecto, determinó:

—Alguno de vosotros tendrá que averiguar en qué andaba metido.

—¿Crees que tenía algún secreto? — terció Martinson con cautela.

—¿Acaso no los tenemos todos?

—Entonces, lo que tenemos que hacer es averiguar el secreto de Svedberg.

—Lo que tenemos que hacer es atrapar al que ha acabado con él. Nada más.

Acordaron reunirse en la comisaría a las ocho para repasar el resultado de las respectivas pesquisas. Martinson regresó al apartamento de enfrente para acabar de interrogar a los vecinos. Ann-Britt se quedó un instante en la cocina. Wallander observó su rostro descompuesto por el cansancio.

—¿Estabas despierta cuando te llamé?

Se arrepintió de su pregunta de inmediato. El que estuviera despierta o dormida no era asunto suyo. Sin embargo, ella no se lo tomó a mal.

—Sí —confesó—. Estaba muy despierta.

—Ya. Imagino que tu marido está en casa y se ha quedado con los niños, puesto que no has tardado nada en venir.

—Estábamos en mitad de una discusión cuando llamaste. Una discusión sin importancia, bastante ridícula. Una de esas que se tienen cuando uno no tiene fuerzas para iniciar las discusiones de envergadura, las importantes. — Guardó silencio. Se oía, de vez en cuando, la voz de Nyberg—. No lo entiendo —reconoció Ann-Britt—. ¿Quién podría querer hacerle daño a Svedberg?

—¿Quién de nosotros lo conocía mejor? — preguntó de pronto WaIlander.

Ella lo miró sorprendida.

—¡Ah!, pero ¿no eras tú?

—No, yo no lo conocía demasiado bien.

—Pues él te admiraba mucho.

—Vaya, no tenía ni idea.

—Quizá tú no lo notabas, pero yo sí. Y quizá los demás también. Él siempre defendía lo que hacías o decías. Aunque estuvieses equivocado.

—Ya, bueno, eso no responde a mi pregunta —insistió Wallander, y repitió-: ¿Quién de nosotros lo conocía mejor?

—Nadie lo conocía bien.

—Pues ahora tenemos que conocerlo; ahora que ya está muerto.

Nyberg apareció en la cocina con una taza en la mano. Wallander sabía que, cuando lo llamaban a medianoche, siempre se llevaba un termo con café.

—¿Qué tal va todo? — inquirió Wallander.

—Parece un robo. Lo que no entiendo es por qué el asesino dejó la escopeta —repuso Nyberg.

—Aún no sabemos la hora —comentó el inspector.

—Eso es cosa de los forenses.

—Ya, pero yo quisiera saber qué opinas tú.

—A mí no me gusta andar con adivinanzas.

—Ya lo sé, pero tienes experiencia. Te prometo que no lo utilizaré en tu contra si te equivocas.

Nyberg se pasó la mano por la barbilla sin afeitar; tenía los ojos enrojecidos por la falta de sueño.

—Tal vez veinticuatro horas, quizás un poco más.

Reflexionaron en silencio sobre lo que Nyberg acababa de decir. «Veinticuatro horas», se dijo Wallander. «El miércoles por la noche, o en algún momento del jueves.»

Nyberg bostezó antes de abandonar la cocina.

—Creo que deberías irte a casa —le dijo Wallander a Ann-Britt Höglund—. A las ocho tendremos que empezar a planificar la investigación.

El reloj de la cocina marcaba las cinco y cuarto.

Ann-Britt tomó su chaquetón y se marchó. Wallander permaneció sentado a la mesa de la cocina. Al ver sobre la repisa de la ventana un montón de facturas, se puso a hojearlas, pues pensó que por algún lugar tendría que empezar. Tanto daba si se trataba de un puñado de facturas o de cualquier otra cosa. Encontró un recibo de la compañía eléctrica, el comprobante de un reintegro de cajero automático y un ticket de compra de una tienda de ropa de caballero.

Wallander se puso las gafas. Svedberg había sacado dinero del cajero el 3 de agosto. Dos mil coronas. El saldo era, después del reintegro, de 19.314 coronas. El pago de la factura del suministro eléctrico vencía a finales de agosto. Por el ticket de la tienda, vio que el día 3 de agosto, es decir, el mismo día que había sacado dinero del cajero, se había comprado una camisa que le costó 695 coronas. «Bastante cara», pensó Wallander. Dejó los papeles en la repisa, fue a pedirle a Nyberg un par de guantes de plástico y regresó a la cocina. Miró despacio a su alrededor y se dispuso a abrir uno a uno todos los armarios y cajones. Svedberg había mantenido en su cocina el mismo orden que caracterizaba su despacho en la comisaría. Nada llamaba la atención ni se echaba en falta. Volvió a donde se encontraba Nyberg, esta vez para pedirle una linterna, y la enfocó luego por debajo del desagüe del fregadero.

No tenía una idea clara de lo que buscaba o esperaba encontrar. Salió de la cocina y fue al despacho. «En algún lugar de esta habitación tiene que haber un telescopio», se dijo. Se sentó en la silla y miró a su alrededor. Nyberg entró y le comunicó que ya podían retirar el cadáver de Svedberg; si quería echarle otra ojeada, era el momento. Wallander negó con la cabeza. La visión de Svedberg con media cabeza reventada se le había quedado grabada en su mente con la nitidez de una fotografía. Una fotografía que no lo dispensaba de ningún detalle.

Dejó vagar la mirada por el despacho de su compañero y contempló la estantería, de donde habían sacado casi todos los libros, ahora esparcidos por el suelo, y, sobre el escritorio, el contestador automático, además de un lapicero, algunos soldaditos de plomo antiguos y una agenda. Wallander la hojeó, mes a mes. El 11 de enero, a las nueve y media, visita al dentista. El 7 de marzo, el cumpleaños de Ylva Brink. El 18 de abril había anotado un nombre, Adamsson, que volvía a aparecer el 5 y el 12 de mayo. En los meses de junio y julio no había ninguna anotación. «Svedberg se va de vacaciones. Luego se queja de que está cansado de tanto trabajar», repetía para sus adentros. Volvió a hojear la agenda, más despacio. Ni un solo apunte. Las páginas correspondientes a los últimos días de la vida de Svedberg estaban totalmente vacías. El 18 de octubre, el cumpleaños de Sture Björklund. El 14 de diciembre aparecía de nuevo el nombre de Adamsson. A partir de ahí, nada más.

Wallander dejó la agenda en su lugar. De sus anotaciones se infería que Svedberg había llevado una vida muy solitaria, pero ¿qué era en realidad una agenda? Wallander pensó en la suya, en si había en ella, en realidad, muchos datos significativos. Se recostó en la silla, que era bastante cómoda, y se sintió muy cansado. Y sediento. Cerró los ojos preguntándose quién sería Adamsson. Se inclinó de nuevo hacia delante y abrió el cartapacio marrón, bajo el cual había algunas notas y tarjetas de visita. La dirección del anticuario Boman de Gotemburgo. El número de teléfono del concesionario Audi en Malmö. Svedberg era fiel a las marcas, y siempre tenía un Audi. En eso se parecía a Wallander, que no cambiaba su Peugeot más que por otro Peugeot. En una de las tarjetas de visita había una dirección de Minneapolis, de una compañía llamada Indian Heritage. Por último, halló el recorte de un periódico, con el anuncio de un comercio de Karlshamn llamado Medicamentos Naturales Örtagård. Wallander cerró el cartapacio.

Dos de los cajones del escritorio estaban tirados en el suelo. Los otros dos estaban abiertos. Sacó del todo el primero, que contenía unas copias de antiguas declaraciones de la renta. En el otro había postales y algunas cartas, que Wallander hojeó; la mayoría eran de más de diez años atrás, casi todas de su madre. Las devolvió al cajón y se puso a mirar las postales. Con gran sorpresa, encontró una que él mismo le había enviado a Svedberg, desde Skagen. «Las playas son fantásticas», le escribía. Wallander, perplejo, permaneció unos instantes con la postal en la mano.

Hacía tres años de aquello. Por entonces Wallander estaba de baja y, durante mucho tiempo, dudó si volvería al trabajo. Durante largos periodos, aquellas playas abandonadas se habían convertido en su particular distrito policial de Skagen. No recordaba haber escrito la postal. En realidad, conservaba pocos recuerdos de aquella época.

Mucho tiempo después, regresó a Ystad y se reincorporó de nuevo a su puesto. De aquel día, de la primera reunión de este nuevo periodo, sí tenía un recuerdo claro de Svedberg. Björk le había dado la bienvenida en medio de un profundo silencio, ya que todos estaban convencidos de que nunca regresaría. Y el único que, finalmente, rompió aquel silencio y se pronunció fue precisamente Svedberg. Wallander recordaba lo que dijo, palabra por palabra, cuando regresó. «¡Eso es estupendo, Kurt! ¡Vaya, que me aspen si hubiéramos podido arreglárnoslas ni un solo día más sin ti.»

Wallander, recreándose un instante en aquella imagen, intentó ver a Svedberg como era: por lo general, taciturno, aunque también capaz de romper un silencio incómodo con una intervención definitiva. Había sido un buen policía, si bien nunca destacó de modo especial. Simplemente, un buen policía. Tozudo y cumplidor. No demasiado imaginativo ni sobresaliente con la pluma: sus informes estaban a menudo bastante mal redactados, para enojo de los fiscales. Pero hacía honor al puesto que ocupaba en el Cuerpo de Policía, cumplía bien con su cometido, tenía buena memoria y el convencimiento de que su trabajo era importante.

Otro retazo del pasado cruzó la mente de Wallander. Pocos años antes habían sufrido una gran tensión cuando investigaban un complicado caso de asesinato en el que el propietario del castillo de Farnholm había desempeñado un papel protagonista[[6]](#footnote-6), y Wallander recordaba la sentencia de Svedberg: «Un hombre que posee tanto dinero simplemente no puede ser honesto». Y en otra ocasión, durante esa misma investigación, le había confesado uno de sus sueños: «El de poder pillar algún día, de verdad y para siempre, a uno de esos señores de nuestra sociedad que se creen inmunes».

El inspector se levantó y se dirigió al dormitorio de Svedberg. Ni rastro del telescopio. Se arrodilló para mirar bajo la cama. Estaba limpio, ni una mota de polvo, nada. Levantó los almohadones, uno a uno. Nada. Abrió entonces las puertas del armario, donde la ropa de Svedberg estaba colgada en perfecto orden. En el suelo del armario había un zapatero. Wallander enfocó la linterna por detrás de la ropa y halló algunas maletas; las sacó y las abrió. Seguía sin encontrar nada. Entonces se puso a inspeccionar una cómoda que había contra una pared. Ropa interior y sábanas. Tocó el fondo de los cajones y se sentó luego en el borde de la cama. Sobre la mesilla de noche había un libro abierto, Historia del pueblo sioux, en inglés. Recordó que Svedberg no hablaba muy bien el inglés, pero pensó que tal vez pudiese leerlo mejor.

Se quedó allí abstraído hojeando el libro; se detuvo en una hermosa imagen del orgulloso Toro Sentado. Se levantó y entró en el cuarto de baño, donde abrió un armario con la puerta de espejo. Nada de lo que vio en él le llamó la atención. Su propio armario del baño tenía el mismo aspecto que aquél, así que salió de nuevo.

Sólo le quedaba el recibidor y la sala de estar, y empezó por el recibidor. Uno de los técnicos criminales apareció por la puerta de la cocina. Wallander se sentó en un taburete y sacó uno de los cajones de un mueblecito escritorio que había bajo un espejo. Contenía guantes y un par de gorros, uno de ellos con el logotipo de una cadena de comercios de equipos de radio, con sucursales por toda Escania.

Se levantó. Sólo le quedaba la sala de estar. Habría preferido no tener que entrar allí, pero sabía que no le quedaba otro remedio. Fue a la cocina y se tomó otro vaso de agua. Eran casi las seis y se sentía muy cansado. Entró, pues, en el salón, donde vio a Nyberg, provisto de rodilleras, gateando en torno al sofá de piel negra que había contra una de las paredes. La silla seguía volcada en el suelo; y también la escopeta, que nadie había tocado. Lo único que no estaba ya era el cuerpo de Svedberg. Wallander echó un vistazo a la habitación, intentando imaginar lo que había podido suceder allí. «¿Qué ocurrió precisamente antes del instante definitivo, antes de que le dispararan?» No se le ocurría nada, pero sí le sobrevino de nuevo la sensación de que había algo de capital importancia que no encajaba en absoluto.

Se quedó totalmente inmóvil, contuvo la respiración e hizo un esfuerzo por descubrir qué podía ser. Nada afloraba a su mente. Nyberg se levantó y ambos se miraron un instante.

—¿Tú entiendes algo? — inquirió Wallander.

—No. A mí me parece un cuadro muy extraño.

Wallander lo miró interrogante.

—¿Qué quieres decir con «un cuadro»?

Nyberg se sonó la nariz y después dobló con pulcritud el pañuelo.

—Todo está patas arriba —explicó—. Las sillas volcadas, los cajones por los suelos, papeles y objetos de porcelana tirados por doquier… Pero a mí me da la sensación de que hay demasiado desorden.

Wallander lo comprendió enseguida. La verdad es que a él no se le había ocurrido pensar en eso.

—¿Quieres decir que todo esto puede haber sido amañado?

—Sí. Pero, en fin, es sólo una suposición.

—¿Y que es, exactamente, lo que te hace pensar que este caos no es natural?

Nyberg señaló un pequeño gallo de porcelana que había en el suelo.

—Es de suponer que antes estaba en esa estantería —dijo al tiempo que señalaba el mueble—. Dónde mejor, ¿no crees? Muy bien. Supongamos que fue a parar al suelo mientras alguien removía y sacaba a tirones los cajones, pero ¿cómo pudo llegar hasta aquí?

Wallander asintió: comprendía el razonamiento de su compañero.

—No me cabe la menor duda de que hay una explicación lógica —concluyó Nyberg—. Pero esa explicación tendrás que hallarla tú.

Wallander no pronunció una palabra. Permaneció en el salón unos minutos antes de abandonar el apartamento. Cuando bajó a la calle, ya había amanecido. Vio un coche de la policía estacionado ante la puerta, si bien la acera estaba despejada de curiosos. Supuso que los agentes habían recibido instrucciones de no hacer comentarios sobre lo acontecido.

Respiró hondo, inmóvil, un par de veces. A todas luces, se anunciaba un hermoso día de finales de verano.

En ese momento y por primera vez, sintió que cobraba conciencia de hasta qué punto lo abatiría la ausencia de Svedberg. Y ello al margen de que esa añoranza fuese auténtica; lo cierto era que esa ausencia sería como un recordatorio de su propia condición mortal. También sentía miedo, pues la muerte lo había rozado de nuevo. No obstante, no había sido como cuando murió su padre, sino de un modo bien distinto. Y eso le provocaba un profundo temor.

Eran ya las seis y veinticinco de la mañana del viernes 9 de agosto. Wallander se dirigió lentamente a su coche. Una hormigonera empezaba a traquetear a lo lejos.

Diez minutos después, abría las puertas de la comisaría.

6

Apenas dieron las ocho, los agentes entraron en la sala de reuniones y guardaron un improvisado minuto de silencio. Lisa Holgersson había encendido una vela que ardía ante la silla en la que solía sentarse Svedberg. Acudieron todos los que se encontraban aquella mañana en la comisaría, sumidos en el dolor y el abatimiento. El discurso de Lisa Holgersson no fue muy largo. Le costaba dominarse, y todos los presentes rogaban en silencio por que llegase al final sin venirse abajo, ya que temían no poder resistirlo ellos mismos. Se produjo un nuevo silencio. En la mente de Wallander bailoteaban, inquietas, algunas imágenes. Ya le costaba recordar con precisión el rostro de Svedberg. Pensó en todo lo que había sentido cuando murió su padre, y también, años antes, cuando falleció Rydberg. «Uno puede recordar a los muertos, claro está», reflexionó, «pero, en realidad, es como si nunca hubiesen existido.»

Poco a poco los agentes abandonaron la reunión celebrada en memoria del compañero. Sólo quedaron los integrantes de la brigada de investigación criminal y Lisa Holgersson. Se sentaron en torno a la mesa. La llama de la vela se agitó cuando Martinson cerró una de las ventanas. Wallander miró inquisitivo a Lisa Holgersson, pero ella negó con la cabeza, dándole a entender que ahora era su turno.

—Todos estamos cansados —comenzó el inspector-, indignados, conmovidos y algo desorientados. Ha sucedido lo que más temor nos infunde precisamente a nosotros. Por lo general, nos dedicamos a investigar robos, en ocasiones crímenes violentos que afectan a personas ajenas a nuestro círculo. En cambio, ahora, nos ha ocurrido a nosotros mismos. Pese a todo, hemos de procurar pensar en lo que hacemos como si se tratase de cualquier persona. — Hizo una pausa y paseó la mirada a su alrededor, pero nadie pronunció palabra—. Resumamos lo que tenemos —prosiguió- antes de planificar la investigación. No sabemos mucho. En algún momento, entre el miércoles por la tarde y el jueves por la noche, alguien disparó a Svedberg en su propio apartamento. Y ese alguien entró por la puerta sin, aparentemente, necesidad de forzarla. podemos suponer que el arma que había en el suelo es el arma del crimen. A juzgar por el aspecto del apartamento, el móvil parece haber sido el robo, lo que indica que Svedberg tuvo que enfrentarse a un ladrón armado. No sabemos si todo esto es cierto, es sólo una posibilidad. No obstante, debemos tener presente que puede haber otras explicaciones. Hemos de considerar una amplia gama de posibilidades, sin aferrarnos a detalles nimios. Pero no podemos ignorar el hecho de que Svedberg era policía, ya que puede ser relevante, aunque no forzosamente. Asimismo, desconocemos la hora en que se cometió el crimen. De hecho, el que ninguno de los vecinos haya oído los disparos resulta desconcertante. Pero tendremos que esperar a ver qué nos dicen los forenses de Lund. — Se sirvió otro vaso de agua y lo apuró de un trago antes de continuar—. Y esto es cuanto sabemos. Sólo queda añadir que, el jueves, Svedberg no se presentó en la comisaría. Quienes lo conocemos sabemos que eso es algo muy raro. Tampoco llamó para justificar su ausencia. La única razón lógica es que le fue imposible llamar. Y todos imaginamos lo que eso significa.

Nyberg hizo una señal a Wallander.

—Yo no soy médico forense —intervino-, pero dudo mucho de que muriese el miércoles.

—Es decir, que también hemos de hacernos esta otra pregunta —prosiguió Wallander-: ¿Qué le impidió a Svedberg acudir ayer al trabajo? ¿Por qué no llamó para avisar? ¿Cuándo fue asesinado? — Wallander relató a continuación su conversación con Ylva Brink—. Salvo la información que me proporcionó acerca del otro pariente de nuestro colega, Ylva mencionó otro detalle del que tomé nota. Según ella, últimamente Svedberg se había quejado de lo agotado que se sentía, a pesar de que acababa de volver de vacaciones. La verdad, no alcanzo a comprenderlo. Máxime cuando en su tiempo de descanso no solía emprender viajes aventurados ni nada parecido.

—¿Alguien sabe si salió de Ystad alguna vez en su vida? — quiso saber Martinson.

—En contadas ocasiones. A veces hacía algún viaje a Bornholm, ida y vuelta el mismo día. O tomaba el transbordador a Polonia, cosa que también me confirmó su prima. Por lo demás, dedicaba su tiempo libre a estudiar la historia de los indios americanos y a contemplar las estrellas. Según Ylva Brink, poseía un telescopio profesional que guardaba en su despacho. Sin embargo, no lo hemos encontrado.

—¿No le gustaba observar los pájaros? — recordó Hanson, que había guardado silencio hasta el momento.

—Sí, pero al parecer se trataba de un pasatiempo menor —aseguró Wallander—. En lo que concierne a sus aficiones, creo que podemos confiar en la información que nos ha facilitado su prima, que lo conocía bastante bien. O sea, que sobre todo le interesaban los indios americanos y las estrellas. — El inspector miró a su alrededor—. ¿Por qué se sentía agotado? ¿Qué quiere decir exactamente que estuviese cansado a causa del trabajo? Quizás eso no revista la menor importancia, pero no puedo evitar pensar que quizá tenga algún significado.

—Yo he investigado, antes de la reunión, qué caso tenía entre manos —intervino Ann-Britt—. Precisamente antes de irse de vacaciones, se entrevistó con los padres de los jóvenes desaparecidos.

—¿Qué jóvenes desaparecidos? — se sorprendió Lisa Holgersson.

Wallander le explicó brevemente el asunto, y Ann-Britt prosiguió:

—Los dos últimos días antes de tomarse las vacaciones, visitó a las familias Norman, Boge y Hillström. Sin embargo, no he encontrado nota alguna acerca de dichas entrevistas. Incluso busqué en los cajones de su escritorio.

Wallander y Martinson se miraron llenos de asombro.

—Eso no tiene mucho sentido —observó Wallander—. Ya habíamos reunido a las tres familias y las habíamos interrogado a fondo, y en ningún momento acordamos entrevistarlas una a una, pues no vimos indicio alguno de que se hubiese cometido un delito.

—Pues estoy segura —insistió Ann-Britt—. Hasta anotó la hora de cada cita en su calendario.

Wallander meditó un instante.

—Lo que significa que lo hizo por propia iniciativa, y sin informarnos de ello.

—Eso tampoco era muy propio de él —apuntó Martinson.

—No —confirmó Wallander—. Es tan extraño como el hecho de que faltase al trabajo sin avisar.

—En fin, es bastante fácil de comprobar si se entrevistó o no con cada familia —intervino Ann-Britt.

—En efecto —atajó Wallander-, tú misma puedes encargarte de ello. Procura enterarte también de qué les preguntó exactamente.

—En realidad, esta situación es absurda —terció entonces Martinson—. Hemos estado intentando localizar a Svedberg desde el miércoles para tener una reunión acerca de los jóvenes desaparecidos. Y precisamente ahora que él ya no está entre nosotros, empezamos a hablar de ellos.

—¿Ha habido alguna novedad al respecto? — quiso saber Lisa Holgersson.

—Ninguna, salvo que la angustia de una de las madres crece por momentos. ¡Ah, sí! Y que ha recibido otra postal de su hija.

—Pero, eso debería interpretarse como una buena noticia, ¿no?

—Sí, si no fuese porque ella asegura que esa postal no la ha escrito su hija; que la postal es falsa.

—¿Por qué habría de serlo? — preguntó Hanson—. ¿Quién iba a falsificar una postal? Si se tratase de un cheque, tendría sentido, pero ¿una postal?

—Creo que no debemos mezclar los dos casos —aconsejó Wallander—. Será mejor que empecemos por planificar la búsqueda de la persona o de las personas que asesinaron a Svedberg.

—Nada indica que fueran varias —señaló Nyberg.

—¿Podemos estar seguros de eso?

—No.

Wallander dejó caer las manos sobre la mesa.

—En fin, que no podemos estar seguros de nada —concluyó—. Hemos de trabajar sin un punto de partida preciso. La noticia de la muerte de Svedberg se hará pública dentro de unas horas. Para entonces, tenemos que estar en pleno funcionamiento.

—Como es natural, este caso tiene la máxima prioridad —añadió Lisa Holgersson—. Hay que dejar a un lado todo lo que pueda esperar.

—Creo que debemos concretar el tema de la rueda de prensa ahora mismo —intervino Wallander.

—Diremos la verdad, que un policía ha sido asesinado —afirmó Lisa Holgersson—. ¿Tenemos alguna pista?

—No —respondió Wallander sin dudar un segundo.

—Entonces, eso será lo que diremos.

—¿Qué detalles podemos dar? — preguntó Wallander.

—Que le han disparado, y desde una distancia bastante corta. Y que tenemos el arma del crimen. A menos que, por alguna razón técnica de la investigación, sea aconsejable omitir este dato.

—En absoluto —aseguró Wallander mirando a su alrededor.

Nadie opuso ninguna objeción.

Lisa Holgersson se levantó.

—Quiero que participes en la rueda de prensa —le dijo a Wallander—. Tal vez todos deberíais participar… Al fin y al cabo, la víctima era nuestro colega y amigo.

Decidieron que se verían un cuarto de hora antes de que comenzase el encuentro con los periodistas. Lisa Holgersson se levantó y, al abrir la puerta para salir, una corriente de aire apagó la vela, que Ann-Britt volvió a encender.

Repasaron de nuevo lo que sabían y se distribuyeron las primeras tareas. Empezaba a girar la rueda de la investigación.

A punto estaban de dar por acabada la reunión cuando Martinson les pidió que aguardasen.

—Tal vez debamos decidir ya si el caso de los tres jóvenes desaparecidos es uno de los que dejaremos para más adelante.

Pese a que no estaba muy seguro, Wallander comprendió que debía tomar una decisión.

—Sí —resolvió al fin—. Lo dejaremos a un lado, al menos durante los próximos días. Después ya veremos. A menos que descubramos que Svedberg formuló preguntas llamativas desde algún punto de vista.

Eran ya las nueve y cuarto. Después de ir a buscar una taza de café, Wallander entró en su despacho y cerró la puerta tras de sí. Rebuscó en los cajones hasta dar con un bloc de notas. En la primera página, arriba, escribió una única palabra: Svedberg, bajo la cual dibujó una cruz que tachó enseguida. Eso fue todo. Se había propuesto anotar todas las ideas que le habían venido a la mente durante la noche. Sin embargo, no fue capaz de escribir nada. Dejó el bolígrafo, se levantó y se dirigió a la ventana. Hacía una hermosa mañana de agosto. De nuevo le sobrevino la sensación que había experimentado con anterioridad: la sospecha de que, en las circunstancias que rodeaban la muerte de Svedberg, algo no encajaba. A Nyberg le había dado la impresión de que habían preparado el escenario. La cuestión era por qué. Y quién. En el fondo, Wallander deseaba que se tratase de un simple robo con un desenlace trágico para, así, poder descartar cualquier otra hipótesis lo antes posible.

Un hombre que dispara a un policía para luego abandonar el arma en el lugar del crimen… Aquello indicaba que el asesino carecía de autocontrol. Y él sabía por experiencia que ese tipo de delincuentes se dejaban atrapar con mayor facilidad que otros más precavidos. En el mejor de los casos, podrían detectar en la escopeta huellas dactilares que los condujesen de manera inmediata a algún delincuente ya fichado por la policía.

Se sentó de nuevo ante el escritorio y anotó que, entre los objetos personales del colega asesinado, faltaba un telescopio, con toda probabilidad de gran valor. Acto seguido decidió que, una vez finalizada la rueda de prensa, iría a visitar al primo de Svedberg del que le había hablado Ylva, el que vivía a las afueras de Hedeskoga. Por otro lado, inspeccionaría el apartamento una segunda vez, pues se le ocurrió que probablemente había un trastero en el sótano y, tal vez, también un desván en lo alto del edificio.

Buscó en la guía el número de teléfono de Sture Björklund. El hombre tardó bastante en descolgar el auricular. Cuando por fin lo hizo, respondió con su nombre.

—Permíteme que te transmita mis condolencias —comenzó Wallander tras presentarse.

La voz de Sture Björklund sonó tensa y remota.

—En fin, tal vez yo deba hacer lo mismo. Supongo que tú conocías a mi primo mejor que yo. Ylva me ha llamado esta mañana, a las seis, y me ha contado lo que ha pasado.

—Es inevitable que se convierta en una noticia de máximo interés en los medios de comunicación —le advirtió Wallander.

—Sí, claro. Por cierto, es la segunda vez en la historia de la familia que alguien muere a manos de un asesino.

—¿Ah, sí?

—En 1847, el día 12 de abril, para ser exactos, el hermano de un antepasado paterno de Karl Evert fue asesinado de un hachazo a las afueras de Eslöv. El autor del crimen, un soldado llamado Brun, había sido expulsado del ejército por circunstancias de diversa índole. El antepasado de Karl Evert murió cuando Brun intentó robarle, pues el hombre se había dedicado con éxito al comercio de ganado y tenía bastante dinero.

—¿Qué ocurrió? — inquirió Wallander, tratando de ocultar su impaciencia.

—La policía, que por entonces no se compondría más que de una especie de fiscal regional y sus ayudantes, se aplicó de modo ejemplar y detuvo a Brun varios días después, cuando intentaba fugarse a Dinamarca. Fue condenado a muerte y ejecutado. De hecho, una de las primeras decisiones tomadas por Oscar I al acceder al trono fue dictar unas penas de muerte que habían quedado pendientes, pues el rey Carlos XV no había querido firmarlas. Así, el nuevo rey celebró su llegada al trono decretando la ejecución de catorce sentencias de muerte no resueltas durante el reinado anterior. Brun fue decapitado. En Malmö, concretamente.

—Una historia muy curiosa.

—Así es. Años atrás, me dediqué a investigar el árbol genealógico de la familia. En cualquier caso, yo conocía desde hacía tiempo la historia del soldado Brun y del crimen de Eslöv.

—Si no tienes inconveniente, me gustaría ir a verte hoy mismo para hacerte unas preguntas.

A Wallander le dio la impresión de que Sture Björklund se ponía en guardia.

—Unas preguntas, ¿sobre qué?

—Queremos hacernos una idea lo más exacta posible de cómo era Karl Evert —explicó Wallander, que se sintió incómodo y extraño al utilizar el nombre de pila de Svedberg.

—Yo apenas lo conocía. Por otro lado, he de viajar a Copenhague esta tarde.

—Es muy importante, y no nos llevará mucho tiempo.

Se produjo un silencio. Wallander aguardaba su respuesta.

—¿A qué hora? — preguntó Sture.

—¿Te vendría bien después de las dos?

—Llamaré a Copenhague para avisar de que no podré acudir.

Sture Björklund indicó a Wallander el camino que debía tomar para dar con su casa, que no parecía difícil de encontrar.

Wallander dedicó los treinta minutos siguientes a confeccionar un pequeño esquema para sí mismo en el bloc de notas. Sin cesar se preguntaba de dónde procedía aquella sensación que había experimentado al ver a Svedberg muerto en el suelo, la sensación de que algo no cuadraba, y que también le había sobrevenido a Nyberg.

El inspector se decía que dicha impresión bien podía depender de algo tan sencillo como el hecho, a un tiempo insufrible e incomprensible, de que uno de sus colegas estuviese muerto. Sin embargo, no estaba del todo seguro de que así fuese.

Inmediatamente después de las diez, fue en busca de otra taza de café y encontró un buen número de agentes, profundamente abatidos y aún conmocionados, reunidos en el comedor. Wallander se quedó un momento de pie, para charlar con unos colegas de la policía de tráfico y algún administrativo, antes de regresar a su despacho y llamar a Nyberg al teléfono móvil.

—¿Dónde estás? — quiso saber Wallander.

—¿Y tú qué crees? — le espetó Nyberg desabrido—. Pues en el apartamento de Svedberg, ¿dónde sino?

—¿No habrás encontrado un telescopio, por casualidad?

—No.

—¿Y por lo demás?

—Hemos hallado bastantes huellas en la escopeta. Al menos podremos obtener dos o tres sin dificultad.

—Bien, ahora sólo cabe esperar que las tengamos en la base de datos. ¿Alguna otra cosa?

—Nada digno de mención.

—Después del almuerzo iré a ver a un primo de Svedberg que vive cerca de Hedeskoga, pero luego tenía pensado volver al apartamento y revisarlo a fondo.

—Para esa hora nosotros ya habremos terminado. Además, yo pienso acudir a la rueda de prensa.

Wallander no recordaba que Nyberg hubiese asistido antes a ningún encuentro entre policías y periodistas, por lo que dedujo que el técnico quería dejar así constancia de su indignación ante lo ocurrido. El inspector se sintió conmovido.

—¿Has encontrado llaves?

—Las del coche y la del trastero del sótano.

—¿Llaves de algún desván?

—Resulta que no hay desván, sólo trastero. Te daré las llaves cuando nos veamos en la rueda de prensa.

Wallander dio por concluida la conversación y se encaminó al despacho de Martinson.

—El coche de Svedberg, el Audi, ¿sabes dónde está? — inquirió.

Martinson negó con la cabeza y ambos fueron a preguntarle a Hanson, que tampoco lo sabía. Ann-Britt Höglund no estaba en su despacho. Martinson consultó el reloj.

—Debe de estar en algún aparcamiento cercano al edificio —sugirió—. Me da tiempo de buscarlo antes de las once.

Al regresar a su despacho, vio que habían empezado a llegar ramos de flores a la recepción y notó que Ebba tenía los ojos enrojecidos. Wallander, sin decir nada, se apresuró en dirección a su despacho.

La rueda de prensa dio comienzo a las once en punto. Cuando terminó, Wallander pensó que Lisa Holgersson había sabido llevarla con energía y dignidad, y así se lo hizo saber: en su opinión, nadie habría podido hacerlo mejor.

La jefa superior, que había acudido vistiendo el uniforme reglamentario, se había sentado a una mesa adornada con dos grandes ramos de rosas. Expresándose con precisión y claridad, había ido derecha al grano y, en esta ocasión, su voz no se había quebrado. Un colega muy respetado, el inspector Karl Evert Svedberg, había sido asesinado en su apartamento. Se desconocían aún la hora y el móvil, si bien todo indicaba que Svedberg había sorprendido a un ladrón que iba armado. Por el momento, la policía no disponía de ninguna pista que seguir.

Una vez que hubo concluido el escueto informe, se extendió en una exposición sobre la carrera policial y la persona de Svedberg. WaIlander pensó que su descripción del colega asesinado había sido bastante exacta, sin exageraciones.

A Wallander le tocó contestar a la mayor parte de las escasas preguntas, y Nyberg se encargó de describir el arma del crimen, una escopeta de la marca Lambert Baron. En apenas media hora ya habían terminado. Después, Lisa Holgersson concedió una entrevista al diario Sydnytt, mientras Wallander hablaba con algunos reporteros de los periódicos vespertinos. No obstante, se negó, de forma rotunda y con un mal disimulado gesto de desagrado, a posar ante el edificio de la calle Lilla Norregatan, como le pedían.

A las doce del mediodía, cuantos formaban el núcleo del equipo de investigación fueron a comer a casa de Lisa Holgersson. Tanto Wallander como ella relataron las vivencias compartidas con Svedberg.

Pero fue el inspector quien les contó por qué Svedberg había decidido entrar en la policía.

—Tenía miedo a la oscuridad —aclaró Wallander—. Él mismo me lo contó. Un miedo que lo había perseguido desde la niñez y que nunca pudo comprender ni superar. Así, se decidió por ser policía porque creía que, de este modo, aprendería a combatir su temor. Sin embargo, nunca lo logró.

Poco antes de la una y media regresaron a la comisaría. Wallander iba en el coche de Martinson.

—Un buen discurso el de la rueda de prensa —comentó Martinson.

—Lisa es una buena jefa —afirmó Wallander—. Pero eso tú ya lo sabías, ¿verdad?

Martinson guardó silencio. De pronto, Wallander recordó una cuestión que había olvidado por completo.

—¿Encontraste el coche?

—Los vecinos del edificio disponen de un aparcamiento privado en la parte posterior del mismo. Allí estaba. Lo registré entero.

—No habrás encontrado un telescopio en el maletero, ¿no?

—No, no había más que una rueda de repuesto y un par de botas. En la guantera tenía un spray contra insectos.

—Sí, agosto es el mes de las avispas —comentó Wallander, en tono sombrío.

Se separaron a la entrada de la comisaría. Nyberg, que había asistido al almuerzo, le había dado a Wallander varios juegos de llaves, pero, antes de volver al apartamento de Svedberg, el inspector tenía que ir a Hedeskoga. Así, salió a la carretera de Ringleden y tomó el desvío hacia Sjöbo. Las indicaciones que le había dado Sture Björklund eran muy claras. Finalmente, giró hacia la pequeña finca, que se distinguía antes de llegar al centro del pueblo. Ante la fachada de la casa se extendía un vasto jardín, con césped y una fuente en el centro. Además, estaba atestado de estatuas de escayola sobre pedestales que, para sorpresa de Wallander, eran todas ellas distintas representaciones del diablo, con fauces desencajadas y aterradoras.

Se preguntó fugazmente qué se había imaginado, en realidad, que podía tener en su jardín un catedrático de sociología. Sin embargo, interrumpió sus reflexiones al ver aparecer por la puerta a un hombre ataviado con botas, una cazadora de piel bastante desgastada y un sombrero de paja agujereado. Era muy alto y delgado, y Wallander pudo comprobar, a través de los agujeros del sombrero, que ambos primos habían tenido un rasgo en común: una calvicie casi total. No obstante, ese rasgo no tenía por qué ser de origen genético.

El caso era que a él no se le había pasado por la cabeza que el honorable catedrático Björklund tuviera aquel aspecto. Tenía el rostro quemado por el sol y barba de, al menos, un par de días. «¿Es posible que permitan que un catedrático imparta sus clases en la Universidad de Copenhague sin haberse afeitado antes?», se preguntó Wallander. Con toda probabilidad, el viaje a Copenhague no sería por motivos académicos, ya que estaban a primeros de agosto y el año académico aún no había comenzado.

—Espero no haberte causado una gran molestia —se disculpó Wallander—. Me refiero a tu viaje.

Sture Björklund echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada que, a juicio de Wallander, sonaba un poco burlona.

—Tengo en Copenhague a una señora a la que suelo visitar los viernes —aclaró Sture Björklund—. Una amante, como se las suele llamar. ¿Acaso no tienen amantes los inspectores de policía suecos a los que destinan fuera de su ciudad?

—Lo dudo mucho.

—Pues son una solución excelente a los problemas básicos de la convivencia —prosiguió Björklund—. Cada encuentro puede ser el último. Independencia absoluta y, además, nada de discusiones nocturnas, de esas que luego se terminan yendo los dos a comprar muebles juntos, fingiendo que el matrimonio es una cosa muy seria.

Wallander notó que el hombre del sombrero de paja empezaba a ponerlo nervioso.

—Un asesinato sí que es algo serio —atajó el inspector.

Sture Björklund asintió y se quitó el raído sombrero, como si necesitase poner de manifiesto que sentía algo parecido a la pena.

—Pero entremos, entremos —propuso al fin.

Aquella casa no se parecía en absoluto a ninguna de cuantas Wallander hubiera visto en su vida. A juzgar por el exterior, parecía una típica casa escaniana, pero al cruzar el umbral penetró en un ambiente inesperado. En efecto, no había paredes divisorias. La casa entera no era sino una gran habitación, del suelo al techo. Aquí y allá se alzaban pequeñas elevaciones a modo de torres a las que se accedía por escaleras de caracol, construidas en madera y hierro fundido. Apenas si se veían muebles, y las paredes estaban desnudas. El testero que daba al oeste había quedado convertido en un enorme acuario.

Sture Björklund lo condujo hasta una robusta mesa de madera maciza junto a la cual había un banco de iglesia antiguo y un taburete, también de madera.

—Siempre he sido de la opinión de que los asientos deben ser duros e incómodos. De este modo, uno lleva a cabo la actividad que se ha propuesto en el menor tiempo posible, ya sea comer, pensar o conversar con un policía.

Wallander se sentó en el banco, que, en efecto, era bastante incómodo.

—Si no me equivoco, eres catedrático de sociología en la Universidad de Copenhague —comenzó.

—Así es. Enseño sociología. Pero la verdad es que procuro reducir las clases al mínimo indispensable, pues la investigación a la que me dedico es mucho más interesante, además de que puedo trabajar en ella sin salir de casa.

—Bien, no creo que tenga mucho que ver con el asunto que nos ocupa, pero ¿qué estás investigando?

—La actitud de los seres humanos ante los monstruos.

Mientras aguardaba una explicación más detallada, Wallander se preguntó si no estaría tomándole el pelo.

—Las representaciones de los monstruos que se estilaban en la Edad Media son muy diferentes a las del siglo XVIII y las mías tampoco se parecen a las que tendrá la próxima generación. Es un universo complejo y apasionante. El averno, las moradas de los espíritus, todo sufre constantes cambios. Por otro lado, me proporciona ingresos adicionales nada despreciables.

—¿Cómo?

—Trabajo como asesor para empresas cinematográficas norteamericanas que producen películas de terror. Aun a riesgo de parecer engreído, creo poder afirmar que soy uno de los asesores más solicitados del mundo en el terreno de la comercialización de monstruos. Bueno, también hay un japonés afincado en Hawai. Pero, aparte de él, no existe ninguno más que yo.

Wallander empezaba a preguntarse si el hombre que tenía frente a sí, sentado en el taburete, no sería un perturbado. En ese preciso momento, Björklund le tendió un dibujo que había sobre la mesa.

—He estado entrevistando a niños de siete años en Ystad para averiguar cómo se imaginan ellos a los monstruos. He intentado utilizar sus descripciones en estos bocetos. A los norteamericanos les han encantado. Éste, en concreto, protagonizará una serie de dibujos animados de fantasmas y seres monstruosos diseñados expresamente para asustar a niños de siete y ocho años.

Wallander tomó el dibujo, que le resultó bastante desagradable, y lo dejó de nuevo sobre la mesa.

—¿Qué le parece, señor inspector?

—Puedes llamarme Kurt.

—Bien, entonces, ¿qué te parece?

—Muy desagradable.

—Vivimos en un mundo desagradable. ¿Sueles ir al teatro?

—Rara vez.

—Uno de mis alumnos, una joven de Grentofte con mucho talento, ha analizado exhaustivamente espectáculos teatrales producidos en todo el mundo durante los últimos veinte años. El resultado es muy interesante, aunque poco sorprendente. En un mundo en decadencia, en el que crecen la miseria y el pillaje, los teatros ofrecen cada vez más obras cuyo tema principal son los problemas derivados de la vida en común. Es decir, que Shakespeare estaba equivocado. Su versión de la verdad no es válida para esta época terrible que nos ha tocado vivir. El teatro no funciona ya como un espejo del mundo.

Björklund guardó silencio mientras dejaba el sombrero sobre la mesa. Wallander percibió olor a sudor.

—He decidido darme de baja del servicio telefónico —afirmó de repente—. Hace cinco años me deshice de la televisión. Ahora será el teléfono el que salga de mi vida.

—¿No resulta poco práctico?

Björklund lo miró con gravedad.

—Creo que tengo derecho a decidir cuándo quiero tener contacto con mi entorno. Como es natural, conservaré el ordenador, pero el teléfono no, el teléfono se va.

Wallander asintió y cambió el rumbo de la conversación.

—Tu primo, Karl Evert Svedberg, está muerto. Asesinado. Aparte de Ylva Brink, tú eres su único pariente. ¿Cuándo lo viste por última vez?

—Hace unas tres semanas.

—¿Podrías ser más preciso?

—El viernes 19 de julio, a las cuatro y media de la tarde.

La respuesta fue tan inmediata y el tono tan decidido que sorprendió a Wallander.

—¿Cómo es que recuerdas la hora exacta?

—Porque habíamos quedado a esa hora. Yo iba a salir de viaje a Escocia, a visitar a unos amigos. Kalle iba a vigilar mi casa durante mi ausencia, como de costumbre. Solía venir cuando yo estaba de viaje. En realidad, no nos veíamos más que en esas ocasiones, cuando yo me disponía a salir de viaje y cuando regresaba.

—¿Qué hacía exactamente?

—Vivía aquí mientras yo estaba fuera.

La aclaración asombró al inspector, aunque no tenía motivo alguno para desconfiar de su veracidad.

—Es decir, que era algo que ocurría con regularidad.

—Así es, durante los últimos diez años. Era un acuerdo excelente.

Wallander reflexionó un instante.

—¿Cuándo regresaste de aquel viaje?

—El 27 de julio. Kalle fue a recogerme al aeropuerto y me trajo a casa. Hablamos unos minutos y regresó a Ystad.

—¿Te dio la sensación de que estuviese agotado?

Björklund reaccionó de nuevo echando la cabeza hacia atrás y soltando una carcajada estridente.

—Estás de broma, ¿no? — preguntó—. Aunque me parece de muy mal gusto, teniendo en cuenta que está muerto.

—No, te lo preguntaba en serio.

Björklund sonrió.

—En fin, todos podemos acabar agotados si mantenemos una relación apasionada con una mujer, ¿no te parece?

Wallander miró fijamente a su interlocutor.

—¿Qué quieres decir exactamente?

—Pues que Kalle solía traer aquí a su chica cuando yo estaba fuera. Lo habíamos acordado así: podían vivir aquí juntos mientras yo estaba en Escocia o en cualquier otro sitio.

Wallander se quedó mudo y sin resuello.

—Pareces sorprendido —observó Björklund.

—¿Era siempre la misma mujer? ¿Cómo se llamaba?

—Louise.

—¿Qué más?

—No lo sé, nunca llegué a verla. Kalle era muy misterioso. O, mejor dicho, discreto.

Wallander estaba atónito. Nadie había oído jamás una palabra acerca de eso. ¿Que Svedberg veía con regularidad a una mujer?

—¿Sabes algo más sobre ella?

—Nada.

—Pero Kalle debió de hacerte algún comentario.

—Nunca. Y, como es lógico, yo nunca pregunté nada. En mi familia no somos cotillas.

El inspector no tenía más preguntas que hacer. Lo que necesitaba era tiempo y tranquilidad para pensar en lo que Björklund acababa de decirle. Así pues, se levantó, cosa que sorprendió al sociólogo.

—¿Ya está? ¿Eso es todo?

—Por el momento, sí. Pero probablemente volveré a llamarte.

Björklund lo acompañó fuera. Hacía calor y apenas si soplaba una ligera brisa.

—¿Tienes alguna idea de quién puede haberlo matado? — le preguntó Wallander cuando ambos estaban ya junto al coche.

—Ah, pero ¿no ha sido un robo? Porque si ha sido así, ¿quién conoce al ladrón armado que aguarda agazapado en un rincón de tu casa?

Se dieron un apretón de manos y Wallander entró en el coche. Acababa de poner en marcha el motor cuando Björklund se asomó por la ventanilla abierta.

—Quizá sí haya algo más —admitió—. Louise solía teñirse el pelo de distintos colores.

—¿Cómo lo sabes?

—Por los cabellos que encontraba en el cuarto de baño. Un año rojos, al año siguiente negros, o rubios… Siempre cambiaba.

—¿Tú crees que era siempre la misma mujer?

—A decir verdad, estoy convencido de que Kalle estaba profundamente enamorado de ella.

Wallander asintió y salió de allí.

Eran ya las tres de la tarde. «Una cosa es segura», concluyó. «Svedberg, nuestro colega y amigo, tan sólo lleva muerto dos días. Pero ya sabemos de él mucho más de lo que supimos mientras vivía.»

A las tres y diez, aparcó el coche cerca de la plaza Stortorget y fue a pie hasta la calle Lilla Norregatan.

Sin saber muy bien por qué, sintió una punzada en el estómago. De repente, supo que el tiempo apremiaba.

7

Wallander empezó por el trastero del sótano.

La escalera que conducía hasta allí era muy empinada, y tuvo la sensación de que descendía a las profundidades de la tierra, mucho más abajo del nivel al que suelen estar los sótanos. Llegó a una puerta de acero pintada de azul, rebuscó entre las llaves que le había dado Nyberg y, tras abrir la puerta, entró. Estaba oscuro, y olía a cerrado y a humedad. Se había llevado la linterna que tenía en el coche, y dejó que el haz de luz recorriese la pared hasta encontrar el interruptor, que estaba demasiado cerca del suelo, como si lo hubieran instalado para personas de muy baja estatura.

De pronto se halló en un estrecho pasillo formado por jaulas de tela metálica situadas a ambos lados. En más de una ocasión se le había ocurrido pensar que los trasteros de los sótanos suecos semejaban antiguas mazmorras en las que, en lugar de prisioneros, había viejos sofás bien protegidos, equipos de esquí y montones de maletas. En algunas zonas de este trastero habían conservado el muro original del edificio, construido en piedra muy antigua. Con toda probabilidad, pertenecía a una casa construida hacía varios siglos.

La primavera anterior, durante una llamada telefónica, Linda le había contado lo que le había ocurrido con un cliente muy extraño que había ido a comer al restaurante de Kungsholmen en el que ella trabajaba. El hombre, que llevaba monóculo, daba la impresión de estar de visita en nuestro tiempo, como si procediese de otra época, muy distinta y remota. El cliente le preguntó a Linda de dónde era. Dado que ella hablaba sueco con acento de Escania, el hombre se aventuró a preguntarle si no sería de la zona de Sjöbo. Cuando Linda le dijo que había nacido en Malmö, pero que había crecido en Ystad, él le repitió una frase que Strindberg había escrito sobre Malmö a finales del siglo XIX. «Un refugio de piratas», le dijo. A Linda le entusiasmó la descripción y llamó a su padre para contárselo.

El trastero de Svedberg quedaba al final del pasillo, donde las jaulas estaban reforzadas con rejas y con dos barras de hierro cruzadas, rematadas por un gran candado en el punto de intersección. A todas luces, Svedberg había protegido su dependencia subterránea con mucho celo, lo que llevó a Wallander a pensar si no tendría allí oculto algo muy preciado, algo de lo que de ningún modo habría querido desprenderse.

El inspector había tomado la precaución de echarse al bolsillo un par de guantes de plástico. Se los puso, buscó la llave y abrió. Después examinó el candado con detenimiento y le pareció bastante nuevo. Encendió la luz del trastero, y vio los objetos habituales, incluido un par de esquís de un modelo antiguo apoyados contra una pared. Wallander no podía imaginarse a Svedberg deslizándose por una ladera nevada. Sin embargo, tras la visita a Sture Björklund, era evidente que ciertos aspectos cruciales de la vida de Svedberg habían permanecido ocultos para quienes creían conocerlo mejor que nadie.

«Estoy a punto de acceder a un secreto», se dijo. «Es imposible saber de antemano con qué voy a encontrarme.» Echó una ojeada al exiguo recinto. Allí reinaba el orden, al contrario que en el apartamento, donde lo habían encontrado todo patas arriba.

Primero examinó el contenido de las maletas y de algunas cajas de cartón, y no tardó en descubrir que Svedberg había sido de los que lo guardaban todo. En efecto, había allí zapatos viejos y chaquetones que, en su opinión, debían de tener más de veinte años. Examinó meticulosamente cuanto había en el trastero. En una de las maletas encontró tres álbumes con fotos de gente ataviada con distintos trajes regionales de Escania, celebraciones en el jardín en días veraniegos, hombres y mujeres posando con expresión forzada, los rostros casi siempre tan alejados de la cámara que costaba distinguir algún rasgo.

En otras fotografías podían contemplarse grupos de personas recogiendo remolacha en la campiña, sobre un fondo de carretas y caballos; o cocheros saludando con el látigo ante un cielo moteado de nubes y bancos de niebla posados sobre la tierra embarrada y cenagosa. En las fotografías no había anotación alguna, ni de nombres ni de lugares. Las tapas de los tres álbumes eran idénticas. Wallander calculó que el más moderno era de los años treinta. Los devolvió a su lugar y continuó su inspección, no sin antes reflexionar en cómo todas aquellas personas, muertas hacía ya mucho tiempo, habían cobrado por unos minutos un atisbo de vida.

Encontró una maleta llena de manteles y paños antiguos, otra con revistas de hacía sesenta años. Al fondo, en un rincón, tras los restos desvencijados de una vieja mesa de juego cubierta con un paño gris, descubrió una caja llena de listones de madera de color castaño claro. Al principio no cayó en la cuenta de lo que era, pero luego comprendió que sin duda se trataba de un antiguo soporte para pelucas.

Algo más de una hora tardó en revisar cuanto había almacenado en el trastero, pero no halló nada que le llamase la atención. Se estiró para descansar la espalda y miró a su alrededor en busca de una ausencia llamativa, de un espacio vacío inexplicable en aquel lugar. O, ¿por qué no?, de un telescopio profesional. Al fin, abandonó el trastero y cerró con llave.

Ascendió de nuevo a la luz. Tenía sed, así que se dirigió a la pastelería que se encontraba al sur de la plaza Stortorget y pidió un agua mineral y un café. Consideró la posibilidad de tomarse un bollo de merengue y, aun a sabiendas de que no debía, lo pidió también. Veinte minutos después emprendió el regreso a la calle Lilla Norregatan, esta vez para subir al apartamento de Svedberg, donde reinaba un silencio sepulcral.

Se detuvo ante la puerta para recobrar el aliento. La policía había fijado unos carteles en los que se advertía que estaba prohibido acceder al apartamento. Despegó una de las cintas adhesivas, abrió la puerta y entró. Enseguida le llegó de la calle el ruido de la hormigonera, que rugía con estrépito. Entró en el salón y, como en un acto reflejo, lanzó una mirada al lugar donde habían hallado muerto a Svedberg. Luego se aproximó a la ventana, desde donde vio un camión muy grande en el que cargaban material de construcción, y notó que el estruendo de la hormigonera hacía vibrar los muros de los edificios.

De repente, se le ocurrió una idea. Abandonó el apartamento y bajó a la calle. Encontró allí a un albañil que, con el torso desnudo, echaba agua a la hormigonera con una manguera. El hombre le hizo un gesto al verlo: al instante, había detectado que era policía.

—Es terrible lo que ha sucedido —le gritó el albañil para hacerse oír por encima del ruido de la hormigonera.

—Me gustaría hablar contigo —repuso Wallander.

El hombre de la manguera llamó a otro albañil, éste más joven, que estaba fumándose un cigarrillo a la sombra de la fachada del edificio y que enseguida fue a sustituirlo.

El inspector y el albañil de más edad doblaron la esquina del edificio y el ruido de la hormigonera se perdió casi por completo.

—Creo que ya sabes lo que ha ocurrido ahí dentro —comenzó Wallander.

—Sí, se han cargado a tiros a un policía que se llamaba Svedberg.

—Así es. Lo que me gustaría saber es cuánto tiempo lleváis trabajando en este lugar. Apenas acabáis de empezar, ¿no?

—Sí, las obras comenzaron el lunes pasado. Vamos a renovar todo el portal del edificio.

—¿Cuándo empezasteis a usar la hormigonera?

El hombre hizo memoria antes de responder.

—Tuvo que ser el martes —aseguró—. Hacia las once de la mañana.

—¿Y ha estado funcionando desde entonces?

—Prácticamente sin interrupción, desde las siete de la mañana hasta las cinco de la tarde. A veces incluso más horas.

—¿Ha estado siempre en el mismo lugar?

—Pues sí.

—Eso quiere decir que tú has podido ver quién entraba y salía del edificio.

De repente, el hombre, al comprender lo que Wallander pretendía, se puso muy serio.

—Claro, tú no conoces a las personas que viven aquí —se apresuró a añadir el inspector-, pero habrás visto entrar y salir más de una vez a algún vecino, ¿no?

—Yo no sé qué aspecto tenía el policía, si eso es lo que quieres saber.

Wallander no había contado con esa posibilidad.

—Enviaré a alguien para que te enseñe una fotografía. ¿Cómo te llamas?

—Nils Linnman, como el de los programas de televisión sobre la naturaleza.

Wallander recordaba al hombre del mismo nombre que había trabajado para la televisión durante muchos años.

—¿Has visto algo anormal desde que comenzaron las obras? — inquirió Wallander mientras se palpaba en vano los bolsillos en busca de algún papel en el que tomar notas.

—Algo, ¿como qué?

—Alguien que pareciese nervioso, o como si tuviera prisa… Uno suele fijarse en lo que se sale de lo normal.

Mientras Linnman reflexionaba, Wallander constató que aún hacía calor… y que necesitaba ir al baño.

—No —concluyó Linnman—. Nada que yo recuerde, pero quizá Robban haya visto algo.

—¿Quién es Robban?

—El chico al que le pasé la manguera. Aunque dudo mucho de que ése se dé cuenta de nada; no piensa más que en su moto.

—Mejor será que nos lo diga él mismo. Si recuerdas algo más, dímelo enseguida, ¿vale?

Wallander le dio una de sus tarjetas de visita; cosa rara, esta vez sí llevaba varias encima. Linnman se la guardó en el bolsillo superior del mono.

—Voy a buscar a Robban.

La conversación con el joven albañil no se prolongó demasiado. Se llamaba Robert Tärnberg. Apenas si se había enterado de que habían asesinado a un policía en aquel bloque y, por supuesto, tampoco había notado nada extraño o relevante. Wallander concluyó que el joven no habría sido capaz de recordar ni a un elefante que hubiese pasado por la calle, así que no se molestó en dejarle su tarjeta.

Cuando volvió a subir al apartamento, tenía ya una posible explicación al hecho de que ninguno de los vecinos oyera los disparos. Entró en la cocina y llamó a la comisaría. La única que estaba localizable era Ann-Britt, y Wallander le pidió que le llevase una fotografía de Svedberg para mostrársela a los albañiles.

—Hemos enviado a algunos agentes a interrogar a los vecinos de los edificios colindantes, pero, al parecer, no se les ha ocurrido hablar con los albañiles.

Wallander regresó a la entrada del apartamento. Allí, inmóvil, intentó apartar de su mente toda idea superflua. Hacía ya muchos años, cuando lo trasladaron de Malmö a Ystad, su colega Rydberg había empleado precisamente aquellas palabras: apartar de la mente toda idea superflua. «En todo escenario de un crimen queda alguna huella. Las sombras de un suceso. Eso es lo que tenemos que encontrar.»

Wallander abrió la puerta del apartamento. Allí mismo empezaba a experimentar la sensación de que algo no cuadraba. Una cesta situada bajo el espejo de la entrada contenía varios ejemplares antiguos del diario Ystads Allehanda, al que Svedberg estaba suscrito, pero en el suelo no había ningún periódico reciente. Dado que los carteros introducen el correo por la ranura de la puerta, Wallander se extrañó: en el suelo debería haber al menos uno de los últimos ejemplares, si no dos, o incluso tres, aunque esto resultaba menos probable. Aquello significaba que alguien había recogido los diarios del suelo. Fue a la cocina, donde encontró los correspondientes al miércoles y al jueves. La edición del viernes estaba sobre la mesa. Wallander marcó el número del teléfono móvil de Nyberg, que contestó de inmediato.

Le expuso su teoría sobre la hormigonera, si bien Nyberg no quedó muy convencido.

—El ruido atraviesa las paredes —aseguró Nyberg—. Si la hormigonera estaba funcionando, la gente de la calle no pudo oír los tiros, eso está claro, pero el sonido que se produce en el interior de la casa percute de un modo diferente. Lo leí en alguna parte.

—Tal vez deberíamos efectuar algunos disparos de prueba —sugirió Wallander—. Con la hormigonera y sin ella, y sin advertir a los vecinos.

A Nyberg le pareció buena idea.

—En fin. En realidad, te llamaba por el periódico —prosiguió Wallander—. El Ystads Allehanda.

—Dejé el del viernes sobre la mesa de la cocina —explicó Nyberg—. Pero vi que en la encimera había dos más. Otra persona debió de ponerlos allí.

—En ese caso, tendremos que buscar huellas dactilares, pues no sabemos quién los cambió de sitio.

Nyberg guardó silencio.

—Por supuesto, tienes razón. ¿Cómo cojones se me ha podido pasar algo así?

—No te preocupes, no los he tocado.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte ahí?

—Un par de horas, seguramente más.

—De acuerdo, entonces voy para allá.

Wallander sacó uno de los cajones de la cocina, pues recordaba haber visto allí varios bolígrafos y un bloc de notas; cogió el bloc y apuntó los nombres de Nils Linnman y Robert Tärnberg; asimismo, anotó que alguien tenía que hablar en breve con el repartidor de periódicos. Volvió a la entrada. «Sombras y huellas de un suceso.» Permaneció quieto y contuvo la respiración mientras dejaba vagar la mirada por cuanto lo rodeaba. La cazadora de piel de Svedberg, la que más utilizaba, ya fuera invierno o verano, colgaba del perchero. Al registrar los bolsillos halló la cartera de su colega. «Nyberg no ha sido muy minucioso», se dijo para sus adentros.

De nuevo fue a la cocina. En la cartera de Svedberg, vieja y muy gastada por el uso, al igual que la cazadora, encontró 847 coronas, la tarjeta del cajero automático, la de la gasolinera y algunas tarjetas de visita, donde se leía: «Inspector de policía Svedberg». En el interior del monedero halló además el carné de conducir y la placa de policía. La fotografía más antigua era la del carné de conducir. En ella, Svedberg tenía una expresión lúgubre. Parecía tomada durante un verano, pues el hombre lucía sobre la calva una de sus habituales quemaduras producidas por el sol.

«Louise tendría que haberte advertido que te pusieras un gorro», pensó Wallander. «A las mujeres no les gusta ver a sus hombres con quemaduras» Retuvo la idea en su mente. Svedberg tenía siempre en la calva alguna zona quemada por el sol, como si nadie le hubiese recordado que se protegiese la cabeza. «Es como si hubiese una Louise y, al mismo tiempo, no la hubiese», se dijo. Tan sólo una persona sabía de su existencia: el primo de Svedberg, el creador de monstruos. No obstante, éste nunca la había visto a ella, sino tan sólo sus cabellos. Wallander hizo una mueca. Aquello no tenía mucho sentido. Tomó el auricular y llamó al hospital, donde le comunicaron que Ylva Brink entraría a trabajar de nuevo en el turno de noche. Entonces buscó el número de su casa. Comunicaba, así que esperó unos minutos antes de volver a llamar. Como seguía comunicando, volvió al contenido de la cartera. La fotografía de la placa de policía era reciente, con un Svedberg de mejillas una pizca más rellenas, aunque tan sombrío como en la otra.

Wallander miró en los demás compartimentos del monedero, pero ya no halló más que algunos sellos. Buscó una bolsa de plástico donde guardar la cartera y su contenido y, por tercera vez, volvió a la entrada. «Apartar de la mente toda idea superflua. Buscar huellas», se repitió, parafraseando a Rydberg. Fue al cuarto de baño y orinó, mientras recordaba lo que Sture Björklund le había contado sobre los cabellos teñidos de distintos colores. De la hipotética mujer que había en la vida de Svedberg, de esa mujer llamada Louise, sólo tenía un dato: que se teñía el cabello. Fue a la sala de estar y se colocó junto a la silla volcada en el suelo, pero mudó de parecer. Rydberg le habría dicho que intentaba avanzar demasiado deprisa. «Los indicios saldrán espantados, desaparecerán si te precipitas.» Regresó, pues, a la cocina y llamó de nuevo a Ylva Brink, que respondió enseguida.

—Espero no molestar —se disculpó—. Ya sé que has estado trabajando toda la noche.

—De todas formas, no consigo conciliar el sueño —aseguró ella.

—Ya. El caso es que tenemos muchas preguntas y hay una que no puede esperar.

Wallander le refirió su entrevista con Sture Björklund y las supuestas visitas de una mujer llamada Louise.

—Él nunca me habló de eso —afirmó Ylva en tono ligeramente indignado.

—¿Quién no te habló nunca de eso, Kalle o Sture?

—Ninguno de los dos.

—Bien, empecemos por Sture. ¿Qué tipo de relación existe entre vosotros dos? ¿Te sorprende que no te hubiese mencionado la existencia de esa mujer?

—No, simplemente, no me lo creo.

—Pero ¿por qué habría de mentir?

—No lo sé.

La conversación empezaba a cobrar tal cariz que Wallander decidió no continuarla por teléfono. Miró el reloj; eran las seis menos veinte. Necesitaba quedarse en el apartamento de Svedberg al menos una hora más.

—¿Qué tal si nos vemos? — propuso—. Estaré libre a partir de las siete de la tarde.

—¿Nos vemos en la comisaría? Como está cerca del hospital… Hoy también tengo turno de noche.

Concluida la conversación, Wallander volvió a la sala de estar y se situó junto a una de las sillas rotas y volcadas. Echó una ojeada a su alrededor tratando de imaginar el drama que había tenido lugar en la habitación. A Svedberg le habían disparado de frente, tal vez con una ligera inclinación de abajo arriba, según apuntó Nyberg, como si quien disparó hubiese sujetado el arma a la altura de la cadera o, como mucho, del pecho. Las salpicaduras de sangre halladas tras el cuerpo de Svedberg habían alcanzado la mitad superior de la pared. Después, el policía debió de caer hacia la izquierda. Probablemente se agarró a la silla y la arrastró consigo en la caída. De ahí que se rompiese uno de los listones del respaldo. Pero ¿estaba sentado cuando ocurrió? ¿Tal vez a punto de levantarse? ¿O quizá ya estuviese de pie?

De pronto, a Wallander se le antojó que aquella cuestión era crucial. Si Svedberg estaba sentado en la silla, debía de ser porque conocía al asesino: de haber sorprendido a un ladrón armado, no habría tomado asiento ni habría permanecido sentado. Wallander recorrió la distancia que lo separaba del punto en el que hallaron la escopeta. Se dio media vuelta y observó de nuevo la habitación, ahora desde este ángulo. Los disparos no tenían por qué haberse realizado desde allí, aunque sí muy cerca.

Permaneció inmóvil, como conjurando tanto las sombras como las huellas. De nuevo le sobrevino, con intensidad creciente, aquella sensación de que había algo tremendamente ilógico en todo aquello. ¿Acaso Svedberg había sorprendido al ladrón cuando regresaba a su casa? Si el ladrón hubiera accedido al apartamento por el recibidor, Svedberg se habría encontrado en una posición totalmente anormal; al igual que si hubiese entrado en la sala de estar desde el otro lado, desde el dormitorio. Así, parecía lógico pensar que el ladrón no llevaba la escopeta en la mano, pues en tal caso, lo más probable era que Svedberg se hubiese lanzado sobre él. Por otro lado, a Svedberg le daba miedo la oscuridad, pero no se lo pensaba dos veces antes de actuar si la situación lo exigía.

El inspector estaba inmóvil, sumido en estos pensamientos, cuando, de repente, la hormigonera se detuvo. Aguzó entonces el oído. El ruido del tráfico procedente de la calle resultaba apenas perceptible. «Veamos la otra posibilidad», se dijo. «La persona que entra en el apartamento es, cuando menos, un conocido que, además, sabe que a Svedberg no le va a sorprender ni preocupar que lleve una escopeta. Algo sucede después. Svedberg muere y el asesino destroza medio apartamento. ¿Por qué? Es posible que busque algo, aunque también cabe la posibilidad de que quiera que parezca un robo.» De nuevo le vino a la memoria el telescopio. Seguían sin encontrarlo. Sin embargo, ¿quién podría saber si faltaba algo más en el apartamento? Tal vez Ylva Brink.

Se acercó a la ventana y miró a la calle. Nils Linnman estaba echando la llave a una de las casetas de la obra. Robert Tärnberg se había marchado ya y Wallander recordó que, minutos antes, había oído el motor de una motocicleta. En ese momento llamaron a la puerta y el inspector se sobresaltó. Fue a abrir. Era Ann-Britt.

—Llegas tarde. Los albañiles ya se han marchado —dijo Wallander.

—Sí, pero pude enseñarles la fotografía de Svedberg antes de que se marchasen —explicó ella—. Ninguno lo había visto. O, al menos, no lo recordaban.

Se sentaron en la cocina y Wallander le comentó el resultado de su visita a Sture Björklund. Ella lo escuchó con atención.

—Si es cierto lo que dice Björklund, nuestra imagen de Svedberg cambia de forma radical —apuntó ella una vez que acabó el inspector.

—Pues sí, porque todo indica que ha mantenido su relación con esta mujer en secreto durante mucho tiempo. Me pregunto por qué.

—Tal vez esté casada.

—¿Algo así como una amante secreta? Y, a lo que parece, tan sólo cuando tenían acceso a la casa de Björklund, es decir, un par de semanas al año…, pues, si ha estado alguna vez en este apartamento, no es lógico que nadie la haya visto.

—Sea como sea, hemos de dar con ella.

—Sí. Pero he de admitir —dijo Wallander sopesando sus palabras- que hay otra idea que me ronda la cabeza… Si de verdad Svedberg mantuvo en secreto su relación con ella y no nos lo contó ni siquiera a nosotros, ¿qué otros aspectos de su vida nos ocultó?

El inspector vio que Ann-Britt comprendía su razonamiento.

—En otras palabras, tú no crees que se trate de un robo.

—Digamos que tengo mis dudas. El telescopio ha desaparecido. Es probable que Ylva Brink pueda decirnos si falta alguna otra cosa. Pero todo resulta tan escurridizo…, como si no hubiese nada obvio en este crimen, nada a lo que aferrarse.

—Hemos estado revisando sus cuentas bancarias —comentó Ann-Britt—. Bueno, al menos las que hemos localizado. Pero no hemos encontrado indicios de ninguna fortuna oculta ni de deudas escandalosas, salvo veinticinco mil coronas, del Audi. Ni más ni menos. Según el banco, siempre llevó muy bien sus números.

—Ya sé que no está bien hablar mal de los muertos, pero a mí me resultaba a veces algo tacaño —confesó Wallander.

—¿Por qué?

—Cuando en alguna ocasión comíamos juntos en un restaurante, pagábamos la cuenta a medias, por supuesto. Pero siempre me tocaba a mí dejar la propina.

Ann-Britt meneó la cabeza lentamente.

—Es curioso, yo nunca habría dicho que fuese tacaño.

Wallander empezó a contarle lo que se le había ocurrido sobre la hormigonera. No había terminado de explicárselo cuando oyeron el ruido de una llave en la cerradura. Los dos quedaron sobrecogidos, hasta que llegó a sus oídos el familiar carraspeo de Nyberg.

—¡Esos malditos periódicos! No me explico cómo pude pasarlos por alto.

Los guardó en una bolsa de plástico y la selló.

—¿Cuándo tendréis las huellas? — quiso saber Wallander.

—El lunes, como muy pronto.

—¿Y los forenses?

—Hanson se encarga de ellos —intervino Ann-Britt—. Pero trabajan rápido y estarán listos dentro de poco.

Wallander, tras pedirle a Nyberg que se sentase con ellos, lo puso al corriente de la mujer que supuestamente hubo en la vida de Svedberg.

—Me parece increíble —opinó Nyberg con voz recelosa—. No creo haber conocido a un soltero más convencido que Svedberg. ¿No recordáis su sauna de los viernes, en absoluta soledad?

—Sí, claro, pero es aún más inverosímil que un catedrático de la Universidad de Copenhague esté mintiéndonos —señaló Wallander—. Partamos de la base de que nos ha dicho la verdad.

—¿Y si Svedberg se la inventó? Si no me equivoco, nadie la ha visto nunca.

Wallander sopesó las palabras de Ann-Britt y la posibilidad de que Louise no fuese más que el fruto de la imaginación del colega asesinado.

—Bueno, el caso es que había cabellos en el cuarto de baño de Björklund. Eso, por lo menos, no eran invenciones.

—¿Por qué iba a inventarse alguien una relación con otra persona? — se extrañó Nyberg.

—La gente que está sola, ya sabes… —apuntó Ann-Britt—. Hacen cualquier cosa con tal de sentir que pertenecen a un núcleo.

—¿Tú llegaste a encontrar algún cabello en el cuarto de baño? — preguntó Wallander.

—No —repuso Nyberg—. Pero lo inspeccionaré una vez más. Wallander se puso de pie.

—Venid conmigo, quiero mostraros algo.

Ya en la sala de estar, les resumió las ideas que se le habían ocurrido hacía un rato.

—Lo que pretendo es llegar a una conclusión, aunque sea provisional. O tal vez sea mejor llamarlo hipótesis de partida. En cualquier caso, si en verdad se trata de un robo, hay muchos puntos que precisan una aclaración. ¿Cómo entró el supuesto ladrón en el apartamento? ¿Por qué llevaba consigo una escopeta? ¿En qué momento apareció Svedberg? ¿Qué robaron, aparte del telescopio? Y, en realidad, ¿por qué dispararon a Svedberg? No hay el menor indicio de pelea ni de enfrentamiento físico, pues el desorden reina en todas las habitaciones y no es lógico pensar que, mientras se peleaban, recorrieran una habitación tras otra. Si he de seros sincero, no me parece que esto tenga mucho sentido. De ahí que empiece a cuestionarme qué sucedería si, por un momento, desechásemos la hipótesis del robo. ¿Qué tendríamos entonces ante nosotros? ¿Venganza? ¿Pura y simple locura? Con una mujer involucrada, podríamos pensar en un asunto de celos. Pero ¿os imagináis a una mujer disparándole a Svedberg, y en pleno rostro? A mí me cuesta creerlo, así que, ¿qué posibilidades nos quedan?

Wallander consideró que el silencio que siguió a su pregunta resultaba muy elocuente. Era bien sencillo; no existía ninguna hipótesis con la que empezar a trabajar: un robo, una escena de celos o cualquier otra cosa. Svedberg había sido asesinado en el curso de un drama cuyos entresijos se les escapaban, con lo que la hipótesis de partida no era sino una desdibujada y ancha tierra de nadie.

—¿Puedo irme ya? — preguntó Nyberg—. Esta noche he de tener listos un montón de informes.

—Todos los del equipo nos reuniremos aquí mañana por la mañana.

—¿A qué hora?

Wallander no supo qué decir. La investigación la dirigía él, de modo que a él le correspondía decidir.

—¿Os parece bien a las nueve? — propuso al fin.

Nyberg se marchó, y él y Ann-Britt se quedaron en la sala de estar.

—He estado intentando reconstruir los hechos —admitió Wallander—. ¿Qué es lo que ves tú?

El inspector sabía que su colega era avispada y, en ocasiones, clarividente; además, poseía una gran capacidad de análisis y procedía siempre de manera metódica.

—¿Qué ocurriría si empezásemos por buscar los motivos de todo este desorden en el apartamento?

—Adelante —la animó Wallander.

—Se me ocurren tres explicaciones posibles. La primera, que haya sido obra de un ladrón nervioso o, simplemente, atolondrado. La segunda, que el responsable de todo fuera una persona que vino a buscar algo en concreto. Claro que un ladrón también va siempre en busca de algo concreto, sólo que no suele saber qué con exactitud. La tercera es que sea el resultado de un acto vandálico, alguien que vacía las estanterías con la única intención de destrozarlo todo.

Wallander seguía su razonamiento con atención.

—Hay una cuarta hipótesis —advirtió-: que el destrozo se deba a un acceso incontrolable de ira.

Ambos intercambiaron una mirada cómplice. En alguna ocasión, Svedberg había perdido por completo el dominio de sí mismo y, de golpe y porrazo, lo acometían violentos ataques de ira. Una vez llegó casi a destrozar su propio despacho.

—No es descabellado pensar que Svedberg causara todo este desbarajuste —intervino Wallander—. Y no lo es porque ambos sabemos que lo hizo en la comisaría. Lo cual nos lleva a otra pregunta importante.

—¿Por qué?

—Exacto, ¿por qué?

—Yo estaba presente la última vez que destrozó su despacho. Al final, Hanson y Peters lograron que entrara en razón. Sin embargo, nunca llegué a enterarme de lo que había provocado la tormenta.

—Sí, entonces era Björk el comisario jefe. Llamó a Svedberg a su despacho y lo culpó de la desaparición de unas pruebas.

—¿De qué material se trataba?

—De unos cuantos iconos letones de gran valor, entre otros objetos. Fue un caso importante de contrabando.

—Es decir, que lo acusaron de robo.

—Negligencia, más bien. Pero cuando algo desaparece, resulta inevitable que la sospecha quede flotando en el ambiente…

—¿En qué acabó la cosa?

—Svedberg se sintió humillado y arremetió contra todo lo que había en su despacho.

—Ya.

—En fin, eso no nos conduce a ninguna parte. Svedberg destroza su apartamento y luego le disparan.

—Sí, seguimos sin establecer una posible secuencia de los acontecimientos —concretó Wallander.

—¿No podríamos suponer que hubiese una tercera persona? — preguntó Ann-Britt de repente.

—Podemos suponer cualquier cosa. Ése es uno de nuestros principales problemas —se lamentó el inspector—. No sabemos si el asesino estaba solo o si había más personas en la habitación, pues no hemos hallado pruebas en un sentido o en otro.

Salieron de la sala de estar.

—¿Sabes si Svedberg había recibido alguna amenaza? — preguntó Wallander ya en la entrada.

—No.

—¿Y algún otro compañero?

—Bueno, siempre nos llegan cartas raras y recibimos llamadas telefónicas de ésas. Todo queda archivado en un registro.

—Revisa ese registro, sólo lo consignado durante los últimos meses —pidió Wallander—. Además, quiero que hables con el repartidor del periódico y le preguntes si ha observado algo extraño.

Ann-Britt tomaba nota.

—¿Dónde estará el maldito telescopio? — se preguntó Wallander.

—¿Y cómo vamos a encontrar a la tal Louise? — se preguntó a su vez Ann-Britt.

—Yo voy a reunirme con Ylva Brink dentro de un rato —explicó Wallander—. Y esta vez tengo que afinar más.

—Al menos, sabemos con seguridad que la escopeta no era propiedad de Svedberg —comentó Ann-Britt—. No había ningún arma registrada a su nombre.

—Algo es algo —ironizó Wallander al tiempo que abría la puerta. La agente desapareció escaleras abajo. Wallander cerró la puerta y regresó a la cocina. Mientras se tomaba otro vaso de agua se dijo que debería comer algo.

Estaba cansado. Se sentó en una silla, apoyó la cabeza contra la pared y se durmió.

Se encontraba en la cima de una montaña que centelleaba a la intensa luz del sol. Estaba esquiando, con unos esquís parecidos a los que había visto en el trastero de Svedberg. Al descender, la velocidad aumentaba sin cesar, y se dirigía hacia un banco de niebla. De pronto, un abismo se abrió a sus pies.

Se despertó sobresaltado. Según el reloj de la cocina, su sueño había durado once minutos.

Permaneció quieto, atento al silencio.

Entonces, el teléfono sonó con estrépito. Descolgó el auricular. Era Martinson.

—Suponía que estarías ahí.

—¿Ha sucedido algo?

—Eva Hillström ha venido otra vez.

—¿Qué quería?

—Si no hacemos algo, acudirá a la prensa. Parecía decidida a cumplir su palabra.

Wallander meditó un instante antes de responder.

—Creo que esta mañana tomé una decisión equivocada. Y pienso rectificar en la reunión de mañana.

—¿Qué decisión?

—Por supuesto, debemos conceder prioridad al asesinato de Svedberg, pero no podemos dejar de lado el caso de los jóvenes desaparecidos. Hemos de encontrar el modo de dedicarles nuestra atención también a ellos.

—¿Y de dónde vamos a sacar tiempo para eso?

—No lo sé, pero no es la primera vez que vamos tan sobrecargados de trabajo.

—Le prometí a Hillström que la llamaría después de hablar contigo.

—Sí, llámala. Procura calmarla. Dile que nos ocuparemos del asunto.

—¿Vienes para acá?

—Sí, iba a marcharme ya. He quedado con Ylva Brink.

—¿Crees que seremos capaces de resolver el asesinato de Svedberg? — preguntó Martinson hecho un manojo de nervios, cosa que no se le escapó a Wallander.

—Sí, lo conseguiremos. Pero tengo la impresión de que no va a ser fácil —sentenció antes de concluir la conversación.

Unas palomas aletearon ante la ventana. Wallander caviló sobre lo que había dicho Ann-Britt, que el arma hallada en el suelo de la sala de estar no estaba registrada a nombre de Svedberg. Más aún, no había ningún arma registrada a su nombre. Era, pues, lógico concluir que el colega asesinado no poseía ningún arma. Pero la realidad rara vez era lógica. ¿Cuántas armas no registradas circulaban en Suecia? Muchas, no cabía duda, y constituía uno de los mayores problemas a los que se enfrentaba la policía. Más aún, ¿quién podía asegurar que los miembros de la policía no estuviesen en posesión de armas ilegales?

De ser así, ¿qué papel habría desempeñado eso en la muerte de su colega?

¿Y si, a pesar de todo, Svedberg hubiese sido el dueño del arma?

A Wallander, que seguía sentado en la silla, volvió a acuciarle la idea de que, en aquel caso, había algo que apremiaba. Debían darse prisa. Sin aguardar más, se levantó y abandonó el apartamento.

8

István Kecskeméti había sido uno de los muchos refugiados húngaros que se habían visto obligados a abandonar su país tras los levantamientos de 1956. Había llegado a Suecia, en concreto a Trelleborg, hacía exactamente cuarenta años, a la edad de catorce, en compañía de sus padres y de tres hermanos menores. El padre de István, que era ingeniero, había viajado por primera vez a Suecia a finales de los años veinte para visitar las instalaciones industriales de la compañía Separator, a las afueras de Estocolmo, donde esperaba conseguir un trabajo.

Sin embargo, el padre de István, en su segundo viaje a Suecia, nunca llegó a salir de Trelleborg, porque, tras bajar las escaleras de la terminal del transbordador, murió víctima de un ataque de apoplejía. Así, su segundo encuentro con la tierra sueca se produjo en el momento en que su cuerpo se desplomó sobre la humedad del asfalto. Lo enterraron en Trelleborg y la familia nunca salió de Escania. A la edad de cincuenta y cuatro años, István llevaba ya bastante tiempo establecido como propietario de una de las pizzerías de Ystad que flanqueaban la calle Hamngatan.

István le había contado a Wallander su historia hacía ya mucho tiempo. El inspector iba a comer a su pizzería de vez en cuando y, los días en que no había muchos clientes, István se sentaba a su mesa y le refería episodios de su vida. Aquel día, Wallander cruzó el umbral del restaurante a las seis y media. Contaba con media hora para comer, antes de su cita con Ylva Brink. Tal y como había imaginado, el local estaba vacío. Desde la cocina, se oía la música de un radiotransistor mezclado con el ruido que alguien hacía al macerar un trozo de carne. István, que estaba a punto de concluir una conversación telefónica, lo saludó con la mano desde la barra.

Wallander se acomodó en una mesa situada en un rincón. Tras colgar el auricular, István se le acercó con una expresión de gravedad en el rostro.

—¿Es cierto lo que cuentan? ¿Han matado a un policía?

—Por desgracia —corroboró Wallander—. Karl Evert Svedberg, no sé si lo conocías.

—Creo que nunca vino a comer aquí. ¿Quieres una cerveza? Invita la casa.

Wallander rechazó el ofrecimiento con un gesto.

—Quiero comer algo rápido y que no sea perjudicial para alguien que tiene un índice de azúcar en sangre algo elevado.

István lo miró pensativo.

—¿Tienes diabetes?

—No. Es sólo que tengo demasiado azúcar en la sangre.

—Pues entonces eres diabético.

—Bueno, puede tratarse de algo transitorio. Pero, en fin, tengo un poco de prisa.

—Un filete a la plancha y una ensalada, ¿te parece bien?

—Sí, estupendo.

Cuando István se retiró a la cocina, dejó a Wallander sumido en un mar de dudas. Tal vez la diabetes no fuera una enfermedad tan vergonzante, y la única razón por la que Wallander reaccionaba así fuera porque le disgustaba su sobrepeso y, por tanto, intentaba cerrar los ojos e ignorarlo.

Comió con demasiada prisa, como de costumbre, y luego se tomó un café. Un nutrido grupo de turistas polacos que acababan de entrar en la pizzería reclamaron la atención de István, con lo que Wallander se vio libre de las preguntas que sin duda le habría hecho sobre el asesinato de Svedberg. El inspector pagó la cuenta y se marchó. En las calles, con más transeúntes que de costumbre, seguía haciendo calor. Wallander caminaba saludando de vez en cuando a los conocidos con los que se cruzaba, al tiempo que pensaba en cómo plantear la entrevista con Ylva Brink.

Estaba convencido de que ella se esforzaría por recordar con precisión y por responder de forma honrada. Lo complicado del interrogatorio consistía en elegir las preguntas adecuadas para que Ylva contara lo que sabía, aun sin ser consciente de ello. Una de las preguntas más importantes era, precisamente, la relativa a aquella mujer llamada Louise, pues tal vez, aunque ella misma lo ignorase, Ylva poseyera alguna información sobre ese asunto.

Wallander entró en la comisaría poco después de las siete. Dado que Ylva Brink no había llegado todavía, fue al despacho de Martinson, donde también halló a Hanson.

—¿Cómo va eso? — preguntó Wallander.

—Bueno, no hemos recibido demasiadas llamadas, que digamos —se lamentó Martinson.

—¿Tenemos ya algún informe de Lund?

—Aún no —aclaró Martinson—. Ni creo que nos llegue ninguno antes del lunes.

—Pues necesitamos saber la hora —comentó Wallander—. Es un dato importante. En cuanto sepamos el momento en que se produjo el crimen, contaremos con un punto de partida concreto.

—He estado estudiando los registros —anunció Martinson—. A primera vista, este caso de robo y asesinato no se parece a ningún otro.

—Ya, bueno. Todavía no sabemos si ha sido un robo.

—¿Qué otra cosa pudo ser?

—Eso no lo sé. En fin, ahora tengo que irme. Tengo una entrevista con Ylva Brink. Por cierto, hemos acordado reunirnos mañana a las nueve.

Se fue a su despacho y halló sobre la mesa una nota de Lisa Holgersson: quería verlo lo antes posible. Wallander marcó su extensión telefónica sin recibir respuesta. Con no poca dificultad, logró al fin conectar la suya propia con recepción, pero Ebba ya se había marchado, así que colgó el auricular y se puso en contacto con la central de alarmas.

—Lisa ya se ha marchado —le hizo saber el policía responsable de la centralita.

Wallander tomó la determinación de llamarla más tarde. Luego salió a la recepción y se dispuso a esperar hasta que, minutos después, Ylva Brink apareció en la puerta. De camino a su despacho, el inspector le preguntó si quería un café, pero ella, tras darle las gracias, lo rechazó.

Por una vez, Wallander había decidido usar una grabadora. No le gustaba; por un lado, el susurro que emitía la cinta le producía la sensación de que alguien no autorizado estuviese a la escucha. Y por otro lado, sabía que podía desviar la atención de Ylva. Sin embargo, en esta ocasión no deseaba perderse ni una sola palabra; además, quería que alguien le transcribiese la grabación para poder cotejar sus propias notas con la transcripción. El inspector le preguntó a Ylva Brink si le molestaba que grabase la conversación. Ella le aseguró que no.

—Bien, esto no es ningún interrogatorio —la tranquilizó Wallander-, Es más bien una charla para evocar recuerdos. Lo que ocurre es que la grabadora conserva los recuerdos mejor que yo.

Las bobinas empezaron a girar. Eran ya las siete y diecinueve minutos.

—Viernes 9 de agosto de 1996 —comenzó Wallander—. Entrevista con Ylva Brink. Caso: muerte del inspector de policía Karl Evert Svedberg, presunto homicidio o asesinato.

—¿Qué otra cosa podría ser? — inquirió ella.

—Hay ocasiones en que la policía se expresa con un exceso de formalismo —explicó Wallander, sorprendido de lo intrincado de sus propias palabras—. Ya han pasado varias horas —prosiguió—. Has tenido tiempo de meditar, de preguntarte por qué ocurrió. Aunque, en el fondo, un asesinato sólo tiene sentido para quien lo comete.

—Aún me cuesta creer que haya sucedido de verdad. Hace unas horas estuve hablando con mi marido, pues es posible llamar al barco vía satélite. Él creía que yo deliraba. Y justo entonces, mientras se lo estaba contando a otra persona, tomé conciencia de que había ocurrido realmente.

—Claro, comprendo que habría sido mejor que hubiésemos esperado un poco antes de celebrar esta entrevista, pero no es posible. Hemos de atrapar al asesino a la mayor brevedad. Y nos lleva una ventaja que se acrecienta a medida que pasa el tiempo.

Ylva parecía estar esperando la primera pregunta no meramente introductoria.

—Hablemos de una mujer llamada Louise —empezó Wallander—. Una mujer con la que Karl Evert supuestamente estuvo viéndose de forma regular durante muchos años. ¿Llegaste a conocerla?

—No.

—¿Ni siquiera oíste hablar de ella?

—No.

—¿Cuál fue tu reacción la primera vez que saqué a relucir su existencia?

—Que no existía.

—¿Y qué piensas ahora?

—Que es probable que sea cierto, pero que me resulta incomprensible.

—Karl Evert y tú sin duda hablasteis de mujeres alguna vez, de por qué no se casó. ¿Qué solía decir en esos casos?

—Que era un soltero incorregible. Y que se encontraba a gusto así.

—¿Nunca notaste nada extraño cuando lo comentabais?

—Algo, ¿como qué?

—Pues que titubease, o que pareciese que estaba mintiendo.

—No. Lo que decía siempre sonaba muy convincente.

Wallander creyó notar, por un instante, cierta inseguridad en el tono de Ylva Brink.

—Me ha dado la impresión de que estabas pensando en algo… —se atrevió a insinuar Wallander.

—Bueno, sí, alguna vez se me ocurrió pensar que tal vez fuese diferente… —contestó Ylva al cabo de unos segundos.

—¿Te refieres a que fuese homosexual?

—Sí.

—¿Cómo se te ocurrió tal cosa?

—¿Te parece descabellado?

En realidad, al propio Wallander se le había cruzado esa idea por la mente en alguna ocasión.

—No, me parecería de lo más natural.

—Un día salió el tema, hace ya bastantes años —recordó Ylva-, creo que fue la Nochebuena en que cenamos en mi casa. Y no surgió hablando de las cosas de Karl, sino a propósito de otra persona que ambos conocíamos. Recuerdo que su condena fue sorprendentemente violenta.

—¿Condenaba al amigo homosexual?

—A todos los homosexuales. Una situación harto desagradable, pues siempre creí que era bastante liberal.

—¿Qué ocurrió después?

—Nada. Nunca más volvimos a hablar del asunto.

Wallander reflexionó un instante.

—¿Tienes idea de cómo podríamos dar con el paradero de la mujer llamada Louise?

—No.

—Puesto que él casi nunca salía de Ystad, debe de vivir aquí o, al menos, no muy lejos.

—La verdad, no lo sé.

Ylva Brink miró el reloj.

—¿A qué hora tienes que estar en el hospital?

—Dentro de media hora. No me gusta llegar tarde.

—Igual que Karl Evert. Era un hombre muy puntual.

—Sí, lo sé. ¿Qué era lo que solían decir de él…? Que se podía poner el reloj en hora con sólo ver lo que estaba haciendo. Era muy estricto en sus horarios.

—Dime cómo era en realidad.

—Eso ya me lo has preguntado con anterioridad.

—Pues te lo pregunto otra vez. ¿Qué clase de persona era?

—Amable, era una persona amable. No sabría precisar más. Era una persona amable capaz de enfadarse por nada, aunque no muy a menudo. También era tímido y cumplidor. Seguro que aburrido, para muchos. Un hombre que no se hacía notar. Algo lento, quizá. Pero no un necio.

A Wallander le pareció una buena descripción de Svedberg. Si se lo hubieran preguntado a él, habría enumerado más o menos los mismos rasgos.

—¿Quién era su mejor amigo?

Su respuesta le sorprendió.

—Creo que eras tú.

—¿Yo?

—Eso solía decir él. Que Kurt Wallander era su mejor amigo.

Wallander enmudeció de asombro. Fue una respuesta del todo inesperada. Para él, Svedberg era un colega como los demás. Nunca se habían relacionado en su vida privada, y tampoco se habían hecho confidencias íntimas. Rydberg sí había sido su amigo. Entre Ann-Britt Höglund y él estaba creándose, de forma paulatina, una relación de amistad. Pero con Svedberg, jamás.

—La verdad, me resulta increíble —confesó al cabo—. Yo nunca tuve esa idea.

—No, pero eso no impide que él sí te viese a ti como a su mejor amigo.

—No, claro que no.

Wallander creyó atisbar la inmensa soledad en que había vivido Svedberg. En medio de esa soledad, bastaba sólo una condición para considerar que había una amistad: simplemente, no habían sido enemigos.

Se quedó mirando fijamente la grabadora y, transcurrido un instante, se obligó a continuar.

—¿Tenía otras amistades? ¿Alguien cuya compañía frecuentase?

—Bueno, estaba en contacto con una asociación que se dedicaba al estudio de la historia de los indios americanos, pero se comunicaban casi exclusivamente por carta. Creo que se llamaba Indian Science, pero no estoy segura.

—Eso es algo que podemos averiguar. ¿Nadie más?

Ylva reflexionó un momento.

—En alguna ocasión mencionó a un director de banco retirado. Vive aquí, en el centro de Ystad. A veces iban juntos a contemplar las estrellas.

—¿Cómo se llama?

Tras otro momento de reflexión, ella respondió.

—Sundelius. Bror Sundelius. Pero no lo conozco personalmente.

Wallander anotó el nombre en su bloc.

—¿Ninguna otra persona?

—Sólo mi marido y yo.

Wallander cambió de tema.

—¿Recuerdas haber notado algún cambio durante los últimos meses? No sé, si había dado muestras de preocupación, de falta de concentración.

—No, salvo lo que me confesó acerca de su cansancio por el trabajo.

—Sin embargo, no llegó a explicarte por qué, ¿verdad?

—No.

Wallander cayó en la cuenta de que había otra pregunta, consecuencia lógica de la anterior.

—¿Te sorprendió que te confesase que estaba cansado?

—No, en absoluto.

—Es decir, que a ti sí te confiaba cómo se sentía.

—Por cierto, hay algo más. Tendría que haber pensado en ello antes, cuando me pediste que te lo describiese —observó ella—. Svedberg era bastante hipocondríaco. Al menor dolor se preocupaba en exceso. Si pillaba un catarro, enseguida pensaba que había contraído una grave infección vírica. Creo que le tenía pánico a las bacterias y a los virus.

A Wallander, por un instante, le pareció estar viéndolo. Recordó que iba a los servicios a todas horas para lavarse las manos, y que evitaba a quienes estaban constipados.

Ella volvió a mirar el reloj. Se les acababa el tiempo.

—¿Sabes si poseía algún arma?

—No, que yo sepa.

—¿Hay alguna otra cosa en la que estés pensando en este preciso momento y que pueda ser importante?

—Lamento su muerte. Tal vez no fuese una persona extraordinaria, pero voy a echarlo de menos. Era la persona más honrada que jamás conocí.

Wallander apagó la grabadora antes de acompañar a Ylva Brink hasta la recepción. Por un instante, sintió lástima por ella.

—¿Cómo me las voy a arreglar con el entierro? — imploró de pronto—. Sture opina que lo mejor que puede hacerse con los muertos es esparcir sus cenizas al viento, sin más ceremonia y sin la presencia de ningún sacerdote. Pero yo sé lo que a él le habría gustado.

—¿Dejó testamento?

—No, o al menos no me lo comentó. Si hubiera redactado uno, me lo habría dicho.

—¿Tenía alguna caja fuerte en el banco?

—No.

—¿Eso también te lo habría dicho?

—Sí.

—Como es natural, sus compañeros de la policía asistiremos al entierro —le dijo Wallander—. Hablaré con Lisa Holgersson sobre el asunto y le pediré que se ponga en contacto contigo.

Ylva Brink desapareció a través de las puertas de cristal de la comisaría. Wallander regresó a su despacho. Había aparecido otro nombre, Bror Sundelius, director de banco retirado. Buscó su número en el listín de teléfonos y comprobó que vivía en la calle Vädergränd, en pleno centro. Anotó su número de teléfono. Después se puso a pensar en la entrevista con Ylva Brink. ¿Qué era lo que le había revelado exactamente? ¿Había algún dato que no conociese de antemano? La mujer llamada Louise seguía siendo un secreto bien guardado. «Muy bien guardado», se repitió Wallander. «Ésa es la mejor manera de describirlo.»

Anotó sus reflexiones en el bloc. ¿Por qué mantener a una mujer en secreto durante tantos años? Ylva Brink le había hablado acerca del violento rechazo que Svedberg había manifestado a propósito de los homosexuales, de su horror a los virus, y de un director de banco jubilado con el que se veía de vez en cuando para contemplar las estrellas a medianoche. Wallander dejó el bolígrafo y se echó hacia atrás en la silla. «Nada cambia», se dijo. «En líneas generales, la imagen que tengo de Svedberg es la misma que tenía cuando vivía, salvo por la existencia de esa mujer llamada Louise. Nada hay que nos conduzca a una posible explicación de su muerte.»

Se le antojó de pronto que las cosas empezaban a perfilarse, que cobraban mayor claridad y transparencia. Svedberg no se había presentado en el trabajo porque ya estaba muerto. Había sorprendido a un ladrón que le disparó antes de huir llevándose su telescopio. Era un drama fruto de la casualidad, un drama banal y terrible.

Simplemente, no podía haber otra explicación.

Eran ya las ocho y diez. Wallander llamó a casa de Lisa Holgersson. Precisamente, ésta lo buscaba para hablar con él del modo en que el Cuerpo de Policía habría de participar en el entierro, por lo que Wallander le indicó que se pusiese en contacto con Ylva Brink. Después, lo informó de lo ocurrido a lo largo de aquella tarde. Asimismo, le confesó que se sentía cada vez más inclinado a creer que Svedberg había caído víctima de un ladrón muy agresivo, quién sabe si bajo los efectos de alguna droga.

—El director general de la Policía llamó para transmitirnos su pésame y su preocupación —comentó ella.

—¿Por ese orden?

—Sí, por fortuna.

El inspector le explicó que habían acordado reunirse al día siguiente a las nueve, y le prometió mantenerla informada si acontecía algo significativo durante la noche. Cortó la comunicación y después marcó el número del ex director de banco, Sundelius, pero nadie atendió la llamada, y tampoco pudo dejar ningún mensaje, pues no había contestador automático.

Se sintió entonces indeciso, sin la menor idea de cómo proseguir, acuciado por la impaciencia. Sabía que no le quedaba más remedio que esperar. Esperar el informe de los forenses y los resultados de la investigación técnica.

Volvió a sentarse ante el escritorio, rebobinó la cinta y escuchó con atención la entrevista con Ylva Brink. Cuando acabó toda la grabación, se recreó pensando en las últimas palabras de la comadrona: Svedberg había sido, por encima de todo, un hombre honrado.

—Creo que veo gato encerrado donde no lo hay —sentenció en voz alta-, cuando lo que debo hacer es perseguir a un criminal que ha cometido un asesinato.

En ese momento llamaron a la puerta. Era Martinson.

—Hay un par de periodistas impacientes aguardando en la recepción, a pesar de la hora que es.

Wallander hizo una mueca de disgusto.

—No tenemos ninguna novedad de que informar.

—A mí me parece que les va a dar igual lo que sea, nuevo o no, con tal de que les digamos algo.

—¿Por qué no intentas librarte de ellos? Promételes que convocaremos una rueda de prensa en cuanto sepamos algo más.

—¿Acaso has olvidado que hemos recibido órdenes de las altas esferas de mantener buenas relaciones con los medios de comunicación? — ironizó Martinson.

No, no lo había olvidado. Les habían llegado varias circulares de la Dirección General de la Policía en las que se les exhortaba a intensificar y mejorar el contacto con los medios de comunicación. Bajo ninguna circunstancia debían rechazar a los periodistas. Muy al contrario, debían dedicarles tiempo y prestarles la mayor atención.

Wallander se levantó con gesto fatigado.

—Hablaré con ellos personalmente.

Le llevó veinte minutos convencer a los dos periodistas de que no tenían ninguna novedad que comunicarles. Hacia el final de la conversación, al comprender que ambos habían acogido sus palabras con clara desconfianza, a punto estuvo de perder la compostura. Estaban seguros de que mentía. No obstante, logró mantener la calma. Los periodistas, por su parte, terminaron por rendirse y marcharse.

El inspector fue al comedor a buscar una taza de café y regresó a su despacho. Volvió a llamar a Sundelius, pero tampoco esta vez tuvo suerte.

Eran las diez menos cuarto. El termómetro que él mismo había fijado a la fachada, junto al marco de la ventana, indicaba que estaban a quince grados. Pasó un coche con la música a todo volumen. El desasosiego y la inquietud lo dominaban: la conclusión a la que había llegado, el pensar que la muerte de Svedberg era consecuencia de un simple robo, no lograba tranquilizarlo. Barruntaba que había algo más, una circunstancia que se les ocultaba.

¿Quién sería aquella Louise?

De pronto, sonó el teléfono. «Más periodistas», pensó resignado. Pero resultó ser Sten Widén.

—Estoy esperándote —le recordó—. ¿Crees que podrás venir? Comprendo que estás muy ocupado. Siento lo ocurrido.

Wallander lanzó una maldición para sus adentros: lo había olvidado por completo. Aquella noche había quedado en ir a visitar a Sten Widén a su picadero, situado junto a las ruinas del castillo de Stjärnsund. Widén y Wallander se conocían desde la adolescencia y compartían un vivo interés por la ópera. Después, al correr de los años, fueron distanciándose. Wallander entró en la policía y Sten Widén se hizo cargo del picadero que le dejó su padre y en el que entrenaba caballos de carreras. Hacía unos años que habían retomado su antigua amistad y ahora se veían con cierta frecuencia. Precisamente esa noche habían acordado que Wallander iría a verlo a su casa. Pero se le había pasado por completo.

—Tendría que haberte llamado —se disculpó Wallander—. Pero se me olvidó.

—Lo oí por la radio. Dijeron que tu colega había muerto, víctima de un homicidio o de un asesinato.

—Aún no lo sabemos. Es demasiado pronto. Pero te aseguro que ha sido una jornada agotadora.

—Podemos dejarlo para otro día.

Wallander no dudó lo más mínimo.

—Ahora mismo salgo para allá. Llegaré dentro de media hora.

—No quiero que te sientas obligado.

—No, en absoluto. Además, necesito cambiar de aires por un rato.

Wallander abandonó la comisaría sin despedirse de nadie. No obstante, antes de salir de Ystad, pasó por su apartamento de la calle Mariagatan a recoger el teléfono móvil. Después tomó la autovía E-65, dejó atrás Rydsgård y Skurup y se desvió luego a la izquierda. Al llegar a las ruinas del castillo, giró para entrar en la finca de Sten Widén. Una yegua solitaria relinchaba en un cercado. Eso era lo único que quebraba el silencio de la noche.

Sten Widén salió a recibirlo. Wallander estaba acostumbrado a verlo ataviado con sus sucias ropas de trabajo. Sin embargo, aquella noche llevaba una camisa blanca y tenía el pelo mojado. Cuando se saludaron con un apretón de manos, Wallander percibió que su amigo olía a alcohol. Sabía desde hacía tiempo que Sten Widén bebía más de la cuenta. No obstante, nunca llegó a hacerle ningún comentario.

—Hace una noche muy hermosa —comentó Widén—. El mes de agosto nos trajo el verano. O tal vez sea al contrario, que el verano vino con el mes de agosto. ¿Cuál de los dos será primero?

Una punzada de envidia atravesó el corazón de Wallander. Aquello era lo que él había soñado: vivir en el campo, con un perro y, por qué no, también con Baiba Liepa. Pero su sueño no llegó a convertirse en realidad.

—¿Cómo te va con los caballos?

—No demasiado bien, la verdad. Los años ochenta fueron una época dorada. Todos creían poder permitirse el lujo de tener un caballo. Pero hoy las cosas han cambiado. La gente no se gasta el dinero así como así. Por las noches, cada uno le ruega a su dios para no ser el siguiente en perder su puesto de trabajo.

—Yo creía que los únicos que tenían caballos de carreras eran los ricos. Y ésos no suelen estar en el paro.

—Sí, bueno, todavía hay gente rica con caballos. Pero no son tan numerosos como antes. En esto de los caballos pasó como con el golf. La clase media empezó a saltar la verja de los ricos hasta alcanzar sus jardines.

Caminaban hacia los establos cuando apareció una joven que, vistiendo ropa de montar, guiaba a un caballo por las riendas.

—Es la única que he conservado fija —aclaró Widén—. Sofía. Tuve que despedir a las otras.

Wallander evocó vagamente la imagen de hacía algunos años, cuando había una joven en la finca con la que Sten Widén mantuvo una relación. Mas no fue capaz de recordar su nombre. Tal vez Jenny.

Widén intercambió unas palabras con la muchacha. Wallander se enteró de que el caballo se llamaba Black Triangle. Nunca dejaban de sorprenderlo esos nombres tan curiosos que solían ponerles a los caballos de carreras.

Entraron en los establos y Widén se detuvo junto a un box en el que un caballo no cesaba de piafar.

—Se llama Dreamgirl Express —explicó Widén-, y es la que, por el momento, se encarga de mi manutención. Aparte de los que ella me proporciona, no tengo grandes ingresos. Los propietarios de los caballos se quejan de lo caro que resulta mantenerlos. Mi contable me llama cada vez con más frecuencia y cada día más temprano. A decir verdad, no sé cuánto tiempo podré mantener la finca.

Wallander acarició lentamente el morro del caballo.

—Bueno, no es la primera vez que te enfrentas a situaciones como ésta, y siempre has salido adelante.

Widén meneó la cabeza.

—Sí, pero esta vez, no sé. En cualquier caso, siempre puedo vender la finca por una suma sustanciosa y marcharme de aquí.

—¿Adónde?

—Haré la maleta, luego me echaré a dormir profundamente y, cuando despierte, decidiré adónde ir.

Salieron del establo y se encaminaron hacia la parte del edificio en que Widén tenía las oficinas y la vivienda y donde todo solía estar patas arriba. No obstante, al entrar, Wallander se sorprendió al ver que todo estaba limpio como una patena.

—Ya ves, hace unos meses descubrí el valor terapéutico de hacer la limpieza —confesó Widén al ver la expresión de asombro de Wallander.

—Pues a mí no me funciona —se lamentó el inspector—. Y bien saben los dioses que lo he intentado.

Sten Widén señaló una mesa sobre la que había varias botellas. Wallander vaciló un instante antes de asentir. El doctor Göransson no habría aprobado aquello, pero no se encontraba con fuerzas para resistirse.

A eso de la medianoche, Wallander empezó a sentirse mareado. Estaban sentados en el jardín posterior de la casa. La música salía a todo volumen a través de la ventana abierta. Sten Widén, con los ojos cerrados, dirigía el final de Don Giovanni con una sola mano. Wallander pensaba en Baiba. El caballo solitario que había visto en el box los contemplaba inmóvil.

La música cesó. Todo quedó en silencio.

—Nuestros sueños de juventud se desvanecieron, pero la música permanece para siempre —sentenció Widén—. Eso sí, no debe de ser muy fácil ser joven en estos tiempos. Cuando veo a las chicas que me ayudan en el establo, me pregunto qué esperanzas, qué sueños pueden albergar en sus corazones. No tienen estudios, ni tampoco mucha autoestima. ¿Quién necesitará de sus servicios si yo me veo obligado a cerrar el negocio?

—Sí, Suecia se ha convertido en un país muy duro —corroboró Wallander—. Duro y brutal.

—¿Cómo coño aguantas tú en la policía?

—No lo sé —confesó el inspector—. Supongo que porque me aterra pensar en una sociedad dominada por una especie de ejército privado de seguridad. Además, tampoco me tengo por el peor policía del país.

—No es eso lo que te he preguntado.

—Ya lo sé. Pero es lo único que te puedo responder.

Entraron en el edificio, pues empezaba a caer el relente. Wallander sabía que bebería alcohol, y como no quería quedarse a dormir, habían acordado que regresaría en taxi y que Widén le llevaría el coche a casa al día siguiente.

—¿Recuerdas aquel viaje que hicimos a Alemania para asistir a un concierto de Wagner? — inquirió Widén—. Hace ya veinticinco años. Pues resulta que, meses atrás, encontré unas fotografías de entonces. ¿Quieres verlas?

—Me encantaría.

—Me hizo mucha ilusión encontrarlas y ahora las guardo como algo muy valioso —aseguró Widén—. Las tengo escondidas en mi caja secreta.

Widén fue hacia un panel de madera que había en la pared, junto a una de las ventanas; apartó el panel y dejó al descubierto una cavidad practicada en la pared. Sacó un cofre de metal y de él unas fotografías que tendió a Wallander. Éste quedó boquiabierto al verse a sí mismo en una fotografía tomada en un área de descanso cercana a Lübeck. Sostenía una botella de cerveza y parecía que estuviese aullándole al fotógrafo. Las otras fotografías eran parecidas. Meneó la cabeza mientras se las devolvía a su amigo.

—Lo pasamos bien —comentó Widén—. Quizá mejor de lo que nunca lo hemos pasado desde entonces.

Wallander se sirvió más whisky. Widén tenía razón. Nunca en su vida lo habían pasado mejor.

Era casi la una cuando llamaron a Skurup para pedir un taxi. A Wallander le dolía la cabeza y se sentía mareado y muy cansado.

—Alguna vez deberíamos repetir ese viaje a Alemania —sugirió Sten Widén mientras esperaban el taxi en el jardín.

—Bueno, tal vez no repetirlo, pero sí emprender un nuevo viaje. Lo malo es que yo no tengo ninguna finca que vender.

Llegó el taxi. Wallander subió y dio la dirección. Sten Widén permaneció allí hasta que vio desaparecer el vehículo. Wallander, que se había sentado en el asiento trasero, se acurrucó en un rincón y cerró los ojos. No tardó en dormirse y, enseguida, empezó a soñar. Cuando hubieron pasado la salida hacia Rydsgård, no obstante, algo lo hizo regresar al mundo real. Al principio no tenía muy claro qué podía haber sido, tal vez una imagen que había evocado en su ensoñación. Después se acordó: en su sueño, había visto de nuevo cómo Sten Widén, junto a la ventana, soltaba y retiraba aquel panel de madera.

Inmediatamente, se despabiló. Svedberg había mantenido un secreto durante años. Una mujer llamada Louise. Cuando Wallander rebuscó en su escritorio, no halló más que viejas cartas de los padres de su colega.

«Svedberg tiene una caja fuerte secreta», resolvió. «Exactamente igual que Sten Widén.»

Se inclinó hacia delante y le pidió al taxista que se dirigiese a la plaza Stortorget, en lugar de a la calle Mariagatan. Poco después de la una y media, se apeaba del taxi. Llevaba las llaves del apartamento de Svedberg en el bolsillo. Recordaba haber visto una caja de analgésicos en el armario del baño de Svedberg.

Abrió la puerta, conteniendo la respiración mientras aplicaba el oído. Una vez dentro, se tomó un analgésico para mitigar el dolor de cabeza. Le llegó la algarabía de unos jóvenes que pasaban por la calle y cuyas voces se perdieron enseguida.

Dejó el vaso en el fregadero y empezó a buscar el escondrijo secreto de Svedberg. A las tres menos cuarto, dio con él. Un fragmento del suelo de linóleo que había bajo el escritorio estaba despegado y podía retirarse. Wallander enfocó una lámpara de modo que iluminase el agujero. Y en éste halló un sobre marrón. Lo sacó y fue a la cocina.

El sobre no estaba cerrado y Wallander lo abrió.

Tal y como hacía Sten Widén, también Svedberg había guardado las fotografías como si fueran objetos preciosos. En el sobre había dos. Una de ellas mostraba el rostro de una mujer. Un retrato, probablemente tomado en un estudio.

La otra era de unos jóvenes que, sentados a la sombra de un árbol, alzaban sus copas de vino mientras miraban al desconocido fotógrafo. El entorno resultaba idílico. No obstante, había algo extraordinario en aquella fotografía. Los jóvenes parecían disfrazados, como si la fiesta estuviese celebrándose en una época pretérita.

Wallander se puso las gafas. En algún punto del estómago empezó a sentir un agudo dolor. Recordó haber visto una lupa en alguno de los cajones del escritorio, así que fue a buscarla para estudiar mejor la fotografía. Había algo en aquellos jóvenes que le resultaba familiar. En particular, la chica que estaba sentada a la derecha.

Entonces la reconoció. No hacía mucho que había visto otra fotografía de la misma muchacha, sólo que en aquélla no estaba disfrazada. La joven de la derecha era Astrid Hillström.

Sumido en cavilaciones, Wallander dejó lentamente la fotografía sobre la mesa.

En algún lugar, un reloj dio las tres.

9

A las seis de la mañana del sábado 10 de agosto, Wallander ya no lo soportaba más. En efecto, llevaba varias horas yendo y viniendo por su apartamento, demasiado nervioso para pensar, demasiado inquieto para irse a dormir. Sobre la mesa de la cocina estaban las dos fotografías que había hallado en el domicilio de Svedberg. Mientras atravesaba a pie las vacías calles de la ciudad, en dirección a la calle Mariagatan, había tenido la sensación de que aquellas dos fotografías le pinchaban desde el bolsillo en que las llevaba. Ya en casa, cuando se desprendió de la chaqueta, al ver que estaba mojada cayó en la cuenta de que lloviznaba: no se había percatado de ello en todo el camino.

Las fotografías que había encontrado en el escondrijo secreto de Svedberg eran decisivas, pero no habría sabido decir con exactitud por qué. De lo que sí estaba seguro era de que el desasosiego y el miedo que lo habían invadido con anterioridad, y que sólo habían sido un vago presentimiento, lo asaltaban ahora con toda su intensidad. Un caso que, en realidad, no había llegado a serlo —el de los tres jóvenes desaparecidos a los que se suponía de viaje por Europa- de repente se entrelazaba con el más grave caso de asesinato al que la policía de Ystad se había enfrentado jamás. Uno de ellos, uno de sus propios colegas, había sido asesinado. Muchas ideas, todas ellas desconcertantes, confusas y contradictorias, habían acudido a su mente desde que descubrió las fotografías, hacía ya unas horas. Sabía que había dado con una pista decisiva, pero ignoraba cómo utilizarla para que de verdad lo fuera.

¿De qué le hablaban, en realidad, aquellas fotografías? La de Louise era en blanco y negro; la de los jóvenes, en color. Ninguna llevaba la fecha impresa en el reverso. ¿Quería eso decir que las habían revelado en un laboratorio particular? ¿O había acaso estudios de revelado que no estampaban la fecha en sus trabajos? Por otro lado, el formato era normal. Se preguntó si las habría tomado un profesional o si, por el contrario, eran la obra de un aficionado. Sabía, por propia experiencia, que las fotografías reveladas en casa podían quedar algo abombadas. No eran pocas las preguntas que suscitaba el hallazgo, y comprendía que no era capaz de responder a ninguna con total seguridad. Asimismo, había estado pensando en los estados de ánimo que se desprendían de las fotografías. Creía poder partir de la base de que no las había tomado la misma persona. ¿Había sido el propio Svedberg quien había fotografiado a Louise? La mirada de ésta no desvelaba ningún sentimiento o emoción. También la de los jóvenes era difícil de definir. No parecía tratarse de una composición artificiosa, no estaban posando. Tal vez lo más importante era que todos estaban en la foto. Alguien había echado mano de la cámara, les había llamado la atención y había pulsado el disparador. Se le ocurrió que, en algún lugar, podía haber más fotografías; que la que tenía ahora delante, la de los jóvenes, formaba parte de toda una serie de fotografías de ambiente festivo. Pero, de ser así, ¿dónde estarían escondidas?

No obstante, lo que más le preocupaba era la sorprendente conexión entre los dos casos. Ya sabían que Svedberg, poco antes de marcharse de vacaciones, había empezado a hacer algunas pesquisas relacionadas con los jóvenes desaparecidos. ¿Por qué había hecho tal cosa? Y, sobre todo, ¿por qué en secreto?

¿De dónde había sacado la fotografía de los jóvenes disfrazados? ¿En qué lugar la habían tomado?

Por otro lado, estaba aquel rostro de mujer. No podía tratarse más que de la mujer llamada Louise. Wallander había examinado la fotografía a la luz de la lámpara de la cocina. Era una mujer de unos cuarenta años, algo más joven que Svedberg. Si era cierto lo que le habían dicho, se habían conocido hacía unos diez años, cuando ella tenía treinta y él treinta y cinco; no había nada raro en ello. La mujer era morena y llevaba el pelo cortado en una melena de formas redondeadas. Como la fotografía era en blanco y negro, no se distinguía el color de los ojos. Tenía la nariz afilada, como el resto del rostro, y los labios distendidos en una especie de sonrisa.

Como la de Mona Lisa. Sólo que la mujer de la fotografía no sonreía con los ojos. Tampoco podía asegurar si la imagen había sido retocada en un estudio fotográfico o si la mujer estaba realmente muy maquillada.

Pero, además, había otro detalle que llamaba la atención. Era como si el rostro de la mujer se escabullese del papel; su imagen se había fijado en el negativo, pero, en cierto modo, parecía ausente, como si, en realidad, no estuviera allí.

No había anotación ni fecha alguna en el reverso de las fotografías, Y ninguna estaba doblada ni, aparentemente, presentaba huellas.

«He encontrado dos fotografías que nadie ha utilizado», concluyó Wallander. «Tampoco se ven muy manoseadas. Son como dos libros cerrados.»

Aguantó hasta las seis. Entonces llamó a Martinson, pues sabía que era madrugador.

—Espero no haberte despertado —se disculpó Wallander.

—Si me llamas a las diez de la noche, es posible que me despiertes, pero nunca a las seis de la mañana. Estaba a punto de salir a podar los setos.

Wallander fue derecho al grano y le contó el hallazgo de las fotografías. Martinson lo escuchó sin hacer preguntas.

—Quiero que nos veamos lo antes posible —finalizó Wallander-, No a las nueve, sino a las siete, dentro de una hora.

—¿Has hablado con los demás?

—No, tú eres el primero al que llamo.

—¿A quiénes quieres avisar?

—A todos, incluido Nyberg.

—Pues a él lo llamas tú, que tiene muy mal humor por las mañanas y yo no soporto a gente arisca hasta que no me he tomado el primer café.

Martinson se comprometió a llamar a Hanson y a Ann-Britt Höglund; Wallander llamaría a los demás.

Empezó por Nyberg, que, ciertamente, estaba medio dormido y se molestó.

—Celebraremos la reunión a las siete, no a las nueve —le informó Wallander.

—¿Ha ocurrido algo o es sólo por fastidiar?

—A las siete —repitió Wallander—. El día en que tengas la impresión de que se convoca al equipo de investigación por fastidiar, te recomiendo que te pongas en contacto con el sindicato de la policía.

Se puso a preparar café, mientras se decía que tal vez debía haber medido un poco sus palabras. Después llamó a Lisa Holgersson, que prometió acudir.

Salió a tomarse el café al balcón y comprobó que el termómetro auguraba otro día de buen tiempo. De repente, algo tintineó en el buzón de la puerta. «Las llaves del coche», recordó. «Sten es increíble. ¡Después de la noche que pasamos…!»

Se sentía exhausto. Por un instante, se imaginó con horror las diminutas placas de azúcar blanca flotando a la deriva por sus venas. Poco después de las seis y media, salió de su apartamento y se topó en la escalera con el repartidor de periódicos, un hombre de edad madura llamado Stefansson, que llevaba unas gomas para sujetar las perneras del pantalón.

—Ya sé que hoy llego muy tarde —se disculpó el repartidor-, pero es que ha habido problemas en la imprenta.

—No repartirás tú también por la calle Lilla Norregatan, ¿verdad?

Stefansson ató cabos rápidamente.

—¿Quieres decir al policía al que le dispararon?

—Sí.

—No, de esa zona se encarga una señora, Selma, la repartidora más vieja de la ciudad. Empezó en 1947, así que lleva… ¿cuántos años?…, cuarenta y nueve, ¿no?

—¿Cómo se apellida?

—Nylander.

Stefansson le dio a Wallander su periódico.

—Hoy hablan de ti —le dijo.

—Déjalo arriba —pidió Wallander—. De todas formas, no voy a poder leerlo hasta la noche.

Le habría dado tiempo de ir a pie hasta la comisaría, pero se decidió por ir en coche. La nueva vida que se había propuesto iniciar tendría que esperar un día más.

Ya en el aparcamiento de la comisaría, Ann-Britt Höglund y él salieron de sus respectivos coches al mismo tiempo.

—La repartidora de periódicos de la zona de Svedberg se llama Selma Nylander —le comentó Wallander—. Pero me figuro que tú ya habrás hablado con ella.

—Es una de las pocas personas del país que no tienen teléfono.

Wallander recordó a Sture Björklund y su decisión de eliminar el teléfono de su vida. ¿No estaría convirtiéndose aquello en un fenómeno en expansión?

Se dirigieron a la sala de reuniones. Wallander, nada más llegar al umbral, se dio la vuelta para ir en busca de una taza de café. A su regreso, permaneció un instante en el pasillo pensando qué puntos abordaría en aquel encuentro. Solía acudir a las reuniones de investigación muy bien preparado. Sin embargo, en aquella ocasión no se le ocurría más que poner las fotografías sobre la mesa para abrir la discusión.

Entró, cerró la puerta tras de sí y se sentó en su lugar habitual. La silla de Svedberg estaba vacía. Nadie se había sentado en ella. Wallander se sacó del bolsillo el sobre con las fotografías. De forma sucinta, puso a los asistentes al corriente de su descubrimiento. No obstante, no les contó que se le había ocurrido buscar un posible escondrijo cuando, bastante ebrio, regresaba en taxi de la casa de Sten Widén. En efecto, desde aquella ocasión en que fue sorprendido por sus colegas conduciendo borracho, evitaba en la medida de lo posible aludir al alcohol que consumía de vez en cuando.

Allí estaban, pues, las fotografías. Hanson se disponía a conectar el episcopio.

—Antes de empezar, quisiera advertiros una cosa: la chica de la derecha en la fotografía de grupo es Astrid Hillström, desaparecida con dos amigos desde la noche de San Juan.

Colocó las fotografías sobre el proyector. Reinaba un silencio absoluto. Wallander aguardaba, al tiempo que estudiaba las imágenes. Pero no pudo detectar nada que no hubiese descubierto ya anteriormente con ayuda de la lupa.

Al cabo de un rato, fue Martinson quien rompió el silencio.

—Bueno, al menos hay que reconocer que Svedberg tenía buen gusto. Es una mujer muy guapa. ¿Alguno de vosotros la conoce? Ystad es una ciudad pequeña…

Nadie la había visto nunca. Tampoco nadie había visto en persona a ninguno de los tres jóvenes de la otra fotografía, si bien no les costó reconocer a Astrid Hillström, ya que se parecía mucho a la de la foto que había en la carpeta del caso; la única diferencia radicaba en que en ésta no estaba disfrazada.

—¿Será una fiesta de disfraces? — inquirió Lisa Holgersson—. ¿De qué época se supone que es?

—Del siglo XVII —aseveró Hanson.

Wallander lo miró atónito.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Bueno, quizá más bien del XVIII —se corrigió, vacilante.

—Pues yo creo que se trata del XVI —intervino Ann-Britt Höglund—. De la época de Gustav Vasa. Entonces iban vestidos así, con mangas afaroladas y encajes como ésos.

—¿Estás segura? — quiso saber Wallander.

—Por supuesto que no. Sólo es una impresión.

—Bien, por el momento, mejor será que nos dejemos de adivinanzas. Por otro lado, no creo que lo más importante sea de qué se han disfrazado, sino por qué. Pero eso no será fácil de averiguar. — Echó una ojeada a su alrededor antes de proseguir—. Una fotografía de una mujer de unos cuarenta años. Y otra de unos jóvenes disfrazados, entre ellos Astrid Hillström, desaparecida desde el día de San Juan. Probablemente, Astrid esté de viaje por Europa junto con sus dos amigos: ése es nuestro punto de partida. Encuentro estas dos fotografías escondidas en casa de Svedberg, a quien acaban de asesinar. Pero hemos de remontarnos a lo que pudo suceder durante la noche de San Juan, ni antes ni después.

Más de tres horas les llevó revisar el material de que disponían, mientras se formulaban nuevas preguntas y se designaba a los responsables de hallar las correspondientes respuestas lo antes posible. Al cabo de dos horas, Wallander propuso que se tomasen un breve descanso, durante el que todos, a excepción de Lisa Holgersson, fueron al comedor en busca de una taza de café. Después continuaron. El equipo de investigación se había puesto en marcha. A las diez y cuarto, Wallander consideró que aquella mañana ya no avanzaría más.

Lisa Holgersson había guardado silencio la mayor parte del tiempo, tal como solía hacer cuando participaba en alguna reunión de investigación, pues —según sabía Wallander- le merecía un gran respeto cuanto se decía en el curso de esas reuniones. No obstante, en aquella ocasión alzó la mano pidiendo la palabra.

—En realidad, ¿qué puede haberles ocurrido a esos jóvenes? — inquirió—. Si se hubiese producido un accidente, ya nos habríamos enterado. Han pasado ya muchas semanas…

—No lo sé —confesó Wallander—. La sospecha de que les haya sucedido algo se basa en una circunstancia muy especial: el hecho de que las postales que supuestamente han enviado no las hayan escrito ellos. Cosa para la que no hemos encontrado una explicación. ¿Por qué motivo habría de falsificar nadie una postal?

—Para ocultar un crimen —intervino Nyberg.

Sobrevino un silencio. Wallander miró a Nyberg y asintió.

—Y no un crimen cualquiera —añadió—. Las personas desaparecidas, o desaparecen para siempre, o, antes o después, acaban por regresar. Sólo existe una explicación plausible al hecho de que las postales sean falsas: el mantener oculta la muerte de los jóvenes Boge, Norman y Hillström durante el mayor tiempo posible.

—Eso nos revela otro dato —señaló Ann-Britt Höglund—. Que la persona que escribió las postales sabe lo que ha sucedido.

—Sí, pero hay algo más —apuntó Wallander—. Esa persona también puede haberlos matado. Y es alguien capaz de imitar sus firmas y que conoce sus nombres y sus direcciones. — Wallander tuvo que respirar hondo antes de llegar a la siguiente conclusión lógica—. Detrás de unas postales falsificadas se oculta un crimen premeditado. Si es así, hemos de contar con que estos tres jóvenes han muerto a manos de un asesino meticuloso y bien preparado.

Transcurrió un buen rato antes de que alguien rompiese el silencio que se hizo tras sus palabras. Wallander sabía lo que iba a decir, pero quiso aguardar para comprobar si alguno de sus compañeros se le adelantaba.

Una sonora carcajada les llegó desde el pasillo. Nyberg se sonó la nariz; Hanson tenía la mirada fija en la mesa; Martinson tamborileaba con los dedos; Ann-Britt Höglund miraba a Wallander, al igual que Lisa Holgersson. «Mis dos aliadas femeninas», se dijo Wallander.

—Nos vemos obligados a partir de especulaciones —concluyó—. Inevitablemente, una de ellas será bastante desagradable, quizá difícil de imaginar, pero no podemos evitar hablar de Svedberg en la investigación de este caso. Sabemos que guardaba en un lugar secreto una fotografía de Astrid Hillström y de sus amigos. Sabemos que continuó, también en secreto y por cuenta propia, investigando este caso. Ignoramos, no obstante, qué lo movió a hacerlo. Los jóvenes siguen desaparecidos. Y Svedberg ha sido asesinado. Tal vez como consecuencia de un robo, o porque alguien penetró en su casa para buscar algo concreto. Tal vez esta fotografía. Pero, por desgracia, no podemos evitar pensar en otra posibilidad: la de que Svedberg estuviese involucrado de un modo u otro.

Hanson dejó caer el bolígrafo sobre la mesa.

—¡Eso no puede ser! — se indignó—. Uno de nuestros colegas ha sido víctima de un brutal asesinato. Nos reunimos para estudiar cómo encauzar la búsqueda del asesino, y acabamos hablando de la posibilidad de que el propio Svedberg haya estado involucrado en un crimen aún mayor.

—Pues así hemos de pensar —aseguró Wallander—. Es una hipótesis entre otras muchas.

—Sí, creo que tienes razón —terció Nyberg-, por desagradable que nos resulte. Desde lo ocurrido en Bélgica, tengo la sensación de que también en nuestro país puede ocurrir cualquier cosa.

Wallander sabía que Nyberg no iba desencaminado. Durante la investigación de los extraños asesinatos de niños perpetrados en Bélgica se había puesto de manifiesto que tanto la policía como algunos políticos se hallaban implicados. Aún no se habían aclarado del todo las cosas, pero nadie dudaba de que se producirían más descubrimientos decisivos en ese sentido.

Hizo a Nyberg una seña para que continuase.

—Me pregunto qué relación puede tener con todo este asunto la mujer supuestamente llamada Louise —añadió Nyberg.

—Sí, aún ignoramos eso —admitió Wallander—. A partir de ahora, hemos de intentar avanzar en todos los frentes posibles y dar con las respuestas a las cuestiones más relevantes, entre ellas la relativa a la identidad de esa mujer.

El malestar se abatió sobre la sala como una fina capa de bruma. Se distribuyeron los diversos cometidos. Todos estaban convencidos de que, en adelante, tendrían que trabajar las veinticuatro horas del día. Lisa Holgersson se comprometió a asignar al caso más efectivos.

Poco después de las diez y media, dieron por concluida la reunión. Volverían a verse al caer la tarde. Martinson ya estaba llamando a su mujer para avisarle de que no podía acudir a la cena a la que estaban invitados. Wallander se quedó sentado en su silla. En realidad, tenía una necesidad acuciante de ir al baño, pero se sentía demasiado cansado incluso para eso. «El mecanismo se ha puesto en marcha», reflexionó. «Toda investigación de un crimen es como la organización de una batida. Pero no en busca de alguien desaparecido, sino en busca de la claridad».

Le hizo una seña a Ann-Britt Höglund para que se rezagase. Cuando se quedaron solos, le indicó que cerrase la puerta.

—Dime lo que piensas —le pidió el inspector una vez que ella se sentó.

—La verdad, algunas de las ideas que se me ocurren son tan desagradables que me niego a pensar en ellas.

—Lo mismo nos pasa a todos. Hace apenas unas horas, Svedberg era un colega víctima de un brutal asesinato. De pronto, la perspectiva se ha modificado radicalmente. Ahora entrevemos la posibilidad de que Svedberg estuviese implicado en algo que tiene visos de ser un crimen aún más grave.

—¿De verdad lo crees así? — quiso saber Ann-Britt.

—No. Pero no hemos de descartar esa hipótesis, por inverosímil que parezca.

—¿Qué crees que ha ocurrido?

—Eso es lo que quiero que me digas.

—Bien, se ha establecido una conexión entre Svedberg y los jóvenes desaparecidos —apuntó Ann-Britt.

—Eso no es del todo correcto. Hay una conexión entre él y Astrid Hillström. Por ahora, nada más que eso.

Ella asintió.

—Tienes razón. Svedberg y Astrid Hillström, la hija de la madre que se ha mostrado más preocupada.

—¿Qué más ves?

—Que Svedberg era distinto de lo que creíamos. Wallander se aferró a esa idea.

—¿Y qué creíamos?

Ella reflexionó un instante.

—Que era el que parecía ser.

—¿Y cómo parecía ser?

—Accesible, abierto, leal.

—Entonces, en realidad era inaccesible, cerrado y desleal —concluyó Wallander.

—No del todo, pero en parte sí.

—Mantenía una relación secreta con una mujer que tal vez se llama Louise. Tenemos su rostro. — Wallander se levantó, encendió el proyector y colocó en él la fotografía del rostro de Louise—. Percibo algo extraño en esta foto. Pero no acabo de saber qué es.

Ann-Britt Höglund parecía dubitativa, pero a él le dio la impresión de que su comentario no la había sorprendido.

—Es el pelo, algo le pasa a su pelo.

—Hemos de encontrarla. Y lo conseguiremos —resolvió Wallander.

Puso entonces la otra fotografía sobre el foco del proyector y miró a Ann-Britt. Ella respondió vacilante.

—Estoy casi segura de que visten ropas del siglo XVI. Tengo en mi casa un libro que trata de la historia de la moda. Pero, claro, puedo estar equivocada.

—¿Qué más ves?

—Unos jóvenes… Parecen contentos, desinhibidos y borrachos.

Wallander pensó de pronto en las fotos que Sten Widén le había mostrado, las del viaje que hicieron a Alemania. En una de ellas, Wallander sostenía en la mano una botella de cerveza y estaba muy bebido. Había cierta similitud en la expresión.

—Dime qué más ves.

—El segundo chico por la izquierda parece estar diciéndole algo al fotógrafo.

—¿Dónde crees que se tomó la foto?

—Una sombra se proyecta desde el lado izquierdo. La fotografía está tomada en el exterior. Se ven unos arbustos al fondo y también algún árbol…

—Están sentados en torno a un mantel con comida. Y van disfrazados. ¿Qué crees que significa eso?

—Que están en un carnaval. O en una fiesta de disfraces.

—Imaginemos que se trata de una fiesta de la noche de San Juan —propuso Wallander—. Parece que hace calor, así que podría ser una fiesta de San Juan. Tal vez no sea la de este año, ya que Norman no está, aunque sí Astrid Hillström.

—Sí, Astrid parece algo más joven en esta foto.

—Sí, opino lo mismo. Puede que la tomaran hace un año o dos.

—No hay nada en la fotografía que sugiera amenaza —comentó ella—. Están tan felices como cualquiera a esa edad: la vida es infinita; las penas, limitadas.

—Yo tengo la sensación de no haberme hallado nunca ante un caso como el que nos ocupa —admitió Wallander—. Por supuesto que Svedberg es el plato fuerte, pero no tengo la menor idea de hacia dónde ternos de dirigir nuestras pesquisas. La brújula gira a una velocidad de vértigo.

—Cierto, pero además está el miedo… —señaló ella-, el miedo a descubrir que Svedberg estuviera involucrado en algo que no queremos ni imaginar.

—Ylva Brink comentó ayer algo que me extrañó mucho. Aseguró que Svedberg le había confesado que yo era su mejor amigo.

Ann-Britt lo miró inquisitiva.

—¿Y eso te sorprende?

—¡Por supuesto que sí!

—Pues no sólo eso, sino que, además, te admiraba. Todos lo sabíamos.

Wallander apagó el proyector y volvió a guardar las fotografías en el sobre.

—Si ahora resultase que Svedberg era una persona muy distinta de la que todos creíamos, habría que replantearse la opinión que tenía de mí, supongo.

—Es decir, que tal vez, en realidad, más que apreciarte, te odiaba.

Wallander hizo una mueca.

—No creo que me odiase, pero tampoco estoy seguro de lo contrario.

Ambos abandonaron la sala. Ann-Britt Höglund se llevó el sobre con las fotografías para dárselo a Nyberg, que intentaría buscar huellas digitales.

Wallander fue a los servicios y orinó una meada larga e incolora. Luego se dirigió al comedor, donde se bebió casi un litro de agua.

Al distribuir las diversas labores entre los agentes, él se había adjudicado, entre otras, las tareas de entrevistarse con Eva Hillström y visitar de nuevo a Sture Björklund en Hedeskoga. Se sentó en su despacho. Ya había echado mano del teléfono cuando cambió de idea. Iría a ver a Eva Hillström, pero sin avisarle. En ese momento llamaron a la puerta y Ann-Britt Höglund entró con las copias ampliadas de las fotografías. Ahora, los rostros de los jóvenes se distinguían con bastante más claridad.

Eran ya las doce cuando Wallander salió de la comisaría. Al pasar ante la recepción, oyó a alguien comentar que estaban a veintitrés grados. Antes de sentarse al volante, se quitó la chaqueta.

Eva Hillström vivía en el camino de Körling, muy cerca de la entrada este de la ciudad. Aparcó el coche ante la verja. La casa, muy grande, era una construcción de principios de siglo rodeada de un frondoso jardín. Se acercó a la puerta y llamó al timbre. Al verlo, Eva Hillström emitió una exclamación de asombro.

—No te preocupes, no ha ocurrido nada —le aclaró Wallander enseguida, inquieto ante la posibilidad de que creyese que iba a confirmarle sus negras sospechas—. Sólo he venido a hacerte un par de preguntas.

Ella lo condujo hasta un amplio salón. Todo despedía un penetrante olor a productos de limpieza. Eva Hillström vestía ropa de deporte e iba descalza. No dejaba de observar a Wallander con mirada interrogante y angustiada.

—Espero no haber venido en mal momento —se excusó Wallander.

Ella murmuró una respuesta ininteligible al tiempo que le indicaba el camino hacia la espaciosa sala de estar. Tanto los muebles como los cuadros daban la impresión de ser caros, de lo que dedujo que la familia Hillström no sufría ningún tipo de estrechez económica. Se sentó sin rechistar en el sillón que ella le indicó.

—¿Te apetece tomar algo? — preguntó la anfitriona.

Wallander negó con la cabeza. Tenía sed pero, por alguna razón inexplicable, le costaba pedirle un vaso de agua. Eva Hillström se sentó en el borde de una silla, y a Wallander le pareció de pronto una corredora que acabara de colocarse en posición de salida, presta a lanzarse a la carrera al oír el pistoletazo. El inspector sacó las copias ampliadas de las fotografías que llevaba en el bolsillo y le mostró en primer lugar la del rostro de mujer. Ella miró fugazmente la imagen antes de preguntarle:

—¿Quién es?

—O sea, que no la conoces.

—¿Tiene algo que ver con Astrid?

Su tono fue tan agresivo que Wallander resolvió actuar con firmeza.

—En ocasiones la policía debe formular preguntas rutinarias. Te estoy mostrando una fotografía y quiero saber si reconoces a la mujer.

—Pero ¿quién es? — repitió ella.

—Responde a mi pregunta.

—No la he visto en mi vida.

—En ese caso, no es necesario seguir hablando de ella.

Eva Hillström se disponía a preguntar de nuevo cuando Wallander sacó la otra fotografía. Ella la miró un instante y, como si por fin se hubiese oído el pistoletazo de salida, se levantó de la silla y salió del salón. Regresó al minuto y le tendió a Wallander, que la aguardaba desconcertado, otra fotografía.

—Una fotocopia ampliada nunca tiene la calidad del original —afirmó Eva Hillström.

Wallander observó la foto. Era, en efecto, el original de la copia que él le había llevado. La misma que había encontrado en casa de Svedberg.

De inmediato, presintió que estaba a punto de hacer un descubrimiento decisivo.

—Háblame de esta fotografía —la instó—. ¿Cuándo se tomó y quiénes son esos otros jóvenes?

—Ignoro dónde la hicieron. Creo que por la zona de Österleden, tal vez cerca de las colinas de Brösarp. Me la dio Astrid.

—¿Cuándo la hicieron?

—El verano pasado. En el mes de julio. Era el cumpleaños de Magnus.

—¿Y quién es Magnus?

Ella señaló al joven que, en la fotografía, parecía estar gritándole algo al fotógrafo anónimo. Cosa rara, Wallander se había acordado de llevarse un bloc de notas.

—¿Cuál es su nombre completo?

—Magnus Holmgren. Vive en Trelleborg.

—¿Quiénes son los otros jóvenes?

El inspector anotó los nombres y las direcciones. De repente, se le ocurrió preguntar:

—¿Quién tomó la fotografía?

—Astrid tiene una cámara con disparador automático.

—O sea, que fue ella quien la hizo.

—¡Acabo de decir que la cámara tiene disparador automático!

Wallander prosiguió:

—Bien. Es una fiesta de cumpleaños, pero están disfrazados, ¿no?

—Sí, solían hacerlo. Pero no veo qué puede haber de raro en eso.

—No, ni yo tampoco. De todos modos, he de preguntártelo.

Ella encendió un cigarrillo. A Wallander no lo abandonaba la impresión de que aquella mujer parecía a punto de sufrir un ataque de nervios.

—En fin, que Astrid tenía muchos amigos —continuó.

—No muchos, pero sí buenos amigos.

Ella tomó la fotografía y señaló a la otra chica.

—lsa iba a acompañarlos en esta última fiesta de San Juan —explicó-, pero cayó enferma.

A Wallander le llevó un instante comprender el alcance de aquella aclaración. Al cabo entendió, no obstante, y preguntó, señalando la foto:

—Es decir, que esta chica también iba a celebrar con ellos la noche de San Juan.

—Sí, pero enfermó.

—Y por esa razón sólo fueron tres. Tres jóvenes que celebraron una fiesta en algún lugar, y que luego decidieron irse de viaje por Europa.

—Así es.

El inspector iba tomando nota.

—Isa Edengren. Me has dicho que vive en Skårby, ¿no es así?

—Sí. Su padre se dedica a los negocios.

—¿Qué dice ella sobre el viaje?

—Que no habían planeado viajar a ningún sitio. Sin embargo, ella está segura de que decidieron marcharse de viaje. Siempre se llevaban el pasaporte cuando quedaban para celebrar alguna de sus fiestas.

—¿No ha recibido ella ninguna postal?

—No.

—¿Y no le ha extrañado?

—Sí. — Eva Hillström apagó el cigarrillo—. Algo ha sucedido —concluyó de pronto—. No sé qué puede ser, pero algo grave les ha pasado. Isa se equivoca. No han ido a ninguna parte. Siguen aquí. — Wallander vio que se le llenaban los ojos de lágrimas—. ¿Por qué no me cree nadie? — musitó Eva Hillström—. Tan sólo una persona se lo tomó en serio y ya no puede hacer nada.

Wallander contuvo la respiración.

—Dices que tan sólo se lo tomó en serio una persona, ¿cierto?

—Exacto.

—Supongo que te refieres al policía que te visitó a finales de junio.

Ella lo miró sorprendida.

—La verdad es que vino varias veces, no sólo a finales de junio; en julio vino todas las semanas. Y también varias veces este mes de agosto.

—¿Te refieres al inspector de policía Svedberg?

—¿Por qué ha tenido que morir? Él fue el único que me prestó atención. Y estaba tan preocupado como yo.

Wallander permanecía sentado en silencio. De repente, ya no tenía nada que decir.

10

Soplaba una leve brisa.

A veces, era tan leve que ni se notaba.

Para pasar el rato, se dedicó a contar cada caricia del viento que era capaz de sentir en el rostro. Se le ocurrió anotarlo en aquella lista en la que iba incluyendo los motivos de gozo que hallaba en la vida. Aquellos que sólo le estaban reservados al hombre feliz.

Había permanecido oculto bajo un árbol durante varias horas. El estar preparado con gran antelación le satisfacía enormemente.

Y aquel sábado de agosto, pese a ser de noche, seguía haciendo calor.

Cuando despertó por la mañana, supo que ya no podía aguardar más. Había llegado el momento. Como de costumbre, había dormido exactamente ocho horas, ni más ni menos. En algún punto de sus ensoñaciones, y en algún lugar de su subconsciente, la decisión se había tomado. Hoy, precisamente, tenía que volver a dar vida a la realidad, tal y como ésta se había mostrado hacía cincuenta y un días. Era la ocasión ideal para exponerla a los ojos de todo el mundo.

Se había levantado a las cinco de la mañana, pues nunca, ni aun en los días de descanso, alteraba sus costumbres. Tras tomarse una taza de esa clase de té especial que adquiría directamente de Shangai, dobló la alfombra roja de la sala de estar para realizar sus ejercicios gimnásticos matutinos. Transcurridos veinte minutos, se tomó el pulso, anotó el resultado en su diario de entrenamiento y se duchó. A las seis y cuarto se sentó ante el escritorio y se puso a trabajar. Aquel día tenía que revisar un informe bastante completo que había solicitado al Ministerio de Trabajo; en él se analizaban varias medidas destinadas a paliar el elevado índice de desempleo. Así, bolígrafo en mano, a veces subrayaba algo, a veces hacía anotaciones en el margen. No obstante, no halló ninguna aportación nueva ni inesperada: él ya conocía todas las conclusiones estadísticas y analíticas a las que había llegado el autor del informe.

Dejó a un lado el bolígrafo y pensó en los anónimos funcionarios responsables de las conclusiones inconsistentes de aquel informe. Ellos no corrían riesgo alguno de quedarse sin empleo. A ellos se les negaría la dicha de penetrar el secreto de la existencia, el gozo de comprender qué era lo que de verdad importaba en la vida; qué confería a las personas su auténtico valor.

Prolongó su lectura hasta las diez de la mañana. A esa hora, se vistió y salió a hacer la compra. Ya de vuelta, se preparó el almuerzo antes de echarse a reposar unas horas, hasta las dos de la tarde.

Había encargado que le aislaran acústicamente el dormitorio. Le había costado una fortuna, pero había merecido la pena. En su habitación no penetraba el menor ruido del exterior. Había mandado cegar las ventanas y había hecho instalar un aparato de aire acondicionado, absolutamente silencioso, que le proporcionaba todo el aire que quería respirar. De una de las paredes colgaba un cuadro luminoso con una imagen del mundo, sobre la que podía seguir el curso del sol sobre el planeta. Esta habitación constituía el núcleo de su mundo. En ella era capaz de pensar con total lucidez. Tanto en lo que había ocurrido como en lo que había de ocurrir.

Aquel dormitorio insonorizado era el punto central de su universo. Reinaba en él una claridad que no encontraba en ningún otro lugar. Allí nunca se veía obligado a reflexionar en quién era él ni a cuestionarse el hecho de que, en efecto, tenía razón: la justicia no existía.

Fue durante un congreso celebrado en un hotel perdido en el laberinto montañoso de Jämtland El jefe del gabinete de ingenieros en el que trabajaba apareció de repente en la puerta de su despacho y te dijo que él tenía que acudir, en sustitución de otra persona que había caído enferma. Ni que decir tiene que acató la orden, aunque había hecho otros planes para el fin de semana en el que se celebraría el encuentro. Y había dicho que sí porque no quería llevarle la contraria a su jefe, pese a que consideraba que él no era la persona idónea para sustituir al enfermo. Las jornadas versaban en torno a las nuevas técnicas digitales, y su moderador, un hombre de edad que había trabajado con máquinas registradoras ahora anticuadas, que se fabricaban en tvidaberg hablaba de los nuevos tiempos mientras todos los asistentes tomaban notas sin levantar la cabeza de sus cuadernos.

Una tarde, quizá la última, los participantes del congreso decidieron tomar una sauna. Pero a él no le gustaba la sauna. No le gustaba mostrarse desnudo ante otros hombres. Tampoco sabía cómo iba a reaccionar. De ahí que prefiriese aguardar en el bar mientras los demás sudaban. Después se reunieron para tomar unas copas. Uno de ellos comenzó a hablar acerca de las formas más adecuadas de despedir a la gente. Todos, salvo el, eran directivos. Él no era aún más que un simple ingeniero. Así pues, se pusieron a contar historias, hasta que, al cabo de un rato, las miradas de todos se clavaron en él. Pero él no sabía qué decir. Él nunca había despedido a nadie. Y tampoco había pensado nunca en la posibilidad de perder un día su puesto de trabajo. Había estudiado una carrera, era bueno en su trabajo y estaba devolviendo los préstamos que había pedido para costearse los estudios. Y, además, siempre estaba de acuerdo con todo.

Tiempo después, cuando sobrevino la catástrofe, recordó súbitamente una de las historias que oyó aquel día. Un enano seboso y desagradable, procedente de una empresa de construcción de Torshälla, contó cómo, un buen día, llamó a su despacho a uno de los empleados más antiguos y le dijo:

«Sinceramente, no sé cómo nos las habríamos arreglado sin ti durante todos estos años…»..

Hizo una pausa para lanzar una estentórea carcajada, y añadió:

-Fue un comienzo excelente, pues el vejete se puso contento y ufano, y bajó la guardia. El resto fue coser y cantar. Sólo tuve que decirle: «Pero te aseguro que vamos a intentar apañárnoslas sin ti a partir de mañana».

Así quedó el pobre hombre despedido.

Había rememorado a menudo aquella historia. Si hubiese estado en su mano, habría ido a Torshälla y habría matado al enano seboso que se enorgullecía de haber despedido al obrero.

A las tres de la tarde salió de su apartamento. Se sentó al volante y dejó la ciudad en dirección este. Se detuvo en una zona de aparcamiento de Nybrostrand y aguardó hasta que no vio a nadie por los alrededores. Entonces, rápidamente, se metió en otro coche que había dejado previamente estacionado allí y partió a toda velocidad. Antes de girar para tomar la carretera principal, se ajustó unas gafas y se encajó una visera hasta las cejas. Pese a que hacía calor, no abrió las ventanillas. Puesto que sus fosas nasales eran muy sensibles, corría el riesgo de pillar un resfriado si se exponía a las corrientes de aire.

Cuando llegó al parque natural se dio cuenta de que había tenido suerte. No había ningún coche en la zona, lo que significaba que no tenía que colocar los indicadores falsos que tenía preparados. Dado que ya eran las cuatro de la tarde, y además sábado, tampoco le parecía probable que acudiese ningún visitante a partir de aquella hora. Había estado vigilando la entrada al parque durante tres sábados consecutivos. Los visitantes tardíos eran muy escasos, y los que, pese a todo, aparecían por allí a esas horas, se marchaban siempre antes de las ocho. Sacó del maletero la bolsa de las herramientas, así como los bocadillos y el termo de té que había tomado la precaución de llevarse. Miró a su alrededor. Aguzó el oído. Después, desapareció por uno de los senderos.

Los golpes de viento eran tenues, pero él los sentía. Había llegado a contar veintisiete. Miró el reloj. Eran las ocho menos tres minutos. Durante las horas que había estado esperando, nadie había pasado por el estrecho sendero que discurría junto al árbol tras el que se ocultaba, Poco después de las siete, oyó ladrar un perro a lo lejos. Nada más. Sabía lo que aquello significaba: en el parque no había ni un alma y él podría estar tranquilo.

Tal y como lo había planeado y previsto.

Miró de nuevo el reloj. Las ocho y un minuto. Decidió esperar hasta las ocho y cuarto.

Llegado el momento, bajó agazapado y cauteloso una ladera hasta alcanzar una espesa fronda que lo engulló enseguida. Minutos después, se encontraba ya en el sitio al que tanto ansiaba llegar. Observó de inmediato que nadie había estado allí en todo aquel tiempo. Había tendido una cuerda delgada entre los dos árboles que formaban como un pórtico de acceso a la pequeña explanada. Se arrodilló y comprobó que nadie la había tocado. Entonces sacó de la bolsa la pala plegable y empezó a cavar. Lo hacía de forma metódica, sin apremio. Lo que menos deseaba era empezar a sudar. El riesgo de pillar un resfriado sería entonces muy alto. Cada ocho paladas se detenía a escuchar. Le llevó veinte minutos retirar la tierra bien apelmazada que constituía la primera capa y que dejó al descubierto la lona. Antes de levantarla, se untó la nariz con menta y se colocó una mascarilla. Alzó entonces la lona y la guardó en la bolsa. Allí, en el fondo del hoyo, estaban los tres sacos de goma. No despedían ningún olor, de lo que dedujo que los había cerrado bien. Levantó uno de los sacos y lo llevó fuera de la explanada. Gracias a sus ejercicios gimnásticos, ahora estaba en muy buena forma. En apenas diez minutos había trasladado los tres sacos al punto de origen. Devolvió la tierra excavada a su lugar y la aplastó luego con los pies para apretarla, sin olvidar detenerse a escuchar a intervalos de tiempo regulares.

Hecho esto, dejó la explanada y se dirigió al árbol junto al que había dejado los sacos. De la bolsa fue sacando el mantel, las copas y algunas bolsas de plástico con los restos putrefactos de comida que había conservado en su despensa.

Acto seguido, abrió los sacos y extrajo los cadáveres. El blanco de las pelucas estaba ligeramente desvaído. Las manchas de sangre se habían vuelto grisáceas. Dispuso los cuerpos en sus lugares respectivos y consiguió, no sin trajinar bastante, que el aspecto del conjunto fuese idéntico al de la fotografía que había tomado la noche de San Juan. Como colofón, escanció algo de vino en una de las copas.

De nuevo aplicó el oído. Silencio absoluto.

Con los sacos bajo el brazo, volvió al lugar donde había dejado la bolsa y los presionó para guardarlos en el interior de ésta, dispuesto a abandonar aquel escenario, no sin antes quitarse la mascarilla y limpiarse los restos de menta de la nariz. Por el camino de regreso hacia el coche no encontró un alma. También el aparcamiento estaba desierto. Se dirigió a Nybrostrand, volvió a cambiar de coche y, poco antes de las diez, ya estaba de vuelta en Ystad. No obstante, no había ido derecho a casa, sino que, tomando el camino que conducía a Trelleborg, llegó a un lugar por el que se podía acceder hasta la orilla del lago en coche sin ser visto. Allí, tras meter en un saco los otros dos, junto con unos tubos de hierro que llevaba en el maletero, arrojó al agua el paquete, que no tardó en hundirse.

Una vez en casa, quemó la mascarilla en la chimenea. Metió los zapatos que había calzado en las últimas horas en una bolsa de basura y colocó el frasco de menta en el armario del cuarto de baño. Se dio una ducha bien caliente y se limpió a conciencia con una loción desinfectante.

Después, se tomó un té. Al ver el fondo del recipiente en el que guardaba el té, se dijo que tenía que encargar un nuevo pedido la semana siguiente, sin más dilación, así que lo anotó en la pequeña pizarra que tenía en la cocina. Se sentó entonces un rato ante el televisor. Emitían un debate sobre las personas sin hogar. Como de costumbre, nadie tenía nada nuevo que decir, nada que él no supiera ya.

Cerca de la medianoche, se acomodó junto a la mesa de la cocina. Tenía ante sí un montón de cartas.

Ya le había llegado el turno de mirar con ánimo hacia el futuro. Con sumo cuidado, abrió la primera carta y empezó a leer.

Poco después de la una y media de aquel sábado 10 de agosto, Wallander salía de la casa de los Hillström, en el camino de Körling. Había decidido ir directamente a Skårby, donde vivía Isa Edengren, la chica que, según Eva Hillström, se puso enferma y no pudo acudir a celebrar la noche de San Juan con los otros tres jóvenes. Wallander le había recriminado a la madre de Astrid que no le hubiese proporcionado antes aquella información; al mismo tiempo, le remordía la conciencia por no haberse tomado más interés en el caso y no haber sospechado que algo grave podía haberles ocurrido a los muchachos.

Entró unos minutos en la pastelería que había en la plaza donde paraban los autobuses. Allí se tomó un vaso de agua y un bocadillo, Se acordó, demasiado tarde, de que tendría que haberlo pedido sin mantequilla, así que intentó retirarla del pan con ayuda del cuchillo. Sentado a la mesa de enfrente había un hombre que no paraba de mirarlo, por lo que Wallander dedujo que lo habría reconocido. Seguro que, a partir de ahora, empezaría a correr el rumor de que los policías se dedicaban a retirar la mantequilla de sus bocadillos en lugar de entregarse a la búsqueda de los asesinos de sus colegas. Wallander suspiró para sus adentros. Jamás aprendería a convivir con los rumores.

Se tomó una taza de café, fue a los servicios y salió de la pastelería. Ya fuera de la ciudad, se decidió por la carretera del interior, que atravesaba Bjäresjö. En el preciso instante en que torcía para salir de la carretera principal, sonó su móvil. Se detuvo en el arcén. Era Ann-Britt Höglund.

—He estado en casa de Lena Norman, hablando con sus padres —explicó la agente—. Creo que tengo algo importante.

Wallander se aplastó el teléfono contra la oreja.

—Al parecer, una cuarta persona tendría que haber asistido a la fiesta —continuó ella.

—Lo sé —repuso Wallander—. Precisamente iba a su casa ahora mismo.

—¿A casa de Isa Edengren?

—Exacto. Eva Hillström me mostró el original de la fotografía que tenía Svedberg. Fue su hija quien la tomó, con el disparador automático. El año pasado.

—No parece sino que Svedberg vaya un paso por delante de nosotros constantemente —señaló ella.

—Llegaremos a un punto en el que lo alcanzaremos, ya verás —aseguró Wallander—. Por lo demás, ¿alguna novedad?

—Bueno, hemos recibido algunas llamadas pero creo que no han aportado nada de interés.

—Hazme un favor —pidió el inspector—. Llama a Ylva Brink y pregúntale por el tamaño del telescopio de Svedberg. Y si pesaba mucho. No consigo explicarme dónde puede haber ido a parar.

—¿Quieres decir que hemos de descartar cualquier sospecha de robo?

—No tenemos que descartar nada. Es sólo que si alguien va por ahí con un telescopio bajo el brazo, otra persona tiene que haberlo visto

—¿Es importante o puede esperar? Pensaba ir a Trelleborg a entrevistar a uno de los chicos de la foto.

—En ese caso, deja lo del telescopio para más tarde. ¿Quién se encargará del otro muchacho?

—Martinson y Hanson iban a ir juntos. Yo misma les di el nombre. Ahora están en Simrishamn con la familia Boge.

Wallander asintió satisfecho.

—Es estupendo que los localicemos a todos hoy mismo —comentó—. Creo que para esta noche sabremos mucho más de lo que sabemos ahora.

Concluyeron la conversación y, al llegar a Skårby, Wallander siguió las indicaciones que le había dado Eva Hillström para llegar a la casa de Isa Edengren. Sabía que el padre de Isa poseía una finca muy extensa y, además, varios tractores para trabajar en sus parcelas.

Wallander subió por un amplio sendero de entrada y se detuvo ante una casa de dos plantas. En el jardín había un BMW aparcado. Salió del coche y llamó al timbre. Nadie venía a abrirle, así que aporreó la puerta e hizo sonar el timbre otra vez. Eran las dos de la tarde. Sudoroso, volvió a llamar, sin obtener tampoco respuesta. Empezó a rodear la casa, una antigua mansión con una huerta de árboles frutales bien cuidados. Había una piscina y algunas hamacas que le parecieron muy costosas. En un extremo del jardín había un cenador, una especie de cobertizo medio oculto por los arbustos y el follaje. Wallander echó una ojeada y se dirigió hacia allí. La puerta, pintada de color verde, estaba entreabierta. Dio unos toquecitos, pero nadie contestó. Entró. Las cortinas que adornaban las pequeñas ventanas estaban echadas. Le costó un poco habituarse a la oscuridad.

Entonces descubrió que allí había alguien durmiendo sobre un diván, cubierto con una manta que no dejaba ver más que unos mechones de pelo negro. La persona que dormía estaba vuelta de espaldas. Wallander salió de nuevo, cerró la puerta con cuidado y volvió a llamar.

Nada.

Entonces abrió otra vez y entró. Encendió la luz y se acercó al diván, puso la mano sobre el hombro del que dormía y lo sacudió levemente. Seguía sin producirse ninguna reacción. Allí pasaba algo raro. Le dio la vuelta al cuerpo y comprobó que era Isa Edengren. Empezó a hablarle sin dejar de sacudirla. La joven respiraba lenta y pesadamente. La sacudió entonces con fuerza y sin miramientos mientras la incorporaba. Al ver que seguía sin reaccionar, la tendió de nuevo. Buscó en sus bolsillos el teléfono móvil pero recordó que lo había dejado en el asiento del coche tras su conversación con Ann-Britt Höglund. Fue corriendo al coche para buscar el móvil. Marcó el número de urgencias y les indicó el camino mientras regresaba al cenador.

—Supongo que estará enferma. O que ha intentado suicidarse —les explicó—. ¿Qué puedo hacer mientras llegáis?

—Procura que no deje de respirar —fue la respuesta—. Siendo policía, sabrás cómo se hace.

La ambulancia llegó al cabo de dieciséis minutos. Wallander había logrado ponerse en contacto con Ann-Britt Höglund, que aún no había salido para Trelleborg, y le había pedido que fuese al hospital y esperase allí a la ambulancia. Él quería quedarse en Skårby. Cuando la ambulancia se marchó, se dirigió a la puerta de la casa. Estaba cerrada con llave. Rodeó el edificio hasta la parte posterior e hizo lo mismo con la puerta trasera, que también estaba cerrada a cal y canto. En ese momento, oyó el motor de un coche que se aproximaba a la casa por la parte delantera. Dio la vuelta y vio que un hombre en chándal y botas de goma salía de un pequeño Fiat.

—He visto la ambulancia —dijo a modo de aclaración.

Se leía la angustia en sus ojos. Wallander se identificó y le explicó que Isa Edengren estaba, al parecer, enferma. No quiso dar más información.

—¿Dónde están sus padres? — inquirió el inspector.

—De viaje.

Wallander notó el tono evasivo de la respuesta.

—¿No puedes decirme dónde están? Hay que avisarles.

—Puede que estén en España —aventuró el hombre—. O en Francia. Tienen casa en ambos países.

Wallander pensó en las puertas cerradas con llave.

—Supongo que Isa vive aquí cuando ellos están de viaje.

El hombre negó con la cabeza.

—¿Qué significa eso?

—Yo no soy ningún entrometido —se excusó el hombre al tiempo que se dirigía al coche.

—Pues yo creo que ya estás bastante metido en esto —atajó Wallander decidido—. ¿Cómo te llamas?

—Erik Lundberg.

—¿Vives por aquí cerca?

Lundberg señaló una finca situada justo al sur de donde se encontraban.

—Quiero que contestes a mi pregunta: ¿vive Isa en esta casa cuando sus padres están de viaje?

—Lo tiene prohibido.

—¿Qué quiere decir eso?

—Tiene que dormir en el cenador, ahí detrás.

—¿Por qué no puede estar en la casa?

—Tuvieron algunas discusiones… Cuando los padres se iban de viaje ella organizaba fiestas, desaparecían cosas…

—¿Cómo sabes tú todo eso?

La respuesta sorprendió a Wallander.

—No la tratan bien —reveló Lundberg—. El invierno pasado, cuando estuvimos a diez grados bajo cero, se fueron de viaje y echaron la llave de las dos puertas. En el cenador no hay calefacción. La muchacha vino a nuestra casa, totalmente helada, y se quedó con nosotros. Entonces nos contó una serie de cosas. No a mí, pero sí a mi mujer.

—Bien, pues vamos a tu casa ahora mismo —resolvió Wallander—. Quiero que me diga qué le contó.

Pidió a Lundberg que se adelantase, pues él quería volver al cenador. No encontró ni rastro de somníferos ni tampoco la consabida nota. En el bolso de la joven no halló nada que le llamase la atención. Dio otro repaso antes de encaminarse hacia el coche. Sonó el móvil.

—Ya está ingresada —le comunicó Ann-Britt Höglund.

—¿Qué dicen los médicos?

—No mucho por ahora.

Le prometió que lo llamaría en cuanto hubiese novedades. Wallander orinó junto al coche antes de ir a casa de los Lundberg. Al llegar allí, un perro, echado junto a la escalinata que conducía a la puerta, clavó en el inspector una mirada recelosa. Lundberg salió y lo espantó, antes de conducir a Wallander hasta una cocina muy acogedora. La mujer de Lundberg había preparado café. Se llamaba Barbro y tenía un marcado acento de Gotemburgo.

—¿Cómo está? — se interesó la mujer.

—Una colega está con ella en el hospital. Llamará cuando se sepa algo.

—¿Creen que ha intentado suicidarse?

—Es pronto para decirlo —observó Wallander—. Sólo sé que no pude despertarla. — El inspector se sentó y dejó el móvil sobre la mesa—. Me figuro que no sería la primera vez —apuntó-, dado que es lo primero que preguntas.

—Es cosa de familia… —dijo Lundberg algo incómodo, y luego calló de repente, como si se arrepintiese de sus palabras.

Barbro Lundberg puso la cafetera sobre la mesa.

—El hermano de Isa falleció hace dos años —aclaró ella—. Sólo tenía diecinueve. Isa y Jörgen se llevaban un año.

—¿Cómo ocurrió?

—Se metió en la bañera —prosiguió Lundberg—. Había escrito a sus padres una nota en la que los mandaba a la mierda. Luego dejó caer en el agua un tostador que había enchufado en la toma de la maquinilla de afeitar.

Wallander lo escuchaba descompuesto, con la sensación de tener un vago recuerdo del suceso.

De pronto le vino a la memoria que había sido Svedberg el responsable de la investigación. Svedberg había llegado a la conclusión de que pudo haber sido tanto un suicidio como un accidente. A menudo resultaba difícil determinar si se trataba de lo uno o lo otro.

Sobre un viejo sofá había un periódico. Wallander lo había visto en cuanto entró en la cocina y había vislumbrado una fotografía de Svedberg en primera página. Alargó la mano para alcanzarlo. Tenía una pregunta cuya respuesta necesitaba saber de inmediato. Desplegó el periódico y señaló la fotografía.

—Veo que habéis leído sobre el policía asesinado… —comenzó.

La respuesta llegó sin haberle dado tiempo a formular la pregunta.

—Estuvo aquí hace un mes, más o menos.

—¿En vuestra casa o en la de la familia Edengren?

—Primero en casa de los Edengren y luego aquí. Igual que tú.

—Y los padres, ¿estaban de viaje también en aquella ocasión?

—No.

—Es decir, que conoció a los padres de Isa.

—No sabemos con quién habló —puntualizó el hombre—. Pero no estaban de viaje.

—¿Por qué vino a veros a vosotros? ¿Qué os preguntó?

La mujer que hablaba con aquel dialecto cantarín se había sentado a la mesa.

—Preguntó por las fiestas —explicó ella—. Las que Isa solía organizar cuando los padres estaban fuera, antes de que decidieran dejarla en la calle.

—Eso era lo único que le interesaba saber —añadió Erik Lundberg.

En este punto de la conversación, Wallander empezó a extremar su atención, pues intuía que se le estaba ofreciendo la posibilidad de comprender, al menos en parte, la extraña actitud de Svedberg durante el verano.

—Quiero que intentéis recordar qué os preguntó exactamente.

—Un mes es mucho tiempo —se excusó ella.

—¿Estabais sentados aquí, como ahora?

—Sí.

—Supongo que a él también le ofreciste café.

—Sí —dijo la mujer, con una sonrisa-, comentó que le había gustado mucho mi bizcocho.

Wallander continuó con cautela.

—Tuvo que ser poco después de la noche de San Juan, ¿me equivoco?

Los esposos intercambiaron una mirada. Wallander comprendió que intentaban aunar esfuerzos para recordar.

—Sí, tuvo que ser a primeros de julio —repitió ella—. De eso estoy segura.

—Es decir, que estuvo aquí a finales de junio. Primero visitó a los Edengren y luego a vosotros.

—Isa vino con él. Pero estaba enferma.

—¿Qué le pasaba?

—Había estado una semana mal del estómago y se la veía muy pálida.

—O sea, que ella estuvo con vosotros aquí, en la cocina.

—No, sólo vino a mostrarle el camino. Luego se volvió a su casa.

—Y él os preguntó por las fiestas, ¿no es así?

—Sí.

—¿Qué preguntó?

—Si conocíamos a los que solían acudir a ellas. Pero, claro, no conocíamos a ninguno.

—¿Por qué «claro»?

—Porque eran jóvenes de distintos lugares que aparecían en sus coches para marcharse después.

—¿Qué más os preguntó?

—Si eran fiestas de carnaval —recordó el hombre.

—¿Preguntó eso exactamente?

—Sí.

La mujer meneó la cabeza.

—No, no fue eso lo que preguntó. Quería saber si los que acudían a las fiestas iban disfrazados.

—¿Y era así?

Ellos lo miraron llenos de asombro.

—Pero, ¡por Dios!, ¿cómo íbamos a saberlo nosotros? — exclamó Erik—. Nosotros no estábamos allí, ni tampoco nos dedicamos a espiar tras las cortinas. Lo que vimos, lo vimos por casualidad.

—O sea, que algo visteis.

—A veces las fiestas se celebraban en otoño. Entonces estaba oscuro. Era imposible ver si la gente iba vestida de fantoche o no.

Wallander guardó silencio mientras reflexionaba.

—¿Qué más quiso saber Svedberg?

—Nada. Se pasó casi todo el rato ahí sentado, rascándose la frente con un bolígrafo. No creo que estuviese aquí más de media hora. Luego se disculpó y se marchó.

El móvil sonó en ese momento. Era Ann-Britt Höglund.

—Le están haciendo un lavado de estómago.

—O sea, intento de suicidio.

—Bueno, la gente no suele tomarse semejantes cantidades de somníferos por error.

—¿Saben ya los médicos que se trata de somníferos?

—Su grado de inconsciencia no puede deberse a otra causa que la intoxicación, eso opinan los médicos.

—¿Sobrevivirá?

—Nadie ha dicho lo contrario.

—En ese caso, será mejor que te vayas a Trelleborg.

—Sí, eso estaba yo pensando. Nos vemos luego.

Wallander cortó la comunicación. El matrimonio lo miraba angustiado.

—Se pondrá bien —aseguró Wallander—. Pero he de ponerme en contacto con sus padres.

—Pues el caso es que tenemos dos números de teléfono suyos —dijo el hombre al tiempo que se levantaba.

—Nos pidieron que los llamásemos si había algún problema con la casa —intervino la mujer-, nada más.

—¿Ni siquiera si Isa se ponía enferma?

Ella asintió. Erik le dio a Wallander un trozo de papel en el que éste escribió los dos números.

—¿Podemos ir a verla al hospital? — preguntó la mujer.

—Imagino que sí, pero será mejor que esperéis hasta mañana.

El hombre lo acompañó a la puerta.

—¿Tenéis vosotros las llaves de la casa?

—¡Qué va! Jamás nos habrían confiado las llaves.

Wallander, tras despedirse, regresó al jardín de los Edengren. Una vez allí, se dirigió de nuevo al cenador y lo inspeccionó durante media hora, prestando, en esta ocasión, mucha más atención a lo que veía, aunque sin saber a ciencia cierta lo que buscaba. Después se sentó en el diván donde había hallado a Isa Edengren.

«Esto es como un pez que se muerde la cola», concluyó. «Svedberg visita a la chica que no pudo acudir a la fiesta de San Juan, por lo que se libró de desaparecer, como los otros. Svedberg pregunta a los vecinos por las fiestas. Y por los disfraces. Y ahora Isa Edengren intenta suicidarse y Svedberg está muerto»

Wallander se levantó y abandonó el cenador.

La inquietud lo atenazaba. No hallaba hilo conductor alguno que le indicase por dónde seguir. Todo señalaba hacia todas partes y, al mismo tiempo, hacia ninguna.

Se sentó al volante y se puso en marcha hacia Ystad. Su siguiente objetivo era visitar de nuevo a Sture Björklund en su casa de Hedeskoga.

A las cuatro de la tarde aparcó en el jardín. Llamó a la puerta, pero nadie le abrió. Probablemente, Sture Björklund se había marchado a Copenhague. O tal vez a Estados Unidos, para hablar de sus últimas ideas sobre monstruos. Wallander aporreó la puerta con fuerza, pero no se molestó en esperar a que le abrieran. Decidió dar la vuelta a la casa. El jardín que había en la parte posterior estaba abandonado; aquí y allá, sobre el césped sin cortar, se pudrían unos muebles de madera. El inspector se acercó a una ventana de la casa y miró a través del cristal. Después, continuó su recorrido. En el extremo del jardín vio una caseta que parecía servir de trastero. Wallander tanteó el pomo de la puerta, que no estaba cerrada con llave. La abrió y entró. Al no encontrar un interruptor, abrió la puerta de par en par y la sujetó con un panel de madera. En el trastero reinaba el más absoluto desorden. A punto estaba ya de salir cuando, en un rincón, vislumbró una lona que cubría algo. Se puso en cuclillas y levantó una de las esquinas muy despacio. Bajo aquella lona había una especie de máquina. Con sumo cuidado, retiró toda la lona.

Ciertamente, aquello era una máquina. O, mejor dicho, un instrumento.

Wallander no recordaba haber visto nada parecido en toda su vida. Y, sin embargo, supo enseguida lo que era.

Era un telescopio.

11

Cuando Wallander volvió a salir al jardín, notó que había empezado a levantarse algo de aire. Inmóvil, de espaldas al viento, se puso a conjeturar. ¿Cuántas personas podían tener un telescopio en su casa? Le costaba creer que fuesen muchas. Además, estaba seguro de que, si el interés por la contemplación del cielo nocturno hubiese sido común a ambos primos, Ylva le habría hecho algún comentario al respecto. La única explicación plausible que se le ocurría era que el telescopio que acababa de hallar fuese el de Svedberg. Simplemente, no había otra explicación.

Aquello le llevaba a plantearse otras preguntas: ¿por qué no le había dicho nada Sture Björklund? ¿Tendría algo que ocultar? ¿O acaso ignoraba que el telescopio estaba en su casa?

Wallander echó una mirada al reloj. Las cinco menos cuarto. Era sábado, 10 de agosto, y el viento cálido le azotaba la espalda. Aún tardaría en llegar el otoño.

Empezó a caminar hacia el coche, presa de una inquietud creciente. ¿Habría sido Sture Björklund capaz de matar a su propio primo? La verdad, le costaba creerlo.

Necesitaba forjarse cuanto antes una idea clara de lo que el catedrático sabía y de lo que le ocultaba. Al llegar al coche, llamó a la comisaría, pero ni Martinson ni Hanson estaban en sus despachos. Entonces le pidió al policía de guardia que enviase un coche patrulla a Hedeskoga.

—¿Qué ha ocurrido? — quiso saber el agente.

—Necesito algunos efectivos para que mantengan vigilada una casa —explicó Wallander—. Por ahora, será suficiente con que anotes que la solicitud está relacionada con el caso de Svedberg.

—¿Sabemos ya quién le disparó?

—No. Es sólo una medida preventiva.

Wallander pidió que los efectivos acudieran en un coche camuflado y le indicó al colega en qué cruce se encontrarían.

Cuando Wallander llegó al lugar acordado, el otro coche ya lo estaba esperando. Les señaló dónde tenían que apostarse y les ordenó que lo telefonearan en cuanto viesen aparecer a Björklund.

Acto seguido se marchó a Ystad. Estaba muy hambriento y tenía la boca seca, por lo que se detuvo a tomar algo en un puesto de hamburguesas que había en la calle de Malmövägen. Mientras aguardaba su comida, se tomó una gaseosa. Comió, como de costumbre, a toda prisa, y se llevó una botella de litro de agua mineral.

Era consciente de que necesitaba tiempo para pensar. En la comisaría corría el riesgo de que lo distrajesen. Salió, pues, de la ciudad, aparcó junto al hotel de Saltjöbaden y se apeó del coche. Había refrescado, pero encontró un rincón resguardado en el que, además, por alguna extraña razón, habían abandonado un viejo trineo en el que se sentó, con los ojos entornados.

«En algún lugar tiene que haber una clave, una puerta que nos permita atravesar este muro», se dijo. «Un punto de contacto que paso por alto o que, sencillamente, no consigo identificar.» Repasó todas las ideas que se le habían ocurrido y cuanto había sucedido hasta el momento. No obstante, y pese a sus esfuerzos, todo aquel asunto seguía antojándosele oscuro y desconcertante. Se preguntaba qué habría hecho Rydberg en su lugar. Mientras Rydberg vivió, Wallander siempre pudo acudir a él para pedirle consejo. Solían dar un paseo por la playa o sentarse en algún despacho, por la noche, y hacían cábalas hasta que llegaban a algo a lo que aferrarse. Pero Rydberg ya no estaba. Wallander ni siquiera era capaz de recordar el tono de su voz. Sólo oía silencio.

A veces tenía la sensación de que Ann-Britt Höglund podía convertirse en su nueva interlocutora, pues sabía escuchar tan bien como Rydberg y no dudaba en atreverse a discurrir por derroteros inesperados hasta dar con esa puerta que los llevaría a franquear el muro…

«Es posible que resulte. Ann-Britt es una buena policía. Pero todo lleva su tiempo», concluyó.

Con algo de dificultad, se incorporó del trineo y echó a andar hacia el coche.

«Tan sólo una peculiaridad distingue este caso de todos los demás casos de asesinato: el hecho de que aparezca gente disfrazada por todas partes», se dijo. «Svedberg va por ahí haciendo preguntas sobre fiestas de gente disfrazada. Tenemos una fotografía de unos jóvenes también disfrazados.

»En definitiva, disfraces y más disfraces.»

Hacia las seis, ya estaba de vuelta en la comisaría. Contaba con que Ann-Britt regresaría de Trelleborg hacia las siete.

Hanson y Martinson acababan de salir a comer y el inspector supuso que habrían ido a casa de Martinson, pues eso solían hacer cuando trabajaban juntos.

Wallander sabía que la jornada sería larga. En cuanto todos estuviesen reunidos, cerrarían las puertas y se pondrían manos a la obra. Se quitó la chaqueta y llamó al hospital. Al cabo de un buen rato logró que lo pusieran con un médico que lo informó de que las constantes vitales de Isa Edengren se habían estabilizado y que la chica se recuperaría satisfactoriamente.

El inspector conocía al médico, pues ya habían coincidido en algún caso anterior.

—A ver, revélame la parte que no te está permitido revelar. ¿Fue tan sólo un grito de socorro o un intento serio de suicidio?

—Tengo entendido que fuiste tú quien la encontró, ¿no es así? — inquirió el médico.

—Cierto.

—Bien, permíteme entonces que lo diga con algo de diplomacia: fue una suerte que la encontrases y que no tardases mucho más en llegar.

Wallander comprendió el alcance de sus palabras. A punto estaba de colgar cuando se le ocurrió otra pregunta.

—¿Sabes si alguien ha ido a verla o ha preguntado por ella?

—Como comprenderás, no está para visitas.

—Sí, me hago cargo. Pero me pregunto si alguien ha querido verla o ha llamado interesándose por su estado.

—No lo sé, pero voy a ver si me entero.

Wallander se mantuvo a la espera al tiempo que rebuscaba en sus bolsillos la nota en la que Lundberg había escrito los números de teléfono de sus padres en España y en Francia.

Entretanto, volvió el médico.

—No, nadie ha estado aquí, ni tampoco han preguntado por ella. Por cierto, ¿quién informará a sus padres?

—Nosotros nos encargaremos de eso.

Wallander colgó el auricular antes de volver a descolgar para marcar el primero de los números, sin saber a cuál de los dos países estaba llamando. Contó hasta quince señales de llamada, colgó y marcó el segundo número. Una mujer respondió casi de inmediato. Wallander se identificó y ella se presentó como Berit Edengren.

El inspector le relató lo ocurrido mientras ella lo escuchaba en silencio. Wallander no podía dejar de pensar en el joven Jörgen, el hermano de Isa. Trató de pintarle las cosas sin demasiado dramatismo, pese a que un intento de suicidio era algo muy serio, algo que ni podía ni debía ocultarse.

La mujer pareció reaccionar con serenidad.

—Hablaré con mi marido. Como es natural, sopesaremos la conveniencia de regresar a Suecia.

«¡Pues sí que quiere a su hija!», se indignó Wallander.

—Espero que le hagas ver que podía haber tenido un final trágico —añadió la mujer.

—Sí, pero, por suerte, no ha sido así. Y eso es algo de lo que debemos alegrarnos.

Wallander le dio el teléfono del hospital y el nombre del médico. Por el momento, decidió no preguntarle nada sobre Svedberg. Sin embargo, necesitaba aclarar algunos puntos sobre la fiesta de San Juan en la que Isa iba a participar.

—La verdad, Isa no es muy comunicativa —repuso ella—. Desde luego, yo no sabía nada de esa fiesta.

—Tal vez se lo dijo a su padre.

—Lo dudo mucho.

—Supongo que conoces a Martin Boge, a Lena Norman y a Astrid Hillström.

—Sí, son amigos de Isa.

—¿Mencionó algo tu hija acerca de adónde irían sus amigos la noche de San Juan?

—No.

—Esta pregunta es más importante de lo que puede parecer. Por favor, piénsalo bien antes de contestarme. ¿No mencionó ningún lugar?

—Tengo muy buena memoria. Isa no dijo ni una palabra sobre eso.

—¿Recuerdas si tenía algún disfraz en casa?

—¿Y por qué es eso tan importante?

—Porque lo es, y punto —la conminó Wallander—. Responde a mi pregunta.

—Yo no curioseo en sus armarios.

—¿Alguien tiene aquí, en Suecia, algún juego de llaves de la casa?

—No, pero hay uno en el canalón derecho, aunque Isa no lo sabe.

—Tampoco creo que su hija las necesite en los próximos días —replicó el inspector antes de formularle una última pregunta-: ¿Comentó Isa si planeaba salir de viaje este verano, después de San Juan?

—No.

—De haberlo planeado, ¿os habría dicho algo?

—Sólo si hubiese necesitado dinero, cosa que le ocurre continuamente.

El inspector apenas si lograba dominarse ya.

—Podéis estar seguros de que volveremos a llamaros —prometió antes de colgar el auricular con rabia, mientras reparaba en que seguía sin saber si había llamado a España o a Francia.

Fue al comedor a buscar una taza de café y, al regresar al despacho, recordó que le quedaba otra llamada por hacer. Buscó el número. En esta ocasión, al contrario de lo que le había ocurrido en los intentos anteriores, sí obtuvo respuesta.

—¿Bror Sundelius?

—Sí, soy yo —respondió sin titubear un hombre mayor.

Wallander se identificó, y estaba a punto de empezar a hablar de Svedberg cuando el hombre lo interrumpió.

—Hace mucho que esperaba que me llamase la policía. Se me antoja extraordinario que hayan tardado tanto tiempo.

—Lo cierto es que he llamado varias veces, pero nadie contestaba. ¿Por qué esperaba que nos pusiésemos en contacto con usted?

Sundelius contestó sin vacilar:

—Karl Evert no tenía muchos amigos. Yo era uno de ellos, así que di por sentado que se pondrían en contacto conmigo.

—¿Para qué?

—Eso lo sabrá usted mejor que yo.

«Cierto», admitió Wallander. «Este director de banco jubilado está en sus cabales, pese a la edad.»

—La verdad es que me gustaría que nos viésemos —sugirió Wallander—. Aquí o en su casa. Mañana por la mañana, si puede ser.

—Como ya no trabajo, ahora estoy que me subo por las paredes —confesó Sundelius—. Dispongo de todo el tiempo del mundo, aunque ese tiempo discurre inútilmente. Puede venir cuando quiera, aquí, a Vädergränd, a partir de las cuatro y media de la mañana. Estoy mal de las piernas. ¿Cuántos años tiene usted?

—Pronto cumpliré cincuenta.

—En ese caso, sus piernas estarán más ágiles que las mías. Además, a esa edad, es conveniente moverse. De lo contrario, no tardan en aparecer los problemas de corazón. O de azúcar.

Wallander lo escuchaba atónito.

—¿Sigue usted ahí? — preguntó Sundelius.

—Sí. Sigo aquí. ¿Le parece bien mañana a las nueve?

A las siete y media estaban todos en la sala de reuniones. Lisa Holgersson había llegado poco antes, en compañía del fiscal que había de sustituir a Per kesson durante el otoño, mientras éste se encontraba en Uganda. Después de sopesar los pros y los contras durante muchos años, Per kesson había decidido pedir una excedencia. Ahora trabajaba para la Comisión Internacional de Refugiados y llevaba ya ocho meses fuera. De vez en cuando le escribía a Wallander alguna carta en la que lo ponía al corriente de su vida y le comentaba en qué medida aquel cambio tan radical de entorno y de trabajo estaba influyendo en él.

Unas veces, el inspector lo echaba de menos, aunque no se podía decir que los hubiese unido ningún lazo de amistad. Otras veces, la valentía de Per kesson, que había sido capaz de romper con su vida anterior, suscitaba en él una vaga envidia; se preguntaba si él podía ser otra cosa que policía. Pronto cumpliría los cincuenta. El tramo final se acortaba a pasos agigantados, y Wallander sentía que se precipitaba hacia el desenlace a un ritmo desenfrenado.

El fiscal sustituto se llamaba Thurnberg y era oriundo de la zona de Örebro. Wallander no había tenido mucho contacto con él, ya que se había incorporado a su puesto en Ystad a mediados de mayo. Era unos años más joven que Wallander, se mantenía en forma y era rápido de reflejos. Por el momento, el inspector no sabía si le gustaba o no.

Y es que, la verdad, de vez en cuando Thurnberg daba la impresión de ser bastante soberbio.

Wallander dio unos toquecitos en la mesa con un lápiz sin dejar de mirar a su alrededor. La silla de Svedberg seguía vacía, y se preguntó cuándo llegaría el día en que alguien la empezase a utilizar.

Confiaba en que Björklund, el primo de Svedberg, regresase de Copenhague en cualquier, momento a lo largo de la tarde, y empezó por informarles del hallazgo del telescopio y de las ideas que ese hallazgo había suscitado en él.

—Nosotros hemos mantenido una pequeña conversación poco antes de la reunión —intervino Martinson—. El hecho es que he descubierto algo muy curioso con respecto a ese grupo de jóvenes, o así lo veo yo. No hay ni un solo diario. Les pregunté a los demás padres, y nada. Ninguno de estos jóvenes parece haberse dedicado a escribir su diario. Ni siquiera hemos encontrado una agenda.

—Más aún —añadió Hanson-, tampoco hemos hallado ninguna carta.

—Sí —terció Ann-Britt—. También yo me he llevado esa impresión, como si estos jóvenes hubiesen ido eliminando cualquier huella que pudiese conducirnos hasta ellos.

—¿Qué hay de los jóvenes que habéis visitado hoy, los de la otra fotografía? ¿Ocurre lo mismo con ellos?

—Lo mismo, sí —aseguró Martinson—. Quizá debamos presionarlos un poco más para sonsacarles más detalles.

—Bien, recapitulemos —dijo entonces Wallander—. Isa Edengren está recuperándose poco a poco. Un día de estos también podremos hablar con ella, pero hasta que eso ocurra hemos de tener en mente dos circunstancias: la primera, que ha cometido un intento serio de suicidio; la segunda, que, hace unos años, su hermano Jörgen se quitó la vida, tras escribir una nota en la que, en términos bastante duros, les pedía a sus padres que se fuesen al infierno.

Martinson hojeó sus notas y se disponía a decir algo cuando llamaron a la puerta y apareció un agente que le hizo un gesto a Wallander.

—Björklund está en casa —explicó. Wallander se levantó.

—Iré yo solo, pues no se trata de una detención —dijo Wallander—. Continuaremos cuando yo regrese.

Nyberg también se había levantado.

—Creo que debería ver ese telescopio cuanto antes —propuso.

Así pues, ambos salieron para Hedeskoga en el coche de Nyberg. El coche camuflado de la policía los aguardaba en el cruce. Wallander salió del vehículo y cruzó unas palabras con el policía que estaba al volante.

—Llegó hace veinte minutos —explicó el agente-, en un Mazda.

—Bien, ya podéis volver a la comisaría.

—¿No nos quedaremos a vigilarlo?

—No, no es necesario —les aseguró Wallander, y volvió al coche—. Está en casa —le dijo a Nyberg—. No hay la menor duda.

Aparcaron a la entrada del jardín de Björklund. Por una ventana abierta salían a raudales acordes de un ritmo sudamericano. Wallander llamó al timbre y el volumen de la música descendió. Björklund les abrió en pantalones cortos.

—Tengo que hacerte de inmediato un par de preguntas.

—¡Ah! Ahora comprendo el porqué.

—¿El porqué de qué?

—Del coche que vi apostado en el cruce.

Wallander asintió.

—Sí, vine a verte antes, pero no estabas. Y mis preguntas no pueden esperar.

Björklund los hizo pasar. Wallander le presentó a Nyberg.

—Hubo un tiempo, en mi lejana juventud, en que consideré la posibilidad de convertirme en técnico criminal —aseguró Björklund—. Me resultaba atractiva la idea de dedicar mi vida a interpretar pistas.

—Es una actividad menos apasionante y con menos aventuras de lo que uno cree —indicó Nyberg.

Björklund lo miró perplejo.

—Yo no hablo de aventuras, sino de vivir la vida como descubridor de senderos.

Permanecieron de pie a la entrada de aquella enorme habitación. Wallander se dio cuenta de que Nyberg contemplaba con pasmo el interior de la casa.

—Bien, iré directo al grano —irrumpió Wallander—. Ahí fuera, en el jardín, tienes un trastero. Y en el interior de ese trastero, bajo una lona, hay algo que a mí me parece que es un telescopio. Quiero saber si podría tratarse del telescopio que hemos echado en falta en el apartamento de Svedberg.

Björklund, atónito, preguntó:

—¿Un telescopio? ¿En mi trastero?

—Así es.

Björklund dio un paso atrás, como si necesitara marcar la distancia que lo separaba de los dos policías.

—¿Y se puede saber quién ha estado fisgoneando en mi trastero?

—Como ya te he comentado, estuve aquí esta mañana. La puerta del trastero estaba abierta. Entré y encontré el telescopio.

—Pero eso no estará permitido, ¿verdad? No creo que los policías puedan entrar sin más ni más en las casas de la gente…

—Si crees que no está permitido, te sugiero que envíes una reclamación al Ministerio de justicia.

Björklund clavó en él una mirada hostil.

—Pues sí, creo que voy a hacerlo.

—¡Joder! — bramó Nyberg—. ¡Vayamos a lo nuestro de una vez!

—¿Dices que tú no sabías que hubiese un telescopio en tu trastero?

—No, no lo sabía.

—Comprenderás que eso no parece muy verosímil.

—Me trae sin cuidado lo que parezca. Yo no sé si hay o no un telescopio en mi trastero.

—Bien, iremos a verlo dentro de un instante —replicó Wallander—. Si te niegas a dejarnos entrar en el trastero, Nyberg se quedará aquí vigilándote mientras yo voy a pedirle al fiscal una orden de registro. Y puedes estar seguro de que me la dará.

Björklund seguía mostrándose agresivo y distante.

—¿Se me considera sospechoso de algún delito?

—Por ahora, lo único que quiero es que contestes a mi pregunta.

—Ya lo he hecho.

—O sea, que no sabías de la existencia del telescopio. ¿Pudo haberlo dejado allí Svedberg?

—¿Por qué habría de hacer algo así?

—Mi pregunta es si él tuvo la posibilidad de dejarlo allí. Sólo eso.

—Por supuesto que pudo haberlo dejado ahí este verano mientras yo estaba de viaje. ¡Qué cojones! Yo no me dedico a controlar lo que hay en el trastero.

A estas alturas, Wallander, convencido de que Björklund decía la verdad, se sintió aliviado.

—¿Vamos a verlo?

Björklund asintió y se calzó un par de zuecos para salir, aunque seguía sin camisa.

Una vez que hubieron abierto la puerta del trastero y ya con la luz encendida, Wallander los retuvo a la entrada.

—¿Notas algún cambio? — le preguntó a Björklund.

—¿Algún cambio? ¿En qué sentido?

—Es tu trastero. Tú deberías saberlo mejor que yo.

Björklund echó un vistazo y se encogió de hombros.

—A mí me parece que está como siempre.

Entonces el inspector los condujo hasta el rincón y levantó la lona. La perplejidad de Björklund no parecía fingida.

—¡Vaya! Pues no sé cómo ha podido venir a parar aquí.

Nyberg se había acuclillado para observar el telescopio a la potente luz de su linterna.

—En fin, no hay duda de quién era su propietario —afirmó al tiempo que señalaba una placa de metal.

Wallander se agachó para verla mejor. En la placa metálica fijada con remaches podía leerse el nombre de Svedberg.

La indignación de Björklund había dejado paso al asombro.

—No lo comprendo —confesó—. ¿Por qué iba a esconder su telescopio en mi trastero?

—Regresemos a la casa. Entretanto, Nyberg terminará su inspección —propuso Wallander.

Mientras atravesaban el jardín, Björklund le preguntó al inspector si le apetecía una taza de café, pero él la rechazó. Una vez dentro, Wallander volvió a ocupar el incómodo banco de iglesia.

—¿Cuánto tiempo crees que puede llevar ahí ese telescopio?

El sociólogo hizo un esfuerzo para no contestar a la ligera.

—No tengo buena memoria fotográfica para las habitaciones, y aún peor para los objetos. En otras palabras, no tengo la menor idea.

Wallander comprendió que debía formular la pregunta de otro modo. Pero, para ello, tenía que hablar antes con Ylva Brink, pues ella podría decirle cuándo fue la última vez que vio el telescopio en casa de Svedberg.

—Bien, volveremos a esa pregunta en otro momento. Nyberg examinará el telescopio esta misma noche y luego lo llevaremos a la comisaría.

De repente, Björklund pareció dejar de prestarle atención, y se quedó como absorto en otros pensamientos, así que Wallander aguardó.

—¿Y no podría ser que otra persona lo hubiese escondido ahí?

—En tal caso, debe de tratarse de alguien que sabe que erais primos. — Mientras hablaba, Wallander se dio cuenta de que Björklund empezaba a inquietarse—. Algo te ronda por la cabeza. Dime, ¿qué es?

—No sé si será importante… —titubeó-, pero un día, al llegar a casa, tuve la sensación de que alguien había estado aquí.

—¿En qué lo notaste?

—Fue sólo una sensación.

—Ya, pero algo debió de provocarla.

—Sí, eso intento recordar.

Wallander se mantuvo expectante mientras su interlocutor trataba de hacer memoria.

—Fue hace unas semanas —prosiguió el hombre—. Yo había ido a Copenhague y regresé por la mañana. Había estado lloviendo. Algo me obligó a detenerme mientras atravesaba el jardín en dirección a la casa. En un primer momento no supe qué era con exactitud. Pero luego caí: alguien había tocado una de las estatuas.

—¿Uno de los monstruos?

—Bueno, son copias de las representaciones medievales del diablo que hay en la catedral de Rouen.

—Antes, en el trastero, dijiste que tenías muy mala memoria para los objetos.

—Pero no para mis esculturas. Alguien había girado levemente una de ellas, no me cupo la menor duda. Alguien había estado en el jardín durante mi ausencia.

—¿No pudo haber sido Svedberg?

—No. Él nunca venía, salvo que lo hubiésemos hablado de antemano.

—Ya, pero, como es lógico, eso no podrías garantizarlo.

—No, pero sí puedo estar muy seguro. Nos conocíamos bien.

Wallander le indicó con un gesto que continuase.

—Alguien extraño había estado aquí.

—¿Nadie venía a cuidar el jardín cuando Svedberg no podía, o cuando pasabas fuera unos días?

—Aquí sólo viene el cartero.

El tono de Björklund sonaba firme y convencido, y Wallander no tenía ningún motivo para dudar de sus palabras.

—Alguien que no tenía permiso para estar aquí… —repitió Wallander—. Y tú crees que esa persona habría dejado el telescopio en tu trastero, ¿no es así?

—Sí, claro. Entiendo que es una idea descabellada.

—¿Cuándo notaste lo de la estatua?

—Hace unas semanas.

—¿No lo recuerdas con exactitud?

Björklund fue a buscar la agenda de bolsillo en la que había anotado la fecha.

—Estuve fuera el 14 y el 15 de julio.

Wallander intentaba memorizar la fecha cuando Nyberg apareció con el móvil en mano.

—Acabo de llamar a Ystad para pedir una maleta —anunció—. Me parece que voy a examinar ese telescopio esta misma noche. Puedes llevarte mi coche. Cualquiera de los coches patrulla que tenga guardia nocturna puede venir a recogerme cuando haya terminado.

Dicho esto, desapareció de nuevo. Wallander se levantó y Björklund lo acompañó hasta la puerta.

—Supongo que has tenido tiempo de pensar en lo que le ha ocurrido a Svedberg —comentó Wallander.

—La verdad, no acabo de comprender por qué nadie querría matar a mi primo. No se me ocurre un sinsentido mayor.

—Precisamente. De eso se trata. ¿Quién quería matarlo? ¿Y por qué?

Se despidieron en el jardín. Las estatuas diabólicas emitían, aquí y allá, algún destello al incidir en ellas la luz procedente del interior de la casa. Wallander regresó a Ystad en el coche de Nyberg.

No había conseguido aclarar nada en absoluto.

Poco antes de las nueve de la noche reanudaron la reunión y repasaron los datos proporcionados por los otros jóvenes. El primero en dar cuenta de sus pesquisas fue Martinson, cuya versión iba completando Hanson. Wallander los escuchaba con vivo interés. En varias ocasiones, le pidió a Martinson que fuese más claro y, una única vez, le pidió que repitiese lo que acababa de decir. Después le tocó el turno a Ann-Britt Höglund. Wallander había confeccionado una lista con los nombres de todos los jóvenes implicados en la investigación. Cerca de las once, decidieron hacer una pausa, que Wallander aprovechó para ir a los servicios y tomarse un par de vasos de agua. A las once y cuarto estaban de nuevo en la sala de reuniones.

—En realidad, por el momento sólo podemos hacer una cosa —comenzó—. Tenemos que cursar la orden de búsqueda de Boge, Norman y Hillström. Han de regresar a casa lo antes posible.

Sin necesidad de más deliberaciones, todos se mostraron de acuerdo. Lisa Holgersson se encargaría, con la ayuda de Martinson, de solicitar y conseguir la orden al día siguiente.

Wallander notó que estaban cansados, pero todavía no quería dejarlos ir.

—Da la impresión de que estos jóvenes tramaban algo —señaló—. No habéis logrado sacar a los demás muchachos ninguna información, salvo que se conocían, que eran amigos y que salían de vez en cuando. No obstante, todos tenéis la sensación de que callan algo, de que comparten una especie de secreto, ¿estoy en lo cierto?

—Sí —corroboró Ann-Britt Höglund—. Hay algo que no sale a la luz.

—Sin embargo, tampoco parecen inquietos —intervino Martinson—. Están convencidos de que Boge, Norman y Hillström se han ido de viaje.

—Bien, esperemos que así sea —terció Hanson—. A mí esto empieza a darme mala espina.

—A mí también —admitió Wallander. Y arrojó el bolígrafo sobre la mesa, antes de lanzar al aire su pregunta-: ¿Qué coño se traía Svedberg entre manos? Tenemos que averiguarlo tan pronto como podamos. ¿Y quién es la mujer de la foto?

—Estamos cotejando la fotografía con todos los registros de que disponemos —explicó Martinson.

—Eso no es suficiente —objetó Wallander—. Hemos de publicarla. Después de todo, se trata de aclarar el asesinato de un policía. Esa fotografía tiene que aparecer en la prensa. Por supuesto, no diremos que es sospechosa de ningún delito, puesto que no lo es. Al menos, por ahora.

—No es muy común que una mujer dispare a alguien a bocajarro con una escopeta —observó Ann-Britt Höglund.

Nadie replicó.

La reunión se prolongó hasta casi medianoche. Y se decidió que continuarían al día siguiente, pese a que era domingo. Wallander empezaría por hacerle una visita a Sundelius, el director de banco jubilado.

Ya ante la puerta de la comisaría, se detuvo un momento a charlar con Martinson.

—Tenemos que localizar y hacer volver a esos jóvenes —insistió—. Hablaremos con Isa Edengren, y a los demás, a los que ya habéis entrevistado, los citaremos aquí en la comisaría para interrogarlos. Hemos de lograr que nos revelen su secreto.

Se encaminaron hacia sus respectivos vehículos. Wallander estaba agotado. El último pensamiento que lo asaltó antes de dormirse fue si Nyberg seguiría en el trastero de Björklund.

Poco antes del amanecer, una llovizna caía calmosamente sobre Ystad. Después despejó.

Aquel domingo haría buen tiempo.

12

Rosmarie Leman y su marido, Mats, solían ir de excursión a diversos lugares de esparcimiento, según el tiempo y la estación del año. Precisamente aquella mañana, la del domingo 11 de agosto, habían pensado ir al parque natural de Fyledalen. Sin embargo, al final mudaron de parecer y acordaron dirigirse a Hagestad. Se decidieron por el parque natural de Hagestad porque llevaban mucho tiempo, desde mediados de junio, sin visitarlo. Se levantaron muy temprano y salieron de su casa de Ystad poco después de las siete. Como era habitual, se disponían a pasar fuera todo el día, y en el maletero del coche llevaban dos mochilas con todo lo necesario. Ni siquiera habían olvidado los chubasqueros, por más que todo indicaba que iba a hacer buen tiempo. Sus vidas transcurrían del modo más ordenado; ella trabajaba de maestra, su marido era ingeniero, y no les gustaba dejar nada al azar.

Así, aquel domingo aparcaron ante la entrada del parque natural cuando aún no habían dado las ocho. Se tomaron un café junto al coche, se echaron después las mochilas a la espalda y empezaron a caminar. A las ocho y cuarto decidieron buscar un lugar adecuado para detenerse a desayunar. A veces se oían los ladridos lejanos de unos perros, pero aún no se habían topado con nadie. Hacía calor, apenas si soplaba la más leve brisa y, en algún momento, comentaron que el verano parecía haber decidido prolongarse más de lo que solía. Cuando hallaron un lugar que les pareció adecuado, se detuvieron, extendieron una manta y se sentaron a desayunar. Los domingos solían comentar aquellos asuntos de los que, por falta de tiempo, no podían hablar a lo largo de la semana. Y aquel día empezaron a darle vueltas a la necesidad de cambiar de coche, pues el que tenían empezaba a fallar. La cuestión era si podían permitírselo. Al fin decidieron que era preferible retrasarlo unos meses, hasta más avanzado el otoño. Después de desayunar, Rosmarie Leman se tendió sobre la manta y cerró los ojos. Mats Leman no tardaría en imitarla, aunque antes tenía que ir a hacer sus necesidades, así que se metió en el bolsillo un poco de papel y se alejó. Al otro lado del sendero por el que habían llegado, el terreno descendía ligeramente hasta desembocar en un denso bosquecillo, y hacia allí dirigió sus pasos. Antes de ponerse en cuclillas, miró a su alrededor. Por supuesto, no había nadie por allí. Cuando terminó, se dijo que había llegado el mejor momento del domingo, la media hora que pasaría durmiendo sobre la manta junto a Rosmarie. Y, mientras se recreaba en esa idea placentera, creyó vislumbrar algo entre los arbustos. No sabía de qué podía tratarse, pero, fuera lo que fuese, tenía un color que se destacaba del verdor circundante. Pese a que Mats no era una persona curiosa, en esta ocasión no pudo evitar apartar las ramas de los arbustos más próximos para ver qué había allí. Jamás en su vida podría olvidar lo que descubrió.

Rosmarie, que ya había caído vencida por el sueño, se despertó al oír que alguien gritaba.

Al principio no comprendió nada, pero al poco tomó conciencia de que su marido gritaba pidiendo socorro. No había hecho más que incorporarse cuando Mats apareció todo correr. Ella no sabía qué había ocurrido ni lo que había podido ver su marido; sólo vio que, blanco como el papel, corría hacia ella dando trompicones y balbuciendo algo ininteligible.

En ese instante, Mats se desmayó.

A las nueve y diez de la mañana, saltó la señal de alarma de la comisaría de Ystad. Al agente que contestó a la llamada le costó comprender de qué se trataba. En efecto, la persona que hablaba al otro lado del hilo telefónico se hallaba tan conmocionada que apenas se le entendía una palabra. Pese a todo, el policía logró que el hombre se tranquilizase y le pidió que le repitiese cuanto acababa de decir. Minutos después, el agente tenía una idea más o menos clara del asunto. Una persona llamada Mats Leman aseguraba haber hallado tres cadáveres en el parque natural de Hagestad. No estaba seguro del número, pero creía haber visto a tres personas muertas, tendidas en el suelo. El hombre se encontraba ahora en el coche, con su esposa, a la entrada del parque, y llamaba desde su teléfono móvil. A pesar de que el hombre estaba muy alterado, el policía se dio cuenta de que hablaba en serio. Le pidió el número del móvil y le dijo que aguardase donde estaba. Después se dirigió al despacho de Martinson, pues hacía un instante que lo había visto atravesar el pasillo. Martinson estaba sentado frente al ordenador. El agente, desde el umbral de la puerta, le contó lo de la llamada telefónica. También Martinson comprendió la gravedad del asunto. Por otro lado, hubo un detalle en el relato del agente que hizo que se le encogiese el estómago:

—¿Y dijo que eran tres? ¿Tres personas muertas?

—Eso creía.

Martinson se levantó de un salto.

—Voy para allá ahora mismo. ¿Has visto a Wallander?

—No.

Al punto recordó que iba a visitar a alguien aquella mañana, sí, a un director de banco jubilado llamado Sundberg, o quizá Sundelius. Y marcó el número del móvil de Wallander.

El inspector había ido a pie desde la calle Mariagatan hasta Vädergränd. Era una casa muy hermosa; había pasado por delante en numerosas ocasiones y siempre le había llamado la atención. Llamó al timbre y Sundelius le abrió la puerta enfundado en un traje bien planchado. No habían hecho más que sentarse en la sala de estar cuando sonó el móvil de Wallander, que de reojo percibió la mirada displicente de Sundelius cuando se sacó el móvil del bolsillo al tiempo que pedía disculpas.

Escuchó a Martinson antes de formular la misma pregunta que éste le había hecho al policía.

—¿Dijo que eran tres personas?

—Aún no está confirmado, pero el hombre dijo que así lo creía.

Wallander sintió como si algo le oprimiera la cabeza.

—¿Comprendes lo que eso puede significar?

—Sí. ¡Ojalá ese hombre haya visto visiones!

—¿Acaso daba esa impresión?

—Según el agente que atendió la llamada, no.

Wallander miró un reloj que Sundelius tenía colgado en la pared. Eran las nueve y nueve minutos.

—Ven a recogerme a la calle Vädergränd, número siete.

—¿Quieres que pida refuerzos?

—No, primero hemos de ver de qué se trata.

Martinson le dijo que iría a buscarlo de inmediato y Wallander se levantó.

—Por desgracia, hemos de aplazar la conversación.

Sundelius lo miró con indulgencia.

—Imagino que se habrá producido un accidente.

—Así es —mintió Wallander-, un accidente de tráfico. De esos que uno no puede prever cuando ha concertado una cita un domingo por la mañana. Volveré a llamarlo en cuanto pueda.

Sundelius lo acompañó a la puerta. Martinson llegó al minuto, Wallander entró en el coche y puso la sirena en el techo.

—He conseguido localizar a Hanson —explicó Martinson—. Espera instrucciones. — Luego le señaló una nota que había junto a la guantera sujeta con una pinza—. Ahí está el número de móvil desde el que llamó ese hombre.

—¿Ha dado su nombre?

—Se apellida Leman. El nombre es Max, o Mats, no estoy seguro.

Wallander marcó el número mientras Martinson pisaba el acelerador. No había mucha cobertura, y se oían interferencias. Contestó una mujer, con lo que Wallander se preguntó si no habría marcado mal.

—Perdón, ¿con quién hablo?

—Con Rosmarie Leman.

—Bien, aquí la policía. Estamos en camino.

—Dense prisa —lo exhortó la mujer-, tanta como puedan.

—¿Ha sucedido algo más? ¿Dónde está su marido?

—Está vomitando. ¡Por favor, no tarden!

Wallander le pidió que le indicase con precisión cómo llegar al lugar donde se encontraban.

—No hagáis ninguna llamada. Es posible que tengamos que ponernos en contacto con vosotros de nuevo —les dijo antes de dar por concluida la conversación. Luego se dirigió a Martinson-: En fin, no cabe la menor duda de que ha ocurrido algo.

Su compañero pisó a fondo el acelerador. Ya estaban en Nybrostrand.

—¿Sabes por dónde cae eso? — preguntó Wallander.

—Sí, antes solíamos ir a pasear por allí, cuando los niños eran pequeños.

Calló de forma abrupta, como si hubiese dicho alguna inconveniencia. Wallander miraba fijamente por la ventanilla. Ignoraba con qué iba a encontrarse, pero se temía lo peor.

En cuanto llegaron al parque natural, una mujer salió corriendo en dirección a ellos. Al fondo, sentado sobre una piedra y con la cabeza hundida entre las manos, estaba su marido. Wallander salió del coche. La mujer, que se hallaba en un estado de gran excitación, no cesaba de señalar y de gritar. El inspector la asió por los hombros y le pidió que se calmase. El hombre no se movía de la piedra. Cuando Wallander y Martinson se acercaron a él, alzó la vista. Wallander se puso en cuclillas.

—Cuéntame lo ocurrido —le pidió.

El hombre señaló hacia el interior del parque.

—Están allí tendidos —musitó—. Están muertos. Y llevan muertos mucho tiempo.

Wallander lanzó una mirada a Martinson antes de dirigirse de nuevo al hombre.

—¿Y dices que son tres?

—Eso creo.

Aún quedaba otra pregunta, la más temible.

—¿Has podido distinguir si eran jóvenes?

El hombre negó con la cabeza.

—No lo sé.

—Debe de haber sido una visión espantosa —admitió Wallander—. Pero tienes que venir e indicarnos dónde están.

—Nunca volveré a ese lugar. Nunca.

—Yo sé dónde es —intervino la mujer, que estaba detrás de su marido, con las manos apoyadas sobre sus hombros.

—Pero tú no llegaste a verlos, ¿no?

—No, no los vi, pero nuestras mochilas y la manta siguen allí. Yo sabré indicaros dónde es.

Wallander se levantó.

—Está bien, vamos.

La mujer los guió por el parque. Reinaba una calma absoluta. Wallander creyó distinguir el lejano murmullo del mar. Aunque tal vez se tratara de sus propios pensamientos, que producían ese zumbido en su cabeza. Caminaban con paso presuroso. Wallander tenía la camisa empapada en sudor y notó que le costaba mantener el mismo ritmo que Martinson y la mujer. Por otro lado, necesitaba parar a orinar un momento. Una liebre cruzó veloz el sendero. En la mente de Wallander se agolpaban imágenes de muy diversa índole. Ignoraba lo que les aguardaba, si bien estaba seguro de que sería algo insólito. Ninguna de las personas muertas que había visto a lo largo de su vida se parecía a las demás. Cada una de ellas era única, como cuando estaba viva. Nada se repetía, nada resultaba como la vez anterior. Lo mismo sucedía con la angustia que le sobrevenía cada vez: la sentía, sentía el nudo en el estómago y, sin embargo, en cada ocasión era como la primera.

De pronto, la mujer aminoró el paso y el inspector comprendió que estaban aproximándose. Enseguida llegaron al lugar donde habían dejado la manta y las dos mochilas. Ella se dio la vuelta y, con mano trémula, les señaló la pendiente que había al otro lado del sendero.

Hasta aquel momento, Martinson había ido a la cabeza de la pequeña expedición. Ahora, sin embargo, le tocó el turno a Wallander. Miró hacia el pie de la pendiente sin ver otra cosa que la espesura del bosquecillo. A continuación, empezó a descender; Martinson le pisaba los talones. Llegaron hasta los arbustos y echaron una ojeada a su alrededor.

—¿Es posible que se haya confundido al indicarnos el lugar? — inquirió Martinson muy quedo, como si temiese que alguien lo oyera.

Wallander no respondió, pues algo reclamaba su atención en ese momento. Al principio no supo muy bien de qué se trataba, pero luego cayó en la cuenta.

Era el olor, un olor fétido. Miró a Martinson, cuyo olfato aún no había reaccionado. Wallander empezó a adentrarse por entre los arbustos, todavía sin llegar a descubrir nada. A unos metros de donde se encontraban se alzaban algunos árboles de altas copas. Por un instante, el hedor desapareció, para luego volver a inundarlo todo con mayor intensidad.

—¿A qué apesta aquí? — preguntó Martinson, pero no bien acabó de formular la pregunta cuando comprendió cuál era el origen de las hediondas vaharadas.

Wallander avanzaba despacio, y Martinson, a un paso de él, le seguía. De pronto, Martinson se paró en seco. Notó que su compañero se había llevado un sobresalto. Algo despedía destellos entre los dos arbustos que tenían a su izquierda. El olor a podrido era tan intenso que casi podía masticarse. Se miraron mientras se protegían la boca y la nariz con la mano.

Wallander notaba cómo la sensación de marco crecía en su interior, al tiempo que intentaba aspirar profundamente por la boca, sin respirar por la nariz.

—Espera aquí —le ordenó a Martinson, y notó que le temblaba la voz. Después, se obligó a continuar. Apartó las ramas de unos arbustos y dio unos pasos más.

En torno a un mantel de hilo azul, extendido sobre la hierba, había tres jóvenes tendidos y con los cuerpos entrelazados. Estaban disfrazados y llevaban pelucas. A los tres les habían disparado en la frente. Y los tres se hallaban en un avanzado estado de descomposición.

Wallander cerró los ojos y se agachó.

Transcurrido un instante, se levantó y regresó temblando hasta donde lo aguardaba Martinson. Sin más preámbulos empezó a empujar a éste en dirección contraria, como si los persiguiese alguien. No se detuvieron hasta llegar al sendero.

—En mi vida he visto algo más diabólico —balbució Wallander.

—¿Son ellos?

—Con total seguridad.

Durante unos segundos, ninguno pronunció una palabra. Más tarde, Wallander recordaría que había oído trinar a un pájaro sobre la rama de un árbol cercano. Todo se le antojó entonces como un sueño estrambótico, pero todo era, de hecho, aterradoramente real.

Wallander hizo acopio de todas sus fuerzas: debía volver a comportarse como un policía y empezar a actuar como tal. Se sacó el móvil del bolsillo y llamó a la comisaría. Pasado un minuto, más o menos, escuchó la voz de Ann-Britt Höglund.

—Hola, soy Wallander.

—¿No ibas a visitar a un director de banco esta mañana?

—Los hemos encontrado, a los tres. Y están muertos.

El inspector la oyó tomar aliento.

—¿Boge y los otros dos?

—Así es, de un disparo.

—¡Dios mío!

—¡Presta atención! Habrá que movilizar a todas las unidades. Estamos en el parque natural de Hagestad. Martinson se apostará a la entrada para recibir a los efectivos e indicarles el camino. Lisa también tendrá que acudir. Y necesitaremos gente para acordonar la zona.

—¿Quién se pondrá en contacto con los padres?

Wallander sintió una angustia inconmensurable. ¡Claro! Había que avisar de inmediato a los padres. Además, éstos tendrían que identificar a sus hijos.

El inspector se sentía incapaz de informarlos.

—Llevan muertos mucho tiempo, tal vez más de un mes —dijo al fin—. No puedes figurarte qué aspecto tienen.

Ann-Britt se hacía cargo de la situación.

—Se lo comentaré primero a Lisa, pero creo que no debemos pedirles a los padres que vengan aquí —prosiguió Wallander.

Ella no añadió nada más y pusieron punto final a la conversación. El inspector se quedó quieto con la mirada fija en el móvil.

—Será mejor que vuelvas a la entrada del parque y esperes allí —le indicó a Martinson.

Éste señaló con la cabeza a Rosmarie Leman.

—¿Qué hacemos con ella?

—Anota lo más importante, la hora, su dirección… Luego pueden marcharse a casa, pero hay que prohibirles que hablen de esto con nadie,

—No creo que podamos exigirles eso.

Wallander clavó en él la mirada.

—En una situación como ésta, podemos exigir cualquier cosa.

Martinson y Leman se marcharon, y el inspector se quedó solo. El pájaro siguió con sus trinos. A unos metros de distancia, semiocultos por los espesos arbustos, yacían los cadáveres de los tres jóvenes. Wallander pensó entonces en la soledad, y se preguntó hasta qué punto una persona podía sentirse sola. Se sentó sobre una piedra, junto al sendero. El pájaro fue a posarse en un árbol más alejado.

«No logramos devolverlos sanos y salvos a sus casas», pensó. «Nunca partieron de viaje a Europa. Estaban aquí. Y ya estaban muertos. Quién sabe si no lo estaban ya desde la noche de San Juan. Eva Hillström estaba en lo cierto, desde el principio. Fue otra persona la que escribió esas postales. Y han estado aquí todo el tiempo, en el mismo lugar en el que celebraron su fiesta.»

Wallander no pudo por menos que pensar en Isa Edengren. ¿Acaso sospechaba lo que había ocurrido? ¿No sería ése el motivo por el que había intentado suicidarse, porque sabía que sus tres amigos estaban muertos, como ella misma lo habría estado de no haberse dado la casualidad de ponerse enferma ese día?

En cualquier caso, había algo que no alcanzaba a comprender. ¿Cómo era posible que, a lo largo de un mes, nadie hubiese descubierto los cadáveres, si habían estado allí todo ese tiempo, en un parque público y en periodo estival? Cierto que el rincón elegido para extender su mantel y celebrar la fiesta quedaba algo oculto. Aun así, alguien tenía que haberlos visto. O, al menos, haberlos olido.

Aquello no encajaba, pero Wallander se sentía incapaz de pensar. Su capacidad de discurrir había quedado paralizada. ¿Quién era capaz de matar a tres jóvenes que habían decidido disfrazarse para celebrar juntos el solsticio de verano? Todo se le antojaba un despropósito atroz.

Y, relacionado con este despropósito, ya fuese en la periferia o en el núcleo del mismo, otra persona había aparecido muerta: Svedberg. ¿Qué tenía que ver él con todo aquello? ¿De qué modo estaba involucrado en el asunto?

Wallander sentía crecer la impotencia. Pese a no haber contemplado a los jóvenes más que unos segundos, había visto con claridad los disparos en la frente. Quien había efectuado esos disparos sabía muy bien adónde apuntaba.

Y Svedberg había sido el mejor tirador de todos ellos.

El pájaro alzó el vuelo. De vez en cuando, una ráfaga de aire agitaba las hojas de los árboles, y luego, enseguida, regresaba la calma.

Svedberg había sido el mejor tirador de todos ellos. Wallander se obligó a reflexionar sobre las consecuencias que se derivaban de esa idea. ¿Podía haber sido Svedberg el autor de tal carnicería? ¿Podía objetarse algo a esa posibilidad, tan digna de consideración como cualquier otra?

¿Acaso había otra alternativa clara?

Wallander se levantó y comenzó a ir y venir por el sendero. Le habría gustado que Rydberg se hallara en algún lugar en el que él pudiera localizarlo: en ese instante, lo habría telefoneado. Pero Rydberg estaba muerto. Igual que aquellos tres jóvenes.

«¿En qué clase de mundo vivimos?», se preguntó. «Un mundo en el que alguien mata a tres adolescentes que apenas si empezaban a vivir…»

Se paró en seco en mitad del sendero. ¿Por cuánto tiempo podría aguantar aquello? Pronto cumpliría los treinta años de servicio en la policía. En una ocasión, patrullando en las calles de Malmö, su ciudad natal, un hombre bebido le clavó un cuchillo al lado del corazón. A partir de aquel momento, su vida cambió por completo. «Hay un momento para vivir y otro para morir», solía decirse en aquella época. Le quedó una cicatriz en la parte izquierda del tórax. Y él seguía con vida, pero ¿cuánto tiempo podría seguir soportándolo? Pensó en Per kesson, allá en Uganda; a veces se preguntaba si volvería algún día.

Por un instante, inmóvil en medio del sendero, sintió que lo invadía una gran amargura. Había sido policía durante toda su vida; había creído contribuir de ese modo a proteger a los ciudadanos. Sin embargo, la violencia iba en aumento: no sólo crecía, sino que era cada vez más cruel. Y en Suecia había cada vez más puertas cerradas.

Sí, en ocasiones se detenía a pensar en su llavero. Cada año tenía más llaves y más códigos, cada vez más cerraduras que debía abrir y luego cerrar. Y, al igual que su manojo de llaves, también crecía toda una sociedad que cada vez le resultaba más ajena.

Se sentía pesado, cansado y abatido. Ya no podía distinguir con claridad entre el pesar y la indignación. En cambio, el miedo puro y duro, ése sí se perfilaba con claridad en lo más hondo de su conciencia.

Con la más brutal premeditación, alguien había irrumpido en una fiesta idílica y había asesinado a tiros a tres jóvenes. Hacía pocos días, había hallado a Svedberg muerto en el suelo de su apartamento. Y, de algún modo, estos dos sucesos estaban relacionados, si bien el punto de contacto resultaba aún demasiado vago.

Allí, quieto en mitad del sendero, le entraron ganas de salir huyendo a toda prisa; no estaba seguro de poder soportar tanta presión por más tiempo. Cualquiera de sus colegas tendría que hacerse cargo del caso. Martinson, o tal vez Hanson. Él estaba quemado. Para colmo, padecía diabetes. Todo se le hacía muy cuesta arriba.

Entonces oyó que los coches se acercaban quebrando las ramas de los árboles y abriéndose paso por las estrechas veredas. De repente, tuvo a sus colegas allí mismo, a su alrededor, y su presencia lo obligó a tomar un mando del que habría preferido verse libre. Conocía a cuantos se habían reunido en semicírculo en torno a él, a muchos desde hacía diez o incluso quince años. Vio que Lisa Holgersson estaba muy pálida, y Wallander se preguntó qué aspecto tendría él mismo.

—Están ahí abajo —dijo, y señaló el lugar—. Les dispararon. Pese a que aún no se los ha identificado, me atrevería a asegurar que se trata de los tres jóvenes desaparecidos desde la noche de San Juan. Hasta ahora hemos creído, o hemos querido creer, que estaban de viaje por Europa. Ahora ya sabemos que no era así. — Hizo una pausa antes de proseguir—. Quiero que tengáis presente que quizás han estado ahí muertos desde aquella noche, de modo que ya podéis haceros una idea de su estado. Está más que justificado que utilicéis las mascarillas.

Interrogó con la mirada a Lisa Holgersson, como preguntándole si también quería verlos. Ella asintió.

Wallander los guió. Lo único que se oía era el crujir de las hojas secas y el de las ramas al quebrarse. Cuando les llegó el hedor de los cadáveres, alguno de los policías lanzó un gemido. Lisa Holgersson se asió al brazo de Wallander. Habían llegado. El inspector sabía por experiencia que siempre resultaba más fácil enfrentarse a una visión tan macabra en grupo que a solas. Tan sólo uno de los policías más jóvenes se volvió para vomitar.

—No podemos permitir que los padres contemplen este espectáculo —balbuceó Lisa Holgersson—. Es una atrocidad.

Cuando Wallander se dirigió al médico que los había acompañado, vio que también éste había perdido el color.

—El reconocimiento in situ ha de realizarse lo más rápidamente posible —le dijo—. Tenemos que retirar los cuerpos de aquí y adecentarlos un poco antes de que los padres los vean.

El médico negó con la cabeza antes de pronunciarse.

—Yo no quiero tener que hurgar en esto. Llamaré a Lund ahora mismo. — Se apartó unos metros y pidió prestado el móvil a Martinson.

—No debemos olvidar —dijo Wallander mirando a Lisa Holgersson- que hasta el momento teníamos a un policía muerto. Y ahora tenemos a tres jóvenes asesinados, lo que significa que nos hallamos ante cuatro muertes. Eso provocará la alarma entre los ciudadanos, que nos exigirán resultados inmediatos. Por otro lado, hemos de adoptar una postura concreta con respecto a si creemos que ambos sucesos guardan entre sí alguna relación. Comprenderás que todo esto entraña un riesgo considerable.

—¿El riesgo de que alguien empiece a sospechar que Svedberg les disparó?

—Exacto.

—¿Tú crees que lo hizo él?

La pregunta lo pilló desprevenido.

—No lo sé —confesó—. Nada indica que tuviese un motivo para hacerlo. No hay ninguna pista que nos lleve a pensar que él, que resultó muerto también, asesinara a los otros tres. Las dos cadenas se unen en algún punto, pero nos falta el eslabón fundamental, dondequiera que esté.

—Así pues, es importante que concretemos cuánto podemos y debemos decir.

—Por desgracia, no creo que eso tenga importancia: nunca hemos sabido qué armas usar contra las especulaciones.

Ann-Britt Höglund, que estaba cerca, había oído la conversación. Wallander se dio cuenta de que estaba temblando.

—Creo que hay otra circunstancia importante —intervino—. Eva Hillström no tardará en acribillarnos con acusaciones por haber dejado pasar tanto tiempo sin tomar cartas en el asunto.

—Sí, y hasta es posible que tenga razón —concedió Wallander—. En tal caso, tendremos que admitir que nos equivocamos al pensar que el asunto no era tan grave. Y esa responsabilidad tendré que asumirla yo.

—¿Por qué? — quiso saber Lisa Holgersson.

—Alguien tiene que hacerlo —repuso Wallander con sencillez—. Lo de menos es quién.

Nyberg le tendió un par de guantes de plástico. Todos se pusieron manos a la obra. Había muchas tareas que debían realizarse en el orden prescrito. Wallander se acercó a donde se encontraba Nyberg, que en ese momento daba instrucciones al policía que tomaba las fotografías.

—Quiero una grabación en vídeo —señaló Wallander—. Primeros planos y tomas a distancia.

—Así lo haremos.

—Lo mejor será que la haga alguien a quien no le tiemblen demasiado las manos.

—Siempre resulta más fácil observar la muerte a través de una lente —observó Nyberg—. Pero, por si acaso, utilizaremos un trípode.

Wallander llamó a sus colaboradores más cercanos: Martinson, Hanson y Ann-Britt Höglund. A punto estaba de empezar a buscar a Svedberg, cuando cayó en la cuenta de su desliz y se contuvo.

—Están disfrazados —constató Hanson—. Y llevan pelucas.

—Del siglo XVIII —aseveró Ann-Britt Höglund—. Ahora sí que estoy segura.

—O sea, que ocurrió durante la noche de San Juan —terció Martinson—. Ya hace casi dos meses.

—Eso aún no lo sabemos —objetó Wallander—. Ni siquiera sabemos si el crimen se cometió aquí.

A él mismo se le antojó inverosímil que no hubiese ocurrido así. No obstante, bien mirado, le pareció aún más inverosímil el hecho de que nadie hubiese descubierto los cadáveres en todo ese tiempo.

Wallander empezó a dar vueltas en torno al mantel con la intención de hacerse una idea de lo que allí había sucedido. Muy despacio, alejó de su mente cualquier otro pensamiento.

«Se reúnen para celebrar una fiesta. Según el plan, van a ser cuatro, pero uno de ellos cae enfermo. En unas cestas, llevan la comida, unas botellas de vino y un aparato de música»

Wallander se interrumpió. Se acercó a Hanson, que hablaba por teléfono, y aguardó a que terminara.

—¿Qué hay de los coches? — inquirió—. Los que creíamos que estaban circulando por Europa. ¿Dónde están? Estos jóvenes llegaron al parque de alguna manera.

Hanson prometió encargarse de averiguarlo y Wallander siguió dando vueltas en torno al mantel donde yacían los cuerpos. «Disponen la comida, comen y beben.» Entonces se agachó. En una de las cestas había una botella de vino vacía; más allá, otras dos.

«La muerte se os presentó y, para entonces, ya os habíais bebido tres botellas, lo que significa que estabais borrachos.»

Wallander se puso de pie, meditabundo. Nyberg se hallaba junto a él.

—No estaría mal que averiguásemos si se derramó algo de vino en el suelo, o si se lo bebieron todo.

Nyberg señaló una mancha en el mantel.

—Por lo menos aquí se le derramó vino a alguno de ellos —afirmó—. Te lo digo por si creías que era sangre.

Wallander dijo para sí:

«Así pues, coméis y bebéis y os emborracháis. Además, escucháis música. Entonces llega alguien y os mata. Y os quedáis los tres entrelazados sobre el mantel; uno de vosotros —tú, Astrid Hillström- queda en una posición que sugiere que estás dormida. Puede que sea muy tarde, probablemente ya pasada la noche de San Juan. Tal vez de madrugada».

Wallander se detuvo.

Su mirada se posó en una copa que estaba junto a una de las cestas. Se agachó de nuevo y luego se arrodilló. Le hizo una seña al fotógrafo para que se acercase a tomar un primer plano. La copa estaba apoyada contra la cesta; el pie descansaba sobre una piedrecilla. Miró a su alrededor y levantó el mantel, pero no vio piedras por ninguna parte. Se preguntó qué significaba aquello y, cuando Nyberg pasó a su lado, lo llamó.

—Hay una piedra bajo el pie de la copa. Si encuentras alguna otra que se le parezca, me lo dices.

Nyberg sacó su bloc del bolsillo y tomó algunas notas. Wallander continuó su paseo durante un rato, antes de retirarse unos metros y mirar a su alrededor.

«Desplegasteis el mantel al pie de un árbol. Habíais elegido un lugar apartado y fuera del alcance de miradas inoportunas.»

Atravesó los espesos arbustos y se colocó al otro lado del árbol. «Alguien debió de aproximarse a vosotros desde algún lugar cercano, pero sin que lo vierais. Ninguno de vosotros intentó huir. Estabais sentados sobre el mantel, descansando, incluso cabe la posibilidad de que alguno de vosotros se hubiera quedado dormido. Pero dos estabais despiertos.»

Wallander volvió a acercarse al mantel. Permaneció largo rato observando los cadáveres.

Había algo que no encajaba en absoluto.

Al cabo de un rato cayó en la cuenta de lo que era.

La imagen que tenía ante sí no era natural. Alguien la había preparado.

13

Aquel domingo, 11 de agosto, al anochecer, cuando ya los focos iluminaban con su luz fría el claro del parque, Wallander hizo algo que sorprendió a todos. Simplemente, se marchó de allí. La única persona con la que habló antes de irse fue Ann-Britt Höglund. Se la llevó discretamente hasta el sendero, ya trillado por todos los coches patrulla y plagado de huellas de neumático. Necesitaba que le prestase su vehículo, pues él había dejado el suyo aparcado en la calle Mariagatan. Sin embargo, no le reveló adónde pretendía ir. Tan sólo le dijo que llevaba el móvil encima para que, si ocurría algo importante, pudiesen localizarlo en cualquier momento. Y desapareció por el sendero. Ann-Britt regresó al lugar del crimen, donde los trabajos de inspección avanzaban a marchas forzadas. Los cuerpos ya no estaban allí. Se los habían llevado pasadas las cuatro. Al cabo de un rato, Martinson, al percatarse de la ausencia de Wallander, quiso saber adónde había ido. También Hanson y Nyberg se preguntaron dónde estaría. Ann-Britt les respondió y les dijo la verdad: que no lo sabía; que tan sólo le había pedido prestado su coche.

Sin embargo, no había nada de extraño en el comportamiento de su colega. De repente, tras pasar tantas horas junto a los macabros restos de una fiesta de San Juan, sintió que no podía más y se marchó. Por otro lado, para poder hacerse una idea del conjunto, necesitaba algo de perspectiva. Sabía que él era el responsable último de las investigaciones. O, más bien, de la investigación, pues ya empezaba a considerarlas una sola. Si estaba seguro de algo era de que todo estaba relacionado: los jóvenes muertos, Svedberg, el telescopio desaparecido, todo. Cuando se llevaron de allí los cadáveres, sintió que lo vencían el cansancio y el agobio. En cualquier caso, se obligó a seguir adelante y dedicó un par de horas a intentar, por segunda vez, imaginarse lo que había sucedido en aquel lugar. Después le sobrevino la imperiosa necesidad de alejarse de aquel escenario. Cuando le pidió el coche prestado a Ann-Britt Höglund, sabía perfectamente adónde se dirigiría. En efecto, no era una huida improvisada, pues rara vez, por agotado y abatido que se encontrase, perdía el control de sí mismo. De este modo, cuando avanzaba por el sendero a la luz del crepúsculo, le entraron las prisas. Había algo que quería ver; necesitaba poner un espejo ante sus ojos. A la entrada del parque aguardaban unos cuantos periodistas, pues rápidamente se había extendido el rumor de que algo había sucedido en el interior de la zona de recreo.

Wallander los rechazó con un gesto de la mano cuando se le acercaron para torpedearlo con sus preguntas. Los calmó diciéndoles que informarían a la prensa al día siguiente, que todavía no podía decirles nada, y ello por motivos técnicos de la investigación, e incluso por otros motivos que no podía siquiera mencionarles. Ni que decir tiene que esto último no era cierto, pero en aquel momento le traía sin cuidado. Lo único que le importaba era encontrar a la persona o a las personas que habían matado a aquellos tres jóvenes. Si luego resultaba que Svedberg había estado involucrado de un modo u otro, no tendrían más remedio que aceptarlo. Debía dirigir las pesquisas en la dirección correcta, sin preocuparse de cuál sería la verdad a la que dichas pesquisas lo abocasen.

Abandonó, pues, el lugar y, al llegar a la carretera principal en dirección a Ystad y a Malmö, se detuvo un momento para comprobar que ninguno de los periodistas con que se había topado a la entrada del parque lo seguía.

Aparcó a la puerta de la casa de Svedberg, en la calle Lilla Norregatan. Echó un vistazo a la hormigonera y luego se palpó el bolsillo: allí llevaba las llaves del apartamento desde que se las diera Nyberg. En la puerta de la vivienda seguía colgado el rótulo que prohibía la entrada a toda persona ajena al Cuerpo de Policía. Wallander despegó la cinta adhesiva que cubría el ojo de la cerradura y abrió la puerta. El ambiente estaba cargado, olía a cerrado allí dentro. Fue a la cocina y abrió la ventana. Luego, mientras bebía agua del grifo del fregadero, recordó que al día siguiente, el lunes por la mañana, tenía cita con el doctor Göransson. Y sabía que no acudiría a esa cita, al igual que era consciente de que no había hecho nada por su salud desde que le confirmaron el diagnóstico. En efecto, seguía comiendo tan mal y tan a salto de mata como antes, y el ejercicio que practicaba era mínimo. Además, tal y como se presentaban las cosas, tendría que posponerlo todo incluida su propia salud.

La luz de la calle inundó la sala de estar. Wallander permaneció inmóvil en aquel ambiente crepuscular. Había abandonado el parque porque necesitaba distanciarse de lo acontecido. Sin embargo, otra idea lo había impulsado a ello, una idea que le había sobrevenido ya al mediodía, y sobre la que, como comprendió luego, hasta ese momento no se había detenido a reflexionar. Ciertamente, habían hablado de eslabones, de puntos de contacto, de que Svedberg estaba involucrado de alguna manera, incluso de la posibilidad de que Svedberg hubiese cometido aquel crimen. Pero, de repente, Wallander vio claro que habían pasado por alto otra posibilidad, en realidad mucho más lógica. La de que Svedberg hubiera iniciado una investigación por su cuenta, sin informar a nadie de lo que se traía entre manos. Contaban con indicios más que evidentes de que había dedicado buena parte de sus vacaciones a seguir el rastro de los jóvenes desaparecidos. Por supuesto, eso no descartaba la idea de que Svedberg tuviese algo que ocultar. Sin embargo, lo lógico —o, incluso, lo más lógico- era interpretarlo como todo lo contrario. Era muy posible que Svedberg hubiese dado con alguna pista. No era descabellado pensar que el policía sospechase que Boge, Norman y Hillström no habían emprendido ningún viaje por Europa. Tal vez supuso que les había ocurrido algo. Y, en algún punto de su trayecto, pudo cruzarse en el camino de un desconocido. Después, una tarde o una noche, él mismo resultó muerto. Wallander era consciente de que esa hipótesis no explicaba por qué su colega no confiara a ninguno de sus compañeros qué andaba investigando. Sin embargo, quizá tuviera sus motivos, para ellos aún desconocidos.

La silla que Svedberg había tirado en su caída seguía allí, en el suelo. Wallander se sentó en una esquina del sofá, con las luces apagadas. Los acontecimientos del día acudían a su mente como una sucesión de imágenes que desfilaran ante sus ojos a cámara lenta. Ya desde el principio, poco menos de una hora después de que descubriesen los cadáveres, tuvo el convencimiento de que había algo en todo aquello que no encajaba. Pero no supo muy bien qué era hasta que le llegó el informe preliminar del forense de Lund, en el que indicaba cuánto tiempo llevaban muertos. El forense no podía precisar el tiempo transcurrido desde que les dispararon, pero sí rechazó por imposible la suposición de que llevasen muertos cincuenta días. Wallander pensó enseguida que aquello le proporcionaba a él y a su grupo de investigación dos posibles puntos de partida: o les habían disparado después de la noche de San Juan, o habían ocultado los cuerpos en algún escondite para preservarlos de la putrefacción. Tampoco podían descartar que el lugar del hallazgo no fuese el mismo que el lugar del crimen. Ni que decir tiene que a Wallander y a sus colegas les costaba imaginar que alguien asesinara a aquellas tres personas en el sitio en que las hallaron, que luego ese alguien llevara los cadáveres a alguna otra parte para ocultarlos y conservarlos, y que después volviera a trasladarlos al lugar del crimen. Hanson había lanzado la hipótesis de que quizá los jóvenes, a pesar de las apariencias, hubiesen emprendido el viaje por Europa, pero que tal vez acortaron su estancia en el extranjero. En tal caso, habrían vuelto antes de lo previsto sin avisar ni a sus amigos ni a sus respectivas familias.

Wallander admitió que era una posibilidad y, aunque no le pareció muy verosímil, no la desechó. Hizo sus observaciones y escuchó a los que tenían algo que decir, pero en ningún momento dejó de sentir que se hundía en un banco de niebla cada vez más compacto.

A lo largo de aquel caluroso día de agosto, todos habían hallado algún alivio a su horror en las tareas programadas para examinar meticulosamente el escenario del crimen. Wallander había visto a sus colegas realizar cuanto se esperaba de ellos sumidos en un silencio hecho a la vez de abatimiento y espanto. Y, mientras los observaba, se preguntaba si, en algún momento del día, cada uno a su manera, no habría deseado ser cualquier otra cosa menos policía. Se habían tomado frecuentes pausas, durante las cuales abandonaban el lugar de los hechos para retirarse al sendero, donde habían instalado algunas mesas y sillas de camping. Allí se acomodaban a tomarse un café que notaban más frío cada vez que abrían de nuevo los termos. Sin embargo, ninguno probó bocado en todo el día.

Lo que más le había impresionado era la entereza de Nyberg, que con incansable tenacidad había ido revolviendo entre los hediondos restos de alimentos medio podridos. También había dado instrucciones al fotógrafo y al policía encargado de la cámara de vídeo para que realizaran sus tomas antes de precintar cada objeto en bolsas de plástico y marcaran el lugar donde los habían hallado en complejos mapas que el técnico había confeccionado. Wallander sabía que Nyberg odiaba con toda su alma al autor de aquella monstruosidad en la que él se veía obligado a bucear, y también sabía que nadie era tan exhaustivo como el técnico. En cierto momento, a lo largo del día, Wallander se había dado cuenta de que Martinson estaba extenuado, por lo que se dirigió a él, lo llevó a un lado y le dijo que se marchase a casa o, al menos, que se echase un rato a descansar en el coche de los técnicos. Pero Martinson negó con la cabeza y regresó a su tarea, la de inspeccionar la zona más próxima al mantel. De Ystad llegaron las patrullas con los perros policía. Allí estaba Edmunsson, con su fiel Kall. Los perros olisquearon en distintas direcciones en busca de desechos. Tras unos arbustos hallaron restos de heces y, en otros lugares, latas de cerveza y papeles. Todo fue recogido, precintado y marcado en los mapas de Nyberg. En otro lugar, bajo un árbol algo alejado del área, Kall pareció detectar algo con su fino olfato, pero no encontraron ningún objeto. Wallander volvió a hurgar bajo aquel árbol varias veces a lo largo del día, pues se había percatado de que era uno de los puntos más resguardados para quien quisiese observar sin ser visto el lugar en el que se celebraba la fiesta. Al pensar en ello, un aliento gélido lo atravesaba por dentro: ¿habría estado allí el asesino? Y, en tal caso, ¿qué habría visto?

Poco después de las doce del mediodía, Nyberg le pidió a Wallander que examinara el radiocasete que había tirado junto al mantel. En una de las cestas habían hallado varios casetes, pero nada ponía en las carátulas. Cuando Wallander pulsó el botón para escuchar la cinta, se hizo un silencio estremecedor. La música que invadió la atmósfera era bien conocida de todos: Fred kerstróm[[7]](#footnote-7) interpretaba las Epístolas de Fredman. Wallander miró a Ann-Britt Höglund.

Ella tenía razón: el marco histórico de la fiesta era la época de Bellman.

De pronto, se oyó el motor de un coche que circulaba calle arriba. De algún lugar impreciso, quizá del piso de abajo, llegaba el sonido de un televisor. Wallander fue a la cocina y se bebió otro vaso de agua. Después se sentó a la mesa, aún con las luces apagadas.

Pasado el mediodía, habló por teléfono con Lisa Holgersson y decidieron que informarían a los padres en cuanto los cuerpos estuviesen en camino hacia Lund. Wallander se había ofrecido a ir a Lund, pero Lisa le dijo que no, y añadió que quería informar ella a los padres. Al ver que hablaba en serio, Wallander no opuso ninguna objeción. Sin embargo, protestó enérgicamente ante la sugerencia de que tanto el personal médico como un sacerdote del Cuerpo de Policía estuviesen presentes.

—Será terrible —le advirtió Wallander al final de la conversación—. Mucho peor de lo que te imaginas.

Wallander se levantó y se dirigió al despacho de Svedberg. Echó una mirada a su alrededor y después se sentó ante el escritorio. Pensó en todas las imágenes que habían ido surgiendo durante la investigación. Tenían tres postales, y Eva Hillström había desconfiado de ellas desde el principio: no las había escrito su hija. Pero Wallander lo había puesto en duda. Todos lo habían puesto en duda. A nadie se le ocurriría falsificar una postal. Y ahora su hija estaba muerta, así que las postales tenía que haberlas escrito otra persona. Alguien que había estado viajando por Europa; alguien que había ido a Hamburgo, París y Viena y que había enviado desde allí aquellas postales a modo de pistas falsas, como pistas equívocas. La cuestión era por qué. Aunque los jóvenes no hubiesen muerto la noche de San Juan, no cabía duda de que les habían disparado con anterioridad a la fecha de la última postal, la enviada desde Viena. Entonces, ¿por qué habían dejado esa pista falsa?

«Tengo miedo», admitió, con la mirada clavada en la penumbra de la habitación. «Nunca he creído en la maldad espontánea. No hay personas que nazcan con la brutalidad en los genes. Sí hay, en cambio, circunstancias perversas. Quizá no exista la maldad, pero en este caso vislumbro una maquinación forjada por un cerebro retorcido.»

Pensó en Svedberg. ¿Era posible que hubiese viajado por Europa con el único objetivo de echar al buzón unas postales con las firmas falsas de Astrid Hillström y los otros muchachos? Por inverosímil que se le antojase, no podía descartar esta posibilidad, pues Svedberg estaba de vacaciones. Tenían que elaborar un esquema de las fechas en las que, con total seguridad, había permanecido en Suecia. Pero ¿cuánto tiempo se tarda en ir y volver de París o de Viena?

«Lo inverosímil puede suceden, se dijo. «Y no cabe duda de que Svedberg era un buen tirador.

»La cuestión es si, además, estaba loco.»

Wallander echó mano de la agenda de Svedberg para hojearla. Allí estaban las anotaciones recurrentes de las citas con «Adamsson». ¿Acaso se apellidaba así la mujer de la fotografía, esa mujer que, según Sture Björklund, se llamaba Louise? ¿«Louise Adamsson»? Salió entonces del despacho, regresó a la cocina y hojeó la guía telefónica. Allí no había ninguna Louise Adamsson. Sin embargo, tal vez estuviese casada y ocultase su identidad tras la de otra persona con ese apellido. Volvió al despacho. Le pediría a Martinson que mirase en todas las hojas de servicio antiguas y que comprobase lo que Svedberg había hecho los días en que tenía anotado el nombre de «Adamsson» en su agenda.

Se repantigó en la silla de Svedberg. Era muy cómoda. Mucho más que las que había en la comisaría. Luego, de repente, se levantó. No podía permitirse el lujo de quedarse allí sentado y que lo venciese el sueño. Fue al dormitorio y encendió la luz. Abrió las puertas del armario y rebuscó entre las ropas del colega, pero no halló nada digno de interés.

Apagó la luz y regresó a la sala de estar. Allí había entrado alguien con una escopeta en la mano, una escopeta con la que ese alguien había disparado a Svedberg tras apuntarle directamente a la cabeza; luego había abandonado el arma en el suelo. Wallander se preguntó si esa escena había sido el principio o el fin de una sucesión de hechos. Incluso, si todo aquello tendría una continuación.

A duras penas soportaba esa idea. ¿Podía haber alguien allá fuera, en la oscuridad, decidido a proseguir con aquel truculento despropósito?

Lo ignoraba. Todo resultaba tan escurridizo… En ningún lugar le parecía hallar el punto de apoyo que buscaba. Se colocó en el sitio en el que habían encontrado la escopeta y recreó la imagen de Svedberg sentado en la silla, o a punto de levantarse de ella.

«La hormigonera retumba abajo, en la calle. Dos tiros, Svedberg cae muerto antes de tocar el suelo. Pero no ha habido conversación alguna, ni voces ni gritos. Tan sólo las secas detonaciones de la escopeta:»

Cambió de posición y se colocó junto a la silla tendida en el suelo. «Has dejado entrar en el apartamento a alguien que conoces. Alguien de quien, con toda probabilidad, nada temes. Quizás incluso alguien que dispone de una copia de tus llaves. Aunque ese alguien también puede haber utilizado una ganzúa. Pero no una palanca, pues no hay marcas en la puerta. Ese hombre, si es que es un hombre, lleva una escopeta. Cabe también la posibilidad de que tú tuvieses en el apartamento una escopeta sin licencia. Y, además, esa escopeta estaba cargada. Y la persona a la que abriste la puerta o que entró sin que tú lo advirtieras en el apartamento conocía su existencia. Demasiadas preguntas. Mas, al cabo, las únicas preguntas decisivas son quién y por qué. Un único quién y un único porqué:»

De nuevo en la cocina, se sentó y llamó al hospital. Tuvo suerte y pudo hablar con el mismo médico que lo informó la primera vez.

—Isa Edengren se encuentra bien. Le daremos el alta mañana o, a más tardar, pasado mañana.

—¿Ha dicho algo?

—No mucho. Pero tengo la impresión de que está bastante contenta de que la encontrases.

—¿Sabe que fui yo?

—¿Por qué razón no habríamos de revelárselo?

—¿Y cómo reaccionó?

—Creo que no comprendo bien la pregunta.

—Sí, cuál fue su reacción al saber que un policía había ido a buscarla para hablar con ella.

—No lo sé.

—Tengo que hablar con ella cuanto antes.

—Podrás hacerlo mañana.

—Preferiría ir esta misma noche. En realidad, también tendría que hablar contigo.

—¿Tan urgente es?

—Sí, es urgente.

—Pues yo estaba a punto de marcharme a casa. Para mí sería mucho mejor si pudiésemos esperar hasta mañana.

—Y para mí sería mucho mejor si no hubiese sido necesario mantener esta conversación —atajó Wallander—. Lo siento, pero me veo obligado a pedirte que te quedes ahí. Llegaré dentro de diez minutos.

—¿Ha ocurrido algo?

—Desde luego. Algo que no puedes ni imaginar.

Wallander se tomó un último vaso de agua antes de abandonar el apartamento de Svedberg y salir hacia el hospital. Seguía haciendo calor; apenas si soplaba la menor ráfaga de viento.

Cuando el inspector llegó a la planta en la que estaba ingresada Isa Edengren, vio que el médico lo aguardaba en el pasillo. Entraron en un despacho que se encontraba vacío y Wallander cerró la puerta. Mientras conducía hacia el hospital había tomado la determinación de ir directo al grano. Así, le reveló al médico el hallazgo de los cadáveres en el parque natural, le contó que los tres jóvenes habían sido asesinados y que Isa Edengren se habría contado entre ellos de no haber caído enferma. El único detalle que omitió fue el de los disfraces y las pelucas. El médico lo escuchaba incrédulo.

—Hubo un tiempo en el que consideré la posibilidad de convertirme en médico forense —dijo al cabo—. Pero cuando oigo historias como ésta, me alegro de no haberlo hecho.

—Y con toda la razón. Te aseguro que era un espectáculo espeluznante.

El médico se levantó.

—Supongo que quieres verla cuanto antes.

—Sí. Pero antes quería advertirte que, como puedes figurarte, nada de lo que te he contado puede salir de estas cuatro paredes.

—Como sabrás, los médicos estamos obligados a guardar el secreto profesional.

—Ya. También los policías lo tenemos y, pese a ello, no te puedes hacer una idea de la cantidad de información que se filtra al exterior.

Ya en el pasillo, el médico se detuvo ante una puerta.

—Veré si está despierta.

Wallander aguardó fuera. No le gustaban los hospitales y quería marcharse de allí tan pronto como fuese posible.

Pero, mientras reflexionaba sobre ello, se le ocurrió una idea. Recordó algo que el doctor Göransson le había dicho sobre la existencia de métodos muy simples para medir el nivel de azúcar en la sangre de una persona. En ese momento, salió el médico.

—Está despierta.

—Disculpa. Quería pedirte otra cosa que no tiene nada que ver con este caso. ¿Podrías hacerme una prueba de azúcar?

El facultativo lo miró asombrado.

—¿Por qué?

—Porque mañana tengo una cita con el médico precisamente para eso, pero sé que no voy a tener tiempo de acudir.

—¿Eres diabético?

—No. Pero tengo el nivel de azúcar muy alto.

—Pues entonces, eres diabético.

—Sí, bueno. La cuestión es si puedes medirme el azúcar o no. No llevo encima la tarjeta sanitaria, pero quizá puedas hacer una excepción.

En ese momento apareció por el pasillo una enfermera. El médico la detuvo para preguntarle:

—¿Tienes un glucómetro a mano?

—Claro que sí.

Wallander leyó su nombre en la bata: Brundin.

—¿Podrías hacerle una prueba de glucemia a Wallander? Después entrará en la habitación de Isa Edengren para hablar con ella.

La enfermera asintió y Wallander le dio las gracias al doctor.

Ella le pinchó el dedo y dejó caer una gota de sangre sobre una tira de papel extendida sobre un aparato que parecía un radiocasete portátil.

—Quince y medio. Más alto, imposible —sentenció la mujer.

—Sí, es una mierda —comentó Wallander—. Gracias, eso es todo lo que quería saber.

Ella lo miró de arriba abajo, sin insolencia.

—Creo que pesas algo más de la cuenta.

Wallander asintió y, de pronto, se sintió tan avergonzado como un niño al que sorprenden cometiendo una travesura.

Segundos después entró en la habitación de Isa Edengren. Esperaba encontrársela acostada en la cama, pero la halló sentada en un sillón, con la manta hasta la barbilla. La única luz existente procedía de la lámpara del cabecero de la cama, y a Wallander le costó distinguir su rostro. No obstante, al acercarse, pudo ver sus ojos, que lo observaban con una expresión que muy bien podía calificarse de temor. Le tendió la mano al tiempo que se presentaba, antes de sentarse en un taburete que había cerca de la joven.

«Esta muchacha ignora aún lo sucedido», reflexionó. «No sabe que tres de sus mejores amigos están muertos. O, ¿quién sabe?, tal vez ya se lo había imaginado, tal vez esperó inútilmente su regreso y, al final, no soportó la idea…»

Corrió el taburete y lo acercó un poco más al sillón donde estaba sentada la joven. Isa no dejaba de observarlo. Nada más entrar en la habitación, Wallander se había acordado de su hija Linda. También ella, a la temprana edad de quince años, había intentado suicidarse. Ésa fue una de las razones, según comprendió más tarde, por las que su ex mujer, Mona, había decidido separarse. Sin embargo, también constituía uno de los episodios de su vida que él nunca alcanzó a comprender realmente, pese a haber hablado del tema con Linda, años después, en repetidas ocasiones. Y, por más que lo intentaba, el meollo del problema siempre se le escapaba. Y en aquellos momentos se preguntaba si podría entender por qué la muchacha que tenía a su lado había intentado quitarse la vida.

—Fui yo quien te encontró —comenzó el inspector—. Creo que ya lo sabes. Lo que aún ignoras es por qué fui a verte a Skårby, y por qué di varias vueltas a la casa y terminé por entrar en el cenador en el que te encontré inconsciente.

Wallander hizo una pausa para darle ocasión de intervenir, pero ella no hacía más que mirarlo.

—Tú ibas a celebrar la fiesta de San Juan con Martin, Astrid y Lena —continuó—. Pero te pusiste enferma, te entró dolor de estómago y te quedaste en casa. ¿Es eso cierto?

Al ver que ella seguía sin reaccionar, Wallander, de pronto, no supo cómo proseguir. ¿Cómo iba a contarle lo sucedido? Por otro lado, al día siguiente aparecería la noticia en todos los periódicos. Antes o después, e hiciese Wallander lo que hiciera, Isa quedaría conmocionada. «Ann-Britt tendría que haberme acompañado», pensó. «Ella habría sabido manejar esta situación mucho mejor que yo.»

—Después de aquella fiesta, la madre de Astrid recibió algunas postales —le explicó—. Firmadas por los tres. O quizá sólo por Astrid, no recuerdo bien. Postales enviadas desde Hamburgo, París y Viena. ¿Habíais planeado salir de viaje después de vuestra fiesta?

Entonces ella habló. Pero con una voz tan tenue que al inspector le costó entenderla.

—No —musitó la muchacha—. No habíamos planeado nada.

A Wallander se le hizo un nudo en la garganta. Su voz era tan débil que parecía ir a quebrársele en cualquier momento. Por otro lado, seguía dándole vueltas al modo en que le contaría cómo su gastroenteritis le había salvado la vida.

En realidad, a Wallander le habría gustado poder llamar al médico con el que había hablado minutos antes y preguntarle qué debía hacer, cómo se lo habría dicho él. Pero algo se lo impidió, algo que lo impulsó en otra dirección.

—Háblame de aquella fiesta.

—¿Y por qué iba yo a hablarte de nuestra fiesta?

Se preguntó cómo una voz tan quebradiza podía sonar al mismo tiempo tan firme. Sin embargo, notó que su actitud no era de rechazo total, y calculó que ella le proporcionaría las respuestas según el talante con que él formulase las preguntas.

—Bueno…, tengo curiosidad. La madre de Astrid está preocupada.

—Era una fiesta normal y corriente.

—Pero pensabais disfrazaros con trajes de la época de Bellman, ¿verdad?

Ella no podía figurarse cómo lo había averiguado. Y era una pregunta arriesgada, pues la joven podía cerrarse en banda. Sin embargo, Wallander ya preveía que, en breve, cuando la pusiese al corriente de lo que les había sucedido a sus amigos, la joven se negaría a hablar.

—Sí. A veces nos disfrazábamos.

—¿Por qué lo hacíais?

—Porque así la fiesta tenía un toque especial.

—¿Te refieres a lo de salir de una época para entrar en otra? ¿Eso daba a las fiestas un toque especial?

—Pues sí.

—¿Os disfrazabais siempre con trajes de la época de Bellman?

Wallander creyó advertir cierto tono de desprecio en su respuesta:

—Nosotros nunca nos repetíamos.

—¿Por qué no?

La muchacha no contestó a aquella pregunta, por lo que él concluyó que era importante. Así, trató de retroceder un paso y abordar el tema desde otra perspectiva.

—Pero ¿de verdad que puede saberse cómo se vestía la gente en el año 1100, por ejemplo?

—Claro que sí, pero nunca nos trasladamos a esa época.

—¿Cuál era el criterio para elegir la época?

Tampoco en esta ocasión quiso responder Isa Edengren. Wallander empezó a entrever un rasgo común en las preguntas que a ella no le gustaba contestar.

—Cuéntame qué ocurrió en la noche de San Juan.

—Me puse enferma.

—Debió de ser algo repentino, ¿me equivoco?

—Sí, la gastroenteritis suele ser repentina.

—¿Qué sucedió exactamente?

—Martin vino a buscarme y le dije que no podía acompañarlos.

—¿Y cómo reaccionó?

—Pues, lógicamente, me preguntó si era verdad.

Wallander no comprendió bien su respuesta.

—¿Qué quieres decir?

—Uno puede decir la verdad. O todo lo contrario. Si uno no dice la verdad, queda fuera.

Wallander reflexionó un instante. «En primer lugar, obvia mi pregunta acerca de por qué no se repiten. Tampoco quiere contarme en función de qué criterios eligen las distintas épocas. Y ahora me dice que, si uno no dice la verdad, queda fuera. Pero ¿fuera de qué?»

—Es decir, que os tomabais vuestra amistad muy en serio. Estaba prohibido mentir. A la menor falsedad, el responsable quedaba excluido. ¿Estoy en lo cierto?

Ella lo miró con expresión de auténtico asombro.

—¿Qué otra cosa podría ser la amistad?

Wallander asintió.

—Sí, claro. Sin lugar a dudas, la amistad debe basarse en la confianza mutua.

—¿Acaso existe otra cosa?

—No sé. Quizás el amor…

Ella tiró de la manta y se tapó de nuevo hasta la barbilla.

—¿Qué pensaste cuando comprendiste que se habían ido de viaje a Europa sin decirte nada? — siguió el inspector.

Ella clavó en él una mirada intensa y prolongada antes de responder:

—Ya he contestado antes a esa pregunta.

A Wallander le llevó unos minutos comprender a qué se refería.

—Ya. Te refieres al policía que te visitó este verano. Él te hizo la misma pregunta, ¿no?

—Pues claro. ¿A qué otra cosa iba a referirme?

—¿Recuerdas qué día fue a verte?

—El 1 o el 2 de julio.

—¿Qué más te preguntó?

De improviso, la muchacha se inclinó hacia Wallander con un movimiento tan rápido que él se sobresaltó.

—Ya sé que está muerto. El policía que se llamaba Svedberg. ¿Por eso has venido?

—No exactamente. Pero me gustaría saber qué más te preguntó.

—Nada.

Wallander frunció el entrecejo.

—Bueno, seguro que te hizo alguna otra pregunta.

—No, ninguna. Lo tengo grabado en una cinta.

—¿Grabaste la conversación con Svedberg en un casete?

—Sí, sin que él se diera cuenta. Suelo hacerlo. Sin que la gente lo sepa, grabo lo que dicen.

—Así que grabaste a Svedberg.

—Sí.

—¿Dónde está ese casete?

—En el cenador, en el mismo sitio donde me encontraste. Tiene un ángel azul en la carátula.

—¿Un ángel azul?

—Sí, diseño mis carátulas yo misma.

—¿Te importa que envíe a alguien a buscarla?

—¿Por qué iba a importarme?

Wallander llamó a la comisaría y dio instrucciones al jefe de guardia de que enviase una patrulla a recoger el casete, además del reproductor portátil que recordaba haber visto sobre la mesa que había junto al diván.

—¿Un ángel azul? — preguntó el policía, intrigado.

—Eso es. Un ángel azul en la carátula. Y date prisa.

Les llevó exactamente veintinueve minutos. Mientras aguardaban, Isa Edengren pasó más de un cuarto de hora en el baño. Cuando regresó, Wallander observó perplejo que se había lavado el cabello. Por otro lado, se le ocurrió que tendría que haberlo inquietado la posibilidad de un nuevo intento de suicidio.

El policía entró en la habitación y dejó el casete y el reproductor. La joven asintió al ver el casete. Se puso los auriculares y escuchó hasta llegar al inicio de la entrevista con Svedberg.

—Aquí —le dijo tendiéndole los auriculares al inspector.

La voz de Svedberg llegó a sus oídos con una fuerza tan arrolladora que Wallander dio un respingo; era como si alguien le hubiese pinchado por sorpresa. Después lo oyó aclararse la garganta y formular su pregunta. La respuesta de la joven quedaba desvaída, engullida por un ruido distante e impreciso. Él rebobinó la cinta y la escuchó una vez más.

La muchacha no se había equivocado.

Tenía razón, pero, al mismo tiempo, no la tenía. Svedberg había formulado la misma pregunta que él pero, al mismo tiempo, era una pregunta distinta. En efecto, existía entre ambas una diferencia fundamental.

«¿Qué pensaste cuando comprendiste que se habían ido de viaje a Europa sin decirte nada?» Así había articulado Wallander su pregunta.

Por el contrario, Svedberg la había formulado de un modo que modificaba el contenido de forma radical. El inspector escuchó de nuevo aquella voz tan familiar:

«¿De verdad crees que se han ido de viaje por Europa?».

Wallander la puso una última vez antes de quitarse los auriculares. Isa no había contestado a la pregunta de Svedberg.

«Svedberg lo sabía», concluyó.

«El 1 o el 2 de julio, ya lo sabía.»

«Sabía que no habían emprendido ningún viaje por el extranjero.»

14

La conversación prosiguió. El reproductor continuaba allí, sobre la mesa que había junto a ella, así como el casete, que, adornado con la imagen de un ángel azul, contenía el último registro de la voz de Svedberg. Wallander siguió con sus preguntas, aunque le costaba concentrarse. Por si fuera poco, experimentaba un tormento indecible ante la decisión que se vería obligado a tomar en breve. ¿Quién le diría a Isa Edengren lo que les había ocurrido a sus amigos en el parque natural? ¿Quién sería capaz de hacerlo? ¿Y cuándo? Wallander tenía la vaga sensación de haberla traicionado al no haberle revelado la verdad desde el principio. A aquellas alturas, pasadas las nueve de la noche y en vista de que no obtendría más información, aquello era lo único que le quedaba por hacer. Con el pretexto de que iba a buscar un café, una vez en el pasillo llamó a Martinson, que le explicó que ya estaban regresando a Ystad y que pronto no quedarían en el parque más que los expertos en criminología y los agentes encargados de vigilar el lugar. Nyberg y sus hombres seguirían trabajando durante la noche. Por su parte, Wallander le dijo dónde se encontraba y le pidió que le pasase el teléfono a Ann-Britt Höglund, a quien pidió ayuda, sin rodeos.

—Hay otra persona a la que comunicarle esas muertes: Isa Edengren. Imposible saber cómo va a reaccionar.

—Bueno, después de todo, está en un hospital. ¿Qué podría ocurrirle?

La frialdad que creyó detectar en aquellas palabras lo sorprendió. Pero enseguida se dio cuenta de que no era más que una estrategia de Ann-Britt para protegerse. De hecho, nada podía resultar más cruel que el tétrico y repulsivo espectáculo que se había visto obligada a contemplar durante aquel largo día de agosto.

—Ya. En cualquier caso, no estaría mal que vinieses —sugirió él—. De ese modo no tendré que pasar el trago yo solo. No olvides que no hace ni tres días que intentó quitarse la vida.

Concluida la conversación, buscó a la enfermera que le había hecho la prueba del nivel de glucemia y le pidió el nombre y el número de teléfono particular del médico. Además, aprovechó la ocasión para preguntarle qué impresión le había causado Isa Edengren.

—A veces, las personas que intentan suicidarse dan muestras de gran fortaleza —explicó la enfermera—. Por supuesto, otras se caracterizan por lo contrario; pero a mí me dio la impresión de que Isa Edengren pertenece al primer grupo.

Le preguntó si había algún lugar donde pudiese conseguir un café y ella le indicó que había una máquina en la planta baja del hospital. Wallander llamó a casa del médico. Primero respondió un niño pequeño, luego oyó la voz de una mujer y, finalmente, pudo hablar con el doctor.

—Cuando llegué, no caí en la cuenta, la verdad. Hemos de contarle a la joven lo ocurrido si no queremos que se entere mañana por vías que no podemos controlar bien. La cuestión es cómo va a reaccionar.

El médico comprendió la situación y prometió que iría. Wallander se lanzó a la búsqueda de la máquina de café. Cuando la encontró, se dio cuenta de que, como era de esperar, no tenía monedas en el bolsillo, sólo billetes. Entonces vio a un hombre mayor que se arrastraba torpemente tras un andador. Cuando Wallander, algo apocado, le preguntó si tenía cambio, el hombre meneó la cabeza y le dio las monedas que necesitaba. Wallander permaneció frente a él, tendiéndole el billete.

—Voy a morir muy pronto —le dijo el hombre—. Más o menos dentro de tres semanas. ¿Para qué quiero yo el dinero?

El anciano siguió hacia delante, como tirando de sí mismo. A Wallander le había dado la impresión de que el hombre estaba de un humor excelente. Siguió sus torpes movimientos lleno de admiración. Después se dispuso a sacar un café, pero se equivocó de botón, con lo que la máquina le sirvió un café con leche, que sólo tomaba en contadas ocasiones. Regresó con la taza a la planta donde se encontraba Isa Edengren. Ann-Britt Höglund acababa de llegar, pálida y ojerosa, y le comunicó que no habían descubierto ninguna pista decisiva que ayudase en la investigación. Él advirtió en el tono de su voz un profundo cansancio. «Todos estamos cansados», reflexionó, «agotados, antes de haber empezado siquiera a sondear las profundidades de la pesadilla en la que nos hemos sumido.»

Le contó a Ann-Britt su conversación con Isa Edengren. Ella quedó atónita cuando supo que había una cinta con la voz de Svedberg. Wallander no le ocultó la única conclusión lógica a la que lo había abocado la entrevista con la joven: que Svedberg sabía —o, al menos, sospechaba- que los tres jóvenes no habían salido de viaje.

—¿Cómo podía saberlo? — inquirió Ann-Britt Höglund—. Imposible, a menos que hubiese tenido una relación muy estrecha con lo ocurrido.

—Una cosa está clara —concluyó Wallander—. De un modo u otro, Svedberg, por así decirlo, se encontraba en los aledaños de los acontecimientos. Sin embargo, no estaba al corriente de todos los detalles, pues, en caso contrario, no se habría visto en la necesidad de ir haciendo preguntas.

—Sea como sea, eso indica que no fue Svedberg quien los mató —señaló ella—. Aunque tampoco creo que nadie sospechara eso en serio…,

—Lo cierto es que a mí sí se me pasó la idea por la cabeza —reconoció Wallander—. Pero, ahora la situación ha cambiado radicalmente. Además, estoy convencido de que podemos ir aún más lejos en nuestras conclusiones. Svedberg empezó a hacer preguntas tan sólo unos días después de San Juan, preguntas que indican que sabía algo. La cuestión es qué…

—Tal vez que estaban muertos.

—No necesariamente. Él sabía lo mismo que nosotros…, hasta que los encontramos muertos.

—Pero ¿sospechaba algo?

—He ahí el nudo de la cuestión. De ese modo llegamos a la pregunta más importante. ¿De dónde procedía ese presentimiento suyo? ¿O su miedo? ¿O su sospecha?

—Quizás él supiera algo que nosotros ignoramos.

—Desde luego, algo suscitó en él ciertas sospechas o, al menos, una vaga suposición. Nunca sabremos qué era. Pero, curiosamente, no quiso compartir con nosotros esa información, sino que prefirió comprobarla por sí mismo. Se fue de vacaciones y, exhaustivo e infatigable, inició su propia investigación.

—Así pues, la cuestión es qué sabía él.

—Ése, y no otro, es el punto que estamos buscando.

—Sin embargo, eso no explica por qué lo mataron.

—Ni por qué nos ocultó esa información.

Ella frunció el entrecejo.

—¿Por qué se oculta una información?

—Porque uno no quiere que se sepa. O para no descubrirse uno mismo.

—Puede que exista un eslabón intermedio.

—Sí, ya lo he pensado. Que haya una o varias personas entre Svedberg y los sucesos que nos ocupan.

—¿Una mujer llamada Louise?

—Es posible. Pero, por ahora, no lo sabemos.

Se oyó una puerta al fondo del pasillo. Llegaba el médico y, con él, la hora de la verdad. Isa Edengren seguía sentada cuando Wallander entró.

—Hay algo que tengo que comunicarte —le reveló una vez que se hubo sentado junto a ella—. Algo que no te será fácil digerir. Por eso quisiera que tanto el médico que ha estado cuidándote como una colega mía que se llama Ann-Britt Höglund estuviesen presentes.

Notó que la joven empezaba a amedrentarse, pero él ya no podía echarse atrás. Los otros dos entraron y Wallander le reveló la verdad: habían encontrado a sus amigos, pero estaban muertos. Alguien los había asesinado.

Wallander sabía que la reacción podía producirse de inmediato, o demorarse un tiempo, nadie podía prever cuánto.

—Queríamos decírtelo cuanto antes, para que no tuvieses que enterarte por los periódicos.

La muchacha no parecía reaccionar.

—Tal vez no sea el momento más oportuno, pero hay una pregunta que no puedo dejar de formularte. ¿Tienes idea de quién pudo hacer tal cosa?

—No. — Fue apenas un hilo de voz, pero la respuesta sonó clara. Wallander prosiguió.

—¿Alguien más sabía dónde ibais a celebrar vuestra fiesta?

—Nunca se hablaba de eso con nadie que no fuese a participar.

Al inspector le dio la impresión de que la joven parecía estar repitiendo una regla. Sí, quizás había hecho precisamente eso: reproducir los términos de una norma que, al parecer, había regido en el grupo.

—Así que nadie más que tú lo sabía.

—Nadie.

—Tú no acudiste, puesto que caíste enferma. Pero sí lo sabías, ¿no es así?

—Sí, iba a ser en el parque natural.

—¿Y pensabais disfrazaros?

—Sí.

—¿Ese detalle tampoco lo conocía nadie? ¿Todo lo preparabais en secreto?

—Sí.

—¿Por qué tenía que ser un secreto?

Ella no contestó. «Así que he vuelto a pisar terreno prohibido», detectó Wallander. «Y cuando eso ocurre, simplemente, no contesta.» embargo, él sabía que la muchacha tenía razón, que nadie sabía de iban a celebrar su fiesta.

Ya no tenía más preguntas que formular.

—Bien, vamos a dejarte ya. Si se te ocurre algo más, el personal del hospital sabe dónde puedes localizarme. También quiero que sepas que he hablado con tu madre.

La joven se estremeció y, de repente, empezó a chillar:

—¿Y eso por qué? ¿Qué tiene ella que ver conmigo?

Wallander se sintió muy incómodo.

—No tenía otra opción. Te había encontrado inconsciente. En esos casos, mi obligación es ponerme en contacto con los familiares.

Pareció que la joven iba a decir algo más, tal vez a protestar, pero luego se arrepintió y se echó a llorar. El médico les hizo una seña a Wallander y a Ann-Britt indicándoles que salieran. Ya en el pasillo y con la puerta cerrada, Wallander notó que estaba empapado en sudor.

—Cada vez me cuesta más trabajo —comentó—. Apenas si soy capaz de hacerlo.

Abandonaron el hospital. Hacía una noche cálida. Wallander le devolvió a Ann-Britt las llaves de su coche.

—¿Has comido algo? — inquirió ella.

Él negó con la cabeza.

Ann-Britt puso rumbo al puesto de salchichas de la calle Malmövägen, donde Wallander ya había comido en alguna que otra ocasión. Aguardaron armados de paciencia y en silencio hasta que los últimos miembros de un equipo deportivo de Vadstena hubieron terminado de hacer sus pedidos. Cuando entraron en el coche y empezaron a comer, Wallander se dio cuenta de que, por un lado, estaba hambriento, pero por otro no podía probar bocado.

Después, se quedaron hablando en el coche.

—Mañana todo será de dominio público —comentó Ann-Britt—. ¿Qué ocurrirá entonces?

—En el mejor de los casos, obtendremos información de utilidad. En el peor, nos tacharán de inútiles.

—¿Estás pensando en Eva Hillström? — le preguntó ella.

—Ya ni sé en qué estoy pensando. Pero hay cuatro personas muertas, por disparos efectuados con dos armas muy diferentes.

—¿Qué te sugiere eso? ¿Qué tipo de persona hemos de buscar?

Wallander meditó un instante antes de contestar.

—Ser capaz de matar a un semejante implica siempre una especie de locura —sentenció-, pérdida de control. Sin embargo, en este caso hay también un componente de premeditación. Se me antoja que, posiblemente, uno dude un poco más cuando se trata de matar a un policía. Por otro lado, no dejo de pensar en lo que acaba de decirnos Isa Edengren, que nadie más sabía dónde iban a celebrar la fiesta. Pero está claro que alguien lo sabía. Me niego a creer que se tratase de una casualidad.

—Es decir, que buscamos a alguien que sabía que aquellos jóvenes iban a celebrar una fiesta secreta.

—Eso es. Y Svedberg se figuraba quién podía ser ese alguien —añadió Wallander.

Se agotó el tema de conversación. «Esto no es lógico. Aquí hay un dato decisivo que estamos pasando por alto y que no soy capaz de detectar.»

—Mañana es lunes —le recordó ella—. Eso significa que publicarán la foto de Louise. Y esperemos que también nos lleguen informes de la unidad forense de Lund, e incluso alguna información de la gente…

—Soy demasiado impaciente —la interrumpió Wallander—. Ése es mi mayor defecto, y, además, noto que se agrava con los años.

Llegaron a la comisaría pasadas las diez de la noche y a Wallander le sorprendió no ver a un solo periodista; estaba convencido de que la noticia del descubrimiento de los jóvenes asesinados ya habría salido a la luz. Se quitó la chaqueta, la dejó en su despacho, y se dirigió al comedor, lleno de agentes que, cansados y taciturnos, se inclinaban sobre sus tazas de café y unas pizzas a medio comer. Pensó que debería dirigirles unas palabras de aliento, pero ¿cómo levantar los ánimos de quienes acababan de ver a tres jóvenes asesinados a tiros sobre un mantel azul en un paisaje estival? Y, por si fuera poco, con el asesinato de uno de sus colegas como telón de fondo.

Wallander no dijo nada. Simplemente hizo un gesto con la cabeza, como haciéndoles saber que estaba allí.

Hanson lo miró con los ojos velados por el cansancio.

—¿Cuándo nos sentamos a trabajar?

Wallander echó un vistazo a su reloj.

—Hacia las once. ¿Dónde está Martinson?

—Llegará de un momento a otro.

—¿Y Lisa?

—Está en su despacho. Creo que pasó un mal trago en Lund, con los padres de todos los jóvenes. Una pareja tras otra tuvo que entrar a identificar a su hijo. Aunque creo que Eva Hillström acudió sola.

Wallander lo escuchó sin pronunciar palabra y se fue directamente al despacho de Lisa Holgersson, que tenía la puerta entreabierta, por lo que pudo verla sentada y del todo inmóvil tras su escritorio. Parecía tener los ojos empañados. Dio unos toquecitos en la puerta y empezó a empujarla, hasta que ella le indicó que entrase.

—¿No te habrás arrepentido de haber ido a Lund tú sola?

—No hay nada de lo que arrepentirse. Aunque fue tan espantoso como me habías advertido. No hay palabras para unos padres que, de pronto, un buen día de agosto, han de identificar a sus hijos muertos. Los técnicos que prepararon los cadáveres habían hecho un buen trabajo, pero era imposible ocultar que llevaban muertos bastante tiempo.

—Hanson dijo que Eva Hillström acudió sola.

—Así es. Además, fue la que mejor supo dominarse. Seguramente porque ya se lo esperaba.

—Acabará acusándonos, tal vez con razón, de no haber hecho nada.

—¿De verdad crees que ella tiene razón?

—No, pero no sé hasta qué punto puede tener valor mi opinión. Si hubiésemos contado con más personal, o si no hubiese ocurrido en periodo de vacaciones, todo habría sido diferente. Siempre encontramos una justificación, pero, al final, lo que cuenta es que uno se halla con una madre sola que ve como sus peores sospechas se confirman.

—Yo pensaba preguntarte si te parece oportuno que pidamos refuerzos. Ayuda externa, vamos. Y tan pronto como sea posible.

Wallander estaba demasiado cansado para discutir. Sin embargo, en el fondo, no estaba de acuerdo con ella. Siempre ocurría lo mismo: todos albergaban la esperanza de que, si aumentaba el número de agentes, se conseguiría el objetivo con mayor rapidez. No obstante, la experiencia le había demostrado lo contrario: un grupo reducido pero compacto actuaba con mayor diligencia y eficacia.

—¿Tú qué opinas? — insistió ella.

Wallander se encogió de hombros.

—Ya sabes lo que pienso, pero si quieres pedir refuerzos, no me opondré.

—Yo creo que deberíamos sacar el tema a colación esta misma noche.

—Estamos demasiado cansados —replicó Wallander—. Nadie opinará con sensatez. Mejor esperamos a mañana.

Eran ya casi las once. Wallander se levantó y se dirigieron juntos a la sala de reuniones. Por el pasillo se toparon con Martinson, que tenía los pantalones llenos de barro.

—¿Qué ha ocurrido? — se extrañó Wallander.

—Intenté tomar un atajo en el parque —explicó apesadumbrado el policía-, y sin querer metí la pierna en un charco. Pero tengo otro par de pantalones en el despacho. Voy enseguida.

Wallander entró en los servicios a beber agua. Vio su imagen reflejada en el espejo; apartó la vista.

A las once y diez minutos cerraron la puerta. La silla de Svedberg seguía vacía. Nyberg acababa de llegar del lugar del crimen. Wallander lo interrogó con la mirada, y Nyberg negó con la cabeza: no habían descubierto nada de interés.

Wallander empezó relatando su visita al hospital. Se había acordado de llevarse el casete y el reproductor. Al escucharse la voz de Svedberg, un intenso malestar cundió en toda la sala. Sin embargo, cuando Wallander, muy concentrado, les expuso sus conclusiones, notó que el cansancio se disipaba por un instante. Svedberg sabía algo. Y había que averiguar si ése fue el motivo por el que lo asesinaron.

El inspector apartó el reproductor y dejó caer las palmas de las manos sobre la mesa. Cuando abrió la boca para empezar a hablar, no tenía ni idea de lo que iba a decir. Y rebuscó en su mente hasta dar con el hilo conductor que necesitaba.

Estuvieron revisando los datos y las pistas de que disponían. En determinado momento, superaron tanto el cansancio como el profundo malestar que los embargaba.

«Una batida puede llevarse a cabo tanto en un paisaje físico como en uno espiritual», reflexionó Wallander. «Eso es exactamente lo que estamos haciendo, peinando nuestras observaciones, en lugar de unos matorrales que se resisten. Sin embargo, los procedimientos son bastante similares»

Se tomaron una pausa poco después de las doce de la noche. En el momento de reunirse de nuevo, Martinson se sentó sin darse cuenta en la silla de Svedberg, pero se percató enseguida de su lapsus y se cambió de sitio. Wallander aprovechó la pausa para orinar y para beber agua. Tenía la boca seca y le dolía la cabeza, pero aguantó el tirón y se dio ánimos para seguir adelante. Durante la pausa, entró también en su despacho y llamó al hospital. Tras una prolongada espera pudo al fin hablar con la enfermera que le había extraído la muestra de sangre.

—La chica está durmiendo —explicó—. Quería que le diese un somnífero, pero, claro, en su caso, no nos está permitido. Sin embargo, creo que ha conseguido dormirse sin la pastilla.

—¿Han telefoneado sus padres? ¿Su madre, tal vez?

—No. Sólo un hombre que dijo ser su vecino.

—¿Lundberg?

—Sí, eso es.

—No reaccionará hasta mañana, creo yo —comentó Wallander.

—¿Qué es lo que ha sucedido, en realidad?

Wallander, que no vio motivo alguno para ocultárselo, se lo contó. Al acabar, ella guardó silencio un buen rato.

—Parece mentira. ¿Cómo pueden ocurrir esas cosas?

—No lo sé —confesó Wallander—. Para mí es tan incomprensible como para cualquier otra persona.

Tras la conversación, regresó a la sala de reuniones. Se sentía preparado para ofrecer una síntesis de todas las conclusiones.

—Ignoro por qué se han producido estos hechos —comenzó-, Al igual que a vosotros, no me cabe en la cabeza qué tipo de locura puede llevar a nadie a matar a tiros y a sangre fría a tres jóvenes que celebraban su fiesta de San Juan. No logro vislumbrar ningún móvil, y por tanto tampoco puedo imaginarme al posible autor del crimen. Sin embargo, sí puedo distinguir una especie de curso de los acontecimientos, el mismo que vosotros, supongo. No está del todo claro y adolece de muchas lagunas, pero, en fin, algo es algo. Quisiera repasarlo otra vez. Corregidme si me equivoco y añadid lo que se me olvide.

Extendió el brazo para alcanzar una botella de agua Ramlösa con gas y se llenó el vaso antes de proseguir.

—En algún momento de la tarde del 21 de junio, tres jóvenes llegan al parque natural de Hagestad. Se supone que accedieron al lugar en dos vehículos, que no hemos hallado aún; averiguar dónde están esos coches es una de los asuntos más urgentes y, por ahora, pendientes. Según Isa Edengren, que iba a participar en la fiesta pero que cayó enferma, con lo que salvó así su vida, habían elegido previamente el lugar. Por otro lado, la fiesta era una especie de juego en el que se disfrazaron. Además, no era la primera vez que esto ocurría. Creo que debemos intentar comprender seriamente qué se traían entre manos. Tengo el convencimiento de que los unían lazos muy estrechos que tal vez excediesen los límites de la amistad. Sin embargo, ignoramos hasta la fecha de qué tipo de lazos se trataba. Así pues, llegan al lugar y ponen la mesa para celebrar una fiesta recreando el ambiente de la época de Bellman. Van disfrazados, llevan pelucas y acompañan la cena con la música de las Epístolas de Fredman. Otro hecho que desconocemos es si alguien los ha estado observando, ya sea cuando llegaron al parque, ya sea en el transcurso de la noche. El lugar se encuentra, desde luego, bien apartado de posibles miradas de extraños. Y, de repente, algo sucede. Aparece un asesino y los mata. Todos han sido alcanza dos por un tiro de bala en medio de la frente. Tampoco podemos decir cuál fue la clase de arma utilizada, aunque sí afirmar que el tirador sabía lo que hacía y que no pareció dudar lo más mínimo. Hasta que finalmente, cincuenta y un días más tarde, encontramos los cadáveres. Esto es, con toda probabilidad, lo que ha sucedido. Sin embargo, antes de saber con certeza cuánto tiempo llevan muertos, no podemos excluir la eventualidad de que todo se desarrollara de otro modo. Ni siquiera tiene por qué haber sucedido durante la fiesta de San Juan, sino que puede haber ocurrido después. Simplemente, no lo sabemos. con independencia de cuándo ocurrió, hemos de concluir que el asesino debía de conocer algunos detalles. Es ilógico pensar que este triple asesinato fuera fruto de una casualidad. Por supuesto, tampoco podemos descartar la idea de que el autor del crimen sea un loco. En realidad, no podemos obviar ninguna posibilidad. Pese a todo, no pocas circunstancias apuntan al hecho de que el asesinato de estos jóvenes forma parte de un plan muy estudiado, si bien soy incapaz de imaginarme siquiera qué tipo de plan puede ser ése. ¿Qué ser humano puede querer acabar con tres jóvenes vidas en el preciso instante en que se entregan al disfrute y a la diversión? ¿Cuál puede ser el motivo? La verdad, no logro entenderlo. Y he de decir que nunca me he visto en una situación similar.

Guardó silencio entonces, aunque aún no había concluido, pues quería ofrecerles a sus compañeros la posibilidad de formular alguna pregunta. No obstante, como nadie abrió la boca, volvió a tomar la palabra.

—Hay algo más —anunció—. Si el asesinato de Svedberg es el principio o el final, o más bien un paso intermedio o un suceso paralelo a la conducta de estos tres jóvenes durante la noche de San Juan, es algo que también ignoramos. Lo cierto es que Svedberg ha sido asesinado. Hemos hallado en su apartamento una fotografía en la que aparece uno de los jóvenes asesinados. Una fotografía tomada durante una de sus fiestas. Sabemos que Svedberg se lanzó a hacer pesquisas en cuanto Eva Hillström y los padres de los otros dos muchachos comunicaron a la policía su preocupación por el hecho de que sus hijos se hubiesen marchado de viaje. El porqué de su solitaria investigación es otro dato que desconocemos. Pese a todo, hubo un punto de contacto entre ambos sucesos. Y eso es algo que no podemos ignorar. Debemos empezar a trabajar por ahí. Y hemos de dirigir nuestras fuerzas en varias direcciones al mismo tiempo. — Dejó el lápiz sobre la mesa y se echó hacia atrás en la silla. Comprobó que le dolía la espalda. Dirigió la. mirada a Nyberg—. Tal vez esté precipitándome —añadió—. Pero el hecho es que tanto Nyberg como yo tuvimos la firme sensación de que, en el parque, habían dispuesto el lugar del crimen como un escenario.

—Yo no me explico cómo pudieron haber estado allí durante cincuenta y un días sin que nadie los descubriera —intervino Hanson, abatido—. En verano, va siempre un montón de gente a ese parque.

—Sí, yo tampoco lo entiendo —convino Wallander—. Y eso nos brinda tres alternativas. La primera, que estamos equivocados en el punto de partida y aquello no era la fiesta de San Juan, sino otra que se celebró más tarde. La segunda, que el lugar donde los hallamos y el lugar del crimen no son el mismo. La tercera, que sí lo sean, pero que los cadáveres fueran desplazados y vueltos a colocar allí más tarde.

—¿Quién haría algo así? — inquirió Ann-Britt Höglund—. Y, sobre todo, ¿por qué?

—Pues eso es, precisamente, lo que yo creo que ha sucedido —afirmó Nyberg.

Todos los presentes se volvieron hacia él. Nyberg no solía mostrarse tan seguro en la fase preliminar de una investigación.

—Sí, yo tuve la misma impresión que Kurt —explicó—. Que aquello estaba amañado. Más o menos, como cuando un fotógrafo va a tomar una fotografía en un estudio. Además, descubrí algunos detalles que me dieron que pensar.

Wallander aguardaba, impaciente, pero de pronto fue como si Nyberg hubiese perdido el hilo.

—Te escuchamos —lo animó el inspector.

Nyberg meneó la cabeza.

—De todos modos, admito que parece una locura. ¿Por qué motivo alguien trasladaría a una persona muerta, para luego devolverla al lugar del crimen?

—Puede haber muchas razones —apuntó Wallander—. Para retrasar el descubrimiento, para así ganar tiempo y desaparecer…

—O para poder enviar unas cuantas postales —les recordó Martinson.

Wallander asintió, y después propuso:

—Veámoslo paso a paso. No debemos descartar ninguna hipótesis, pero sí analizar cuál sería la más probable.

—Las copas me dieron la pista —dijo Nyberg despacio—. En dos de ellas había aún restos de vino. En una, unos posos, en la otra, unos dedos de vino. Como es natural, tendría que haberse evaporado hace tiempo. Pero lo que más me sorprendió fue lo que no había: ni mosquitos ni ningún otro insecto muerto. Y en aquellos posos tendrían que haber caído algunos. Todos sabemos lo que ocurre cuando dejamos por la noche a la intemperie un vaso con vino. Por la mañana lo encontramos lleno de insectos muertos. Sin embargo, en esas copas no había nada.

—¿Cómo interpretas esa anomalía?

—Está claro: que las copas no llevaban allí mucho tiempo cuando Mats Leman descubrió los cuerpos.

—¿Cuántas horas, crees tú?

—Bueno, no podría decirlo con precisión, como es lógico.

—Sin embargo, los restos de comida contradicen tu versión —objetó Martinson—. Pollo podrido, lechuga mohosa, mantequilla agria, pan duro y seco… Los alimentos no se estropean en unas cuantas horas.

Nyberg lo miró.

—Pues eso es precisamente lo que estamos diciendo —le explicó-, que lo que Mats y Rosmarie Leman encontraron era una escena amañada; que alguien colocó allí unas copas y vertió en ellas un poco de vino. Los alimentos podridos pueden haberse preparado en otro lugar, antes de servirlos en los platos. — Nyberg volvía a parecer tan seguro de sus palabras como al principio—. La mayoría de estas cosas podremos demostrarlas en breve. Seremos capaces de establecer cuánto tiempo estuvo expuesto a la acción del aire el vino que hallamos en las copas. Podremos determinar estos datos y demostrarlos. Sin embargo, yo ya me he hecho una idea. Si los Leman hubiesen decidido dar el paseo un día antes, no habrían encontrado nada.

Se hizo el silencio en la sala y Wallander comprendió que Nyberg había llegado más lejos que él en sus conclusiones. En efecto, él no había imaginado que los cuerpos llevasen menos de un día en el parque. Aquello implicaba que el asesino había actuado muy poco antes de que ellos llegaran al parque. Por otro lado, lo que Nyberg acababa de decir modificaba radicalmente la relación de Svedberg con el asesinato. Éste podía haber matado a los jóvenes y luego haber ocultado los cuerpos, pero no pudo sacarlos y llevarlos allí de nuevo.

—Pareces convencido. ¿Hay alguna posibilidad de que te equivoques de medio a medio? — le interpeló Wallander.

—Ninguna. Puede que me equivoque en los momentos concretos y en los lapsos de tiempo. Pero, en líneas generales, los hechos tienen que haberse producido tal como los he descrito.

—Queda una pregunta por contestar —dijo Wallander-: Si el lugar del crimen es también el lugar del hallazgo.

—Aún no hemos acabado de analizarlo todo —advirtió Nyberg—. Aunque sí parece que la sangre traspasó el mantel e impregnó la tierra.

—En otras palabras, tú crees que les dispararon allí mismo, pero que seguramente los trasladaron una vez muertos.

—Exacto.

—En ese caso, la pregunta es adónde los llevaron.

Todos comprendieron que esa pregunta era decisiva. Estaban perfilando los movimientos de un asesino. No podían verlo, no lo tenían allí delante, pero empezaban a vislumbrar parte de sus desplazamientos. Aquello era un gran avance.

—Hasta ahora nos hemos figurado que se trata de una sola persona —comenzó Wallander—. Pero, por supuesto, pueden haber sido más. Lo cual resulta, por otro lado, bastante más verosímil si aceptamos la hipótesis de que los cuerpos fueron desplazados.

—Es posible que estemos utilizando un verbo equivocado —intervino Ann-Britt Höglund—. Tal vez no sea correcto hablar de «desplazar», sino más bien de «ocultar».

Wallander se sorprendió: estaba a punto de decir exactamente lo mismo.

—Esa zona no es de las más recónditas del parque —prosiguió—. Por supuesto, se puede acceder a ella en coche, pero no está permitido y llamaría la atención. La alternativa es, por tanto, muy sencilla. Los cuerpos han estado ocultos en el parque, tal vez en las inmediaciones del lugar del crimen.

—Los perros no encontraron ninguna pista reveladora —objetó Hanson—. Pero eso no tiene por qué significar nada.

Wallander había tomado una determinación.

—No podemos permitirnos el lujo de esperar los resultados de los distintos análisis técnicos. Quiero que nos pongamos manos a la obra en cuanto haya amanecido. Se trata de buscar un lugar en el que los cuerpos hayan podido estar escondidos por un lapso de tiempo más o menos prolongado. Si nuestros razonamientos son correctos, creo que ese lugar está muy cerca.

Era ya más de la una. Wallander comprendió que todos necesitaban dormir unas horas, pues no tardarían en tener que ponerse a trabajar de nuevo.

Él fue el último en abandonar la sala de reuniones. Recogió sus papeles y se dirigió a su despacho para guardarlos en su escritorio. Después se puso la chaqueta y se marchó de la comisaría. Fuera no corría el menor soplo de aire. Seguía haciendo calor. Respiró hondo, hasta llenar del todo los pulmones. Se colocó tras un coche de la policía y orinó. A la mañana siguiente tenía cita con el doctor Göransson. Sin embargo, no pensaba ir. Su nivel de glucemia era demasiado alto: quince con cinco. Pero ¿cómo iba a pensar en su salud en aquellos momentos?

Echó a andar hacia su casa a través de la ciudad desierta.

Por el camino se dijo que, durante la larga reunión, había un tema que no habían tocado. Y Wallander sospechaba que no era el único que había pensado en ello. Ni el único al que le preocupaba.

Estaban forjándose una imagen del autor del crimen y de sus movimientos. Sin embargo, no tenían la menor idea de cómo pensaba ni de lo que lo impulsaba a actuar así.

Sobre todo, ignoraban si tenía planes de atacar de nuevo.

15

Wallander no llegó a acostarse aquella noche. Ya en la calle Mariagatan, mientras revolvía en sus bolsillos en busca de las llaves de su casa, lo invadió un inmenso desasosiego. En efecto, en algún lugar, entre las sombras, había un asesino que había actuado con total determinación. ¿Qué podía haberlo llevado a comportarse así? ¿Actuaría de nuevo? Wallander se quedó quieto un instante, con las llaves en la mano, antes de tomar una decisión. Volvió a meterse las llaves en el bolsillo de la chaqueta y se dirigió al coche. Mientras conducía a través de la ciudad dormida, introdujo un casete de ópera en el reproductor del coche, pero lo paró casi de inmediato. Reinaba en las calles una calma absoluta, y eso era precisamente lo que necesitaba. Bajó el cristal de la ventanilla para que el frescor nocturno entrase en el vehículo y el aire le diera en la cara. La angustia iba y venía, incesante como el oleaje. Buceaba en su subconsciente en pos de una especie de sortilegio, algo que lo convenciera de que el asesino no volvería a atacar, pero no encontró nada capaz de procurarle sosiego. Con toda certeza, el autor del crimen estaba ahí fuera, en la noche oscura, y allí permanecería hasta que lo atrapasen. Y no les quedaba otro remedio que atraparlo. No podían dejarlo escapar; si el asesino lograba sustraerse a la acción de la justicia, se convertiría en uno de aquellos criminales que, año tras año, perseguían a Wallander en sus sueños.

Se acordó de un caso que había investigado a principios de los años ochenta, poco después de que se mudara de Malmö a Ystad con Mona y su hija Linda. En cierta ocasión, Rydberg llamó a Wallander a altas horas de la noche para comunicarle que habían encontrado a una joven muerta en una finca a las afueras de Borrie. La muchacha presentaba una grave contusión en la frente, por lo que, a todas luces, la muerte no se había producido por causas naturales. Se dirigieron, pues, a la finca. Aquella noche de noviembre, minúsculos copos de nieve caían describiendo sinuosas curvas. No cabía la menor duda de que la joven había sido asesinada. Había ido al cine a Ystad, adonde había llegado en autobús, y de regreso tomó un atajo por las fincas que la separaban de su casa. Al ver que se retrasaba, su padre salió a buscarla al camino con una linterna. Fue él quien halló el cadáver. Iniciaron una investigación que se prolongó durante años, a lo largo de los cuales llenaron miles de páginas que acabaron engrosando archivador tras archivador. Sin embargo, nunca lograron atrapar al responsable. Ni siquiera lograron entrever un posible móvil. La única pista con la que contaban era un llavero roto, hallado junto al cuerpo de la chica, salpicado de unas gotas de sangre. Eso era todo. Nunca consiguieron resolver el crimen. En numerosas ocasiones, después de que se cerrase el caso, entró Rydberg en el despacho de Wallander para hablar de la muchacha: se le había ocurrido alguna idea que quería comentar con él. Wallander sabía que, a veces, Rydberg invertía sus solitarios días de libranza en releer en la comisaría algunos informes del viejo material de la investigación. Nunca dejó de darle vueltas al caso. En el hospital, durante sus últimos días de vida antes de que el cáncer se lo llevase, Rydberg volvió a hablarle de la chica asesinada en aquella finca. Wallander comprendió que lo estaba exhortando a que no permitiese que el suceso cayese en el olvido. Lo cierto es que él nunca se enfrascó en los archivadores del caso y pocas veces rememoraba el asesinato de la joven. No obstante, tampoco la había olvidado. De hecho, la muchacha aún se le aparecía en sueños, y siempre era la misma escena: él se inclinaba sobre ella, con Rydberg desdibujado al fondo; ella lo miraba, pero estaba paralizada y no podía hablar.

Wallander abandonó la carretera principal. «Nada más lejos de mis deseos que otros tres jóvenes espíritus pueblen mis sueños», se dijo. «Tampoco quisiera que Svedberg ocupara un lugar en ellos. Hemos de dar con el autor o los autores de estas muertes.»

Se detuvo a la entrada del parque, donde había un coche patrulla aparcado. Para su sorpresa, fue Edmunsson quien salió del coche para saludarlo.

—¿Dónde tienes al perro?

—En casa —aclaró Edmunsson—. ¿Para qué iba a pasar el animal tantas horas aquí en el coche?

Wallander asintió.

—¿Está tranquila la cosa?

—Sí. Aquí ya no quedamos más que Nyberg y los compañeros.

—¡Ah! ¿Ha venido Nyberg?

—Pues sí, llegó hace un momento.

«Tampoco a él le da tregua la angustia», concluyó Wallander. «En realidad, no tendría por qué extrañarme.»

—Hace demasiado calor para el mes de agosto —comentó Edmunsson,

—Bueno, ya llegará el frío, puedes estar seguro —afirmó Wallander- Y quizá se presente de improviso.

Encendió la linterna y pasó por encima de las cintas que acordonaban la zona.

Después, se adentró en el parque.

El hombre llevaba ya largo rato oculto entre las sombras. Había llegado en cuanto hubo oscuridad suficiente. A fin de penetrar en el parque sin ser visto, se había acercado a la zona desde el mar. Siguiendo la playa, atravesó las dunas hasta desaparecer entre los árboles y los arbustos. No podía tener la certeza de que no hubiese por allí policías con perros, por lo que dio un gran rodeo hasta llegar a las proximidades del sendero principal, el que conducía al área de recreo. Desde allí no le sería difícil salir a la carretera en el caso de que, de pronto, un perro empezase a ladrar anunciando peligro. No obstante, él no se sentía preocupado, pues los agentes no esperaban que estuviese allí.

Amparado por la oscuridad, observó el deambular de los policías por el sendero. Vio también pasar varios coches y a dos mujeres policía. Poco después de las diez, la mayoría de los efectivos abandonaron el parque. Se tomó entonces un descanso para beber un poco del té que llevaba en el termo. Correos ya le había notificado que había llegado el pedido solicitado a Shangai, y tenía pensado ir a recoger el paquete a la mañana siguiente, bien temprano. Una vez que se hubo tomado el té, y con el termo ya de nuevo en la mochila, se acercó sigiloso al lugar en que les había disparado, no sin antes asegurarse de que no había perros por allí. A lo lejos, había divisado los focos, que arrojaban una luz fantasmagórica sobre la espesura del bosque. Parecía acudir, sin permiso, a una representación teatral que se estuviese celebrando a puerta cerrada, sin asistencia de público. Sintió la tentación de avanzar deslizándose hasta estar tan cerca que pudiese oír lo que decían los policías.

Pero, como siempre, se contuvo. Si uno no se controlaba, quedaba desprotegido, sin garantía de escapatoria.

El bosque en penumbra bailaba a la luz de los focos.

Las sombras de los policías fluctuaban como gigantes. Pero él sabía que no se trataba más que de una ilusión óptica. Titubeantes, iban de un lado a otro, como animales ciegos en un mundo inescrutable: el mundo que él había creado. Por un instante, se recreó, satisfecho, en su obra, si bien sabía que la soberbia entrañaba un gran peligro, pues tornaba vulnerable al ser humano.

Así pues, regresó al lugar del crimen, junto al sendero principal. pensaba ya en marcharse de allí cuando vio que un hombre avanzaba solitario por el sendero, iluminando el suelo con la luz vacilante de su linterna. Por un momento, su rostro se hizo visible y él lo reconoció, pues en alguna ocasión había visto su fotografía en los periódicos. Sabía que se llamaba Nyberg y que era técnico criminal. Sonrió para sus adentros en medio de la noche. Nyberg nunca lograría descifrar el rompecabezas que él había creado. Quizás identificase las partes, pero nunca el todo, el oculto modelo que formaban.

Se echó la mochila a la espalda y se disponía ya a cruzar el sendero cuando oyó que se acercaba otra persona, antes de ver la luz de la linterna, por lo que se deslizó de nuevo entre las sombras. Aquel hombre era de complexión robusta y caminaba con paso cansino. De nuevo lo asaltó la tentación de darse a conocer y salir disparado como un animal nocturno para desaparecer de inmediato, engullido por las sombras.

De repente, el hombre corpulento se detuvo e iluminó con su linterna los arbustos que flanqueaban el sendero. Durante una fracción de segundo, en la que sintió un horror inconmensurable, el hombre agazapado pensó que lo habían pillado, que no podría escapar. Entonces desapareció el haz de luz y el hombre que había en el sendero reanudó la marcha. Se detuvo una segunda vez y se volvió para iluminar la zona con la linterna. De súbito, la apagó y se quedó inmóvil en la oscuridad, para al fin encenderla de nuevo antes de alejarse.

Permaneció tendido entre los arbustos un buen rato, con el corazón latiéndole acelerado. ¿Qué había movido a aquel hombre a detenerse en medio del sendero? Era imposible que hubiese oído nada, y tampoco había ningún rastro que hubiese podido identificar.

De pronto se dijo que no sabía cuánto tiempo llevaba allí tumbado. Por una vez, su reloj interior le había fallado: tal vez una hora, quizá más. Por fin, se puso de pie, cruzó el sendero y se perdió en dirección a la playa y al mar.

Para entonces, empezaba a rayar el alba.

Wallander vio la luz desde lejos. Los potentes focos inundaban de claridad los árboles. Ya percibía el cansancio y la irritación en la voz de Nyberg. En el sendero divisó a un policía fumándose un cigarrillo.

Wallander se detuvo de nuevo a escuchar. No sabía de dónde procedía aquella sensación. Quién sabe si de las reflexiones que habían ocupado su mente mientras iba en el coche, la idea de que el asesino se ocultaba en algún lugar entre las sombras, como otra sombra más que él no podía ver. El caso es que, de pronto, le había parecido oír algo. Cuando se detuvo, lo invadió el pánico. Luego se dijo que debían de ser figuraciones suyas. Y ahora se había detenido a escuchar una segunda vez, no sin antes apagar la linterna. Sin embargo, sólo llegó a sus oídos el rumor del mar.

Se acercó al policía que estaba fumando y lo saludó. Al ver a Wallander, el agente hizo amago de ir a apagar el cigarrillo, pero el inspector, con un gesto, le dio a entender que no era necesario. Estaban justo fuera del haz de luz de los focos. Aquel policía era bastante joven. Hacía apenas medio año que había llegado a Ystad, se llamaba Bernt Svensson y era alto y pelirrojo. Wallander no había tenido hasta el momento mucha relación con él, pero sí recordaba haberlo saludado en alguna ocasión en que había ido a impartir algunas clases a la Escuela Superior de Policía de Estocolmo.

—¿Todo bien?

—Bueno, creo que hay un zorro por aquí cerca —respondió Svensson.

—¿Qué te hace pensar tal cosa?

—Me pareció ver una sombra, de mayor tamaño que la de un gato.

—En Escania no hay zorros desde que la peste acabó con ellos.

—Pues yo estoy convencido de que era un zorro.

Wallander asintió.

—Bueno, pues sería un zorro. Un zorro y nada más.

Entró en el haz de luz de los focos y descendió cauteloso por la pendiente. Allí estaba Nyberg, inclinado bajo el árbol junto al que habían hallado los cuerpos. Ya ni siquiera estaba el mantel azul. Al ver a Wallander, hizo una mueca.

—¿Qué haces tú aquí? — le espetó—. Deberías estar durmiendo. Alguno de nosotros tiene que encontrarse en condiciones de continuar con el trabajo.

—Ya, pero a veces no se puede.

—Todo el mundo debería estar durmiendo —insistió—. Y estas cosas no deberían ocurrir.

Ambos permanecieron en silencio unos instantes mientras miraban a un agente que, en chándal, retiraba la tierra alrededor de la raiz del árbol con la ayuda de una pala muy pequeña.

—Llevo cuarenta años en la policía —añadió Nyberg de repente-, Y dentro de dos podré jubilarme.

—¿Y qué harás entonces?

—Seguramente, subirme por las paredes —admitió—. Pero al menos no tendré que pasarme las noches en el bosque examinando los cadáveres a medio descomponer de unos jóvenes.

Wallander recordó las palabras de Sundelius, el director de banco jubilado: «Como ya no trabajo, ahora estoy que me subo por las paredes».

—Ya se te ocurrirá algo —lo animó Wallander.

Nyberg masculló una respuesta ininteligible. El inspector lanzó un bostezo y después hizo acopio de fuerzas para sacudirse el cansancio.

—En realidad, he venido aquí para planificar mejor los pasos que hemos de dar —dijo.

—¿Te refieres a las excavaciones?

—Si no nos hemos equivocado en nuestros razonamientos, ahora deberíamos preguntarnos dónde resulta más lógico que hubiese ocultado los cuerpos.

—Seguimos sin saber si estaba solo —objetó Nyberg.

—Yo creo que sí. No me parece verosímil que dos personas se pongan de acuerdo para llevar a cabo semejante masacre. Además, hemos de presuponer que todo esto es obra de un hombre, por la sencilla razón de que no es muy frecuente que una mujer se dedique a volarle la cabeza a la gente, y menos aún si se trata de gente joven.

—Ya, pero no olvides lo que ocurrió hace un año.

Nyberg tenía razón, y su comentario estaba más que justificado, pues el año anterior se habían enfrentado a un caso de asesinato múltiple y, en aquella ocasión, lograron atrapar al asesino, que resultó ser una mujer. Sin embargo, eso no consiguió hacer cambiar de opinión a Wallander.

—¿A quién estamos buscando, en realidad? ¿A un loco que se siente abandonado?

—Es posible. Pero no es seguro.

—Bueno, al menos, es un posible punto de partida.

—Así es. Está solo. Y tiene tres cuerpos que trasladar, por razones prácticas. Lo más probable es que se vea obligado a cargarlos él mismo, a menos que haya tenido la precaución de traerse una carretilla. Pero eso habría llamado la atención de la gente. Creo que tenemos que vernoslas con un tipo muy cauto.

—Cierto. Un tipo que ha de tener en cuenta la distancia, que ha de ser corta, y el tiempo de que dispone, que ha de ser breve. Se encuentra en una zona de recreo abierta al público. Y estamos en verano, así que puede venir gente incluso cuando ya ha oscurecido.

—Es decir, que los entierra cerca del lugar del crimen.

—Si es que los ha enterrado —repuso Wallander meditabundo—. ¿A qué otras opciones pudo recurrir?

—Con un juego de poleas podría haberlos izado hasta la copa de un árbol, pero entonces los cuerpos se habrían deteriorado más.

De pronto, a Wallander se le ocurrió una idea.

—¿Te ha dado la impresión de que hayan estado expuestos a picaduras de insectos o de pájaros, o incluso a mordeduras de otros animales?

—No. Pero eso no lo sabremos con seguridad hasta que no se pronuncien los forenses.

—Bien, si no presentaran picaduras significaría que, con toda probabilidad, han estado ocultos en algún lugar inaccesible. Sin embargo, los animales suelen escarbar la tierra, lo que nos lleva a dar un paso más: esos cuerpos no sólo han estado ocultos, sino también envueltos en algo, en cajas o en bolsas de plástico.

—Yo no soy experto en cómo las variaciones de la temperatura afectan al proceso de descomposición —admitió Nyberg—. Pero sí sé lo suficiente como para poder asegurar que un cuerpo que se conserva en un recinto cerrado presenta un proceso de corrupción muy distinto al que sufriría si se expusiera a la acción directa de la tierra o de la intemperie. Lo que implicaría que pueden haber estado muertos y escondidos más tiempo del que creemos.

Wallander comprendió que estaban llegando a conclusiones que podían revestir una importancia decisiva.

—¡Bien! ¿Adónde nos lleva todo esto?

Nyberg describió un molinete con el brazo.

—No creo que se le ocurriera buscar un lugar empinado, al que se viera obligado a subir —concluyó al tiempo que señalaba la pendiente.

—Cierto. Y tampoco creo que cruzara el sendero sin necesidad y, por si fuera poco, cargado con los cuerpos.

Se volvieron de espaldas a la pendiente y observaron la zona sumida en la oscuridad, más allá de los focos, a cuyo alrededor cientos de insectos revoloteaban en nerviosa danza atraídos por el calor y la luz.

—Hacia la izquierda, la pendiente sigue hacia abajo —apuntó Nyberg-, para luego elevarse de forma abrupta. Ahí no creo que hallemos nada, pues la cuesta está demasiado cerca.

—¿Y ahí enfrente?

—Sí, es un terreno llano, pero repleto de tupidos arbustos y de matorrales.

—¿Y a la derecha?

—Al principio todo son matojos, pero no tan densos como los otros. Luego una porción de terreno que, imagino, estará empantanado durante los seis meses de frío. Después, más maleza.

—Es decir, que lo más probable es que los ocultase por ahí —resolvió Wallander—. Ahí enfrente o a la derecha.

—A la derecha —afirmó Nyberg—. Se me olvidaba un detalle: ahí delante, en línea recta, se llega a un sendero, pero eso no es lo más importante. Ya verás. — Nyberg llamó al policía del chándal que estaba cavando al pie del árbol—. Cuéntanos lo que viste durante tu reconocimiento del terreno, cuando examinaste la zona que hay ahí enfrente —lo exhortó Nyberg.

—Hay muchas setas.

Wallander comprendió.

—Claro, debió de evitar una zona que puede atraer a los buscadores de setas. Pero ¿incluso en verano?

Nyberg asintió.

—A mí me gusta salir a buscar setas, y muchas veces visito mis lugares favoritos incluso fuera de temporada.

El policía del chándal reemprendió su tarea junto al árbol.

—Empecemos, pues, por la zona de la derecha —concedió Wallander al fin—. En cuanto haya amanecido, buscaremos una franja de terreno donde la tierra presente indicios de haber sido removida.

—Si hemos acertado en nuestras deducciones, lo más seguro es que los cuerpos fueran enterrados en esa zona —apuntó Nyberg—. Aunque, por supuesto, también cabe la posibilidad de que hayamos errado por completo en el razonamiento.

Wallander estaba por entonces tan cansado que ni siquiera tuvo fuerzas para replicar. Decidió que se iría al coche e intentaría dormir unas horas en el asiento de atrás. Nyberg lo siguió hasta el borde del sendero.

—¿Sabes? Cuando llegué y me adentré un poco en el camino, tuve la sensación de que había alguien oculto entre las sombras —le reveló Wallander—. Y Svensson está convencido de que vio la sombra de un zorro.

—Sí. La gente normal tiene sus pesadillas mientras duerme —dijo Nyberg—. Pero nosotros, que andamos siempre metidos en estos fregados, vivimos despiertos nuestros peores sueños.

—Estoy muy nervioso —le confesó entonces Wallander—. No sabemos si nuestro hombre volverá a atacar.

—Al menos sabemos que no ha hecho nada similar con anterioridad —señaló Nyberg después de reflexionar durante unos instantes—. Porque este asesinato, o más bien esta ejecución, no se parece en absoluto a ninguno de los ocurridos en el país hasta la fecha. De haber sido así, nos habríamos acordado.

—Sí, claro. Pese a todo, creo que Martinson debería enviar un informe a nuestros colegas en el extranjero —sugirió Wallander—. Tal vez sí haya ocurrido en otro país.

—¿Te preocupa que se repita?

—¿A ti no?

—A mí me preocupa todo a todas horas. Sin embargo, desde el primer momento tuve la sensación de que esto es algo que no sucede más que una vez.

—¡Ojalá tengas razón! — exclamó Wallander—. En fin, estaré de vuelta dentro de unas horas.

Regresó a la entrada del parque. En esta ocasión, no tuvo la sensación de que alguien se ocultase agazapado en la oscuridad. Se acurrucó en el asiento trasero del coche y enseguida cayó vencido por el sueño.

Al despertar, lo deslumbró la luz del día. Alguien lo había despertado con unos toquecitos en la ventanilla. Al abrir los ojos, vio el rostro de Ann-Britt Höglund al otro lado del cristal. Salió como pudo del coche, y notó que estaba ya totalmente despejado. Pero, eso sí, le dolía todo el cuerpo.

—¿Qué hora es?

—Más de las siete.

—¡Vaya! Pues me he quedado dormido. Ya tendrían que haber empezado a buscar una zona donde excavar.

—Están en ello —lo tranquilizó—. Por eso te he despertado. Hanson ya viene para acá.

Ambos se apresuraron hacia el sendero.

—No lo soporto —se quejó Wallander—. Tener que dormir en el coche y levantarse entumecido y hecho un pingajo… Soy demasiado viejo para estas cosas. ¿Cómo va a ocurrírseme una sola idea decente sin tomarme ni un café?

—Pues café sí hay —dijo Ann-Britt—. Si la Policía no te invita, te vivito yo, que me he traído un termo… Hasta te puedo ofrecer un bocadillo, si quieres.

Wallander apretó el paso, pero ella parecía ir siempre medio metro por delante. El inspector notó que aquello lo irritaba. Pasaron ante el lugar en el que había creído sentir que alguien lo espiaba. Se detuvo Y echó una ojeada a su alrededor. De repente, cayó en la cuenta de que, si una persona quisiese controlar a quienes pasasen por el sendero, no podía elegir mejor lugar que aquél. Ann-Britt lo interrogó con la mirada pero, en aquel momento, a Wallander no le apetecía dar explicaciones. Tras reconocer la zona, tomó una decisión.

—Hazme un favor —le pidió—. Dile a Edmunsson que venga con su perro. Que husmee por este lugar, en un radio de veinte metros desde el sendero.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo. Por ahora tendrá que bastar como explicación.

—Pero ¿qué quieres que busque el perro?

—No sé. Algo que esté fuera de lugar.

Ella desistió de preguntar más. Wallander se arrepintió del modo en que le había contestado, pero se dijo que ya era demasiado tarde. Siguieron caminando y ella le tendió un periódico en cuya portada aparecía la fotografía de la mujer llamada Louise. Leyó el titular sin dejar de andar.

—¿Quién lleva este tema?

—Martinson iba a organizar y a controlar las llamadas que entrasen.

—Es importante que se haga bien.

—Martinson suele ser muy minucioso.

—No siempre.

Él mismo percibió el tono displicente y cortante de su voz. Era injusto que Ann-Britt pagase las consecuencias de su cansancio, pero lo cierto era que no tenía a nadie más a mano. «Tendré que hablar con ella después», pensó resignado, «cuando todo haya terminado.»

En ese preciso momento, descubrió a una persona que, en ropa deportiva, se acercaba corriendo por el sendero. Wallander reaccionó enseguida.

—¡¿No han acordonado la zona?! — rugió—. ¡Aquí no puede entrar nadie! Salvo la policía, claro.

Así que se colocó en mitad del sendero. El corredor, que tenía unos treinta años, llevaba unos auriculares en los oídos. Intentó esquivar a Wallander, que alargó veloz el puño para detenerlo. A partir de ese instante, todo se aceleró. El deportista, que creyó que lo atacaban, se dio la vuelta y propinó a Wallander un puñetazo. Le golpeó con fuerza y el inspector, que no se lo esperaba, cayó derribado al suelo. cuando volvió en sí, no habían transcurrido más que unos segundos. Ann-Britt Höglund había inmovilizado al corredor y le sujetaba las manos a la espalda. Los auriculares, aún enchufados al walkman, habían ido a parar justo al lado de Wallander. Para su sorpresa, le pareció oír que lo que el joven iba escuchando era una ópera. En ese preciso momento, unos policías uniformados, avisados por Ann-Britt Höglund, aparecieron a la carrera por el sendero. Cuando éstos llegaron al lugar del incidente, le pusieron las esposas al corredor. Entretanto, Wallander se había incorporado con sumo cuidado. Le dolía la mandíbula y se había mordido en el labio. Sin embargo, comprobó que el puñetazo no le había partido ningún diente. Se acercó y observó al hombre que lo había golpeado.

—El parque está acordonado —le explicó—. Es imposible- que no te hayas dado cuenta.

—¿Acordonado?

La perplejidad del hombre no parecía fingida.

—Toma nota de sus datos —ordenó Wallander—. Procurad que los cordones policiales sean efectivos en lo sucesivo. Luego podéis dejarlo marchar.

—¡Pienso poner una denuncia! — se indignó el corredor.

Wallander ya se había dado la vuelta y se hurgaba la herida de la boca con un dedo. Al oírlo, se volvió hacia él, muy despacio.

—¿Cómo te llamas?

—Hagroth.

—¿Y de nombre?

—Nils.

—¿Y qué es lo que tienes intención de denunciar?

—¡Esto es un abuso! Sale uno a correr, sin molestar a nadie, y lo atacan.

—Te equivocas —corrigió Wallander—. El que resultó atacado fui yo, no tú. Yo soy policía e intentaba detenerte, pues te encontrabas en zona acordonada.

El corredor hizo ademán de ir a protestar, pero Wallander levantó la mano indicándole que guardase silencio.

—¿Sabes?, te puede caer un año por agredir a un agente en el cumplimiento de su deber. Y eso no es moco de pavo. Por otro lado, como ciudadano, tienes la obligación de acatar las indicaciones de la policía. Y, como digo, estabas en zona acordonada. No te caerá un año. Serán más bien tres. Y no te creas que te librarás fácilmente y te darán la condicional. ¿Tienes antecedentes?

—¡Por supuesto que no!

—En ese caso, serán tres años. Pero si olvidas todo esto y no vuelves a aparecer por aquí, me plantearé ser generoso.

De nuevo, el deportista intentó protestar; y allí estaba, de nuevo, la mano de Wallander.

—Tienes diez segundos para tomar una decisión.

El corredor asintió.

—Quitadle las esposas y acompañadlo a la salida. No olvidéis anotar su dirección.

Wallander se dispuso a continuar su camino. Le dolía la mejilla, pero con el golpe había desaparecido el cansancio de su cuerpo.

—No creo que le hubiesen caído tres años —comentó Ann-Britt Höglund.

—Pero eso él no lo sabe —replicó Wallander—. Y no me lo imagino investigando si lo que he dicho es cierto o no.

—Sí, este tipo de actitud es el que el director general de la Policía pretende que evitemos —le recordó ella con ironía—. Según él, son comportamientos que merman la confianza de los ciudadanos en la policía.

—Pues no tiene ni punto de comparación con lo que esa confianza se verá mermada si no atrapamos al asesino de Boge, Norman y Hillström y, por si fuera poco, también de uno de nuestros colegas.

Cuando llegaron al lugar del crimen, Wallander cogió una taza de plástico con café y buscó a Nyberg, que estaba disponiendo los preparativos para iniciar la búsqueda del lugar en el que podían haber ocultado los cuerpos. Nyberg tenía el cabello revuelto, los ojos enrojecidos y un humor de perros.

—En realidad, no soy yo quien ha de dedicarse a organizar esto —barbotó—. ¿Dónde coño se ha metido todo el mundo? ¿Y qué haces tú con la cara llena de sangre?

Wallander se llevó la mano al rostro y, en efecto, comprobó que la sangre le goteaba por la comisura de los labios.

—He tenido una pelea con un corredor —explicó—. Hanson está de camino.

—¿Una pelea con un corredor?

—Sí, pero por ahora será mejor que nos olvidemos del tema —propuso Wallander.

Entonces le hizo a Ann-Britt Höglund un resumen de las conclusiones a las que habían llegado él y Nyberg durante su conversación nocturna.

—Tú organizarás esta operación —anunció al cabo—. Estamos buscando el sitio en el que los tres cuerpos pueden haber estado enterrados. Nyberg y yo tenemos una idea de por dónde hay que empezar a remover.

Eran ya las siete y media, y en el cielo no se veía ni una nube. «La cosa no se presenta mal», se dijo Wallander. «Ojalá no nos llueva, así las huellas serán fáciles de detectar.»

Apareció Hanson, que inició el descenso de la pendiente. Parecía tan cansado como los demás.

—¿Tienes idea del tiempo que va a hacer hoy?

Hanson había escuchado la previsión meteorológica en la radio del coche.

—No habrá precipitaciones. Ni hoy ni mañana.

Wallander evaluó rápidamente la situación. Con Ann-Britt Höglund y Hanson en el lugar del crimen, no tenía por qué quedarse allí. Y, si Martinson se encargaba de dirigir el trabajo desde la comisaría, él podría hacerse cargo de todos los demás asuntos urgentes.

—Tienes sangre en la mejilla —observó Hanson.

Wallander, sin molestarse en responder, marcó el número de Martinson.

—Voy para allá —anunció—. Con Ann-Britt y Hanson aquí, es suficiente.

—¿Algún resultado?

—Demasiado pronto. ¿Cuándo podemos hablar con alguien de Lund?

—Si quieres, intento llamarlos ahora.

—Sí, hazlo. Y diles que nos corre mucha prisa. Que lo que más nos urge es saber cuándo los mataron. Y no estaría de más que, de paso, pudieran decirnos a cuál de los tres asesinaron primero.

—¿Qué importancia tiene eso?

—No lo sé, pero no podemos excluir la posibilidad de que el asesino sólo quisiese matar a uno de los tres jóvenes.

Martinson comprendió que tenía razón y le prometió que llamaría a Lund enseguida. Wallander se guardó el móvil en el bolsillo.

—Me voy a Ystad —dijo—. Llamadme en cuanto descubráis algo.

De regreso al coche, se topó con Edmunsson y su perro. Ann-Britt Höglund debía de haberlo llamado enseguida, sin que Wallander se diese cuenta. Y la reacción de Edmunsson había sido tan inmediata como la de ella.

—¿Has traído al perro en avión?

—No, un colega me lo trajo. ¿Qué quieres que hagamos?

Wallander señaló el área al tiempo que le explicaba en qué consistiría su búsqueda.

—O sea, que no tenemos que buscar nada en concreto.

—No, sólo algo que parezca no estar en su lugar —indicó Wallander—. Nada más. Si el perro encuentra algo, ponte en contacto con Nyberg. Cuando hayas terminado aquí, vete a ayudarlos: están buscando un lugar donde cavar.

Edmunsson palideció.

—¿Creéis que puede haber más cadáveres?

Wallander sintió como un pellizco en el estómago. Ni se le había pasado por la imaginación tal cosa. Pero enseguida comprendió que era bastante improbable.

—No, no habrá más cadáveres. Aunque sí un lugar en el que los escondieron durante un tiempo.

—¿Durante un tiempo? ¿A la espera de qué?

Wallander no respondió, y prosiguió su camino por el sendero. «Edmunsson tiene toda la razón», convino para sus adentros. «¿A la espera de qué? ¿Por qué necesitaba ocultar los cuerpos el asesino? ¿Para luego sacarlos a la luz otra vez? No hemos hecho más que rozar la cuestión; y hemos intentado formular una respuesta plausible. Pero tal vez esta pregunta sea mucho más importante de lo que nos imaginamos»

Wallander subió al coche. Le dolía la mandíbula. Estaba a punto de poner en marcha el motor cuando sonó el móvil y oyó la voz de Martinson.

«La respuesta de Lund», pensó enseguida, notando cómo la tensión crecía en su interior.

—¿Qué dicen? — preguntó Wallander.

—¿Quiénes?

—¿No has estado hablando con Lund?

—No, no me dio tiempo. Me sonó el teléfono antes de que pudiera marcar. Por eso te llamo.

Wallander detectó la preocupación en el tono de su voz, y Martinson no solía preocuparse sin motivo.

«Otro más no, por favor», imploró en su fuero interno. «No más muertos. No podremos resistirlo.»

—Llamaron del hospital —explicó Martinson—. Todo parece indicar que Isa Edengren ha huido.

El reloj del coche de Wallander indicaba las ocho y tres minutos. Era lunes, día 12 de agosto.

16

Wallander se fue directamente al hospital y, por cierto, pisando el acelerador más de la cuenta. Al llegar, vio que Martinson estaba esperándolo. Dejó el coche en una zona en la que estaba prohibido estacionar.

—¿Qué ha ocurrido?

Martinson llevaba un bloc de notas en la mano.

—En realidad, nadie lo sabe —admitió—. Al parecer, se vistió y se marchó esta madrugada. Pero nadie la vio irse.

—¿Había hecho alguna llamada telefónica? ¿Cabe la posibilidad de que alguien viniera a recogerla?

—Será difícil averiguar todo eso. En esta planta hay muchos pacientes y, por las noches, el personal es más que escaso. Además, hay varios teléfonos. Tuvo que irse antes de las seis. Y hacia las cuatro aún estaba aquí, pues una enfermera se asomó a su habitación y vio que estaba acostada y durmiendo.

—O, más bien, fingiendo dormir —observó Wallander—. En realidad, esperaba el momento oportuno para marcharse.

—Sí, pero ¿por qué?

—No lo sé.

—¿Crees que volverá a intentar suicidarse?

—Tal vez, pero piensa un poco: no bien le contamos lo que les ocurrió a sus amigos, abandona el hospital a toda prisa. ¿Qué crees que significa eso?

—¿Que tiene miedo?

—Exacto. La cuestión es de qué.

Wallander sólo conocía un lugar por donde empezar a buscarla: la casa a las afueras de Skårby. Martinson había ido al hospital en su propio coche y Wallander quería que lo siguiese, aunque sólo fuese para no ir solo.

Al llegar a Skårby, se detuvieron ante la casa de los Lundberg. El hombre estaba fuera, ocupado con su tractor. Levantó la vista, asombrado, cuando vio que dos coches frenaban ante su casa. Wallander le presentó a Martinson y fue directo al grano.

—Ayer llamaste al hospital y te informaron de que la chica se encontraba bien. Esta mañana desapareció, en algún momento entre las cuatro y las seis de la madrugada. Quiero saber si la has visto. ¿A qué hora sueles levantarte por las mañanas?

—Temprano. Tanto mi mujer como yo solemos estar en pie a eso de las cuatro y media.

—Es decir, que Isa no ha estado aquí.

—No.

—¿Oíste pasar algún coche?

La respuesta fue rápida y clara.

—ke Nilsson, que vive unas casas más arriba, suele pasar por aquí poco después de las cinco. Trabaja tres días a la semana en un matadero. A excepción del suyo, no ha pasado ningún coche.

En ese momento, la mujer de Lundberg salió de la casa. Había oído la última parte de la conversación.

—Isa no ha estado aquí —aseguró—. Y tampoco ha venido ningún coche.

—¿Se os ocurre algún otro lugar al que haya podido ir? — les preguntó Martinson.

—No, la verdad es que no.

—Si os llama, avisadnos enseguida —les conminó Wallander—. Necesitamos localizarla lo antes posible, ¿entendido?

—Ella no suele llamar —advirtió la mujer cuando Wallander ya iba camino de su coche.

Se dirigieron al jardín de los Edengren. Una vez allí, tanteó con la mano en el interior del canalón. Allí estaban las llaves. Luego se llevó a Martinson a la parte posterior de la casa, hasta el cenador, y comprobó que todo estaba tal como él lo había dejado. Volvieron a la fachada principal de la casa y Wallander abrió la puerta. Una vez en el interior, la vivienda daba la impresión de ser aún más grande que vista desde fuera. Todo parecía muy costoso, pero transmitía tal frialdad que Wallander se sintió como en un museo. No había el menor rastro que indicase que estuviese habitada. Recorrieron las habitaciones de la planta baja y enseguida pasaron a la de arriba. En uno de los dormitorios, un gran modelo de aeroplano colgaba del techo y, en una mesa, vieron un ordenador sobre el que alguien había dejado un suéter. Wallander supuso que sería la habitación de Jörgen, el hermano de Isa, que se había suicidado hacía unos años. Al entrar en el cuarto de baño, vio una toma de corriente junto al espejo. Con un estremecimiento, le comentó a Martinson que, con toda probabilidad, se encontraban en el lugar donde el hermano de Isa se había quitado la vida.

—No es muy frecuente eso de suicidarse con un tostador —observó Martinson cuando Wallander ya salía del cuarto de baño.

La habitación contigua era otro dormitorio. Entró en él y, al verlo, supuso que sería el de Isa.

—Hay que buscar a conciencia.

—¿Y qué tenemos que buscar? — inquirió Martinson.

—No lo sé. Pero Isa iba a participar en la fiesta del parque. Luego intentó suicidarse y ahora ha huido del hospital. Y tanto tú como yo pensamos que tiene miedo.

Wallander se sentó ante el escritorio de la joven mientras Martinson revisaba la cómoda y luego inspeccionaba en el gran armario que había pegado a una de las paredes. Los cajones del escritorio no estaban cerrados con llave, cosa que sorprendió a Wallander. Sin embargo, cuando fue abriéndolos, uno a uno, comprendió por qué no les habían echado la llave: estaban prácticamente vacíos. Frunció el entrecejo al tiempo que se preguntaba por qué en aquellos cajones no había nada salvo algunas horquillas, unos lápices viejos y un puñado de monedas de diversos lugares del mundo. ¿No sería aquello indicio de que alguien había estado allí y los había vaciado? Pudo haber sido la misma Isa o cualquier otra persona. Abrió el cartapacio verde y halló una acuarela hecha, a todas luces, por un pincel inexperto. «IE 95», se leía en el ángulo inferior derecho. Representaba una marina, mar y acantilados. Volvió a cubrirla con el cartapacio. En una estantería, junto a la cama, había varias hileras de libros. Pasó un dedo por los lomos mientras leía los títulos. Recordó que algunos de ellos los había leído también Linda. Tanteó con la mano detrás de los libros y halló otros dos, que tal vez se hubiesen caído o que alguien pudo haber escondido. Los sacó y comprobó que ambos estaban en inglés. Journey lo the Unknown se llamaba el primero, Viaje a lo desconocido, de un tal Timothy Neil. El otro llevaba por título How to Cast Yourself in the Play of Life, Qué papel representar en el teatro de la vida, de Rebecka Stanford. Las portadas de ambos tenían ilustraciones de un estilo similar: figuras geométricas, cifras y letras que parecían flotar libremente en una especie de panorama cósmico. Wallander se sentó de nuevo ante el escritorio. Se notaba que habían leído los libros más de una vez, pues se abrían solos por ciertas páginas, en su mayoría manoseadas y dobladas. Se puso las gafas y se dispuso a leer las contraportadas. Timothy Neil hablaba de que, en la vida, era importante seguir algo que él denominaba «mapas espirituales», mapas que uno podía aprender a trazar mientras dormía. Wallander hizo un mueca mientras lo dejaba sobre el escritorio y tomaba el de Rebecka Stanford, que escribía sobre lo que ella llamaba «la descomposición cronológica». Aquello atrajo enseguida la atención de Wallander. En efecto, el libro parecía tratar de cómo aprender, en un círculo de amigos, a dominar el tiempo y avanzar o retroceder por las diversas épocas, pasadas y futuras. La autora parecía convencida de que aquello era un instrumento idóneo para que la gente pudiese vivir plenamente «en una época dominada por el despropósito y la desorientación crecientes».

—¿Has oído hablar de una escritora llamada Rebecka Stanford? — le preguntó a Martinson, que, subido a una silla, rebuscaba en las baldas superiores del armario.

Martinson bajó de la silla y observó la portada del libro, negando con la cabeza.

—Debe de tratarse de uno de esos libros para adolescentes —sugirió—. Lo mejor será que le preguntes a Linda.

Wallander asintió. Claro, Martinson tenía razón, le preguntaría a Linda, que siempre estaba leyendo. Durante los días que pasaron en Gotland, había echado un vistazo a los libros que su hija se había llevado y llegó a la conclusión de que no conocía a uno solo de los autores.

Martinson siguió buscando en el armario y Wallander regresó a la estantería que había junto a la cama, donde encontró algunos álbumes de fotos. De nuevo sentado ante el escritorio, empezó a hojearlos. Estaban llenos de fotografías de Isa y de su hermano Jörgen. Los colores habían empezado a desvanecerse. Había fotografías tomadas en exteriores y otras en distintas habitaciones. En una de ellas aparecían Isa y su hermano en un paisaje nevado, cada uno a un lado de un muñeco de nieve, ambos muy tensos y estirados, sin dar muestras de la menor alegría o satisfacción. Seguían algunas hojas en las que sólo había fotografías de Isa: en la escuela, ella con unos amigos en Copenhague… Luego, otra vez Jörgen, ahora con más edad, unos quince años y expresión lúgubre. Wallander no era capaz de determinar si la pesadumbre que reflejaba su rostro en esa foto era auténtica o fingida. «La expresión que tiene ahí es como una premonición del futuro suicidio», pensó Wallander con un estremecimiento. «Pero ¿era el muchacho consciente de ello?» Isa sonríe en las fotos. Jörgen se muestra sombrío. Más adelante, unas fotos tomadas en la costa mostraban el mar y unos acantilados. Wallander sacó de nuevo la acuarela y comprobó que los dos paisajes se parecían. En una de las hojas del álbum había un nombre Y una fecha: «Bärnsö, 1989». El inspector continuó hojeando el álbum, pero en ninguna de las páginas encontró fotografías de los padres. Sólo de Jörgen y de Isa; de amigos y algún paisaje; el mar e islotes remotos. Ni una sola fotografía de los padres.

—¿Tú sabes dónde está Bärnsö? — inquirió Wallander.

—¿No es uno de esos lugares que suelen nombrar en la previsión meteorológica cuando hablan del estado de la mar?

Wallander lo ignoraba. Pasó al siguiente álbum, donde halló fotografías de años posteriores. Seguían sin aparecer los padres, ni, en general, ningún adulto, con la única excepción de los Lundberg, que sí salían retratados en una foto, ante la puerta de su casa. Más allá, se vislumbraba el tractor. Era verano. Los dos exhibían una amplia sonrisa. Wallander tuvo la convicción de que Isa había tomado la foto. Después, más paisajes marítimos, en uno de los cuales aparecía la propia Isa, de pie sobre una roca que apenas sobresalía de la superficie del mar.

Dedicó un buen rato a contemplar aquella fotografía.

No parecía sino que la joven caminara sobre las aguas. ¿Quién la habría tomado?

De pronto, algo lo sacó de sus cavilaciones: Martinson había lanzado un silbido ante el armario.

—Creo que deberías echarle un vistazo a esto —sugirió.

Wallander se levantó como un rayo.

Martinson sostenía en su mano una peluca similar a las que Boge, Norman y Hillstróm habían lucido en su fiesta. De uno de los mechones colgaba una tarjetita sujeta con una goma. Wallander la soltó con mucho cuidado.

—«Alquiler de disfraces Holmsted, Copenhague» —leyó-, con la dirección y el número de teléfono.

Le dio la vuelta a la tarjeta y pudo comprobar que la peluca había sido alquilada el 19 de junio y que debía haberse devuelto el día 28 del mismo mes.

—¿Te parece que llamemos ahora mismo? — inquirió Martinson.

—Sí, aunque quizá sería mejor que nos presentáramos allí —propuso Wallander—. En fin, empieza por llamar.

—Prefiero que llames tú —recomendó Martinson—. A mí los daneses no me entienden.

—Será que tú no los entiendes a ellos —bromeó Wallander en tono amable—. Simplemente, no te molestas en prestar atención a lo que dicen.

—Ya, bueno. Yo me dedicaré a averiguar dónde está Bärnsö. Por cierto, ¿por qué es importante saberlo?

—Sí, esa misma pregunta me hago yo —admitió Wallander mientras marcaba el número de Copenhague desde su móvil.

Una mujer atendió al teléfono. Wallander le dijo quién era y le explicó el motivo de su llamada: una peluca alquilada el 19 de junio y que no habían devuelto a tiempo.

—Está a nombre de Isa Edengren —aclaró—. De Skårby, Suecia.

—Un momento. Voy a comprobarlo.

Wallander aguardaba mientras Martinson, que había salido de la habitación para telefonear, le preguntaba a alguien el número de teléfono de la central de salvamento marino. Al fin, la mujer regresó.

—No hay ninguna peluca alquilada a nombre de Isa Edengren. Ni ese día, ni ninguno anterior.

—En ese caso, probaremos con otro nombre —dijo Wallander.

—Escuche, estoy sola en la tienda y hay algunos clientes esperando. ¿No podríamos dejarlo para otro momento?

—No, ha de ser ahora o me veré obligado a ponerme en contacto con la policía danesa.

La mujer no protestó. Él le dio los demás nombres —Martin Boge, Lena Norman y Astrid Hillström- y se dispuso a esperar de nuevo. Entretanto, Martinson parecía enfrascado en una discusión con un desconocido que se empeñaba en pasarlo con otra persona. La mujer volvió al aparato.

—Tenía razón. Una persona llamada Lena Norman alquiló y pagó por adelantado cuatro pelucas el 19 de junio, además de otras prendas. Tenía que devolverlo todo el 28 de junio. Sin embargo, no hemos recibido nada, así que íbamos a enviar un aviso.

—¿Te acuerdas de la joven? ¿Puedes recordar si iba sola?

—No, la atendió mi compañero, el señor Sörensen.

—¿Podría hablar con él?

—Me temo que no. Está de vacaciones hasta finales de agosto.

—¿Y dónde se encuentra ahora? ¿Podríamos localizarlo?

—Está en la Antártida.

—¿Dónde?

—Va camino del Polo Sur. Además, se detendrá a visitar antiguos puertos balleneros. El padre del señor Sörensen se dedicaba a la pesca de ballenas. Creo que incluso era arponero.

—En otras palabras, que ahora mismo no hay nadie ahí que pueda identificar a Lena Norman, ni tampoco decirnos si acudió sola a alquilar las pelucas.

—No, lo siento. Pero, por supuesto, queremos recuperarlas. Como es natural, les exigiremos un recargo.

—Pues tardarán en conseguirlo, porque, en estos momentos, son objeto de una investigación policial.

—¿Ha ocurrido algo?

—Pues sí, así es. Pero permita que le informe de ello en otro momento. Por otro lado, quiero que el señor Sörensen se ponga en contacto con la policía de Ystad en cuanto regrese.

—Se lo haré saber. Ha dicho que se llamaba usted Wallander, ¿no?

—Sí, Kurt Wallander.

El inspector dejó el móvil sobre la mesa. Es decir, que Lena Norman había viajado a Copenhague. Había que averiguar si lo había hecho sola o acompañada.

Martinson volvió a entrar en la habitación.

—Bärnsö está en Östergötland, exactamente en el archipiélago de Gryt —puntualizó—. También hay un Bärnsö hacia el norte, en la costa de Norrland. Pero es más bien un caladero.

Wallander le contó el resultado de su conversación con la mujer de la tienda de disfraces de Copenhague.

—O sea, que tendremos que hablar con los padres de Lena Norman —concluyó Martinson.

—Así es. Yo habría preferido esperar unos días —confesó Wallander-, pero no creo que sea posible.

Ambos consideraron lo desagradable que resultaba el no poder dejar en paz a los padres de los fallecidos.

Oyeron de repente que se abría la puerta principal en el piso de abajo y ambos pensaron que podía ser Isa Edengren. Sin embargo, cuando se acercaron a la escalera, vieron que era Lundberg, quien había entrado enfundado en su mono. Al verlos, se quitó las botas y subió las escaleras.

—¿Ha llamado Isa? — preguntó Wallander.

—No. Y no quiero molestar. Es que he estado pensando en lo que dijiste ahí fuera, eso de que yo había llamado al hospital a preguntar cómo estaba Isa.

A Wallander le dio la impresión de que el hombre creía que había obrado mal llamando al hospital.

—Bueno, a mí me pareció muy normal que llamases para interesarte por su estado.

Lundberg lo observaba lleno de preocupación.

—Ya, el caso es que yo no llamé en ningún momento. Ni yo ni mi mujer. No llamamos al hospital para preguntar cómo estaba. Aunque, claro está, deberíamos haberlo hecho.

Wallander y Martinson intercambiaron una mirada.

—¿Dices que no llamaste?

—No.

—¿Ni tu mujer tampoco?

—No, ninguno de los dos.

—¿Sabes de algún otro Lundberg que haya podido llamar?

—No tengo la menor idea.

Wallander contemplaba meditabundo al hombre que tenía delante. No existía motivo alguno para suponer que mintiese. Por tanto, aquella llamada al hospital la había hecho otra persona. Alguien que sabía que Isa tenía una relación estrecha con la familia Lundberg. Y que además estaba enterado de que se hallaba en el hospital. Pero, en realidad, ¿qué había querido averiguar aquella persona? ¿Si Isa estaba recuperándose… o si había fallecido?

—No lo comprendo —admitió Lundberg—. ¿Quién iba a llamar haciéndose pasar por mí?

—En realidad, tú deberías conocer la respuesta a esa pregunta —observó Wallander—. ¿Quién sabía que Isa solía acudir a vosotros cuando se le complicaban las cosas con sus padres?

—Supongo que todos en el pueblo estaban enterados que venía a nuestra casa en esos casos, aunque no tengo ni idea de quién pudo llamar dando mi nombre.

—La gente tuvo que ver por fuerza la ambulancia. ¿Nadie te llamó para preguntar por lo ocurrido?

—Sí, Karin Persson. Vive en la hondonada cercana a la carretera principal. Es una mujer curiosa. Está al tanto de todo lo que sucede por aquí. Pero no creo que pueda hacerse pasar por un hombre al teléfono.

—¿Ninguna otra persona?

—Bueno, ke Nilsson vino a vernos después del trabajo. Nos traía unas chuletas. Entonces se lo contamos. Pero él no conoce a Isa, así que no tiene sentido que llamase.

—¿Eso es todo?

—Si, el cartero trajo un giro postal. Resultó que habíamos ganado trescientas coronas a la lotería. Nos preguntó si los Edengren estaban en casa y le dijimos que Isa estaba ingresada. Pero ¿por qué iba a llamar el cartero al hospital?

—Y después del cartero, ¿nadie más?

—No.

—En fin, ha sido muy positivo el que hayamos podido desenredar este lío —concluyó Wallander, en un tono que indicaba de forma clara y terminante que daba por finalizada la conversación.

Lundberg desapareció escaleras abajo, se enfundó los pies en las botas y se marchó.

—¿Sabes? Anoche fui al parque y, de repente, tuve la sensación de que había alguien allí, oculto entre las sombras, invisible. Alguien que nos vigilaba. Pero, claro, me dije que no eran más que figuraciones mías. Sin embargo, ahora empiezo a dudarlo. Esta mañana le pedí a Edmunsson que inspeccionase la zona con su perro. ¿No habrá alguien siguiéndonos?

—Yo sé lo que habría contestado Svedberg.

La mirada de Wallander reflejaba la más absoluta perplejidad.

—¿Y qué habría contestado Svedberg?

—Bueno, él hablaba a veces de sus indios. Recuerdo una noche en que estábamos de guardia en la terminal de transbordadores, a principios de la primavera del 88, creo, por un lío bastante serio de contrabando, ¿te acuerdas? Estábamos en el coche y Svedberg nos mantuvo despiertos con sus historias de indios. Entre otras cosas, recuerdo que nos relató cómo los indios seguían el rastro de aquellos a quienes perseguían y de cómo descubrían si alguien, a su vez, iba tras su pista: todo consistía en detenerse, en saber cuándo interrumpir un movimiento, cuándo ponerse a cubierto y aguardar la llegada de quien iba deslizándose tras ellos.

—Sí, todo eso está muy bien, pero ¿qué habría dicho Svedberg?

—Pues que deberíamos hacer un alto de vez en cuando y volver la vista atrás.

—¿Y qué veríamos entonces?

—A alguien cuya presencia allí detrás resultaría difícil de justificar.

Wallander reflexionó un momento.

—Eso significa que sería conveniente que mantuviésemos esta casa bajo vigilancia, por si a alguien se le ocurriese hacer lo mismo que nosotros: venir a registrar la habitación de Isa. Es eso lo que sugieres, ¿no es así?

—Sí, más o menos.

—¡No es momento de imprecisiones! ¿Es eso lo que estás sugiriendo, o no lo es?

—Yo sólo he dicho lo que creo que Svedberg habría propuesto.

Wallander se dio cuenta de lo cansado que estaba. Su irritabilidad afloraba ya a la superficie. Pensó que debería pedirle disculpas a Martinson, al igual que horas antes, en el sendero del parque, tenía que haber hablado con Ann-Britt Höglund. Sin embargo, no dijo nada. Regresaron a la habitación de Isa. Allí seguía la peluca, sobre la mesa y junto al móvil de Wallander. Éste se agachó para mirar debajo de la cama, pero allí no había nada. Cuando se incorporó, sintió un mareo repentino. Tambaleándose, dio unos pasos hasta que pudo agarrarse a Martinson.

—¿No te encuentras bien?

Wallander negó con un gesto.

—Los tiempos en que podía pasarme en pie varias noches seguidas sin notarlo ya pasaron. También a ti te llegará este día.

—Tendríamos que decirle a Lisa que necesitamos más personal.

—Ya me lo ha comentado —aclaró Wallander—. Le dije que más adelante hablaríamos de ello. ¿Nos queda aquí algo por inspeccionar?

—Creo que no. En el armario no hay nada anormal.

—¿Tampoco echas nada en falta? Ya sabes, algo que suelan tener las jóvenes en los armarios.

—Creo que no.

—En ese caso, podemos irnos.

Cuando salieron al jardín, estaban a punto de dar las nueve y media. Wallander echó una ojeada al cielo: ni rastro de nubes.

—Yo voy a llamar a los padres de Isa. Vosotros tendréis que poneros en contacto con los de Boge, Norman y Hillström. No me atrevo a cargar con la responsabilidad de lo que pueda ocurrir si no encontramos a la chica. Después de todo, es posible que ellos sepan algo. Y también habría que interrogar a los jóvenes que aparecen en la otra fotografía, la que encontramos en casa de Svedberg.

—¿Qué crees que puede haber sucedido?

—No tengo ni idea.

Cada uno subió a su coche, y se marcharon de allí. Wallander iba pensando en la conversación con Lundberg. Alguien había llamado al hospital, pero ¿quién? Por otro lado, lo mortificaba la sensación de que Lundberg había mencionado, quizá de pasada, algo más, un detalle fundamental, que no recordaba, pero desechó la idea. «No es más que el cansancio», resolvió. «No presto la debida atención a lo que dice la gente y luego me empeño en que he pasado por alto algo importante.»

Cuando llegaron a la comisaría, Martinson se dirigió a toda prisa a su despacho. Ebba detuvo a Wallander en la recepción.

—Te ha llamado Mona.

Wallander se paró en seco.

—¿Y qué quería?

—Como es lógico, a mí no me lo dijo.

Ebba le dio un papel con el número de su ex mujer en Malmö. Wallander se lo sabía de memoria, pero la diligencia de Ebba no conocía límites. Asimismo, le entregó una montaña de notas con otros avisos.

—La mayoría son de periodistas —lo consoló Ebba—. No tienes por qué llamarlos siquiera.

Wallander fue a buscar una taza de café y entró en su despacho. No acababa de quitarse la chaqueta cuando sonó el teléfono. Era Hanson.

—Nada nuevo —lo informó—. Al menos, hasta el momento. Pensé que te gustaría saberlo.

—Quisiera que alguno de vosotros, Ann-Britt o tú, viniera por aquí. A Martinson y a mí no nos da tiempo de encargarnos de todo. ¿Quién se encarga de buscar los coches de los muchachos?

—Yo —afirmó Hanson—. Y estoy en ello. Pero ¿ha ocurrido algo más?

—Isa Edengren se ha fugado del hospital. Es algo que me tiene muy preocupado.

—¿Quién de nosotros dos quieres que vaya para allí?

Wallander habría preferido contar con la ayuda de Ann-Britt Höglund, pues la consideraba mejor policía que a Hanson, pero, claro está, no lo dijo.

—Eso es lo de menos, cualquiera de los dos.

Colgó, pulsando el botón con un dedo, y marcó el número de Mona en Malmö. Cada vez que ella llamaba, lo cual no sucedía con demasiada frecuencia, él se inquietaba pensando que le había ocurrido algo a Linda.

Ella contestó al segundo tono de llamada. Wallander experimentaba siempre una fugaz punzada de tristeza cuando oía su voz. A veces se le antojaba que la intensidad de esa tristeza se había debilitado con los años, pero no estaba seguro de que así fuese.

—Espero no haberte molestado. ¿Cómo te encuentras?

—¿Cómo vas a molestarme? He sido yo el que ha llamado —repuso él—. Estoy bien.

—Pareces cansado.

—Es que estoy cansado. Te habrás enterado por los periódicos de que uno de mis colegas ha muerto. Svedberg, ¿lo recuerdas?

—No mucho, la verdad.

—En fin. Me han dicho que has llamado. ¿Qué querías?

—Sólo quería comunicarte que voy a casarme.

Wallander guardó silencio. Estuvo a punto de arrojar el auricular al suelo, pero permaneció quieto y sin pronunciar palabra.

—¿Sigues ahí?

—Sí, aquí estoy.

—Bueno, pues eso. Estoy diciéndote que voy a casarme.

—¿Con quién?

—Con Clas-Henrik. ¿Con quién creías, sino?

—¿Vas a casarte con un jugador de golf?

—Ése ha sido un comentario hiriente. Podrías habértelo ahorrado.

—Pues te pido disculpas. ¿Lo sabe Linda?

—No. Quería hablar contigo primero.

—Ya. Bueno, no sé qué decir. Tal vez debería darte la enhorabuena.

—Por ejemplo. No tenemos por qué prolongar esta conversación más de lo estrictamente necesario. Sólo quería que lo supieses.

—¡¿Y por qué cojones crees que yo quiero saber nada sobre tu vida y tu mierda de jugador de golf?!

De repente, estaba hecho un energúmeno. No tenía la menor idea de qué provocaba en él aquella ira. Tal vez fuese el cansancio. Tal vez la manifestación de la última decepción, marcada por el hecho de que, definitivamente, Mona se apartaba de su vida. Sufrió la primera de esas decepciones cuando ella le hizo saber que quería separarse. Y ahora, en esta última, cuando le comunicaba que iba a casarse con otro.

Colgó el auricular con tal violencia que lo partió en dos. Martinson, que entró en ese momento, dio un respingo al ver cómo se rompía el aparato. Después Wallander arrancó el teléfono de la toma de la pared y lo arrojó a la papelera. Martinson lo observaba algo atemorizado ante la posibilidad de que luego la tomara con él. Así pues, alzó las manos en señal de resignación y se dio la vuelta, dispuesto a marcharse.

—¿Qué querías?

—No importa, puedo esperar.

—Mi arrebato es por motivos personales —aclaró Wallander—. Dime, ¿de qué se trata?

—Voy a visitar a la familia Norman. He pensado que tanto da empezar por ellos que por otros. Además, cabe la posibilidad de que Lillemor Norman sepa dónde puede haberse metido Isa.

Wallander asintió.

—Hanson o Ann-Britt, no sé cuál de los dos, está de camino. Dile al que venga que se encargue de los otros.

Martinson asintió y, desde el umbral de la puerta, titubeante, sugirió:

—Deberían traerte un teléfono nuevo. Voy a pedirlo.

Wallander lo despidió con un gesto.

No habría sabido decir cuánto tiempo había permanecido inmóvil. Una vez más, tenía que admitir que Mona era, pese a todo, la mujer de la que más cerca se sentía en su vida.

No se levantó y abandonó la habitación hasta que apareció en la puerta un agente con un teléfono en la mano. Ya en el pasillo, se quedó quieto; no sabía muy bien qué hacer. Entonces se dio cuenta de que se había detenido precisamente ante el despacho de Svedberg. La puerta estaba entreabierta, y la empujó con el pie. La luz del sol que entraba por la ventana incidía de tal manera que podía verse la fina capa de polvo que cubría la mesa. Wallander entró y cerró la puerta tras de sí. Vacilante, se sentó en la silla de su compañero. Ann-Britt ya había revisado todos sus papeles, a buen seguro a conciencia. Sería una pérdida de tiempo repasarlos de nuevo. Entonces recordó que Svedberg tenía también una taquilla en el sótano. Con toda probabilidad, Ann-Britt habría inspeccionado ya lo que había allí. Sin embargo, no le había mencionado una palabra al respecto. Wallander aún llevaba en el bolsillo el llavero de Svedberg que le había dado Nyberg, pero en él no encontró ninguna llave que correspondiera a la de la taquilla del sótano. Wallander salió a la recepción y le preguntó a Ebba.

—Sus llaves de repuesto están ahí colgadas —dijo ésta con voz trémula.

—¿Cuándo será el entierro?

—No lo sé.

—Va a ser un tormento.

—Al menos, nos ahorraremos ver a su viuda y a sus pequeños llorando a lágrima viva —comentó Wallander—. Pero, desde luego, será un mal trago.

Bajó las escaleras y buscó la taquilla de Svedberg. Cuando la abrió, no sabía qué esperaba encontrar dentro. Seguramente nada de interés. Había un par de toallas, pues su colega solía tomar una sauna todos los viernes por la noche. Una pastilla de jabón y un frasco de champú, además de un par de zapatillas de deporte viejas. Wallander palpó a tientas en la balda superior, donde halló una funda de plástico con papeles. La sacó y se puso las gafas para hojear su contenido. Halló una notificación de la Dirección de Tráfico, en la que lo informaban de que debía pasar la revisión del coche, y algunas notas que, con cierta dificultad, pudo identificar como listas de la compra. Sin embargo, también encontró unos billetes de tren y de autobús. El 19 de julio, Svedberg, si es que había sido él, había tomado uno de los primeros trenes de la mañana a Norrköping. El día 22 del mismo mes, regresó a Ystad. Tanto el billete de ida como el de vuelta estaban picados, de lo que dedujo que había utilizado los dos. Trató de ver a continuación lo que ponía en los billetes de autobús, pero las letras estaban muy desvaídas. Acercó uno de ellos a una luz pero, aun así, no pudo descifrar lo que ponía. Cerró la taquilla y se llevó la funda de plástico a su despacho, donde intentó leerlos con ayuda de una lupa, pero lo único que pudo ver fueron el precio del billete y la inscripción «Transporte Municipal de Östergötland». Frunció el entrecejo y dejó el billete sobre la mesa. ¿Qué había ido a hacer Svedberg en Norrköping o en algún otro lugar próximo a aquella ciudad? Tres días había estado fuera, durante sus vacaciones. El inspector marcó el número de Ylva Brink, que, en contra de lo habitual, estaba en casa. Pero ella no tenía la menor idea de por qué Svedberg podría haber viajado a Östergötland, pues no tenía allí ni familiares ni amigos.

—Tal vez la mujer llamada Louise viva en ese lugar —sugirió—. ¿Sabéis ya quién es?

—No, aún no, pero, claro, puede que tengas razón…

Salió a buscar una taza de café, sin dejar de pensar en la conversación con Mona. No le cabía en la cabeza que pudiera casarse con aquel escuálido jugador de golf que, al parecer, vivía de la importación de sardinas. Regresó a su despacho. Los billetes de autobús seguían allí, sobre la mesa. De repente se quedó petrificado, con la taza en la mano.

Tenía que haber pensado en ello de inmediato, en lo que halló escrito en el álbum de fotos de Isa Edengren. ¿Cómo se llamaba la isla? ¿Bärnsö? ¡Y Martinson le había dicho que estaba en el archipiélago de Östergötland!

Dejó la taza con tal apresuramiento que salpicó el nuevo aparato de teléfono, como en una especie de ceremonia de inauguración, y lo estrenó con una llamada a Martinson.

—¿Dónde estás? — inquirió.

—Tomando café con Lillemor Norman. Su marido no tardará en llegar.

Wallander percibió en el tono de voz de Martinson que aquella visita no le estaba resultando nada fácil.

—Quiero que le hagas una pregunta ahora mismo, sin que cortemos la llamada. Quiero averiguar si sabe algo de la isla esa, Bärnsö. Si Isa Edengren tiene algo que ver con ese lugar.

—¿Sólo eso?

—Sí, nada más.

Wallander aguardaba la contestación cuando Ann-Britt Höglund asomó la cabeza por la puerta; de ello dedujo que Hanson sabía hacia dónde se decantaban sus preferencias. La colega señaló la taza de café Y desapareció.

Martinson volvió a ponerse al teléfono.

—Bueno, la respuesta es bastante sorprendente. Según ella, la familia Edengren no sólo tiene chaléts en España y Francia, sino también una casa en esa isla.

—Muy bien —se felicitó Wallander—. Por fin empiezan a aclararse las cosas.

—Y aún hay más —añadió Martinson—. Asegura que Lena y sus amigos estuvieron allí en varias ocasiones.

—Pues yo sé de otra persona que también ha estado allí —afirmó Wallander.

—¿Quién?

—Svedberg. Entre el 19 y el 22 de julio.

—¡Joder! ¿Y cómo te has enterado de eso?

—Ya te lo contaré cuando vuelvas. Ahora, termina con lo que has ido a hacer ahí.

Wallander colgó el auricular, en esta ocasión con más cuidado.

Ann-Britt Höglund, que entraba en ese momento en el despacho, notó enseguida que había novedades.

17

Wallander tenía razón. A Ann-Britt Höglund nunca llegó a ocurrírsele la idea de bajar al sótano y mirar en la taquilla de Svedberg. Wallander no pudo evitar sentir cierta satisfacción por ese descuido de su compañera. Él la consideraba una buena policía, pero el que no hubiera caído en mirar en la taquilla demostraba que tampoco ella era infalible.

Repasaron rápidamente los últimos acontecimientos. Isa Edengren había desaparecido y, en opinión de Wallander, encontrarla era una tarea de máxima prioridad.

Ann-Britt Höglund lo presionó para que le contase qué era lo que estaba barruntando. En realidad, él no estaba muy seguro de nada. Sólo sabía que Isa tenía que haber participado en aquella fiesta y que, por si fuera poco, había intentado quitarse la vida sin que hasta el momento se supiera el motivo. Y ahora había huido del hospital.

—Hay otra posibilidad, claro —señaló Ann-Britt Höglund—. Por espeluznante e inverosímil que parezca.

Wallander sospechaba a qué se refería.

—¿Estás pensando en que Isa pudo haber asesinado a sus amigos? La verdad, también a mí se me ha pasado por la cabeza. Pero no hay duda de que estaba enferma la noche de San Juan.

—Si es que ocurrió aquella noche —apuntó Ann-Britt Höglund—. En realidad, seguimos sin saberlo con certeza.

Wallander comprendió que tenía razón.

—En ese caso, aún es más urgente que demos con su paradero. Tampoco hay que olvidar al hombre que llamó al hospital suplantando la personalidad de Lundberg.

Ella abandonó el despacho dispuesta a ponerse en contacto con las familias Hillström y Boge, y con el resto de los jóvenes que aparecían en la fotografía hallada en el apartamento de Svedberg. Wallander se había asegurado de que no olvidase preguntarles por la isla archipiélago de Östergötland. Tan pronto como ella salió de su despacho, recibió una llamada de Nyberg. Wallander pensó que habrían hallado el lugar del parque en el que los cuerpos habían estado enterrados.

—Todavía no —le reveló Nyberg-, y me parece que nos llevará bastante tiempo. El motivo de mi llamada es muy distinto. Hemos recibido noticias de la escopeta que hallamos en casa de Svedberg.

Wallander sacó su bloc escolar.

—Los del registro de armas son muy eficaces —continuó Nyberg—. El arma con que asesinaron a Svedberg fue robada hace dos años. En Ludvika.

—¿Ludvika?

—Presentaron la denuncia del robo ante la policía de Ludvika el 19 de febrero de 1994. Fue un colega llamado Wester quien tomó declaración de la desaparición. El denunciante, un hombre llamado Hans-ke Hammarlund, era el propietario de las armas, tenía licencia y las guardaba a muy buen recaudo. El 18 de febrero se desplazó a Falun a fin de hacer unas reparaciones. Trabajaba como autónomo en el ramo de la electricidad, según se lee en la denuncia. Además, se dedicaba a la caza. La noche del 18 al 19 de febrero, alguien entró en su casa. Su mujer, que dormía en la planta superior, no oyó nada. Cuando Hammarlund regresó de Falun al día siguiente, descubrió el robo y lo denunció el mismo día. Una de las armas robadas era una Lambert Baron, de fabricación española. Los números de serie coinciden. Nunca hallaron ninguna de las armas robadas, como tampoco lograron identificar a ningún posible sospechoso del robo.

—Si no lo he entendido mal, ¿le robaron varias armas el mismo día?

—Así es. Por alguna extraña razón, el ladrón no se molestó en llevarse un rifle de caza mayor, para la caza del alce, en concreto, de gran valor, pero sí se llevó dos pistolas. O, para ser exactos, un revólver y una pistola. Lo que no dice la denuncia son las marcas. A mi entender, nuestro colega Wester redactó bastante mal la denuncia. Por ejemplo, no dice ni una palabra acerca del modo en que el ladrón entró en la casa. En cualquier caso, supongo que ya te has figurado lo que se desprende de todo esto.

—Que cabe la posibilidad de que otra de las armas robadas se utilizase en el parque. Y eso es algo que tenemos que averiguar lo antes posible.

—Ludvika está en Dalarna, es decir, bastante lejos. Pero las armas pueden aparecer en cualquier lugar.

—Bien, lo que no me parece sensato es pensar que Svedberg hubiera robado el arma con que murió.

—Tratándose de armas robadas, es raro poder seguir su rastro, pues pasan por muchas manos —advirtió Nyberg—. Las armas se roban, se venden, se usan antes de ponerse en venta de nuevo… La escopeta pudo haber tenido muchos propietarios antes de ir a parar al apartamento de Svedberg.

—Comoquiera que sea, es una información crucial —concluyó Wallander—. Y yo me siento como si estuviésemos inmersos en una espesa niebla.

—Pues aquí hace un tiempo la mar de agradable, pero maldita la gracia que me hace buscar un lugar que se supone que ha hecho las veces de tumba provisional.

—Bueno, te librarás de eso cuando estés jubilado, y no sólo tú; también yo y todos los demás que ahora andamos metidos en estos menesteres.

Nyberg se despidió, no sin antes prometerle que daría la máxima prioridad a la identificación de las otras armas robadas y al análisis de la munición utilizada en el crimen del parque. El inspector acababa de inclinarse sobre su bloc para plasmar sobre el papel un resumen de la situación, cuando sonó el teléfono de nuevo. En esta ocasión, era el doctor Göransson quien llamaba.

—No viniste a la consulta esta mañana —le reprochó.

—Lo siento —se disculpó Wallander—. A decir verdad, no tengo ninguna excusa.

—Imagino que tendrás mucho trabajo. Es horrible lo que está ocurriendo. Ya casi da miedo abrir el periódico. Yo estuve unos años trabajando en un hospital de Dallas, y tengo la impresión de que el Ystads Allehanda empieza a parecerse a los periódicos de Tejas.

—Pues sí. Y la verdad es que trabajamos las veinticuatro horas del día. No hay más remedio.

—Ya. A pesar de todo, creo que deberías dedicarle un poco de tiempo a tu salud —le aconsejó Göransson—. Una diabetes mal controlada en combinación con una tensión arterial alta… No es un cuadro clínico como para tomárselo a broma.

Wallander le habló de la prueba que le hicieron la noche anterior, en el hospital, y del nivel de glucemia que le notificaron.

—Bueno, eso no viene más que a confirmar lo que acabo de decirte. Tenemos que hacerte un reconocimiento a fondo. El hígado y los riñones, la actividad pancreática. Y no creo que debamos posponerlo.

Wallander comprendió que no podía escabullirse y al final acordaron que se presentaría en la clínica a las ocho del día siguiente. Le prometió que no ingeriría ningún alimento antes del reconocimiento y que procuraría llevarle una muestra de la primera orina de la mañana.

—Ya me figuro que no tendrás tiempo de pasarte por aquí para recoger un frasco de muestras —aseguró Göransson.

Wallander colgó y dejó a un lado el bloc escolar. De repente, tornó clara conciencia de lo poco que se había cuidado durante muchos años. En realidad, todo empezó cuando Mona le pidió el divorcio y se marchó de casa, hacía ya casi siete. Por un instante, la culpó a ella. Sin embargo, sabía muy bien que el único responsable era él. Se levantó y fue a mirar por la ventana. Hacía un caluroso día de agosto.

Göransson estaba en lo cierto. Si quería vivir al menos diez años más, tenía que tomarse en serio su salud. No bien pensó eso, se preguntó por qué había fijado el límite justamente en esos diez años.

Regresó al escritorio y, durante un momento, clavó la mirada en la página en blanco de su bloc. Luego buscó los números de teléfono de España y de Francia y empezó a marcar, no sin antes comprobar en un listín que fue a España adonde llamó la primera vez que habló con la madre de Isa Edengren. Esperó un poco, y a punto estaba ya de colgar cuando oyó la voz de un hombre al otro lado del hilo. Wallander se presentó.

—Sí, me dijeron que había llamado. Soy el padre de Isa.

Le dio la sensación de que el hombre lamentaba la realidad de lo que acababa de decir, y de nuevo empezó a sentirse indignado.

—Supongo que había pensado volver a casa para cuidar de Isa —dijo el inspector, tratándolo de usted con toda intención.

—Pues no, la verdad. No parecía existir ningún peligro inminente.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque llamé al hospital.

—¿No diría usted, por casualidad, que se llamaba Lundberg?

—¿Por qué iba yo a hacer tal cosa?

—Claro, olvídelo. Era sólo curiosidad.

—¿Acaso la policía no tiene nada mejor que hacer que dedicarse a formular preguntas estúpidas?

—¡Claro que sí! — estalló Wallander, ya sin esforzarse por ocultar su indignación—. Por ejemplo, podríamos ponernos en contacto con la policía española y pedirles que nos echen una mano para obligarles a regresar en el primer avión que salga para Suecia.

Por supuesto, jamás habría hecho eso, pero, a esas alturas de la investigación, Wallander estaba harto de los padres de Isa Edengren, harto de la extrema frialdad con que trataban a su hija, pese a que ya se les había suicidado un hijo. Se preguntaba cómo la gente era capaz de comportarse así con sus hijos.

—Lo que acaba de decir resulta bastante ofensivo.

—Tres de los amigos de Isa han sido asesinados —le reveló Wallander—. Según el plan inicial, su hija tendría que haber estado con ellos cuando esto sucedió. Le estoy hablando de asesinato, de modo que, a partir de ahora, conteste usted a mis preguntas, a menos que prefiera que me ponga en contacto con la policía española. ¿Me he explicado con claridad?

El hombre pareció empezar a perder el aplomo.

—¿Qué es lo que ha ocurrido, en realidad?

—Según tengo entendido, en los quioscos de prensa de la Costa del Sol española pueden adquirirse periódicos suecos. Y supongo que sabe usted leer.

—¿Qué demonios está insinuando?

—Lo que le acabo de decir, ni más ni menos. Ustedes tienen una casa de campo en una isla llamada Bärnsö. ¿Tiene Isa las llaves de esa casa, o le está prohibida la entrada allí también?

—Sí, tiene las llaves.

—¿Hay teléfono allí?

—No, usamos los móviles.

—¿Tiene Isa teléfono móvil?

—¿Quién no tiene un móvil hoy en día?

—¿Cuál es su número?

—No lo sé. Además, no creo que tenga móvil.

—¿En qué quedamos? ¿Tiene móvil o no?

—Nunca me pidió dinero para un móvil, así que, ¿cómo iba a poder comprarse uno, si no trabaja ni hace nada por sentar la cabeza?

—¿Existe la posibilidad de que Isa se haya marchado a Bärnsö?

—Según creo, está en el hospital, ¿no es así?

—Estaba, pero se marchó.

—¿Por qué?

—No lo sabemos. ¿Existe esa posibilidad, sí o no?

—Sí, es muy posible.

—¿Cómo se accede a la isla?

—Desde Fyrudden se puede llegar en barco. No hay comunicación por tierra hasta Bärnsö.

—¿Y tiene ella acceso a algún barco?

—El nuestro está en estos momentos en un astillero de Estocolmo, para la revisión de motores.

—¿Hay allí algún vecino con el que podamos ponernos en contacto?

—No, allí no vive nadie. Nuestra casa es la única de toda la isla.

Wallander había ido tomando notas durante la conversación. No tenía más preguntas, por el momento.

—Es mi deber exigirles que se encuentren localizables en todo momento en este número de teléfono —aseguró concluyente—. Por cierto, ¿hay algún otro lugar al que Isa haya podido marcharse?

—No se me ocurre ninguno.

—Bien. Cuento con que se pondrá en contacto con nosotros en el caso de que, por casualidad, recordase algún detalle que pudiera resultar importante para la investigación.

Antes de dar por finalizada la conversación, Wallander le dio el número de teléfono de la comisaría de Ystad y el de su móvil. Cuando colgó, se dio cuenta de que le sudaban las manos.

Después de revolver un buen rato en sus cajones y estanterías, dio por fin con el mapa de carreteras que buscaba. Fue pasando las hojas hasta llegar al archipiélago de Östergötland. Fyrudden figuraba en el mapa, pero no así Bärnsö. Dado que sólo había una casa en toda la isla, supuso que ésta debía de ser muy pequeña. Salió a la recepción a pedir ayuda para averiguar si había algún número de teléfono móvil a nombre de Isa Edengren, y al fin pudo localizar por teléfono a Martinson, que seguía en casa de la familia Norman. Wallander no envidiaba la situación en que se hallaba su colega… Transcurridos unos instantes, supo que los padres no sabían el número del móvil de la amiga de su hija, si es que lo tenía. El inspector le pidió a Martinson que se pusiera en contacto con el resto de los jóvenes que aparecían en la fotografía de Svedberg. En veinte minutos obtuvo una respuesta: nadie sabía si Isa tenía móvil.

Era ya más de mediodía, y Wallander se sentía hambriento y con dolor de cabeza, así que llamó para pedir una pizza; llegó al cabo de media hora y se la comió sentado a la mesa de su despacho. Nyberg seguía sin llamar, por lo que se planteó ir él mismo al parque. No obstante, se dijo que poco podía contribuir él a las pesquisas. Nyberg sabía lo que tenía que hacer. Se limpió la boca, tiró la caja de cartón en que venía la pizza y fue a los servicios a lavarse las manos. Acto seguido, salió de la comisaría y cruzó la calle en dirección al depósito de agua. Una vez allí, se sentó a la sombra del depósito y dio vueltas a una idea que le rondaba sin cesar por la cabeza.

En efecto, había comenzado a entrever un modelo de conducta. Sin embargo, aquella suposición carecía aún de forma y rostro concretos. Se trataba más bien de un presentimiento vago, en el que había ciertos puntos recurrentes. Su mayor temor, el de que Svedberg hubiese asesinado a los tres jóvenes, empezaba a desvanecerse para dar paso al convencimiento de que su colega pertenecía al grupo de los perseguidores, al igual que él mismo. Más aún, intuía la presencia escurridiza de Svedberg por delante de ellos, a escasa distancia. Pero aún no le habían dado alcance.

No podía ser que Svedberg, al que habían asesinado, fuese, a su vez, un asesino. Así, aquel temor se disipaba y otro muy distinto empezaba a perfilarse. ¿Había alguien que vigilaba sus propios movimientos, los de Martinson o los de Ann-Britt? ¿Y quién era?

Muy cerca de todos ellos había un individuo muy bien informado. Wallander sabía que estaba en lo cierto, pese a que no podía argumentar por qué.

El asesino de Svedberg, sin duda el mismo que había acabado con la vida de los tres jóvenes, tenía acceso en todo momento a cuanta información precisaba. Así, pese a que la fiesta de la noche de San Juan se había planificado en el mayor de los secretos —de hecho, ni siquiera los padres sabían nada al respecto-, aquella persona lo sabía todo. Sabía incluso que Svedberg estaba siguiéndole la pista.

«Svedberg debió de acercarse mucho», concluyó Wallander. «Tal vez, sin ser consciente de ello, se adentró en territorio prohibido. Por eso lo mataron. Simplemente, no se me ocurre otra explicación.»

Hasta aquel punto, le pareció que sus razonamientos seguían cierta lógica. Pero allí, sentado sobre el césped que circundaba el depósito, comprendió que todo lo demás se presentaba no poco desdibujado. ¿Por qué estaba el telescopio en el trastero de la casa de Björklund? ¿Por qué se habían dedicado a enviar postales falsas desde distintos puntos de Europa? ¿Por qué se había aplazado el momento de sacar a la luz los cadáveres? Las preguntas eran muchas, y la relación entre ellas, vaga o difícil de establecer.

«He de dar con el paradero de Isa», resolvió. «Es preciso hacerla hablar. Tengo que lograr que me revele lo que quizá ni ella misma sea consciente de saber. Y también necesito encontrar la brecha que Svedberg había abierto en aquel caso. ¿Qué fue lo que él descubrió y que a nosotros se nos escapa? ¿O sería una sospecha que él tuvo desde el primer momento y que nosotros, simplemente, no podemos concebir?»

Pensó en Louise, aquella mujer con la que Svedberg había mantenido una relación secreta.

Había algo inquietante en su fotografía, pero seguía sin identificar qué era. Pese a todo, la desazón lo corroía, lo alentaba a no rendirse, a no perder del todo la paciencia.

Se le ocurrió de pronto, sentado de espaldas al muro del depósito de agua, que había cierta semejanza entre Svedberg y los cuatro jóvenes: todos habían guardado algún secreto. ¿Quién podía asegurar que no fuese ése el nexo que buscaba?

Wallander se puso de pie dispuesto a regresar a la comisaría. Aún se notaba todo el cuerpo entumecido como consecuencia de las horas que había pasado durmiendo en el asiento trasero de su coche.

Finalmente, tenía que ponerse manos a la obra, consciente de cuál era la mayor de sus preocupaciones: el temor a que el asesino actuase de nuevo.

Se detuvo en el aparcamiento que había ante la comisaría y, en un segundo, lo vio todo muy claro. Tenía que viajar a Bärnsö a investigar si Isa Edengren estaba allí. De entre todos los problemas que precisaban solución, él tenía que elegir uno. Y se había decantado por ése: encontrar a la chica.

De pronto, intuyó que el tiempo apremiaba. Regresó a su despacho y consiguió hablar con Martinson, que por fin había salido de la casa de la familia Norman, en la calle Käringvägen.

—¿Alguna novedad? — inquirió Martinson.

—Más bien pocas. ¿Por qué no sabemos aún nada de los forenses? Sin esos datos, estamos atados de pies y manos. ¿Por qué no nos llega ninguna llamada sensata? ¿Dónde están los coches desaparecidos? Tenemos que hablar, así que vente para acá tan rápido como puedas.

A las cuatro de la tarde, habían logrado ponerse también en contacto con Ann-Britt Höglund, que ya se había entrevistado con Eva Hillström y con los padres de Martin Boge, en Simrishamn. Mientras la esperaban, Wallander y Martinson se dedicaron a llamar a los jóvenes identificados en la fotografía de Svedberg. Resultó que todos habían visitado a Isa en Bärnsö en alguna ocasión. Además, Martinson tuvo tiempo de hablar con el Instituto de Medicina Forense de Lund antes de que Ann-Britt llegase. Seguían sin poder establecer la hora de la muerte de Svedberg, y otro tanto ocurría con la de los tres muchachos. Wallander revisó la información recibida por las líneas abiertas a los ciudadanos. Martinson había encomendado esa tarea a un joven policía en prácticas. Nada parecía indicar que se hubiesen realizado descubrimientos importantes ni en la calle Lilla Norregatan ni en el parque. Lo más llamativo era, no obstante, que nadie hubiese llamado para identificar a la mujer cuyo nombre, según creían ellos, era Louise. De hecho, fue lo primero que Wallander comentó cuando se sentó con sus dos compañeros en una de las salas de reuniones más pequeñas. Además, había colocado las fotografías en el proyector.

—Tiene que haber alguien que la reconozca —aseguró—. O, al menos, que crea saber quién es. Pero no ha llamado nadie.

—Ya, pero no han pasado muchas horas desde que la fotografía salió publicada en los periódicos —les recordó Martinson.

Wallander meneó la cabeza.

—Una cosa es que pidamos que la gente recuerde sucesos, y eso puede llevar su tiempo, y otra, como en este caso, que se acuerde de un rostro.

—¿Y si fuera extranjera? — sugirió Ann-Britt Höglund—. En realidad, bastaría con que fuese danesa. ¿Quién lee allí los diarios de Escania? La fotografía no aparecerá en la prensa nacional hasta mañana.

—Quizá tengas razón —convino Wallander, al tiempo que pensaba en Sture Björklund, que iba y venía entre Hedeskoga y Copenhague—. Nos pondremos en contacto con la policía danesa.

Los tres contemplaban la fotografía de Louise ampliada y proyectada sobre la pared.

—No me abandona la sensación de que hay algo extraño en esa fotografía —confesó Wallander—. Pero no atino a explicarlo.

Como a nadie se le ocurría nada, Wallander apagó el proyector.

—Pienso ir a Östergötland mañana —anunció—. Hay motivos suficientes para sospechar que Isa puede haberse dirigido allí. Tenemos que encontrarla. Y tenemos que obligarla a que nos cuente lo que sabe.

—¿Y qué crees tú que puede saber ella? Después de todo, no estaba en el parque cuando los mataron.

La pregunta de Martinson estaba más que justificada, y Wallander lo sabía. De lo que no estaba seguro era de poder darle una respuesta convincente. Había demasiadas lagunas, ideas que más podían calificarse de vagas suposiciones que de puntos de apoyo definidos.

—Bueno, Isa es, en cierto modo, una especie de testigo —observó él—. Tenemos el convencimiento de que esto no ha sido un delito casual. La muerte de Svedberg puede que resulte serlo, por inverosímil que parezca. En cambio, el asesinato de estos jóvenes es fruto de un plan bien concebido. En este caso, el dato decisivo es que ellos prepararon su fiesta en el más absoluto secreto. A pesar de todo, alguien, a todas luces, tuvo acceso a los detalles más importantes: cómo pretendían celebrar la fiesta, dónde, qué día y quizás incluso a qué hora. Alguien, pues, anduvo husmeando en su secreto, o bien obtuvo la información por otros medios. Y que lo planeó todo al detalle será incuestionable si al final resulta que tenemos razón y que han estado enterrados en las inmediaciones del parque durante un tiempo. Un hoyo no se cava solo. Por otro lado, Isa participó en los preparativos de la fiesta, pero, cuando estaban a punto de celebrarla, cayó enferma. Y no tenemos motivo alguno para dudar de la veracidad de esta circunstancia, pues, de haberse encontrado bien, también ella habría acudido. Con toda probabilidad, su gastroenteritis le salvó la vida. En otras palabras, ella puede conducirnos por el buen camino y ayudarnos a avanzar. En algún punto del trayecto, tanto ella como los otros tres se interpusieron en el camino de una persona que decidió quitarles la vida. Aunque ellos no se percataron de nada. En cualquier caso, así creo yo que hay que plantearlo.

—¿Crees que también Svedberg razonó de ese modo? — quiso saber Martinson.

—Deduzco que sí. Sin embargo, él debía de saber algo más. O tal vez sólo tenía un presentimiento, una sospecha. Pero ignoramos qué suscitó esa sospecha, al igual que desconocemos el modo en que su corazonada o su recelo emergieron a la superficie, por qué motivo las causas de su presentimiento se hicieron patentes sólo para él. Tampoco sabemos qué lo movió a investigar en secreto, aunque está claro que era importante que así fuese. Realizó este trabajo durante sus vacaciones, y recordemos que quiso tomárselas enteras, algo totalmente insólito.

—Aquí falta algo —intervino Ann-Britt Höglund—. Un móvil: la venganza, el odio, los celos… Algo no encaja. ¿Quién querría vengarse de tres jóvenes? O, mejor dicho, de cuatro jóvenes. ¿Quién puede haberlos odiado o envidiado hasta ese punto? En este crimen hay un grado de brutalidad que supera cuanto he oído o visto antes. Es peor que el caso de aquel pobre desgraciado que se disfrazaba de indio, hace un año o dos.[[8]](#footnote-8)

—Puede que eligiera matarlos durante la fiesta con toda intención —observó Wallander—. Puede que ese odio, esa envidia le resultasen tan insoportables que escogió un momento en el que los jóvenes disfrutaban a más y mejor. Además, piensa en que uno puede sentirse aún más solo precisamente en fechas como San Juan o Nochevieja.

—Entonces no cabe pensar más que en un loco —resolvió Martinson, que no podía ocultar su desazón.

—Pues si es así, se trata de un loco metódico y muy previsor —puntualizó Wallander—. Lo cual es perfectamente posible, claro está. Pero lo más importante es que nos preguntemos cuál es el denominador común que se oculta tras todo esto. En alguna parte, el asesino ha tenido acceso a la información. Ése es el denominador que buscamos. Hemos de bucear en las vidas de estos jóvenes. Antes o después hallaremos el nexo. Y no es descabellado pensar que ya nos lo hemos topado pero que no hemos sido capaces de reconocerlo.

—Es decir, que tú propones que Isa Edengren se convierta en la auténtica guía de esta investigación —concluyó Ann-Britt Höglund—. Que ella forme la avanzadilla y nosotros sigamos sus indicaciones.

—Algo así. No podemos ignorar la circunstancia de que ha intentado suicidarse. La cuestión es por qué. Tampoco sabemos cómo el misterioso asesino interpreta y vive el hecho de que ella haya sobrevivido.

—¿Y el que llamó al hospital bajo el nombre de Lundberg? — sacó entonces a colación Martinson.

Wallander se mostró preocupado.

—Quiero que alguno de vosotros hable con la persona que atendió la llamada y le pregunte cómo sonaba su voz, qué dialecto hablaba, si era joven o viejo… Cualquier dato puede ser relevante.

Martinson prometió que él se encargaría de eso. La hora siguiente la dedicaron a hacer balance de la situación del grupo de investigación. En un momento dado, Lisa Holgersson entró y empezó a hablarles del entierro de Svedberg. Tendría lugar el martes siguiente. Ya había hablado con Ylva Brink y con Sture Björklund. Wallander percibió su palidez y los estragos del cansancio en su rostro. Sabía que invertía gran parte de su tiempo en mantener a raya a los periodistas, y no la envidiaba por ello.

—¿Alguien sabe qué música le gustaba a Svedberg? — preguntó—. Por raro que parezca, Ylva Brink lo ignora.

Wallander se dio cuenta, con asombro, de que él tampoco tenía la menor idea. No había ninguna música que pudiese relacionar de forma directa con su colega.

Fue Ann-Britt Höglund quien rompió el silencio con su respuesta.

—Le gustaba la música rock —aseguró—. Me lo confesó en una ocasión. Creo recordar que su cantante favorito era Buddy Holly, que murió hace mucho, en un accidente de avión, si no me equivoco.

Wallander se acordaba del intérprete, que había estado de moda en su juventud.

—¿No era aquel que cantaba una canción llamada Peggy Sue?-inquirió.

—Sí, ése. Aunque no creo que esa canción resulte muy apropiada para un entierro.

—¡«Maravillosa es nuestra tierra»! — exclamó Martinson—. Eso siempre funciona. Claro que, teniendo en cuenta lo que tenemos bajo nuestros pies últimamente, me parece discutible que, como sostiene el salmo, la tierra sea tan maravillosa.

Lisa Holgersson abandonó la sala, no sin antes escuchar un resumen de la situación de boca de Wallander.

—El día en que enterremos a Svedberg, nada me gustaría más que saber qué ocurrió y por qué —confesó Lisa.

—No creo que lo sepamos para entonces —admitió Wallander—. Pero te aseguro que todos queremos lo mismo que tú, naturalmente.

Habían dado las cinco y estaban a punto de dar por concluida la reunión cuando sonó el teléfono. Era Ebba.

—No serán los periodistas, ¿verdad?

—No. Es Nyberg. Me parece que se trata de algo importante.

Wallander sintió la tensión como un latigazo, reacción que no pasó desapercibida para sus compañeros. Se oyó un carraspeo en el auricular, que dio paso a la voz de Nyberg.

—Creo que teníamos razón.

—¿Has encontrado el lugar?

—Eso parece. En este preciso momento estamos tomando algunas fotografías e intentando detectar posibles huellas alrededor.

—¿Estábamos en lo cierto también sobre la orientación?

—Está a unos ochenta metros del lugar en que los hallamos. Una zona muy bien elegida, por cierto, situada entre espesos matorrales. Cuantos hayan pasado por allí habrán dado un rodeo para evitarlos.

—¿Cuándo empezaréis a cavar?

—Pensé que quizá te gustaría verlo antes de que empecemos a darle a la pala.

—Voy enseguida —le contestó, y colgó el auricular—. Parece ser que han encontrado el lugar donde estuvieron enterrados los cuerpos.

No tardaron en decidir que Wallander se dirigiría solo al parque. Tenían ya bastantes tareas de las que hacerse cargo sin más demora. Wallander puso las luces giratorias de emergencia en el techo del coche y salió de Ystad. Llegó a los cordones policiales y entró con el coche hasta el lugar del crimen, donde lo aguardaba uno de los técnicos. Nyberg había vallado un área de unos treinta metros cuadrados. El inspector comprobó enseguida que el lugar había sido objeto de una meditada elección, tal y como habían supuesto. Se acuclilló junto a Nyberg. A sus espaldas, aguardaba un grupo de policías, en chándal y pala en mano.

Nyberg le señaló el lugar.

—Aquí se ve que han cavado. Como puedes observar, son terrones que han levantado para luego volver a colocar y aplastar contra el suelo. Hay tierra arrojada y revuelta entre las hojas. Es lógico: si cavas un hoyo y metes algo dentro, te sobra tierra.

Wallander pasó una mano por uno de los terrones con hierba.

—Parece que lo hayan hecho con gran esmero.

Nyberg asintió.

—En efecto. Es un rectángulo perfecto. Un buen trabajo. De no habernos figurado que este lugar debía de estar por aquí cerca, nunca habríamos dado con él.

Wallander se levantó.

—Bien, pues, ¡a cavar! — ordenó—. No hay tiempo que perder.

El trabajo progresaba lentamente. Nyberg iba dando las instrucciones. Ya había anochecido y aún no habían retirado la última capa de terrones de tierra con hierba. Los focos que habían instalado previamente estaban ahora encendidos. Bajo los terrones, apareció una capa de tierra de consistencia porosa. Siguieron cavando hasta que dejaron al descubierto una abertura de forma rectangular. Eran ya las nueve de la noche. Lisa Holgersson había acudido al lugar junto con Ann-Britt Höglund, y ambas observaban los trabajos en silencio. Cuando Nyberg consideró que era suficiente y ordenó que dejasen de cavar, Wallander ya se había hecho una clara composición de lugar. No cabía duda de que aquel espacio rectangular había servido de tumba.

Se reunieron en semicírculo en torno al hoyo.

—Tiene el tamaño suficiente —observó Nyberg.

—Sí —convino Wallander—. Suficiente incluso para cuatro cuerpos.

Lo recorrió un estremecimiento: por primera vez a lo largo de la investigación, habían logrado aproximarse de verdad al asesino. Y todas sus conjeturas se habían visto confirmadas.

Nyberg estaba arrodillado ante la fosa.

—Aquí no hay nada —sentenció—. Me imagino que los cuerpos fueron introducidos en sacos bien aislados. Si, además, echó una lona plastificada antes de restituir los terrones con la hierba, creo que ni siquiera el perro de Edmunsson hubiese podido olfatear nada. De todos modos, tenemos que examinar a fondo cada uno de esos terrones.

Wallander volvió al sendero en compañía de Lisa Holgersson y de Ann-Britt Höglund.

—¿Qué persigue este asesino? — se preguntó Lisa Holgersson, con la voz quebrada por la repugnancia y el temor.

—No lo sé —admitió Wallander—. Pero, al menos, tenemos un superviviente.

—¿Te refieres a Isa Edengren?

Él no respondió. No era necesario, pues los tres lo sabían.

La tumba también se había cavado para ella.

18

A las cinco de la mañana del martes 13 de agosto, Wallander salía en su coche de la ciudad de Ystad. Había decidido tornar la carretera de la costa, por la ciudad de Kalmar, y habla pasado ya Sölvesborg cuando cayó en la cuenta de que había roto su promesa de ir aquella mañana a la consulta del doctor Göransson. Se detuvo en el arcén y llamó por teléfono a Martinson. Eran poco más de las seis y media, y el buen tiempo parecía dispuesto a mantenerse. Wallander Ie contó a su colega lo de la cita con el médico y le pidió que lo llamase para excusarle.

—Dile que he tenido que salir urgentemente de viaje por cuestiones de trabajo.

—¿Es que estás enfermo?

—No, una simple revisión —mintió Wallander—. Nada serio.

Después, ya de nuevo en la carretera y pisando a fondo el acelerador, pensó que, sin duda, Martinson se estaría preguntando por qué no había llamado al doctor Göransson él mismo. Y el propio Wallander se planteaba la misma cuestión: ¿por qué? ¿Y por qué se resistía a decirles la verdad a cuantos le preguntaban? ¿Qué lo movía a ocultar el hecho de que, con toda probabilidad, padecía esa enfermedad que se conocía con el nombre de diabetes? Ni siquiera él comprendía los motivos.

Poco antes de llegar a Brömsebro, se sintió tan agotado que tuvo que parar para descansar. Tras abandonar la carretera principal, se detuvo junto a una piedra conmemorativa de un pacto de paz al que en su día habían llegado daneses y suecos. Se puso a orinar arrimado a un árbol. Luego se sentó de nuevo tras el volante, entornó los ojos y se quedó dormido.

Y le sobrevino una ensoñación en la que se le aparecían una serie de angustiadas criaturas, de formas y aspectos insólitos. Buscaba, bajo una lluvia insistente, a su colega Ann-Britt Höglund. Pero no conseguía encontrarla. De repente, vio a su padre. Y también estaba Linda, aunque apenas si podía reconocerla. Todo ello con el mismo telón de fondo: aquella lluvia pertinaz.

Fue despertándose poco a poco, con plena conciencia de dónde se hallaba antes de abrir los ojos. El sol había empezado a darle en el rostro. Se notaba sudoroso, pero no descansado. Además, tenía sed. Miró el reloj y comprobó con sorpresa que había estado durmiendo durante más de media hora. Le dolía todo el cuerpo, pero puso el motor en marcha y salió nuevamente a la carretera. Tras recorrer unos veinte kilómetros vio un café a un lado de la carretera y, se detuvo allí a desayunar. Al salir, se acordó de comprar dos litros de agua mineral antes de proseguir el camino hacia Kalmar. Poco antes de las nueve había dejado atrás la ciudad. Entonces sonó el teléfono móvil. Era Ann-Britt Höglund, que le había prometido hacer algunas gestiones para que alguien ayudara a Wallander a su llegada a Östergötland.

—Estuve hablando con un colega de Valdemarsvik —explicó ella—. Pensé que lo mejor seria hacerle creer que se trataba de un favor personal.

—Muy bien pensado —convino Wallander—. No está muy bien visto entre colegas el que alguien les pise el terreno y se salte los limites de los distritos a su antojo.

—Desde luego. Y al que menos le gusta es a ti —precisó Ann-Britt con una carcajada.

Wallander sabia que tenia razón: a él le disgustaba sobremanera que les enviasen a Ystad policías procedentes de otros distritos.

—¿Como llego hasta Bärnsö? — le preguntó.

—Eso depende de dónde te encuentres en estos momentos. ¿Te falta mucho?

—Acabo de dejar atrás Kalmar. Hasta Västervik hay unos cien kilómetros,, desde ahí me quedarán otros cien, más o menos, hasta Fyrudden.

—En ese caso, no te da tiempo —aseguró ella.

—¿No me da tiempo… de qué?

—El colega de Valdemarsvik proponía que salieras con el barco del correo, que parte de Fyrudden entre las once y las doce y media.

—¿No hay otra posibilidad?

—Seguro que si, pero tendrás que averiguarla tú mismo cuando estés en el puerto.

—Bueno, a lo mejor lo consigo. ¿No podrías llamar a alguna oficina de correos y, avisarles de que estoy en camino? ¿Dónde se clasifica el correo? ¿En Norrköping?

—A ver… Aquí tengo un mapa —explicó ella—. Lo más lógico es que lo clasifiquen en Gryt, si es que Correos tiene allí alguna oficina.

—¿Y eso por dónde cae?

—Entre Valdemarsvik y el puerto de Fyrudden. ¿No tienes un mapa?

—Por desgracia, me lo he dejado en el escritorio del despacho.

—Está bien. Te vuelvo a llamar cuando sepa algo —prometió—. Pensé que era una buena idea que salieses con el barco del correo. Según el colega de Valdemarsvik, es lo que hace todo el mundo para acceder a las pequeñas islas del archipiélago, a menos que tengan embarcación propia o que alguien vaya a recogerlos.

Wallander ató cabos.

—Si, no está mal pensado —comentó—. ¿Quieres decir que Isa Edengren puede haber llegado a la isla en ese barco?

—Pues si, pero, en fin, no era más que una idea.

Wallander reflexionó un instante.

—Dime, ¿es posible que le diera tiempo de llegar a las once? Quiero decir, si dejó el hospital poco antes de las seis de la mañana.

—Si, si disponía de un coche. Después de todo, la muchacha tiene carné de conducir. Además, no sabemos a qué hora exacta salió del hospital. Puede que lo hiciera poco después de las cuatro de la madrugada.

Ann-Britt Höglund le reiteró su promesa de llamarlo de nuevo y Wallander pisó el acelerador. El tráfico empezaba a hacerse más intenso y no eran pocas las caravanas que circulaban por las carreteras, lo que le hizo reparar en el hecho de que, en efecto, estaban a finales de verano y, para muchos, todavía en época de vacaciones. Por un momento contempló la posibilidad de poner las luces giratorias de emergencia, pero finalmente rechazó la idea. En cambio, aumentó aún más la velocidad. Veinte minutos después, Ann-Britt lo llamó de nuevo.

—Estaba en lo cierto. La clasificación definitiva del correo se realiza en Gryt. Hasta he podido hablar con el repartidor, que parecía muy agradable.

—¿Cómo se llama?

—No lo oí bien, pero te estará esperando, eso si logras llegar antes de las doce. En caso contrario, puede recogerte a primera hora de la tarde. Aunque mucho me terno que eso te saldrá mas caro.

—No importa. De todos modos, había pensado presentar factura de todo el viaje —advirtió Wallander—. Pero creo que conseguiré llegar antes de las doce.

—En el puerto hay un aparcamiento —prosiguió ella—. La embarcación del correo te espera justo al lado.

—¿Tienes su número de teléfono?

Wallander volvió a pararse en el arcén para anotar el número, mientras lo adelantaba un camión de los grandes, que él mismo había logrado sobrepasar poco antes, y con bastante dificultad.

Eran ya las doce menos diecinueve minutos cuando Wallander enfilaba la pendiente que descendía hacia el puerto de Fyrudden. Encontró una plaza libre en el aparcamiento, y allí estacionó el coche antes de dirigirse al muelle. Soplaba una suave brisa, y vio el puerto salpicado de embarcaciones. Un hombre de unos cincuenta arios cargaba las ultimas cajas de cartón en una gran embarcación de motor. Wallander dudó un instante, pues se había imaginado el barco del correo con otro aspecto, quizá con el símbolo de Correos en una banderola que restallase al viento. El hombre, que acababa de cargar dos palés de botellas de soda, se quedó mirando a Wallander.

—¿Tú eres el que quiere ir a Bärnsö?

—Así es.

El hombre bajó a tierra y le tendió la mano.

—Lennart Westin —se presentó.

—Siento haber llegado algo tarde —se disculpó Wallander.

—Bueno, no tenernos tanta prisa.

—Antes de que se me olvide… No sé si la mujer que te llamó dejó claro que tengo que regresar de algún modo. Luego, por la tarde o por la noche.

—¡Ah!, ¿no vas a quedarte?

Wallander se dio cuenta de que la situación empezaba a resultar algo incómoda. Ni siquiera sabia si Ann-Britt Höglund le había dicho al hombre que él era policía.

—Voy, a ver si me explico —declaró al tiempo que sacaba su placa—. Soy Policía de la brigada criminal de Ystad y estoy investigando un caso bastante complicado y no menos desagradable.

Westin resultó ser un hombre avispado.

—¿Se trata del caso de esos jóvenes de los que hablaba el periódico? Había también un policía, ¿no?

Wallander asintió.

Westin adoptó de pronto un aire reflexivo.

—A mí me resultaron familiares sus rostros cuando vi la foto en el periódico. Al menos alguno de ellos. Me dio la impresión de que a alguno lo había llevado yo en mi barco hace un par de años.

—¿En compañía de Isa?

—Exacto. Con Isa. Creo que fue a finales del otoño, hace dos años. Soplaban fuertes vientos del suroeste y no sabía si podríamos atracar en el muelle de Bärnsö, pues no está muy bien orientado y cuesta llegar cuando sopla del suroeste. Al final, consiguieron desembarcar, aunque una de sus maletas cayó al mar desde el muelle. Tuvimos que sacarla con un garfio. Por eso los recuerdo, si es que son ellos, que no está la memoria como para fiarse.

—Seguro que eran ellos —afirmó Wallander—. ¿No habrás visto a Isa últimamente? ¿Hoy o quizás ayer?

—No.

—Pero sueles llevarla tú, ¿no es así?

—Bueno, cuando los padres están en la isla, la recogen ellos. En caso contrario, se viene conmigo.

—Entonces, ¿no está aquí?

—Si ha ido a Bärnsö hoy, o si lo hizo ayer, la habrá llevado otra persona.

—¿Quién puede haberla llevado?

Westin se encogió de hombros.

—En las islas siempre hay gente que se ofrece a llevarte. Isa sabe a quién llamar. Pero yo creo que me habría preguntado a mi primero.

Westin miró el reloj. Wallander se apresuró a ir al coche en busca de la pequeña bolsa de viaje que llevaba preparada, y luego subió a bordo. Westin señaló un mapa marítimo que había junto al timón.

—Podría llevarte directamente a Bärnsö, pero para mí significa dar un rodeo. ¿Tienes prisa? Si respetamos la ruta, podemos estar allí en poco más de una hora. Tengo que descargar en tres muelles antes de llegar a Bärnsö.

—Sí, está bien.

—¿Y a la vuelta, cuándo quieres que te recoja?

Wallander meditó un instante. Lo más seguro era que Isa no estuviese en la isla, lo que, además de ser una decepción, demostrara que se había equivocado. Sin embargo, ya que había emprendido el viaje y se encontraba allí, no quería dejar de inspeccionar la casa, y suponía que aquello le llevaría unas horas.

—No tienes que decirme ahora cuándo quieres que te recoja —lo tranquilizó Westin al tiempo que le daba una tarjeta de visita- Si quieres, llámame por teléfono. Puedo recogerte cuando quieras esta tarde o por la noche. Vivo en una isla cercana a Bärnsö —dijo mientras señalaba en el mapa la isla en cuestión.

—Bien, entonces eso haré —dijo Wallander mientras se guardaba la tarjeta en el bolsillo.

Westin puso en marcha los dos motores y soltó amarras. Tanto sobre la cubierta como en el asiento que había junto al del capitán, había paquetes de periódicos y cajas llenas de cartas. Además, había una caja fuerte. Pese a que la embarcación era bastante grande, a Wallander le sorprendió lo fácil de manejar que parecía. O tal vez fuese que quien la gobernaba era un habilidoso patrón. Una vez que se hubieron alejado del puerto, Westin puso los motores a toda máquina. La proa de la embarcación se elevó despacio y la nave empezó a deslizarse rauda sobre el agua.

—¿Cuánto hace que te dedicas a repartir el correo? — gritó Wallander parra hacerse oír pese al estruendo de los motores.

—Demasiado tiempo —contestó Westin, también a voz en grito—. Más de veinticinco años.

—¿Cómo lo haces durante el invierno, cuando el mar está helado?

—Entonces utilizo el hidroavión.

Wallander notó que la obstinada sensación de fatiga lo abandonaba por un momento. La velocidad, la experiencia de hallarse en alta mar, todo aquello le procuraba un inesperado bienestar. ¿Cuándo había sido la última vez que se había sentido así? ¿Quizá durante los días que pasó en Gotland con su hija Linda? Por supuesto, comprendía que el trabajo de repartidor del correo en un archipiélago debía de ser agotador, pero, en aquel preciso instante, las tormentas y la negrura otoñal parecían no existir. Westin lo miró con una sonrisa cómplice: no parecía sino que hubiese adivinado los pensamientos de Wallander.

—¿De verdad que merece la pena? — inquirió—. Me refiero a lo de ser policía.

En otras circunstancias, Wallander habría emprendido de inmediato una apología de su profesión. Sin embargo, en compañía de Westin y en aquel barco que cortaba el brillo de la superficie del mar, la pregunta adquirió otra dimensión.

—Bueno, en algunas ocasiones no estoy tan seguro —gritó—. Pero cuando uno está a punto de cumplir los cincuenta, y comprende que la mayoría de los trenes ya han partido, uno se encuentra bastante solo en la estación.

—Yo cumplí cincuenta años la primavera pasada —aclaró Westin—.Todos mis conocidos de por aquí organizaron una fiesta

—¿A cuanta gente conoces en las islas?

—A todos. O sea, que fue una señora fiesta.

Westin viró y redujo la velocidad. Se acercaban a una isla. A los pies de una alta loma divisó una caseta pintada de rojo y un embarcadero que descansaba sobre viejos pilotes.

—Ésta es la isla de Båtsmansö —explicó Westin—. Cuando yo era niño, vivían aquí nueve familias, más de treinta personas. Aunque hay muchos veraneantes durante la estación estival, tan pronto llega el otoño no queda más que una persona. Se llama Zetterqvist y tiene noventa y tres altos. Pero aún se las arregla bastante bien solo durante el invierno. Ha quedado viudo tres veces. Apenas quedan vejetes como él. Tal vez los haya prohibido la Dirección Nacional de Sanidad y Bienestar Social.

El último comentario pilló a Wallander desprevenido y lo hizo estallar en una sonora carcajada.

—¿Ha sido pescador?

—Ha sido de todo. Hasta timonel.

—Tú conoces a todo el mundo. Y ellos, ¿te conocen a ti?

—Sí, suele ser así. Vaya, es como tiene que ser. Si, por ejemplo, un buen día Zetterqvist no apareciese en el muelle, yo iría a ver qué le pasa: si está enfermo, o si se ha caído. Cuando uno es repartidor de Correos, ya sea en tierra o en el mar, siempre sabe cómo le va a la gente, lo que hacen, adónde van, cuándo vuelven… Se quiera o no, así es.

Westin guió el barco con suavidad hasta un muelle y no ató más que un cabo de proa para poder descargar algunos bultos. Un nutrido grupo de gente se había congregado ya a su alrededor. Westin tomó los paquetes y se encaminó hacia una caseta roja. Wallander descendió al muelle, junto al cual yacían amontonadas unas cuantas plomadas viejas. Corría una brisa fresca.

Transcurridos unos minutos, volvieron a hacerse a la mar. Prosiguieron la travesía por el cambiante entorno del archipiélago. Después de otras dos paradas de reparto, empezaron a aproximarse a Bärnsö. Entraron en una bahía que, como Wallander comprobó en el mapa, se llamaba Viklfjärden. La isla de Bärnsö, tan solitaria, parecía víctima de una secesión peculiar, como si la hubiesen expulsado de la comunidad del archipiélago.

—Imagino que también conoces a toda la familia Edengren… —insinuó Wallander una vez que el barco perdió velocidad y empezó a acercarse al muelle.

—Bueno, conocerlos, lo que se dice conocerlos… Con los padres no he tenido mucha relación, la verdad. Para serte sincero, parecen algo estirados. Pero Isa y Jörgen han venido conmigo muchas veces.

—Supongo que sabrás que Jörgen murió —aventuró Wallander en tono precavido.

—Sí, me dijeron que había muerto en un accidente de tráfico. Creo recordar que fue el padre quien me lo contó, un día en que la hélice de su barco estaba estropeada y tuvo que venir en el mío.

—En fin, la muerte de un adolescente resulta siempre algo tan trágico… —comentó Wallander.

—Cierto. Pero yo siempre me figuré que sería Isa la que sufriría algún accidente.

—¿Y eso por qué?

—Bueno, lleva una vida tan alocada… Al menos, si hemos de dar crédito a lo que ella misma va contando por ahí.

—¿Quieres decir que ella se sinceraba contigo, que te contaba qué hacía? ¡Vaya! Parece que ser repartidor del correo también implica convertirse en confesor de almas…,

—¡Que coño! — exclamó Westin—. Lo que pasa es que tengo un hijo de la misma edad que Isa. Y hace algunos veranos salieron juntos. Luego rompieron, que es lo que suele ocurrir a esa edad.

El barco viró hacia el muelle. Wallander tomó su bolsa de viaje y saltó a tierra.

—Entonces, te llamo después, por la tarde.

—Yo ceno a las seis —advirtió Westin—. Antes o después, me da igual.

Wallander, de pie sobre el muelle, contempló como el barco desaparecía tras doblar el cabo. Pensó en lo que le había dicho Westin sobre la muerte de Jörgen y en el hecho de que los padres hubiesen ocultado la causa real de la muerte. Un tostador en la bañera se había convertido en un accidente de tráfico.

Una verde fronda cubría la isla. Junto al amarradero había una caseta, que hacía las veces de embarcadero, y una cabaña de invitados cuya forma hacía pensar en el cenador de Skårby, donde Wallander había hallado inconsciente a la joven. Sobre unos troncos de madera, boca abajo, yacía un bote. A Wallander le llegó un ligero olor a brea. En el lugar del que arrancaba la pendiente que ascendía hacia la vivienda se erguían, imponentes, unos robles. La casa, antigua pero muy cuidada, era roja y de dos plantas. Wallander entró en el jardín delantero, aplicó el oído y miró a su alrededor. Un velero se vislumbraba a lo lejos en la bahía. El aire le traía el distante ronroneo de un motor. Wallander transpiraba copiosamente. Dejó la bolsa en el suelo, se quitó la chaqueta y la dejó sobre la barandilla de la escalera de la entrada. Las cortinas estaban echadas. Subió los peldaños, dio unos toquecitos en la puerta y aguardó. Tras unos minutos, la aporreó con fuerza, pero nadie acudió a abrir. Tanteó la cerradura y comprobó que habían echado la llave. Por un momento, no supo qué hacer. Después, rodeó la casa, con la sensación de que se repetía la misma escena que cuando visitó Skårby por primera vez. Detrás de la casa había un huerto con manzanos, ciruelos y algún cerezo, además de unos muebles de jardín amontonados bajo una techumbre de plástico.

Divisó un sendero que arrancaba de la linde del huerto y que conducía hacia el interior de la isla, donde la vegetación se tornaba más espesa. Echó a andar por el sendero y, tras recorrer unos cien metros, se volvió a mirar. La casa ya no se divisaba. Se hallaba completamente rodeado de árboles y arbustos. El sendero prolongaba su serpentear hacia el interior de la isla. Una avispa, procedente de un manantial y un cobertizo situados junto al sendero, comenzó a mostrar interés por su rostro y la espantó con una mano. Sobre el dintel de la puerta del cobertizo había grabada una fecha: «1897». La llave estaba en la cerradura. Wallander abrió la puerta. El interior estaba oscuro y el ambiente era fresco, perfumado de un suave olor a patatas, por lo que dedujo que lo utilizaban para almacenar alimentos. Cuando sus ojos se habituaron a la oscuridad, entró y comprobó que estaba vacío. Cerró la puerta y volvió a enfilar el sendero, que ascendía sinuoso por la pendiente. A su izquierda entreveía el mar a través de la espesura. Por la posición del sol, dedujo que iba en dirección norte. Suponía que había recorrido unos quinientos metros. Llegó a un punto en que del sendero arrancaba, hacia la izquierda, otro camino aún más estrecho, pero él siguió adelante. Tras otros cien metros, se acabó la vereda. A sus pies se extendía una zona de relucientes rocas planas que, de forma paulatina, se alzaban en acantilados. Más allá, se extendía el ancho mar. Allí terminaba la isla. Subió a las rocas más altas. Una gaviota graznó en las alturas mientras ascendía y descendía al amor de los vientos. Wallander se sentó sobre una piedra y se enjugó el sudor del rostro, lamentando no haber llevado consigo una de las botellas de agua que tenia en la bolsa. Por unos minutos, no pensó en absoluto en Svedberg ni en los jóvenes muertos.

Poco después se levantó y regresó por donde había venido. Al llegar a la encrucijada, tomó el desvío, que desembocaba en un pequeño puerto natural. Sobre unas rocas se amontonaban algunos aros de hierro oxidados. La superficie del mar parecía una película de cristal en la que se reflejaban las altas copas de los árboles. Regresó a la casa y, después de orinar ante un roble, comprobó que el móvil, que había dejado en el bolsillo de la chaqueta, estaba conectado. Sacó de la bolsa una de las botellas de agua y se sentó sobre un peldaño de la escalera. Tenía la boca seca. Al dejar la botella a su lado, sobre el peldaño, algo atrajo su atención. Miró a su alrededor, y comprobó que reinaba la misma calma que cuando llegó. No se había producido ningún cambio. Frunció el entrecejo. En su interior se había disparado una alarma apenas perceptible. Entonces miró fijamente la bolsa, que descansaba sobre el primer peldaño. Estaba totalmente seguro de que la había dejado sobre el siguiente. Bajó la escalera y rebuscó en los archivos de su mente hasta dar con las imágenes que buscaba. «En primer lugar, dejé la bolsa. Después, me quité la chaqueta y la colgué de la barandilla. Por último, tomé de nuevo la bolsa y la dejé sobre el segundo peldaño.»

Mientras él paseaba por la isla, alguien había cambiado de lugar su bolsa de viaje negra. Con gran precaución, echó una ojeada en derredor fijándose, en primer lugar, en los árboles y arbustos, para después centrar su atención en la casa. Las cortinas seguían corridas. Subió de nuevo la escalera y tanteó la puerta. Pensó en el muelle, donde Westin lo había dejado, y también en el embarcadero y en la casita de invitados, la que tanto se asemejaba al cenador de la casa de Skårby. Descendió los peldaños y se dirigió al muelle. La puerta de la caseta del embarcadero, pintada de negro, tenía una regleta de madera por toda cerradura. Wallander la abrió. El depósito de agua estaba vacío. De la longitud de las poleas se desprendía que el lugar estaba reservado para una embarcación de grandes dimensiones. De las paredes colgaban mangas y otros aparejos de pesca. Salió y cerró con la regleta. La mitad de la casita de invitados estaba construida en voladizo sobre el agua, y de esa parte colgaba una escalera de cuerda. Permaneció inmóvil un momento, observando la casa. Después se dirigió hacia la puerta de la casita e hizo girar el pomo, pero estaba cerrada con llave, así que la golpeó suavemente.

—Isa —llamó—. Sé que estás ahí.

Retrocedió unos pasos y aguardó.

Cuando la joven abrió la puerta, apenas si pudo reconocerla. Tenía los largos cabellos recogidos en un moño y vestía algo parecido a un mono de trabajo, de color negro. A Wallander se le antojó que su mirada era hostil, aunque lo que reflejaban sus ojos también podría muy bien ser miedo.

—¿Cómo sabias que estaba aquí?

Su voz sonaba ronca v tensa.

—No lo supe…, hasta que me lo dijiste tú.

—¡Pero si yo no te he dicho nada! Y es imposible que me hayas visto.

—Los policías tenemos la mala costumbre de fijarnos en los detalles; por ejemplo, en si alguien toma una bolsa y, por error, no la deja donde estaba.

Isa le clavó una mirada interrogante, como si hubiese dicho algo del todo incomprensible. Él observó que la muchacha iba descalza.

—Tengo hambre —dijo ella.

—Yo también.

—Hay comida en la casa —explicó la joven al tiempo que echaba a andar—. ¿Por qué has venido hasta aquí?

—Puesto que desapareciste del hospital, no nos quedó otro remedio que salir en tu busca.

—¿Por qué?

—Dado que estás al tanto de lo ocurrido, no creo que necesite contestarte a esa pregunta.

Isa siguió andando en silencio. Wallander la miró de reojo. Estaba muy pálida y tenía el rostro consumido, como el de un anciano.

—¿Cómo llegaste hasta la isla? — quiso saber Wallander.

—Llamé a Lage, de la isla de Wettersö, porque pensé que existía el riesgo de que vosotros intentaseis averiguar si estaba aquí.

—Y no querías que nos enterásemos, ¿no es así?

Ella no respondió. Ya ante la puerta, abrió con la llave, que llevaba en la mano. Fue descorriendo las cortinas, brusca y descuidadamente, como si en realidad pretendiese destrozar cuanto había a su alrededor.

Wallander la siguió a la cocina. Isa abrió una puerta que daba a la fachada posterior de la casa y conectó el horno a un tubo de gasóleo. Wallander ya se había dado cuenta de que no había suministro eléctrico en la casa. La joven se dio la vuelta y lo miró.

—Cocinar es una de las pocas cosas que sé hacer. — Señalo un congelador de gran tamaño y un frigorífico, que también funcionaban con gas—. Hay, comida de sobra —explicó con tono de profundo desprecio—. Así lo quieren mis padres. Le pagan a un hombre para que reponga las bombonas de gas. Y es que aquí tiene que haber comida, por si, de repente, decidiesen venir a pasar unos días. Cosa que no sucede nunca.

—Da la impresión de que tus padres son gente muy adinerada. ¿De verdad que se puede ganar tanto dinero con la actividad agrícola y el alquiler de maquinaria pesada?

Al responder, pareció escupir sus palabras:

—Mi madre es una imbécil. Es tonta y muy limitada. Pero ella no puede evitarlo. Mi padre, en cambio, no es ningún idiota, y si es bastante cruel.

—Adelante, te escucho.

—Ahora no. Cuando este lista la comida.

Wallander comprendió que ella prefería quedarse sola en la cocina, así que salió y se fue a la entrada principal de la casa para llamar por el móvil a Ystad. Logró ponerse en contacto con Ann-Britt Höglund, a la que localizó en su móvil.

—Yo tenia razón —afirmó—. Isa Edengren estaba aquí, tal como nos lo figuramos.

—Tal como te lo figuraste tú —corrigió Ann-Britt—. Si te soy sincera, los,demás no estábamos muy seguros de ello.

—En fin, también yo he de poder acertar alguna vez. Supongo que regresaremos a Ystad esta tarde, o quizá por la noche.

—¿Has hablado con ella?

—Aún no.

Ella le comentó que habían recibido algunas llamadas de personas que aseguraban haber reconocido a la mujer supuestamente llamada Louise, y que estaban investigando y comprobando los datos. Antes de despedirse, Ann-Britt le prometió que lo llamaría si había novedades.

Wallander regresó al interior de la casa y permaneció un buen rato admirando un modelo muy bonito de un viejo barco velero. De la cocina empezaba a llegarle un delicioso aroma a comida. Tenía mucha hambre, pues no había probado bocado desde que se detuvo por la carretera. Mientras contemplaba el velero, repasó las preguntas que le haría a Isa. ¿Cuál era la información que necesitaba?

Siempre volvía al punto de partida.

Tenía que averiguar lo que, probablemente, ni ella misma era consciente de saber.

Isa había puesto la mesa en una terraza acristalada. Le preguntó qué quería beber y respondió que tomaría agua. Ella, por su parte, se sirvió vino; Wallander se preguntó si a la chica se le subiría a la cabeza, con lo que la ansiada conversación no serviría para nada. Sin embargo, durante toda la corrida, de la que dieron cuenta en silencio, no tomó más que una copa. Concluida la cena, ella fue a preparar el café. Cuando Wallander empezó a quitar la mesa, la joven se lo prohibió con un gesto de la cabeza. En un rincón de la terraza había un pequeño tresillo. Por los cristales se divisaba incluso el muelle. Un velero solitario se deslizaba lentamente, la vela arriada, sobre el mar.

—Esto es muy hermoso —observó Wallander—. No conocía esta región de Suecia.,

—Hace casi treinta años que compraron esta casa —explicó Isa—. Siempre dicen que yo fui engendrada aquí. Nací en febrero, así que puede que sea verdad. Se la compraron a una pareja de ancianos que habían vivido aquí toda su vida. No tengo ni idea de corno se enteró mi padre de su existencia. El caso es que, un buen día, se presento aquí con una maleta llena de billetes de cien coronas. Sin duda, lo del maletín lleno de billetes impresionaba, pero tal vez no fuera mucho dinero. Como es natural, ninguno de los ancianos había visto tantos billetes juntos en su vida. En un par de meses, mi padre los había convencido. Luego firmaron el contrato de compraventa, pero la cantidad tenia que mantenerse en secreto. En fin, que mi padre compró este lugar por una miseria.

—¿Quieres decir que los engañó?

—Quiero decir que mi padre ha sido siempre un sinvergüenza.

—Bueno, si actuó conforme a la ley, no hay por qué considerarlo un sinvergüenza. Quizá sólo se comportó como un ambicioso hombre de negocios.

—Si. Mi padre ha hecho negocios por todo el mundo. Hasta se ha dedicado al tráfico de diamantes y de marfil en África. En realidad, nadie sabe qué se traía entre manos. Todavía hoy, de vez en cuando lo visitan ciudadanos rusos en Skårby. Y nadie podrá convencerme nunca de que sus trapicheos son legales.

—Que yo sepa, nunca ha tenido problemas con nosotros —explicó Wallander.

—Es que es muy hábil —objetó ella—. Y tenaz. Se le puede acusar de muchas cosas, pero no de indolente. Las personas crueles nunca descansan.

Wallander dejó la taza de café sobre la mesa.

—En fin, dejemos ahora a tu padre y hablemos de ti. Ésa es la razón por la que he venido. Ha sido un viaje muy largo. Y hemos de regresar esta misma noche.

—¿Qué te hace pensar que voy a irme contigo?

Wallander estuvo observándola un buen rato antes de contestar.

—Es muy sencillo. Tres de tus mejores amigos han sido asesinados —comenzó—. Y se supone que tú, si no hubieses caido enferma, habrías estado con ellos cuando esto sucedió. Tanto tú como yo sabemos lo que eso significa.

La joven se acurrucó en la silla y Wallander vio cómo la invadía el miedo.

—Dado que desconocemos el móvil del crimen, hemos de proceder con la máxima cautela —prosiguió.

Por fin, Isa pareció comprender el alcance de sus palabras.

—¿Quieres decir que estoy en peligro?

—Desde luego. No podernos descartar esa posibilidad. Como te digo, ignoramos el móvil, con lo que hemos de contemplar todas las alternativas.

—Pero ¿por qué habrían de querer matarme a mí?

—¿Por qué trataron a tus amigos, a Martin, Len, y Astrid.

Ella meneó la cabeza.

—No me lo explico, la verdad.

Wallander desplazó su silla para acercarse más a ella.

—Lo sé. Pese a todo, eres la única que puede ayudarnos. Tenemos que atrapar al responsable, pero para ello necesitamos saber por qué lo hizo. Sólo nos quedas tú, y tendrás que prestarnos tu ayuda.

—¡Pero es que a mí me resulta incomprensible!

—Reflexiona —la exhortó Wallander—. Vuelve sobre los acontecimientos. ¿Quién podía querer mataros a vosotros, como grupo? ¿Qué es lo que os unía, concretamente? ¿Por qué a vosotros? En algún lugar se halla la respuesta. Ha de haber una respuesta. — Después, de forma repentina, al ver que la muchacha empezaba a prestarle atención, decidió llevar la conversación por otros derroteros—. Debes contestar a mis preguntas —la apremió—. Y cuando me contestes, tienes que decirme la verdad. Si me mientes, lo notaré enseguida. Y te aseguro que no me gustará.

—¿Y por qué iba a mentir?

—Cuando te encontré, estabas a punto de morir —aseveró el inspector—. Dime, ¿por qué intentaste quitarte la vida? ¿Acaso sabías ya lo que les había ocurrido a tus amigos?

Isa lo miró perpleja.

—¿Cómo iba a saberlo? Yo estaba, igual que todo el mundo, preguntándome dónde estarían.

Wallander comprendió que la muchacha decía la verdad.

—¿Por qué intentaste suicidarte?

—Ya no quería seguir viviendo. ¿Puede haber alguna otra razón? Mis padres han arruinado mi vida, al igual que hicieron con la de Jörgen. Ya no quería vivir, eso es todo.

Wallander aguardó, con la esperanza de que continuase; pero ella no dijo una palabra más sobre el asunto. Entonces él volvió a centrarse en lo que había ocurrido en el parque. Durante casi tres horas, la guió en un ir y venir por el camino del pasado, obligándola a mirar debajo de cada piedra, de cada guijarro, por pequeño que fuese. Removió todos sus recuerdos y, en ocasiones, la hacia volver una y otra vez a alguna imagen remota. Aquella línea del pasado por la que la obligaba a transitar era infinita, y él la hacía remontarse muy atrás en el tiempo, casi sin límites. ¿Cuándo conoció a Lena Norman? ¿En qué año, en qué mes, qué día? ¿Cómo se conocieron? ¿Cómo se hicieron amigas? ¿Cómo entabló amistad con Martin Boge? Cuando Isa le contestaba que no se acordaba o titubeaba al responder, él se detenía y empezaba de nuevo. La inseguridad y la mala memoria no eran barreras insalvables. Había que tener paciencia. Sin cesar, la animaba a que se esforzase por recordar si había habido otra persona en su entorno, alguien que les pasara inadvertido a todos. «Una sombra en un rincón», le decía, «alguien en quien no caes ahora.» Le preguntó por cualquier acontecimiento inesperado que le hubiese sobrevenido a ella y a sus amigos. De forma paulatina, Isa empezó a comprender la estrategia del inspector para despertar recuerdos dormidos del pasado, y poco a poco entró en el juego.

A eso de las cinco, decidieron que pasarían la noche en Bärnsö. Wallander llamó a Westin para avisarle y éste le prometió que iría a buscarlos al día siguiente, en cuanto el inspector se lo pidiese, pero no le preguntó por Isa. Sin embargo, Wallander había tenido la sensación, en todo momento, de que Westin ya sabía que la joven estaba en la isla. Después, el policía y ella salieron a dar un paseo, sin dejar de hablar. De vez en cuando, Isa se detenía para indicarle los lugares donde solía jugar de niña. Llegaron hasta los últimos acantilados de la zona norte. En cierto momento, y para sorpresa del inspector, la chica le señaló una profunda grieta entre las rocas al tiempo que le aseguraba que allí había sido donde había perdido la virginidad. No obstante, no le reveló con quién.

Cuando regresaron, ya hacia el atardecer, ella encendió quinqués por toda la casa. Wallander llamó a Ystad y pudo hablar con Martinson, que lo puso al corriente de lo poco que había avanzado la investigación. Lo informó, además, de que aún no habían identificado a Louise. El inspector le comunicó sus planes de pernoctar en la isla y regresar a Ystad al día siguiente, junto con la muchacha.

Concluida la conversación telefónica, Isa y Wallander prosiguieron la suya.

A veces hacían una pausa para tomarse un té y unos bocadillos o, simplemente, para descansar. En una de esas ocasiones, Wallander salió a la oscuridad para orinar. Se oía el silbo del viento entre las copas de los árboles. Reinaba una calma absoluta. Al poco, reanudaron la charla. De un modo gradual, él había empezado a comprender los juegos a los que se entregaba el grupo: por qué interpretaban diversos papeles, y cómo se disfrazaban, cómo organizaban sus fiestas Y avanzaban o retrocedían en sus viajes a través de distintas épocas. Y cuando, en el curso de ese viaje que ellos dos habían emprendido juntos, empezaron a aproximarse a aquella fiesta que habría de ser la última de los tres amigos, Wallander comenzó a aminorar el ritmo de sus preguntas, a avanzar con una lentitud infinita. ¿Quién podía haberse enterado de sus planes? ¿Nadie? Aquella respuesta era inaceptable. Alguien tenia que conocerlos.

—Empecemos de nuevo, desde el principio. ¿Cuándo tomasteis la decisión de organizar una fiesta con la época de Bellman como trasfondo histórico?…

A la una y media de la noche abandonaron el interrogatorio. A aquellas alturas, el agotamiento de Wallander era tal que empezaba a sentir mareos. La joven no le había proporcionado aún la pista que él esperaba. Pero continuarían al día siguiente. Disponían de mucho tiempo: los aguardaba un largo viaje hasta Ystad. Y Wallander no tenia la menor intención de rendirse.

Isa le indicó uno de los dormitorios de la planta superior y le dijo que ella dormiría en la planta baja. Le dio las buenas noches y le dejó un quinqué. Él hizo su cama y dejó una ventana entreabierta.

La oscuridad reinaba allí fuera.

Se echó en la cama y apagó el quinqué. Alcanzó a oír cómo la muchacha trasteaba en la cocina y luego una puerta al cerrarse. Después, el.silencio.

Wallander cayó enseguida vencido por el sueño.

Ninguno de los dos había reparado en que, ya entrada la noche, una embarcación con las luces apagadas surcaba la bahía de Vikfjärden. Avanzaba sin motor, de modo que tampoco la oyeron adentrarse, deslizándose silenciosa, en el puerto natural de la orilla oeste de Bärnsö.

19

Linda dio un grito.

La joven se encontraba en algún lugar cerca de él. El grito penetró en lo más profundo de sus sueños. Cuando abrió los ojos en la oscuridad, no supo dónde estaba. Le llegó el olor a petróleo procedente del quinqué, y comprendió que no era Linda quien había proferido aquel grito. Notó que el corazón le latía con fuerza. El silencio era absoluto, salvo por el murmullo de la brisa entre las copas de los árboles, que se filtraba en la habitación por la ventana entreabierta. Aplicó el oído. Ya no se oía nada. ¿Acaso había sido un sueño? Se sentó con cautela en el borde de la cama y se puso a buscar las cerillas que había dejado junto al candil. Seguía sin oírse el menor ruido. Encendió el candil y se vistió a toda prisa. Cuando oyó el golpeteo, estaba sentado con un zapato en la mano. Al principio pensó que el ruido procedía del exterior, quizá de algo que batía contra la fachada, una cuerda contra el canalón o algo similar. Pero pronto comprendió su error: el ruido procedía del piso de abajo. Se levantó, aún con el zapato en la mano, y se encaminó hasta la puerta. Al abrirla ligeramente y con gran sigilo, pudo oír los golpes con más claridad. Venían de la cocina, y al punto comprendió que se trataba de la puerta trasera de la casa, que, abierta, batía sin cesar debido al viento. El temor volvió a hacer presa en él. En efecto, no habían sido figuraciones suyas, y tampoco había sido un sueño. El grito había sido real.

En lugar de calzarse el zapato que llevaba en la mano, se quitó el otro. Quinqué en mano, bajó las escaleras y se detuvo a escuchar a medio camino. Le temblaba la mano, por lo que los reflejos de la llama se entregaban a una fantasmagórica danza sobre las paredes. No llevaba arma alguna con la que defenderse si lo necesitaba. Entretanto, intentaba pensar. No parecía muy verosímil que ocurriese algo malo en aquella isla, pues estaban los dos solos. Volvió a decirse que probablemente el grito había sido un sueño. O un ave nocturna que había lanzado su alarido ante la ventana. Por supuesto, cabía una tercera posibilidad, la de que hubiese sido Isa Edengren, y no él, quien hubiese sufrido la pesadilla.

Ya había llegado a la planta baja. El dormitorio de la joven estaba en la zona opuesta a la de la cocina. Se detuvo a escuchar antes de dar unos toquecitos en la puerta. La muchacha no contestó. Él trató de oír su respiración. «Demasiado silencio», resolvió. Tanteó la puerta, pero estaba cerrada, de modo que ya no lo dudó ni un instante. La aporreó y luego forcejeó el pomo inútilmente. Se dirigió entonces a la cocina. La puerta trasera estaba entreabierta. La cerró y se puso a buscar alguna herramienta en los cajones, hasta que encontró un destornillador. Forzó la cerradura de la habitación y entró. La cama estaba vacía; la ventana, abierta, y la hoja sin asegurar. Intentó dilucidar qué podía haber ocurrido. Recordó que había visto una linterna bastante potente en la cocina, de modo que fue a buscarla. Además, se llevó un martillo que había visto en el mismo cajón donde había hallado el destornillador. Abrió la puerta, salió e iluminó la oscuridad con la linterna.

Ya en el jardín, se dio cuenta de que estaba descalzo. Un pájaro aleteó en la noche mientras el viento seguía silbando entre las copas de los árboles. Llamó a Isa a gritos sin obtener respuesta. Se acercó hasta la ventana de la habitación de Isa e iluminó el terreno. Allí comenzaban las huellas, pero tan débiles que era imposible seguirlas. Dirigió de nuevo el haz de luz hacia las sombras de la noche y volvió a gritar sin resultado. El corazón le latía con violencia. Tenía miedo. Regresó a la puerta de la cocina y enfocó la cerradura. Tal y como se temía, la habían forzado. El miedo crecía en su interior. Se dio media vuelta y alzó el martillo, pero allí no había nadie. Regresó al interior de la casa mientras recordaba que había dejado el móvil en el piso de arriba, sobre la mesilla de noche. Intentó hacerse una composición de lugar e imaginar lo que había sucedido. «Alguien accede al interior de la casa forzando la cerradura de la puerta de la cocina. Isa se despierta al oír que alguien entra en su habitación, e intenta huir por la ventana.» No se le ocurría ninguna otra explicación. Miró el reloj y comprobó que eran las tres menos cuarto. Marco el número de Martinson, que dormía junto al teléfono y respondió a la segunda señal.

—Hola, soy Kurt. Siento despertarte a estas horas.

—¿Qué ha ocurrido? — preguntó Martinson adormilado.

—Levántate y lávate la cara —ordenó Wallander—. Volveré a llamarte dentro, de tres minutos.

Martinson empezó a protestar, pero Wallander dio por terminada la conversación. Consultó de nuevo el reloj. Tres minutos más tarde volvió a marcar el número, preocupado porque estaba a punto de quedarse sin batería y había olvidado llevarse el cargador.

—Escucha con atención —pidió—. No puedo hablar mucho, la batería está a punto de agotarse. ¿Tienes papel y lápiz?

Martinson estaba ya bien despabilado.

—Tomo nota.

—Esta noche ha sucedido algo aquí, aunque no sé qué puede ser. El caso es que Isa Edengren lanzó un grito que me despertó. Ha desaparecido. La puerta trasera de la casa ha sido forzada, lo que indica que hay alguien más en la isla. Quienquiera que sea ese alguien, ha venido por ella. Existe la posibilidad de que ese alguien ignorara el hecho de que yo también estoy en la isla. En cualquier caso, temo por la seguridad de la muchacha. No olvidemos que la tumba del parque estaba destinada a cuatro personas…

—¿Qué quieres que haga?

—Nada, por el momento. Bueno, sí, busca el número de teléfono de los guardacostas de Fyrudden. Y espera mi próxima llamada.

—¿Qué piensas hacer tú?

—Buscarla.

—Si hay un asesino en la isla, puede resultar peligroso, así que necesitarás apoyo.

—¿Y de dónde vendrá ese apoyo, de Norrköping?. Tardarían una eternidad en llegar.

—Sí, pero tú solo no puedes peinar toda la isla.

—Bueno, no es muy grande. Te dejo. Me preocupa la batería.

—Haré lo que me pides. Ten cuidado.

Wallander se puso los zapatos y se guardó el móvil en el bolsillo. Después abandonó la casa, con el martillo colgado del cinturón. Empezó por el embarcadero y enfocó la negrura de las aguas, pero allí no había ninguna embarcación. Sin dejar de gritar, siguió la búsqueda en el cobertizo y la casita de invitados, que halló vacíos. Entonces echó a correr de nuevo hacia la casa y tomó el sendero que partía de la parte posterior del edificio. A la potente luz de la linterna, los árboles y arbustos adquirían un blanco reluciente. Tampoco en el cobertizo que había junto al manantial halló a nadie.

Siguió gritando su nombre sin cesar. Cuando llegó al lugar en que el sendero se bifurcaba y donde una rama señalaba en dirección al puerto natural, se detuvo. ¿Qué camino escoger? Enfocó el suelo con la linterna, pero no pudo distinguir ninguna huella. Al cabo, decidió proseguir en dirección al extremo norte de la isla. Llegó a las rocas casi sin aliento. Lo azotó un frío viento procedente de alta mar. Deslizó el haz de luz por el acantilado, y por un instante iluminó a un par de ojos relucientes pertenecientes a algún pequeño animal, tal vez un visón, que enseguida desapareció por una grieta de la roca. Se adentró por el acantilado, escrutando las grietas a la luz de la linterna. Nada. Volvió a gritar el nombre de la joven antes de dar la vuelta para regresar al sendero.

De repente, algo lo hizo pararse en seco. Aplicó el oído. Se oía el chapotear de las olas al encontrar la orilla. Sin embargo, se percibía además otro ruido. Al principio no supo decir qué era, pero enseguida comprendió que se trataba del motor de un barco. El ruido procedía del oeste. «El puerto natural… concluyó. Tendría que haber tomado el otro sendero.» Echó a correr, pero se paró cuando llegó a los últimos arbustos. Los atravesó con sigilo. De nuevo aguzó el oído e iluminó las aguas con su interna. Sin embargo, no se veía nada. Y el ruido del motor se había desvanecido. «Una embarcación acaba de zarpar», se dijo mientras sentía que el miedo crecía en su interior. ¿Qué le habría ocurrido a la muchacha? Regresó al sendero y trató de decidir por dónde continuaría su búsqueda. Se preguntaba si el servicio de guardacostas dispondría de perros de rastreo, pues, si bien era cierto que la isla no era demasiado grande, debía admitir que él no podría recorrerla en toda su extensión antes de que amaneciese. Se esforzaba por imaginarse las reacciones de la joven: aterrada, había huido por la ventana: la persona que había forzado la puerta de su dormitorio había bloqueado al mismo tiempo el camino hacia el dormitorio donde él descansaba. Entonces, ella había saltado por la ventana para adentrarse a la carrera en la oscuridad. Seguramente, ni siquiera llevaba consigo una linterna… Wallander había alcanzado el punto en que los senderos se encontraban.

De pronto, lo comprendió. Cuando él y la muchacha pasearon por la isla, ésta le había hablado del escondite en el que ella y su hermano Jörgen solían jugar de niños. Así pues, intentó recordar el punto exacto en que se encontraban cuando ella le había señalado la cima de la colina que constituía el punto más elevado de la isla. Si, se hallaban más cerca de la casa, en algún lugar entre el cobertizo y el sitio en el que se encontraba en aquel momento. Recordó que acababan de pasar entre dos enebros cuando ella se detuvo y le indicó el lugar. Se apresuro, pues, por el sendero hasta llegar a los dos árboles. Enfocó con la linterna hacia la pendiente que ella le había señalado y abandonó el sendero. Algunos árboles caídos aquí y allá y la espesura del boscaje le impedían avanzar con rapidez. El terreno estaba salpicado de grandes rocas, por entre las que él fue proyectando la luz de su linterna. Transcurridos unos minutos, ya cerca de la colina, vislumbró una grieta disimulada tras crecidas matas de helecho. Con gran sigilo, ganó la ladera de la colina, apartó los helechos e ilumino la pared rocosa.

Allí estaba la joven, acurrucada contra la piedra, sin más ropa que el camisón. Rodeaba las rodillas con sus brazos, y la cabeza reposaba sobre el hombro. Parecía dormida. Pero él supo enseguida que estaba muerta. Alguien le había disparado en mitad de la frente.

Wallander se derrumbó. Caído en el suelo, sintió que toda la sangre que discurría por sus venas se le agolpaba en la cabeza, y pensó que estaba a punto de morir. Y que, en realidad, eso no tenia la menor importancia. Había fracasado. No había sabido proteger a la muchacha. Ni siquiera el escondite de su niñez la había salvado. Puesto que no había oído ningún disparo, dedujo que el arma del crimen iba provista de silenciador.

Wallander se incorporó y buscó apoyo en el tronco de un árbol. El móvil se le deslizó del bolsillo hasta el suelo. Lo recogió y, trastabillando, regresó a la casa con la intención de llamar a Martinson.

—Llegué demasiado tarde —confesó.

—¿Demasiado tarde para qué?

—Está muerta. De un disparo, como los demás.

Martinson no parecía comprender del todo. Wallander repitió el mensaje.

—¡Santo Dios! — exclamó Martinson—. ¿Quién pudo matarla?

—Un hombre que llegó en un barco. Llama a la policía de Norrköping. Tienen que intervenir. Y llama al servicio de guardacosta,.

Martinson le aseguró que así lo haría.

—Será mejor que despiertes a los demás —prosiguió—. Incluida Lisa Holgersson. Pronto me quedaré sin batería. En cuanto lleguen los refuerzos, os llamaré.

Así concluyó la conversación. Wallander se sentó en una silla de la cocina. la luz de la linterna bañaba un adorno de la pared: «Hogar, dulce hogar», rezaba el cuadro. Tras unos instantes, se obligó a levantarse. Fue a la habitación de la chica en busca de una manta, salió de nuevo a la oscuridad, llegó al escondite y cubrió con ella el cuerpo de la muchacha.

Hecho esto, se sentó sobre una roca que emergía junto a los helechos que cubrían el acceso al escondite. Habían dado ya las tres y veinte de la madrugada.

El viento arreció al llegar la pálida hora del alba. Wallander, al oír que se acercaba el barco del servicio de guardacostas, bajó hasta el embarcadero. También llegaron algunos policías de semblante serio que lo observaban con cauta desconfianza. En realidad, Wallander sabía que tenían razón: ¿qué había ido a hacer un policía de Escania a una de sus islas? Lo habrían comprendido si hubiera estado allí de veraneo, pero… Los condujo hasta la grieta y volvió la cara cuando retiraron la manta. Entonces, uno de los policías de Norrköping se acercó hasta él y le exigió que mostrase su placa. Wallander se indignó y, por una vez en la vida, perdió totalmente los estribos. Sacó la cartera del bolsillo interior de la chaqueta y arrojó la placa a los pies del policía que se la había pedido. Después se alejó de allí. Aquella ira repentina se esfumó de inmediato para dar paso a un cansancio paralizante. Se sentó en la escalera de la casa con una de sus botellas de agua en la mano.

Allí fue donde lo encontró Harry Lundström, que había presenciado la escena de la placa y consideró que el otro agente había tenido una imperdonable falta de tacto. No cabía la menor duda de que aquel hombre era un colega. No en vano la llamada de alarma procedía de la comisaría de Ystad.

El mensaje había sido muy claro: un inspector de la brigada criminal que respondía al nombre de Kurt Wallander se encontraba en una isla llamada Bärnsö, donde había hallado el cadáver de una joven, y necesitaba ayuda.

Harry Lundström tenia cincuenta y siete años. Había nacido en Norrköping y todos, excepto él mismo, consideraban que era el mejor policía de la ciudad. Cuando vio el estallido de ira de Wallander, lo comprendió. Ignoraba qué había ido a hacer allí exactamente el inspector, dado que habían recibido de Ystad una información muy escueta. Pero comprendió que aquello guardaba relación con el asesinato del colega de Ystad y de los tres jóvenes; no le habían dicho mucho más, al margen de eso.

A pesar de todo, Harry Lundström sabía ponerse en el lugar del otro, de modo que se hacía cargo de corno debía de sentirse Wallander tras haber encontrado a una joven, acurrucada y en camisón, muerta en una grieta de la montaña, con un orificio de bala en la frente.

Aguardó unos minutos antes de acercarse a Wallander y sentarse cerca de él sobre un peldaño.

—Ha sido una torpeza que te pidieran la placa —admitió.

Luego le tendió la mano y se presentó. A Wallander le inspiró confianza enseguida.

—¿As¡ que es contigo con quien debo hablar?

Harry Lundström asintió.

—Entonces será mejor que entremos —propuso Wallander.

Se sentaron en la sala de estar. Wallander llamó a Martinson desde el teléfono de Lundström y le pidió que informasen de lo sucedido a los padres de Isa. Después le llevó casi una hora explicarle a su colega quién era la joven asesinada y en qué contexto se había producido su muerte. Lundström escuchaba sin tomar notas. De vez en cuando se veían interrumpidos por las preguntas de alguno de los demás agentes. Lundström dirigía las operaciones con instrucciones claras Y sencillas. Una vez que Wallander puso punto final a su relato, el colega de Norrköping le pidió que le aclarara algunas dudas, y Wallander pensó que, sin duda, él le habría formulado las mismas preguntas.

Eran ya las siete de la mañana. A través de la ventana se divisaba el barco de los guardacostas, que golpeteaba contra el muelle.

—Será mejor que vaya a ver —resolvió Lundström—. Si tu no quieres venir, puedes quedarte aquí. Creo que ya has visto bastante.

El viento soplaba con fuerza y Wallander tiritaba de frío.

—Vientos de otoño —comentó Lundström—. Empieza a notarse el cambio.

—Yo nunca había estado antes en este archipiélago —dijo Wallander—. Es muy hermoso.

—Pues yo jugaba al balonmano en mi juventud y tenía una fotografía en color del equipo de Ystad en la pared de mi habitación. Pero tampoco puedo decir que conozca Escania.

Cuando enfilaron el sendero, oyeron ladrar a los perros a lo lejos.

—Pensé que no estaría de más inspeccionar la isla, por si el asesino estuviese aún por aquí —aclaró Lundström.

—Llegó en barco y atracó en la orilla este —reveló Wallander.

—Si hubiéramos contado con algo más de tiempo, podríamos haber dispuesto vigilancia en los puertos de los alrededores, pero ahora ya es tarde —se lamentó Lundström.

—Bueno, siempre cabe la posibilidad de que alguien haya visto algo, algún barco que haya atracado en un muelle de tierra firme —sugirió Wallander.

—Claro, estamos investigándolo —aseguró Lundström—. Ya había pensado en ello.

Wallander esperó algo apartado mientras Lundström escalaba la roca hasta la grieta para hablar con sus colegas. Durante unos minutos, desapareció de la vista del inspector, oculto por los helechos. Wallander se sentía mareado y deseaba marcharse de aquella isla lo antes posible. La sensación de ser culpable de lo ocurrido crecía en su interior. Tenían que haber abandonado la isla la noche anterior; él debió prever el grave riesgo que entrañaba permanecer allí: estaban viéndoselas con un asesino que parecía saberlo todo en todo momento. Por otro lado, también había sido un error dejarla dormir en el piso de abajo.

Comprendió que de nada servía torturarse de ese modo, que lo habla hecho lo mejor que había sabido, pero no lograba apartar esas ideas de su mente.

Cuando apareció Lundström de entre los helechos, otro agente se acercaba por el lado contrario con su perro.

—¿Has encontrado algo?

—En esto isla no hay nadie —sostuvo el policía—. La perra siguió una pista hasta la orilla este de la bahía, pero allí se acabó el rastro.

Lundström miró a Wallander.

—Tenias razón. Vino en barco. Y en barco se marchó.

Bajaron de nuevo hasta la casa mientras Wallander reflexionaba sobre lo que acababa de decir su colega.

—Lo del barco es un detalle importante —apuntó—. ¿Dé dónde lo sacó?

—Si, en eso mismo estaba pensando yo —se sorprendió Lundström—. Si la persona en cuestión ha venido de fuera, lo que parece incuestionable la pregunta es, justamente, de dónde ha sacado el barco.

—Pudo haberlo robado —sugirió Wallander.

Lundström se detuvo en medio del sendero.

—Pero ¿cómo dio con el camino hasta aquí en la oscuridad?

—Debía de conocer la isla, y además hay mapas marítimos.

—Entonces, ¿tú crees que ya había estado aquí antes?

—No Rodemos descartar esa posibilidad.

Lundström reanudó la marcha.

—Un barco robado o temporalmente sustraído —recapituló—. Y tiene que haber sido de los alrededores, de Fyrudden, Snäckvarp o Gryt. A menos que lo consiguiera en un embarcadero privado.

—No dispuso de mucho tiempo —observó Wallander—. Piensa que Isa huyó del hospital ayer por la mañana.

—Un ladrón que anda escaso de tiempo resulta fácil de localizar —le recordó Lundström.

Habían llegado ya al muelle, donde Lundström se puso a hablar con un policía que estaba asegurando una amarra. Wallander oyó que Lundström le comentaba al policía algo acerca del barco supuestamente robado.

Cuando hubo terminado, permanecieron un rato de pie, al abrigo de la caseta del embarcadero.

—En realidad, no hay motivo para retenerte aquí —dijo Lundström-, Supongo que lo único que deseas en estos momentos es volver a casa.

Wallander sintió de pronto la necesidad de confesarle lo que sentía.

—Tendría que haberlo evitado —se recriminó—. La verdad, me siento culpable. Debimos marcharnos de aquí ayer mismo… y ahora está muerta.

—Yo habría hecho lo mismo en tu situación —lo consoló Lundström—. Puesto que ella se había refugiado aquí, era éste el lugar ideal para hacerla hablar. Además, ¿cómo ibas tú a saber lo que ocurriría?

Wallander negó con la cabeza.

—Tendría que haber previsto el peligro —insistió.

Subieron de nuevo a la casa. Lundström le prometió que se encargaría personalmente de que no surgiesen problemas de colaboración entre Norrköping e Ystad.

—Alguno se quejará de que no se nos hubiese informado de que venías hacia aquí, pero ya me encargaré yo de acallarlos.

Wallander fue a recoger su bolsa de viaje y regresaron al muelle. El barco guardacostas conduciría a Wallander hasta tierra firme. Lundström siguió a Wallander con la mirada mientras éste alzaba la mano en señal de despedida.

Metió la bolsa en su coche y se dirigió a la caja para pagar el aparcamiento. Entonces divisó la embarcación de Westin, que navegaba en dirección al puerto. Wallander fue a esperarlo al muelle. El rostro de Westin dejaba traslucir su pesar.

—Me imagino que te has enterado —adivinó Wallander.

—Isa está muerta.

—Ocurrió anoche. Me despertaron sus gritos, pero ya era demasiado tarde.

Westin le dedicó una mirada recelosa.

—Es decir que, si os hubieseis marchado ayer, no habría sucedido, ¿no es cierto?

«Ahí lo tenemos» se dijo Wallander. «Una acusación de la que, en realidad, no puedo defenderme.»

Sacó la cartera, antes de preguntar:

—¿Cuánto te debo por el trayecto de ayer?

—Nada —repuso Westin al tiempo que se disponía a regresar a su embarcación.

En ese momento, Wallander cayó en la cuenta de que aún le quedaba otra pregunta por hacer.

—¡Ah! Hay otra cuestión…

Westin se detuvo y se dio la vuelta.

—Creo que entre el 19 y el 22 de julio llevaste en tu barco a cierto pasajero hasta la isla de Bärnsö.

—En el mes de julio suelo llevar cada día a muchos pasajeros.

—Ya pero éste era un policía —repuso Wallander—. Se llamaba Karl Evert Svedberg y tenía un acento sureño aún más marcado que el mío. ¿No lo recuerdas?

—¿Llevaba uniforme?

—Por supuesto que no.

—¿Puedes describirlo?

—Casi calvo, más o menos tan alto como yo, y corpulento sin llegar a estar grueso.

Westin se esforzó por recordar.

—¿Entre el 19 y el 22 de julio?

—Lo más probable es que partiese la tarde del 19. No sé cuándo regresó, pero, en cualquier caso, no después del 22.

—Tendría que mirarlo —se rindió Westin al cabo—. No lo recuerdo, pero quizá sí lo anoté.

Wallander lo siguió hasta la embarcación. Westin sacó un almanaque que tenía bajo el mapa marítimo y salió de la cabina.

—Pues aquí no hay, nada apuntado. El caso es que recuerdo vagamente haberlo llevado a bordo. Aunque, la verdad, esos días hay siempre tanta gente que tal vez lo confunda con otra persona.

—¿Tienes fax? — le preguntó Wallander—. Podemos enviarte una fotografía suya.

—Si, tengo fax en la oficina de Correos.

A Wallander se le ocurrió otra posibilidad.

—Verás, incluso es posible que ya hayas visto su fotografía —aseguró—. Quizás en un periódico o en la televisión. Es el policía al que asesinaron en Ystad hace unos días.

Westin frunció el entrecejo.

—Si, algo he oído. Pero no he visto ninguna foto.

—Entonces, si me das el número de fax, te la haré llegar.

Westin lo escribió en una hoja del almanaque que luego desprendió y le tendió a Wallander.

¿Recuerdas si Isa estuvo en Bärnsö entre el 19 y el 22 de julio? — preguntó aún Wallander.

—No, pero la verdad es que no paró de ir y venir durante todo el verano.

—Es decir, que es posible que estuviese aquí por esas fechas.

—Es posible, sí.

Wallander abandonó Fyrudden y se detuvo en Valdemarsvik para repostar gasolina. Después puso rumbo al sur por la carretera de la costa. No había ni una nube, y conducía con la ventanilla abierta. Ya cerca de Västervik, comprendió que no aguantaría mucho más sin descansar. Necesitaba comer algo y. dormir un poco. Poco antes del desvío a Västervik, se detuvo junto a una cafetería que había a un lado de la carretera. Ante la barra, pidió una tortilla, agua mineral y café. La mujer que tomó nota de su pedido le dedicó una sonrisa.

—A tu edad, deberías dormir por las noches —le dijo, afable

Wallander la miró sorprendido.

—¿Tanto se me nota?

Ella se agachó para alcanzar el bolso, que tenía debajo de la barra, y sacó un espejo que sostuvo ante el rostro de Wallander. El inspector vio que, en efecto, tenía razón. Estaba pálido, ojeroso y despeinado.

—Vaya, pues es cierto. Me comeré la tortilla y me echaré un rato en el coche.

Dicho esto, salió a la terraza de la cafetería y se sentó bajo, una sombrilla. La mujer apareció al momento con una bandeja.

—Detrás de la cocina hay una habitación —le dijo—. Y en ella hay una cama. Te la presto.

Wallander, sorprendido, la siguió con la mirada hasta que la mujer entró en la cafetería.

Cuando terminó de comer, se dirigió hacia la puerta que daba a la cocina y comprobó que estaba abierta.

—¿Sigue en pie la oferta? — inquirió.

—Yo suelo mantener mi palabra —aseguró ella mientras le indicaba dónde estaba la habitación en que se encontraba la cama. Se trataba de una cama plegable sencilla, abierta y cubierta con una colcha—. En fin, es mejor que el asiento trasero de un coche. Aunque los policías, estáis acostumbrados a dormir en cualquier parte.

—¿Y cómo sabes que soy policía?

—Te vi la placa cuando abriste la cartera para pagar la cuenta. Yo estuve casada con un policía, por eso la reconocí.

—Me llamo Kurt Wallander.

—Y yo Erika. Que descanses.

Wallander se tendió en la cama. Le dolía todo el cuerpo y tenia la mente en blanco. Pensó que debía llamar a Ystad para avisar de que estaba en camino, pero no tuvo fuerzas. Cerró los ojos y se durmió enseguida.

Cuando despertó, no tenía la menor idea de dónde se encontraba. Miró el reloj y vio que eran ya las siete de la tarde. Se incorporo de un salto ¡había estado durmiendo más de cinco horas!. Lanzó una maldición al tiempo que echaba mano del móvil para llamar a Ystad. Como Martinson no respondía, llamó a Hanson.

—¿Dónde cojones te has metido? llevarnos todo el día intentando localizarte. ¿Tienes el móvil apagado?

—Habrá sido cosa de la batería. ¿Alguna novedad?

—Nada, solo que nos hemos pasado el día preguntándonos dónde estarías.

—Llegaré lo antes posible. Calculo que sobre las once.

Cuando la mujer apareció en la puerta, se sobresaltó.

—¡Vaya! Parece que necesitabas dormir —comentó.

—Sí, pero una hora habría sido suficiente. Debería haberte pedido que me despertases.

—Hay café, pero nada caliente que comer. Ya he cerrado.

—¿Quieres decir que te has quedado para que yo pudiera dormir un poco más?

—Siempre llevo retraso con la contabilidad.

Entraron en el local vacío, y ella, después de servirle un café y unos bocadillos, se sentó al otro extremo de su mesa.

—Lo he oído por la radio, lo de la muchacha asesinada en el archipiélago y el policía de Escaria que descubrió el cadáver. Supongo que ese policía eres tú, ¿verdad?

—Si, pero prefiero no hablar de ello. ¿Dijiste que habías estado casada con un policía?

—Sí, entonces vivía en el centro de Kalmar, pero después de la separación me vine a vivir aquí. Tenía suficiente dinero y compré esta cafetería.

La mujer le describió los primeros años, lo duro que había sido llevar un negocio que no prosperaba… Sin embargo, las cosas habían mejorado. Wallander la escuchaba pero, sobre todo, la miraba. Lo que más habría deseado hacer era tocarla, sólo por agarrarse a algo real, cotidiano.

Se quedó allí media hora más. Después pagó y salió. Ella lo acompañó hasta la puerta del coche.

—No sé cómo agradecértelo —confesó el inspector.

—¿Y por qué hay que andar siempre dando las gracias? — inquirió ella—. Conduce con cuidado.

Wallander llegó a Ystad alrededor de las once y fue directamente a la comisaría, donde los compañeros trabajaban a marchas forzadas. Los convocó en la mayor de las salas de reuniones. Incluso Nyberg y Lisa Holgersson acudieron. Mientras conducía desde Västervik, Wallander había repasado cuanto había acontecido desde la noche en que el desasosiego que le produjo el pensar que algo había podido ocurrirle a Svedberg le había impedido dormir. También había pensado en Isa Edengren, en cómo no había sabido protegerla, y había sentido redoblarse la ira que tanta muerte provocaba en él. En varias ocasiones, bajo los efectos de aquella enorme desesperación, había pisado el acelerador sin apenas notarlo y llegó a alcanzar los ciento cincuenta kilómetros por hora.

No obstante, la ira no nacía sólo de lo absurdo de la matanza, sino que era también fruto de su sentimiento de fracaso. En efecto, seguían sin saber hacia dónde encaminar sus pasos y, por si fuera poco, a Isa Edengren la habían matado de un tiro ante sus propias narices.

Wallander les contó lo sucedido en la isla de Bärnsö. Tras responder a las preguntas de sus colegas y escuchar un informe sobre la situación en Ystad, hizo un resumen del estado de la cuestión. Era ya más de medianoche.

—Mañana hemos de comenzar por el principio —resolvió al fin—. Empezaremos de nuevo para poder seguir adelante. Tarde o temprano atraparemos al responsable de estos despropósitos, simplemente, no hay otra opción. Pero, por ahora, creo que lo mejor será que nos vayamos a casa a dormir. Si hasta el momento ha sido todo muy difícil, estoy convencido de que, en lo sucesivo, lo será aún más —concluyó y guardó silencio.

Martinson hizo ademán de ir a hablar, pero cambió de idea y calló también.

El inspector fue el primero en abandonar la sala tras la reunión. Después fue a encerrarse en su despacho. A nadie le pasó inadvertido el hecho de que deseaba estar solo.

Tomó asiento y reflexionó sobre lo que había dicho durante la reunión y sobre lo que comentarían al día siguiente.

Isa Edengren estaba muerta. ¿Había alcanzado así el asesino su último objetivo, o volvería a atacar?

Ni Wallander ni sus colegas conocían la respuesta.

Segunda parte

20

La mañana del jueves 15 de agosto, Wallander acudió por fin a la consulta del doctor Göransson; había tenido que aplazar aquella cita demasiadas veces. Pese a no haber pedido hora, el médico lo recibió de inmediato. Se sentía agotado, ya que había dormido mal esa noche y, no obstante, por la mañana, al salir de casa, decidió no ir en coche. Sabía que cada día encontraría una nueva excusa para no empezar a hacer algo de ejercicio hasta el día siguiente… Se dijo que aquel día era tan poco apropiado como cualquier otro, de modo que podía tomarlo como el primero.

Aún hacía buen tiempo y no soplaba la menor brisa. Mientras atravesaba la ciudad, intentó recordar cuál había sido la última vez que habían tenido un mes de agosto como aquél, pero no fue capaz de concentrarse, como si la investigación que tenían entre manos reclamase cada segundo de su atención, y no sólo en las horas de vigilia. sino incluso mientras dormía.

En efecto, aquella noche había soñado que se hallaba en la isla de Bärnsö, de nuevo, había oído el grito de la muchacha. Cuando despertó, se vio sentado en la cama, a punto de echar a correr, empapado en sudor y víctima de una violenta taquicardia. Le costó bastante volver a conciliar el sueño.

Primero fue a sentarse junto a la mesa de la cocina, cuando aún ni se atisbaba el alba. No recordaba haber experimentado nunca semejante desánimo. Pero era consciente ele que no se trataba sólo de la fatiga provocada por aquellos islotes blancos de azúcar que él imaginaba flotando por sus venas; sabia que el cansancio provenía también de la sensación de haber perdido el tren. ¿No seria ya demasiado viejo, pese a no haber cumplido aún los cincuenta?

Por otro lado, se preguntaba si no habría empezado a sentir miedo ante la gran responsabilidad que implicaba este caso; tal vez, sin ser consciente de ello, había pasado ya su mejor momento y ahora descendía hacia un punto en el que no hallaba más que angustia. Ignoraba la respuesta, pero estuvo a punto de tomar una decisión, la de abandonar, la de pedirle a Lisa Holgersson que designase a otro agente como, responsable de la investigación.

La cuestión era quién lo sustituiría. Los candidatos más inmediato eran Martinson o Hanson, pero el inspector comprendía que ningún, de los dos seria capaz de asumir la carga, con lo que no quedaba otra alternativa que la de recurrir a alguien ajeno a la comisaría, lo cual sería nefasto: significaría menospreciar abiertamente la capacidad de su colegas. Y en esas circunstancias, el trabajo de investigación no marcharía como debiera.

Wallander no llegó a ninguna conclusión. Cuando decidió acudir al médico, quizá lo movió la callada esperanza de que éste pronunciase una sentencia liberadora y le comunicase que su salud estaba tan deteriorada que debía solicitar la baja inmediata por enfermedad.

No obstante, el doctor Göransson no tenia la menor intención de hacer tal cosa. Tras constatar que los niveles de glucosa de Wallander eran demasiado altos, que había restos de azúcar en la orina y que la tensión arterial empezaba a ser preocupante, le recetó un medicamento y le exigió un cambio radical en los hábitos alimentarios.

—Hemos de atacar los síntomas desde muchos frentes al mismo tiempo —sentenció—. Todos guardan relación entre sí y han de tratarse como un todo. Sin embargo, nada lograremos si tú mismo no aportas la contribución decisiva —le advirtió, y le facilitó el número de teléfono de un dietista.

Abandonó, pues, la consulta, con la receta en la mano, poco después de las ocho. Pensó que debía encaminarse de inmediato a la comisaría, pero aún no se sentía del todo preparado para ello, de modo que puso rumbo a la pastelería de la plaza Stortorget y se tomó un café; eso sí, se abstuvo de pedir un bollo de merengue.

«Bien, ¿qué hago ahora?», se preguntó. «Soy el responsable de que se resuelva el asesinato múltiple más brutal registrado en Suecia en los últimos años. Soy, el blanco de la mirada crítica y exigente de todos y cada uno de mis colegas, pues una de las víctimas es un policía. Me acosa la prensa, los medios de comunicación en general. Por si fuera poco, es más que probable que también los padres de los jóvenes asesinados me conviertan en objeto de sus críticas. Todos esperan que y, en unos cuantos días o, mejor, en unas horas, atrape al asesino y exponga una argumentación merecedora del elogio del más severo de los fiscales. El problema es que la realidad se presenta bien distinta. De hecho, no tengo ninguna prueba, nada. Esta mañana reuniré a m colegas para proponerles que empecemos por el principio, aunque es prácticamente imposible. Sin embargo, la sensación de estar como al comienzo no es sólo mía, sino que la comparten todos mis colegas. Ni por asomo nos hallamos a las puertas de algo que nos ayude a avanzar. Ante nosotros sólo tenernos el más absoluto vacio.»

Apuró el café y advirtió que, en la mesa vecina, un hombre leía el periódico de la mañana. Los titulares eran negros y llamativos. Wallander abandonó la pastelería a toda prisa. Dado que aún era pronto, decidió que tenía tiempo de hacer algo más antes de dirigirse a la comisaría. Se dirigió, pues, a la calle Vädergränd y llamó a la puerta de la casa del ex director de banco, Sundelius. Cabía la posibilidad de que éste no aceptase visitas inopinadas pero, por otro lado, Wallander sabia que el hombre se levantaba muy temprano.

Se abrió la puerta. Pese a no ser aún las nueve de la mañana, Sundelius vestía ya un traje cuya elegancia coronaba un nudo de corbata que podía describirse como un milagro de perfección. Abrió la puerta de par en par, le pidió a Wallander que entrase y fue a la cocina. Regresó con una bandeja con café y unas tazas.

—Siempre tengo agua a punto para el café —aclaró—. Por si se presenta una visita inesperada. La última vez que ocurrió fue hace un año, pero nunca se sabe.

Wallander se sentó en un sofá y atrajo la taza hacia sí. Sundelius tomó asiento frente a él.

—La última vez que nos vimos nos interrumpieron —le recordó Wallander.

—Así es, y, el motivo habla por si solo —repuso Sundelius—. Me pregunto a que tipo de personas estamos permitiendo la entrada al país.

El comentario dejó a Wallander más que confundido.

—No hay, ningún dato que apunte al hecho de que el autor de estos crímenes haya sido un inmigrante —señaló—. ¿Qué le hace pensar tal cosa?

—Pues es evidente —aseguró Sundelius—. Ningún sueco seria capaz de cometer tales asesinatos.

Wallander comprendió que lo más sensato era dirigir la conversación en otro sentido, pues sabía que Sundelius no era hombre que se dejase influir ni en lo relativo a sus opiniones ni, mucho menos, en sus prejuicios. Pese a todo, no pudo por menos que manifestarse en contra.

—Nada indica que el asesino sea de origen extranjero. Estamos seguros. En fin, hablemos de Karl Evert. Al parecer, usted lo conocía bastante bien,

—Para mi era simplemente Kalle.

—¿Desde cuando se conocían?

—A ver, ¿qué día murió?

El hombre asombró de nuevo a Wallander.

—Aún no lo sabemos con exactitud. ¿Por qué?

—Porque entonces podría haberle dado una respuesta exacta. Como no es el caso, le diré que nos conocíamos desde hacía diecinueve años, siete meses y unos quince días, cuando murió de esa forma tan trágica. Durante toda mi vida he llevado un diario, y en él anoto prácticamente todo. Lo único que no podré anotar es la hora de mi propia defunción. A menos que decida quitarme la vida, lo cual, por ahora, no entra en mis planes. Pero el abogado al que he designado como albacea de mis últimas voluntades se encargará de quemarlo, pues ese diario sólo tiene valor para mí.

Wallander sospechaba que Sundelius era uno de tantos ancianos que aprovechan las escasas ocasiones en que pueden hablar con otras personas. Su propio padre, desde luego, había sido más taciturno.

—Si no le entendí mal, los unía el interés por las estrellas.

—Cierto.

—Usted no tiene acento de Escania, de lo que deduzco que procede de otra región.

—En efecto. Me trasladé de Vadstena el 12 de mayo de 1959. El camión de la mudanza llegó el 14. Pensé que la estancia aquí duraría algunos años, pero ha resultado ser mucho más larga.

Wallander echó una ojeada a las estanterías y a los muebles que tenía al alcance de la vista, pero no vio ninguna fotografía de familia.

Sundelius tampoco llevaba ningún anillo.

—¿Está usted casado?

—No.

—Entonces, ¿separado?

—Soy soltero.

—Corno Svedberg.

—Eso es.

El inspector pensó que nada le impedía ir derecho al grano. Aún llevaba en el bolsillo de la chaqueta una copia de la fotografía de la mujer que tal vez se llamase Louise. Se la mostró a Sundelius y le preguntó:

—¿Ha visto antes a esta mujer?

Sundelius se puso unas gafas, no sin antes limpiarlas con un pañuelo, y examinó la fotografía con detenimiento.

—¿No es ésta la misma fotografía que publicaron los periódicos hace unos días?

—Exacto.

—Y la policía solicitaba que quien la reconociese se pusiese en contacto con ellos, ¿no es así?

Wallander asintió. Sundelius dejó la fotografía sobre la mesa.

—En otras palabras, yo debería haber llamado a la policía… si la hubiese reconocido.

—Pero no es así…

—No. Y sepa que tengo buena memoria para los rostros. Para un hombre de la banca, es imprescindible ser buen fisonomista.

Wallander no pudo resistir la tentación de desviarse ligeramente del tema. En efecto, la curiosidad le pudo: ¿por qué había de ser indispensable para un director de banco recordar las caras de la gente? Formuló, pues, la pregunta y recibió, de nuevo, una prolija respuesta.

—Hubo un tiempo, en mi juventud, en que la cara era el único dato disponible para decidir la concesión de un crédito —comenzó Sundelius—. Eso fue antes de que la sociedad se transformase en un registro gigantesco de ciudadanos. «Antes y después de Cristo», solemos decir. Pero la verdad es que deberíamos dividir el tiempo en dos épocas, la anterior y la posterior a la introducción del número nacional de identidad. ¿Era honrada aquella persona que se presentaba a pedir un préstamo? ¿Tenía la intención de cumplir lo que prometía? ¿Era alguien íntegro o mentía como un bellaco? Recuerdo a un viejo banquero de Vadstena que jamás solicitó información financiera sobre ningún cliente, ni siquiera desde que dicha tarea empezó a resultar mucho más fácil y las condiciones para obtener un crédito mucho más estrictas. No importaba de cuánto dinero se tratase: él sólo se concentraba en el rostro. Concedía o denegaba según la impresión que el rostro le producía. Y no se equivocó ni una sola vez. Rechazaba a los malos y admitía a los buenos, honrados y trabajadores. Sin el menor atisbo de duda. Eso sí, ni él ni nadie podían saber quiénes tuvieron mala suerte y fueron injustamente rechazados.

Wallander asintió antes de volver al tema de Louise.

—Esta mujer mantenía algún tipo de relación con Kalle. Según fuentes fidedignas, estuvieron juntos durante unos diez años. Bueno, tal vez no sea correcto decir que estuvieron juntos, en cualquier caso, mantuvieron una relación. Kalle permaneció siempre soltero, pero, al parecer, mantuvo una relación amorosa con esta mujer durante un periodo bastante prolongado.

Sundelius se había quedado con la taza de café a medio camino hacia la boca. Cuando Wallander guardó silencio, la dejó lentamente sobre el plato.

—Esas fuentes no pueden ser fidedignas —aseguró—. Eso es totalmente falso.

—¿En qué sentido?

—En todos los sentidos. Kalle no tenía ninguna novia.

—Sabemos que mantuvo esa relación en el mayor de los secretos.

—No mantuvo nada en absoluto.

Wallander comprendió que el hombre hablaba con total convencimiento. Sin embargo, en el tono de su voz descubrió un matiz que al principio no supo definir. Después detectó una sombra de indignación, algo que Sundelius, por más que lo intentaba, no lograba ocultar de todo.

—Permítame que le revele una circunstancia muy elocuente —replicó Wallander—. Ninguno de sus colegas, ni yo ni ningún otro, conocía a esta mujer, que, sin lugar a dudas, existía en su vida. Tan solo la conocía una persona. Es decir, que fue una sorpresa para todos.

—¿Y quién la conocía?

—Ése es un dato que prefiero guardarme, al menos por ahora.

Sundelius miraba a Wallander con una expresión de amargura y, al mismo tiempo, parecía ausente. El inspector estaba seguro: la indignación que había descubierto en su semblante era real y no producto de su imaginación.

—Bien, dejemos por el momento a la mujer desconocida —prosiguió—. ¿Cómo se conocieron?

Sundelius había cambiado de actitud. Las respuestas surgían forzadas, a trompicones. Wallander comprendió que había abordado un tema que Sundelius no se esperaba.

—Nos conocimos en casa de unos amigos comunes, en Malmö.

—¿Es ésa su primera anotación sobre Svedberg en el diario?

—Me resulta difícil comprender qué interés puede tener la policía en lo que yo anotaba o dejaba de anotar en mi diario.

«Rechazo total. La fotografía de una desconocida es capaz de trastocarlo todo», sentenció para sí antes de proseguir con cautela

—Y, después de aquel primer encuentro, siguieron viéndose, ¿no es cierto?

Sundelius, al parecer consciente de la actitud agresiva que había adoptado, respondió ahora en un tono sosegado y amable. Sin embargo, a Wallander no lo abandonaba la sensación de que el ex banquero tenía la mente puesta en otras cosas.

—Contemplábamos juntos las estrellas, eso era todo.

—¿Dónde solían hacerlo?

—En el campo, en la oscuridad. Especialmente en otoño, y en Fyledalen, entre otros lugares.

Wallander meditó un instante.

—Cuando me puse en contacto con usted por primera vez, me confesó que le había sorprendido el hecho de que no lo hubiésemos hecho mucho antes. Incluso dijo que le había parecido de lo más extraño, puesto que Kalle no tenía muchos amigos íntimos y que usted se contaba entre los pocos que conocía.

—Recuerdo perfectamente lo que dije.

—Ya, pero ahora habla de su relación como si se tratase de encuentros esporádicos para observar el firmamento y, nada más?

—Yo no soy ningún entrometido, y tampoco él lo era.

—Si, pero a mí me cuesta creer que eso pueda calificarse de amistad íntima, y que usted dé por sentado que mis colegas y yo debíamos estar al corriente de su existencia.

—Pues si era una amistad íntima.

«No señor», se dijo Wallander. «Era otra cosa muy distinta, aunque aún ignoro qué.»

—¿Cuándo se vieron por última vez?

—A mediados de julio. El 16, para ser exactos.

—¿Estuvieron contemplando el firmamento juntos?

—Fuimos a Österleden. Era una noche despejada, aunque el verano no suele ser la mejor estación.

—¿Cómo se comportó él entonces?

Sundelius pareció no comprender la pregunta.

—¿Perdón?

—Me refiero a si estuvo como siempre o si, por ejemplo, dijo algo inesperado o que a usted le extrañase.

—No, era el mismo de siempre. Además, lo normal es que la gente contemple el firmamento en silencio. Al menos nosotros solíamos hacerlo así.

—¿Y después?

—Ya no volvimos a vernos.

—¿Habían concertado alguna cita posterior a aquel día?

—Dijo que se marcharía unos días. Y que estaba muy ocupado. Quedamos en que nos llamaríamos a principios de agosto, cuando se tomase las vacaciones.

Wallander contuvo la respiración. «Tres días después del 16 de julio, Svedberg partió hacia Bärnsö. Lo que dice Sundelius puede indicar que el 16 ya había decidido ir a la isla. Además, le dijo que tenia mucho que hacer y que tomaría las vacaciones a primeros de agosto cuando, en realidad, estaba ya de vacaciones…

«Así pues, Svedberg le mintió», concluyó. «A Sundelius, que es su amigo, le oculta que está de vacaciones, y a nosotros nos oculta que está realizando pesquisas a titulo personal.» Por primera vez en el curso de la investigación. Wallander sintió que se hallaba cerca de algo que podría conducirlo por el buen camino, si bien no era capaz de ver qué podría ser.

Svedberg había mentido a Sundelius, quien ahora, a su vez mentía a Wallander. «Y, sin embargo, ha de haber algo de verdad en todo esto. La cuestión es cómo dar con esa verdad.»

Wallander le dio las gracias por el café y Sundelius lo.acompañó hasta la puerta.

—Volveremos a vernos —anunció Wallander a modo de despedida.

Sundelius, que habla recuperado el control sobre si mismo, le pidió:

—Le agradecería que me avisase del día y la hora del entierro.

Wallander le prometió que lo informarían. Dejó la calle Vädergrän y se sentó en un banco situado ante la cafetería Bäckahästen. Mientras veía nadar a los patos en el estanque repasó la conversación mantenida con Sundelius. Se habían producido dos momentos críticos: aquel en el que Wallander le había mostrado la fotografía y aquel otro en que notó que Sundelius le estaba mintiendo. Empezó, pues, a reflexionar sobre la fotografía. No había sido la imagen de aquella desconocida lo que había alterado a Sundelius, sino la alusión de Wallander a una relación amorosa de diez años.

«Cabe la posibilidad de que, simplemente, no nos hallemos ante una sola relación amorosa, sino ante dos. ¿Pudo haber algo entre Sundelius y Svedberg?» Tal vez no fuese del todo descabellado pensar que Svedberg era homosexual. Wallander tomó un puñado de gravilla de suelo y la dejó caer poco a poco entre sus dedos. La hipótesis no acababa de convencerlo. La fotografía era de una mujer, y Sture Björklund, estaba seguro de que Louise había formado parte de la vida de Svedberg durante muchos años. Así las cosas, cabía, por supuesto, plantearse otra cuestión, no menos crucial: ¿cómo explicar que Sture Björklund supiese de la existencia de esta mujer, cuando ninguna otra persona la conocía?

Wallander se sacudió el polvo de la gravilla de las manos y se puso de pie. Recordó que tenia la receta del doctor en el bolsillo y se encaminó a la farmacia. Tras una espera no muy prolongada lo atendieron y salió de allí camino de la comisaría con el medicamento que Göransson le había recetado. En el interior de la farmacia, al sacar la receta del bolsillo, descubrió que tenia el móvil apagado. Apremió el paso y resolvió que su entrevista con Sundelius le había permitido, si no aclarar un poco el caso, si al menos atisbar una dimensión más profunda del mismo.

Cuando finalmente entró en la comisaría, Ebba le dijo que todo el mundo había estado preguntando por él. El inspector le pidió que les comunicase que la reunión se celebraría media hora más tarde. En el pasillo, camino de su despacho, se topó con Hanson.

—¡Vaya! Precisamente andaba buscándote. Hemos recibido algunos resultados de Lund.

—¡Estupendo! ¿Han podido determinar la hora?

—Eso parece.

—En ese caso, les echaré un vistazo ahora mismo.

Wallander acompañó a Hanson a su despacho. Al pasar ante la puerta del despacho que había pertenecido a Svedberg, comprobó con sorpresa que la placa con su nombre había desaparecido. Sin embargo, la sorpresa dio paso, en primer lugar, a la consternación y, después, a la ira.

—¡Quién ha retirado la placa de Svedberg?

—No lo sé.

—¡Joder! Pues podríamos haber esperado hasta después del entierro.

—Sí, se celebrará el martes —informó Hanson—. Según Lisa, vendrá la ministra de Justicia.

Wallander recordó que la ministra aparecía a menudo en televisión, siempre con aspecto seguro y decidido, pero, en aquel preciso momento, fue incapaz de acordarse de su nombre. Hanson pasó rápido la mano sobre la mesa para retirar algunos boletos de apuestas y sacó los informes del departamento de Medicina Legal de Lund. Wallander se apoyó contra la pared mientras Hanson hojeaba los documentos.

—Aquí están —dijo al cabo.

—Empecemos por Svedberg.

—Fue alcanzado por dos proyectiles disparados por alguien que se hallaba delante de él. La muerte debió de ser inmediata.

—¿Cuándo se produjo? — se impacientó Wallander—. Puedes obviar todo lo que no sea relevante. Me interesa sobre todo la hora.

—Cuando Martinson y tú lo encontrasteis, llevaba muerto un máximo de veinticuatro horas y un mínimo de diez.

—¿Están seguros, o cabe aún la posibilidad de que modifiquen su estimación?

—Parece bastante seguro. Tan seguro como que Svedberg estaba sobrio cuando murió.

—¿Acaso alguien pidió ese dato?

—No, simplemente te hago saber lo que dice el informe. Su última comida, que debió de ingerir un par de horas antes de su muerte. consistió en un poco de yogur.

293

—Lo que indica que, con toda probabilidad, murió antes del mediodía.

Hanson asintió: sabia, como todos, que Svedberg solía desayunar yogur. En los periodos en que se veían obligados a trabajar por la noche, Svedberg llegaba siempre con sus yogures, que dejaba en el frigorífico del comedor.

—Bien, entonces ya tenemos ese dato, al menos.

—Sí, pero este informe da muchos más datos —advirtió Hanson-, ¿Quieres que te comente los detalles?

—No, ya los leeré yo… ¿Qué dicen de los tres jóvenes?

—Que es difícil establecer el momento de su muerte.

—Bueno, eso ya lo sabíamos, pero alguna conclusión habrán sacado, ¿no?

—Pues sí, una conclusión que, a la espera de los resultados de exámenes más detallados, debemos tomar como provisional: no descartan la posibilidad de que, por sorprendente que parezca, los jóvenes fueran asesinados el 21 de junio, es decir, la noche de San Juan. Eso, claro está, con una condición.

—Sí, claro, que los cadáveres no hayan estado expuestos al aire libre desde esa fecha.

—Exacto. En cualquier caso, ya te digo que no están seguros aún.

—Yo, en cambio, sí que lo estoy. En fin, ahora ya disponemos de datos suficientes para ordenar los hechos cronológicamente. Y eso es lo primero que haremos en la reunión de hoy.

—Lo que no consigo es encontrar los coches —se lamentó Hanson—. Los escondieron a conciencia.

—Siempre cabe la posibilidad de que también estén enterrados —apuntó Wallander—. Sea como sea, debemos encontrarlos, y pronto.

Después entró en su despacho, donde leyó la información impresa en el envase de la medicina. «Amaryl; indicaciones: glucemia» Según rezaba la etiqueta, había que tomar las pastillas durante las comidas, y Wallander se dijo que no sabía cuándo podría pararse a comer algo sólido. Se levantó, al tiempo que lanzaba un suspiro, y se encaminó al comedor, donde halló unos panecillos tostados en una bandeja. Se los comió, se tomó la pastilla y, al salir, se topó con Nyberg.

—He oído decir que han llegado los resultados de Lund.

Wallander le contó sucintamente lo que Hanson le había comunicado.

—O sea, que teníamos razón —concluyó el técnico—. Que nos enfrentamos a un asesino que, en primer lugar, liquida a tres jóvenes Y luego los entierra para, al cabo del tiempo, volver a desenterrarlos.

—Sobre todo, nos enfrentamos a alguien que dispuso de tiempo, posibilidades y necesidad de planificarlo todo con detalle —señaló WaIlander—. Y el que poseamos ese dato supone un gran paso adelante.

Nyberg le prometió que asistiría a la reunión y Wallander se retiró a su despacho.

Su escritorio estaba atestado de mensajes telefónicos, a los que decidió dedicarse una vez concluida la reunión. Fue hasta la ventana y se esforzó por hacerse una idea del perfil del asesino. Por allí andaba suelto un asesino que mataba de un modo frío y metódico. Y nadie salvo el asesino conocía el motivo.

Wallander recogió sus papeles y se dirigió a la sala de reuniones. Martinson se disponía ya a cerrar la puerta cuando apareció Lisa Holgersson en compañía del fiscal Thurnberg. Wallander cayó en la cuenta de que aún no lo había informado del estado de la investigación. De ahí la insatisfacción que dejaba traslucir el rostro del fiscal, que se sentó al otro extremo de la mesa, tan lejos de Wallander como le fue posible. Lisa Holgersson tomó la palabra para informar de que el entierro de Svedberg tendría lugar el martes 20 de agosto a las dos de la tarde. Miró entonces a Wallander, para después añadir:

—En el entierro, yo pronunciaré un pequeño discurso, y lo mismo harán la ministra de justicia y el director general de la Policía. La cuestión es si alguno de vosotros no debería pronunciar también unas palabras. Se me ocurre que podrías hacerlo tú, Kurt, que eres el que más años de servicio lleva en esta comisaría.

Wallander se negó decidido.

—Yo no puedo pronunciar un discurso —aseveró—. Cuando me vea junto al féretro de Svedberg, no podré pronunciar ni una palabra.

—Pues tu discurso de despedida en honor de Björk fue muy bueno —apuntó Martinson—. Alguno de nosotros debe intervenir, y yo creo que tú eres el más indicado.

Wallander era consciente de que no saldría bien, pues no soportaba los funerales.

—Veréis, no es que no quiera —arguyó suplicante—. Puedo hasta escribir el discurso, si lo deseáis. Pero seré incapaz de leerlo.

—Si tú lo escribes, lo leeré yo —se ofreció Ann-Britt Höglund—. A mí me parece que no se debe obligar a nadie a pronunciar un discurso en un funeral. Uno puede emocionarse hasta tal punto que, simplemente, sea incapaz de pronunciar palabra. Yo me ofrezco a leerlo, si os parece bien.

Wallander tenia la certeza de que ni Hanson ni Martinson daban por buena aquella solución, pero ninguno de los dos opuso objeciones, con lo que quedó acordado que sería Ann-Britt quien hablase.

A fin de ahuyentar la idea del funeral, Wallander orientó enseguida la conversación al motivo principal de la reunión. Thurnberg permanecía inmóvil e inexpresivo. Su presencia incomodaba a Wallander, que creía percibir en el fiscal cierta actitud de desprecio, o quizá de aversión hacia él.

Comenzaron por hacer un balance general de la situación. Wallander relató su encuentro con Sundelius; no obstante, lo resumió de modo que pareció mucho menos prolongado de lo que fue en realidad, y no mencionó una palabra acerca de la transformación que se operó en el banquero jubilado al saber que Svedberg había mantenido durante diez arios una relación amorosa con una mujer desconocida.

Constantemente les llegaba información de los ciudadanos, pero nadie parecía capaz de identificar con certeza a la mujer de la fotografía, hecho que todos consideraban más que curioso. En efecto, alguien debería haberla reconocido, de modo que decidieron publicarla también en la prensa de Dinamarca y enviarla a la Interpol. Por lo demás, ninguno de los agentes tenia novedades que comunicar y, dos horas más tarde, llegó el momento de estudiar el informe de los forenses. Wallander propuso que se tomasen una pausa para despejarse antes de analizar los resultados de los facultativos. Thurnberg se levantó y abandonó la sala a toda prisa; no había pronunciado una palabra, Salieron todos, salvo Lisa Holgersson, que quedó rezagada.

—No parece muy satisfecho —comentó Wallander refiriéndose a Thurnberg.

—No, no creo que lo esté —repuso ella—. En mi opinión, deberías hablas con él. Piensa que la investigación se desarrolla con demasiada lentitud.

—Pues va todo lo aprisa que nos es posible —objetó Wallander.

—Entonces, tal vez necesitemos ayuda externa.

—Sí, por supuesto, también abordaremos ese asunto. Y quiero que sepas que no me opondré a tal propuesta.

Su respuesta pareció tranquilizarla. Wallander salió a buscar un café y reanudaron la reunión. Thurnberg ocupó su lugar; su rostro seguía impenetrable.

A partir del informe de los forenses, Wallander fue trazando en una pizarra las posibles cronologías de los hechos.

—Es decir, que Svedberg fue asesinado, como muy pronto, veinticuatro horas antes de que hallásemos su cadáver, y todo indica que la muerte se produjo por la mañana o, al menos, antes del mediodía. En cuanto a los tres jóvenes, parece que nuestras conclusiones preliminares se ven confirmadas por los resultados provisionales de los forenses. No obstante, ninguno de estos datos nos orientan sobre el móvil ni sobre el asesino. Pero si nos brindan una información decisiva para nosotros. — Wallander tomó asiento antes de proseguir—. Estos jóvenes organizaron su fiesta en secreto. Eligieron un lugar en el que contaban con que nadie los molestaría. Pese a todo, alguien conocía su plan, alguien que estaba extremadamente bien informado y que, además, tuvo tiempo de preparar a conciencia los asesinatos. Seguimos, como digo, sin conocer el móvil de esos crímenes, pero el asesino no se rindió hasta haber acabado también con la vida de la otra persona que debería haber participado en la fiesta, Isa Edengren. Además, sabia que la joven se había refugiado en Bärnsö y conocía la zona. Todo esto nos proporciona un punto de partida decisivo: el asesino estaba al corriente de los planes de la fiesta; así pues, contaba con una buena fuente de información.

Como nadie intervenía, Wallander prosiguió:

—La cuestión es, por tanto, dónde hallar a alguien con acceso a toda esa información. Por ahí debemos empezar. Y estoy convencido de que, tarde o temprano, daremos también con el nexo que da paso a Svedberg en este escenario.

—Él se encontraba ya en el escenario, puesto que comenzó a investigar pocos días después de la noche de San Juan —apuntó Hanson.

—Yo creo que podemos ir mis lejos —intervino Wallander—. De hecho, intuyo que Svedberg tenia sospechas concretas. La pregunta, cuya respuesta nunca llegaremos a conocer, es si Svedberg sabía ya quién había cometido los asesinatos, o quién iba a cometerlos.

—¿Por qué crees que tardó tanto en acabar con la vida de Isa Edengren? — inquirió Martinson—. Dispuso de más de un mes desde los otros asesinatos.

—No lo sabemos —admitió Wallander—. Desde luego, no puede negarse que la tenia a tiro.

—Hay otro aspecto que me llama la atención —señaló Martinson—. ¿Por qué motivo ha desenterrado los cadáveres? ¿Acaso quiere que lo atrapemos?

—A mí no se me ocurre ninguna otra explicación —admitió Wallander—. Y eso nos lleva, a su vez, a considerar la naturaleza de los motivos que guían a este asesino y de la relación que esta persona podía tener con Svedberg.

Wallander paseó la mirada por los rostros de los asistentes.

«Svedberg sabia por qué no regresaban los jóvenes», se dijo. «Al igual que sabia quién era el asesino. O, al menos, tenia fundadas sospechas aceita ale su identidad.

»Por eso él también murió asesinado.

»Simplemente, no puede haber otra explicación.

»Lo cual nos conduce a la más importante de todas las cuestiones,

»¿Por qué no quiso revelarnos quién era el objeto de sus sospechas?»

21

Poco después de las dos de la tarde, en plena reunión, Wallander le formuló a Martinson una pregunta acerca de una de las llamadas telefónicas recibidas en la comisaría. Se trataba de la información proporcionada por el propietario de un quiosco situado en Sölvesborg que, la víspera de San Juan, por la tarde, se había detenido un rato en el parque natural de Hagestad. En efecto, iba camino de una fiesta que se celebraba en Falsterbo y comprendió que llegaría demasiado pronto si no hacía una pausa. El hombre creía recordar haber visto dos coches aparcados a la entrada del parque. Wallander, no obstante, no acababa de comprender qué era, con exactitud, lo que le había llamado la atención a aquel hombre.

Acababa de formular su pregunta a Martinson, cuando se desmayó.

Sucedió, claro está, de forma totalmente inesperada. Estaba apuntando a Martinson con un lápiz cuando, de repente, se desplomó sobre la silla con la barbilla clavada en el pecho. Durante un instante, nadie supo qué sucedía. Luego reaccionó Lisa Holgersson, en primer lugar, después Ann-Britt Höglund y enseguida el resto de los colegas. Hanson confesó más tarde haber creído que Wallander había sufrido un paro cardiaco y que había muerto. No obstante, nadie más se pronunció acerca de lo que creyeron o temieron al ver así a Wallander. Tendieron al inspector en el suelo, le aflojaron la camisa y le tomaron el pulso mientras alguien llamaba por teléfono a una ambulancia que, sin embargo, llegó cuando Wallander ya había vuelto en si. Mientras sus compañeros le ayudaban a incorporarse, empezó a sospechar que su nivel de glucosa había descendido hasta el punto de hacerlo perder el sentido. Le ofrecieron agua, se tomó unos terrones de azúcar que había en un azucarero y se recuperó rápidamente. La preocupación se dibujaba en el rostro de todos los presentes, que pensaban que debía ir al hospital a que lo viese un médico o, al menos, marcharse a casa a descansar. Pero Wallander se opuso tanto a lo uno como a lo otro, justificó su estado de debilidad aduciendo falta de sueño y volvió a tomar las riendas de la reunión con tal energía que obligó a los demás a doblegarse.

El único que no mostró ni preocupación ni temor fue Thurnberg, que apenas reaccionó. Cierto que se había levantado de la silla cuando tumbaron a Wallander en el suelo, pero sin llegar a dar un paso. Tampoco recordaba nadie que la expresión de hermetismo hubiese abandonado su semblante.

Durante la siguiente pausa, Wallander fue a su despacho para llamar y poner al corriente de su desvanecimiento al doctor Göransson, que no pareció sorprenderse lo más mínimo al oírlo.

—Tus niveles de glucemia oscilarán de aquí en adelante, hasta que logremos que se estabilicen —explicó—. Pero si vuelves a marearte, quizá tengamos que retirarte la medicación. En cualquier caso, procura tener a mano una manzana la próxima vez que empieces a sentirte mal.

A partir de aquel día, Wallander siempre llevaba unos cuantos terrones de azúcar en el bolsillo, lo que lo hacia sentirse corno si fuera a toparse con un caballo en cualquier momento. Sin embargo, seguía sin hablarle a nadie de su diabetes, que continuó manteniendo en secreto.

La reunión se prolongó hasta las cinco de la tarde, lo que les permitió realizar el más completo análisis del estado de la investigación hasta el momento. Wallander tenía la firme sensación de que el grupo había recibido una nueva dosis de energía. Por otro lado, habían tornado la determinación de solicitar colaboración de Malmö, aunque Wallander sabía que el grupo que tenía a su alrededor seguiría dirigiendo las operaciones.

Cuando acabó la reunión, Thurnberg no se movió de su asiento, y Wallander comprendió que el fiscal deseaba mantener una conversación con él. El inspector pensó con añoranza en Per keson, que se encontraba en algún lugar incierto, bajo el sol de África. Tomo asiento al otro extremo de la mesa, en la silla que solía ocupar Ann-Britt Höglund.

—He estado esperando durante bastante tiempo a que se me pusiera al corriente de la situación —le recriminó Thurnberg, con voz clara y como a punto de estallar.

—Sí, claro, y así tendría que haber sido —se excusó Wallander tratando de mostrarse amable—. Pero el curso de la investigación ha sufrido un cambio radical en los últimos días.

Thurnberg pasó por alto el comentario de Wallander.

—En lo sucesivo, doy por sentado que se me mantendrá constantemente informado —prosiguió—. El fiscal general da muestras del más vivo e inmediato interés cuando un agente de la policía resulta muerto en acto de servicio.

Wallander, que no halló motivo alguno para intervenir, aguardó la continuación.

—La investigación, tal y como se ha llevado a cabo hasta el momento, no puede considerarse ni eficaz ni tan exhaustiva coma sería justo exigir —se quejó, al tiempo que señalaba una larga lista de puntos que había ido anotando en un cuaderno.

Wallander se sentía como un escolar con malas calificaciones.

—Por supuesto, si las criticas resultan justificadas, tomaremos nota de ello y procuraremos rectificar.

Se esforzaba por mostrar una amabilidad sin fisuras, a sabiendas de que no seria capaz de contener la ira por mucho tiempo. ¿Qué se habría creído aquel fiscal sustituto procedente de Örebro? ¿Cuántos años tendría, treinta y tres? Sí, no podía tener muchos más.

—Mañana mismo se os presentará una lista con mis objeciones al trabajo de investigación —afirmó Thurnberg—. Espero que me hagas llegar tus comentarios por escrito.

Wallander le dedicó una mirada inquisitiva.

—¿Quieres decir que tú y yo vamos a andar carteándonos mientras un asesino que ha cometido cinco crímenes brutales anda suelto por ahí?

—Lo que quiero decir es que la investigación no se ha llevado hasta ahora como cabría esperar.

Wallander dio un puñetazo en la mesa y se levantó con tal violencia que derribó la silla sobre la que estaba sentado.

—¡No existe el procedimiento de investigación perfecto! — rugió—. ¡Y nadie va a venir a decirme a mí que mis colegas y yo no hemos hecho cuanto estaba en nuestras manos!

Thurnberg, hasta entonces inexpresivo, se puso lívido.

—Envíame la dichosa nota —lo retó Wallander—. Si tienes razón, actuaremos según tus observaciones. Pero no esperes ninguna respuesta escrita por mi parte —y, dicho esto, abandonó la sala con un portazo.

Ann-Britt Höglund, que estaba a punto de entrar en su despacho, se volvió al oír el golpe.

—Pero ¿qué ha ocurrido?

—¡Ese jodido fiscal, que no para de quejarse! — exclamó Wallander.

—¿Y de qué se queja?

—Dice que no somos eficaces y que no estamos actuando en todos los frentes. Pero ¿de qué otro modo íbamos a trabajar, sino como lo hemos venido haciendo hasta el momento?

—Lo único que pretende es dejar claro quién manda aquí, creo yo.

—En ese caso, ha ido a dar con la persona equivocada.

Wallander entró en el despacho de su colega y se dejó caer Pesadamente en la silla.

—¿Qué te pasó antes ahí dentro, cuando te desmayaste?

—Que últimamente no duermo bien —repuso evasivo—. Pero estoy perfectamente.

Wallander experimentó lo mismo que cuando, en aquellos días que pasó en Gotland con Linda, ésta le preguntó por su agotamiento: la agente tampoco lo creyó.

En ese momento, Martinson asomó por la puerta.

—¿Interrumpo? — preguntó.

—No, vienes en el momento oportuno —aseguró Wallander—. Deberíamos tener una charla. ¿Dónde está Hanson?

—Ocupado con el asunto de los coches. En algún sitio tienen que estar.

—¡Lástima! En fin, ya os encargaréis vosotros de ponerlo al corriente.

Con un gesto, le indicó a Martinson que cerrara la puerta y procedió a revelarles sus impresiones tras la conversación con Sundelius y su sospecha sobre la homosexualidad de Svedberg.

—Por supuesto, no es una circunstancia importante en sí —precisó—. Los agentes de policía son libres de elegir su inclinación sexual, pero prefiero que el asunto quede entre nosotros, para evitar rumores. Por otro lado, puesto que Svedberg nunca mencionó sus preferencias en cuestión de sexo, cualesquiera que éstas fuesen, no me parece correcto que nosotros las hagamos públicas precisamente ahora que está muerto.

—Claro, pero esto complica la cuestión de la mujer —apuntó Martinson.

—Bueno, quizá nuestro colega fuese un hombre de gustos variados… Ahora hemos de centrarnos en la información que pueda tener Sundelius. De hecho, yo salí de su casa con la firme sensación de que me ocultaba algo, lo que significa que debemos seguir insistiendo, profundizando tanto en la vida de Sundelius como en la de Svedberg. Quién sabe si no descubriremos más secretos. El mismo proceder hemos de seguir en la investigación de los jóvenes, hasta averiguar el nexo entre ellos y Svedberg. Y, también, hasta dar con esa persona que, por ahora, no es más que una sombra, pero no por ello menos real.

—Creo que Svedberg fue objeto de una denuncia presentada ante la comisión de justicia hace ya unos años —señaló Martinson-, pero no recuerdo el motivo.

—Pues hemos de investigarlo —afirmó Wallander—. Al igual que todo lo demás. He pensado que debemos repartirnos las tareas. Yo me encargaré de Svedberg y de Sundelius. Además, tengo que volver a entrevistarme con Sture Björklund, dado que es el único que conocía la existencia de esa mujer.

—Es muy extraño que nadie más la haya visto —contestó Ann-Britt Höglund.

—Cierto, y no sólo es muy extraño, sino que es imposible —precisó Wallander—. Así que debemos preguntarnos a qué se debe.

—¿No creéis que hemos dejado de lado al catedrático de sociología un poco a la ligera? Al fin y al cabo, fue en su casa donde hallamos el telescopio de Svedberg —recordó Martinson.

—Mientras no tengamos un sospechoso concreto, hemos de atribuir el mismo valor a todos los indicios —replicó Wallander—. Es una antigua máxima, repetida hasta la saciedad, pero no por ello menos justificada. — Se puso de pie—. Procurad hablar con Hanson de todo esto —les pidió antes de abandonar el despacho.

Eran ya más de las seis y media y, desde aquella mañana, no había comido más que unos panecillos. Sin embargo, lo horrorizó la idea de llegar a casa y ponerse a cocinar, por lo que encaminó sus pasos hacia el restaurante chino próximo a la plaza Stortorget. Mientras aguardaba que le sirviesen la comida, se bebió una cerveza, y luego otra, para acompañar la cena, que tomó, como de costumbre, demasiado deprisa. Estuvo a punto de pedir un postre, pero cambió de opinión y se marchó a casa. Hacía una noche cálida y dejó abierta la puerta del balcón. Intentó hablar con Linda y marcó su número tres veces, pero el teléfono de su hija parecía estar siempre ocupado. Se sentía demasiado cansado para pensar y, con el televisor encendido y el volumen al mínimo, se tumbó en el sofá con la mirada fija en el techo. Poco antes de las nueve sonó el teléfono. Era Lisa Holgersson.

—Creo que tenemos problemas —anunció—. Thurnberg ha venido a verme después de discutir contigo.

Wallander hizo una mueca, pues imaginó lo que se le avecinaba.

—Supongo que Thurnberg estaba indignado porque le grité, di un puñetazo sobre la mesa y mi comportamiento dejó, en general, mucho que desear.

—Peor aún. Ha puesto en duda tu capacidad para dirigir la investigación,

Aquello lo sorprendió, pues nunca se le habría ocurrido que Thurnberg pudiese ir tan lejos.

Wallander, en lugar de enfadarse —que era la reacción que consideraba lógica-, sintió miedo. Él mismo había pensado a menudo, quizás incluso con demasiada frecuencia, que no estaba preparado para dirigir un equipo de investigación. Pero jamás se le había pasado por la mente que esas reservas íntimas pudiesen convertirse en una amenaza externa y concreta, la amenaza de arrebatarle su puesto de responsabilidad.

—¿Se puede saber qué motivos de peso aduce?

—Sobre todo, motivos de índole formal. Por supuesto, también considera flagrante y grave el hecho de que no se lo haya mantenido informado de modo más activo y regular acerca del desarrollo de la investigación.

Wallander se quejó, y alegó que habían hecho lo que habían podido.

—En fin, yo sólo te transmito sus palabras. Por otro lado, califica de muy grave el hecho de que no te pusieses en contacto con la policía de Norrköping antes de dirigirte a Östergötland, además de que cuestiona que el viaje en sí estuviera justificado.

—Ya, pero encontré a Isa Edengren, ¿no?

—Bueno, a su parecer, también la policía de Norrköping podría haberla encontrado, mientras que tú deberías haberte quedado aquí dirigiendo la investigación. Mucho me temo que, de forma indirecta, quiere dar a entender que, si no hubieras ido allí, la joven quizá seguiría viva.

—¡Eso es absurdo! — exclamó Wallander—. Espero que tú se lo hicieses ver.

—Hay algo más —prosiguió ella—. Tu estado de salud.

—¡Pero si yo no estoy enfermo!

—Bueno, no puedes negar que te desvaneciste ante sus propios ojos, y también ante los míos, claro, en mitad de una reunión.

—Eso le puede suceder a cualquiera que se halle en una situación estresante.

—Sólo te informo de lo que me ha dicho.

—Ya, pero ¿qué le has contestado tú?

—Que, por supuesto, hablaría contigo. Y que meditaría sus palabras.

De repente Wallander comprendió que no podía estar seguro de cuál era la opinión de su jefe. A decir verdad, ¿con qué fundamento podía dar por sentado que ella estaba de su parte?

Lo invadió al momento una gran desconfianza.

—Bien, pues ya has hablado conmigo. Ahora sólo falta saber cuál es tu postura.

—Y tú, ¿qué opinas de todo esto?

—Opino que Thurnberg es un fiscalillo engreído y desagradable al que no le gustamos ni yo ni ninguno de los demás. Un sentimiento, por cierto, mutuo. Yo creo que él ve en esta situación un trampolín que tal vez le permita dar el salto a un futuro brillante.

—Esa descripción no se me antoja muy objetiva que digamos.

—Pero es la verdad. Como es natural, en mi opinión, al viajar a Bärnsö no hice sino lo correcto. En ese sentido, la investigación se llevó como debía. No existía razón alguna para informar de mi viaje a la policía de Norrköping, pues no se había cometido allí ningún delito, ni nadie podía prever que fuese a cometerse. Además, había otro motivo de peso para no decírselo a nadie, pues Isa Edengren podría haberse sentido aún más intimidada.

—Ya. Creo que Thurnberg es consciente de todo eso —aseguró ella—. Y estoy de acuerdo en que, a veces, puede dar la impresión de ser un hombre arrogante. En realidad, lo que más le preocupa es tu salud.

—Pues yo dudo mucho que le preocupe algo que no sea su propia persona. El día en que no me sienta capaz de dirigir al grupo de investigación, te prometo que te lo haré saber.

—Bien, en tal caso, Thurnberg tendrá que darse por satisfecho con esa respuesta, pero no estaría de más que, en lo sucesivo, le hagamos llegar la información que debe poseer como fiscal del caso.

—Confieso que, en lo sucesivo, me va a resultar muy difícil mostrar confianza en él —se sinceró Wallander—. Puedo aguantarlo casi todo, pero no soporto a la gente que me critica a mis espaldas.

—El no ha hecho tal cosa. Simplemente, es natural que, al fracasar la comunicación contigo, se dirigiese a mí.

—Nadie puede exigirme que me guste ese hombre.

—Tampoco es eso lo que él te ha pedido. De todas maneras, si el grupo da muestras de debilidad, su reacción será inmediata.

—¿Y qué coño quiere decir eso?

Wallander no supo por qué había reaccionado con tanta violencia: sencillamente, no era capaz de controlarse.

—No te enfades conmigo. Yo sólo estoy poniéndote al corriente de lo que ha pasado.

—Mira, tenemos cinco asesinatos por resolver —atajó Wallander—. Y un asesino suelto, despiadado y organizado. No hemos atisbado ningún móvil que lo impulse a cometer esos asesinatos e ignoramos si planea volver a actuar. Una de las víctimas era un colega muy cercano a nosotros. Dadas la, circunstancias, es de esperar que alguno de nosotros se ponga nervioso de vez en cuando. Este caso no es, desde luego, una invitación a tomar el té, de ésas del meñique tieso…

Al otro lado del hilo telefónico se oyó la risa de Lisa Holgersson,

—¡Vaya! Esa variante de la invitación a tomar el té no la conocía.

—Bueno, sólo para que nos entendamos —aclaró Wallander.

—En fin, yo quería que lo supieras lo antes posible.

—Te lo agradezco.

Concluida la conversación, Wallander regresó al sofá de la sala de estar. La desconfianza no le daba tregua y ya había empezado a pergeñar un plan para vengarse de Thurnberg. Lo habían puesta contra las cuerdas, y ahora tenía que defenderse, pero no pudo evitar compadecerse de sí mismo. La sola idea de verse relevado de su responsabilidad lo aterraba. De hecho, cuando un caso era muy complejo, dirigir las investigaciones conllevaba con frecuencia una presión insoportable; sin embargo, verse degradado y liberado de aquel peso le resultaba aún peor.

Sintió la necesidad de hablar con alguien capaz de proporcionarle el apoyo moral que necesitaba en aquellos momentos, pero eran ya las nueve y cuarto. ¿A quién llamar? ¿A Martinson o a Ann-Britt Höglund? Él habría preferido ponerse en contacto con Rydberg, pero éste, por su parte, descansaba apaciblemente en su tumba y no tenía ya nada que decirle. Aunque, eso si, Wallander estaba seguro de que Rydberg habría reaccionado del mismo modo que él ante el fiscal sustituto.

Entonces le vino a la mente la persona de Nyberg. Nunca o casi nunca habían intercambiado confidencias de ningún tipo y, aun así, Wallander sabía que podía contar con su apoyo y su comprensión. Por otro lado, Nyberg, que era colérico y claro en sus manifestaciones, podía ayudarle en esa situación. Lo que más importaba, no obstante, era que Wallander sabía que Nyberg lo consideraba un buen policía. De hecho, dudaba de que el técnico pudiese soportar el trabajar a las órdenes de otro jefe de investigación. Además, aunque desde el punto de vista formal el fiscal era, supuestamente, el encargado de mover s todos los hilos, Nyberg era policía y los fiscales eran para el figuras desdibujadas, situadas en un lugar lejano y periférico, que, en el fondo, nada tenían que ver con él.

De modo que Wallander marcó el número de la casa de Nyberg, que respondió a la llamada con su habitual acritud. Wallander había comentado con Martinson en varías ocasiones que el técnico nunca contestaba al teléfono con amabilidad.

—Tenemos que hablar —le dijo Wallander.

—¿Alguna novedad?

—Nada relativo a la investigación, pero es preciso que nos veamos.

—¿Y no puede esperar a mañana?

—No.

—De acuerdo, estaré en la comisaría dentro de un cuarto de hora.

—Preferiría que nos viésemos en otro lugar. Podríamos ir a tomarnos una cerveza.

—¿Quieres que vayamos de bares? Pero ¿qué es lo que ha sucedido?

—¿Tienes alguna sugerencia?

—Yo no voy nunca a bares ni a restaurantes —replicó Nyberg categórico—. Al menos, no aquí, en Ystad.

—Cerca de la plaza Stortorget, junto al anticuario, hay un pequeño restaurante. Podemos quedar allí —propuso Wallander.

—¿Exigen traje y corbata? — quiso saber Nyberg.

—Creo que no —lo tranquilizó Wallander.

Nyberg prometió que estaría allí en media hora. Wallander se cambió de camisa y salió del apartamento. Decidió ir andando, y se encaminó al centro. En el restaurante no había mucha gente y, cuando preguntó le dijeron que no cerraban hasta las once. Notó que tenía hambre y, al consultar la carta, quedó asombrado ante los precios. ¿Quién podía permitirse el lujo de ir a cenar a un restaurante en aquellos tiempos? Sin embargo, pensó que le apetecía invitar a Nyberg a tomar algo.

Exactamente media hora más tarde apareció Nyberg, vistiendo traje y corbata. Además, se había puesto en el cabello, por lo general encrespado, un poco de gomina. El traje no era muy moderno y parecía quedarle grande. Nyberg se sentó frente al inspector.

—Pues no tenía ni idea de que hubiese un restaurante aquí —confesó.

—Bueno, no lleva mucho tiempo abierto —explicó Wallander—. Unos cinco años, más o menos. Había pensado invitarte a comer algo.

—Pues no tengo hambre —aseguró Nyberg.

—Si quieres, hay aperitivos —insistió Wallander.

—En ese caso, elige tú lo que más te guste —cedió el técnico dejando a un lado la carta.

Mientras esperaban que les sirvieran lo que habían pedido, se tomaron unas cervezas. Wallander le relató la conversación mantenida con Lisa Holgersson con todo lujo de detalles; sin embargo, también añadió lo que había pensado pero no había dicho.

—En el fondo, no considero que haya nada de qué preocuparse — comento Nyberg una vez que Wallander hubo concluido—. Pero, como es natural, comprendo que estés indignado. Si queremos resolver el caso, lo último que necesitarnos en estos momentos es un conflicto interno.

Wallander se ablandó fingiendo ponerse de parte de Thurnberg.

—¿Y si tiene razón? ¿Y si fuera mejor que otro ocupase mi puesto?

—¿Quién iba a ocupar tu puesto?

—Martinson.

Nyberg lo miró incrédulo.

—No puedes estar hablando en serio.

—Entonces, Hanson.

—Ya, dentro de diez años, tal vez. Pero de todos los casos a los que nos hemos enfrentado en los últimos años, éste es el peor, y no podemos permitirnos el lujo de debilitar la dirección del grupo de investigación.

Incluso cuando les sirvieron la comida, Wallander siguió hablando de Thurnberg; Nyberg, por su parte, respondía con parquedad. Wallander comprendió que estaba sacando las cosas de quicio y que el técnico tenía razón: no había nada más que añadir. En caso necesario, Nyberg le ofrecería todo el apoyo que precisase. Hacía ya algunos años que Wallander había tratado personalmente el asunto de las insólitas condiciones de trabajo de Nyberg con Lisa Holgersson, poco después de que ésta sustituyese a Björk. Después de esas conversaciones, la situación de Nyberg había mejorado sensiblemente y, si bien el técnico y él nunca habían hablado de ello, el inspector estaba convencido de que Nyberg estaba al tanto de su intervención.

Si, Nyberg tenía razón. No debían dedicar más tiempo y esfuerzo a alimentar su indignación contra Thurnberg. Al contrario, era más sensato canalizar los esfuerzos hacia lo que ele verdad importaba.

Después de la cena siguieron bebiendo cerveza. En cierto momento, la camarera les advirtió que aquél tendría que ser el último pedido. Wallander le preguntó a Nyberg si quería tornar caté, pero éste rechazó el ofrecimiento.

—Ya me tomo más de veinte tazas de café al día para mantenerme despierto. O, mejor dicho, para aguantar el tirón —precisó.

—De no ser por el caté, trabajar de policía sería imposible —exageró Wallander.

—Cualquier trabajo seria imposible.

Ambos reflexionaron en silencio sobre la importancia del café Para la existencia humana. Los comensales de una mesa cercana se levantaron dispuestos a marcharse.

—No creo que me las haya visto nunca con un crimen más extraño que el que ahora tenemos entre manos —comentó de pronto Nyberg

—Ni yo. Es salvaje y absurdo; imposible intuir el móvil.

—Bueno, uno siempre puede recurrir a la figura del asesino compulsivo —sugirió Nyberg—. Uno que además planifica bien sus crímenes, que escenifica y amaña sus atrocidades.

—Sí, tampoco yo excluyo esa posibilidad —admitió Wallander—. Pero ¿cómo es posible que Svedberg diese con una pista o concibiese una sospecha tan rápido? No consigo explicármelo.

—Pues sólo hay una explicación lógica: que Svedberg sabia quién era el asesino o, por lo menos, tenia sospechas bien fundadas sobre su identidad. Partiendo de esa premisa, resulta aún más importante, quizá decisivo, saber por qué no nos informó de esas sospechas.

—¿Quieres decir que podría tratarse de alguien a quien conocemos?

—No necesariamente, pues cabe otra alternativa: que Svedberg no supiese quién era, que ni siquiera sospechase de alguien en concreto, pero que temiese que fuese alguien a quien él conocía.

Wallander comprendió que Nyberg tenía razón: albergar sospechas sobre la autoría de un crimen y temer que alguien pueda ser el autor de dicho crimen eran cosas muy, distintas.

—Eso explicaría que se hubiese dedicado a investigar en secreto —prosiguió Nyberg—. Imaginemos que teme que se trate de algún conocido suyo, probablemente una persona con la que mantiene una relación más o menos estrecha. Pero no está seguro y desea comprobarlo antes de revelárnoslo a los demás. También cabe la posibilidad de que tuviese intención de rodear el asunto en el más absoluto silencio, por si al final sus temores resultaban infundados.

Wallander observó atento el rostro de Nyberg mientras intuía que los acontecimientos podían encadenarse de un modo hasta ahora no vislumbrado.

—Supongamos, pues, que Svedberg se entera de que ha desaparecido un grupo de jóvenes —propuso el inspector—. Días más tarde, se embarca en una investigación que lleva a cabo a escondidas y a título personal. Se dedica a ello durante sus vacaciones. Figurémonos, además. que su temor se fundamenta en una sospecha justificada. Imaginemos, finalmente, que su sospecha se confirma. Y que comprende que conoce la identidad del responsable de la desaparición de los jóvenes. Ni siquiera es seguro que supiese que estaban muertos.

—Me cuesta creer que lo supiera —apuntó Nyberg—. En tal caso, se habría visto obligado a hablar con nosotros. Svedberg jamás habría soportado ser el depositario único de un secreto de tal envergadura.

Wallander asintió. También sobre este punto estaba acertado el técnico.

—Es decir, que ignora que están muertos, pero lo que sabe lo aterroriza. Supongamos que se arma de valor y se enfrenta a Ia persona en cuestión. ¿Qué sucede entonces.

—Que muere asesinado.

—El asesino dispone el lugar del crimen de modo que nuestra primera impresión sea que el móvil ha sido el robo. De hecho, falta algo, el telescopio, que luego encontramos en el trastero de Sture Björklund.

—¿Y la puerta? Estoy seguro de que Svedberg dejó pasar a su asesino. O, quizás, éste incluso tuviese un juego de llaves.

—Es decir, que se trata de alguien a quien Svedberg conocía y que ya había estado allí con anterioridad.

—Además, es una persona que sabe que nuestro colega tenía un primo llamado Björklund, sobre el que decide hacer recaer las sospechas ocultando el telescopio en su trastero.

En ese momento la camarera les dejó la nota sobre la mesa, pero Wallander no quería interrumpir la conversación.

—¿Quién podría saber eso? En realidad, sólo disponemos de dos nombres: el de Bror Sundelius y el de una desconocida llamada Louise.

Nyberg negó con la cabeza.

—Estos crímenes no son obra de una mujer —afirmó—. Ya sé que, hace unos años, decíamos lo mismo y resultó que estábamos equivocados pero, aun así…

—Pues tampoco parece probable que haya sido Bror Sundelius —señaló Wallander—. Está muy mal de las piernas y, aunque la cabeza le funciona de maravilla, no se puede decir que tenga una salud de hierro.

—En ese caso, es alguien a quien aún no conocemos —resolvió Nyberg—. Deben de haber existido otras personas en la vida de Svedberg.

—Pues, a partir de mañana, me dedicaré a bucear en su vida —anunció Wallander.

—Exacto, yo creo que ése es el camino que hemos de seguir —lo apoyó Nyberg—. Entre tanto, veremos los resultados que arrojan las pruebas técnicas, sin olvidar las huellas dactilares. Espero disponer de más datos mañana mismo.

—Las armas son una prueba importante —le recordó Wallander—. La pistola y el revólver.

—Wester, de la ciudad de Ludvika, es muy amable —comentó Nyberg—. Sé que me prestará toda la ayuda posible en ese asunto.

Wallander tomó la cuenta. Nyberg manifestó su deseo de contribuir.

—Podríamos hacerlo pasar como una cena de trabajo —sugirió Wallander.

—Eso no se lo tragarían jamás —aseguró Nyberg.

Wallander fue a echar mano de su cartera, pero no la halló. Entonces recordó: la había olvidado sobre la mesa de la cocina.

—Invito yo, ¿eh? Lo que ocurre es que me he olvidado la cartera en casa.

Nyberg sacó la suya del bolsillo interior de la chaqueta. Llevaba doscientas coronas y la cuenta ascendía casi al doble.

—A la vuelta de la esquina hay un cajero —lo informó Wallander.

—Yo no utilizo tarjetas —replicó Nyberg categórico.

La camarera les hizo una seña y se acercó a la mesa. Eran los últimos clientes. Nyberg le mostró su placa de agente de la policía, que la camarera observó con escepticismo.

—Aquí no fiamos a nadie —declaró.

—¡Pero si somas policías! — protesto Wallander—. Vera, resulta que he olvidado la cartera en casa.

—Aquí no fiamos a nadie —repitió le joven—. Si no pueden pagar, tengo que denunciarlos.

—¿Denunciarnos? ¿A quién?

—A la policía.

Wallander estuvo a punto de perder la paciencia, pero Nyberg lo calmó.

—¡Vaya! Esto se pone interesante.

—¿Van a pagar la cuenta o no? — insistió la camarera.

—Creo que lo mejor será que llames a la policía —la invitó Wallander en tono afable.

La camarera se dirigió al teléfono para llamar, no sin antes cerrar la puerta del restaurante con llave. Luego regresó a la mesa.

—La policía está en camino —aseguró—. Hasta que lleguen, no pueden marcharse.

Cinco minutos después, un coche patrulla aparcaba en la plaza y dos agentes entraban en el restaurante. Uno de ellos era Edmundsson, que clavó una mirada de incredulidad en Wallander y Nyberg.

—Mira, tenernos un problemilla —comenzó Wallander—. He olvidado la cartera en casa y Nyberg no tiene suficiente dinero en efectivo. La señorita sostiene que no puede fiarnos y la placa de Nyberg no la ha impresionado demasiado.

Al comprender la situación, Edmundsson estalló en una sonora carcajada.

—¿Cuánto es? — preguntó.

—Cuatrocientas coronas.

El colega sacó su cartera y pagó la cuenta.

—No es culpa mía —se excusó la camarera—. Tenemos órdenes tajantes del jefe de no fiar a nadie.

—¿Quién es el dueño del restaurante? — quiso saber Nyberg.

—Se llama Fredriksson. Alt Fredriksson.

—¿Es alto y de complexión robusta, y vive en Svarte? — continuó Nyberg.

La camarera asintió.

—¡Ah! Entonces ya sé quién es. Es un buen hombre, muy simpático. Salúdalo de parte de Nyberg y Wallander.

El coche patrulla ya se había marchado cuando salieron a la calle.

—Curioso mes de agosto… —comentó Nyberg—. Ya estamos a día 15 y aún hace calor.

Se separaron en la esquina de la calle Hamngatan.

—No sabemos si atacará de nuevo. Y eso es lo peor —concluyó Wallander.

—Por eso tenemos que atraparlo —lo animó Nyberg—. Y pronto.

Wallander se dirigió hacia su apartamento. Mientras caminaba, consideró hasta qué punto habla sido fructífera la conversación mantenida con Nyberg. Pese a todo, no se sentía satisfecho. Se negaba a admitirlo, pero la reacción de Thurnberg y su conversación con Lisa Holgersson lo habían dejado muy abatido. ¿No estaría siendo injusto con el fiscal? ¿Y si éste tenía razón? ¿Y si convenía que otra persona se hiciese cargo de la investigación?

Ya en casa, se preparó un café y se sentó a la mesa de la cocina. El termómetro que tenia en el marco exterior de la ventana indicaba que estaban a diecinueve grados. Wallander extendió sobre la mesa un bloc de notas y sacó un bolígrafo. Luego se puso a buscar unas gafas. Encontró unas debajo del sofá.

Con la taza en la mano, dio varias vueltas a la mesa de la cocina, a fin de prepararse mentalmente para el cometido que lo aguardaba. Nunca había hecho nada semejante: redactar un discurso en honor de un colega asesinado.

En aquel momento se arrepentía de haberse comprometido a ello. ¿Cómo describir lo que sintió cuando, una semana antes, descubrió a su compañero tendido en el suelo de su apartamento con el rostro destrozado?

Finalmente, se sentó dispuesto a intentarlo. Rebuscó en su memoria hasta recordar su primer encuentro con Svedberg, hacia más de veinte años. Ya entonces estaba calvo.

Cuando iba aproximadamente por la mitad del panegírico, lo rasgó v comenzó de nuevo.

Era más de la una de la madrugada cuando lo dio por terminado. En esta ocasión, las palabras plasmadas sobre el papel merecieron su aprobación.

Salió al balcón, al silencio de la ciudad. Seguía haciendo mucho calor. Recordó su cambio de impresiones con Nyberg. Ideas e imágenes vagaban por su mente. Allí estaba, de repente, Isa Edengren, acurrucada en la cueva que, aunque sí pudo protegerla de niña, no la preservó de mayor.

El inspector entró de nuevo, pero dejó abierta la puerta del balcón.

Aquella idea no le daba respiro.

La idea de que el hombre que andaba suelto allá en la oscuridad de la noche pudiese atacar de nuevo.

22

Había sido un día muy largo.

Infinidad de paquetes y de cartas certificadas, a los que había que añadir los giros postales desde el extranjero. De hecho, eran casi las dos de la noche cuando concluyó con todos los asientos que habían de introducirse en el registro que debía entregar al día siguiente.

En el pasado se habría irritado ante el hecho de que el trabajo se prolongase más de lo previsto. En cambio, ahora ya no le importaba. La gran transformación que se había operado en él implicaba, entre otros muchos cambios, el haberse vuelto invulnerable al tiempo. Había comprendido que lo que solía denominarse tiempo pasado no existía. Y que tampoco había futuro. Por lo tanto, no había un tiempo que pudiese perderse. Ni ganarse. Lo único que contaba era lo que él hacía.

Dejó a un lado la saca con el correo y el maletín de la caja. Después se dio una ducha y se cambió de ropa. No había comido nada desde primeras horas de la mañana, antes de salir en su coche hacia la terminal de Correos donde lo aguardaba la tarea de clasificar las cartas. Pero no tenía ni pizca de hambre.

Recordaba que también le ocurría desde niño: cuando se avecinaba algo emocionante, siempre perdía el apetito.

Entró en la habitación insonorizada y encendió todas las luces. Por la mañana, había hecho la cama cuidadosamente antes de abandonar el apartamento. Extendió, pues, las cartas sobre la colcha azul oscuro y se sentó como un escriba en el centro de la cama. Ya había leído cartas con anterioridad. Ése había sido el primer paso: elegir cartas interesantes; abrirlas con sumo cuidado, para evitar que se dañase el sobre; después, copiarlas y, finalmente, leerlas. Ignoraba cuántas cartas había abierto, copiado y leído durante aquel año, pero debían de haber sido más de doscientas. La mayoría eran insignificantes, hueras, aburridas…, hasta que abrió la primera carta de Lena Norman a Martin Boge.

En este punto, interrumpió el hilo de sus pensamientos. Aquello era agua pasada. Ya no tenía por qué dedicarle más tiempo. La última fase había sido muy enojosa, agotadora. En primer lugar, el largo viaje en coche hasta Östergötland. Después, merodear con la linterna hasta dar con una embarcación con la que hacerse a la mar y arribar a la pequeña isla situada en medio de la bahía.

Sí, muy complicado. Y él detestaba las complicaciones. Las complicaciones significaban resistencia, algo que él deseaba evitar a toda costa.

Contempló, pues, las cartas esparcidas a su alrededor.

La idea de elegir a una pareja que tenía intenciones de casarse no se le había ocurrido hasta el mes de mayo. Y fue por pura casualidad, como tantas veces sucede en la vida. Durante aquellos años que pertenecían ya al pasado, durante su vida como ingeniero, no hubo nunca lugar para la casualidad; ésta tenía la entrada prohibida a su existencia. Ahora las cosas habían cambiado y, así, el juego de las casualidades se presentaba en la vida de las personas como un perpetuo fluir de ofertas inesperadas, de modo que le era posible escoger lo que quería o dejarlo pasar.

La pequeña nota adherida al buzón, en la que se le comunicaba que alguien quería ponerse en contacto con él, no había despertado en él el menor interés. Sin embargo, cuando llamó a la puerta indicada en el papel y entró en la cocina de aquella casa, descubrió los más de cien sobres que allí había y que contenían las correspondientes invitaciones a la boda. Quien le había abierto la puerta era, precisamente, la futura novia. Ya no recordaba su nombre, pero sí aquella felicidad que ella irradiaba y que lo había puesto fuera de sí. Metió las cartas en su saca y las llevó a Correos. De no haberse hallado tan inmerso en los complejos preparativos de su participación en aquella fiesta de San Juan, tal vez se hubiese entregado a los de la boda que anunciaban las invitaciones.

Sin embargo, las casualidades no cesaban de brindarle nuevas tentaciones. De hecho, aquellas seis cartas que tenía sobre la cama contenían otras tantas invitaciones de boda. Él las había leído y conocía bien a los jóvenes que pretendían contraer matrimonio. Sabía perfectamente dónde vivían, cómo eran y dónde tenían pensado casarse. Las invitaciones, que contenían sólo unas líneas redactadas en términos muy formales, no le servían más que para ayudarle a recordar a cada una de las parejas.

Y ahora había llegado el momento más importante.

El de determinar cuál de aquellas parejas era la más feliz.

Así pues, se detuvo en cada uno de los seis sobres, asociando los nombres a los rostros y recordando otras cartas que se habían escrito el uno al otro o que habían enviado a sus amigos. Imbuido de una profunda sensación de bienestar, retrasó su decisión cuanto pudo.

Él era el dueño y señor. En aquella habitación insonorizada había logrado eludir todo cuanto lo había torturado en la vida. La sensación de ser un marginado. Un incomprendido. Allí dentro, era capaz incluso de rememorar la gran catástrofe: el momento de su exclusión, cuando le dijeron que no lo necesitaban.

Pero ya nada resultaba difícil. O casi nada. En efecto, aún recordaba con dolor cómo, durante más de dos años, se rebajó y respondió a un sinnúmero de ofertas de trabajo, envió a todas partes su currículum, acudió a infinidad de entrevistas.

Aquello sucedió antes de que él se liberase de todo eso de un plumazo. Antes de que dejase atrás lo que había sido para convertirse en otro.

En realidad, era consciente de que había tenido suerte. En la actualidad, nunca lo habrían contratado como cartero sustituto: Correos atravesaba una situación de estancamiento económico. De hecho, los despidos se producían a diario. Él lo había notado cuando hacía el reparto y recorría las rutas de los carteros rurales a los que sustituía. La gente esperaba en sus casas a que les llegara una carta. Cada día eran más los que aguardaban fuera. Y ninguno de ellos había aprendido que era posible escabullirse. Escapar.

Finalmente, se decidió por los que se casarían el sábado 17 de agosto, los que vivían a las afueras de Köpingebro. Eran muchos los invitados. Tantos que era incapaz de recordar cuántas tarjetas le habían encomendado para enviar. Pero allí estaban los dos cuando él atravesó la puerta. Su felicidad era ilimitada. En aquella ocasión, le costó bastante controlarse. Podría haberlos matado allí mismo. Pero, como de costumbre, logró contenerse, y hasta les dio la enhorabuena. Nadie habría podido sospechar lo que en esos precisos instantes pasaba por su mente.

Aquél era el talento más importante para un ser humano. El arte de saber controlarse.

Aquél iba a ser un día memorable, al igual que lo había sido la noche de San Juan.

Nadie comprendía nada. Nadie imaginaba nada. Por enésima vez, había demostrado la importancia de saber escabullirse.

Dejó las cartas a un lado y se tumbó en la cama pensando en todas las cartas que la gente estaría escribiendo en aquellos momentos y que llegarían a sus manos cuando vaciase los buzones de correos. Cartas que él podría elegir, abrir y leer después.

El torrente de las casualidades seguiría fluyendo hacia él.

Lo único que tenía que hacer era dejar que todo llegara hasta él. Wallander empezó a indagar en serio en la vida de Svedberg el viernes por la mañana. Llegó a la comisaría poco después de las siete y se puso manos a la obra, no sin experimentar una intensa sensación de repulsa. En realidad, ignoraba adónde lo llevaría su búsqueda. Pero no debía dejar de buscar. En algún episodio de la vida de Svedberg habría un dato que le ayudaría a solucionar ese enigma que culminó en el asesinato del colega; así pues, la tarea consistía en buscar algo vivo en una persona que ya estaba muerta.

Sin embargo, antes de emprender el penoso y desagradable cometido de transitar por la vida del difunto compañero, dio unos toquecitos en la puerta de Ann-Britt Höglund, que, pese a ser tan temprano, se encontraba ya en su puesto. Le entregó el texto que había escrito la noche anterior y le pidió que le diese su opinión cuando lo hubiese leído tranquilamente, dado que iba a ser ella quien lo leyera llegado el momento. Ya fuera de su despacho, pensó que tal vez debió haber hablado con la agente acerca de Thurnberg; no obstante, se dijo que algún otro colega se lo contaría: en aquella comisaría, las habladurías campaban por sus respetos.

Su primer paso para acceder a la vida de Svedberg fue llamar a Ylva Brink. La mujer acababa de llegar a su casa después de su guardia nocturna y él le preguntó amablemente si estaba a punto de irse a dormir, porque, en tal caso, la llamaría más tarde. No obstante, ella lo retuvo al teléfono, pues, según le reveló, últimamente le costaba conciliar el sueño. En efecto, las imágenes de lo sucedido a Svedberg la asaltaban de forma especialmente descarnada mientras dormía. Añadió que confiaba en que su temor y su desasosiego se mitigasen un poco cuando su marido regresase a casa la semana siguiente, aunque le había sido imposible arreglárselas para acudir al funeral de Svedberg.

—Supongo que dormiré mejor cuando él esté aquí —aseguró—. La verdad, todo lo que ha ocurrido me ha dejado aterrorizada.

Wallander le respondió que lo comprendía, y después le pidió que le hablase de la vida de Svedberg, de sus padres y su infancia. En realidad, le habría gustado hablar con ella en persona en lugar de por teléfono, y consideró incluso la posibilidad de proponerle que un coche policial la recogiese en su casa para llevarla a la comisaría. Se contentó, no obstante, con la conversación telefónica, durante la cual tomó notas sin descanso, y fue llenando una página tras otra del bloc escolar con su letra indescifrable. A lo largo de la charla, que se prolongó durante casi una hora, se vio interrumpido por dos apariciones de Martinson y una tercera de Nyberg. Wallander escuchaba atentamente su relato, pero prestó suma atención cuando ella empezó a hablarle de los últimos veinte años de la vida de Svedberg. La hacía detenerse tan sólo cuando le daba la impresión de que iba demasiado aprisa, o si deseaba comprobar que había anotado algún nombre correctamente. Durante aquella entrevista telefónica, Wallander comprendió que Ylva Brink, tras la muerte de su primo, sin duda había repasado mentalmente la vida de éste, y había rememorado los recuerdos, quizás en busca de alguno que le explicase lo ocurrido. Una vez concluida la conversación, Wallander notó que tenía la mejilla sudorosa. Fue a los servicios y se lavó la cara antes de leer rápidamente lo que había ido apuntando y de anotar los nombres de las personas a las que debía visitar. El más interesante, desde su punto de vista, era un hombre llamado Jan Söderblom. Según Ylva Brink, Svedberg y él habían sido muy buenos amigos durante el periodo en el que su primo había prestado el servicio militar, antes de convertirse en policía; la relación se vio interrumpida cuando Söderblom contrajo matrimonio y se trasladó a otra ciudad, aunque Ylva no podía asegurar si era a Malmö o a Landskrona. A Wallander le llamó la atención, además, el hecho de que Söderblom, al igual que Svedberg, hubiese ingresado en el Cuerpo de Policía. El inspector estaba a punto de llamar a la comisaría de Malmö cuando Nyberg apareció en la puerta de su despacho. Por la expresión de su rostro, enseguida dedujo que había novedades.

—Bueno, esto empieza a funcionar —anunció el técnico al tiempo que blandía unos faxes—. Primero, las armas. La pistola que, junto con la escopeta, fue robada en Ludvika puede haber sido el arma utilizada en el parque natural.

—¿«Puede haber sido»?

—Cuando yo digo que «puede haber sido» quiero decir que «es» la pistola en cuestión.

—¡Estupendo! — exclamó Wallander—. Ya empezábamos a necesitar algo así.

—Además, tenemos las huellas dactilares —prosiguió Nyberg—. Encontramos una buena huella de pulgar en la escopeta. Y también conseguimos aislar otro pulgar en una de las copas que había en el parque.

—¿El mismo pulgar?

—Efectivamente.

—¿Lo teníamos en los registros?

—No figura en los registros suecos, pero pasearemos las huellas dactilares de ese pulgar por todo el mundo antes de rendirnos.

—Es decir, que se trata del mismo hombre —concluyó Wallander—. Muy bien, al menos ya sabemos algo.

—En el telescopio que apareció en casa de Björklund sólo encontramos huellas dactilares de Svedberg.

—¿Y qué significa eso? ¿Que él mismo fue a ocultarlo allí?

—No necesariamente. Está claro que quien lo hizo pudo haberse puesto unos guantes.

—Y ese pulgar del que hablas, ¿no lo habéis encontrado en el apartamento de Svedberg? Tenemos que averiguar quién fue el responsable de aquel caos, si el asesino o el propio Svedberg. O quizás ambos.

—Bueno, tardaremos en obtener ese dato, pero estamos en ello.

Wallander se había levantado de la silla y estaba con la espalda apoyada contra la pared. Tenía el presentimiento de que había algo más.

—¿Qué clase de arma es?

—Una Astra Constable. Seguro que hay bastantes ejemplares de ese modelo en el país. Es muy corriente en Alemania.

—A ver… la robaron en Ludvika… ¿y nunca hallaron ningún sospechoso?

—Ya he hablado varias veces con el agente Wester, de aquel distrito. Habla en el dialecto de Dalarna, así que no siempre resulta fácil entender lo que dice, pero nos ha enviado la documentación que encontró en los archivos. La policía dejó el caso en suspenso. No había pistas, pero lo relacionaron con otro robo de armas que se había producido unos días antes en Orsa. Aunque tampoco allí dieron con el autor del delito.

—No es difícil vender un arma.

—Estamos intentando localizarla en diversos expedientes, para comprobar si se ha utilizado en otra ocasión, no sé, en un asalto a un banco o algo así. Tal vez eso nos facilite una vía para nuevas pesquisas.

—Bueno. En cualquier caso, hemos de descartar por completo la hipótesis de que a Svedberg le diera por cometer dos robos, uno en Ludvika y otro en Orsa —comentó Wallander—. Quizá compró las armas, o quizá, simplemente, éstas no eran de su propiedad.

—No encontramos ninguna huella suya en la escopeta —subrayó Nyberg—. Puede que ese detalle nos dé la respuesta. O puede que no.

—En fin, lo importante es que hemos dado un gran paso —resolvió Wallander—. Tenemos a un único autor de los distintos delitos.

—Sí, no estaría mal enviarle una nota con esa información al fiscal —ironizó Nyberg con una sonrisa—. Seguro que se alegra.

—O se siente decepcionado, quién sabe, al comprobar que no hacemos honor a la mala fama que nos ha atribuido. Pero sí, claro, tenemos que hacerle llegar un informe.

Nyberg salió del despacho y Wallander tomó el auricular para llamar a Malmö, donde, ciertamente, había un agente llamado Jan Söderblom. Era inspector de la brigada de la policía judicial y se dedicaba fundamentalmente a los delitos relacionados con la propiedad. Sin embargo, cuando Wallander pidió que lo pusieran al habla con él, lo informaron de que estaba de vacaciones. Tras una espera de escasos minutos, le dijeron que se encontraba en una isla griega y que no regresaría hasta el miércoles siguiente. Así pues, dejó recado de que deseaba hablar con él cuanto antes y tomó nota de su número de teléfono particular. Acababa de colgar cuando Ann-Britt Höglund llamó a la puerta, que estaba entreabierta, y entró con el discurso de Wallander en la mano.

—Ya lo he leído. Y creo que es objetivo y conmovedor. Sobre todo, muy realista. Nadie se emociona con falsas peroratas sobre la eternidad o la luz que vence a la oscuridad.

—¿No te parece demasiado largo? — preguntó el inspector preocupado.

—Lo leí en voz alta, para mí misma, y me llevó menos de cinco minutos. Yo no suelo hablar en los entierros pero, en mi opinión, es perfecto.

Se disponía a marcharse cuando Wallander empezó a ponerla al corriente de los datos obtenidos por Nyberg.

—¡Vaya! Pues sí que es un adelanto —exclamó la agente—. ¡Si además lográramos encontrar al autor o los autores de los dos robos!

—No será fácil, pero lo intentaremos, por supuesto. Estaba pensando que podríamos publicar fotografías de las armas, tanto de la pistola como de la escopeta.

—A las once habrá una rueda de prensa. Y los medios empiezan a acosar a Lisa. La cuestión —prosiguió ella- es si deberíamos poner n no sobre el tapete el asunto de las armas en ese momento. En realidad, no tenemos nada que perder si relacionamos el asesinato de Svedberg con el de los jóvenes. La verdad es que hace años que en Suecia no se daba un caso criminal de este calibre.

—Pues tienes toda la razón —admitió Wallander—. Acudiré a la rueda de prensa a las once.

Ann-Britt Höglund permaneció de pie junto a la puerta.

—¿Y la mujer, la misteriosa Louise a la que, al parecer, nadie ha visto nunca? Acabo de hablar con Martinson. Según me ha contado, estamos recibiendo muchas llamadas, pero ninguna que nos ayude a identificarla.

—Es curioso —observó Wallander-, por no decir incomprensible. Dijimos que lo intentaríamos en Dinamarca.

—¿Por qué no en toda Europa?

—Pues sí, ¿por qué no? Pero será mejor empezar por Dinamarca, y sin más demora.

—Yo he de ir a Lund a inspeccionar el apartamento de Lena Norman, pero, si quieres, puedo pedirle a Hanson que se encargue él —propuso Ann-Britt.

—No, dejemos a Hanson. Aún está intentando localizar los coches desaparecidos. Tiene que encargarse otra persona.

—Lo cierto es que necesitamos los refuerzos cuanto antes —señaló su colega—. Según Lisa, esta misma tarde vendrán agentes de Malmö.

—Sí, nos falta Svedberg —se lamentó Wallander—. Ni más ni menos. Aún no nos hemos acostumbrado a que no esté entre nosotros.

Los dos permanecieron en silencio durante un buen rato, y después ella se marchó hacia su despacho. Wallander abrió la ventana. El calor persistía y la brisa era muy leve. De repente, sonó el teléfono. Era Ebba, la recepcionista. Por el tono de su voz, Wallander notó que estaba cansada, y se dijo que, sin duda, había envejecido en los últimos años. En efecto, era ella la que, no hacía mucho, les levantaba el ánimo a todos, mientras que ahora se mostraba a menudo tristona y decaída. Por si fuera poco, alguna que otra vez olvidaba comunicar los mensajes a sus destinatarios. De hecho, le faltaba poco para jubilarse, pero nadie era capaz de imaginar lo que aquello implicaría.

—Es el agente Larsson, de la policía de Valdemarsvik. Los demás están ocupados. ¿Puedes ponerte tú? — le preguntó Ebba.

Larsson era un policía en prácticas y tenía un marcado acento de Östergötland.

—Harry Lundström, de Norrköping, nos dijo que querías saber si habían robado algún barco en Gryt el día en que asesinaron a la joven en Bärnsö —comenzó Larsson.

—Así es.

—Pues es posible que tengamos algo. En Snäckvarp desapareció una embarcación de unos seis metros de eslora y con cabina. El propietario no sabe exactamente cuándo le fue sustraída, pues no estaba en casa. Pero la encontraron ayer en una cala al sur de Snäckvarp.

Wallander, como le ocurría cada vez que le hablaban de embarcaciones, sintió que pisaba un terreno para él desconocido.

—¿Tiene el tamaño suficiente como para llegar hasta Bärnsö?

—¡Vaya si lo tiene! Si no sopla el viento, puede llevarte hasta Gotland.

Wallander reflexionó un instante.

—¿Crees que se pueden detectar huellas dactilares en alguno de los mandos? — inquirió.

—Ya me encargué de eso —afirmó Larsson—. El volante estaba manchado de aceite y pudimos aislar un par de huellas bastante claras. Creo que ya van camino de Ystad, pero a través de Norrköping. Es Harry quien lleva este asunto.

—¿Hay alguna carretera cerca del lugar donde hallasteis el barco? — quiso saber Wallander.

—Estaba oculto en un cañaveral. Pero hasta el centro de Snäckvarp no hay ni diez minutos a pie por un camino de gravilla.

—Bien, todo eso son novedades importantes —aseguró Wallander.

—Ya. ¿Qué me dices de lo demás? ¿Crees que daréis con el asesino?

—Claro que sí, pero nos llevará tiempo.

—Yo no llegué a conocer a la muchacha, pero sí tuve que vérmelas con el padre hace unos años.

—¿Por qué motivo?

—Pesca furtiva. Se dedicaba a echar sus redes y cambines para anguilas en aguas ajenas.

—¡Ah! Pero ¿uno no puede pescar donde quiera en este país?

—Bueno, los cotos de pesca se van alternando; pero eso a él le traía sin cuidado. Si quieres que te diga la verdad, a mí me parece un jodido presuntuoso, aunque ahora, con esto de la chica, me da un poco de lástima, claro.

—¿Y no hubo nada más que lo de la pesca furtiva?

—No, que yo sepa.

Wallander le agradeció su llamada y marcó enseguida el número de Harry Lundström. En Norrköping le dieron un número de móvil. Lundström iba en coche por la región de Vikbo. Wallander le contó que habían identificado el arma utilizada en los asesinatos del parque natural y que pronto sabrían si coincidía con la empleada en Bärnsö. Lundström, por su parte, le reveló que no habían encontrado ninguna pista segura en la isla, pero que daba por sentado que el autor del crimen se había servido de la embarcación robada en Snäckvarp.

—La gente del archipiélago está preocupada —comentó—. Tenéis que atrapar al responsable de estos asesinatos.

—Lo sé —convino Wallander-, sé que hemos de atraparlo. Y así será.

Concluida la conversación, cuando ya habían dado las nueve y media, fue a buscar una taza de café. Entonces se le ocurrió una idea. Regresó a su despacho y buscó el número de teléfono de los Lundberg, en Skärby. La mujer atendió la llamada y Wallander cayó en la cuenta de que no había hablado con ellos después de la muerte de Isa, por lo que comenzó por transmitirle sus condolencias.

—Erik está destrozado, no puede ni levantarse de la cama —se lamentó la mujer—. Dice que tenemos que vender la casa y marcharnos de aquí. ¿Quién es capaz de hacerle algo así a una niña?

«Tiene razón, Isa no era más que una niña», se dijo Wallander. «Como mi propia hija. Tendría que haber reparado antes en ese detalle.»

Por más que pensó, no le vino a la mente ninguna respuesta que reconfortara a la mujer. Sin embargo, notó que ella no le echaba en cara lo ocurrido.

—En realidad, sólo llamaba para preguntar si los padres de Isa han vuelto a casa.

—Sí, regresaron ayer noche.

—Muy bien, gracias. Sólo era eso —concluyó Wallander reiterándole su pésame.

Decidió que iría a Skärby inmediatamente después de la rueda de prensa. En realidad, habría preferido partir hacia allí de inmediato, pero no iba a tener tiempo. Descolgó el auricular para llamar al fiscal Thurnberg, y, sin mencionar la información que había obtenido la noche anterior, lo puso someramente al corriente de los nuevos datos arrojados por los análisis de los expertos. Thurnberg lo escuchaba en silencio. Wallander se guardó para el final lo más importante: que podían concentrarse en la búsqueda de un único asesino. Thurnberg solicitó un informe escrito, que Wallander le prometió que recibiría sin tardanza.

—Se va a celebrar una rueda de prensa a las once —lo informó Wallander—. A mí parecer, sería bastante apropiado dar a conocer estos datos, y también pedir que publiquen las fotografías de las armas utilizadas.

—¿Acaso disponemos ya de esas fotografías?

—Las tendremos mañana, a más tardar.

Thurnberg no opuso objeción alguna y le hizo saber que también él pensaba participar en la rueda de prensa. La conversación fue corta y se ciñó estrictamente a lo profesional, pero Wallander, tras colgar el auricular, se dio cuenta de que estaba empapado en sudor.

La reunión con los representantes de la prensa tuvo que celebrarse en la sala de reuniones más amplia de la comisaría. Wallander era incapaz de recordar la última vez que los medios de comunicación habían mostrado tanto interés por un suceso. Como de costumbre, subió a la tarima presa de un gran nerviosismo. Ante su sorpresa, fue Thurnberg el primero en tomar la palabra. En efecto, aquello no había ocurrido jamás. Durante todos los años de servicio prestados por Per keson, éste siempre había reservado dicho cometido a Wallander, o al comisario jefe. No obstante, Thurnberg parecía acostumbrado a hablar con los periodistas. «He aquí otro indicio de los nuevos tiempos», concluyó Wallander, pero después no fue capaz de determinar si esa reflexión era sólo malintencionada o si, además, conllevaba cierta dosis de envidia. En cualquier caso, escuchó con atención las palabras del fiscal, que era, sin duda, un orador excelente.

Llegó, pues, el turno de Wallander. Había garabateado algunas palabras que le servirían de guía en su exposición, pero, naturalmente, llegado el momento no logró encontrar la nota. Pese a todo, habló de las armas, de la pista de Ludvika y de la posible conexión con el robo de Orsa; añadió que aún aguardaban la confirmación de que se trataba de la misma arma utilizada en el archipiélago de Ostergötland, en Bärnsö. Mientras hablaba, le vino a la mente, sin saber por qué, la figura de Westin, el cartero que lo llevó hasta la isla. Finalmente, se refirió también al hallazgo de la embarcación robada. Una vez que hubo finalizado, comenzó el turno de preguntas, que no fueron pocas. Thurnberg se hizo cargo de la mayoría, apoyado por alguna que otra intervención breve de Wallander. Martinson escuchaba de pie desde el fondo de la sala.

Una de las últimas en pedir la palabra fue una periodista de uno de los diarios vespertinos. Wallander no la conocía.

—En otras palabras, que la policía no tiene aún ninguna pista —declaró al tiempo que dirigía la mirada hacia Wallander.

—Tenemos muchas pistas —replicó Wallander-, aunque reconozco que no estamos en condiciones de asegurar que detendremos en breve al responsable.

—Pues a mí me da la impresión, a la luz de lo aquí expuesto, de que la policía no ha avanzado lo más mínimo. Por otro lado, me pregunto si no existe el riesgo de que el autor de estos crímenes cometa otro asesinato. No cabe duda de que se trata de un desequilibrado mental.

—Bien, eso es algo que ignoramos —repuso Wallander—. De ahí que intentemos trabajar sin descartar ninguna hipótesis.

—Eso suena como una estrategia, pero también podría significar impotencia, ¿no es cierto? — atacó la periodista.

Wallander lanzó una mirada a Thurnberg, quien a su vez, con un gesto apenas perceptible, lo animó a continuar.

—La policía no se ve nunca impotente —atajó Wallander categórico-; esa condición es contraria a la de nuestra profesión.

—Al menos, estarás de acuerdo conmigo en que se trata de un loco, ¿no?

—No.

—Entonces, ¿quién haría algo así?

—Eso es algo que aún ignoramos.

—¿Crees que lograréis atrapar al responsable de estos crímenes?

—Sin la menor duda.

—¿Crees que atacará de nuevo?

—Tampoco lo sabemos.

Se produjo un breve silencio, Wallander lo aprovechó para incorporarse, y los asistentes dedujeron que daba por finalizada la rueda de prensa. El inspector sospechaba que Thurnberg pretendía concluir el encuentro con la prensa de un modo algo más formal, pero salió de la sala sin ofrecerle siquiera la oportunidad de comentarlo con él. Ya en la recepción, se topó con un grupo de enviados de los medios televisivos que le manifestaron su deseo de entrevistarle. Sin embargo, Wallander los remitió a Thurnberg. Más tarde, Ebba le contó cómo el fiscal se había dejado entrevistar ante las diversas cámaras, dando muestras de no poca satisfacción.

Wallander, por su parte, se dirigió a su despacho para recoger la chaqueta. Pensó que tenía que comer algo antes de partir hacia Skärby. Entretanto, no cesaba de preguntarse por qué le habría venido a la mente la imagen de Westin durante la rueda de prensa; aquella visión repentina debía de tener algún significado. Se sentó ante el escritorio e intentó reflexionar acerca de ello, sin éxito. Finalmente, se dio por vencido. Acababa de ponerse la chaqueta cuando el teléfono móvil, que llevaba en el bolsillo, empezó a vibrar. Era Hanson.

—He encontrado los coches —anunció—. Tanto el de Lena Norman como el de Boge. Un Toyota del 91 y un Volvo, un año más antiguo. Estaban en un aparcamiento cercano a Sandhammaren. Ya he avisado a Nyberg, está en camino.

—Pues yo también voy.

A la salida de Ystad, Wallander detuvo el coche para comer junto a un puesto de perritos calientes. Había adquirido la costumbre de comprar botellas de litro de agua mineral, pero, como era de esperar, había olvidado tomarse el medicamento que el doctor Göransson le había recetado. Ni siquiera lo llevaba consigo, por lo que, enfurecido y a toda velocidad, se dirigió a la calle Mariagatan. Al entrar en el vestíbulo, vio la correspondencia: una postal de Linda, que había ido a visitar a unos amigos a Hudiksvall, y una carta de su hermana Kristina. El inspector llevó el correo a la cocina. En el remite, su hermana había escrito la dirección de un hotel de Kemi, que, según creía Wallander, se hallaba al norte de Finlandia. Por un momento se preguntó qué haría su hermana allí, pero luego pensó que las cartas podían esperar. Se tomó, pues, la pastilla con un vaso de agua. Estaba a punto de salir de la cocina cuando su mirada se posó un instante sobre las cartas que había dejado encima de la mesa. Entonces le sobrevino de nuevo la imagen de Westin y, en aquella ocasión, la idea empezó a concretarse.

Se trataba de algo que Westin había mencionado durante la travesía hasta Bärnsö. Algo que el subconsciente de Wallander había estado procesando y que ahora ascendía hasta su conciencia.

Intentó rememorar la conversación mantenida en la ruidosa cabina de la embarcación, pero no lo consiguió. Sin embargo, tenía la certeza de que algo de lo que Westin había dicho durante aquella charla revestía gran importancia, aunque él no había sido capaz de considerarlo así entonces. Decidió, por tanto, llamar al cartero, si bien antes quería echar un vistazo a los dos coches hallados por Hanson.

Cuando Wallander salió del coche, Nyberg ya había llegado. El Toyota y el Volvo estaban aparcados uno junto a otro. En torno a ambos vehículos habían dispuesto ya el cordón policial y los técnicos empezaban a tomar fotografías. Las puertas laterales y las de los maleteros estaban abiertas. Wallander se acercó a Nyberg, que, en aquel momento, se disponía a sacar un maletín de su propio coche.

—Gracias por la charla de ayer.

—En el año 1973 —explicó Nyberg-, un viejo amigo de Estocolmo vino a Ystad a visitarme, y salimos a cenar fuera. Creo que no había pisado un restaurante desde entonces.

Wallander cayó en la cuenta de que aún no le había devuelto a Edmundsson el dinero de la cena.

—En fin, fue muy agradable —aseguró.

—Sí, ya corren rumores de que estuvimos a punto de ser detenidos por intentar largarnos sin pagar la cuenta…

—¡Con tal de que no llegue a oídos de Thurnberg! Es capaz de creérselo.

Wallander se encaminó hacia Hanson, que tomaba notas en un bloc.

—¿Estáis seguros de que son los coches que buscábamos?

—El Toyota pertenecía a Lena Norman. El propietario del Volvo era Martin Boge.

—¿Cuánto tiempo llevan aquí aparcados?

—No lo sabemos. Durante el mes de julio, el aparcamiento está abarrotado de coches que vienen y van. Hasta que no llega el mes de agosto, cuando disminuye el número de vehículos, es difícil caer en la cuenta de que algún coche lleva muchos días aparcado.

—¿Se te ocurre algún medio de averiguar si han estado aquí desde la noche de San Juan?

—Eso quizá pueda decírtelo Nyberg.

Wallander se acercó de nuevo a Nyberg, que observaba absorto el Toyota.

—Lo más importante son las huellas dactilares —aseguró Wallander—. Alguien tuvo que traer los coches desde el parque.

—Una persona que deja sus huellas dactilares en el volante de una embarcación, tal vez cometa la imprudencia de dejarnos un rastro en el volante de un coche.

—Esperemos que así sea.

—Lo cual implica —razonó Nyberg- que esa persona está segura de que sus huellas no constan en ningún registro, ni nacional ni internacional.

—Sí, también yo había pensado en eso —confesó Wallander—. Ojalá estemos equivocados.

No necesitaba permanecer allí por más tiempo, y cuando, ya en la carretera, llegó a la altura de la salida que conducía a la casa de su padre, no pudo resistir el impulso de girar. Junto a la entrada vio de lejos un letrero donde se anunciaba que la casa estaba en venta. Lo invadió tal desánimo que prosiguió su camino sin detenerse.

Acababa de entrar en Ystad cuando sonó el móvil, que había dejado en el asiento del acompañante.

Ann-Britt Höglund deseaba hablar con él.

—Estoy en Lund —le comunicó-, en el apartamento de Lena Norman. Creo que será mejor que vengas cuanto antes.

—¿De qué se trata?

—Ya lo verás cuando llegues. Pero yo creo que es decisivo.

Wallander anotó la dirección.

Y se dirigió hacia allí.

23

El edificio, situado a la entrada de Lund, constaba de cuatro plantas y formaba parte de un complejo constituido por un total de cinco bloques. En una ocasión, hacía ya algunos ataos, estuvo en Lund con su hija Linda, que, mientras le señalaba aquellos bloques, le dijo que eran apartamentos para estudiantes y añadió que, si ella decidiera algún día estudiar en Lund, viviría en uno de ellos. Wallander se estremeció al pensar cuál habría sido su reacción si hubiese encontrado a Linda muerta en el parque.

El coche de policía que descubrió frente a la puerta de uno de los bloques le indicó cuál era el que buscaba. Se guardó el móvil en el bolsillo de la chaqueta y salió del vehículo. En el exterior, tendida sobre el césped, una mujer tomaba el sol. Wallander pensó que de buena gana se habría echado junto a ella a dormir un rato. El cansancio iba y venía en densas oleadas. Tras la puerta de entrada bostezaba el joven agente que hacía la guardia. Wallander agitó desde lejos su placa y el policía le señaló la escalera con un gesto indolente.

—Es el último piso. No hay ascensor —aclaró antes de bostezar de nuevo.

Wallander sintió de repente una necesidad imperiosa de aleccionar un poco al joven policía. En efecto, él era un superior procedente de otro distrito; además, iban a la caza de un asesino que había acabado con la vida de cinco personas; en tales circunstancias, le parecía del todo improcedente que lo recibiese un colega que no dejaba de bostezar y que apenas si era capaz de saludar como era debido.

Sin embargo, nada dijo, sino que se apresuró escaleras arriba. El silencio envolvía aquel edificio, que parecía abandonado, con la única excepción de la música que sonaba alta y ruidosa procedente de uno de los apartamentos. Estaban en agosto, de modo que el curso académico todavía no había comenzado. La puerta del apartamento de Lena Norman estaba entreabierta, pero Wallander llamó al timbre.

Cuando Ann-Britt Höglund acudió a abrir, él intentó descifrar la expresión de su rostro y adivinar lo que estaba a punto de presenciar, pero no lo consiguió.

—La verdad, cuando hablamos por teléfono no quería darte la impresión de que había sucedido algo tremendo —se excusó—. Pero enseguida verás porqué quería que vinieras.

El inspector la siguió hasta el interior del apartamento, que despedía el olor típico de las viviendas cerradas durante un tiempo prolongado, con ese aire estancado y difícil de calificar que tan a menudo había percibido en las casas de cemento poco ventiladas. Recordó haber leído, en alguna revista norteamericana, que el FBI había desarrollado un método que permitía determinar con exactitud durante cuánto tiempo había estado cerrada una casa. Pero ignoraba si Nyberg conocía también dicha técnica.

De nuevo, al pensar en Nyberg, recordó que le debía dinero a Edmundsson.

El apartamento contaba con dos habitaciones y una cocina minúscula. Accedieron a la habitación que constituía una combinación de sala de estar y cuarto de estudio. El sol, que entraba a raudales por las ventanas, iluminaba el torbellino de partículas de polvo que flotaban en el aire. Ann-Britt Höglund se colocó ante una de las paredes y Wallander la siguió. Clavadas en aquella pared, había una gran cantidad de fotografías. El inspector se puso las gafas y se inclinó para ver las fotos de cerca. Enseguida reconoció a la joven: era Lena Norman, disfrazada para participar en lo que Wallander supuso que sería una fiesta del siglo XIX También Martin Boge aparecía en esa foto, tomada en el exterior, en los jardines de algún castillo. La fachada del castillo, de ladrillo rojo, quedaba al fondo. La siguiente fotografía era otra fiesta. Y otro ambiente. De nuevo aparecía Lena Norman y, en aquella ocasión, también Astrid Hillström. No obstante, estaba tomada en el interior. Medio desnudos, aquella vez. Wallander supuso que habían intentado recrear el ambiente de un prostíbulo, pero ni Norman ni Hillström resultaban convincentes en su papel.

El inspector se puso de puntillas, echó un vistazo a las demás fotos y concluyó:

—Están representando distintos papeles en otras tantas fiestas.

—Yo creo que es más que una representación —opinó la agente mientras se dirigía al escritorio que había junto a una de las ventanas y sobre el que se acumulaban archivadores y carpetas.

—Los he revisado —prosiguió-, no demasiado a fondo ni de forma detallada, lo reconozco, pero me preocupa lo que he visto hasta el momento.

Wallander alzó la mano.

—Espera un poco, no empieces aún. Necesito beber agua. Y tengo que ir al baño.

—Mi padre padecía diabetes —soltó ella de repente.

Wallander se paró en seco.

—¿Qué insinúas?

—De no conocer la verdad, cualquiera diría que también tú eres diabético, con tanta agua como bebes y tanta visita al baño.

Poco faltó para que Wallander se despojase de su coraza, rompiese su silencio y le dijese la verdad: que ella tenía razón, que él era diabético. Sin embargo, sólo masculló unas palabras inaudibles antes de dirigirse al baño. Cuando salió de la cocina después de haber bebido agua, la cisterna del baño seguía oyéndose.

—Debe de estar mal el flotador —comentó—. Pero, en fin, eso no es problema nuestro.

Ella lo miró expectante, como si aguardase una respuesta a su insinuación sobre su estado de salud.

—Pareces preocupada —observó el inspector—. Cuéntame.

—Te daré una visión general —prometió la agente—. Pero estoy convencida de que, cuando hayamos revisado todo este material a fondo, hallaremos aún más.

Wallander tomó asiento junto al escritorio, pero ella permaneció de pie.

—Bien. Estos chicos se disfrazan. Celebran sus fiestas. Deambulan de aquí para allá entre distintas épocas ya pasadas y nuestros días. De vez en cuando, emprenden también excursiones al futuro, aunque con menos frecuencia, sin duda porque entrañan mayor dificultad: nadie ha visto nunca cómo nos vestiremos los humanos dentro de mil años, ni siquiera dentro de cincuenta años. Esto es lo que ya sabemos. Hemos podido hablar con aquellos de sus amigos que no participaron en la fiesta de San Juan y tú tuviste incluso la posibilidad de hablar con Isa Edengren. Hasta sabemos que, en alguna ocasión, alquilaron los trajes en Copenhague. Pues esto es sólo la punta del iceberg de esa curiosa afición. Bajo todo eso hay algo más profundo. — Ann-Britt Höglund cogió del escritorio un archivador cuya cubierta aparecía decorada con diversas figuras geométricas—. Tengo la impresión de que pertenecían a una secta de origen norteamericano y, al parecer, con sede en Minneapolis. Al examinar por encima el material, uno tiene la sensación de hallarse ante una logia masónica moderna, una especie de Ku-Klux-Klan o algo similar. En este archivador se recogen los fundamentos de una normativa aterradora, muy parecida por cierto, a las cartas de amenaza que la gente nos trae en ocasiones, de esas que reciben cuando interrumpen una cadena de misivas. En el caso de esta secta, no obstante, amenazan con una venganza terrible si alguien revela el secreto de la comunidad. Y esa venganza siempre se resuelve en una sentencia de muerte. Los adeptos pagan una cuota a la sede de Minneapolis, que, a cambio, les instruye y da ideas acerca de cómo organizar sus fiestas y del modo más apropiado de guardar y proteger el secreto. Sin embargo, todo esto lleva aparejada una dimensión espiritual. Si no me equivoco, según este ideario, las personas que se desplazan a través del tiempo podrán elegir, en el momento de su muerte, el periodo en el que desean volver a nacer. Te aseguro que se trata de una lectura muy desagradable. En cualquier caso, y según me ha parecido deducir, Lena Norman era una especie de guía de la facción sueca de esta secta.

Tras escucharla con suma atención, el inspector se dijo que, ciertamente, Ann-Britt Höglund había hecho bien en pedirle que se desplazase a Lund.

—¿Sabes cómo se llama la secta?

—Ignoro el nombre que le han dado en sueco, pero en Estados Unidos se denominan Divine Movers. A menos que yo haya malinterpretado lo que dice aquí, la función religiosa es unidimensional, exclusivamente interior. La preservación del secreto es, en si, un rito, y el impago de la cuota, un delito que atenta contra el fundamento religioso de la comunidad. Es decir, un asunto más que turbio.

—Sí, como es habitual en este tipo de sectas. — Wallander hojeó el archivador y vio que, también en su interior, había no sólo muchas figuras geométricas, sino incluso fotografías de máscaras que representaban divinidades y de personas torturadas y descuartizadas. Con repulsión, dejó el archivador sobre el escritorio—. En otras palabras, sospechas que lo que sucedió en el parque fue una manifestación de esta amenaza justiciera, ¿cierto? Que estos jóvenes contravinieron las reglas, no guardaron el secreto y pagaron su crimen con su muerte.

—En los tiempos que corren, creo que debemos contemplar esa posibilidad.

Wallander comprendió que su colega tenía razón. De hecho, no hacía mucho que un grupo de una secta había sido inducido al suicidio colectivo en Suiza, y esa misma secta había protagonizado un sacrificio humano similar en Francia. Los tiempos eran cada vez más difíciles, por lo que las sectas proliferaban, contaban cada vez con más adeptos y se propagaban por Europa con pasmosa rapidez. Suecia no había escapado a esa plaga. En el mes de mayo, sin ir más lejos, Martinson había participado en un congreso celebrado en Estocolmo en el que se analizaron desde el punto de vista policial los atropellos que cometían estas sectas. Durante el encuentro, se demostró que gran parte de la información resultaba inaccesible a la policía, dado que los iniciados de aquellas hermandades no se organizaban ya en torno a un único loco descerebrado, sino que se articulaban en empresas bien organizadas, con contabilidad informatizada y el asesoramiento de abogados. Los miembros solían endeudarse de forma voluntaria para poder pagar unas cuotas que, en realidad, no podían permitirse. Tampoco resultaba tan fácil clasificar como actividad delictiva la presión psicológica, a la que recurrían comúnmente dichas sectas. Así, cuando Martinson regresó del congreso, le comentó a Wallander que la legislación sueca necesitaba una profunda reforma si querían albergar la menor esperanza de atrapar a aquellos captadores de mentes débiles que se aprovechaban de la creciente sensación de impotencia que anidaba en la sociedad.

Wallander recordaba, además, qué le había contestado a Martinson: el ocultismo, el fanatismo religioso y la alienación social solían acentuarse durante los periodos de depresión económica. Hacía ya muchos años, había departido sobre este mismo tema con Rydberg, en el balcón de su casa, a propósito, en aquella ocasión, de la famosa Liga Sala, surgida en los años treinta, y caracterizada por la superstición que reinaba en una especie de círculo mágico. En aquella ocasión, los dos colegas habían coincidido en que lo que posibilitó el nacimiento de la Liga fue precisamente la situación socioeconómica de la época, y que habría sido más que improbable diez años antes o después de esa década.

«Quién sabe si no estamos regresando a los años treinta», consideró Wallander. «Pero con un mayor grado de brutalidad.»

—En fin, no cabe duda de que es todo un descubrimiento —afirmó- Y que necesitaremos ayuda. La Dirección General de Policía cuenta con expertos en estas nuevas sectas. Por otro lado, precisaremos del apoyo de Estados Unidos a la hora de investigar a esos Divine Movers. Pero, sobre todo, hemos de sonsacar información al resto de los jóvenes, aunque eso implique que revelen sus secretos mejor guardados.

—Los obligan a prestar un juramento —retomó Ann-Britt Höglund volviendo al archivador—. Después han de comer un trozo de hígado crudo de caballo.

—¿Ante quién prestan ese juramento?

—Pues, aquí en Suecia, me temo que ante Lena Norman.

Wallander meneó la cabeza.

—Pero ahora está muerta. Además, ella, cabeza de la comunidad sueca, ¿por qué iba a contravenir la norma del secreto? Y, si así fue, ¿tendrá algún sucesor?

—No lo sé, pero tal vez averigüemos más cuando leamos detenidamente los escritos del archivador.

Wallander se levantó y se puso a mirar por la ventana. La mujer seguía tomando el sol tumbada sobre el césped. De repente, le vino a la memoria aquella otra mujer que había conocido en la cafetería situada a las afueras de Västervik. Tuvo que hacer un esfuerzo para recordar su nombre: Erika. La imagen lo inundó de una añoranza que no supo definir muy bien.

—Quizá no sea conveniente que nos aferremos demasiado a este asunto —comentó, un poco ausente—. Por otro lado, no debemos descartar las otras hipótesis.

—¿Cuáles son esas otras hipótesis?

Wallander no replicó, pues la respuesta era evidente: no disponían de ninguna hipótesis, salvo, claro está, la de que se tratase de un desequilibrado que actuaba en solitario. Aquélla era, en efecto, la hipótesis a la que solían recurrir… en los casos en que no contaban con otra.

—Lo cierto es que Svedberg no acaba de encajar en este escenario —prosiguió—. La verdad, no me lo imagino como miembro activo de una extraña secta que cree en la reencarnación y cuyos adeptos se disfrazan, prestan juramentos y comen hígado crudo de caballo. Para mí es sencillamente impensable. Aun cuando nuestro colega ha resultado ser muy distinto de lo que nosotros creíamos.

—Ya, pero Svedberg no tenía por qué estar directamente involucrado —apuntó Ann-Britt Höglund—. Tal vez conociese a alguien que lo estuviera.

De repente, lo asaltó de nuevo el recuerdo de Westin, el repartidor de correo. Seguía rebuscando en su memoria lo que el hombre le había dicho durante la travesía, pero no lograba dar con ello.

Tanto se concentró que tuvo que pedirle a Ann-Britt que le repitiese lo que acababa de decir, y Wallander reflexionó antes de responder:

—Por supuesto, cabe la posibilidad de que sea como sugieres, que Svedberg se encontrase en algún punto exterior, en la periferia de todo este embrollo, y que alguien relacionado con la secta se cruzase en su camino. Un secreto salió a la luz y alguien envió una patrulla mortal. Svedberg se encontraba solo en aquel territorio y siguió la pista, preocupado ante la posibilidad de ver cumplidos sus temores. Al volver a interceptar el camino prohibido, resultó muerto.

—Pues a mí no me parece muy verosímil.

—Tampoco lo es que un agente de policía y cuatro jóvenes mueran asesinados en las circunstancias que conocemos.

—Y, digo yo, ¿de dónde sacarían el hígado de caballo? ¿No deberíamos ponernos en contacto con los mataderos de Escania?

—En realidad, no necesitamos saber más que una cosa —atajó Wallander—. Debemos plantearnos una sola y única pregunta que aquí, como en todas las investigaciones complejas, precisa una respuesta, que, a su vez, desencadena el alud.

—¿Quién llamó a la puerta de Svedberg? — adivinó ella. Wallander asintió.

—Exacto. Ésa es la pregunta. Ninguna otra resulta de interés, por el momento. Si hallamos la respuesta a esta cuestión, podremos aclarar todo lo demás. En lo que respecto a los motivos del asesino quizá los averigüemos por deducción. — El inspector volvió a ocupar la silla, antes de preguntar-: ¿Conseguiste hablar con la policía de Dinamarca sobre nuestra desconocida Louise?

—Les enviaremos la fotografía mañana. Al parecer, los periódicos han escrito bastante sobre los cuatro jóvenes, y no sólo en Dinamarca, sino en toda Europa y en Estados Unidos. De hecho, alguien de un periódico de Tejas despertó a Lisa a medianoche.

—¡Vaya! Antes solían llamarme a mí —comentó Wallander irónico—. El diario Expressen a las tres menos cuarto de la madrugada y el Aftonbladet a las tres y media. O al revés. Y, a partir de ahí, ya no paraban hasta por la mañana. — Se puso de pie—. Es evidente que hemos de registrar minuciosamente este apartamento —resolvió-, incluidos el sótano y el desván. Pero creo que yo seré de más utilidad en Ystad. Si nos diera tiempo, deberíamos enviar informes a la Interpol y a los estadounidenses hoy mismo. A Martinson le encantará encargarse de eso.

—Sí, yo creo que sueña con ser agente federal en Estados Unidos, en lugar de agente del grupo de homicidios de Ystad.

—En fin, todos tenemos nuestros sueños —confesó Wallander, en un torpe e innecesario intento de defender a Martinson.

Después se puso a apilar los papeles y archivadores que había sobre el escritorio, mientras Ann-Britt Höglund iba a la cocina en busca de algunas bolsas de plástico vacías en las que guardarlo todo. Cuando ya se disponía a marcharse, permaneció unos minutos con la agente en el angosto vestíbulo.

—Tengo la sensación de estar pasando por alto un dato importante —se lamentó el inspector—. Hablamos una y otra vez de ese punto en que se cruzan los caminos, ese nexo que se nos escapa. Y me siento como si lo tuviese ante los ojos y no pudiese verlo. Incluso sé que guarda relación con algo que dijo Westin.

—¿Quién es Westin?

—Uno de los carteros del archipiélago, el que me llevó hasta Bärnsö en su embarcación. Algo dijo en la cabina de mandos, durante la travesía, pero no consigo recordar qué fue.

—¿Y por qué no lo llamas por teléfono?

—Porque dudo mucho de que recuerde lo que dijo.

—Bueno, quizá podáis reconstruir la conversación entre los dos. A lo mejor simplemente con oír su voz, emergen a la superficie todos los detalles que ahora se te escapan.

—Sí —replicó Wallander dubitativo—. Es posible que tengas razón. Lo llamaré. — Entonces recordó otra voz, ésta más misteriosa, presente en la investigación—. Por cierto, ¿qué ocurrió con aquel hombre que llamó al hospital suplantando la personalidad de Lundberg? El que preguntó por Isa, ya sabes.

—¡Ah, sí! Se lo pasé a Martinson. Nos intercambiamos algunas tareas, pero no recuerdo cuáles exactamente. Yo me encargué de algo que él no tenía tiempo de terminar. Me prometió que hablaría con la enfermera.

Wallander intuía una crítica velada en el tono de su voz. Estaban desbordados y aquí y allá aparecían tareas pendientes.

—En fin. Hoy venían los refuerzos de Malmö. Tal vez estén ya en Ystad intentando hacerse una idea de la situación.

—Esto no puede continuar así —se quejó la agente—. No tenemos tiempo de reflexionar ni de detenernos a considerar los detalles para comprobar si hemos olvidado algo. ¿A quién le interesa ser policía, cuando todo consiste en hacer de la negligencia una habilidad?

—A nadie, tienes razón —convino Wallander antes de cargar las bolsas de plástico y desaparecer escaleras abajo.

Al salir, buscó con la mirada a la mujer que tomaba el sol, pero ésta había desaparecido. Se puso en marcha hacia Ystad mientras cavilaba en lo que habían averiguado. ¿Qué consecuencias tendrían los descubrimientos realizados en el apartamento de Lena Norman? Todas aquellas fiestas, ¿no formarían parte de algo cuyas profundas raíces él no era capaz de imaginar siquiera?

Pensó también en aquella ocasión, hacía ya algunos años, en que Linda entró en lo que podía denominarse una etapa religiosa, muy poco después de su separación de Mona. Linda estaba tan perdida como él mismo. Recordaba cómo, apostado ante la puerta de la joven, escuchaba a hurtadillas el murmullo que él interpretaba como el monótono rezo de unas oraciones. Por otro lado, había encontrado en la habitación de Linda algunos libros sobre la Cienciología que lo llenaron de seria preocupación. Había intentado, sin éxito, que la muchacha se aviniera a razones hasta que, finalmente, Mona se ocupó del asunto. Wallander ignoraba por completo lo que había podido suceder cuando, un día, el ronroneo dejó de oírse al otro lado de la puerta. Y la joven volvió a concentrarse en aquello a lo que había decidido dedicarse: el tapizado de muebles.

El inspector se estremeció al recordarlo, pues sabía que muchas de las sectas surgidas en las últimas décadas funcionaban como negocios, gestionados por lo general con mano férrea y en los que la religión y el ocultismo constituían un producto comercial más. Recordaba los comentarios despectivos de su propio padre cuando se refería a lo que llamaba «pesca de almas», de personas que, al verse sumidas en la desgracia, caían en la red de los falsos profetas y se dejaban vapulear hasta la muerte.

¿No estaría la solución, pese a todo, en el material que llevaba en aquellas bolsas de plástico?

Absorto en estas reflexiones, pisó a fondo el acelerador, pues intuyó que debía darse prisa.

Lo primero que hizo al llegar a la comisaría fue localizar a Edmusson y devolverle el dinero que éste le había prestado la noche anterior. Acto seguido, se encaminó a la sala de reuniones, donde Martinson estaba informando a los tres agentes de refuerzo procedentes de Malmö acerca de la marcha de la investigación. Wallander conocía a uno de ellos, un inspector de la brigada judicial de unos sesenta años de edad llamado Rytter; sin embargo, nunca había visto a los otros dos colegas, ambos más jóvenes. El inspector los saludó, pero no se quedó mucho tiempo con ellos y, pensando en la diferencia de seis horas que los separaba de Estados Unidos, le pidió a Martinson que se pusiera en contacto con él después, a lo largo de la tarde, y fue directamente a su despacho, donde se puso a leer con detenimiento el contenido de los archivadores y carpetas hallados en el apartamento de Lena Norman. Los textos estaban, en su mayoría, en inglés, por lo que se vio obligado a buscar buena parte del vocabulario en el diccionario. Resultó ser un trabajo agotador que terminó provocándole un persistente dolor de cabeza. Había examinado casi la mitad del material cuando Martinson llamó a la puerta. Eran ya más de las once, las horas se le habían pasado volando y se fijó en que su colega estaba pálido y ojeroso, lo que incitó a Wallander a preguntarse por su propio aspecto.

—¿Qué tal los agentes de refuerzo?

—Son muy buenos —contestó Martinson—. En especial Rytter, el mayor.

—Sí, empezaremos a notar su presencia aquí muy pronto, ya lo verás —lo animó Wallander—. Nos descargarán de buena parte del trabajo.

Martinson se quitó la corbata con gesto cansino y descuidado, y se desabotonó el cuello de la camisa.

—Tengo una misión que encomendarte —anunció Wallander.

Poco a poco, mientras Wallander le refería cuanto habían descubierto en el apartamento de Lena Norman, Martinson fue despabilándose: la idea de tener que ponerse en contacto con los colegas estadounidenses le infundió nuevas energías.

—Lo más importante es que nos hagamos una idea de la estructura y del funcionamiento de la organización. Por supuesto, tendrás que ponerles en antecedentes de lo sucedido aquí, en particular de la muerte de Svedberg y de los cuatro jóvenes. Descríbeles al detalle el aspecto del lugar del crimen; para ello, puedes pedirle a Nyberg alguno de sus planos. Lo que necesitamos saber, ante todo, es si les resulta familiar alguno o varios de los detalles, si se han enfrentado alguna vez a un caso similar. Establecer este contacto resultará crucial para la investigación, estoy convencido. Por supuesto, hablaremos también con la policía europea, pues no creo que la secta sólo se haya extendido por Estados Unidos y Suecia.

Martinson consultó su reloj.

—Imagino que no es la mejor hora del día para ponerse en contacto con ellos, pero puedo intentarlo.

Wallander se levantó y comenzó a recoger los archivadores antes de ir, en compañía de Martinson, a sacar unas copias de los documentos que aún le quedaban por leer.

—Después de las drogas, lo que más me aterra son las sectas —comentó Martinson de pronto—. Me preocupa por mis hijos, ¿sabes? Me inquieta que puedan verse arrastrados a una pesadilla religiosa de la que después no sepan cómo salir y a la que yo no pueda acceder para ayudarles.

—Te comprendo. Hubo un tiempo en que yo sufrí el mismo desasosiego por Linda —confesó Wallander—. Exactamente el mismo.

El inspector no añadió nada más. Tampoco Martinson le preguntó nada. La fotocopiadora dejó de funcionar y Martinson puso un nuevo paquete de folios mientras Wallander pensaba en Svedberg.

—Oye, la denuncia contra Svedberg ante la comisión de justicia, ¿recuerdas que lo comentamos hace unos días? ¿Has averiguado algo más acerca de ello?

Martinson le lanzó una mirada inquisitiva.

—¿Cómo? ¿No has recibido los documentos?

—¿Qué documentos?

—La copia de la denuncia que nos enviaron desde Estocolmo. Junto con la resolución de la comisión.

—¡Vaya! Pues yo no he visto nada.

—¡Pedí que te los dejaran sobre tu mesa!

Mientras Martinson seguía haciendo fotocopias, Wallander fue a echar un vistazo a su despacho. Miró debajo de todos los archivadores que había esparcidos por la mesa, pero no halló ningún documento de la comisión de Justicia. En esas, apareció Martinson con las copias.

—¿Lo has encontrado?

—Pues no. Aquí no hay nada.

Martinson dejó el montón de fotocopias sobre la mesa de Wallander.

—Los papeles tienen una facilidad pasmosa para desaparecer. Cuando todos dispongamos de ordenador, dejarán de ocurrir estas cosas.

—Eso será después de que yo me haya jubilado —replicó Wallander, cuyo escepticismo ante los soportes informáticos parecía inquebrantable.

—Pues en septiembre empezarán las pruebas de MII —le recordó Martinson—. Entonces no te quedará más remedio que aprender informática.

Wallander sabía que MII era una sigla que significaba «Métodos de Investigación Informatizados». Sin embargo, ignoraba por completo lo que aquello implicaría en la práctica. Según las previsiones, la policía se vería liberada, gracias a la informatización, de un mínimo de quinientas horas de trabajo, que podrían dedicar a otras tareas. Pero el inspector se preguntaba cuánto tiempo perderían los policías como él en aprender a utilizar el sistema al máximo rendimiento, en caso de que llegasen a conseguirlo.

Wallander dirigió una mirada sombría al fondo de la papelera que tenía junto al escritorio y leyó la palabra «PRESIÓNDOC» impresa en uno de los papeles que acababa de desechar.

—PRESIÓNDOC —repitió en voz alta—. Eso está relacionado con el nuevo sistema, ¿no es cierto?

—¡Vaya! ¿Lo conoces? — inquirió Martinson sorprendido y satisfecho a un tiempo—. «Sistema de Documentación de Métodos de Presión e Intervención Policial.»

—He oído hablar de ello —repuso evasivo.

—Si quieres, te enseño cuando todo esté en marcha, y verás como es mucho más fácil de lo que crees.

Martinson se marchó para regresar al cabo de cinco minutos con unos documentos.

—Aquí los tienes. Se ve que los dejaron en mi despacho por error. Claro, como la gente no presta atención a lo que se le dice…

Dicho esto, desapareció a toda prisa, ansioso por contactar con la policía norteamericana. Wallander supuso que el asunto se canalizaría a través de la Interpol. ¿O estaría Suecia en contacto directo con el FBI? Sus conocimientos sobre relaciones policiales internacionales eran, en efecto, muy limitados, pese a haber colaborado recientemente tanto con la policía sudafricana como con la letona[[9]](#footnote-9). Se sentó dispuesto a leer la denuncia presentada ante la comisión de Justicia contra Karl Evert Svedberg. Databa del 19 de septiembre de 1985, por lo que tenía más de diez años de antigüedad. La denuncia había sido redactada y presentada por un hombre llamado Stig Stridh, con domicilio en Ystad, y mecanografiada en una máquina de escribir en la que no funcionaba la tecla de la letra «e». Sea como fuere, Stig Stridh denunciaba que, la noche del 24 de agosto, su hermano le había agredido en su propio domicilio. El hermano de Stig, que tenía problemas de alcoholismo, había acudido para pedirle dinero. Al recibir una respuesta negativa, se enfureció y pasó de las palabras a las manos. Le partió dos dientes y le causó lesiones en el ojo izquierdo. Después destrozó la sala de estar y se apropió de una cámara fotográfica. Una vez que el hermano hubo desaparecido, Stig llamó a la policía, que envió a dos agentes, uno de ellos llamado Andersson, para que le tomasen declaración de la denuncia. Después, se dirigió al hospital, donde fue atendido de las diversas lesiones. Más tarde, cuando redactó la denuncia para la comisión de justicia, Stig había comenzado ya a visitar a un dentista, que le implantó dos nuevos dientes. El día 26 de agosto, Stig fue citado en la comisaría, donde debía entrevistarse con el policía en prácticas Karl Evert Svedberg, quien le hizo saber que no iniciarían diligencias para abrir una investigación, dada la falta de pruebas acusatorias contra el hermano. Al oír esto, Stig Stridh se indignó y protestó enérgicamente: ¡le había robado una cámara de fotos, había destrozado su sala de estar y dos agentes de la policía habían sido testigos de hasta qué punto él había resultado malherido! Pese a ello, Svedberg había insistido en que no se instruirían diligencias de ninguna clase. Según el denunciante, el policía en prácticas Svedberg no sólo se había mostrado muy desagradable, sino que, además, en tono amenazante, le había advertido de lo elevadas que podrían resultar las costas de un juicio contra el hermano. Así pues, Stig se marchó a su casa y redactó una carta que envió al responsable de la comisaría de Ystad, el comisario jefe Björk, y en la que dejaba constancia de sus quejas por el trato que se le había dispensado. Días después, el policía en prácticas Svedberg lo visitó en su domicilio y, en aquella ocasión, se comportó con el mismo tono intimidatorio que durante el primer encuentro, hasta el punto de atemorizarlo. Sin embargo, tras conversar sobre el asunto con algunos amigos, decidió presentar una denuncia contra el agente en prácticas Svedberg ante la comisión de Justicia, denuncia que concluía de aquel modo y firmaba en el lugar y la fecha indicados.

Wallander leyó el documento con creciente asombro, pues no le cabía en la cabeza que Svedberg se hubiese comportado de aquel modo. Por otro lado, el proceder de su colega se le antojaba extrañísimo. De hecho, concurrían todas las circunstancias necesarias para iniciar el procedimiento judicial y para permitir que el fiscal llamase a declarar al hermano. Continuó hojeando el informe, que incluía la respuesta que la comisión había exigido a Svedberg, fechada el 4 de noviembre de 1985. En su réplica, muy sucinta, su colega venía a decir que él no había hecho más que seguir los habituales trámites procedimentales. Y negaba rotundamente haber adoptado un tono intimidatorio o haberse conducido de forma contraria a la buena práctica policial.

Finalmente, completaba el informe el dictamen de la comisión de Justicia, desestimatorio de la reclamación de Stig Stridh y contrario al inicio de cualquier trámite.

Meditabundo, con el entrecejo fruncido, Wallander dejó los documentos sobre el escritorio. Poco después se levantó y fue al despacho de Martinson, que escribía sentado ante el ordenador.

—¿Recuerdas algo del caso de Stridh, el que provocó la denuncia contra Svedberg?

Martinson meditó un instante antes de responder.

—Recuerdo vagamente que a Svedberg no le gustaba hablar del tema. Y, claro está, que se sintió aliviado con la resolución de la comisión.

—Pues si Stridh dijo la verdad, la conducta de Svedberg resulta incomprensible.

—Ya, pero él pensaba lo contrario.

—Mañana mismo tenemos que conseguir esa declaración, la de la denuncia que se redactó la noche del 24 de agosto.

—¿De verdad crees que merece la pena?

—Todavía no lo sé. Uno de los agentes que acudió al domicilio de Stridh aquella noche se llamaba Andersson.

—Sí, Hugo Andersson.

—¿Qué ha sido de él?

—Dejó la policía y empezó a trabajar como jefe de seguridad en una compañía; fue en 1988, si no recuerdo mal. Pero no será complicado dar con su paradero actual.

—En la denuncia presentada por Stridh ante la comisión no se cita el nombre del otro agente, pero sin duda figura en la denuncia que redactaron la noche del 24 de agosto. Sería cuestión de averiguar si hay alguien más que recuerde cualquier detalle relacionado con este asunto.

—Supongo que Björk se acordará de algo.

—Pues hablaré con él. Aunque creo que empezaré por Stig Stridh. Si es que sigue vivo.

—Con franqueza, me cuesta comprender qué importancia puede tener ahora un dictamen de la comisión de justicia de hace once años.

—La conducta de Svedberg me resulta inexplicable —insistió Wallander—. Para empezar, no inicia las habituales diligencias y, además, intimida al agredido. La verdad, me llama mucho la atención. Y lo que buscamos, precisamente, son los rasgos anómalos del carácter de Svedberg.

Con un gesto, Martinson le dio a entender que lo comprendía.

—Recurriré a alguno de los de Malmö —aseguró el inspector. Cuando regresó a su despacho, vio que era más de medianoche.

No había visitado a los padres de Isa Edengren, como pensaba hacer. Ya era demasiado tarde. Se sentó ante el escritorio y empezó a hojear la guía de teléfonos, pero no halló a ningún Stig Stridh entre los abonados. Se disponía a descolgar el auricular para pedir el número al servicio de información cuando se dio cuenta de que no podía con su alma. Lo dejaría para el día siguiente. En aquel momento necesitaba dormir. Cogió su chaqueta y salió de la comisaría. En el exterior soplaba una suave brisa, pero el calor se resistía a remitir. Rebuscó en el bolsillo hasta dar con las llaves del coche y abrió la portezuela. Un estremecimiento repentino lo sobrecogió y lo obligó a volverse a mirar.

Ignoraba qué había podido asustarlo de aquel modo. Aplicó el oído e intentó distinguir algo en la penumbra que envolvía la zona del aparcamiento a la que no llegaba la luz de las farolas.

Por supuesto, no había nadie, de modo que subió al coche.

«El miedo surge de mi interior», se dijo. «Tengo miedo de que el autor de estos crímenes se encuentre cerca.

»Quienquiera que sea, está bien informado.

»Eso es. El horror nace de dentro. El horror ante la idea de que ataque de nuevo.»

24

La mañana del sábado 17 de agosto, un persistente tamborileo contra la ventana del dormitorio despertó a Wallander. El reloj que tenía sobre la mesita de noche marcaba las seis y media. Wallander escuchaba el repiqueteo de las gotas de lluvia mientras una tenue luz matinal se filtraba por una rendija de la cortina. Se esforzó por recordar cuándo había sido la última vez que había llovido y resolvió que tuvo que ser antes de la noche en que Martinson y él hallaron a Svedberg muerto en su apartamento, hacía ya ocho días. «Un lapso de tiempo irreal», se dijo. «Ni largo ni corto.» Fue a orinar al cuarto de baño, antes de beber su primer vaso de agua en la cocina para, acto seguido, volver a la cama. El temor que había experimentado la noche anterior seguía ahí. Tan impreciso en su origen y tan intenso como entonces.

A las siete y cuarto se había duchado y vestido. Cuando se disponía a desayunar, café y un tomate, la lluvia ya había cesado y el termómetro indicaba que estaban a quince grados. La capa de nubes que cubría el cielo había empezado a rasgarse. Decidió llamar desde el apartamento, en primer lugar a Westin, cuya tarjeta de visita había dejado a mano, y después al servicio de información telefónica para pedir el número de Stig Stridh. Supuso que Westin no haría reparto los sábados, pero que probablemente ya se habría levantado. Con la taza de café en la mano, se fue a la sala de estar y marcó el primero de los tres números que le había facilitado el cartero. Al tercer tono, oyó la voz de una mujer. Wallander se identificó y se disculpó por llamar a una hora tan temprana.

—Iré a llamarlo —aseguró la mujer—. Está fuera, cortando leña.

A Wallander le pareció oír de fondo unos hachazos, que cesaron de repente para dar paso a los gritos de algunos niños. Finalmente, Westin se puso al aparato y lo saludó.

—Estabas cortando leña, ¿no?

—El frío puede presentarse antes de lo que creemos —aclaró Westin—. ¿Qué tal van las cosas? Procuro leer los periódicos y ver los telediarios. La verdad, nunca había prestado tanta atención a las noticias. ¿Sabéis ya quién lo hizo?

—Todavía no. Nos llevará algún tiempo. Pero, antes o después, lo atraparemos.

Westin guardó silencio, como si hubiese detectado el esfuerzo de Wallander por transmitir cierto optimismo, un optimismo infundado y huero, pero no por ello menos necesario. En efecto, los policías pesimistas no eran, precisamente, los que solían resolver los delitos más complicados.

—¿Recuerdas la conversación que mantuvimos camino de Bärnsö? — inquirió Wallander.

—¿Cuál de ellas? — quiso saber Westin—. Si no recuerdo mal, fuimos hablando durante toda la travesía, entre los distintos embarcaderos.

—Ya, pero una de las charlas fue algo más larga; la primera, creo.

De repente, Wallander empezó a recordar. Westin había aminorado la marcha. Estaban a punto de entrar en el primer embarcadero. O quizás era el segundo. El nombre de aquella isla se parecía al de Bärnsö…

—Fue al acercarnos a uno de los primeros embarcaderos. ¿Cómo se llamaban las islas?

—Pues tuvo que ser Harö o Båtsmansö.

—¡Båtsmansö! Sí, aquella en la que vivía un viejo marino.

—Eso es, el viejo Zetterqvist.

Los recuerdos empezaron a avivarse en la memoria de Wallander y cada vez cobraban mayor nitidez.

—Íbamos rumbo al embarcadero cuando empezaste a hablarme de cómo Zetterqvist se las arreglaba solo allá en la isla incluso durante el invierno. ¿Recuerdas qué otros comentarios hiciste?

Westin estalló en una sonora y jovial carcajada.

—Pues, la verdad, pude haber dicho cualquier cosa.

—Ya me figuro que mi pregunta te sonará extraña, pero te aseguro que es importante.

Westin pareció comprender que Wallander hablaba en serio.

—Creo que me preguntaste cómo era el oficio de repartidor de Correos —comenzó.

—En ese caso, si vuelvo a preguntarte por el oficio de repartidor de Correos en el archipiélago, ¿qué me contestas?

—Pues que es un trabajo que permite gran libertad de movimientos, aunque a veces resulta muy duro. Además, nadie sabe hasta cuándo seguiré realizándolo, ya que no tardarán en suprimir el escaso servicio que Correos ofrece aún a los habitantes del archipiélago. Zetterqvist me confesó en una ocasión que deseaba presentar una solicitud para que, a su muerte, trasladaran su propio cadáver al cementerio, pues temía que, de otro modo, éste quedase abandonado en la casa.

—Bueno, esto último no lo dijiste entonces; de lo contrario, lo recordaría. Te lo preguntaré de nuevo: ¿cómo es el oficio de repartidor de Correos en el archipiélago?

Westin parecía dudar.

—Que yo recuerde, no dije nada más.

Wallander sabía que había habido algo más, algún comentario acerca de la vida cotidiana, sobre lo que suponía recorrer el trayecto entre las islas con la correspondencia y los víveres para los isleños.

—Íbamos rumbo al embarcadero —repitió Wallander—. Eso lo recuerdo muy bien. Avanzábamos despacio. Entonces hiciste algún comentario acerca de Zetterqvist y, después, añadiste algo.

—Sí, bueno, quizá que, cuando se trabaja como yo, uno acaba interesándose por la gente, y si alguien no aparece a recoger su correo, yo compruebo que todo esté en orden y que no haya sucedido nada grave.

«¿Muy cerca!», se dijo Wallander. «Casi llegamos. Pero hubo algo más, Lennart Westin. Lo recuerdo perfectamente.»

—No se me ocurre nada más —se rindió Westin.

—Pues no nos daremos por vencidos. Aún no. Inténtalo de nuevo. Pese a los esfuerzos, Westin no logró recordar ninguna otra cosa, ni Wallander consiguió ayudarle a hacerlo. Tampoco el inspector logró colmar el vacío que atormentaba su memoria y cuyo contenido él buscaba desesperadamente.

—Mira, yo no soy una persona curiosa —le dijo Westin-, pero ¿puede saberse por qué es tan importante lo que dije?

—Lo ignoro —confesó Wallander con sencillez—. Pero en cuanto lo descubra, te lo diré. Lo prometo.

Tras la conversación, el inspector cayó en un repentino estado de desesperación: no sólo no había logrado sacar a la luz el secreto de Westin, sino que también temía que aquellas palabras que buscaba no tuvieran la menor importancia. Así, volvió a asediarlo la idea de capitular, de solicitar formalmente a Lisa que lo relevase de su responsabilidad y designase a otro para dirigir la investigación. No obstante, al pensar en Thurnberg, se dijo que no daría su brazo a torcer tan fácilmente, de modo que llamó al servicio de información telefónica y solicitó el número de Stig Stridh. La respuesta no se hizo esperar: Stig Stridh no deseaba figurar en la guía de teléfonos, pero su número no era secreto. Wallander lo anotó, así como la dirección, que había cambiado desde aquella denuncia, pues Stridh se había trasladado a la calle CardelIgatan. Marcó el número, aguardó un buen rato y llegó a contar nueve tonos antes de que alguien, con voz anciana y cansina, atendiese la llamada.

—Stridh.

—Hola, soy el inspector de policía Kurt Wallander.

Stridh pareció escupir su respuesta.

—Yo no maté a Svedberg, aunque tal vez debería haberlo hecho.

Wallander se indignó. Aquello era humillante. Aunque Svedberg no hubiera actuado bien, o hubiera errado en su interpretación de los hechos, sí, aquello era humillante. Al inspector le costó dominarse cuando abordó el asunto por el que llamaba:

—Hace diez años presentaste una denuncia a la comisión de justicia, que la desestimó.

—Algo inexplicable —afirmó Stridh—. Deberían haber despedido a Svedberg.

—Ya. En fin, el caso es que no he llamado para discutir sobre el dictamen de la comisión de justicia —atajó Wallander con aspereza-, sino porque necesito hablar contigo de lo que sucedió realmente.

—No hay nada de qué hablar. Mi hermano estaba borracho.

—¿Cómo se llama?

—Nisse.

—¿Vive en Ystad?

—Murió en 1991. Por causas que no deberían haber sorprendido a nadie: cirrosis.

Wallander se quedó perplejo. En efecto, había imaginado el contacto con Stig Stridh como un primer paso hacia un encuentro con su hermano, el verdadero protagonista de los sucesos que condujeron al curioso comportamiento de Svedberg.

—Lo siento —replicó Wallander.

—¡Tú qué vas a sentir, hombre! Pero no importa. Yo tampoco. Así nadie viene a destrozar mi sala de estar ni a pedirme dinero a cualquier hora del día. Al menos, no con tanta frecuencia.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que Nisse dejó una viuda, o como queramos llamarla.

—Bueno, o es su viuda, o no lo es.

—Ella asegura que lo es, pero lo cierto es que nunca se casaron.

—¿Tenían hijos?

—Ella sí. Pero ellos dos no tuvieron ningún hijo, lo cual fue, sin duda, un acierto. A propósito, uno de sus hijos está en chirona.

—¿Y por qué?

—Por asaltar un banco.

—¿Cómo se llama el joven?

—Es una joven. Stella.

—¿Quieres decir que una hijastra de tu hermano atracó un banco?

—¿Tan raro es?

—Bueno, en este país no es muy habitual que sean mujeres las que atraquen los bancos. Es decir, que sí, que es bastante llamativo. ¿Dónde se produjo el robo?

—En Sundsvall. Disparó al techo varias veces.

Wallander recordó, aunque vagamente, el suceso, mientras empezaba a buscar algún bolígrafo con el que tomar notas.

—Tenemos que hablar de todo esto con detenimiento —afirmó—. Podemos hacerlo en la comisaría o en tu casa.

—¿De qué tenemos que hablar?

—Ya te lo diré cuando nos veamos.

—Empiezas a resultar casi tan desagradable como Svedberg.

Wallander sintió que la ira crecía en su interior, pero se contuvo.

—Puedo pedir que un coche patrulla vaya a recogerte —insistió—. Pero también podemos seguir hablando en tu domicilio.

—¿Ahora? ¿A las siete y media de la mañana, y un sábado?

—¿Tienes que ir a trabajar?

—Estoy jubilado por enfermedad.

—Y vives en la calle Cardellgatan —leyó Wallander—. Estaré ahí dentro de media hora.

—¿De verdad que la policía puede molestar a la gente cuando le plazca?

—De verdad —confirmó Wallander-, siempre que sea necesario. Si es preciso, podemos incluso despertar a los ciudadanos a medianoche.

Cuando Stridh comenzó a protestar, Wallander colgó.

Después se comió otro tomate, cambió las sábanas de la cama y reunió toda la ropa sucia que había esparcida por el apartamento, mientras evocaba la imagen de Lennart Westin cortando leña en su isla, la de Erika y su café… Hacía mucho tiempo que no dormía tan bien como en la habitación de aquella cafetería; para ser exactos, desde que Baiba no iba a Ystad o él la había visitado en Riga.

A las ocho menos cinco salió del apartamento; decidió dejar el coche aparcado e ir a pie. Por el camino fue deteniéndose ante los escaparates de las agencias inmobiliarias por las que pasaba. Y, ciertamente, en una de ellas encontró la fotografía de la casa de su padre, en Löderup. Al instante sintió que lo invadía la impotencia, y quizás incluso una punzada de dolor, junto con ciertos remordimientos. En efecto, su conciencia le decía que debía haber comprado la casa para, al menos, poder dejársela a Linda en herencia. Sin embargo, sabía que era demasiado tarde: nunca se compraría una casa.

A las ocho y diez minutos se encontraba ya en la calle Cardellgatan, llamando a la puerta del apartamento de Stridh. Tenía unos sesenta años de edad y no se había afeitado. El faldón de la camisa le cubría parcialmente la bragueta abierta y todo él despedía un ligero tufo a vermú.

—A ver, dónde está la placa —le espetó descortés.

—Supongo que lo que quieres ver es mi documento de identificación policial —precisó Wallander al tiempo que sostenía el carné ante sus ojos.

Entraron, pues, en el apartamento, que estaba tan desordenado y sucio como el del propio Wallander. Un par de gatos lo observaban con mirada desconfiada. Wallander comprendió enseguida que Stridh apostaba a las carreras, pues vio ejemplares antiguos de revistas de carreras de caballos por todas partes, y los boletos de apuestas rasgados atestaban la papelera. Las cortinas de la sala de estar estaban echadas, y el canal del teletexto, seleccionado en el televisor.

—No pienso ofrecerte café —advirtió Stridh—. Espero que esta conversación sea breve.

Wallander apartó a uno de los gatos para sentarse en una de las pocas sillas que no estaba ocupada con revistas y boletos de apuestas. En aquella ocasión, no había olvidado llevarse el bolígrafo y el bloc de notas. Stridh desapareció hacia la cocina un instante y Wallander oyó el débil tintineo de un tapón contra la encimera, antes de que su anfitrión regresase a la sala de estar.

El inspector empezó a hacerle preguntas, a las que Stridh respondía torpemente y muy a su pesar. De hecho, les llevó una eternidad. Wallander, a punto de perder la paciencia ante su reacio interlocutor, se preguntó si Svedberg no habría experimentado la misma sensación once años atrás. En cualquier caso, a las nueve menos diez ya creía haberse forjado una imagen más o menos clara de las circunstancias que rodearon el percance entre Stridh y su hermano. Según dedujo de la información recabada, Stig había trabajado para la empresa agrícola Lantmännen. Poco después de cumplir cincuenta años, le diagnosticaron una hernia discal y, tras un largo periodo de bajas por enfermedad y una intervención quirúrgica, le concedieron la jubilación anticipada. Había estado casado y tenía dos hijos, ya adultos; uno vivía en Malmö y el otro en Laholm. Su hermano, Nils, que era tres años menor que Stig, había empezado a beber ya desde muy temprana edad. Había iniciado la carrera militar, pero le abrieron un expediente a raíz de varios altercados relacionados con su alcoholismo. Al principio, Stig intentó ser paciente con su hermano menor. Sin embargo, la relación entre ellos fue enturbiándose debido a los préstamos de dinero que el hermano le exigía constantemente y que nunca devolvía. Lo sucedido hacía once años había colmado su paciencia. Unos años después, el hermano empezó a presentar síntomas de cirrosis y murió al poco tiempo. Wallander tomó nota de que lo había enterrado en el mismo cementerio que su propio padre y que su amigo Rydberg. En cuanto a la vida privada de Nisse Stridh, supo que había convivido durante muchos años con una mujer llamada Rut Lundin, con la que había mantenido una relación cuando menos caótica. Por si fuera poco, también ella tenía problemas con el alcohol, a causa de los cuales se veía abocada a acudir al hermano de su difunto compañero sentimental para pedirle dinero. Cuando no conseguía los préstamos que solicitaba, solía, según Stig Stridh, ponerse hecha un basilisco; no obstante, ella nunca había llegado a tomarla con su apartamento. Y tampoco le robó nada. Rut Lundin tenía un hijo y una hija, fruto de una relación anterior. El hijo se había convertido en un hombre de provecho y trabajaba como segundo de a bordo en uno de los transbordadores que cubrían el trayecto a la isla de land. A la hija, sin embargo, le había ido peor. De hecho, estaba en la prisión de mujeres de Hingseberg, tras haber sido condenada por dos asaltos a mano armada a sendos bancos. Wallander anotó la dirección de Rut Lundin, que vivía en un edificio de apartamentos de alquiler situado en la calle Malmövägen, muy cerca de donde se encontraban. El teléfono los interrumpió dos veces a lo largo de la conversación y, por lo que pudo deducir de las réplicas de su anfitrión, Wallander concluyó que hablaban de carreras de caballos y de las posibles combinaciones para distintas apuestas. Después de cada una de las llamadas, Stridh se escurría hacia la cocina, donde el tapón volvía a tintinear contra la encimera.

Finalmente abordaron el asunto que había motivado la visita de Wallander, que no era otro que los sucesos acaecidos hacía once años.

—No tienes por qué relatarme con detalle lo ocurrido —advirtió—. En realidad, mi pregunta es muy sencilla: ¿por qué crees que Svedberg se negó a iniciar las diligencias de la denuncia?

—Según él, faltaban pruebas, lo cual era una estupidez, claro está.

—Si, ya sabemos los motivos que adujo. No tienes que repetirlos. La cuestión es por qué crees tú que lo hizo.

—Pues porque era un imbécil.

Aunque Wallander sabía que recibiría respuestas desagradables y profundamente irritantes, comprendía que la ira de Stridh estaba más que justificada. La conducta de Svedberg había sido muy peculiar. Y él quería averiguar qué pudo haber motivado aquel proceder.

—Bien, puesto que Svedberg no era ningún imbécil, los motivos deben de ser otros muy distintos. ¿Lo habías visto con anterioridad?

—¿Dónde iba yo a haberlo visto? ¿Y para qué?

—Contesta a mis preguntas —atajó Wallander cortante.

—No, no lo conocía en absoluto.

—¿Has tenido alguna vez problemas con la justicia?

—No.

«Demasiado rápida esa respuesta», se dijo el inspector. «Demasiado rápida y, tal vez, no del todo cierta.» El inspector decidió atacar por ese flanco.

—Quiero que me digas la verdad. Si me mientes, irás derecho a la comisaría.

Stridh lo creyó.

—Bueno, la verdad es que, durante un tiempo, en los años sesenta, estuve comerciando con coches para ganar algún dinero extra. Y hubo un poco de jaleo por un coche que decían que era robado. Pero, por lo demás, nada.

Wallander se conformó con esta respuesta.

—¿Crees que Svedberg conocía a tu hermano de algún encuentro anterior? — prosiguió.

—No me extrañaría. Lo detuvieron tantas veces por embriaguez…

—Entonces, ¿tuviste la sensación de que Svedberg conocía ya a tu hermano?

—La única sensación que tuve era que me dolía la boca. — Stridh tiró de la comisura de los labios y dejó al descubierto dos muelas de la mandíbula superior, que golpeó con el dedo—. Aquí —indicó—. Aquí era donde me dolía.

—Sí, te creo —le dijo Wallander—. Pero volvamos a tu hermano. Y a Svedberg. ¿Tu hermano no te habló nunca de él?

—Jamás. Si no, lo habría recordado.

—¿Cometió algún otro tipo de delitos?

—Seguro que sí. Pero nunca lo detuvieron por otro motivo que no fuese la embriaguez.

Wallander tenía la impresión de que Stridh no mentía, de que, en verdad, no sabía nada acerca de la posible relación entre su hermano y Svedberg, si es que había habido alguna, más o menos velada.

«Es inútil», se rindió. «Es como darse con la cabeza contra la Pared. Esto no me conducirá a ninguna parte.»

Decidido a hacerle una visita a Rut Lundin, Wallander dio por finalizada la conversación.

—¿Crees que la viuda estará en casa?

—Sin duda. Lo que no te garantizo es que esté sobria.

Wallander se puso de pie. No veía el momento de abandonar el ambiente asfixiante de aquel apartamento.

—O sea, que tenía yo razón —insistió Stridh mientras lo acompañaba al vestíbulo.

—¿Con respecto a qué?

—A que Svedberg era un imbécil. Como no hemos hallado ninguna otra explicación…

Wallander se volvió hacia él con rapidez y le apuntó con un dedo.

—Has de saber —le advirtió- que alguien le pegó un tiro en mitad de la cara. Con una escopeta. Svedberg era un buen policía que trabajaba, entre otras cosas, para que la gente como tú pueda vivir con cierto grado de tranquilidad. Yo no sé lo que ocurrió hace once años, pero de dos cosas sí estoy convencido: Svedberg era un buen policía y, además, era mi amigo.

Stridh no replicó y Wallander salió dando un portazo que hizo temblar las paredes.

Ya en la calle, respiró hondo, como si quisiera expulsar de sus pulmones todo el aire viciado que había respirado en el apartamento. Eran las nueve y cuarto. Llamó a la comisaría y le comunicó a Hanson que llegaría a las once, a más tardar. Después subió la calle Malmövägen rumbo al que se suponía que era el domicilio de Rut Lundin. Después de lo que había visto en casa de Stridh, esa otra visita lo llenaba de angustia.

Su temor, no obstante, resultó infundado. Para empezar, lo sorprendió el hecho de que la mujer que acudió a abrirle la puerta estuviese sobria, aunque bastante pálida. Por otra parte, el apartamento estaba limpio y ordenado y había varias ventanas abiertas. Rut Lundin era enjuta y de baja estatura, y al sonreír mostraba dos hileras de dientes salpicados de manchas. Wallander intentó ponerse en el lugar de una mujer cuya hija estaba en prisión por atracar bancos. Pero, aunque sospechaba lo doloroso que debía de ser, no lo consiguió.

Rut Lundin lo invitó a sentarse ante la mesa de la cocina y él le aceptó un café. Después fue derecho al grano: le preguntó qué recordaba exactamente de los sucesos acaecidos hacía once años, qué le había comentado su marido de todo aquello y si había oído hablar de un policía llamado Svedberg.

—¿Te refieres al que murió asesinado?

—Efectivamente.

—Sólo sé lo que pasó cuando Nils agredió a su hermano.

—Cuéntame cómo fue.

—Aquella noche, Nils llegó a casa hacia las doce y me despertó. Tenía miedo, creía que había matado a su hermano. Casi se podría decir que estaba ebrio y sobrio al mismo tiempo. Aquello ocurrió en uno de sus peores periodos, pues llevaba varias semanas bebiendo como un cosaco. A veces se ponía muy agresivo, aunque nunca contra mí. En cualquier caso, cuando llegó a casa aquella noche, era consciente de lo que había hecho. Y estaba asustado.

—Según su hermano, le había robado una cámara de fotos.

—Sí, la tiró por el camino, pero no sé si alguien la encontró.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Bueno, dijo que quería huir, y también que conocía a un hombre que podía cambiar su aspecto. Estaba muy nervioso.

—Pero no llegó a marcharse, ¿no es así?

—No fue necesario. Como es natural, al principio yo no sabía qué hacer, hasta que vi que no quedaba más que una salida: llamar a Stig. Y eso hice.

—¿Lo llamaste a medianoche?

—Eso es. Me dije que si contestaba al teléfono, no cabría la menor duda de que estaba vivo. Y lo estaba. Entonces Nils se calmó un poco. A la mañana siguiente, cuando desperté, Nils ya se había marchado y pensé que había ido a buscar algo que beber. Sin embargo, cuando regresó a media mañana, estaba totalmente sobrio. Y, además, de buen humor. Me aseguró que no debíamos preocuparnos por lo sucedido la noche anterior, que había hablado con la policía y que no habría ni denuncia ni consecuencias desagradables de ningún tipo.

Wallander frunció el entrecejo.

—¿No dijo con qué policías había hablado? ¿Recuerdas si nombró a Svedberg?

—No, creo que no lo nombró. Dijo, simplemente, «la policía», pero no dio nombres.

—¿Y se mostró seguro de que no tramitarían diligencias?

—Bueno, Nils era a veces un poco fanfarrón, así ocultaba su falta de seguridad, ese complejo de inferioridad que los alcohólicos arrastran. «En fin, uno tiene sus contactos», me dijo ufano. «No podríamos sobrevivir si no tuviéramos donde agarrarnos.»

—¿Cómo interpretaste tú aquello?

—Pues, la verdad, no lo interpreté de ninguna manera. Simplemente, pensé que, al fin y al cabo, no era tan grave lo que había sucedido Y para mí fue, desde luego, un alivio.

—Es decir, que, por lo que tú sabes, hasta ese momento, Nils no había tenido ningún contacto con Svedberg, ni con cualquier otro policía cuyo nombre tú conozcas.

—Así es.

—¿Qué sucedió después?

—Nada. Nisse volvió a darse a la bebida. Y yo también.

—¿Sabes si continuó pidiéndole dinero prestado a su hermano?

De repente, la mujer ató cabos.

—¡Tú has estado hablando con Stig! — exclamó-, ¿no es así? Y por eso estás aquí.

—No lo negaré.

—¡Vaya! Estoy segura de que no supo decir ninguna palabra amable sobre su hermano. Ni sobre mí tampoco, claro.

—Bueno, tampoco sobre Svedberg. No sé si estarás enterada de que Stig lo denunció a la comisión de justicia, pero que el caso se desestimó.

—Sí, algo oí.

—Pero, dime, ¿Nils siguió pidiéndole dinero a su hermano?

—¿Y por qué no habría de hacerlo? Stig era rico. Todavía lo es. Cuando yo paso mis malas rachas, también acudo a él.

—¿A qué te refieres cuando dices que es rico? ¿Acaso uno puede hacerse rico trabajando para el grupo Lantmännen? ¿O como prejubilado por incapacidad?

—No, pero ha ganado varios millones con sus apuestas a los caballos. Y, además, es un tacaño y siempre está ahorrando. Esconde el dinero. Si quieres que te sea sincera, yo no me creo que tenga problemas de espalda.

Wallander retrocedió en su indagación.

—Volvamos a la conversación que mantuvisteis aquella noche —propuso—. Nils llegó a casa, estaba muy alterado, creía que había matado a su hermano y se planteaba la posibilidad de huir. Si no recuerdo mal, has dicho que conocía a un hombre que podía modificar su aspecto. ¿Qué quería decir exactamente?

—Nisse conocía a mucha gente.

—Ya, pero para cambiar sustancialmente el rostro de una persona hay que ser médico.

Ella guardó silencio mientras lo observaba con la taza en la mano.

—¿Qué sabes tú, en realidad, de los alcohólicos? — le preguntó de pronto.

—Que son muchos.

La mujer dejó la taza sobre el plato, antes de replicar:

—Cierto, somos muchos. Y muy diversos. Somos los que buscamos camorra y alborotamos a la entrada del Systemet[[10]](#footnote-10). Los que ocupamos los bancos de los parques con bolsas de plástico del Systemet acompañados de nuestros perros. Los borrachos, la peor ralea, esa que la gente prefiere no ver. Pero ¿cuánta gente sabe que, en esos bancos, se sientan a veces ex médicos o ex abogados? Y, ¿por qué no?, también ex policías. El alcohol lo disloca todo. Y la identidad se encuentra ya en la bolsa de plástico del Systemet. Pero, tras todo eso, se esconde algo más y, así, alcanzado cierto punto, los borrachos se convierten en miembros de una sociedad en la que ya no puede hablarse de clases sociales. En esa sociedad sólo hay miembros de dos categorías: la de los que tienen alcohol, y la de los que se han bebido el que tenían y aún no han conseguido más.

—O sea, que Nils pudo haber conocido a un médico.

—¡Claro que sí! También conocía a abogados, directores de banco y hombres de negocios. Algunos bebían a escondidas y lograban mantenerse en su puesto de trabajo, a veces incluso sin que nadie llegase a saber nunca que eran alcohólicos. Otros consiguieron dejar la bebida, aunque no muchos.

—¿Recuerdas algún nombre?

—Algunos, pero no todos.

—Pues te agradecería que me los anotases en una lista.

—Bueno, la verdad es que a muchos de ellos sólo los conocíamos por el apodo.

—Escribe cuantos te vengan a la memoria.

—Pues para eso necesito tiempo.

Wallander apuró el café que le quedaba en la taza.

—Puedo volver esta tarde —propuso Wallander.

—De acuerdo, pero no después de las seis. No creo que consiga mantenerme sobria por más tiempo —dijo la mujer, y clavó en él la mirada.

Wallander le prometió regresar a tiempo y, después de darle las gracias por el café, se levantó.

—Me pregunto si tú serías capaz de comprender que pueda añorarse a alguien como Nisse —dijo entonces la mujer—. Bebió mucho durante toda su vida y nunca hizo nada realmente útil; al contrario, más bien creaba problemas. Pese a todo, lo echo de menos.

—Sí —aseguró Wallander—. Creo que te comprendo muy bien. Las personas tenemos facetas que sólo unos pocos logran descubrir.

El inspector comprobó que aquellas palabras alegraron una pizca a la mujer. «Se necesita tan poco…», se dijo, ya en la calle. «Es tan pequeña esa frontera entre la indiferencia y algo que, pese a todo, se asemeja bastante a un intento de comprensión.»

Se dirigió, pues, a la comisaría. El aire era cálido y no soplaba la menor brisa. Se detuvo ante el quiosco que había frente al hospital, y las primeras planas de los periódicos le parecieron una provocación: LA POLICÍA SE ALIA CON EL CRIMEN ORGANIZADO. Wallander reanudó la marcha. ¿Acaso había avanzado lo más mínimo? ¿Había sacado algo en claro durante aquella mañana? No mucho, reconoció. Pensó en Lennart Westin, que estaba cortando leña en su isla cuando Wallander lo llamó; juntos no lograron dar con lo que Wallander buscaba sin saber siquiera si existía. La conversación con Stig Stridh sólo lo había conducido a Rut Lundin, que, a su vez, intentaría confeccionar una lista de las personas con las que su marido se había relacionado. Wallander se detuvo en medio de la acera: de pronto sintió que había tomado un camino totalmente erróneo. ¿No estaría llevando la investigación por derroteros que no conducían a ninguna parte? Aun así, ¿qué otra dirección podía tomar? Echó a andar mientras cavilaba sobre estas cuestiones. Había preguntas cuyas respuestas todavía no había encontrado y aspectos en los que no había profundizado. Lo último que debía hacer era impacientarse.

Una vez en la comisaría, comprobó que la mayoría de sus colaboradores más próximos ya se hallaban allí, junto con los tres agentes que habían llegado de Malmö. Quiso aprovechar la oportunidad y los convocó a una reunión que celebrarían a las once. Comenzó exponiendo sus esfuerzos por arrojar alguna luz sobre aquella denuncia de hacía once años y que había pesado sobre Svedberg. A propósito de ese asunto, Martinson informó de que Hugo Andersson, el policía que acudió a la casa de Stridh aquella noche, trabajaba en la actualidad como conserje de una escuela de Värnamo. También había logrado averiguar que el agente que lo acompañó se llamaba Holmström y que trabajaba como policía local en Malmö. Wallander comentó que se pondría en contacto con ellos antes de visitar a los padres de Isa Edengren.

Concluida la reunión, Wallander y Hanson compartieron una pizza a la hora de comer. Aquel día, el inspector había decidido fijarse en el agua que bebía y en las veces que iba al baño, pero hacía ya mucho rato que había perdido la cuenta.

No sin cierta dificultad, logró localizar a Hugo Andersson y a Harald Holmström, pero con escasos resultados. Ninguno de los dos recordaba nada que pudiese esclarecer la conducta de Svedberg. Ambos consideraban más que extraño el hecho de que Nisse Stridh nunca fuese acusado, pero hacía ya tanto tiempo de aquello que los detalles se habían desdibujado. Por otro lado, Wallander intuyó que ninguno de los dos, en caso de que hubiese algo negativo que decir, habría hablado mal de un colega muerto. Con la ayuda de Martinson, dio con el informe policial de la incidencia, pero tampoco allí encontró nada que no supiese ya.

A las cuatro de la tarde, llamó a su anterior comisario jefe, Björk, que ahora vivía en Malmö. Tras chismorrear unos minutos sobre las últimas novedades, y después de que Björk —que lamentaba la situación en que se hallaban Wallander y sus colegas a causa de aquellos cinco asesinatos- le manifestara con vehemencia su apoyo moral, hablaron un buen rato de Svedberg. Björk le dijo que tenía intención de asistir al entierro. Eso sorprendió a Wallander, sin que él mismo alcanzase a comprender el motivo. Sin embargo, cuando abordaron el asunto de la denuncia ante la comisión de justicia, Björk declaró que no tenía nada que decir, y aseguró que ya no recordaba por qué Svedberg había decidido no abrir diligencias, pero que, puesto que el Ministerio de Justicia lo había desestimado, lo lógico era deducir que el compañero había actuado conforme al reglamento.

Así las cosas, a las cuatro y media, Wallander salió de la comisaría para dirigirse a Skårby, si bien tenía que pasar antes a recoger la lista que esperaba que Rut Lundin le hubiese preparado. Cuando llamó a la puerta, la mujer le abrió de inmediato, como si hubiese estado esperándolo en el vestíbulo. El inspector notó enseguida que había bebido. Rut Lundin le plantó la lista manuscrita en la mano. Aquello era cuanto había podido rescatar de su memoria. Nada más. Wallander comprendió que no deseaba dejarlo entrar, de modo que le dio las gracias y se marchó.

Ya en la calle, a la sombra de un árbol, empezó a leer lo que la mujer había anotado con su letra redondilla y algo infantil. Cuando había leído la mitad de la lista, sus ojos se posaron sobre un nombre que sí conocía.

Bror Sundelius.

Wallander contuvo la respiración.

Por fin había dos datos relacionados entre sí en aquel caso. Svedberg, Bror Sundelius, Nisse Stridh. No perfiló más su razonamiento pues, de pronto, empezó a sonar el móvil que llevaba en el bolsillo.

Era Martinson. Le temblaba la voz.

—Ha vuelto a ocurrir —dijo con un hilo de voz—. Lo ha hecho otra vez.

Eran las cinco menos diez del sábado 17 de agosto.

25

Sabía que estaba corriendo un riesgo.

Era la primera vez que se exponía de ese modo. Los riesgos eran para la gente indigna. Él, por su parte, había dedicado su vida a aprender a escabullirse. Pese a todo, no pudo resistir la tentación de retarse a sí mismo. También la cautela era una cuerda que podía saltar si no se tensaba al máximo de vez en cuando.

El riesgo existía, sin duda, pero había calculado que sería mínimo, tan pequeño que podía calificarse de inexistente.

Por otra parte, el objetivo era demasiado tentador. El día en que recogió las invitaciones de boda, apenas si fue capaz de contenerse. La felicidad de aquella pareja era tal que él se sintió como si se hubiese visto expuesto a un abuso humillante. Como así había sido, de hecho.

Después leyó aquella carta que, de entre todas, había resultado decisiva. Cuando supo que, después del enlace en la iglesia y antes de la recepción a los invitados, los recién casados tenían pensado ir a la playa solos con el fotógrafo para hacerse unas fotografías, tomó la decisión. El fotógrafo había sido muy preciso en la carta en la que les había expuesto su propuesta, y había incluido un mapa del lugar exacto que consideraba el más apropiado y que los jóvenes aceptaron más tarde. Así, la idea era que irían a la playa para tomarse las fotografías a las cuatro. Si hacía buen tiempo.

De modo que él se puso en camino hacia el lugar en cuestión. La descripción del fotógrafo era tan detallada que resultaba imposible confundirse. La playa, flanqueada por una zona de acampada, era vasta. En un primer momento dudó de que pudiese ver cumplido su deseo. Sin embargo, ya en el lugar elegido por el fotógrafo, comprendió que el riesgo de que lo descubriesen era insignificante, pues tomarían las fotografías en una zona de elevadas dunas. Claro que habría otras personas en la playa, pero estaba seguro de que se mantendrían apartadas mientras hacían el reportaje.

Su único problema era determinar por dónde aparecería él mismo.

En efecto, la huida iba a ser mucho más fácil, pues apenas mediaban doscientos metros hasta el lugar en el que pretendía ocultar el coche. Si todo salía mal, si lo descubrían y alguien se lanzaba tras él, entonces echaría mano del arma. También cabía la posibilidad de que alguien viese el coche, por lo que tenía preparados tres vehículos alternativos entre los que escoger durante su huida.

Cuando abandonó la playa la primera vez, aún no tenía muy claro por dónde aparecería él. Sin embargo, aquella duda se disipó en su segunda visita al lugar, pues entrevió una posibilidad que se le había pasado por alto en un primer momento y que le permitiría realizar una entrada en escena digna de aquella feliz representación que él se disponía a transformar en tragedia.

Así pues, un buen día, se encontró con todos los cabos atados. Contaba con el tiempo justo. Había localizado ya los coches que debía robar y los lugares en que los estacionaría. El hoyo, que cubriría con un plástico y una capa de arena y en el que ocultaría el arma y la toalla, lo cavaría la noche anterior.

El único detalle del que no podía estar completamente seguro era el tiempo que haría. Aunque, aquel año, agosto había sido un mes de bonanza.

La mañana del sábado 17 de agosto, a hora muy temprana, salió al balcón. Un banco de nubes cargadas de lluvia se alejaba despacio por el cielo. Calculó que, a primera hora de la tarde, habría desaparecido por completo. Todo marcharía según lo previsto. Volvió, pues, a su habitación insonorizada, se tumbó en la cama y repasó de nuevo mentalmente lo que acontecería aquella misma tarde.

A las dos de la tarde eran ya marido y mujer, unidos en matrimonio en la misma iglesia en la que ella se había confirmado hacía nueve años. Aquel sacerdote había fallecido ya, pero su prometido tenía un pariente lejano que era pastor y que se había ofrecido gustoso a casarlos. Todo iba a las mil maravillas, y la iglesia estaba llena de familiares y amigos con los que, una vez tomadas las fotografías, celebrarían una gran fiesta. El fotógrafo estuvo presente durante la ceremonia, tomando fotografías sin cesar y sin dejar de pensar en las más importantes, las que haría en la playa. Ya había utilizado aquel decorado natural en otras ocasiones, pero nunca había tenido tanta suerte con el tiempo como en aquélla.

Llegaron poco antes de las cuatro. Había mucha gente junto a las tiendas de campaña y las caravanas del camping, y la playa estaba salpicada de niños jugando. Un bañista solitario nadaba algo apartado de la orilla, mar adentro. Aparcaron el coche y se dirigieron al lugar elegido por el fotógrafo. Para no ir dando traspiés, la novia se quitó los zapatos, se recogió la falda y se enrolló el velo alrededor del cuello. Al fotógrafo no le llevó más que unos minutos plantar su trípode y disponer la pantalla destinada a reflejar la luz y atenuar las sombras. Nadie los importunaría. A lo lejos se oía el alboroto de los juegos infantiles y la música de una radio del camping. El bañista seguía nadando, más cerca ya de la orilla, pero sin llegar a molestarlos.

Todo estaba listo. El fotógrafo aguardaba junto a la cámara. El novio sostenía un pequeño espejo ante el rostro de la novia para que ésta pudiera retocarse y enderezarse el velo. El bañista se disponía a salir del agua. Había dejado la toalla en la orilla, sobre la arena y, una vez fuera del agua, se sentó, dándoles la espalda. Por el espejo, la novia lo veía juguetear con la arena, como cavando un hoyo con la mano.

Todo estaba, pues, preparado. El fotógrafo les explicó cómo había pensado que se colocasen para las primeras tomas. Los recién casados no sabían si aparecer serios o sonrientes, y el fotógrafo les sugirió que lo más adecuado sería tomar varias fotografías con las dos variantes. No eran más que las cuatro y diez, de modo que tenían tiempo de sobra.

Acababan de hacerse la primera fotografía cuando el hombre que estaba sentado sobre la toalla se levantó y empezó a caminar por la orilla. El fotógrafo se disponía a tomar la siguiente imagen cuando la novia vio que el hombre cambiaba el sentido de su marcha. Entonces la joven alzó la mano, en el instante en que el fotógrafo iba a pulsar el botón, indicándole que era mejor aguardar hasta que el hombre, que, toalla en mano, se encaminaba hacia el lugar donde ellos se encontraban, hubiese pasado. El fotógrafo sonrió al bañista antes de concentrarse de nuevo en la feliz pareja, y el bañista le devolvió la sonrisa. Pero, al mismo tiempo, alzó la toalla que envolvía el arma y disparó al fotógrafo en la nuca. Después, se adelantó raudo unos pasos y disparó a los novios. Tan sólo se oyeron unos chasquidos sordos. Miró a su alrededor. No había un alma. Nadie había visto nada.

Entonces caminó con tranquilidad hasta detrás de la duna más Próxima, Allí no podían verlo desde el camping. Después, echó a correr hasta llegar al coche, subió a él y se marchó.

No le había llevado ni dos minutos. Notó que tenía frío. Ése era, de hecho, otro de los riesgos que corría: el de pillar un resfriado. Pero no había sido capaz de vencer la tentación de surgir de las aguas como el ser inalcanzable que realmente era.

No bien entró en Ystad, se detuvo para ponerse el chándal que llevaba en el asiento de atrás.

Y se quedó esperando.

Tardaron más tiempo del que él había calculado en descubrir lo ocurrido. ¿Quién se los habría encontrado? ¿Alguno de los niños que jugaban en la playa, o alguien del camping que había salido a dar un paseo? Llegado el momento, podría leer los detalles en los periódicos.

Pero, al fin, oyó a lo lejos las sirenas, que se aproximaban con rapidez. Eran ya las cinco menos tres minutos cuando vio pasar los coches a toda velocidad, seguidos de una ambulancia. Ganas le dieron de saludarlos con la mano, pero logró contenerse. Después, se marchó de allí. Una vez más, había llevado a cabo su plan y lograba escapar, digno y tranquilo.

Con las sirenas ululando a todo volumen, un coche patrulla fue hasta donde Wallander se encontraba, a la sombra del árbol que se alzaba a la puerta de la casa de Rut Lundin, y lo recogió. Los primeros datos que le dieron fueron desconcertantes y contradictorios. Se le cortó la comunicación con Martinson y los policías que habían recibido órdenes de ir a buscarlo tan sólo sabían que debían llevarlo a Nybrostrand. Por la radio del coche patrulla supo que había varios muertos. Sentado en el asiento trasero, intentó sin éxito restablecer el contacto telefónico con Martinson, cuyas palabras retumbaban en su cabeza: «Ha vuelto a ocurrir».

Sí, eso era lo que él tanto temía. Cerró los ojos y trató de respirar de forma acompasada. Los alaridos de las sirenas le martilleaban el cerebro. El coche zumbaba cortando veloz el aire. Una vez en Nybrostrand, giraron a la derecha y tomaron un camino, apenas un sendero. Un poco más allá, Wallander vio que Martinson y Ann-Britt Höglund salían de un coche aparcado. Abrió la puerta con el vehículo aún en marcha. Al apearse, observó a una mujer que lloraba con el rostro oculto entre las manos. Llevaba pantalones cortos y, en la camiseta, una inscripción a favor de la incorporación de Suecia a la OTAN

—¿Qué ha ocurrido? — quiso saber enseguida Wallander.

El desconcierto reinaba entre los del camping que, conmocionados, se hacían señas unos a otros al tiempo que corrían hacia las dunas. Wallander fue el primero en llegar, para detenerse en seco. De nuevo aquella pesadilla. En un primer momento, no atinó a identificar lo que se ofrecía a su vista. Pero muy pronto comprendió que allí había tres personas tendidas y muertas. Y, sobre un trípode, la cámara.

—Una pareja de recién casados —acertó a oír que decía Ann-Britt Höglund.

Wallander se aproximó un poco más y se arrodilló. Los tres habían recibido disparos de bala. Los novios, en medio de la frente. El velo blanco de la joven estaba teñido de sangre. Con cuidado, le tocó el brazo desnudo y comprobó que aún estaba caliente. Después se levantó despacio, deseando que no le sobreviniese el vértigo. Entonces vio que tanto Hanson como Nyberg estaban ya allí, y se dirigió hacia ellos.

—Ha vuelto a suceder. Y, además, es muy reciente. ¿Hay alguna pista, alguien que haya visto algo? ¿Quién descubrió los cadáveres?

Pero todos parecían paralizados, como si esperasen que él mismo les explicara lo ocurrido o que tuviese las respuestas a las preguntas que acababa de formular.

—¡Vamos, moveos! — rugió—. ¡Esto acaba de ocurrir, así que ahora tenemos que atraparlo!

Así acabó con aquel bloqueo momentáneo de sus agentes. Por su parte, en escasos minutos se hizo una idea clara de lo sucedido. Una pareja de recién casados había acudido a las dunas en compañía de un fotógrafo. Uno de los niños que jugaban en la playa se apartó del grupo para ir a orinar, descubrió los cadáveres y, gritando, echó a correr hacia la zona de acampada. Ninguno de los veraneantes había oído los disparos, ni tampoco habían visto a nadie abandonar el lugar. Varios testigos aseguraron que sólo habían visto bajar hasta la playa a la pareja y al fotógrafo. Hanson y Ann-Britt Höglund se afanaban por combinar todos aquellos datos en medio de la agitación y el desconcierto de los acampados. Martinson organizó los cordones policiales mientras Wallander analizaba la información junto con Nyberg, sin cesar de preguntar por qué no había llegado ninguna patrulla con perros policía. Cuando Edmunsson se presentó por fin, acompañado de su perra Kall, Hanson y Ann-Britt Höglund, tratando de aislarse del caos que reinaba, intentaron establecer una primera versión sensata de lo que podía haber ocurrido.

—Algunos de los niños vieron a un bañista —informó Hanson—. Aseguran que salió del agua, se sentó un instante sobre la arena y después desapareció.

—¿Desapareció? — repitió Wallander sin lograr ocultar del todo su impaciencia.

—Una mujer que estaba tendiendo ropa junto a su caravana vio acercarse a la pareja —intervino Ann-Britt Höglund—. Ella también creyó ver a un hombre nadando. Pero cuando volvió a mirar, al cabo de un rato, había desaparecido.

Wallander meneó la cabeza.

—¿Qué significa que había desaparecido? ¿Que se ahogó? ¿Que se enterró en la arena?

Hanson señaló hacia la orilla, un poco más abajo del lugar en que yacían los cuerpos sin vida de los novios y el fotógrafo.

—Al parecer, estuvo sentado ahí —explicó—. Al menos, eso dice aquel chaval que, la verdad, parece digno de crédito.

Bajaron hasta la orilla y Hanson corrió en busca de un niño moreno que estaba con su padre. Wallander les pidió que dieran un rodeo, para evitar que pisasen alguna huella y dificultasen así la tarea del perro. En efecto, alguien había estado sentado sobre la arena, y descubrieron una zona de tierra removida, como restos de un pequeño hoyo practicado con la mano, y un plástico rasgado. Wallander llamó a Edmunsson y a Nyberg.

—Este trozo de plástico me recuerda algo —apuntó Wallander. Nyberg asintió.

—Cierto. Tal vez sea del mismo tipo del que encontramos en el parque.

Wallander se volvió hacia Edmunsson.

—A ver, deja que la perra olfatee esto —propuso—. Y ya veremos si se pone a buscar.

El agente se apartó con el perro, que estaba muy excitado. Tras olfatear el plástico, echó a correr de inmediato hacia las dunas, para girar luego hacia la izquierda. Wallander y Martinson los seguían de lejos. El perro, muy nervioso, fue husmeando hasta llegar a un desvío, donde se paró en seco. Ahí acababan las pistas. Edmunsson meneó la cabeza.

—Se marchó en coche —concluyó Martinson.

—Claro, pero un coche que alguien puede haber visto —precisó Wallander—. Pon en marcha a todos los agentes que anden por aquí. Tras una sola pista: un hombre en bañador, toalla de rayas y un coche que estaba aparcado aquí mismo y que se marchó hace una hora, aproximadamente.

Wallander regresó a toda prisa al lugar del crimen. Uno de los técnicos criminales estaba fijando algunas huellas de pisadas que había en la arena húmeda. Edmunsson siguió rastreando con la ayuda de Kall.

—Así que un bañista… —comentó Wallander a Ann-Britt Höglund—. Un bañista que desaparece.

Cuando Hanson terminó de hablar con una mujer a la entrada del camping, Wallander lo llamó para que se acercase.

—Hay más testigos que lo vieron —aclaró Hanson.

—¿Al bañista?

—Cuando llegaron los novios, el hombre nadaba mar adentro. Después salió del agua. Una persona asegura que parecía estar construyendo un castillo de arena. Después se levantó y desapareció.

—¿No vieron a nadie más? Por ejemplo, alguien que siguiese a los recién casados…

—Bueno, un hombre bastante ebrio afirma haber visto a dos ciclistas enmascarados por la playa. Pero creo que podemos prescindir de ese testimonio.

—Bien, entonces elaboremos una versión provisional de lo ocurrido —sugirió el inspector—. ¿Sabemos ya quiénes son las víctimas?

—El hombre muerto junto a la cámara llevaba una invitación en el bolsillo —informó Ann-Britt Höglund, al tiempo que se la tendía a Wallander; el malestar y la angustia del inspector eran ya tan intensos que a punto estaba de gritar y salir corriendo.

—Malin Skander y Torbjörn Werner —leyó en voz alta—. Se han casado hoy, a las dos de la tarde.

Hanson reprimió a duras penas las lágrimas y Ann-Britt Höglund clavó la mirada en el suelo.

—Es decir, que estuvieron casados durante dos horas —siguió Wallander—. Y después vinieron aquí para que los fotografiasen. Por cierto, ¿qué sabemos del fotógrafo?

—En el interior de la funda de la cámara está escrito su nombre —aclaró Hanson—. Se llamaba Rolf Haag y tenía el estudio en Malmö.

—Hemos de localizar a los parientes —continuó Wallander—. Dentro de poco acudirán los periodistas y otros fotógrafos…

—¿No deberíamos cortar las carreteras? — dijo Martinson, que acababa de unirse al grupo.

—¿Cortarlas? ¿Para qué? No sabemos cómo es el coche. ¿Qué quieres que hagamos, buscar a un hombre en bañador? A pesar de que sabemos a qué hora se cometió el crimen, no creo que logremos detenerlo poniendo controles en las carreteras. Ya es demasiado tarde para eso.

—Yo sólo quiero pillar a ese jodido tipo —explicó Martinson.

—Sí, como todos nosotros —señaló Wallander—. Eso es lo que perseguimos, y lo vamos a conseguir. Por eso debemos ponernos manos a la obra y repasar toda la información de que disponemos. Un bañista. Ésa es la única pista. Hemos de partir de la base de que se trata del mismo hombre. Un sujeto que, al actuar, reúne siempre dos características: está bien informado y planifica sus ataques con detalle.

—Es decir, que, en tu opinión, mientras se bañaba, estaba esperando al joven matrimonio, ¿no? — apuntó Hanson vacilante.

Wallander intentó reconstruir los hechos.

—Él sabe que la pareja va a ser fotografiada en este preciso lugar —comenzó—. En la invitación pone que la celebración empezará a las cinco, lo que implica que conoce la hora. Las fotos se tomarán en este lugar alrededor de las cuatro de la tarde. Mientras aguarda, se da un baño. Tiene el coche estacionado cerca de aquí, en un lugar desde el que puede llegar hasta la orilla sin pasar por delante de la zona de acampada.

—Pero, ¿y el arma? ¿Como iba a bañarse con el arma encima?

Era evidente que Hanson no acababa de verlo claro, pero Wallander había empezado a ver con nitidez cómo se habían desarrollado las cosas.

—No podemos perder de vista el punto de partida —insistió—. Sabemos que está muy bien informado y que planifica a conciencia. Por tanto, espera la llegada de la pareja y del fotógrafo en el agua. Un hombre que está tomando un baño no lleva ropa y, con el pelo mojado, el aspecto cambia bastante. Además, por lo general, nadie se fija en un bañista. Todos lo vieron y recuerdan que estaba allí, pero nadie ha logrado describirlo con precisión.

Al decir esto, los miró uno a uno para comprobar que aquella suposición era cierta: ninguno de los testigos con los que habían hablado había sido capaz de describir el rostro de aquel hombre.

—Así que llegan los novios —prosiguió Wallander—. Junto con el fotógrafo. El bañista sale del agua y se sienta sobre la arena.

—¡Tenía una toalla! — intervino Ann-Britt Höglund—. Una toalla de rayas. Es un detalle en el que coinciden varios de los testigos.

—Estupendo, todos los detalles son reveladores. De modo que se sienta sobre la toalla. Una toalla de rayas. Y resulta que tenemos un testigo que asegura que daba la impresión de que se puso a hacer algo. ¿Qué hizo, exactamente?

—Se puso a cavar un hoyo en la arena —respondió Hanson.

En aquel instante, Wallander comprendió que su hipótesis era correcta. Un modelo de actuación aún impreciso empezaba a perfilarse. Aquel hombre seguía unas reglas. Por supuesto, las sometía a cierta variación. Pero a Wallander le daba la impresión de que empezaba a conocerlas.

—Así es. Pero no estaba cavando para hacer un castillo de arena. Se puso a cavar para retirar un plástico bajo el cual había ocultado un arma

Sus colegas escucharon con atención su razonamiento.

—El arma estaba ya preparada —prosiguió Wallander no sin cierta cautela—. De modo que lo único que tiene que hacer es aguardar el momento en que la joven pareja y el fotógrafo estén concentrados en lo suyo. Cuando no haya nadie cerca. Entonces se levanta. Lo más probable es que lleve el arma envuelta en la toalla. Nadie se fija en él: es sólo un bañista solitario que da por terminado su baño. Se acerca y dispara tres veces. Las víctimas fallecen en el acto. Ni que decir tiene que habrá utilizado un silenciador. Así que, tras disparar, reemprende la marcha por entre las dunas en dirección a su coche. No debió de llevarle más de unos minutos. Desconocemos adónde se dirigió después. Lo único que sabemos acerca de este hombre es lo que ha hecho —finalizó—. Pero os aseguro que descubriremos más piezas que encajen.

—Yo sé algo más sobre él —anunció Nyberg, que se había unido al grupo en el transcurso de la exposición de Wallander—. Chupa tabaco en bolsitas. Y escupió una en el fondo del hoyo. Da la impresión de que intentó ocultarla cubriéndola de arena. Pero el perro la desenterró y vamos a analizarla. La saliva es una excelente fuente de información acerca de una persona.

Wallander vio acercarse a Lisa Holgersson, seguida, unos pasos más atrás, por Thurnberg. Lleno de envidia, Wallander vio fugazmente ante sí la imagen de Per keson, que, en algún lejano paraíso, no tenía que lidiar con los restos macabros que un loco iba dejando tras de sí en Suecia. Pensó que era el momento de renunciar a la responsabilidad, que tanto pesaba sobre sus hombros, de dirigir la investigación. En efecto, había fracasado. Por más que él hubiese cumplido cabalmente con sus obligaciones, el fracaso era un hecho. No habían encontrado al hombre que había asesinado a su colega, a tres jóvenes que celebraban una fiesta en un parque, a una chica sola acurrucada en una cueva de una isla del archipiélago de Ostergötland y, en las últimas horas, también a una pareja de recién casados y a su fotógrafo.

No le quedaba más que una salida: pedirle a Lisa Holgersson que adjudicase esa responsabilidad a otro agente. O esperar a que Thurnberg llamara a alguien de la brigada criminal de Estocolmo para que tomase el mando de la investigación.

Ni siquiera se sintió con fuerzas para informarles de lo ocurrido, sino que delegó en los otros esa tarea, mientras él acudía al encuentro de Nyberg, que se hallaba junto al trípode de la cámara.

—Le dio tiempo de tomar una fotografía —afirmó—. Ni una más. La revelaremos y haremos una copia tan pronto como sea posible, claro está.

—Estuvieron casados durante dos horas —volvió a decir Wallander.

—Parece que a este demente le disguste que las personas sean felices. Como si su cometido en esta vida no fuese otro que convertir la alegría en dolor.

Un poco ausente y en silencio, Wallander escuchó ese último comentario de Nyberg. En la orilla, Edmundsson seguía empeñado en su batida, ayudado por Kall, mientras otra patrulla de perros policía trabajaba algo más lejos. Al otro lado de los cordones policiales se apiñaban ya muchos curiosos. En alta mar, en el horizonte, un buque navegaba rumbo al oeste. Wallander pensó que, horas más tarde, el navío pasaría el estrecho y saldría a mar abierto.

Seguía sin tener la energía suficiente para enfrentarse a lo que había ocurrido. Sospechaba que sucedería de nuevo, aunque abrigaba la esperanza de que no ocurriera así. «Un buen policía nunca pierde la esperanza», solía decir Rydberg. «Un buen policía tiene la esperanza de que no se cometa un asesinato. Que el asesino falle al dirigir su arma contra una persona indefensa. Pero, de igual modo, debe desear que el crimen se aclare de modo que los fiscales queden satisfechos y los tribunales puedan dictar su sentencia. En resumidas cuentas, lo que espera un buen policía es que disminuya la criminalidad, aun a sabiendas de que eso no sucederá mientras la sociedad sea como es y sostenga esos sistemas injustos que la articulan como requisito para el intercambio de fuerzas propio de la mecánica social.»

No obstante, Wallander recordaba que su maestro también solía afirmar que el combatir el crimen era «una cuestión de resistencia, de quién aguantaría más y por más tiempo».

Lisa Holgersson y Thurnberg aparecieron de pronto junto a él. Wallander estaba tan abstraído en sus pensamientos que se sobresaltó.

—Deberíais haber ordenado un corte de carreteras —irrumpió Thurnberg.

Wallander lo observó con semblante serio. El fiscal ni siquiera lo había saludado con un simple gesto.

Entonces tomó dos determinaciones: la una, que no abandonaría la dirección de la investigación de forma voluntaria; la otra, que diría exactamente lo que opinase en cada momento, y que empezaría a hacerlo en aquel preciso instante.

—No —replicó—. No habría sido de ninguna utilidad cortar las carreteras. Por supuesto, tú podrías haber ordenado que así se hiciese. Pero, en ese caso, habrías tenido que explicar por qué tú solito. Yo no te habría ayudado en absoluto.

Thurnberg, que no se esperaba esa respuesta, perdió por un instante su habitual aplomo.

«Ha alzado demasiado la cresta», concluyó Wallander satisfecho. «Tanto, que se le han chafado las plumas.»

Wallander le volvió la espalda con ostensivo desdén y Lisa Holgersson lo siguió, más pálida que nunca. En sus ojos aterrados Wallander veía reflejado su propio temor.

—O sea, que se trata del mismo hombre, ¿me equivoco? — preguntó.

—Sin lugar a dudas.

—Pero ¿por qué una pareja de recién casados?

Esa había sido la primera pregunta que él mismo se había hecho. Y sabía que no había más que una respuesta.

—Bueno, los trajes de los novios también pueden considerarse un disfraz.

—¿Tú crees que es eso lo que le interesa?

—No, la verdad es que no lo sé.

—¿Y qué otra cosa podría ser?

Wallander no respondió a aquella última pregunta, pues desconocía la respuesta. Era demasiado pronto para extraer ninguna conclusión definitiva, pero tenía la sensación de que todas sus hipótesis, que con tanto esfuerzo había bosquejado, acababan de derrumbarse.

El único perfil que podía aplicar al asesino era el de un desquiciado. Un desquiciado que, no obstante, no estaba loco, y que había asesinado ya a ocho personas, una de las cuales era un policía.

—Creo que es la mayor atrocidad de la que he sido testigo en mi vida —sentenció Lisa Holgersson.

—Hubo un tiempo en que Suecia fue conocida por sus destacados inventores. Después, por lo que dio en llamarse folkhem*[[11]](#footnote-11)*. En los años sesenta, corrió un rumor equívoco sobre la liberación sexual de los suecos. Quizás ahora nos hagamos célebres a causa de un asesino que se comporta como ningún otro lo ha hecho nunca antes —concluyó Wallander-, y de inmediato lamentó cuanto acababa de decir, ya que las comparaciones eran absurdas y el momento inapropiado.

—Los familiares… —recordó Lisa Holgersson—. ¿Cómo anunciar a los familiares y a los amigos que, pese a no haber transcurrido ni dos horas desde que salieron de la iglesia, los recién casados están muertos?

—Lo ignoro. Yo me siento tan incapaz como tú. Por otro lado, tampoco sabemos si el fotógrafo tenía familia.

—Al parecer, se casaron en alguna iglesia de por aquí.

—Así es, en Köpingebro. La fiesta no tardará en comenzar. Ella le dedicó una mirada que él interpretó al instante.

—Sí —siguió Wallander-, lo más acertado será que Martinson se encargue de los familiares del fotógrafo, junto con los colegas de Malmö. Tú y yo iremos a Köpingebro.

Vio que Thurnberg hablaba por el móvil, y se preguntó fugazmente con quién. Acto seguido, reunió a sus colaboradores para decirles que Hanson tomaría el mando hasta que él regresase.

—Responded a todas las preguntas que os formule Thurnberg —les pidió Wallander-, pero en cuanto empiece a dar órdenes, me llamáis por teléfono.

—¿Por qué habría de inmiscuirse un fiscal en el trabajo de la policía?

La pregunta de Hanson estaba más que justificada, pero Wallander no se molestó en contestar; en lugar de eso, llamó a Ann-Britt Höglund para hablar con ella a solas.

—No sé cuánto tiempo nos llevará esto —comenzó—. Pero para cuando yo vuelva, quiero que hayas reflexionado sobre la situación. ¿Cómo debemos proseguir la investigación a partir de ahora? ¿Debemos apartarnos de los procedimientos habituales? No hay dos investigaciones iguales. ¿En qué sentido es ésta distinta de las demás? ¿Hay algún aspecto que se haya esclarecido a raíz del último suceso? ¿Hemos hallado alguna pista reveladora? ¿Qué pistas, en cambio, son insignificantes?

—Pues no sé si seré capaz —replicó ella—. Ése es tu cometido.

—No, no el mío, sino el nuestro. Y yo tengo que ir a notificar el asesinato de una pareja de novios que se dieron el sí hace apenas dos horas a sus familias y amigos, de modo que no tendré tiempo de pensar en ningún otro asunto. Tendrás que pensar tú en mi lugar.

—Ya, pero yo sigo sin estar segura de poder hacerlo.

—Bueno, al menos inténtalo.

Dicho esto, se despidió y se encaminó al coche donde lo aguardaba Lisa Holgersson.

Partieron de allí en silencio. Wallander contemplaba el paisaje que discurría ante sus ojos. En lontananza, se adivinaba un banco de nubes que amenazaba tormenta y que, sin duda, alcanzaría Escania antes del atardecer.

Aquel sábado 17 de agosto, comenzó a llover después de las diez de la noche. Para entonces, Wallander estaba de regreso en el lugar del crimen. El encuentro con los familiares de la pareja, el irrumpir en medio de aquella nutrida y feliz concurrencia para difundir la muerte y la destrucción a su alrededor, había sido una experiencia mucho más dura de cuantas había vivido hasta ese momento. Y ello pese a que, a lo largo de su carrera policial, se había visto obligado a notificar bastantes defunciones. Lisa Holgersson parecía como paralizada, como si ya no le hubiesen quedado ánimos para repetir lo que había tenido que hacer una semana atrás. «Quién sabe, tal vez un policía no tenga capacidad en su vida más que para comunicar un número limitado de defunciones», reflexionó Wallander. «Si es así, me parece que yo ya he alcanzado ese límite. Es imposible rebasarlo.»

En efecto, parecían haber participado en una representación de pesadilla. La decoración del todo irreal, el trío de acordeonistas, la sala de celebraciones del hostal adornada de guirnaldas, el olor a comida procedente de la cocina, los invitados expectantes…, hasta que llegó el coche de la policía y aparcó ante la puerta principal.

Sintió un alivio indecible cuando, por fin, pudo marcharse de nuevo a Nybrostrand. Lisa Holgersson, por su parte, volvió a Ystad. Entretanto, Wallander había hablado por teléfono con Hanson varias veces. No se habían producido novedades. Hanson le comunicó, no obstante, que el fotógrafo Rolf Haag vivía solo. Martinson había visitado la residencia de ancianos en la que pasaba sus días el padre de Haag, pero fue una enfermera quien le dio la noticia al anciano, tras asegurarle a Martinson que el hombre había olvidado que tenía un hijo fotógrafo llamado Rolf hacía ya mucho tiempo.

Nyberg advirtió que empezaría a llover y se apresuró a extender una cubierta de plástico sobre el lugar en que habían hallado los cuerpos y sobre aquel en que el bañista se había sentado sobre su toalla de rayas. Cuando Wallander volvió, numerosas personas se apretujaban aún ante los cordones policiales. Varios periodistas se separaron del grupo de curiosos para tratar de obtener alguna declaración o algún comentario, pero él se limitó a negar con un gesto y a acelerar el paso. Hanson lo puso brevemente al corriente de todo mientras Martinson y los agentes de Malmö interrogaban a los posibles testigos de la zona de acampada. Hasta entonces, nadie había logrado recordar haber visto un coche estacionado en el desvío. Nyberg había obtenido ya una copia de la única fotografía que Haag había tenido tiempo de tomar. Los recién casados lucían una franca sonrisa ante la cámara. Cuando Wallander observó la fotografía, recordó vagamente algo que Nyberg le había dicho durante el día.

—¿Qué fue lo que dijiste antes? — inquirió—. Cuando estábamos Junto al trípode y descubriste que había tomado una única fotografía.

—Ah, pero ¿dije algo?

—Sí, hiciste un comentario.

Nyberg reflexionó un instante.

—Bueno, creo que dije que a este chiflado no parecen gustarle las personas felices.

—¿A qué te referías, exactamente?

—Pues, la verdad, Svedberg no era una persona entusiasta ni caracterizada por su alegría de vivir, pero los jóvenes del parque… seguro que estaban contentos durante aquella fiesta.

Wallander intuía más que comprendía lo que estaba diciendo Nyberg, mientras volvía a contemplar la fotografía de los novios. Después, se la devolvió a Nyberg antes de hacerle una seña a Ann-Britt Höglund para que lo siguiese hasta uno de los coches de policía vacíos; se instalaron en los asientos delanteros.

—¿Dónde está Thurnberg? — quiso saber Wallander.

—Lo cierto es que se marchó muy pronto.

—¿Dijo algo de interés?

—Nada, que yo sepa.

La lluvia había arreciado, y se oía el persistente tamborileo de las gotas contra el techo del coche.

—He estado pensando en abandonar la dirección del caso —confesó de pronto—. Llevamos ya ocho muertos y no estamos ni por asomo más cerca de la solución de lo que nos hallábamos al principio.

—¿Crees que la marcha de la investigación mejoraría por el simple hecho de que tú cedieses el mando a otra persona? Además, ¿a quién podrías designar como sustituto?

—Bueno, tal vez sólo intentaba librarme de esa carga.

—Ya, pero has cambiado de idea, ¿verdad?

—Sí.

Wallander estaba a punto de pedirle que le hiciese saber el resultado de las reflexiones que le había solicitado que hiciese antes de partir hacia Köpingebro, cuando oyó unos toquecitos en una de las ventanillas del coche. Era Martinson, que, empapado por la lluvia, abrió la puerta y se acomodó en el asiento trasero.

—Pensé que te gustaría saber que un hombre ha presentado una denuncia contra ti.

Wallander lo miró atónito.

—¿Contra mí? ¿Y por qué?

—Por un presunto delito de agresión. — Martinson se rascó la frente con gesto preocupado—. ¿Recuerdas a Nils Hagroth, el corredor del parque?

—¡Ah! Pero si no tenía nada que hacer allí.

—Pues te ha denunciado de todos modos, por agresión. Thurnberg lo sabe y, por lo que parece, lo considera un incidente de extrema gravedad.

Wallander no sabía qué decir.

—Sólo quería que lo supieras —añadió Martinson antes de salir del coche.

La lluvia siguió repiqueteando.

En la distancia, los focos iluminaban el lugar en que, hacía unas horas, habían asesinado a la feliz pareja.

Eran las diez y media de la noche.

26

Hacia las doce de la noche, la lluvia cesó de pronto.

A lo lejos, por la zona de Bornholm, los rayos habían encendido el cielo, pero la tormenta no llegó a alcanzar la región de Escania. Cuando caían las últimas gotas, Wallander se apartó de la luz de los focos y bajó hasta la orilla, que estaba sumida en la oscuridad. Algunas personas seguían apostadas ante los cordones policiales pero, más allá, la playa estaba desierta. Una vez en la orilla, se dio la vuelta para observar los haces de luz de los focos. Ya habían retirado los cuerpos, pero Nyberg continuaba trabajando con sus hombres.

Wallander se había alejado para entregarse a aquello que más necesitaba: pensar, intentar forjarse una idea de lo que había ocurrido en realidad y decidir cómo proceder en lo sucesivo.

El aire rezumaba humedad y frescura tras la lluvia, y el olor a algas podridas se había disipado. El calor y la sequía habían persistido durante más de catorce días, y ahora, al cesar la lluvia, seguían imperando las altas temperaturas y el viento se había calmado. El oleaje era apenas perceptible. Mientras orinaba en el agua, se imaginó cómo los islotes de azúcar flotaban por sus venas como pequeños icebergs. Se notaba continuamente la boca seca y a veces le costaba fijar la vista en un objeto determinado, por lo que temía que sus niveles de glucosa hubiesen aumentado.

Sin embargo, en aquellos momentos, nada podía hacer él al respecto, y se prometió que, más adelante, cuando lograsen atrapar al asesino, solicitaría la baja por enfermedad hasta que hubiese recuperado el control sobre su salud.

A menos que antes sufriese un infarto, se desplomase y muriese. Recordó aquella noche, hacía ya cinco años, en que despertó aquejado de un dolor tan intenso en el pecho que creyó que sufría un ataque al corazón. Ya en el hospital, constataron que no era así, pero uno de los especialistas mencionó en su informe que se había tratado de un «aviso», que él había hecho lo posible por olvidar.

Contempló la inmensidad del mar y le pareció adivinar, a lo lejos, el pálido reflejo de las luces de una embarcación.

Después, se recordó a sí mismo su condición de policía.

Mientras avanzaba lentamente por la oscura playa, repasó cuanto había sucedido. Y avanzaba lento no sólo con sus pies, sino también con su mente, temeroso de olvidar algún detalle, de desviarse del invisible rumbo que marcaba aquella brújula que llevaba en su interior. Construía, para después echarlos abajo, diversos razonamientos, y a veces intentaba casar dos argumentos dispares. Tenía la sensación de estar adentrándose, aun de puntillas, en el camino del autor de los crímenes. Intentaba sentirlo cerca de sí. Rydberg nunca dudó de la existencia de lo que él calificaba de huellas invisibles que los asesinos siempre dejaban tras de sí, unas huellas dactilares que había que adivinar.

Y que tan a menudo resultaban decisivas.

Wallander estaba convencido de que el hombre que había surgido del mar, el de la toalla de rayas, era el que buscaban. No existía otro candidato posible. Ese hombre era el que, en el parque, se había agazapado tras el árbol que Wallander había descubierto. Después apareció en el apartamento de Svedberg y ahora emergía de las aguas. Había ocultado su arma en un pequeño hoyo cavado en la arena y había dejado preparado el coche en una carretera cercana.

Wallander ya había hablado de todo esto con sus colegas. Les había hecho reparar en lo importante que era que, al hablar con todas las personas de las que esperaban obtener alguna información, partiesen de ese presupuesto.

El hombre que surgió del mar había estado allí con anterioridad al menos en otra ocasión, si no en varias. Probablemente se había sentado en el mismo lugar y había cavado un hoyo. Cierto que cabía la posibilidad de que se hubiese acercado allí de noche. Pero también podía haberlo hecho de día. Necesitaban una descripción del individuo, su estatura, si se movía de un modo particular…, cualquier detalle era importante.

«Ese hombre se encuentra en algún lugar», se dijo. «La investigación externa ha de ir entretejiéndose con la interna. Si no nos lo topamos por la calle, acabaremos encontrándolo en nuestra investigación. Acabará saliendo a la luz en alguno de los documentos que no cesan de amontonarse sobre nuestras mesas.

»Sí, en algún lugar ha de estar.»

Wallander intentó seguir las reglas de la lógica más básica. Sabían que un mismo hombre había cometido todos los asesinatos, pues nada indicaba que se tratase de varios asesinos. Y también sabían que tenía información exhaustiva y fidedigna sobre sus víctimas, sobre sus vidas, sus costumbres e incluso sobre sus secretos. Ya había dado órdenes de que la policía de Malmö registrase a fondo el estudio de fotografía de Rolf Haag. ¿Cómo se habían puesto en contacto con él los novios? ¿Cómo acordaron el lugar de las tomas? En algún lugar debía de hallarse aquel punto clave que les abriría de par en par las puertas de la investigación. Tenían que buscar allí donde las paredes eran más débiles, para poder horadarlas y cruzar al otro lado.

Sabían, en efecto, que el asesino conocía los detalles más nimios, pero ignoraban de dónde obtenía toda aquella información o cuál podría ser su móvil. Asimismo, eran conscientes de que los jóvenes del parque y la pareja de la playa compartían una característica muy especial: todos estaban disfrazados. Pero ¿habría más puntos de contacto que hubiesen escapado a su atención? Aquello era lo más importante. ¿Había alguna conexión entre Torbjörn Werner o Malin Skander y, por ejemplo, Astrid Hillström? Aún desconocían esas conexiones, pero acabarían por averiguarlas muy pronto.

Sentía que se hallaba en los aledaños de la incógnita, muy cerca del gran secreto y, sin embargo, no lograba darle alcance; al menos, no todavía. «La explicación será, sin duda, muy sencilla», se decía. «Tanto, que soy incapaz de verla. Algo así como cuando uno va buscando las gafas y resulta que las lleva puestas.»

Emprendió el regreso muy despacio. Se distinguía a lo lejos el resplandor de los focos. Mientras volvía sobre sus pasos, intentó seguir los de Svedberg. ¿A quién habría dejado entrar en su apartamento? ¿Quién sería Louise? ¿Quién se dedicó a escribir y enviar postales desde diversos países europeos? «¿Qué era aquello que tú, Svedberg, sabías? ¿Y por qué no quisiste contármelo a mí, que, según Ylva Brink, era tu mejor amigo?»

En este punto, hizo un nuevo alto en el camino. En efecto, esa última pregunta se le antojó, de repente, mucho más importante de lo que él la había supuesto hasta entonces. ¿Por qué motivo había decidido Svedberg no revelar nada a nadie? Sólo dio con una explicación plausible: que su colega confiaba en estar equivocado; y que fue su temor a que una terrible verdad saliese a la luz lo que lo movió a guardar silencio.

No podía ser de otro modo.

Svedberg tenía razón.

Su temor estaba más que justificado.

Por eso lo asesinaron.

De nuevo se encontraba ante los cordones policiales, junto a los cuales se rezagaban aún algunas personas que se resistían a perderse el epílogo de aquel macabro espectáculo del que, en realidad, nada habían podido presenciar.

Cuando ganó las dunas, vio que Nyberg tomaba algunas notas en su bloc.

—Tenemos huellas de pisadas. O, más bien, huellas de pies —precisó—. Pues quien disparó iba descalzo.

—¿Cuál es tu impresión?

Nyberg se guardó el bloc de notas en el bolsillo.

—El fotógrafo fue el primero en caer —explicó-, de eso no cabe la menor duda. El proyectil le entró por la nuca, lo que significa que estaba parcialmente de espaldas al asesino. Si éste hubiera dirigido el primer disparo hacia alguno de los novios, el fotógrafo se habría dado la vuelta y el disparo le habría alcanzado de frente.

—¿Y después?

—Eso es difícil de decir. Supongo que el novio fue el siguiente, pues, al ser hombre, podía entrañar un mayor peligro por su fuerza física. Y, por último, la chica.

—¿Algo más?

—Nada que no supiéramos ya: que quien efectúa los disparos domina su arma a la perfección.

—Vamos, que no le tiembla la mano, ¿no es así?

—Lo más mínimo.

—Es decir, que el autor de estos crímenes es un hombre imperturbable y decidido.

Nyberg observó a Wallander con expresión amarga y sentenció:

—En todo eso sólo veo la frialdad y la crueldad de un loco.

Nyberg no disponía de más información relevante que comunicarle, de modo que Wallander se dirigió a uno de los coches patrulla y le pidió a la pareja de agentes que lo condujesen a Ystad, pues no había motivos para permanecer en la playa por más tiempo.

Cuando llegó a la comisaría, oyó que los teléfonos de la central de alarmas no cesaban de sonar. Uno de los policías que estaba al cargo de las llamadas le hizo señas de que se acercase. Wallander aguardó mientras el policía terminaba la conversación telefónica. Habían descubierto a un sujeto sospechoso de conducir bajo los efectos del alcohol en los alrededores de Svarte. El agente había prometido que enviarían un coche patrulla lo antes posible, pero Wallander sabía que ese coche patrulla no llegaría a Svarte en las próximas veinticuatro horas.

—Llamaron de la policía de Copenhague —le informó el policía—. Kjær, creo que era el apellido. ¿O tal vez dijo Kræmp?

—¿Y qué quería?

—Pues quería hablar contigo. Me parece que acerca de la fotografía que les enviamos.

Wallander anotó el nombre y el número de teléfono y, sin tomarse un minuto para quitarse la chaqueta siquiera, se sentó ante su escritorio y llamó a Dinamarca, desde donde habían telefoneado poco antes de medianoche, por lo que cabía la posibilidad de que Kjær o Kræmp aún estuviese allí.

Alguien contestó al otro lado del hilo. Wallander preguntó por el tal Kjær o Kræmp y aguardó.

—Hola, soy Kjær.

El inspector había dado por sentado que se trataría de un hombre. Sin embargo, quien respondía al apellido de Kjær resultó ser una mujer.

—Hola, Kurt Wallander, de Ystad. Me han dicho que habías preguntado por mí.

—Buenas noches, sí. Se trata de la mujer de la fotografía que nos enviasteis, la supuesta Louise. Tenemos a dos personas que dicen haberla reconocido.

Wallander dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡Por fin!

—Yo misma he hablado con una de ellas, un hombre llamado Anton Bakke que parece digno de crédito. Es jefe de comunicación de una empresa dedicada a la fabricación de mobiliario de oficina.

—¿La conoce?

—No, pero asegura que la ha visto aquí, en un bar de Copenhague cercano a la estación de Hovenbangården. Dice que se ha topado con ella varias veces.

—Pues es muy importante que nos pongamos en contacto con esa mujer.

—¿Ha cometido algún delito?

—No lo sabemos, pero ha salido a relucir en la investigación de un crimen cuya envergadura crece sin cesar. Por eso os enviamos la fotografía.

—Sí, estoy enterada de lo que ha ocurrido, lo de los jóvenes del parque, y el policía.

Wallander completó esa información comentándole los últimos sucesos de aquel día.

—¿Tú crees que la mujer está implicada en esto?

—No necesariamente. Pero tengo algunas preguntas importantes que hacerle.

—Al parecer, hay periodos en los que Bakke visita el bar en cuestión un par de veces a la semana. Él afirma que la ha visto una de cada dos veces.

—¿Iba sola?

—No estaba seguro, pero le dio la impresión de que iba acompañada de alguien.

—¿Le preguntaste cuándo la vio por última vez?

—Sí, la última noche en que Bakke acudió al bar, a mediados de junio.

—Bien. Decías que habíais recibido otra llamada.

—Así es. Un taxista que sostenía que la había llevado en su taxi en una ocasión, hace unas semanas.

—Bueno, el índice de error de un taxista debe de ser bastante elevado, ¿no?

—Es probable, pero éste la recordaba porque hablaba sueco.

—¿La recogió en alguna dirección determinada?

—No, ella lo había parado en la calle, de noche o, más bien, de madrugada, hacia las cuatro y media. Le dijo que iba a tomar el primer barco hacia Malmö.

Wallander tenía que tomar una determinación. La mujer de la fotografía hallada en el apartamento de Svedberg seguía siendo importante, pero ¿hasta qué punto? Por fin, decidió que tenían que dar con ella lo antes posible, que aquello no podía esperar.

—Bien, no podemos pediros que la detengáis, pero sí que la llevéis a la comisaría y la retengáis hasta que alguno de nosotros llegue. Necesitamos hablar con ella, para empezar. Después ya veremos adónde nos conduce su declaración.

—Claro, contad con nuestra ayuda. A ver qué motivo se nos ocurre para hacerla venir.

—Además, me gustaría que me avisarais en cuanto se presente en ese bar. Por cierto, ¿cómo se llama el local?

—«Amigo».

—¿Y qué tal es?

—Por lo que sé, no tiene mala fama, a pesar de encontrarse en la calle de Istedgade.

Wallander recordó que era una de las calles más céntricas de Copenhague.

—En fin, no sabes lo que te agradezco que nos ayudéis con esto.

—Te llamaremos tan pronto como aparezca por el bar. A propósito, se me ocurre que también podemos hablar con los camareros, es posible que alguno sepa dónde vive.

—Yo preferiría que no lo hicieseis. Siempre corremos el riesgo de que ella se entere y desaparezca —objetó Wallander.

—Pero ¿no decías que no es sospechosa de ningún delito?

—Y no lo es. Pero puedo estar equivocado.

Kjær comprendió su reserva. Wallander tomó nota de los varios números de teléfono que ella le dio, así como de su nombre. Se llamaba Lone, Lone Kjær.

Cuando el inspector colgó el auricular, había dado ya la una y media. Se levantó pesadamente y se dirigió a los servicios, para después ir a beber agua al comedor.

Tomó uno de los bocadillos resecos que había sobre una bandeja mientras oía aproximarse desde el pasillo la voz de Martinson, que hablaba con alguno de los agentes de Malmö. Entraron en el comedor, donde Wallander, en pie, mordisqueaba su bocadillo.

—¿Cómo va la cosa?

—Ninguno de los acampados ha visto a ninguna otra persona extraña, aparte del bañista.

—¿Contamos ya con alguna descripción?

—Habíamos pensado organizar la información de que disponemos.

—¿Dónde están los demás?

—Hanson sigue en el lugar del crimen. Ann-Britt Höglund tuvo que marcharse a casa, pues su hija había empezado a vomitar.

—Llamaron de la policía danesa. Han encontrado a Louise.

—¿Estás seguro?

—Eso parece.

Wallander se sirvió un café; Martinson aguardaba impaciente la continuación.

—¿La han detenido?

—¿Y por qué motivo iban a detenerla? Pero la han visto dos personas, un taxista y cierto cliente habitual de un bar, es decir, que la publicación de la fotografía en la prensa ha dado su fruto.

—O sea, que es cierto que se llama Louise, ¿verdad?

—Bueno, ese dato está aún por confirmar.

Wallander bostezó y Martinson lo imitó mientras uno de los policías de Malmö trataba de ahuyentar el cansancio frotándose los ojos.

—Vamos a sentarnos —propuso Wallander.

—De acuerdo, pero danos un cuarto de hora para prepararnos —solicitó Martinson—. Además, creo que Hanson está en camino. Ann-Britt dijo que podíamos llamarla a su casa, si es necesario.

Wallander se llevó la taza a su despacho. Al sentarse, se le derramó el café y se manchó una manga de la chaqueta, que aún no se había quitado. Al ver la mancha, dejó la taza sobre la mesa con un golpe brusco, se quitó la chaqueta y la arrojó indignado a un rincón. Pensó que, en realidad, aquel golpe en la mesa iba destinado al asesino que todavía no habían logrado atrapar.

Echó mano de uno de los blocs escolares, cuyas páginas estaban garabateadas y emborronadas de anotaciones hechas sin orden ni concierto, buscó una hoja en blanco y escribió tres preguntas:

«¿De dónde obtiene la información?» «¿Cuál es su móvil?»

«¿Por qué Svedberg?»

Se echó hacia atrás en la silla mientras observaba lo que acababa de escribir. Como no se sintió satisfecho, añadió:

«¿Por qué estaba el telescopio de Svedberg en casa de su primo?» «¿Por qué esa inclinación del asesino por atacar a gente disfrazada?» «¿Por qué Isa Edengren?»

«El punto clave, ¿cuál será?»

Iba avanzando, pero seguía echando algo en falta, así que escribió de nuevo:

«Louise visita Copenhague. Habla sueco.» «¿Una secta secreta?»

«Bror Sundelius.»

«¿Qué fue lo que dijo Lennart Westin en la cabina de mandos?»

Aquello le ayudaba a concretar la situación. Un hombre surge del mar. Un hombre de mano firme. Un excelente tirador.

Wallander se levantó para examinar el mapa de Escania. «En primer lugar, Hagestad. Ahora, Nybrostrand. Entre uno y otro, Ystad.» Era un campo de acción muy limitado, pero eso no le proporcionaba ninguna pista inmediata. Tomó el bloc escolar y se dirigió a la sala de reuniones, donde no halló sino rostros marcados por el agotamiento y la apatía, ropas arrugadas, cuerpos entumecidos. «Seguro que el asesino está durmiendo tan tranquilo», se dijo, «mientras que nosotros vagamos a la deriva siguiendo su pista.»

Sin esperar más, hicieron balance de la situación. Nadie, en la playa, había observado la presencia de ningún coche, ni había visto a otra persona sospechosa, salvo al bañista, lo que suponía un gran avance. Por otro lado, nadie habría podido ocultarse en el lugar en que iban a tomarse las fotografías, como tampoco pudo venir del lado opuesto a la zona de acampada, donde todo parecía indicar que había estado estacionado el vehículo. Dos personas que habían pasado por delante de las dunas justo cuando la pareja y el fotógrafo se dirigían hacia allí, aseguraban que entonces no había nadie.

La cuestión del aspecto del sospechoso era más difícil de resolver. Intentaron ensamblar los datos de que disponían, pero el conjunto seguía resultando bastante impreciso. El escurridizo hombre al que buscaban continuaba escabulléndose. Martinson llamó a casa de Ann-Britt Höglund en varias ocasiones para preguntarle sobre la información que ella había recabado.

Finalmente, se dieron por vencidos: aquello era como un callejón sin salida. Wallander echó un vistazo a sus notas.

—En suma, nos hallamos ante una descripción extraña y contradictoria por demás —recapituló abatido—. ¿Lleva el pelo corto, o es calvo? Sobre ese particular tenemos versiones opuestas. Si tiene pelo, corto o no, ignoramos el color. La opinión sobre la forma de su rostro, más bien alargado, parece unánime. «Casi equino», según afirman, curiosamente con las mismas palabras, dos testigos independientes. Por otro lado, todos aseguran que el hombre al que vieron salir del agua no estaba tostado por el sol. También hay unanimidad en lo que respecto a su estatura, que los testigos califican de normal, lo que puede significar cualquier cosa, de modo que la única conclusión sensata es que no se trata ni de un enano ni de un gigante. Por lo que parece, tampoco es de complexión robusta ni se mueve de ningún modo especial. Sobre el color de sus ojos no ha podido pronunciarse nadie, como es lógico, dado que nadie se acercó a él lo suficiente. Un hombre que paseaba a su perro pasó a unos cinco metros de distancia, y eso es lo más cerca que nadie ha llegado a estar del individuo. En cuanto al dato de la edad, reina el mayor de los desconciertos, pues las respuestas van desde los veinte años hasta los sesenta. Una dudosa mayoría se inclina porque está entre los treinta y cinco y los cuarenta y cinco, si bien nadie ha sido capaz de explicar por qué le atribuyen esa edad. — Wallander apartó el bloc a un lado—. En otras palabras, no tenemos ninguna descripción —concluyó—. Sabemos que es un hombre sin minusvalías o defectos físicos patentes y que no está tostado por el sol. Todo lo demás es contradictorio.

El silencio se hacía cada vez más profundo y Wallander comprendió que debía provocar cuanto antes un giro en el estado de ánimo de sus colegas.

—Pese a todo, es impresionante que hayamos logrado reunir toda esta información en tan poco tiempo. De modo que yo me inclino a pensar que, si seguimos trabajando, mañana tendremos aclarados bastantes puntos. Por otro lado, el que tengamos la certeza de que se trataba de nuestro hombre es un hecho decisivo. Y, sin lugar a dudas, un avance claro en la investigación.

En este punto, hizo una pausa, antes de pasar a referirles brevemente la conversación mantenida con Lone Kjær, de la policía de Copenhague. La mujer de la fotografía que habían hallado en el apartamento de Svedberg seguía sin identificar pero, al menos, la tenían localizada.

Ahí puso Wallander punto final a la reunión. Eran las tres menos veinte, y todos se levantaron raudos para dirigirse a sus respectivos despachos, a excepción de Martinson, que se rezagó un instante. Tenía el rostro apagado por la falta de sueño.

—Ha empezado a llegarnos material, tanto de la Interpol como del FBI, sobre esa organización que se hace llamar Divine Movers —lo informó—. Al parecer, es una facción de una secta que lleva el curioso nombre de Hijas de Jesús, y que a su vez, según indican los datos, surgió de una mezcla de creencias basadas en el movimiento Rastafari, las divinidades griegas y otras creencias religiosas. El fundador, un sacerdote católico de Uruguay que sufrió un trastorno mental, fue excomulgado e internado en un hospital psiquiátrico. Allí, según decía, fue testigo de varias apariciones divinas, pero cuyos facultativos lo consideraron, por extraño que parezca, lo suficientemente cuerdo como para darle el alta después de algún tiempo y, al salir, fundó esta secta.

—Lo importante aquí es el asunto de la violencia —interrumpió Wallander impaciente—. ¿Se han producido ataques contra miembros de esta secta con anterioridad?

—Según se desprende de la información recibida hasta el momento, no ha sido así. Pero nos han advertido de que enviarán más, tanto desde Washington como desde Bruselas. Pensaba dedicarme a examinar los documentos recibidos después de la reunión.

—Lo que tienes que hacer es marcharte a casa a descansar —atajó Wallander.

—Ya, bueno. Creía que era importante…

—Y lo es. Pero no podemos hacernos cargo de todo al mismo tiempo, así que será mejor que nos concentremos en los asesinatos de Nybrostrand, que, pese a todo, son lo que más nos ha aproximado a este demente.

—¿Has cambiado de opinión?

—¿A qué te refieres?

—Bueno, como ahora lo tachas de «demente»…

—Un asesino padece siempre cierto grado de locura, aunque no por ello ha de ser menos calculador ni más cobarde. En el fondo, puede tratarse de alguien exactamente igual que tú y que yo.

Martinson asintió, sin lograr reprimir un bostezo.

—Está bien, me voy a casa —se rindió al fin—. ¿Por qué me haría yo policía?

Wallander guardó silencio y fue por otra taza de café, pese a que empezaba a notar molestias en el estómago. Recogió la chaqueta, que estaba hecha un rebujo en el suelo, y permaneció un instante de pie, preguntándose qué hacer. Si bien estaba demasiado cansado para pensar, sospechaba que ese mismo cansancio le impediría conciliar el sueño.

Entonces descubrió que le habían dejado una nota junto al teléfono, en la que le comunicaban que debía llamar a Linda, y se sentó. Pensó que tal vez el restaurante donde trabajaba su hija estuviese aún abierto, pero se sentía tan agotado que decidió no llamar.

De entre un montón de papeles sobresalía una esquina de la fotografía de Louise. Al observarla de nuevo, volvió a experimentar la sensación de que había algo extraño en la imagen, pero tampoco en esta ocasión consiguió determinar qué podía ser. Sin apenas darse cuenta, se guardó distraído la fotografía en el bolsillo y apoyó los pies sobre la mesa.

Cerró los ojos para descansar la vista.

Casi en el acto, cayó vencido por el sueño.

Despertó sobresaltado, sin una clara conciencia de dónde se encontraba. En algún momento, mientras dormía, había bajado los pies de la mesa, pues lo que lo había despertado fue un tirón en la pantorrilla. Eran las cuatro menos diez, por lo que había estado durmiendo durante una hora, más o menos. Le dolía todo el cuerpo, y permaneció allí, inmóvil y con la mente en blanco, un buen rato. Después, tras buscar infructuosamente un cepillo de dientes en alguno de los cajones de su escritorio, se encaminó a los servicios, donde se refrescó la cara.

Todavía indeciso, le cruzó la mente la idea de irse a descansar; al menos unas horas de sueño le sentarían bien. Además, necesitaba darse un baño y cambiarse de ropa. Finalmente, aunque no muy convencido, abandonó la comisaría.

Una suave brisa cálida lo acompañó mientras caminaba por la ciudad desierta. Una vez en la calle Mariagatan, decidió que el sueño podía esperar. Eran las cuatro de la madrugada, con lo que, una hora más tarde, podría ya ir a visitar a Bror Sundelius, pues el ex director de banco había sido muy claro al referirse a sus hábitos matinales: a las cinco de la mañana solía estar levantado y vestido. Wallander no había dejado de considerar la posibilidad de que, si llegaban a dilucidar qué relación había entre la denuncia de Stig ante la comisión de justicia, Svedberg y Bror Sundelius, tal vez vislumbrarían por fin el secreto de Svedberg.

Y aquella decisión lo condujo a otra: se sentó al volante y se puso en marcha hacia Nybrostrand, donde, según suponía, pues eran las cuatro de la mañana, nadie lo importunaría. Tan sólo los policías que montaban la guardia en el lugar de los hechos estarían allí, y sabía que, si se encontraba solo en el escenario de un crimen, cabía la posibilidad de que descubriese nuevos detalles que antes le habían pasado inadvertidos.

Escasos minutos después, llegaba a Nybrostrand, donde, tal y como él había sospechado, reinaba la calma en torno a los cordones policiales. En el interior del coche patrulla aparcado en la playa, un agente dormitaba ante el volante mientras el compañero fumaba un cigarrillo apoyado contra la puerta delantera. Cuando Wallander se acercó y lo saludó, cayó en la cuenta de que se trataba del mismo policía que, noches antes, había estado de guardia a la entrada del parque natural. Aquella investigación estaba llena de detalles recurrentes.

—¿Todo bien? — inquirió.

—Todo bien, aunque los curiosos han estado merodeando por aquí hasta hace poco. La verdad, no acabo de explicarme qué esperan ver.

—Yo creo que más bien los atrae el saberse en las cercanías de la crueldad, con la tranquilidad de que no es uno mismo el afectado, claro —apuntó Wallander.

Dicho esto, saltó por encima del cordón y se encaminó hacia el lugar del crimen. Un foco solitario iluminaba la hierba pisoteada de las dunas. Wallander se colocó en el lugar en el que él creía que el fotógrafo se había situado, antes de darse la vuelta despacio y dirigirse a aquel otro donde el asesino había practicado el hoyo, que ahora aparecía acordonado y cubierto.

«El hombre que estuvo aquí sentado en su toalla de rayas lo sabía todo», resolvió. «Es decir, no se trata simplemente de que esté bien informado, sino que conoce hasta el más mínimo detalle de lo que va a ocurrir, como si hubiese participado en los preparativos de todo.»

¿Era aquello posible? Wallander consideró la posibilidad de que Rolf Haag tuviese un ayudante que, sin duda, estaría al corriente de dónde se tomarían las fotos de los novios. Pero ¿cómo habría podido conocer ese supuesto ayudante los detalles de la fiesta que pretendían celebrar los jóvenes en el parque? ¿Cómo había llegado a conocer la isla de Bärnsö? ¿Y cuál había sido su relación con Svedberg?

Wallander dejó la idea en ese punto, aunque sin apartarla del todo de su mente. Regresó a las dunas e intentó imaginarse un móvil: personas jóvenes y disfrazadas, a excepción de Svedberg, claro. Pero aquella salvedad podía tener una explicación. En efecto, cabía la posibilidad de que Svedberg no fuese una víctima auténtica, de que su muerte no hubiese entrado en los planes del asesino, sino que quizá se produjo porque se había acercado más de lo conveniente o porque había transgredido un límite invisible.

De pronto, concluyó, sin temor a equivocarse, que también podían descartar al fotógrafo Rolf Haag, que también él se había interpuesto en el camino, de modo que no quedaban más que seis personas jóvenes, todas ellas disfrazadas y ebrias de esa felicidad que conlleva cualquier celebración. Recordó también las palabras de Nyberg: «A este demente no le gustan las personas felices». Hasta ahí, todo coincidía, habían detectado un rasgo común, pero insuficiente y demasiado superficial.

Regresó hasta el coche patrulla, donde el policía seguía fumando.

—Le he dado vueltas a lo que hemos hablado —comentó el agente al tiempo que pisaba la colilla sobre otras que ya se amontonaban en el mismo lugar—. Ya sabes, lo de los curiosos que vienen a fisgonear. En el fondo, de no haber sido yo policía, supongo que yo también habría estado de ese lado del cordón.

—Sin duda —convino Wallander.

—Cuando los observas, te das cuenta de que más de uno tiene un aspecto bastante curioso. Algunos fingen no estar interesados, ¿sabes?, aunque luego se pasen horas mirando. Uno de los últimos en marcharse esta noche fue una mujer. Apuesto a que ya estaba aquí cuando yo llegué al cambio de guardia.

Wallander escuchaba con cierta indiferencia; sólo esperaba que diesen las cinco para ir a ver a Sundelius.

—Al principio su cara me resultó familiar —siguió el agente-, como si la hubiese visto antes, pero luego me di cuenta de que estaba equivocado.

Las palabras penetraron despacio en la conciencia de Wallander, que terminó mirando inquisitivo al policía.

—¿Qué es lo que acabas de decir?

—Que pensé que conocía a esa mujer que se quedó sola al otro lado del cordón policial. Pero estaba equivocado.

—¿No has dicho que creíste haberla visto con anterioridad?

—Bueno, a lo mejor la confundí con otra.

—Ya, pero reconocer a alguien y creer que uno ha visto antes a esa persona no es lo mismo, ¿no?

—Sí, claro, tienes razón. El caso es que había algo familiar en su rostro, de eso estoy seguro.

Wallander se dijo que, con total seguridad, empezaba a perder el juicio; pese a todo eso, sacó la fotografía que se había metido en el bolsillo. Todo estaba a oscuras, pero el compañero llevaba una linterna.

—Observa esta fotografía.

El hombre la enfocó con la linterna y miró, primero el rostro retratado, después a Wallander.

—¡Pero si es ella! ¿Cómo lo has sabido?

Wallander contuvo la respiración.

—¿Estás seguro?

—Totalmente. Era ella, sí. Ya sabía yo que la había visto antes…

Wallander lanzó una maldición para sus adentros al pensar que tal vez un agente más despierto y atento la habría reconocido y habría intentado retenerla. Sin embargo, comprendió que estaba siendo injusto, pues eran muchas las personas que se agolpaban ante los cordones policiales y, después de todo, el agente había reparado en la mujer y había sido capaz de recordarla.

—¿Dónde estaba, exactamente?

El policía enfocó con la linterna encendida el extremo del cordón más próximo a la orilla.

—¿Durante cuánto tiempo estuvo aquí?

—Durante horas.

—¿Estaba sola?

El agente reflexionó un instante.

—Sí —repuso al fin categórico.

—¿Y dices que fue la última en marcharse?

—Bueno, una de las últimas personas, sí.

—¿En qué dirección se fue?

—Hacia la zona de acampada.

—¿Es posible que viva allí, en una tienda de campaña o en una caravana?

—La verdad, no vi qué dirección tomaba exactamente, pero no tenía aspecto de alojarse en el camping.

—¿Qué distingue a los que acampan? ¿Y cómo iba vestida?

—Pues iba de azul, con un traje de chaqueta y pantalón. Los acampados suelen vestir ropa deportiva.

—Si vuelves a verla, me llamas enseguida —ordenó Wallander—. Informa de ello a los cambios de guardia. ¿Lleváis alguna fotografía de ella en el coche?

—No lo sé, pero puedo despertar al compañero y preguntarle.

—No, no es necesario.

Wallander le dio la fotografía, que aún tenía en la mano.

Después se marchó de allí. Estaban a punto de dar las cinco de la mañana y el cansancio había empezado a remitir.

La sensación de hallarse muy cerca lo embargaba ahora con gran intensidad.

La mujer que tal vez se llamase Louise no era la persona a la que perseguían.

Pero ella sabía quién era el asesino.

27

A las cinco y cuarto de la mañana, Wallander aparcó el coche en una de las arterias perpendiculares a la calle Vädergränd.

Al apearse, comprobó que aquel domingo prometía ser un día sin viento, otra jornada cálida y de temperatura agradable. Torció al llegar a la esquina con la calle Vädergränd y, una vez ante el portal, comprobó que estaba abierto, de modo que subió las escaleras y llamó a la puerta de Sundelius con la esperanza de que los domingos no constituyesen una excepción en sus hábitos matutinos. Al abrirla, Sundelius, que vestía traje oscuro y corbata, lo miró sorprendido.

—Una hora intempestiva para una segunda visita inesperada —comentó, y se hizo a un lado para que Wallander entrase en el vestíbulo.

—Siento molestarle un domingo por la mañana —se disculpó Wallander—. Como es natural, puedo venir en otro momento, si no le conviene ahora.

—Como le dije la primera vez, siempre tengo café preparado por si recibo una visita inesperada, domingos incluidos.

Sundelius le ofreció una percha de la que Wallander colgó su chaqueta, no sin antes sacar el móvil del bolsillo.

—¿Cuántas probabilidades hay de que lo llamen ahora? — ironizó el ex director del banco.

—Pues, a estas horas de la mañana, pocas.

Entraron en la sala de estar, donde Wallander ocupó el mismo asiento que la vez anterior. Sundelius, que había ido a la cocina, volvió minutos después con una bandeja y le sirvió un café.

—En realidad, no deja de sorprenderme que venga hoy, después de lo que sucedió ayer en Nybrostrand.

Wallander lanzó una mirada al tablero de la mesa, pero no vio ningún periódico. Sundelius le adivinó el pensamiento.

—Yo siempre comienzo el día con una llamada telefónica al servicio de información de la agencia TT —aclaró—. Se hallaron tres cadáveres en Nybrostrand. Hay indicios de que se trata del mismo asesino que acabó con la vida de los tres jóvenes en el parque de Hagestad. ¿Tiene la policía alguna sospecha de que este sujeto, ante la sola idea del número tres, sufra una metamorfosis y se transforme en verdugo?

La figura de Isa Edengren acudió a la mente de Wallander, al igual que la de Svedberg.

—No necesariamente.

—Sin embargo, por lo demás, la información que recibí es correcta, ¿no es así?

—Cierto.

Sundelius se echó hacia atrás en la silla y cruzó las piernas.

—Veamos: la policía viene a visitarme a las cinco y diecisiete minutos de la mañana, pero, que yo sepa, no estoy detenido. De modo que tengo curiosidad por saber qué desea de mí.

Wallander reflexionó sobre el talante de Sundelius: decidía y opinaba acerca de todo y en todo momento, aunque no fue capaz de determinar si, además era, en general, una persona soberbia.

—¿Acaso habríamos de tener algún motivo para su detención?

—¡Por supuesto que no! Era una broma.

Wallander no hizo comentarios y fue derecho al grano.

—Hace unos años murió en Ystad un hombre llamado Nils Stridh. Respondía al apelativo de Nisse. ¿Lo conocía usted?

Por el rostro de Sundelius cruzó un atisbo de asombro y quizá también cierto temor, muy fugaz pero perceptible para Wallander, que ya se lo esperaba.

—No lo sé. Como comprenderá, he conocido a muchas personas en mi vida. Si me proporciona algún otro dato…

—Nils Stridh era alcohólico. No creo que tuviese en toda su vida ningún trabajo decente. Tenía un hermano llamado Stig, y vivía con una mujer, Rut Lundin.

Sundelius, ya repuesto de su sorpresa, contestó sin titubeos.

—Sí, ahora que lo dice, tengo un recuerdo bastante impreciso de un tal Nils Stridh. Acudió al banco en una ocasión para solicitar un crédito, pero no se le concedió, de modo que el hombre exigió hablar personalmente conmigo. Le expliqué por qué no podíamos concederle el crédito y, si estamos hablando del mismo hombre, después de aquello no volví a verlo jamás.

—¿Cuándo sucedió eso?

Sundelius se puso a reflexionar, aunque Wallander albergaba sus dudas sobre si realmente necesitaba hacer memoria.

—Yo diría que fue a principios de los años ochenta. siento no poder ser más preciso.

—¿Quiere decir que ése fue el único contacto que tuvo con Nils Stridh?

—Así es, siempre que se trate del mismo hombre.

—Sí, claro. Partimos de la base de que es el mismo hombre, pues Stridh no es un apellido muy común. De modo que nunca más volvió a verlo, ¿cierto?, nunca repitió su visita al banco.

—Bueno, nunca más solicitó una entrevista conmigo, pero lo cierto es que ignoro si volvió a acudir al banco.

—Consideremos el asunto desde otra perspectiva —prosiguió Wallander—. Resulta que poseo cierta información que contradice lo que acaba de afirmar, más bien apunta en la dirección contraria. En efecto, según mis datos, Nils Stridh y usted se conocían muy bien aunque, ciertamente, hay que admitir que debían de formar una pareja bastante desigual.

Sundelius pareció guardar la compostura, si bien Wallander sospechaba que lo que acababa de oírlo había perturbado.

—¿Y quién dice tal cosa?

—Rut Lundin, considerada como la viuda de Nils Stridh, pese a que nunca estuvieron casados.

—¿Y esa señora sostiene que yo me relacionaba con su marido, un alcohólico desempleado?

—En fin, tal vez no que hubiesen mantenido una relación de amistad, pero sí algún contacto esporádico y más o menos íntimo.

—Ésa es una afirmación tendenciosa por demás. Yo vi a Nils Stridh una sola vez en mi vida y, por cierto, ahora lo recuerdo como un hombre testarudo y molesto, probablemente borracho, al que me vi obligado a pedir que se marchase tras explicarle las normas crediticias del banco.

—O sea que, después de aquello, nunca más volvió a verlo.

—Ya he contestado a esa pregunta, ¿no? Lo que yo quisiera ahora es que me explicase por qué viene a mi casa a las cinco de la mañana para hablar de algo irrelevante o más bien inexacto. De hecho, yo creía que deseaba hablar de Karl Evert.

—Eso es precisamente lo que estamos haciendo —puntualizó Wallander—. Nils Stridh era, como usted mismo descubrió al parecer en su momento un hombre bastante fastidioso y problemático que, en una ocasión, llegó a agredir a su propio hermano, además de destrozar su apartamento. Por cierto, también por una cuestión de dinero, pues su hermano se negó a prestárselo, lo mismo que usted hizo en el banco anos años atrás. Stig Stridh denunció esa agresión, y en este punto aparece la figura de Svedberg. En efecto, éste tenía que tramitar dicha denuncia, cosa que se negó a hacer aduciendo falta de pruebas. Ante una actitud tan insólita, Stig Stridh denunció a Svedberg ante la comisión de justicia, que, a su vez, lo consideró inocente del supuesto delito de prevaricación. Y ahora, once años después, cuando a mí se me ocurre investigar el asunto y, para ello, me pongo en contacto con Stig Stridh y con Rut Lundin, ella me facilita su nombre entre los de otros amigos de Nils Stridh.

—Eso es totalmente falso.

—¿Y por qué habría de mentirme acerca de algo que yo puedo comprobar sin el menor inconveniente?

—Eso debe preguntárselo a ella.

—¿Le refirió Svedberg en alguna ocasión este incidente?

—Jamás.

La respuesta fue tan rápida que Wallander empezó a prestar la mayor atención, pues sospechaba que Sundelius estaba en guardia y que mostraría una gran reserva. Decidió proseguir con mucha cautela.

—¿Y está seguro de que no se equivoca? Después de todo, hablamos de cosas que sucedieron hace ya muchos años.

—Svedberg no mencionó jamás nada relacionado con nadie que lo hubiese denunciado ante la comisión de justicia.

—¿Acaso no solía hablarle de su trabajo?

—Sí lo hizo alguna vez, pero era muy estricto con las normas, y el juramento de secreto profesional no constituía una excepción.

—¿Le habló de mí en alguna ocasión?

—¿Por qué lo pregunta?

—Simple curiosidad.

—Pues sí, mencionó su nombre en varias ocasiones, siempre en términos de elogio.

Wallander apuró el último trago de café y rechazó una segunda taza.

—En resumidas cuentas, usted niega rotundamente haber visto a Nils Stridh salvo en una ocasión, la propiciada por la visita de éste al banco.

—Exacto.

Wallander comprendió que, por el momento, no podría llegar más lejos. Era evidente que Sundelius se había provisto de una buena coraza. No obstante, estaba seguro de que el ex director de banco le estaba mintiendo y se había propuesto averiguar el motivo.

—Le prometí que le avisaría cuando supiésemos la fecha del entierro; pues bien, tendrá lugar el martes a las dos de la tarde.

—Gracias, ya había visto la necrológica en el periódico —replicó Sundelius.

Wallander cayó en la cuenta de que él mismo no había llegado a verla. Estaba pensando en ponerse de pie para despedirse, cuando recordó que tenía otra pregunta que formular y permaneció sentado aún un instante.

—¿Cree que Svedberg tenía enemigos?

—No, que yo sepa.

—¿Le dio la impresión, en algún momento, de que estaba inquieto o quizás asustado?

—No. Era una persona muy equilibrada; de otro modo nuestra relación habría sido imposible.

Wallander consideró brevemente si sería conveniente decirle lo que estaba pasando por su mente en aquel momento, hasta que resolvió hacerlo.

—Hemos localizado a la mujer con la que Svedberg mantuvo una relación secreta.

Una sombra de preocupación se cernió de nuevo sobre el semblante de Sundelius, tal y como Wallander suponía que ocurriría.

—¿Cómo se llama esa señora?

—Creemos que responde al nombre de Louise.

—¿Y el apellido?

—Lo ignoramos.

Wallander se levantó. Las piernas le pesaban a causa del cansancio; llevaba muchas horas sin dormir. Sundelius lo acompañó al vestíbulo y, ya con la chaqueta en la mano, el inspector recordó que tenía otra pregunta más que hacer.

—¿Le sugiere algo el nombre de Adamsson?

—Yo sólo conozco a un Adamsson —repuso Sundelius—. Sven-Erik Adamsson. Vive en Svarte y es médico naturista.

—¿Era también conocido de Svedberg?

—Pues sí. Solíamos visitarlo juntos. — ¿Por qué razón?

—Pues porque ambos creíamos en la medicina naturista.

«¡Vaya!», exclamó el inspector para sí. «Así de simple.» La respuesta era de lo más verosímil y, pese a todo, Wallander tenía sus reservas al respecto, ya que no había visto ningún medicamento naturista en casa de Svedberg.

En todo momento, mientras caminaba por la calle, lo acompañó la firme sensación de que Sundelius lo observaba desde una de sus ventanas. Sin embargo, no se volvió a comprobarlo. La sospecha de que Sundelius no le había dicho la verdad, de que le había ocultado algo le parecía cada vez más fundada. Se sentó al volante y repasó mentalmente toda la conversación, pero las ideas iban y venían sin orden ni concierto. En efecto, le faltaban las fuerzas, de modo que puso rumbo a la calle Mariagatan, subió al apartamento y se tendió en la cama, no sin antes haber puesto el despertador para que sonase al cabo de una hora.

El timbre del teléfono fue penetrando en su conciencia y lo arrancó del sueño. Sobresaltado, se sentó al borde de la cama y se dirigió trastabillando hacia la cocina.

Era Lennart Westin, que llamaba desde su casa del archipiélago de Östergötland.

—No estarías durmiendo, ¿verdad? — preguntó a modo de disculpa.

—En absoluto —mintió Wallander—. Pero acabo de salir de la ducha y estaba secándome. ¿Puedo llamarte dentro de unos minutos?

—Sí, claro. Estoy en casa.

Sobre la mesa había un lápiz, pero no halló ningún trozo de papel ni ningún periódico, de modo que apuntó el número de teléfono en la misma mesa.

Luego se sentó con la frente apoyada en las dos manos; tenía un intenso dolor de cabeza y se sentía aún más agotado que antes de echarse. Se enjuagó la cara con agua fría, buscó un analgésico y puso una cafetera con el café que le quedaba. Ya no había más. Quince minutos más tarde, a las ocho y nueve minutos, según indicaba el reloj de la cocina, llamó a Lennart Westin, que contestó enseguida.

—Vaya, yo creo que te he despertado, pero como me pediste que te llamase si recordaba algo importante…

—Trabajamos casi las veinticuatro horas, así que no dormimos mucho —explicó Wallander—. Por supuesto que has hecho bien llamándome.

—En realidad, he recordado dos detalles —precisó Westin—. El primero, del día en que el policía al que dispararon viajó conmigo hasta Bärnsö en el barco. ¿Sabes?, esta mañana, cuando me desperté, recordé un comentario suyo.

Wallander le pidió disculpas antes de dejar el auricular para ir a la sala a buscar uno de sus blocs de notas.

—Como te decía, me preguntó si en los últimos días había llevado a alguna mujer a Bärnsö.

—¿Y qué le dijiste?

—Pues que sí.

—¿Quién era?

—Se llama Linnea Vederfeldt y vive en Gusum.

—¿Y para qué iba a Bärnsö?

—Al parecer, la madre de Isa había encargado cortinas nuevas para la casa. Por lo visto, Vederfeldt y ella eran amigas de la infancia y le había pedido que fuese a tomar las medidas. Me pidió que la recogiera en Bärnsö después del reparto del correo.

—¿Y tú se lo contaste a Svedberg?

—La verdad, pensé que aquello no era de su incumbencia, de modo que no le di muchos detalles.

—¿Cómo reaccionó?

—Insistió en que le contestase y al final le dije que se trataba de una amiga de la madre. Quedó algo decepcionado y perdió el interés por el asunto.

—¿Te preguntó algo más?

—Si lo hizo, no lo recuerdo. Lo que sí te puedo asegurar es que se puso muy nervioso cuando le dije que había llevado a una mujer en mi barco. La verdad, no entiendo cómo pude olvidar ese detalle la primera vez que hablé contigo.

—¿En qué sentido se mostró nervioso?

—Bueno, yo no sé mucho de estas cosas, pero a mí me dio la impresión de que se asustó.

Wallander asintió para sí. «Svedberg creyó que se trataba de Louise», resolvió, «y la sola idea lo atemorizó,»

—De acuerdo. ¿Cuál era el otro detalle que te había venido a la memoria? Eran dos, ¿no?

—Así es. Debo de haber dormido muy bien esta noche porque, esta mañana, me he acordado de algo de lo que también hablamos en la cabina de mandos, antes de anclar en el primer muelle. Te dije que, quieras o no, acabas sabiéndolo todo de la mayoría de la gente. ¿Lo recuerdas?

—Sí, ahora sí.

—Pues, como ves, no era tan importante.

—Lo suficiente, te lo aseguro. Te agradezco mucho que me hayas llamado.

—Prometiste que vendrías al archipiélago en otoño —comentó Westin—. Cuando la mar esté en calma.

—¿He de interpretarlo como una invitación? — inquirió Wallander.

—Puedes interpretarlo como quieras —repuso Westin con una carcajada—. Pero has de saber que yo mantengo mis promesas.

Concluida la conversación, Wallander tomó la taza de café y volvió a la sala de estar.

Claro que recordaba aquella conversación en la cabina de mandos, durante la cual Westin le refirió cómo era el trabajo de un repartidor de Correos en el archipiélago.

De pronto, cayó en la cuenta de lo que había estado buscando y comprendió que su intuición lo había llevado por buen camino.

En efecto, iban a la caza de un asesino que planificaba y preparaba con suma minuciosidad las atrocidades que le venían a la mente. Y de esa forma de planificar se infería que el sujeto podía recabar toda la información que precisaba sin despertar sospechas. ¿Y cómo era posible eso?

Pues, por ejemplo, teniendo acceso al correo ajeno, leyendo las cartas de los demás.

Wallander permanecía de pie, inmóvil en el centro de la habitación, con la taza en la mano.

¿Podía tratarse de algo tan sencillo, tan horriblemente simple? ¿Quién podía tener acceso a tanto detalle? Lennart Westin le había proporcionado, aunque parcialmente, la respuesta: un cartero de provincias, ya fuese en tierra firme o en el archipiélago.

Un cartero. Un cartero capaz de abrir y leer las cartas de los demás, para luego cerrarlas de nuevo y hacerlas llegar a sus destinatarios sin que éstos se den cuenta de la intromisión.

Sin embargo, algo le decía que aquello no podía ser correcto. Las cosas no podían ser así. Demasiado fácil, demasiado bueno para ser cierto. No obstante, no podía dejar de reconocer que, ciertamente, esa hipótesis constituía una explicación probable del gran escollo al que se enfrentaban en la investigación: la cuestión de cómo obtenía el asesino toda la información a la que, sin duda, tenía acceso.

Por otro lado, no había que olvidar el detalle de las postales, franqueadas desde distintos países europeos con firmas falsas que imitaban la letra de los supuestos remitentes.

El cansancio había desaparecido. Unas ideas daban lugar a otras. La investigación cobraba forma, los hechos se concatenaban y discurrían por su mente siguiendo un orden natural.

Era consciente de que había emprendido el camino hacia una hipótesis plausible o, más bien, hacia un posible patrón que, no obstante, podía derrumbarse en cualquier momento, pues persistían algunos puntos débiles. Por ejemplo, el hecho de que todas las víctimas del asesino no viviesen en el mismo distrito postal. Además, ignoraba hasta qué punto se podía abrir y luego cerrar una carta sin dejar rastro. ¿No se trataría de un empleado que clasificase el correo en una central, en lugar de un repartidor?

Cuando, finalmente, se sentó en el sofá, había llegado a la conclusión de que tenía tantas probabilidades de estar en lo cierto como de haber errado por completo en su razonamiento; probablemente, el tiempo le demostraría que se trataba de una pista falsa. Pese a todo, seguía convencido de que la idea podía ser fructífera.

De hecho, era una posible respuesta al enigmático modo en que el asesino recababa datos.

La pregunta era crucial: ¿cómo podía alguien arrancar, en el más absoluto secreto, los secretos de los demás?

Apuró el café y se dio una ducha antes de vestirse y partir hacia la comisaría, cuyas puertas atravesó a las nueve y cuarto. Estaba ansioso por comentar sus suposiciones y, por suerte, halló en su despacho a la persona con la que deseaba hacerlo.

—¿Cómo están los niños? — inquirió, amable.

—Bueno, los niños siempre se ponen enfermos en el momento más inoportuno —repuso Ann-Britt—. Es algo así como la regla número uno de los Höglund.

Wallander tomó asiento frente a ella, que lo observaba desde su silla.

—Espero que me perdones, pero no me gustaría tener el mismo aspecto que tienes tú hoy… —bromeó la agente—. ¿Has dormido algo esta noche?

—Unas horas.

—Mi marido se marcha a Dubai dentro de cuatro días. ¿Crees que, para entonces, habremos puesto fin a este infierno?

—No.

Ella abrió los brazos, impotente.

—Entonces, no sé cómo vamos a arreglárnoslas.

—Pues, por lo que a ti respecto, trabajarás lo que puedas. Así de sencillo.

—No —rechazó ella—. No es tan sencillo. Pero, claro, los hombres sois incapaces de entender por qué.

Wallander, que en ese momento prefería no hablar de los problemas que Ann-Britt tenía para conseguir que alguien cuidase de los niños mientras ella trabajaba, desvió la conversación hacia lo que había sucedido aquella noche. Así pues, la puso al corriente de cómo el agente de guardia, al observar a los curiosos apiñados tras el cordón policial, había reconocido a la supuesta Louise. Asimismo, le refirió la charla telefónica que, hacía apenas unas horas, había mantenido con Lone Kjær.

—En otras palabras, Louise existe. Y yo que empezaba a creer que se trataba de un espíritu fantasmagórico…

—¡Vaya! También hay espíritus fantasmagóricos en la secta llamada Divine Movers… En fin, ignoro si Louise es su verdadero nombre, pero estoy convencido de que existe. Y, además, ha mostrado interés por este caso.

—¿Crees que es ella?

—Bueno, no podemos descartar esa posibilidad. Aunque también es posible que esté actuando exactamente igual que Svedberg.

—¿Quieres decir que está siguiendo la pista de otra persona?

—Algo así. Tenemos que asegurarnos de que el personal destinado a vigilar el lugar del crimen y los responsables de los cordones policiales mantengan los ojos abiertos, muy abiertos, por si volviera.

Wallander pasó entonces a relatarle la llamada de Westin y las asociaciones a las que las palabras de aquél lo habían conducido. Ella lo escuchaba con atención, pero con claras y crecientes reservas.

—Sí, claro. Merece la pena investigar esa posibilidad —lo animó una vez que él hubo concluido—. Sin embargo, me temo que esa hipótesis tiene bastantes puntos débiles. Para empezar, ¿tú crees que la gente sigue escribiendo cartas y contándose cosas personales en ellas?

—Bueno, en el fondo, pienso que puede ser una solución. O una idea que nos aboque a otra más sólida y más acorde con los datos que ya poseemos.

—¿No ha aparecido ya un cartero de provincias en esta investigación?

—Dos, para ser exactos, si contamos a Westin —puntualizó Wallander—. Si no recuerdo mal, Erik Lundberg, el vecino de Isa Edengren, me explicó que el cartero había pasado la misma mañana que Isa ingresó en el hospital y que él se lo contó.

—Pues quizá no fuese mala idea comparar su voz con la del hombre que llamó al hospital —sugirió Ann-Britt Höglund.

A Wallander le llevó un instante comprender su propuesta.

—¡Ah! ¿Te refieres al que se hizo pasar por Lundberg?

—Claro. El cartero sabía que ella estaba ingresada y, por si fuera poco, también sabía que Lundberg lo sabía.

Por un momento, Wallander se sintió desconcertado. ¿Y si su razonamiento no resultaba ser tan descabellado? No obstante, se sentía exhausto, y en esas condiciones no le parecía sensato confiar en su propio juicio.

Pasó, finalmente, a referirle su encuentro con Bror Sundelius y su sospecha, cada vez más firme, de que aquel hombre no sólo le ocultaba algo, sino que también le había mentido.

—Es decir, que en algún punto de esa historia aparece nuestro Svedberg.

—En cierto sentido, podría tratarse de una historia de chantaje —apuntó Wallander—. Es absurdo negar que Svedberg se comportó de un modo insólito. Sabes tan bien como yo que debería haber instruido diligencias cuando Stig Stridh presentó la denuncia por agresión contra su hermano; eso estaba clarísimo. Y, sin embargo, la archiva por improcedente. Por si fuera poco, y al decir de Stridh, se condujo le modo amenazante, o sea, que se esfuerza, de forma activa y agresiva, para que Nils Stridh no sea citado a juicio. El que la comisión de Justicia desestimara el caso se me antoja un golpe de suerte, ni más ni menos. Svedberg se arriesgó seriamente a que lo expedientaran.

—Pues yo no me imagino a Svedberg amenazando a nadie.

—Exacto. Precisamente por eso debemos sospechar que hubo algo irás tras todo aquel asunto. Svedberg no se comportó como debía. O como solía. Se sentía bajo presión.

—¿Por parte de Nils Stridh?

—No logro imaginar otra explicación. Además, eso implicaría también a Bror Sundelius.

Ambos reflexionaron un momento acerca de las palabras de Wallander.

—¿Estás hablando de coacción? — inquirió ella al cabo.

—Míralo desde otra perspectiva: ¿qué otro motivo pudo haber?

—¿Cómo alguien como Nils Stridh pudo chantajear a Svedberg?

—Eso es lo que tenemos que averiguar.

—Yo creo que deberíamos presionar a Sundelius —resolvió Ann-Britt Höglund.

—Sí. Y eso es lo que vamos a hacer —aseguró Wallander—. Tan pronto como podamos. En mi opinión, debemos reservar un lugar preferente para el ex director de banco, similar al de otros puntos importantes de la investigación.

Eran poco más de las diez de la mañana; Martinson y Hanson ya habían llegado, al igual que los tres policías de Malmö, y se hallaban en la sala de reuniones. Nyberg seguía en la playa de Nybrostrand, y Lisa Holgersson se había encerrado en su despacho para organizar los contactos con los medios de comunicación. Wallander entrevió en el pasillo a Thurnberg, que, ante su sorpresa, se mantuvo apartado. Al menos, por el momento. Una vez en la sala de reuniones, recibieron una copia de la denuncia de Nils Hagroth contra Wallander, la cual suscitó algún que otro comentario jocoso. «Derribamiento contra el suelo mediante el uso de la violencia contra una persona de sexo masculino que corría pacíficamente», fueron las líneas que más algarabía provocaron entre los colegas. Como es natural, Wallander no le veía mucha gracia a todo aquello, no ya porque temiese las posibles consecuencias, sino porque el incidente estaba dispersando un poco a sus colaboradores. De modo que los llamó al orden, se distribuyeron las tareas y dieron por concluida la reunión. Había trabajo para dar y tomar. Wallander se marchó, en compañía de Ann-Britt Höglund, a Köpingebro, para hablar con los padres de Malin Skander, la novia, que estaban conmocionados. Martinson y Hanson visitarían a los parientes más próximos de Torbjörn Werner, el novio. Wallander se durmió en cuanto se sentó en el coche de Ann-Britt Höglund, y ella no interrumpió su descanso.

El inspector no se despertó hasta que el coche se detuvo. Se encontraban en una granja a las afueras de Köpingebro. El día era hermoso y cálido, pero un amargo silencio pesaba sobre el lugar. Las puertas estaban cerradas, al igual que las ventanas. Cuando se dirigían a la casa, desde una de las esquinas del edificio les salió al paso un hombre de edad algo avanzada, alto y de complexión fuerte, que vestía traje oscuro. Con los ojos enrojecidos, se presentó: era el padre de la novia, y se llamaba Lars.

—Tendréis que hablar conmigo. Me temo que mi mujer no está en condiciones —dijo excusándola.

—Lamentamos profundamente lo ocurrido —comenzó Wallander—. Y también nos duele no poder aplazar esta conversación.

—Por supuesto que no puede aplazarse —convino Lars Skander sin ocultar su amargura y su dolor—. Se trata de atrapar a ese loco, ¿no es así? — El hombre los miraba con una expresión de súplica—. ¿Cómo puede haber gente capaz de hacer algo así? ¿Cómo puede alguien asesinar a una pareja de recién casados que se dispone a tomar sus fotografías de boda?

Wallander se preguntaba con desasosiego si el hombre no se vendría abajo, cuando intervino Ann-Britt Höglund.

—Te haremos unas preguntas, sólo las más importantes. Si queremos atrapar al asesino de tu hija, necesitamos cierta información.

—¿Os importa que nos sentemos aquí fuera? El ambiente en el interior de la casa no es muy agradable —se lamentó Lars Skander.

Rodearon, pues, el edificio hasta la parte de atrás, donde había una mesa y sillas de jardín al abrigo de un viejo cerezo.

Lars Skander era veterinario, natural de Hässleholm y afincado en Ystad desde que finalizó sus estudios. Además de Malin, la más joven, tenían otra hija y un hijo. Los otros dos ya se habían marchado de casa y se habían casado. Malin y su novio, Torbjörn, se conocían desde sus primeros años en la escuela y a nadie se le había ocurrido pensar que no acabasen juntos. No hacía mucho que Torbjörn se había hecho cargo de la granja de su padre, adonde la pareja se había trasladado a principios de verano, si bien la boda se había pospuesto, por diversas razones de tipo práctico, hasta el mes de agosto.

Hasta ese punto, Wallander dejó que Ann-Britt Höglund llevase el interrogatorio, y pronto percibió que la agente se dirigía al hombre con cautela y discreción.

Había llegado el momento de que él interviniese.

—Bien, hay una serie de preguntas que no me queda otro remedio que formular —comenzó—. ¿Se te ocurre quién puede haber hecho algo así? ¿Sabes si tenían enemigos?

Lars Skander lo miró sin comprender.

—¿Cómo iban a tener ellos ningún enemigo? Eran encantadores con todo el mundo, las personas más pacíficas que jamás conocí.

—Pese a todo, es mi obligación preguntar. Y pedirte que reflexiones antes de responder —insistió Wallander.

—Ya lo he meditado. No tenían ningún enemigo.

Wallander se recordó entonces a sí mismo que lo más importante era, de nuevo, la información. ¿Cómo había accedido el asesino a todos los datos necesarios para elaborar su plan?

—¿Cuándo fijaron el día de la boda? — preguntó.

—Pues no lo recuerdo con exactitud, pero fue en mayo o, como mucho, a finales de junio.

—¿Cuándo decidieron que las fotos se tomarían en la playa de Nybrostrand?

—Lo ignoro. Torbjörn y Rolf Haag eran buenos amigos desde hacía muchos años y me figuro que acordaron juntos el lugar, pero supongo que también Malin dio su opinión.

—¿Cuándo te enteraste de que harían el reportaje allí?

—Torbjörn y Malin lo tenían todo muy bien organizado, todo tenía que salir perfecto. Seguro que planearon la sesión de fotografías junto con todos los demás detalles de la boda.

—Es decir, lo más tarde, hace unos dos meses.

—Exacto.

—¿Qué personas estaban al corriente de que las fotos se harían en la playa?

La respuesta los sorprendió.

—Casi nadie.

—Y eso, ¿por qué?

—Querían disfrutar de algo de tranquilidad durante las horas que transcurrirían entre la boda y la fiesta, de modo que sólo lo sabían ellos y el fotógrafo, como si hubiesen decidido emprender un viaje de novios secreto que duraría dos horas.

Wallander y Ann-Britt intercambiaron una mirada elocuente.

—Bien. Esto es de capital importancia —subrayó Wallander—. ¿Quieres decir que ni siquiera tú o tu mujer lo sabíais?

—Así es, ninguno de los dos estábamos enterados. Y estoy convencido de que los padres de Torbjörn también lo ignoraban.

—Disculpa que insista —se excusó Wallander-, pero necesito estar seguro de que te he entendido bien. Según dices, a excepción de Malin y de Torbjörn, tan sólo el fotógrafo conocía el lugar donde pensaban hacerse las fotografías.

—Eso es.

—Y eligieron el lugar en mayo o en junio, ¿cierto?

—Bueno, al principio querían hacer el reportaje en las Piedras de Ale —corrigió Lars Skander—. Pero después cambiaron de idea.

Wallander frunció el entrecejo, pues no estaba seguro de haber comprendido.

—En otras palabras, tú sabías, pese a todo, el lugar elegido para las fotografías.

—Sí, yo conocía el plan inicial pero, como te digo, cambiaron de idea, pues pensaron que aquello resultaría demasiado vulgar: todo el mundo hacía sus reportajes de boda en las Piedras de Ale.

Wallander contuvo la respiración.

—¿Cuándo cambiaron de opinión y modificaron sus planes?

—Hace unas semanas.

—¿Y lo mantuvieron en secreto?

—Efectivamente.

Wallander observó a Lars Skander en silencio. Después volvió la vista hacia Ann-Britt Höglund. Por la mente de ambos cruzaba la misma idea. Habían decidido cambiar el lugar de la sesión de fotos hacía unas semanas, y lo habían guardado en secreto. Pero en aquellas semanas alguien había sido capaz de violar el secreto que ellos creían a buen recaudo.

—Llama a Martinson —ordenó Wallander—. Necesitamos que los padres de Werner nos confirmen este dato.

La agente se levantó y se apartó unos metros para efectuar la llamada. «Hasta ahora, no nos habíamos hallado tan cerca», se dijo Wallander, y siguió interrogando a Lars Skander.

—¿Se te ocurre quién podía saber, aparte de ellos tres, que tomarían las fotos en la playa?

—No.

Wallander sopesó en silencio todas las alternativas. Aún ignoraba si Rolf Haag tenía o no un ayudante. Por otro lado, siempre existía la posibilidad de que alguno de los amigos o parientes más cercanos conociese ese dato, sin que Lars Skander lo supiese.

En esas, de pronto se abrió una de las ventanas del piso de arriba. Una mujer se inclinó hacia fuera. Y dejó escapar un grito.

28

En adelante, la imagen de aquella mujer en la ventana y lo que ocurrió después quedarían grabados en la memoria de Wallander como una sucesión de escenas totalmente irreales. Una calma absoluta, uno de los días de agosto más cálidos hasta la fecha, el verdor intenso del jardín, Ann-Britt Höglund junto a un peral con el teléfono móvil contra la mejilla, él mismo sentado frente a Lars Skander, en una silla de madera pintada de blanco, y de pronto, aquel grito… Al instante, tanto él como Ann-Britt Höglund tuvieron la sensación de que, por más que corrieran, llegarían demasiado tarde. La mujer que acababa de abrir la ventana tenía la intención de lanzarse al vacío, y ellos no tendrían la menor oportunidad de detenerla. Caería sobre el camino de piedra que, como una amplia cinta gris, rodeaba la casa. Tal vez sobreviviese, pues la altura no era demasiado elevada. Pero daba la impresión de que quería lanzarse de cabeza.

Durante un instante, todo quedó en suspenso, como una imagen congelada de una película. Después, Ann-Britt Höglund arrojó el móvil y echó a correr hacia la ventana, mientras Wallander voceó algo que, después, no fue capaz de recordar. Lars Skander se levantó despacio, como si no comprendiese lo que sucedía. La mujer de la ventana no cesaba de gritar, esa mujer, la madre de la novia muerta, y su dolor, hendieron aquel apacible día de verano como un diamante corta un cristal.

Después, cuando comentaron el suceso, ambos convinieron en que el grito de la mujer había sido, sin duda, lo más desgarrador. Ann-Britt Höglund rodeó la casa a la carrera mientras Wallander aguardaba bajo la ventana con los brazos extendidos. Lars Skander surgió de repente a su lado, como una aparición, con la mirada impotente, fija en la triste figura que pendía de la ventana.

Entonces vieron perfilarse el rostro de Ann-Britt Höglund en la ventana. La agente apartó del alféizar a la mujer con un tirón decidido. Un profundo silencio los envolvió al punto.

Los gritos de la mujer habían cesado. Cuando subieron a la habitación, Ann-Britt Höglund, sentada en el suelo, la rodeaba con sus brazos. Wallander bajó las escaleras para llamar a una ambulancia. Cuando ésta llegó para llevarse a la mujer, Ann-Britt y él regresaron a la parte posterior de la casa. Ann-Britt recogió el móvil que yacía sobre el césped, y Wallander se dejó caer en una de las sillas del jardín.

—Martinson acababa de contestar al teléfono cuando se abrió la ventana —comentó la agente—. Supongo que estará preguntándose…

—Claro, vuelve a llamar —aconsejó Wallander.

Ella se sentó al otro lado de la mesa, atenta al zumbido de una avispa que revoloteaba entre los rostros de ambos.

Svedberg tenía pavor a las avispas. Y ahora estaba muerto.

Por ese motivo estaban allí, en el jardín de Lars Skander. El colega no había sido la única víctima. Había muchas otras. Demasiadas.

—Te diré exactamente lo que pienso —soltó de repente el inspector—. Si te soy franco, tengo miedo de que ese sujeto vuelva a atacar. Me aterra sólo pensar que, en cualquier momento, alguien me llame para comunicarme que ha vuelto a suceder. Estoy volviéndome loco tratando de hallar alguna señal de que esta pesadilla pronto vea su fin o, al menos, que no nos veamos en la necesidad de enfrentarnos una vez más a otros cadáveres. Pero, la verdad, no veo ni una miserable señal.

—Todos sentimos ese mismo temor —lo tranquilizó ella—. Es sólo que lo transmitimos sin aludir a él.

No necesitaban decir nada más. El miedo, eso era lo que los impulsaba, lo que seguiría impulsándolos hasta que atrapasen a alguien acerca de cuya culpabilidad hubiesen hallado pruebas palpables.

—Estuvo a punto de dejarse caer —observó Ann-Britt—. Nadie puede imaginarse por lo que esa mujer está pasando realmente.

Ann-Britt llamó a Martinson, que enseguida le preguntó por lo ocurrido. Wallander, tras desplazar la silla de modo que quedase a la sombra, se enfrascó de nuevo en sus lucubraciones. La decisión de fotografiarse en Nybrostrand se había tomado hacía unas semanas: ¿quién, en ese lapso, tuvo la posibilidad de conocer ese dato?

Su impaciencia se incrementaba por momentos. ¿Por qué no les habían confirmado si el supuesto ayudante de Rolf Haag existía o no? Ann-Britt Höglund concluyó su conversación con Martinson y arrastró su silla junto a la de Wallander, a la sombra.

—Nos llamará enseguida. Al parecer, los padres de Werner son de edad muy avanzada. Martinson me ha dicho incluso que, a veces, no está seguro de en qué punto la conmoción no es sino senilidad…

—¿Tenía Rolf Haag un ayudante? — interrumpió Wallander—. La respuesta a esta pregunta es fundamental, necesitamos saberla de inmediato. De eso iba a encargarse la policía de Malmö, pero ¿con quién podríamos hablar?

—¿Recuerdas a Birch, con el que colaboramos el año pasado en Lund?

—¿Cómo podría olvidarlo?

Birch era un policía de la antigua escuela al que Wallander se alegró muchísimo de conocer.

—Pues creo que se ha trasladado a Malmö —continuó ella—. Y, además, me parece que él se encargaba de averiguar lo del ayudante.

—Entonces, ya lo habrá hecho —aseveró Wallander.

Convencido de que así sería, se sacó el móvil del bolsillo dispuesto a llamar a la policía de Malmö, cuyo número central tenía en la agenda del teléfono. Tuvo suerte, pues pilló a Birch en su despacho. Tras intercambiar unas frases de cortesía, Birch le aseguró que sabía por qué lo llamaba.

—Ya he enviado la información a Ystad, pero, al parecer, no te la han hecho llegar.

—No, aún no me ha llegado.

—Bien, en ese caso, te lo diré yo mismo. Rolf Haag tenía el estudio cerca de la plaza Nobeltorget. Allí realizaba la mayor parte de su trabajo. Pero también ha publicado un par de libros de viajes y algún volumen de fotografías durante los últimos años. Uno sobre Eritrea y otro sobre las Azores.

—Sí, sí, perdona que te interrumpa, pero lo que a mí me interesa es saber si tenía algún ayudante.

—Lo tenía.

Wallander le hizo una seña a Ann-Britt Höglund para que le prestase un bolígrafo. En uno de los bolsillos interiores de la chaqueta encontró un recibo antiguo y empezó a tomar notas en él.

—¿Cómo se llama?

—Bueno, no es frecuente que los fotógrafos tengan mujeres como ayudantes. Y, la verdad, no sé cómo será cuando el fotógrafo sea una mujer.

—¿Cómo se llama la chica, pues?

—María Hjortberg.

—¿Has hablado con ella?

—No he podido. Resulta que se marchó a su pueblo natal, en Hudiksvall, el viernes pasado. Como está en medio del bosque, no tiene teléfono, y tampoco se ha llevado el móvil, se lo dejó en el estudio.

En cambio, he hablado con su compañera de apartamento, y ella me ha asegurado que a Maria le gusta liberarse de los milagros de la técnica de vez en cuando, marcharse al bosque y no estar localizable para nadie. También me ha comentado que regresaba a Malmö esta noche. Su avión aterrizará en el aeropuerto de Sturup a las siete y cuarto, así que había pensado ir a buscarla allí. Aunque mucho me temo que hemos de descartarla como asesina de su jefe o de la pareja.

Wallander acababa de recibir una respuesta en extremo insatisfactoria y, de hecho, notó que su impaciencia y su irritación iban en aumento, lo que lo convertía en un mal policía.

—Lo que necesitamos saber, ante todo, es si alguna persona ajena al círculo más íntimo y familiar de los novios pudo tener conocimiento del lugar en que se tomarían las fotografías, pues, según los datos de que disponemos, pocas personas estaban al corriente de ese detalle. Eso nos permitiría limitar el número de personas que han tenido acceso a la información necesaria para perpetrar el crimen.

—Yo estuve inspeccionando el estudio ayer tarde —explicó Birch—. Y me llevó hasta entrada la noche. Encontré una carta de Torbjörn Werner dirigida a Haag, fechada el 28 de julio, en la que le confirma el lugar y la hora.

—¿De dónde es el matasellos?

—Bueno… está escrita en Ystad.

—¿Dónde está esa carta?

—La tengo aquí, en una estantería de mi despacho.

—¿Quieres decir que no tienes el sobre? ¿No puedes ver el matasellos de correos?

—Pues no, pero recuerdo que en la oficina del estudio había una bolsa de plástico llena de papeles. Tal vez el sobre esté allí; si no, es que lo tiraron a la basura. Piensa que la carta es de hace dos semanas.

—El caso es que necesitaríamos encontrar ese sobre, si es que aún está allí.

—¿Por qué es tan importante? Si la carta está escrita en Ystad, es de suponer que también se envió desde allí.

—Bueno, en realidad, lo que más me interesa es descubrir si hay indicios de que, el sobre haya sido abierto en más de una ocasión. Por eso lo necesitamos, para someterlo a un examen técnico exhaustivo.

Birch, sin hacer más preguntas, le prometió que se dirigiría al estudio de inmediato.

—La hipótesis de la que partes —le comentó después Birch- me parece un tanto aventurada.

—Es posible, pero por el momento no cuento con ninguna otra —confesó Wallander—. En fin, se trata más bien de confirmar que la carta no ha sido abierta más de una vez; así podré descartar esa tesis. En cualquier caso, no cabe duda de que el asesino está muy bien informado, con lo que tenemos pendiente la cuestión de cómo obtiene la información.

Birch le prometió que lo llamaría en cuanto tuviese alguna noticia. Cuando emprendieron el regreso a Ystad, ya habían dado las doce. Wallander le pidió a Ann-Britt que lo dejase en Österleden. Quería comer algo, y propuso a la agente que almorzaran juntos, pero ella declinó la oferta.

El inspector se dirigió a su apartamento de la calle Mariagatan y se preparó unos huevos fritos, que comió antes de tumbarse en la cama y poner el despertador para que sonase media hora más tarde. A la una y diez estaba de vuelta en la comisaría.

Entró en su despacho, revolvió entre los avisos telefónicos y se aplicó después a redactar un resumen de todo lo ocurrido. Su objetivo era bien sencillo: deseaba forjarse una idea de la información que el asesino necesitó poseer para pergeñar su plan, los datos indispensables. Cuando, tras redactar el resumen, lo leyó detenidamente, experimentó la sensación de que no podía descartar su teoría de los sobres abiertos con excesiva ligereza. Fue a la recepción y le preguntó a la joven que solía sustituir a Ebba los fines de semana si ella sabía dónde se clasificaba el correo que se distribuía en Ystad, pero la muchacha lo ignoraba.

—¿Y no te sería posible averiguarlo? — inquirió Wallander.

—¿Un domingo?

—Para nosotros es un día laborable como cualquier otro.

—Sí, pero no creo que también lo sea para Correos.

Wallander consideró brevemente si no debería enfadarse, pero decidió que no.

—Por lo que yo sé, también en domingo se vacían los buzones —insistió, tratando de ser amable—. Al menos una vez. Lo que significa que, en algún lugar, hay un empleado de Correos que trabaja, incluso en domingo.

La sustituta prometió averiguar lo que le pedía, y Wallander se apresuró a regresar a su despacho, con la sensación de que la chica se había molestado. No bien cerró la puerta tras de sí, recordó de pronto que, cuando habló con Ann-Britt Höglund, llegaron a la conclusión de que habían salido a colación ya dos carteros en aquel caso… y, de repente, cayó en la cuenta de que, en realidad, había uno más. Aferrado a esta idea, se sentó ante su escritorio. «¿Qué fue aquello que dijo Sture Björklund? ¿No aseguró haber tenido la impresión de que alguien, una persona extraña, había estado en su jardín? Sus vecinos saben que no le gusta que lo importunen, y la única persona que va a su casa a diario es el cartero.

»Un cartero pudo colocar el telescopio de Svedberg en el trastero de Sture Björklund», esbozó mentalmente Wallander. «Bueno, es una idea poco probable; diría, incluso, que descabellada. Algo a lo que uno se acoge cuando ya no le queda ninguna otra vía.»

Abatido, dejó escapar un gruñido imperceptible y se puso a hojear unos informes que aún no había tenido tiempo de revisar cuando, apenas iniciada la lectura, Martinson apareció en la puerta. El inspector dejó caer los papeles sobre la mesa.

—¿Cómo os ha ido a vosotros? — inquirió.

—Ann-Britt me contó lo que ocurrió, lo de la mujer que intentó saltar por la ventana. Nosotros no tuvimos que pasar por ese trago, los padres de Torbjörn Werner son demasiado ancianos para eso. Pero la muerte de Torbjörn ha ocasionado una gran tragedia. El joven acababa de hacerse cargo de la finca, con lo que los padres iban a retirarse, seguros de que la continuidad estaba garantizada, de que una nueva generación venía a sustituir a la anterior. Tenían otro hijo, que murió en un accidente hace unos años. Ahora, ya no tienen ninguno.

—Sí, pero el asesino no se detiene ante ese tipo de consideraciones —ironizó Wallander con amargura.

Martinson estaba de pie junto a la ventana. Wallander lo vio tan afectado que se preguntó si su colega resistiría mucho más tiempo. Sabía que Martinson se había decantado por la carrera policial con las mejores intenciones, y en un momento en que esa profesión no atraía especialmente a la gente joven. A aquella época siguió un periodo en que se la consideraba incluso con desprecio. Sin embargo, Martinson se había mantenido fiel a sus creencias y expectativas. Cada sociedad tiene los policías que se merece. Él deseaba convertirse en un buen policía, y lo había conseguido. No obstante, en los últimos años, Wallander lo había visto menos seguro, más escéptico ante sus ideales de antaño. A aquellas alturas, el inspector dudaba de que su colega se jubilase como policía,. siempre que lograse hallar otra alternativa, por supuesto.

Martinson seguía junto a la ventana, aunque con la vista vuelta hacia Wallander.

—Atacará de nuevo.

—Bueno, no lo sabemos, pero cabe esa posibilidad.

—¿Qué te hace pensar que no lo hará? Ese individuo parece albergar un odio ilimitado hacia las personas. No hay ningún motivo plausible, mata por matar.

—Eso es algo que no sucede casi nunca. El problema es que no hemos logrado dar con el porqué.

—Pues yo creo que te equivocas.

Martinson lo dijo en un tono tan terminante que Wallander lo interpretó como una acusación dirigida contra él.

—¿En qué me equivoco?

—Hace unos años, habría estado de acuerdo contigo: la violencia inexplicable no existe. Pero ya no es así. Este país ha cambiado, y nosotros no nos hemos dado cuenta. La violencia se considera ya algo natural. Se ha cruzado una frontera invisible y, en consecuencia, generaciones enteras de jóvenes se arriesgan ahora a perder el norte, puesto que nadie les enseña a distinguir el bien del mal. De hecho, ya no existe ni lo bueno ni lo malo. Todos invocan sus propios intereses. Y, así las cosas, ¿puedes decirme qué sentido tiene ser policía?

—Me temo que tú mismo tendrás que hallar la respuesta a esa pregunta.

—Sí, de hecho, ya he empezado a buscar la respuesta.

Martinson se sentó en la desvencijada silla que Wallander tenía para las visitas.

—¿Sabes en qué se ha convertido Suecia? — le soltó a bocajarro—. ¡En un país sin leyes! ¿Quién lo habría sospechado hace quince o veinte años, eh? ¿Quién habría dicho que en Suecia terminaría reinando la anarquía?

—En fin, creo que aún no hemos llegado a ese punto. Es decir, que no estoy de acuerdo contigo. No obstante, el curso de los acontecimientos indica que estamos abocados a ese final al que acabas de referirte. De ahí la importancia de que personas como tú y como yo opongamos resistencia con todas nuestras fuerzas.

—Sí, claro. Eso es lo que yo pensaba antes. Pero ahora…, no sé, me siento como si estuviera en el bando de los perdedores.

—Te aseguro que no hay un solo policía en este país que no se sienta como tú de vez en cuando —lo animó Wallander—. Pero eso no invalida en absoluto mi punto de vista, mi convicción de la necesidad de luchar contra lo que parece inexorable. Lo que estamos haciendo con ese loco es oponernos a él. Perseguirlo. Rastrear su pista. Y no nos rendiremos. Y acabaremos por atraparlo.

—A mi hijo se le ha metido en la cabeza hacerse policía —reveló Martinson—. Y me pide constantemente que le cuente cómo es esta profesión, pero, ¿sabes?, yo nunca sé qué decirle.

—Pues dile que venga a verme, que yo se lo explicaré —se ofreció Wallander.

—¡Pero si sólo tiene once años!

—Bien, ésa es una buena edad para comprender las cosas.

—De acuerdo, se lo diré.

Wallander aprovechó la ocasión para reconducir la conversación al tema de la investigación.

—¿Qué sabían los padres de Werner acerca del reportaje?

—Nada, salvo que tendría lugar después de la boda y antes de la cena.

Wallander dejó caer las palmas de las manos sobre la mesa.

—Bien, pues eso significa que tenemos un dato seguro, una pista en firme. Es el momento de acelerar aún más el ritmo de la investigación.

—Si ya vamos con la espalda encorvada, ¿cómo vamos a acelerar?

—Dejando de pensar en nuestras espaldas —atajó Wallander al tiempo que se ponía de pie—. Quiero que todo el mundo acuda a la reunión a las tres. Incluido Thurnberg. Tú te encargarás de organizarlo.

Martinson asintió y, ya en la puerta, se dio media vuelta:

—¿Lo has dicho en serio eso de que hablarías con mi hijo?

—Por supuesto —aseguró Wallander—. Cuando todo esto haya terminado, contestaré a cuantas preguntas se le ocurran. Hasta le dejaré que se pruebe mi gorra del uniforme.

—Ah, pero ¿tú tienes una gorra? — inquirió Martinson incrédulo.

—Creo que tengo una, aunque, la verdad, no sé ni dónde está.

Wallander retomó la lectura de los informes pero, al rato, lo interrumpió el teléfono. Era la joven de la recepción; lo informó de que el correo de los carteros de provincias se clasificaba en la central de Ystad, que se encontraba en la calle Mejerigatan, detrás del hospital. Wallander tomó nota del número de teléfono y le dio las gracias. Acto seguido, marcó el número que le había facilitado la sustituta y, aunque aguardó un buen rato, nadie atendió la llamada. Consideró la posibilidad de dirigirse allí, pues tal vez sí hubiese alguien, y lo que pasaba, simplemente, era que no se molestaban en contestar al teléfono. Sin embargo, decidió dejarlo, pues necesitaba prepararse y reflexionar sobre lo que diría en la reunión.

Aquella tarde, Wallander acudió a la reunión del equipo de investigación con la sensación de que se produciría un enfrentamiento abierto entre él y el fiscal Thurnberg. A decir verdad, ignoraba lo que motivaba aquel presentimiento, ya que, tras el desgraciado encuentro que se produjo en Nybrostrand, Thurnberg no había hecho nada que pudiese molestar a Wallander. Por otro lado, ignoraba las consecuencias de la denuncia interpuesta contra él por Nils Hagroth. Pese a todo, el inspector no podía dejar de pensar que estaba abiertamente en guerra contra Thurnberg.

Una vez celebrada la reunión, Wallander comprendió su error. Thurnberg lo sorprendió prestándole su apoyo en un momento crítico, cuando el grupo empezó a dar muestras de desmoronamiento y vacilación. Comprendió que, o se había precipitado en su juicio, o había sido muy poco imparcial cuando se forjó su primera opinión acerca del fiscal. En efecto, tal vez había interpretado de forma totalmente errónea la arrogancia que había creído detectar en Thurnberg, y quizás ésta no fuese, en el fondo, más que una manifestación de su inseguridad.

Wallander abrió la reunión exponiendo lo que él consideraba como una línea de investigación firme. Así, les ordenó que se concentrasen en una sola cuestión: ¿quién estaba enterado de dónde y cuándo se tomarían las fotografías de la boda? Se lanzarían a averiguar eso, según sus palabras, con todas sus fuerzas, inmediatamente después de que finalizara la reunión. Cualquier otra interrogante quedaría relegada a un segundo plano, hasta nueva orden.

Un torrente de objeciones invadió la sala, en especial por parte de Hanson, quien opinaba que Wallander estaba exagerando las posibilidades que se abrirían si averiguaban lo que éste les pedía. Los padres de Werner, adujo, eran muy ancianos y a menudo les fallaba la memoria, por lo que muy bien podían haber oído los datos sobre el lugar y la hora sin ser conscientes de ello. Por otro lado, se quejó, tanto Malin Skander como Torbjörn Werner habían contado con bastantes amigos íntimos, como habían comprobado, y cabía la posibilidad de que alguno lo supiese. Según Hanson, Wallander podía tener razón, pero sería poco sensato poner todos los huevos en la misma cesta desde el principio.

Y fue precisamente en aquel punto de la protesta cuando Thurnberg tomó la palabra e intervino, si bien en términos muy escuetos y precisos, para señalar que, dado que la investigación se hallaba prácticamente estancada, Wallander tenía, a su juicio, toda la razón. Debían concentrarse en esa pregunta crucial: ¿quién, en los días anteriores a la boda, o incluso en las horas previas, sabía dónde y cuándo iban a tomarse las fotografías?

Dicho esto, Thurnberg volvió a refugiarse en su coraza; había puesto así punto final a toda discusión, pues, una vez que Wallander se hubo ganado el apoyo del fiscal, no quedó ya lugar para más críticas. Invirtieron el resto del tiempo en elaborar un plan y distribuir las distintas tareas, como, por ejemplo, quién hablaría con quién o en qué orden. Wallander decidió centrarse en la ayudante del fotógrafo, que, como ya sabían, aterrizaría en el aeropuerto de Sturup unas horas más tarde.

Acordaron que, en principio, volverían a reunirse aquella misma noche, a menos que obtuviesen algún dato decisivo durante las conversaciones que cada uno mantendría a lo largo de la tarde; en tal caso, adelantarían el encuentro.

Ultimados estos detalles, Wallander expuso su síntesis, en la que apenas se extendió.

—Es más que posible que estemos a punto de abrirnos paso a través del muro —comenzó—. Esperemos que así sea. Debo añadir que en esta investigación, se da una circunstancia de la que preferimos no hablar, pero que todos conocemos: este individuo puede atacar de nuevo hoy mismo, mañana, la semana que viene. No sabemos cuándo, de modo que también ignoramos de cuánto tiempo disponemos, si es que disponemos de alguno.

Acabada la reunión, cuando los miembros del grupo empezaban a dispersarse, Wallander pensó que debía cruzar unas palabras con Thurnberg, pero no lo hizo: no se le ocurría qué decirle.

Eran ya las cuatro y media y, poco más de dos horas después, la ayudante de Rolf Haag llegaría a Sturup. Wallander llamó por teléfono a Birch, pero no logró localizarlo.

Entonces decidió hacer algo que nunca había hecho con anterioridad. Cerró con llave la puerta de su despacho y se tumbó en el suelo, utilizando un viejo portafolios como almohada. Poco antes de caer vencido por el sueño, alguien llamó a la puerta, pero él no respondió, convencido de que necesitaba dormir un par de horas si quería seguir trabajando. Durante años y sin saber por qué, había tenido guardado en un cajón del escritorio un despertador de los antiguos, que ahora le sería de gran utilidad.

Una vez más, su padre fue el protagonista del sueño. Imágenes de su infancia en nerviosa sucesión. El olor a disolvente. Rápidos tránsitos de una época a otra. El viaje a Roma. De repente, en la Plaza de España, apareció Martinson, con el aspecto de un niño pequeño. Wallander lo llamaba, pero Martinson no lo oía. Después, cesaron las imágenes. Se interrumpió la ensoñación, sin dejar rastro.

Con gran esfuerzo, y un sonoro crujido producido por los huesos de la espalda, se incorporó del suelo. Abrió la puerta y, tambaleándose, se encaminó hacia los servicios. Nada detestaba tanto como aquel cansancio que lo paralizaba y lo abatía, que le provocaba náuseas y que, a medida que pasaban los años, le resultaba cada vez más difícil de sobrellevar. Se mojó la cabeza con agua fría y orinó procurando no mirar la imagen que, de su rostro, le devolvía el espejo.

A las seis y cuarto salió de Ystad camino a Sturup bajo un cielo aún despejado, acompañado de una suave brisa y a quince grados de temperatura. Apenas media hora más tarde ya había aparcado el coche delante del edificio amarillo del aeropuerto. Se encaminó a la terminal de llegadas, donde no tardó en descubrir al robusto Birch, que, con los brazos cruzados, aguardaba apoyado contra una pared. Al ver a Wallander, su serio semblante se quebró en una amplia sonrisa de sorpresa.

—¡Vaya! ¿Tú por aquí?

—He pensado que te iría bien un poco de compañía mientras esperas.

—El avión aterrizará a la hora prevista —informó Birch-, pero tenemos tiempo de tomarnos un café. — Ya en la cafetería, le comentó-: Me he pasado un buen rato con la cabeza hundida en bolsas llenas de papeles. Y vaya si había sobres. Pero me temo que no estaba el que tú buscabas.

—En fin, no se puede decir que esta investigación esté tocada por la suerte —se lamentó Wallander—. Eso habría sido demasiado.

Birch se comió una galleta y un bollo de crema con el café, mientras Wallander hacía un esfuerzo por abstenerse.

—Lo que sí hice fue llamar a uno de nuestros técnicos criminalistas —prosiguió Birch mientras pagaban—. Es un hombre imaginativo, vale mucho, y descubre muchas cosas en el escenario de un crimen. Se llama Håkan Tobiasson, ¿has oído hablar de él?

Wallander negó con un gesto.

—Bien, pues mantuve una larga charla con él. Lo cierto es que iba en barco y estaba pescando en el estrecho, pero se había llevado el móvil. Por cierto, que picaron dos veces mientras hablábamos, aunque olvidé preguntarle qué clase de peces capturó.

Ambos prestaron atención al oír los altavoces, pero resultó que anunciaban el retraso de un vuelo chárter procedente de Marbella.

—Håkan me aseguró que él conocía un sinnúmero de maneras de abrir un sobre —retomó Birch—. Que antes la gente lo hacía aplicando vapor en la zona unida por el pegamento, y que luego despegaba con agujas de croché. Pero que ahora los métodos son mucho más sofisticados. Afirmaba que podría, sin más, abrir cualquier sobre que le pusiese delante y que dudaba de que yo pudiese detectarlo después.

—Sí… Nos habría hecho falta tener ese sobre —comentó Wallander.

Birch se limpió la comisura de los labios mientras observaba a Wallander.

—La verdad, no alcanzo a comprender lo del sobre. Como tampoco sé exactamente por qué has venido. Me figuro que porque consideras que Maria Hjortberg es una persona clave en la investigación.

Wallander le refirió lo que había ocurrido durante las últimas veinticuatro horas; al acabar, anunciaron por los altavoces el aterrizaje del avión que esperaban y, minutos después, los pasajeros comenzaron a salir. Birch sorprendió a Wallander cuando sacó un bloc de dibujo que llevaba enrollado en el bolsillo de su chaqueta, lo desenrolló y arrancó una hoja en la que aparecía escrito a mano el nombre de Maria Hjortberg. El colega se colocó en el centro de la galería sosteniendo en alto el cartel mientras Wallander aguardaba algo apartado.

Maria Hjortberg era una mujer muy hermosa, de mirada intensa y cabello largo y de color castaño oscuro. Llevaba una mochila colgada al hombro. Wallander cayó en la cuenta de que, probablemente, ella ignorase que Rolf Haag estaba muerto. Vio que Birch ya había comenzado a explicárselo, mientras ella negaba con la cabeza, sin dar crédito a lo que oía. Birch la ayudó con la mochila, que constituía todo su equipaje, al tiempo que le presentaba a Wallander.

—¿Vendrá alguien a recogerte? — inquirió Birch.

—No, había pensado tomar el autobús.

—Bien, en ese caso te llevaremos nosotros. Por desgracia, hemos de mantener contigo una conversación que no podemos aplazar, ya sea en la comisaría o en el estudio.

—¿Es posible que sea cierto, que Rolf esté muerto? — preguntó la joven.

—Me temo que sí. Y lo lamento —confirmó Birch—. ¿Cuánto tiempo llevabas trabajando para él como ayudante?

—No mucho, desde abril.

«En ese casó, tal vez no sea tanto el dolor por su muerte», se consoló Wallander. «A menos que mantuviese otro tipo de relación con el fotógrafo.»

La joven aseguró que prefería charlar en el estudio.

—Será mejor que vayáis en tu coche —advirtió Wallander—. Yo tengo que hacer algunas llamadas.

—Pues no es recomendable hablar por teléfono mientras se conduce —apostilló Birch.

Wallander había pensado llamar a Nyberg, pero, una vez en la carretera general en dirección a Malmö, decidió que sería mejor esperar. Lo más importante en aquellos momentos era lo que pudiese revelarles Maria Hjortberg.

Dos horas más tarde, Wallander sabía que Maria Hjortberg nada podía aportar a la investigación. Entre los fondos de papel y los trípodes para focos del estudio, ella les confesó que ni siquiera sabía que Rolf Haag tuviese un reportaje en Nybrostrand; que simplemente le había comentado que asistiría a una boda el sábado, pero ella había interpretado que acudiría en calidad de invitado. Por su parte, Maria se había marchado a Hudiksvall el viernes por la tarde, y el lunes los dos tenían previsto preparar el reportaje de la inauguración de una nueva sucursal bancaria en Trelleborg. Jamás había oído los nombres de Malin Skander ni de Torbjörn Werner y, cuando revisaron juntos la agenda en la que anotaban los trabajos programados, hallaron que la página correspondiente al sábado 17 de agosto estaba en blanco. La noche anterior, cuando Birch entró en el estudio gracias al llavero hallado en el bolsillo del pantalón de Rolf Haag, revisó toda la correspondencia y encontró la carta que ahora les mostraba, pero la joven aseguró que era la primera vez que la veía.

—Él abría todas las cartas personalmente —aclaró—. Yo le ayudaba en los reportajes y con el revelado. Eso era todo.

—¿Hay alguna otra persona que haya podido ver esta carta? — inquirió Wallander—. ¿Quién suele venir al estudio, aparte de vosotros dos? ¿Alguna mujer de la limpieza, un conserje?

—No, limpiábamos nosotros mismos y los clientes se quedaban en el estudio, nunca entraban en la oficina.

—En otras palabras, sólo Rolf y tú.

—Ni siquiera yo. Mi trabajo estaba en el estudio.

—¿Os han robado algo recientemente?

—No.

—He revisado las bolsas de basura llenas de papeles —intervino Birch—. Pero no he encontrado el sobre de esta carta.

—La retirada de basura se hace los lunes, y Rolf era muy exigente con la limpieza.

Wallander observó a Birch. No había motivo alguno para dudar de las palabras de la joven, y ambos comprendieron que aquel interrogatorio no los conduciría a ninguna parte.

—¿Sabes si Rolf tenia algún enemigo?

—¿Algún enemigo? ¿Cómo iba a tener ningún enemigo?

—¿Te dio la impresión de que estuviese nervioso o inquieto en las últimas semanas? ¿Se comportaba como solía?

—Sí, como siempre.

—¿Cómo era la relación entre vosotros?

Ella comprendió la intención de la pregunta, pero no pareció ofenderse.

—No había nada personal —aclaró—. Trabajábamos muy bien juntos. Yo aprendí mucho con él y espero poder dedicarme a esta profesión algún día.

—¿Quién era la persona más allegada a Rolf Haag? ¿Sabes si tenía novia?

—Era un hombre bastante solitario. Lo cierto es que no sé nada de su vida privada, pues él nunca hablaba de eso. Tampoco sé si tenía novia.

—Bien, inspeccionaremos su apartamento, pero, por ahora, no creo que saquemos nada en claro.

—¿Qué hago yo mañana? — quiso saber la joven—. Ahora que Rolf ha muerto…

Ni Wallander ni Birch supieron darle una respuesta. Birch se ofreció a llevarla a casa mientras Wallander se marchaba rumbo a Ystad. Ya en la calle, se despidieron.

—Creo que aún no me hago a la idea —comentó la joven—. He pasado dos días enteros completamente sola en una casa vacía situada en un bosque inmenso y solitario y, cuando vuelvo, me encuentro con esto…

La muchacha rompió a llorar y Birch le rodeó los hombros con el brazo, con gesto protector.

—Voy a llevarla a casa cuanto antes. ¿Me llamarás cuando llegues? — quiso saber Birch.

—Claro, te llamaré cuando esté en Ystad —prometió Wallander—. ¿Dónde estarás entonces?

—Quiero ir a ver el apartamento esta misma noche.

Wallander comprobó si tenía el número de móvil de Birch y se encaminó a su coche, que había aparcado en la acera de enfrente. Birch y Maria Hjortberg partieron en el coche del agente. Eran ya las diez y media.

Estaba a punto de abrir la puerta del coche cuando el móvil empezó a zumbarle en el bolsillo, de modo que respondió.

—¿Puedo hablar con Kurt Wallander?

—Soy yo.

—Hola, soy Lone Kjær. Sólo quería que supieras que la supuesta Louise se encuentra en el bar Amigo en este preciso momento. ¿Qué quieres que hagamos?

Wallander no dudó ni un instante.

—Yo estoy en Malmö, así que salgo hacia allí ahora mismo. Si abandona el bar, seguidla.

—Creo que podrás tomar el transbordador de las once, así que llegarás a Copenhague a las doce menos cuarto. Estaré esperándote.

—No la perdáis de vista —rogó Wallander—. Necesitamos a esa mujer.

—La tendremos bien vigilada. Te lo prometo.

Wallander salió a toda velocidad en dirección al puerto y estacionó el coche en el aparcamiento.

A las once en punto, el transbordador Löparen abandonó el muelle y puso rumbo a Copenhague.

Wallander viajaba en la cubierta superior, desde donde contemplaba la oscuridad de la noche. Al poco, empezó a rebuscar en el bolsillo, pero el teléfono no estaba allí: se lo había dejado en el asiento del coche.

Además, no recordaba si había apagado o no las luces de su coche. Le preguntó a una de las azafatas del barco si había algún teléfono desde el que pudiese realizar una llamada.

—Lo siento, el teléfono está averiado.

Wallander asintió. Lone Kjær tendría, sin duda, un teléfono móvil. Volvió a hundir la mirada en la oscuridad. En su interior, la tensión crecía sin cesar.

29

Wallander la vio tan pronto como hubo cruzado la pasarela. Llevaba una cazadora de piel, el pelo rubio y corto y era más joven de lo que él había imaginado. Y de baja estatura. No cabía la menor duda de que era policía, si bien, como de costumbre, no habría sabido explicar por qué. Simplemente, era capaz de identificar a un compañero en medio de una multitud de desconocidos.

Así pues, se saludaron como colegas.

—Louise sigue en el bar —le dijo ella enseguida.

—Si es que se llama Louise —observó Wallander.

—¿Qué esperas de ella, en realidad?

Wallander había reflexionado sobre la situación durante la travesía. A decir verdad, no había cargo alguno contra la mujer. No era sospechosa de haber cometido ni de haber estado involucrada en ningún delito. Lo único que quería era hablar con ella, pues consideraba que tenía suficientes preguntas que hacerle.

—Sospecho que posee una buena cantidad de información. O sea, que es muy importante que no desaparezca.

—¿Qué te hace temer que pretenda escapar?

Wallander comprendió que la pregunta era más que pertinente. De hecho, era posible que ella no supiese que la buscaban ni que su fotografía había aparecido en los periódicos. El que nadie la hubiese identificado al ver su foto podía deberse simplemente a que ella, por alguna razón de lo más natural, no saliese mucho.

Mientras conversaban, habían pasado la aduana y se encontraban ya en la calle, donde los aguardaba un coche patrulla. Se sentaron en el asiento trasero y partieron.

—Bien pensado, un bar no es el lugar más indicado para mantener una conversación de esta naturaleza.

—Podéis utilizar mi despacho.

Sobrevino un silencio, y Wallander rememoró la última vez que había estado en Copenhague, cuando asistió a una representación de Tosca en Det Kongelige Teater[[12]](#footnote-12). Había ido solo y, después de la ópera, entró en un bar del que salió bastante ebrio para, finalmente, tomar el último transbordador de regreso a Malmö.

Estaba a punto de pedirle que le prestase su teléfono móvil cuando el coche se detuvo. Lone Kjær mantuvo una breve conversación por radio.

—Sigue allí —lo informó, al tiempo que señalaba hacia fuera—. ¿Quieres que te espere aquí?

—En realidad, podrías acompañarme.

A la puerta del establecimiento, relucía un letrero luminoso en el que sólo se leían las letras «igo». Wallander se sintió cada vez más tenso, pues estaba a punto de conocer a la mujer que tantas intrigas había suscitado desde que hallaron su fotografía en el escondite secreto de Svedberg, bajo el linóleo de su apartamento de la calle de Lilla Norregatan.

Abrieron la puerta, apartaron una cortina y accedieron al interior del bar. Hacía calor, y el ambiente estaba cargado de humo de tabaco, matizado por una luz rojiza. El local estaba muy concurrido. Un hombre que se dirigía a la salida avanzó hacia ellos.

—Al final de la barra —le dijo el hombre a Lone Kjær.

Wallander lo oyó y, mientras la colega danesa aguardaba junto a la puerta, comenzó a abrirse paso entre la gente.

Entonces la descubrió.

Estaba sentada en un extremo de la barra. Llevaba el pelo como en la fotografía. Wallander permaneció inmóvil, contemplándola. Pese a estar rodeada de gente, le pareció que había acudido allí sola. Louise estaba tomando vino. Ella lanzó una mirada hacia la zona en que él se encontraba, pero Wallander se hizo a un lado hasta quedar tras la fornida espalda de un hombre que, en el centro del local, charlaba con una cerveza en la mano. Wallander avanzó de nuevo para comprobar que ella había vuelto a concentrar su atención en la copa de vino. El inspector se dio la vuelta, hizo una seña de asentimiento a Lone Kjær y siguió avanzando entre los clientes.

Tuvo suerte: no bien llegó hasta ella, el hombre que ocupaba el taburete que había a su izquierda se levantó y se marchó, de modo que el inspector pudo sentarse en él. Ella le lanzó una mirada fugaz antes de regresar a su copa de vino.

—Tú eres Louise, ¿no es cierto? — comenzó Wallander—. Yo me llamo Kurt Wallander, de la policía de Ystad. He venido a Copenhague para hablar contigo.

Wallander notó la tensión en el semblante de la mujer, que, no obstante, no tardó en recobrar la serenidad, lo que se tradujo en una amplia sonrisa.

—Claro —contestó—. Pero estaba a punto de ir a los servicios, si no te importa.

De modo que la mujer se levantó y desapareció hacia la pared del fondo, donde un letrero indicaba que se hallaban los aseos. Wallander negó con la cabeza cuando el camarero le preguntó qué quería tomar. Pensó que la mujer no tenía acento de Escania. Pero era sueca.

Lone Kjær se había aproximado a Wallander. Éste la vio a unos pasos, junto a la barra, y le indicó con un gesto que todo estaba en orden. De la pared que se alzaba tras la barra colgaba un reloj y publicidad de una marca de whisky completamente desconocida para Wallander. Habían transcurrido ya cuatro minutos, y Wallander lanzó una mirada a los servicios. Vio salir a un hombre, después a otro. Mientras aguardaba, intentaba decidir cuál sería la primera pregunta que le haría a Louise, pues había muchas entre las que elegir.

De pronto, se dio cuenta de que habían pasado ya siete minutos. Algo no iba bien. Se levantó y se dirigió a la puerta de los servicios de señoras. Lone Kjær lo vio alejarse bruscamente de la barra y se apresuró en la misma dirección.

—Entra en los servicios de señoras —le pidió Wallander.

—¿Por qué? Si aún no ha salido. Si hubiese intentado abandonar el bar, yo me habría dado cuenta.

—Aquí falla algo —insistió Wallander—. Quiero que entres.

Lone Kjær obedeció mientras Wallander aguardaba. No sabía decir qué con exactitud, pero no le cabía la menor duda de que algo extraño había ocurrido. Lone Kjær volvió enseguida.

—Pues ahí dentro no está.

—¡Joder! — exclamó Wallander—. ¿Había alguna ventana?

Sin esperar respuesta, se abalanzó hacia la puerta e irrumpió en los servicios, donde dos mujeres se retocaban el maquillaje ante el espejo. Wallander apenas si se fijó en ellas.

Louise había desaparecido, de modo que volvió a salir a toda prisa.

—Tiene que estar aquí —reiteró incrédula Lone Kjær—. Yo la habría visto salir.

—Ya, pero no está —replicó Wallander.

Se abrió paso apretujándose entre los clientes del establecimiento, cada vez más numerosos. El hombre que vigilaba la entrada parecía un luchador profesional.

—Pregúntale —le indicó Wallander a la colega danesa—. Una mujer de melena oscura. Queremos saber si ha salido de aquí hace unos diez minutos.

Lone Kjær le hizo la pregunta al luchador, pero éste negó con un gesto.

—Pregúntale si la habría visto salir —insistió Wallander.

El luchador respondió algo que Wallander no logró captar.

—Dice que está seguro: no ha salido ninguna mujer morena —aclaró ella alzando la voz para hacerse oír entre tanto ruido.

Wallander se apresuró a regresar al interior con la intención de buscar a Louise, pese a que, en el fondo, sabía que la mujer había desaparecido.

Finalmente, se rindió.

—No está aquí, así que podemos marcharnos —concluyó abatido. Volvió a la barra, pero también la copa había desaparecido—. ¿Dónde está la copa? — inquirió dirigiéndose al camarero.

—Ya la hemos lavado.

Wallander le lanzó una mirada elocuente y le hizo un gesto a Lone Kjær para que se acercase.

—Dudo mucho de que dé resultado —aseguró—. Pero podrías intentar detectar algunas huellas en la barra. Las necesitaría para compararlas.

—En fin, será la primera vez que acordono medio metro de la barra de un bar, pero ordenaré que lo hagan —prometió ella.

Le llevó un buen rato conseguir que el camarero comprendiese lo que pretendía hacer, antes de ponerse en contacto por radio con los técnicos que habrían de detectar y aislar las huellas digitales. Wallander salió a la calle.

Notó que estaba empapado en sudor, además de profundamente irritado por haberse dejado engañar. Aquella sonrisa…, que estaba dispuesta a hablar con él, pero que antes necesitaba ir a los servicios… ¿Cómo no había caído en la cuenta?

Diez minutos más tarde salió Lone Kjær.

—No acabo de explicarme cómo se las ha arreglado —se lamentó—. Yo la habría visto si hubiese salido.

En la mente de Wallander había empezado a cobrar forma una imagen que, paulatinamente, le llevó a comprender lo ocurrido. Sólo cabía una posibilidad. La explicación era tan insólita que le costó entenderla en todo su alcance.

—Necesito reflexionar. ¿Podemos ir a tu despacho?

Durante el trayecto hacia la comisaría, el inspector no pronunció palabra. Y tampoco ella le hizo ninguna pregunta. Subieron al tercer piso, donde Lone le ofreció un café que Wallander aceptó.

—No comprendo cómo pudo salir —repitió la colega—. No lo entiendo.

—Es que a lo mejor nunca llegó a salir —sentenció Wallander—. Louise podría seguir allí dentro.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Que podría seguir allí? Entonces, ¿qué hacemos nosotros aquí?

Wallander meneó la cabeza despacio. ¡Qué lento era! Y empezaba a hartarse de eso. En efecto, la primera vez que vio la fotografía en el apartamento de Svedberg, notó algo extraño en el cabello de aquella mujer.

«Debería haber caído en la cuenta mucho antes», se recriminó. «Debería haber visto que se trataba de una peluca.»

Lone Kjær reiteró su pregunta.

—Louise podría seguir allí, en el bar —repitió él—. Por la sencilla razón de que Louise era otra persona, totalmente distinta. Louise era un hombre. Y el luchador que vigilaba la puerta dijo que había visto salir a tres hombres distintos durante los últimos minutos. Uno de ellos también pudo haber sido Louise, con la peluca en el bolsillo y sin maquillaje.

Wallander notó que ella no daba crédito a sus palabras. Y, a decir verdad, él no se sentía con fuerzas para explicárselo, pues lo más importante era, en definitiva, el descubrimiento que acababa de hacer.

Pese a todo, consideró que Lone se merecía una aclaración: eran más de las doce de la noche y ella le había estado ayudando hasta entonces.

—Hace ya algunos años, hice un viaje al Caribe —comenzó—. Fue durante uno de los peores periodos de mi vida. Una noche, tuve la oportunidad de entablar conversación con una mujer de extraordinaria belleza. Estaba sentado muy cerca de ella y podía ver su rostro con toda claridad. Pero no me di cuenta hasta que ella me lo dijo.

—Hasta que te dijo, ¿qué?

—Pues que era un hombre.

Lone Kjær pareció comenzar a aceptar la explicación de Wallander.

—De modo que ella entró en los servicios, se quitó la peluca y se limpió el maquillaje y salió tranquilamente —prosiguió Wallander—. Es probable que también hubiese modificado su vestimenta de algún modo. Ninguno de nosotros notó nada: puesto que esperábamos a una mujer, ¿quién iba a fijarse en los hombres que pasaban?

—Por lo que sé, Amigo no tiene fama de ser refugio de travestís.

—Ya, pero es posible que él fuese allí con la intención de hacerse pasar por una mujer, no para relacionarse con otros como él.

—¿Cómo afecta todo esto a tu investigación?

—No lo sé. Seguramente, en muchos aspectos, aunque aún no alcanzo a vislumbrar todas las consecuencias.

Ella miró el reloj.

—El último transbordador con destino a Malmö acaba de partir. El próximo no saldrá hasta las cinco menos cuarto de la mañana.

—Pues me iré a un hotel —resolvió Wallander.

Ella negó con un gesto.

—No. Puedes dormir en mi casa, en el sofá —ofreció solícita—. Mi marido es camarero y suele llegar a casa a estas horas. Normalmente, nos sentamos a charlar un rato mientras comemos algo.

Abandonaron, pues, la comisaría. A Wallander no llegó a quedarle claro en qué parte de la ciudad vivía Lone Kjær. Torben, que así se llamaba su marido, acababa de llegar cuando entraron ellos. Resultó ser un hombre amable, tan bajo como su mujer. En la cocina, se tomaron unos bocadillos que acompañaron con cerveza. Después, ella le preparó el sofá a Wallander, que insistió en tomar el primer transbordador hacia Malmö. Antes de darle las buenas noches, ella le prometió que lo despertaría a tiempo.

Wallander no durmió muy bien aquella noche. En una ocasión se levantó y se colocó junto a la ventana, desde donde contempló la oscura calle desierta. Pensó que, de noche, todas las calles se parecían: uno espera que aparezca alguien por algún sitio, pero la calle permanece desierta.

Louise era un hombre. Él había percibido algo raro desde el principio; había algo extraño en su cabello. La explicación era muy sencilla, tal vez demasiado simple: una peluca. Entonces recordó que había visto un soporte para pelucas en el sótano de Svedberg. Debió haber sospechado el secreto mucho antes.

Louise era un hombre. Un hombre que se hacía llamar Louise cuando cambiaba de identidad. Pero ignoraban cómo se llamaba aquel hombre, y también desconocían qué aspecto tenía.

Wallander sentía crecer su malestar. Las personas a las que habían asesinado iban, en mayor o menor grado, disfrazadas y enmascaradas. Exactamente igual que Louise. Cuando Wallander le reveló su identidad, ella se esfumó de inmediato.

«Es él», concluyó Wallander. «Tiene que ser él. No hay otra explicación posible. He tenido al asesino a un palmo de mis narices, pero sólo logré verle la máscara. Y lo dejé escapar. Por si fuera poco, ahora sabe no sólo que le vamos a la zaga, sino también que no conocemos el menor detalle sobre su identidad.

»Nada en absoluto.»

Volvió a tumbarse, pero no logró conciliar el sueño, sino que se dedicó a esperar dormitando a que diesen las cuatro de la madrugada.

Cuando Lone Kjær entró para despertarlo, él ya estaba vestido y había doblado las sábanas. Ella lo miró inquisitiva.

—Nadie se vuelve mejor policía por dormir menos —le advirtió.

—Bueno, yo siempre he tenido problemas para dormir —confesó él—. Incluso antes de convertirme en policía.

Se tomaron un café en la cocina; los ronquidos de Torben les llegaban a través de la puerta entreabierta.

—Intentaré averiguar algo más acerca de la tal Louise —prometió ella-… que resultó no ser Louise.

Él le dio las gracias, tanto por la ayuda prestada como por la que acababa de ofrecerle. Después, la agente llamó un taxi.

—¿Es él el hombre al que buscáis? — inquirió.

—Sí —aseveró Wallander—. Tiene que ser él. No hay otra explicación posible.

Llegó a la terminal de transbordadores a las cinco menos veinte, y se sorprendió al comprobar que la galería de salidas estaba abarrotada de gente. ¿Quiénes tendrían que viajar a Malmö a una hora tan temprana? Sacó el billete y se sentó a esperar. Estaba a punto de caer vencido por el sueño sobre la silla de plástico cuando los pasajeros comenzaron a embarcar. Se acomodó junto a una ventana, se durmió antes de que el barco zarpara y no despertó hasta llegar a Malmö.

Una vez que hubo pasado la aduana, comprendió su gran error. Louise era un hombre. Un hombre sueco que, como él mismo ayer, había ido a Copenhague por poco tiempo. Bien pudo haber tomado el último transbordador la noche anterior.

Sin embargo, también cabía la posibilidad de que se encontrase entre los pasajeros que habían partido por la mañana. En ese caso, ¿qué podía haber hecho Wallander? ¿Acaso tendría que haber ido dando vueltas por el barco para comprobar si reconocía algún rostro, el de una mujer sin maquillaje convertida en un hombre? Cierto que podría haber avisado a la policía de Malmö para que comprobasen la identidad de todos los pasajeros que abandonasen el barco.

Al menos, tendría que habérsele ocurrido.

Pero se sentía exhausto, como si todo él fuese tan sólo un gran cascarón dispuesto alrededor de un organismo que no se componía más que de cansancio, de un nivel de glucemia demasiado elevado y de una falta de sueño devastadora.

Salió de la terminal. Los pasajeros del barco desaparecieron en distintas direcciones. Nada podía hacer.

Se dirigió, pues, a su coche. El móvil seguía sobre el asiento y, tal como él había sospechado, había olvidado apagar las luces, de modo que, cuando intentó poner el motor en marcha, resultó que la batería estaba descargada. Se echó hacia atrás en el asiento al tiempo que se golpeaba la frente con el puño y consideraba la posibilidad de dejar el coche donde estaba, cruzar hasta el hotel Savoy y dormir unas horas. Sin embargo, desechó la idea y llamó a Birch, con la esperanza de que fuese madrugador. Y, en efecto, el colega estaba tomándose el primer café.

—¿Qué fue de ti ayer? ¿No habíamos quedado en llamarnos?

Wallander le explicó lo ocurrido.

—¡Vaya! ¿A un palmo lo tuviste? ¿De verdad que te acercaste tanto? — preguntó Birch incrédulo.

—De verdad. Me dejé engañar. Debí haber vigilado la puerta de los servicios.

—Sí, hay tantas cosas que uno debería hacer… Entonces, acabas de llegar a Malmö, ¿no es así? Estarás agotado.

—Sí, pero lo peor es que no consigo poner el motor del coche en marcha.

—Voy a buscarte —se ofreció Birch—. Llevaré los cables. ¿Dónde estás exactamente?

Wallander se lo dijo. Birch apareció diecinueve minutos más tarde. Entretanto, el inspector había aprovechado para descansar un poco más.

—Estuve en el apartamento de Haag —reveló Birch—. Un estilo muy espartano el suyo. Eso sí, con las paredes llenas de fotografías ampliadas, todas de mariposas. Pero no encontré nada de interés para el caso.

—El fotógrafo murió porque tuvo la mala suerte de hallarse allí en aquel preciso momento. Estoy seguro. Lo que le interesaba al asesino era la pareja de recién casados —aseveró Wallander.

—¿Y dices que ayer hablaste con el hombre disfrazado de mujer?

—Bueno, eso creo.

—En ese caso, dispones de una fotografía —le recordó Birch-, un rostro. Quítale el cabello a la imagen. Tal vez tengas más de lo que crees.

—Sí, por ahí vamos a empezar —aseguró—. Existe la posibilidad de que alguien reconozca a Louise si no la presentamos como una mujer. Como, además, tenemos aquella fotografía…

Birch observó a Wallander con gesto grave.

—Ya, pero yo creo que primero deberías dormir unas horas. Nada conseguirás si llegas al límite de tus fuerzas —le aconsejó Birch.

Colocaron los cables y las pinzas, y al poco lograron poner el motor en marcha. Eran las seis y veinticinco de la mañana.

—Seguiremos inspeccionando el apartamento —aseguró Birch—. Estaremos en contacto.

—De acuerdo. Te mantendré informado —repuso Wallander.

Salió de Malmö, pero, ya en la salida hacia Jägersro, detuvo el vehículo y marcó el número de Martinson.

—He estado intentando llamarte —se quejó Martinson—. ¿No íbamos a celebrar una reunión ayer tarde? O tenías el teléfono desconectado o no hay cobertura, pero me ha sido imposible ponerme en contacto contigo.

—He estado en Dinamarca —explicó Wallander—. Quiero que convoques al equipo de investigación para las ocho.

—¿Ha sucedido algo?

—Así es. Pero ya te lo explicaré.

Wallander prosiguió el viaje hacia Ystad. Persistía el buen tiempo. El cielo estaba despejado y apenas si soplaba una leve brisa. Empezó a sentir que remitía el cansancio, que su cerebro se ponía a funcionar de nuevo. Recreó una y otra vez en su mente su encuentro con Louise, esforzándose por descubrir el rostro que se ocultaba tras el maquillaje. A veces, le parecía lograrlo.

Llegó a Ystad a las ocho menos veinte y, cuando entró en la comisaría, se encontró con Ebba, que, sentada en la recepción, no cesaba de estornudar.

—¿Resfriada en el mes de agosto? — le preguntó, afable.

—Ya sabes, las mujeres de edad solemos padecer alergias —ironizó ella. Después lo miró con severidad—. ¿Acaso no has dormido esta noche?

—He estado en Copenhague y, ya sabes, allí no suele uno ir a dormir.

Ella no pareció comprender que el inspector bromeaba.

—Pues si no empiezas a tomarte en serio tu salud, acabarás mal. Te lo digo para que lo sepas.

Él no se molestó en contestarle. Había ocasiones en que le irritaba la capacidad de esa mujer para adivinar sus pensamientos. Naturalmente, Ebba tenía razón. Imaginó que los islotes de azúcar emergían a la superficie de su mar de sangre, y en proporciones cada vez mayores. Wallander fue a buscar una taza de café antes de entrar en su despacho.

Le habían dejado sobre la mesa una carta con una nota en la que se le advertía de que el contenido era importante. Echó una ojeada al reloj antes de abrir el sobre.

El remitente era Mats Ekholm, con el que Wallander había colaborado hacía unos años, en el caso de un desalmado que mataba a sus víctimas y después les arrancaba la cabellera[[13]](#footnote-13). Mats Ekholm era psicólogo y había ayudado a Wallander a esbozar el perfil del asesino y a estudiar qué movía a éste a arrancar la cabellera de aquellos a quienes asesinaba. En términos generales, su trabajo conjunto había sido muy provechoso. Después, cuando atraparon al asesino, el inspector WaIlander no pudo por menos de preguntarse en qué medida había sido valiosa o decisiva la intervención de Ekholm y, pese a no haber llegado jamás a una conclusión que lo satisficiera, quedó convencido de que su contribución había sido muy importante incluso como interlocutor.

Wallander leyó la carta, que Ekholm había escrito por iniciativa propia, ya que nadie había requerido su ayuda en este caso ni solicitado expresamente su opinión. Sin embargo, Wallander comprendió que el psicólogo estaba bien informado de lo sucedido. De hecho, era bastante claro al final de la misiva, por lo que a Wallander volvió a hacérsele un nudo en el estómago.

«Es más que probable que el autor de estos crímenes ataque de nuevo. En efecto, hasta el momento, nada indica que haya dado por finalizada su actuación. No resulta fácil identificar el esquema temporal por el que se guía. Esa simbólica luna llena que parece desencadenar en él la violencia puede ponerse a brillar en cualquier momento. El hecho de que escoja a personas que, de un modo u otro, van disfrazadas admite varias interpretaciones. Lo más verosímil, en mi opinión, es que esa actitud le permite eludir toda responsabilidad, ya que asesina a un personaje y no a las personas enmascaradas. Ni que decir tiene que puedo estar equivocado y, de hecho, me pregunto si no habrá otro motivo oculto que no logro imaginar, un nexo entre todas las víctimas, un eslabón que los una, al margen del hecho —ciertamente fortuito- de que vayan disfrazados como en el siglo XVIII o ataviados con trajes de boda. Por lo que respecta al carácter del asesino, adivino que mi conclusión no difiere demasiado de la que tú hayas podido extraer: se trata de un hombre que posee la información necesaria y que no desea correr el menor riesgo. Es incluso posible que lleve lo que solemos denominar una vida normal, en un entorno muy corriente y casi anodino. Probablemente tenga un trabajo, del que se ocupe de forma ejemplar, y ¿por qué no?, familia y amigos y cuantos ingredientes solemos atribuir a la apariencia de normalidad. Añadiría que tal vez no ha cometido ningún delito con anterioridad. Al menos, ninguno marcado por la violencia. Un hecho inesperado quebrantó su existencia, algo que, como un volcán, entró en erupción en lo más profundo de su ser, y de la manera más imprevista»

Wallander dejó la carta sobre la mesa. En el encabezamiento, figuraban los números de teléfono de Ekholm, y decidió llamarlo al trabajo, pero lo informaron de que aún no había llegado. Wallander dio su nombre y dejó recado de que le devolviese la llamada.

Eran ya las ocho menos tres minutos.

Wallander reflexionó sobre lo que Ekholm ignoraba: que también el asesino se disfrazaba y se enmascaraba, al igual que sus víctimas. Si es que era él. Sin embargo, Wallander no hallaba ningún motivo para descartar aquella teoría. No le cabía la menor duda de que aquella persona con la que había estado hablando la noche anterior en Copenhague era el asesino. Simplemente, no podía ser de otro modo.

Le vino a la mente la imagen de Isa Edengren, acurrucada en el interior de la cueva, tras los helechos. El simple recuerdo lo hizo estremecer.

Se levantó para dirigirse a la sala de reuniones, donde seguramente lo aguardaban sus colegas. Les relataría lo que había sucedido la noche anterior. El asesino apareció, se fue a los servicios y se esfumó.

Les hablaría de la mujer que se había desvanecido entre el humo para renacer de las cenizas convertida en un hombre. Louise había dejado de existir. Ya no quedaba más que un hombre desconocido que, tras despojarse de su peluca, se evaporó sin dejar rastro. Un hombre que había matado a ocho personas y que quizás estuviera a punto de atacar de nuevo.

Wallander quedó de pie ante la puerta de su despacho, pensando en otro comentario de Ekholm: la cuestión de si no existiría otra característica común a todas aquellas personas, al margen del hecho de que estuviesen disfrazadas.

Wallander intuía que Ekholm tenía razón, aunque no se le ocurría el modo de averiguar ese otro rasgo que compartían las víctimas. «¿Qué voy a decirles ahora?», se preguntó. «¿De qué modo podríamos avanzar por este terreno tan escabroso? Por otro lado, el tiempo apremia, lo que implica que no podremos reflexionar a fondo sobre todas las ideas, ni hacer un seguimiento completo de todas las pistas, ni considerar todas las objeciones. Por lo tanto, ¿cómo dar con el camino adecuado?»

Wallander dejó la pregunta en suspenso y se encaminó a los servicios, pues necesitaba orinar y beber agua.

Clavó la mirada en la imagen que le devolvía el espejo. Se veía abotargado y pálido, las bolsas bajo los ojos hinchadas… Sintió desagrado ante su propia imagen.

«He de atrapar a este asesino», se dio ánimos. «Entre otras cosas, para poder pedir la baja y comenzar a cuidar mi salud.»

Bebió agua de un vaso de plástico, antes de repetirse la pregunta de cómo saber cuál sería la idea correcta. «La respuesta es bien sencilla», resolvió. «Es imposible saberlo. Es algo muy similar al juego de la ruleta, donde nos hemos de dejar llevar por la intuición. El negro nos lleva a un callejón sin salida, el rojo es el color acertado. Y el tiempo, un capital que se consume con celeridad pasmosa.

»En este sentido, apenas tenemos margen para actuar. Lo que necesitamos es un poco de eso que todos dicen rechazar y despreciar, aunque lo esperen y lo deseen: un golpe de suerte; que la teoría por la que nos decantemos resulte ser la adecuada, que la pista que decidamos seguir no nos aboque a un vacío inesperado.»

Eran las ocho y siete minutos cuando Wallander abandonó los servicios.

Todos estaban ya sentados, de modo que él parecía un alumno rezagado, o un profesor impuntual. Thurnberg se retocaba el impecable nudo de la corbata mientras Lisa Holgersson lucía su nerviosa e intermitente sonrisa. El resto de sus colegas lo recibieron de la única manera en que podían hacerlo a aquellas alturas: con el agotamiento relejado en sus rostros.

Wallander tomó asiento y les expuso lo ocurrido sin rodeos. Había tenido al asesino a un palmo de distancia, pero lo había dejado escapar. Con calma y objetividad, los guió por el devenir de los acontecimientos más recientes, a partir del momento en que se encontró con Birch y Maria Hjortberg, y les contó cómo había recibido la inesperada llamada telefónica de Lone Kjær, cómo había decidido emprender un viaje rápido a Copenhague, su visita al bar de una de las calles aledañas a la estación de Hovedbangården, donde se encontró con Louise, que estaba allí sentada ante una copa de vino, cómo ella le había sonreído y había accedido gustosa a hablar con él…, no sin antes ir a los servicios, claro.

—Y allí se quitó la peluca —concluyó—. Por cierto, idéntica a la que lleva en la fotografía. Y se limpió el maquillaje. Dado que se trata de una mujer o, más exactamente, de un hombre muy meticuloso en sus planes, es de suponer que estuviese preparado por si lo descubrían, de modo que sin duda llevaba alguna crema con la que desmaquillarse sin dificultad. Puesto que yo esperaba a una mujer, no vi cuándo abandonó el bar.

—¿Y la ropa? — quiso saber Ann-Britt Höglund.

—Llevaba un traje de chaqueta y pantalón —repuso Wallander—. Y zapatos bajos. Si hubiese prestado más atención a su indumentaria y a su aspecto, es posible que hubiese llegado a sospechar que podía tratarse de un hombre. Pero allí, ante la barra del bar…

No hubo más preguntas.

—Yo no albergo la menor duda —prosiguió Wallander al comprender que aquel silencio no era fruto de la reflexión—. Él es el hombre al que buscamos. De no ser así, ¿por qué se marchó? ¿Por qué se dio a la fuga?

—¿Y no se te ocurrió la posibilidad de que hubiese vuelto a Malmö en el mismo barco que tú? — inquirió Hanson.

—Sí lo pensé, pero demasiado tarde —confesó Wallander.

«Deberían echármelo en cara», se dijo, «al igual que tantos otros fallos de esta investigación. En realidad, supe que llevaba peluca la primera vez que tuve la fotografía en mi mano. Pero no reaccioné. De haberlo hecho, todo habría sido muy distinto. Ella era a quien buscábamos, a la misteriosa Louise, que resultó ser un hombre. Todas las demás pistas podrían haber esperado. Sin embargo, no supe verlo, como si no hubiese tenido fuerzas para admitir lo que había descubierto desde un principio.»

Antes de proseguir, se sirvió agua mineral en un vaso.

—He recibido una carta de Mats Ekholm —anunció—. Lo recordáis, ¿no es cierto? Es el psicólogo que, hace unos años, nos ayudó a atrapar al chico que le cortaba la cabellera a sus víctimas. Por propia iniciativa, me ha hecho llegar sus conclusiones, y entre ellas señala la posibilidad de que este individuo ataque de nuevo. Puesto que no sabemos dónde o cómo buscarlo, hemos de dar por sentado que puede hacerlo en cualquier momento, de lo que se deduce que no tenemos tiempo que perder.

—¿En algún otro momento de la investigación os topasteis con el hombre de la peluca? — inquirió uno de los policías de Malmö.

—Ésa es una de las principales cuestiones que hemos de estudiar. Debemos revisar a la luz de los nuevos datos todo el material de que disponemos.

—La fotografía —les recordó Martinson—. Podemos manipular la imagen en el ordenador y eliminar la peluca hasta obtener el rostro de un hombre.

—Sí, y eso es lo más importante —advirtió Wallander—. Empezaremos con ello en cuanto acabemos la reunión. Una, peluca y un buen maquillaje pueden modificar un rostro, pero no transformarlo por completo.

Wallander percibió que sus colegas recobraban las energías. No tenía ninguna intención de prolongar la reunión más de lo necesario, de modo que iba a darla por finalizada cuando Lisa Holgersson alzó la mano.

—Sólo quería recordaron un detalle que, por supuesto, todos conocemos: el entierro de Svedberg se celebrará mañana a las dos de la tarde. Dado el estado de la investigación, pospondremos el minuto de silencio que teníamos previsto mantener en la comisaría tras el sepelio.

Nadie tenía nada que añadir, apremiados como estaban por entregarse a sus respectivas tareas.

Wallander se encaminó a su despacho para recoger la chaqueta. Tenía pendiente una visita importante que no podía esperar. En efecto, deseaba poner a prueba una teoría y seguir una pista que, con toda probabilidad, no le llevaría a ningún lado. No obstante, y ante la duda, debía seguirla: no se perdonaría nunca la negligencia si, pese a todo, resultase certera. Por otro lado, no le llevaría mucho tiempo, apenas una hora. Curiosamente, creía poder disponer de esos sesenta minutos.

Estaba a punto de abandonar el despacho cuando apareció Thurnberg.

—¿Contamos con los recursos necesarios para retocar la fotografía? — preguntó.

—Martinson es el experto en ese tema —aclaró Wallander—. Si él tuviera la menor duda acerca de su propia capacidad o de los medios técnicos de que disponemos, estoy seguro de que sabrá a quién recurrir.

Thurnberg asintió.

—Lo suponía. Sólo quería cerciorarme.

Wallander notó que Thurnberg tenía algo más que decir.

—No creo que debas culparte por el hecho de que el asesino se deshiciese de su disfraz y escapase. Habría sido demasiado pedir que tú o cualquier otro hubiese previsto que ocurriría eso.

Wallander percibió que Thurnberg se lo decía con sinceridad, por lo que se preguntó si debería interpretar sus palabras como un intento de acercarse a él. Finalmente, optó por esta posibilidad.

—Estoy más que dispuesto a prestar oídos a cualquier opinión —declaró—. En esta investigación no hay ni un solo aspecto que pueda calificarse de simple.

—Te prometo que iré a buscarte cuando tenga algo con lo que contribuir —aseguró Thurnberg.

Concluida la conversación, Wallander salió de la comisaría a toda prisa. Dudó un instante si no sería oportuno tomar el coche, pero, finalmente, se decidió por ir a pie, pues no se trataba más que de bajar la calle que conducía hasta el centro, y, por otro lado, el mantenerse en movimiento parecía el único modo de combatir el sueño.

Le llevó diez minutos ganar el edificio rojo de la central de Correos. Junto a uno de los muelles de carga, había varios coches amarillos de Correos cuyos operarios se entregaban a la tarea de cargar sacas. Era la primera vez que Wallander entraba en la central. Localizó la entrada. Estaba cerrada, pero llamó al timbre y le abrieron.

El hombre que lo recibió era el encargado. Era joven, apenas rondaría la treintena, y se llamaba Kjell Albinsson. A Wallander le inspiró confianza de inmediato.

Albinsson lo condujo a un despacho en cuyo interior zumbaba un ventilador colocado sobre un armario que había junto a la pared.

Wallander sacó lápiz y papel, al tiempo que se preguntaba cómo empezar su interrogatorio. «¿Con qué frecuencia se da el caso de que un cartero de provincias lea el correo ajeno?», bromeó para sí.

A todas luces, no podía formular esa pregunta. Todos los empleados de Correos se lo tomarían como un insulto, se dijo pensando en Westin, a quien semejante pregunta habría disgustado sobremanera.

De modo que decidió comenzar desde el principio.

Eran ya las once menos diecisiete minutos del lunes 19 de agosto.

30

En el despacho de Albinsson había un mapa fijado a la pared. Wallander había comenzado por el mapa, interesándose por el modo en que estaban distribuidos los distritos de los diversos carteros de provincias. Albinsson le preguntó a su vez por qué la policía mostraba curiosidad por ese dato, a lo que Wallander estuvo a punto de responder con la verdad, que sospechaba que uno de los carteros de la región de Ystad se dedicaba a matar gente, además de a repartir el correo. Sin embargo, no se le ocultaba que esa afirmación no sólo sería inexacta, sino, decididamente, errónea. De hecho, no disponían de ningún dato que les permitiese afirmar que el hombre que Louise había resultado ser trabajase para Correos. Al contrario, todo parecía contradecir tal suposición. Por ejemplo, el hecho de que los carteros comenzaran su trabajo a hora bastante temprana, con lo que no les resultaría nada fácil pasar las noches en los bares del centro de Copenhague o, al menos, no los días laborables. De ahí que, en lugar de ofrecer esa respuesta, contestara que aquello ni siquiera guardaba relación con el asesinato de Svedberg o con el de los jóvenes de Hagestad y Nybrostrand. En cualquier caso, lo dijo en tono tan terminante que Albinsson comprendió enseguida que no obtendría más aclaraciones.

Albinsson le fue dando con fervor profesional la información requerida, sin dejar de señalar las zonas en el mapa, mientras Wallander estampaba alguna que otra anotación en su bloc escolar.

—¿Cuántos carteros de provincias hay en Correos? — quiso saber Wallander una vez que Albinsson hubo terminado con el mapa y se hubo sentado de nuevo.

—Tenemos ocho carteros.

—¿Y sería posible obtener una lista con sus nombres? Además de una fotografía.

—Correos ha realizado una campaña publicitaria agresiva y muy comercial, de modo que disponemos de un folleto informativo en color sobre nuestros carteros de provincias y su trabajo.

Dicho esto, Albinsson salió del despacho. El inspector pensó que esta vez había tenido suerte, pues, con las fotografías de los carteros podría confirmar de inmediato sus sospechas de que el hombre de Copenhague no trabajaba en Correos.

Por otro lado, en lo más profundo de su ser albergaba la esperanza de que uno de aquellos ocho carteros fuese el asesino: de ese modo, lo identificarían en un santiamén.

Albinsson regresó con el folleto, y Wallander, murmurando maldiciones, se puso a buscar afanosamente sus gafas.

—Tal vez te sirvan las mías —sugirió Albinsson—. ¿Qué graduación tienes tú?

—No estoy seguro, diez y medio o algo así.

Albinsson lo miró inquisitivo.

—De ser así, estarías ciego —aseguró—. Supongo que quieres decir una y media, y yo tengo dos, de modo que funcionará.

Wallander se encajó las gafas sobre la nariz y comprobó que veía más o menos bien. Se trataba de un folleto muy lujoso, lo que lo llevó a preguntarse si no sería ésa la causa de que el precio del franqueo no cesara de encarecerse. Aunque también le vino a la memoria el comentario que le hizo Westin durante la travesía a Bärnsö, cuando auguró que, en el plazo de pocos años, el correo electrónico se habría adueñado de cerca de la mitad del correo que aún se enviaba por la vía ordinaria. ¿Y qué haría Correos entonces? Ni Westin ni Wallander conocían la respuesta, pero el inspector consideró la posibilidad de que aquel folleto no tuviese otra utilidad que la de proporcionarle a él, en aquel preciso momento, una ayuda inestimable.

El folleto, en forma de tríptico, mostraba a los ocho carteros, cuatro hombres y cuatro mujeres. Wallander examinó sus rostros, pero ninguno de ellos mostraba la menor semejanza con Louise. Por un instante, dudó ante las facciones de un hombre llamado Lars-Göran Berg, pero enseguida lo descartó. Se concentró después en los rostros de las mujeres, y entre ellas reconoció a la que, durante años, le había llevado el correo a su padre, en Löderup.

—¿Puedo quedarme con el folleto? — inquirió.

—Claro. Si quieres, puedes llevarte varios.

—Con uno es más que suficiente, gracias.

—¿Has sacado algo en claro?

—No mucho. Pero tengo algunas preguntas más que hacer. Si no me equivoco, el correo se clasifica aquí, pero ¿quién hace ese trabajo de clasificación? ¿Los propios carteros?

—Pues claro.

—Es decir, que ellos son los únicos encargados de las provincias.

—Bueno, aparte de mí y de otro hombre, Sune Boman, que, por cierto, se encuentra aquí ahora. Si quieres verlo, puedo ir a buscarlo. Wallander quería saber, claro está, si Boman podía ser la persona que buscaba; pero, por otro lado, se preguntaba qué ocurriría si resultase ser el hombre que él había visto la noche anterior disfrazado de mujer.

—Sí, claro, vayamos a hacerle una visita.

Así pues, se dirigieron a la sala en la que se clasificaba el correo, donde hallaron a un hombre que se inclinaba sobre una saca de correo que acababa de anudar. Sin embargo, Wallander concluyó de inmediato, antes de acercarse, que no podía ser él, ya que Sune Boman pesaba, sin lugar a dudas, más de cien kilos, además de medir cerca de dos metros de estatura. Wallander lo saludó y Boman le dirigió una mirada seria.

—¿A qué esperáis para atrapar a ese loco?

—Estamos en ello —repuso Wallander.

—Tendríais que haberlo pillado hace ya tiempo.

—Por desgracia, las cosas no siempre salen como sería de desear.

Wallander y Albinsson regresaron al despacho.

—A veces resulta difícil de tratar —lo excusó Albinsson.

—¿Y quién no? — contemporizó Wallander—. Además, tiene razón. A todos nos gustaría que ese criminal estuviese ya a buen recaudo.

Wallander tomó asiento, tratando de decidir si seguía interrogando a Albinsson o daba por terminada la entrevista. No había hallado la solución en la central de Correos y, si era sincero, debía admitir que no había contado con aquella posibilidad.

Le devolvió las gafas a Albinsson, antes de añadir:

—Bien, creo que eso es todo, de modo que no te molestaré más, a menos que haya más personas que trabajen aquí.

—Bueno, claro, están los conductores —recordó Albinsson—. Pero ellos sólo se encargan de las sacas ya preparadas, así como de vaciar los buzones, y no participan en la clasificación ni en el reparto del correo.

—No tendrás un folleto de ellos también, ¿verdad?

—Por desgracia, no.

Wallander se puso de pie, pues ya no tenía más preguntas que hacer.

—¿Qué intentas averiguar, si puede saberse? — inquirió Albinsson.

—Como te dije, son simples preguntas de rutina.

Albinsson negó con un gesto.

—Puede que logres engañar a otros con esa respuesta, pero no a mí ¿Por qué habría de ir formulando preguntas de rutina el primer inspector de policía de la ciudad? Y justo cuando estáis investigando el asesinato de uno de vuestros colegas, además del de un grupo de jóvenes y de una pareja de recién casados. Tu presencia aquí está relacionada, de uno u otro modo, con esos asesinatos.

—Bueno, eso no cambia nada —atajó Wallander—. En realidad, ha sido un intento aventurado.

—Pues yo no te creo —insistió Albinsson—. Sospecho que estás buscando algo concreto.

—Bien, ya te he dicho cuanto podía revelar. Y, ahora que lo pienso, es posible que me queden aún algunas preguntas que hacerte —afirmó al tiempo que se sentaba de nuevo—. Una saca de correos debe de tener hoy un aspecto muy diferente del que tenía hace diez o veinte años. En realidad, ¿quiénes se envían cartas en estos tiempos?

—Sí, tienes razón, todo eso ha cambiado mucho en los últimos tiempos, y dentro de unos años se habrá modificado aún más. Lo cierto es que el correo postal está pasando de moda y la gente sustituye las cartas tradicionales por el fax o por el correo electrónico.

—Me figuro que la cantidad de cartas privadas se ha reducido notablemente.

—Bueno, no tanto como podría creerse. De hecho, aún hay muchas personas que desconfían del fax o del correo electrónico, gente celosa de su vida privada, que prefiere el sobre cerrado.

—Es decir, que las sacas de Correos no están llenas de folletos publicitarios y de cartas de bancos e instituciones públicas.

—Ni mucho menos.

Wallander asintió y se levantó al mismo tiempo que Albinsson.

—¿Te han servido de algo mis respuestas?

—Creo que sí. Y gracias por tu ayuda —añadió Wallander.

Albinsson no hizo más preguntas y ambos se despidieron en la puerta principal. Ya en la calle, casi lo deslumbró la luz del sol. «¡Qué mes de agosto tan extraordinario!», exclamó para sí. «Este calor, que no parece dispuesto a ceder… y el viento, por lo general intenso y constante, que ahora parece haber desaparecido…»

Mientras regresaba a la comisaría se preguntó si debía vestir el uniforme al día siguiente, cuando enterrasen a Svedberg. Tampoco estaba seguro de si Ann-Britt Höglund no se habría arrepentido ya de su compromiso de pronunciar un discurso que, por si fuera poco, no había sido redactado por ella misma.

Cuando entró, Ebba le comunicó que Lisa Holgersson quería hablar con él. Wallander notó que Ebba parecía abatida.

—¿Qué tal estás? — preguntó solícito—. últimamente apenas si tenemos tiempo de hablar.

—Las cosas son como son —sentenció ella.

Wallander recordó que su padre solía responder con las mismas palabras cuando se refería a las miserias de la vejez.

—En cuanto pase todo esto, hablaremos tú y yo —prometió Wallander.

Ella asintió, una pizca desganada. Wallander sospechaba que no eran sólo los achaques de la edad lo que le afectaba, pero no tenía tiempo de detenerse a preguntar, de modo que se dirigió al despacho de Lisa Holgersson, cuya puerta estaba, como de costumbre, abierta.

—Bueno, esto sí que es un avance —declaró la comisaria jefe una vez que él se hubo acomodado—. Thurnberg está impresionado.

—Impresionado, ¿por qué?

—Eso tendrás que preguntárselo a él, pero te aseguro que haces honor a tu fama.

Wallander estaba atónito.

—¿Tan mala es?

—¡No! Todo lo contrario.

Wallander alzó los brazos en señal de impotencia. No tenía la menor intención de hablar de sus aportaciones, pues las hallaba del todo insuficientes.

—El director general de la Policía asistirá al entierro —le informó—. Y la ministra de justicia también. Llegarán al aeropuerto de Sturup a las once y yo iré a recibirlos. Ambos han expresado su deseo de celebrar una pequeña reunión para que les expongamos a grandes rasgos el estado de la investigación, a eso de las once y media, en la gran sala de reuniones. Tú, Thurnberg y yo.

—¿No podría acudir Martinson en mi lugar? Él se expresa en público mucho mejor que yo.

—Ya, pero eres tú quien dirige la operación —objetó ella—. Habíamos pensado que durase media hora, como máximo. Luego irán a almorzar y regresarán a Estocolmo inmediatamente después del entierro.

—¿Sabes si alguno de los dos piensa pronunciar un discurso?

—Los dos.

—Este entierro me llena de angustia —confesó Wallander—. No cabe duda de que todo es muy distinto cuando el fallecido ha sido brutalmente asesinado.

—¿Estás pensando en tu viejo amigo Rydberg?

—Así es.

En ese momento sonó el teléfono. Lisa Holgersson respondió y pidio que la llamaran más tarde.

—¿Qué pasó al final con la música? — quiso saber Wallander.

—Lo dejamos en manos del director del coro. Seguro que elegirá algo digno. ¿Qué es lo que suelen interpretar?… Bach y Buxtehude, ¿no? Y, por supuesto, «Maravillosa es la tierra».

Wallander se incorporó, dispuesto a marcharse.

—Espero que aproveches la oportunidad, ahora que vas a tener a tiro tanto al director general como a la ministra de justicia —comentó Wallander.

—La oportunidad, ¿para qué?

—Para hacerles saber que no podemos seguir así por mucho tiempo. Que si continúan recortándonos los presupuestos y los medios en vez de una campaña de ahorro esto parecerá más bien una conspiración conjunta, tanto con el crimen llamado organizado como con ese otro, inclasificable, que están invadiendo este país.

—¡Por todos los santos! ¿Qué insinúas? — se alarmó Lisa.

—No insinúo nada. Lo afirmo: una conspiración cuyo objetivo no es sino impedir que la policía pueda desempeñar con eficacia sus tareas y cumplir su función en la sociedad. Díselo a los dos. Que aún no hemos llegado a ese extremo, pero que no tardaremos en hacerlo.

Ella meneó la cabeza.

—Lamento decirte que no estoy de acuerdo contigo.

—Pero sabes que tengo razón. Todos los que trabajamos en el Cuerpo somos conscientes de que esto está degenerando.

—¿Y por qué no se lo dices tú mismo?

—Pues sí, quizá debería hacerlo. Pero lo primero que he de hacer es atrapar a este asesino.

—No, tú no. Nosotros —observó ella.

Wallander fue al despacho de Martinson, donde también halló a Ann-Britt Höglund. Los dos observaban en la pantalla de un ordenador el rostro de Louise, aunque sin el cabello, que Martinson había eliminado de la imagen.

—He utilizado un programa desarrollado por el FBI —aclaró Martinson—. Ahora podemos comenzar a añadir cientos de peinados, barbas y bigotes. Hasta podemos incorporarle granos…

—No recuerdo que tuviese granos —aseguró Wallander—. Lo único que nos interesa es lo que había bajo la peluca.

—Yo he estado haciendo alguna que otra indagación —explicó Ann-Britt Höglund—. Llamé a un fabricante de pelucas y le pregunté si la cantidad de cabello que se podía ocultar bajo una peluca tenía algún límite determinado, pero no me dio una respuesta clara y unívoca.

—En otras palabras, que puede que el individuo tenga una cabellera bien poblada —concluyó Wallander.

—Con este programa se pueden hacer infinidad de cosas —intervino Martinson—. Podemos ponerle orejas de soplillo o aplastarle la nariz.

—Ya, pero como en la fotografía sale ya su rostro, no tenemos por qué dedicarnos a ponerle ni aplastarle nada —atajó Wallander.

—¿Y el color de los ojos? — inquirió Martinson.

Wallander hizo memoria.

—Azules —resolvió al fin.

—¿Alcanzaste a ver los dientes de la mujer?

—No era una mujer, sino un hombre, recuerda.

—Sí, claro, pero ¿los viste?

—Pues no con mucha claridad, pero creo que tenía una dentadura blanca y bien cuidada.

—¿Cómo no? A los psicópatas suele preocuparles mucho la higiene —comentó Martinson.

—Aún ignoramos si se trata de un psicópata —apuntó Wallander.

Martinson introdujo los datos que Wallander le había proporcionado sobre los dientes y el color de los ojos en la imagen de la pantalla.

—¿Qué edad podía tener la mujer? — preguntó Ann-Britt Höglund.

—No «la mujer», sino el hombre —repitió Wallander.

—Sí, pero tú no viste a un hombre, sino a una mujer. Después comprendiste que se trataba de un hombre, pero no llegaste a verlo como tal.

Wallander comprendió que tenía razón, que él había visto a una mujer y que aquél debía ser el punto de partida para determinar tanto su edad como otros datos.

—Pues, a decir verdad, siempre me resulta muy difícil calcular la edad, sobre todo cuando se trata de una mujer muy maquillada —confesó—. Pero yo diría que la fotografía que estamos usando es bastante reciente, así que la mujer debe de rondar los cuarenta.

—¿Y su estatura? — inquirió Martinson—. Cuando se puso de pie para ir a los servicios, ¿te pareció alta o baja?

Wallander hizo un esfuerzo por recordar.

—No estoy muy seguro —admitió al cabo—. Pero creo que era bastante alta. Podía medir entre 1,70 y 1,75.

Martinson pulsó un botón del teclado.

—¿Y el cuerpo? ¿Llevaba pechos postizos?

Wallander cayó en la cuenta de que no la había observado con la suficiente atención.

—Sinceramente, no sé qué responder.

Ann-Britt Höglund esbozó una mueca que bien podía interpretarse como una sonrisa.

—Según todos los estudios disponibles, los hombres se fijan de inmediato en el pecho de una mujer, en si es grande o pequeño… Y después, al parecer, en las piernas y el trasero.

Martinson continuaba manipulando la imagen mientras Wallander tomaba conciencia de lo absurdo de la situación. Aquella mujer era, en realidad, un hombre, pero él tenía que describirla como mujer, hasta que Martinson hubiese introducido en el ordenador los datos que necesitaba.

—Verás, llevaba una chaqueta —alegó a modo de excusa—. Quizás yo no sea un observador típico, pero he de decir que no noté que tuviese un busto especialmente sobresaliente. Además, la barra era bastante alta. Y tampoco pude verla bien por detrás, pues, en cuanto se apartó de la barra, quedó rodeada de gente. El bar estaba abarrotado.

—No os preocupéis, de todos modos tenemos bastante información —lo interrumpió Martinson, alentador—. Sólo nos queda intentar adivinar qué tipo de cabello oculta bajo la peluca.

—Pues ahí tenemos, sin duda, cientos de variantes —se lamentó Wallander—. La cuestión es si podemos enviar sólo el rostro, sin peinado. Hacerlo llegar a los periódicos y confiar en que alguien logre identificarlo por los rasgos de la cara, una vez eliminada la dichosa peluca, que hace pensar en el sexo equivocado.

—Bueno, según las investigaciones del FBI, resulta prácticamente imposible —aseguró Martinson.

—Aun así, podemos intentarlo —propuso Wallander. De repente, recordó otro detalle—. ¿Quién de vosotros habló con la enfermera que había atendido la llamada de quien se hizo pasar por Erik Lundberg?

—Yo —respondió Ann-Britt—. En realidad, era tarea de Hanson, pero él no pudo hacerse cargo del asunto.

—¿Qué te dijo?

—No mucho. Que tenía dialecto de Escania.

—¿Y sonaba auténtico?

Ella lo miró sorprendida.

—Pues no. Y la enfermera hizo un comentario al respecto: dijo que su dialecto sonaba extraño, aunque no fue capaz de decir en qué sentido.

—Es decir, que podemos suponer que el dialecto era fingido.

—Así es.

—¿Cómo era la voz, grave o aguda?

—Era una voz grave.

Wallander regresó mentalmente al bar Amigo: Louise le había dedicado una sonrisa antes de decirle que necesitaba ir a los servicios, y su voz era grave, sí, aunque había tratado de fingir un tono agudo.

—Por lo tanto, fue él quien llamó al hospital —concluyó—. De eso creo que podemos estar seguros, incluso aunque no dispongamos de ninguna prueba de ello.

Wallander sintió que necesitaba ordenar las ideas, o, mejor aún, contrastarlas con sus colaboradores más cercanos, que, en aquella investigación, eran precisamente Ann-Britt y Martinson. Ni siquiera Hanson podía contarse entre los que formaban aquel círculo íntimo.

—¿Por qué no hacemos balance nosotros tres? — sugirió Wallander—. Podemos sentarnos en la sala pequeña.

—Yo tendría que terminar esto —repuso Martinson—. No creas que es tan fácil manipular una imagen con este programa.

—No, claro, pero la reunión no tiene por qué llevarnos demasiado tiempo.

Martinson cedió y los tres se encaminaron hacia la más pequeña de las salas de reuniones que había en la comisaría. Una vez acomodados, Wallander les relató lo sucedido durante su visita a la terminal de Correos.

—No albergaba grandes esperanzas, la verdad, pero quería asegurarme —remató.

—Bien, pero eso no tiene por qué modificar nuestra hipótesis —observó Martinson—. Seguimos buscando a un hombre informado hasta límites sorprendentes, alguien que tiene acceso a los secretos mejor guardados de las personas.

—Cierto. Y, hasta el momento, no sabemos de nadie, a excepción de los novios y el fotógrafo, que conociese el lugar y la hora del reportaje de bodas —apuntó Ann-Britt Höglund.

—Pues precisamente en eso debemos centrarnos —intervino Wallander—. Esta investigación es de una amplitud inusitada, se extiende en todas las direcciones imaginables, pero por fin hemos logrado localizar un punto que podemos considerar crucial. Tenemos a un sospechoso que comparte con sus víctimas la afición por disfrazarse; por otro lado, se inmiscuye en un mundo casi secreto. ¿Cómo lo consigue? ¿Por qué medios obtiene la información que después utiliza? — preguntó Wallander y siguió reflexionando sobre su visita a la central de Correos—. Tan sólo encontré un denominador común —precisó—. Sture Björklund y los padres de Isa Edengren tienen el mismo cartero. Aparte de eso, tenemos otros tres carteros, además del que trabaja fuera del distrito de Ystad. Es decir, que podemos desechar esta teoría: todo esto es lo suficientemente absurdo como para que agreguemos la idea de una maquinación de carteros.

Sin embargo, Martinson no acababa de verlo claro.

—Yo creo que estamos precipitándonos. Supongamos que este sujeto que se disfraza de mujer no sea más que un elemento marginal de la investigación. De hecho, no podemos asegurar que ella se encuentre detrás de todo esto.

Wallander aceptó la justificada objeción de Martinson.

—Tienes razón —admitió—. Analicemos, pues, más de cerca a esos cuatro carteros, así como al que debe de existir en el distrito de Simrishamn. La central de Correos nos facilita la labor al proporcionarnos este folleto.

Anotaron los nombres, que se repartieron para investigarlos.

—Por otro lado —agregó Wallander-, aunque no creo que debamos confiar en ello, existe la posibilidad de que en Copenhague logren aislar algunas huellas dactilares en la barra. Por desgracia, cuando pregunté por la copa, ya la habían lavado.

Pasaron entonces a analizar, desde diversos puntos de vista, la hipótesis de que fuera un cartero. ¿Estaban pasando por alto algo importante? ¿De qué manera una persona podía obtener información detallada sobre otras, salvo abriéndoles las cartas o interviniendo sus teléfonos? Existían estas dos posibilidades y… ¿alguna más? Discutieron las diversas alternativas, desde los rumores hasta el chantaje, el correo electrónico y el fax. Sin embargo, no consiguieron dar con ninguna que satisficiese los requisitos de la hipótesis que ahora sometían a examen. De pronto, la inquietud volvió a invadirle al rememorar el contenido de la carta que le había enviado el psicólogo Mats Ekholm.

—A decir verdad, no hemos detectado ninguna pauta de actuación en los crímenes, salvo los disfraces y los secretos. Nada más.

—Hemos recibido más información sobre la secta Divine Movers —les hizo saber Martinson—. Y no parece que se hayan producido actos violentos relacionados con sus miembros o ligados a su actividad. Lo que sí parece claro es que tienen problemas con la Hacienda Pública, aunque me figuro que esto es hoy común a la mayoría de las sectas religiosas de Occidente.

—¿Qué ocurriría si dejáramos a un lado los disfraces? — aventuró Ann-Britt Höglund—. Si los consideramos como una eventualidad de la que podemos prescindir. ¿Qué nos queda entonces? ¿Qué características comparten las víctimas?

—En ese caso, no tenemos más que a gente joven —observó Wallander—. Jóvenes que celebran una fiesta o que acaban de contraer matrimonio.

—Es decir, que excluyes a Svedberg.

—Así es. Él sería una excepción.

—¿Qué me dices de Isa Edengren?

—Ella tendría que haber participado en la fiesta.

—Ya, pero eso modifica el esquema —señaló Ann-Britt Höglund—. Ahí entra en juego otro motivo, como si no se le permitiese escapar, pero, claro, escapar ¿a qué? ¿Cuál es el móvil? ¿El odio? ¿La venganza? En cualquier caso, tampoco hemos detectado ningún nexo inmediato entre los novios y los jóvenes. Y, por si fuera poco, también está Svedberg. ¿Cuál era la pista que él seguía?

—Esa última incógnita podemos despejarla ya —declaró Wallander—. Al menos, de modo provisional. Svedberg conocía a ese hombre que se disfraza de mujer. Algo despertó sus sospechas y, durante el verano, mientras estaba llevando a cabo su investigación particular, comprobó que aquellas sospechas estaban justificadas. Y ésa debe de ser la razón de que lo asesinaran: sabía demasiado. Así, antes de que tuviese tiempo de ponernos al corriente de sus pesquisas, quedó fuera de combate.

—Ya, pero, en el fondo, ¿qué implicaciones tiene eso para la investigación? — inquirió Martinson—. Svedberg le contó a su primo que mantenía relaciones con una mujer llamada Louise, que ahora resulta ser un hombre, cosa que Svedberg, después de tantos años, debía de saber. ¿Qué son? ¿Travestís? ¿No sería Svedberg homosexual, a pesar de todo?

—Bueno, podríamos interpretar todo eso de otras muchas maneras —atajó Wallander—. Yo no creo en absoluto que Svedberg se dedicase a pasearse por ahí vestido de mujer. Aunque, claro está, tal vez fuese homosexual, sin que ninguno de nosotros tuviese la menor idea de ello.

—En mi opinión, existe una persona que adquiere un creciente interés para el caso —señaló Ann-Britt Höglund.

Wallander adivinó que se refería a Bror Sundelius, el ex director de banco.

—Estoy de acuerdo contigo —convino Wallander—. Creo que tenemos motivos sobrados para establecer otro núcleo de investigación. No como una alternativa, sino más bien como complemento. Ese núcleo lo conforman las personas y los acontecimientos relacionados con una denuncia presentada hace once años ante la comisión de Justicia. Sabemos que Svedberg se condujo de un modo muy extraño, y de ello podemos deducir que se vio sometido a algún tipo de chantaje, a menos que tuviese otros motivos para proteger a Nils Stridh de cualquier acusación.

—Si Bror Sundelius también resulta tener inclinaciones sexuales anormales, creo que eso explicaría muchas cosas —concluyó Martinson.

A Wallander le disgustó su forma de expresarse, pues adivinó un mal disimulado desprecio.

—En modo alguno podemos considerar la homosexualidad como una inclinación anormal —le espetó—. Así era en los años cincuenta, pero no en la actualidad. El hecho de que la gente siga prefiriendo ocultar sus gustos en este sentido no significa que esos gustos sean despreciables.

Martinson notó el tono irritado de Wallander, pero no hizo comentario alguno.

—En definitiva, la cuestión es qué lazos unían a Sundelius, Stridh y Svedberg —retomó Wallander—. Tres hombres cuyos apellidos comienzan por la letra S: un ex director de banco, un ladrón de pacotilla alcohólico y un policía.

—Me pregunto si Louise ya había aparecido en escena por aquel entonces —observó Ann-Britt Höglund.

Wallander esbozó una mueca de contrariedad.

—Hemos de llamarlo de otro modo —protestó—. Louise desapareció en los servicios de aquel bar de Copenhague. Si no le cambiamos el nombre nos haremos un lío cada vez que hablemos de ella.

—Muy sencillo: ¿qué tal Louis? — propuso Martinson.

Todos se mostraron de acuerdo. Louise quedó, pues, rebautizada de forma provisional. Su nuevo nombre pasó a reflejar el cambio de sexo, de modo que ahora buscarían a un hombre llamado Louis.

—Veamos: Stridh está muerto —continuó Wallander-, y no podrá prestar testimonio desde su tumba. Sin embargo, tal vez Rut Lundin tenga algo más que decir, aunque, francamente, lo dudo. Me dio la impresión de que fue sincera y no creo que supiese en qué andaba metido Stridh.

—En otras palabras, no nos queda más que Sundelius.

Wallander se mostró de acuerdo con Martinson.

—En efecto, y es una pieza clave —añadió el inspector—. Tanto, que debemos centrarnos en él con ahínco e investigar con más detenimiento qué clase de persona es.

—¿Y por qué no lo detenemos? — sugirió Martinson.

—¿Bajo qué acusación?

—Pues si es importante para la investigación, tanto da de qué lo acusemos.

—En cualquier caso, antes de detenerlo, deberíamos poseer la suficiente información como para saber qué preguntas formular.

Decidieron que Martinson dedicaría parte de su tiempo a Sundelius, y Wallander abandonó la sala de reuniones. Se dirigía a su despacho cuando se topó con Edmundsson en el pasillo.

—No encontramos nada en aquel lugar del parque donde nos pediste que buscásemos —lo informó.

A Wallander le llevó un minuto recordar a qué se refería.

—¿Nada de nada?

—Bueno, alguien había estado apoyado contra el tronco del árbol y había escupido una bolsita de tabaco. Eso es todo.

Wallander lo miró inquisitivo.

—Espero que se te ocurriese guardar la bolsita o, al menos, que se lo contases a Nyberg.

La respuesta de Edmundsson lo sorprendió.

—Pues sí.

—Quizá sea más importante de lo que creemos —advirtió Wallander.

Dicho esto, se dirigió a su despacho. Pensó que, al cabo, su presentimiento se había visto corroborado. Aquel lugar ofrecía la vista más amplia del sendero. El asesino había estado allí. Y había escupido una bolsita de tabaco. Al igual que en la playa. Y recordó que el asesino también había estado presente al otro lado del cordón policial en Nybrostrand, sólo que, en aquella ocasión, iba disfrazado.

«Ese individuo nos sigue», se dijo. «Lo tenemos siempre cerca, tanto en la vanguardia como en la retaguardia. Tal vez porque quiere averiguar lo que nosotros sabemos. O, simplemente, porque desea demostrarse a sí mismo que nunca daremos con él.»

Una idea cruzó por su mente, y llamó al despacho de Martinson.

—¿Has tenido tú, o alguno de los compañeros, la sensación de que alguien esté mostrando un interés inesperado por la investigación?

—¿Y quién iba a interesarse por el caso, aparte de los periodistas ávidos de noticias?

—De todos modos, comunica a todos que deben mantenerse atentos por si notan algún interés desmedido por parte de alguien que se comporte de un modo extraño y que no encaje en el escenario. Siento no poder explicarme mejor.

Martinson le prometió que así lo haría, y Wallander colgó el auricular.

Poco después, Wallander se sintió hambriento y mareado. Habían dado ya las doce del mediodía. Salió del edificio y se encaminó a pie hacia uno de los restaurantes del centro. A la una y media, ya de regreso, entró en su despacho, se quitó la chaqueta y se puso a hojear el folleto que le habían proporcionado en la central de Correos.

El primero de los carteros con los que intentaría ponerse en contacto se llamaba Olov Andersson.

Wallander descolgó el auricular antes de marcar el número, mientras se preguntaba por cuánto tiempo sería capaz de resistir aquella situación.

Poco después de las once, ya estaba de vuelta en Ystad.

No quiso arriesgarse a coincidir con el policía que lo había descubierto en Copenhague, con lo que se decantó por regresar vía Helsingor. Gracias a la inesperada herencia que le había dejado un pariente, no se veía en la necesidad de andarse con tacañerías, así que tomó el tren y, después, el transbordador. Ya en el puerto sueco de Helsingborg, fue en taxi hasta Malmö, donde tenía aparcado su coche. Sin embargo, antes de acercarse a su vehículo, pasó largo rato observando el aparcamiento. No le cabía duda de que lograría escabullirse, al igual que la noche anterior, en el bar de Copenhague. Aquél había sido, en verdad, un gran triunfo. Ciertamente, no se le había pasado por la cabeza que un policía pudiese presentarse en el bar y sentarse a su lado. No obstante, lejos de perder el control, había actuado tal como había planeado que lo haría si se presentaba el caso.

Con una calma absoluta, se había dirigido a los servicios; allí se había quitado la peluca, que se sujetó con el cinturón en el interior del pantalón. Luego, se había quitado el maquillaje con la crema que, a tal efecto, llevaba siempre en el bolsillo, y, tranquilamente, abandonó los servicios al mismo tiempo que otro hombre. Todo eso demostraba que su capacidad para escabullirse permanecía intacta.

Después de asegurarse de que el aparcamiento no estaba sometido a vigilancia alguna, se sentó al volante y se puso en marcha en dirección a Ystad. Ya en casa, se dio una buena ducha y se escurrió después entre las sábanas en su habitación insonorizada. No eran pocos los detalles sobre los que debía reflexionar. Ignoraba cómo aquel agente llamado Wallander había podido localizarlo. A todas luces, había dejado alguna huella en algún lugar, lo que provocaba en él más indignación que desasosiego. ¿Cómo habían dado con él? La única explicación plausible, a su entender, era que, a pesar de todos sus desvelos, Svedberg hubiese conservado alguna fotografía suya en el apartamento. Una fotografía de Louise, claro está, que él no consiguió encontrar pese a haber abierto cuantos armarios y cajones halló en el domicilio del difunto policía. La idea, no obstante, lo tranquilizó: en cualquier caso, el policía había acudido al local para entrevistarse con una mujer, y nada indicaba que, antes de visitar el establecimiento, hubiese averiguado o siquiera sospechado que Louise no existía, o que ésta no era más que una impostura. Aunque tal vez, a aquellas alturas, el agente ya lo había adivinado.

Así, el haberse librado de forma tan sencilla lo excitaba y lo impelía a seguir avanzando. Por otro lado, eso constituía un problema. En efecto, no disponía de ninguna posible víctima: se había quedado sin reservas. Según sus planes iniciales, ahora debía dejar pasar un tiempo, quizás un año entero. Y, entretanto, meditar a conciencia sobre cómo proceder en lo sucesivo a fin de superarse a sí mismo. De hecho, tenía decidido aguardar a que todos se hubiesen olvidado de él. Hasta conseguir que todos creyesen que había dejado de existir. Y, entonces, podría aparecer de nuevo.

Pese a todo, el encuentro con el policía lo había alterado; ya no soportaba la idea de aguardar todo un año para ofrecer un nuevo espectáculo.

Se pasó la tarde entera echado en la cama, dándole vueltas al problema y estudiándolo de forma reposada y metódica. No eran pocas las alternativas que se le ofrecían, ni escasas las posibles soluciones. Tantas que, más de una vez, a punto estuvo de darse por vencido.

No obstante, al fin creyó vislumbrar una solución. No cabía duda de que se apartaba del plan que él tenía pergeñado, por lo que resultaría insatisfactoria en muchos aspectos. Sin embargo, dada la situación, no le quedaba otra alternativa. Por otro lado, aquello lo tentaba. Cuanto más maduraba la idea, tanto más genial se le antojaba. Compondría una escena inusitada: una vez expuesta al público, nadie podría descifrarla. Crearía un misterio de tal magnitud que nadie lo desentrañaría jamás, pues arrojaría su clave invisible a la oscuridad, donde nadie podría hallarla.

Tomó la decisión ya entrada la noche. Sería Wallander, el policía. Y sucedería pronto, al día siguiente del entierro de Svedberg; un día, necesita un solo día para prepararlo todo. Sonrió ante la idea de que Svedberg pudiese prestarle algún servicio después de muerto: mientras le daban sepultura, el apartamento del otro policía estaría vacío. Svedberg le había contado en varias ocasiones que Wallander vivía solo.

No pasaría del miércoles.

Al pensar en eso le sobrevino la gran excitación que sentía cada vez que hacía planes.

Mataría al policía de un disparo y, después, lo disfrazaría. Aunque, desde luego, no sería un disfraz cualquiera.

31

El lunes había sido un día perdido.

Éste fue el primer pensamiento que cruzó por la mente de Wallander al despertarse la mañana del martes. Por primera vez en mucho tiempo, se sentía descansado. Había abandonado la comisaría temprano, a las nueve de la noche, como si se hubiese visto obligado a batirse en retirada. Simplemente, no podía más, de modo que se había ido derecho a la calle Mariagatan, se había comido un par de bocadillos resecos en la cocina y se había metido en la cama. Lo último que recordaba era que había apagado la luz de la mesita de noche.

Eran las seis de la mañana. Yacía inmóvil en la cama y, por una abertura de la cortina, vio un fragmento de cielo azul. Sí, el lunes había sido un día perdido, se decía, sin ningún suceso capaz de propiciar un avance en la investigación. Había hablado con dos carteros de provincias, pero ninguno de ellos le aportó datos relevantes. Los carteros, dos ciudadanos deseosos de ayudar, habían contestado a sus preguntas con profusión y, no obstante, la investigación seguía estancada. Hacia las seis de la tarde, Wallander se reunió con sus compañeros del grupo de investigación, que, a aquellas alturas, habían tenido tiempo de hablar con todos los carteros de provincias que figuraban en sus listas respectivas. Pero ¿qué preguntas habían podido hacerles, en realidad? ¿Y qué respuestas habían obtenido? Wallander se vio obligado a reconocer que aquella pista había sido infructuosa, el resultado de un momento de inspiración que no le había conducido hacia donde él deseaba. Sin embargo, no había sido sólo el supuesto filón de los carteros lo que los había conducido a un callejón sin salida. En efecto, Lone Kjær lo había llamado desde Copenhague para comunicarle que no habían hallado huellas dactilares en la barra del bar Amigo. Incluso habían intentado buscar huellas en el taburete, pero sin éxito. Wallander no había confiado en que aquello funcionase, pero, en el fondo, albergaba cierta esperanza; con una sola huella dactilar que hubiesen podido comparar con las que ya tenían, les habría resultado fácil identificar al asesino, además de confirmarles —cosa crucial- que éste era un hombre que iba disfrazado de mujer. Dadas las circunstancias, no podían descartar la vaga —pero no por ello menos inquietante- posibilidad de que aquella suposición también fuese errónea y de que el hombre de la peluca morena no fuese más que un paso más hacia el objetivo y no el objetivo mismo.

Martinson se empecinaba en confeccionar decenas de retratos robot con un sinnúmero de peinados, que expuso sobre la mesa a fin de que el resto del equipo diese su parecer. Wallander no pudo por menos de pensar en los recortables que unían en las revistas de su infancia, provistos de variadas indumentarias que se fijaban a las figuras gracias a las pestañas de los bordes. Sin embargo, no recordaba que fuese posible cambiarles también el peinado.

El problema consistía en que, en el fondo, no tenían la menor idea del tipo de cabello que tenía el asesino. No obstante, Wallander había enviado a algunos policías a la calle Lilla Norregatan, al edificio del apartamento de Svedberg, con objeto de que mostrasen a los vecinos la fotografía del rostro sin cabello. Pero aquello tampoco dio resultado, pues nadie pareció reconocer aquella cara.

La discusión acerca de la conveniencia de hacer llegar una de dichas fotografías a los periódicos se prolongó de modo innecesario, en opinión de Wallander, que incluso pidió su opinión a Thurnberg, a quien también había convocado a la reunión. La disparidad de pareceres era considerable, pero Wallander insistió en que la imagen debía publicarse arguyendo que, pese a todo, resultaba muy difícil identificar aquel rostro una vez que le habían retirado la desconcertante peluca; en realidad, sólo con que lo reconociese una sola persona, sería ya un éxito. Thurnberg, que había permanecido en silencio durante la mayor parte de la discusión, se decidió a tomar parte para declarar que apoyaba por completo la propuesta de Wallander. Había que publicar la fotografía retocada tan pronto como fuese posible.

Acordaron aguardar hasta el miércoles, una vez celebrado el entierro, pues así se asegurarían de que apareciese en todos los medios de comunicación suecos.

—A la gente le encantan los retratos robot —afirmó el inspector—. Tanto da si el rostro se parece al auténtico o no, lo importante es que hay algo terrible, casi mágico, en esos bocetos. Aunque ofrezcamos a los ciudadanos una cabeza inacabada, debemos confiar en que alguien reaccione.

La tarde del lunes se había visto marcada por una actividad febril. Hanson —que, después de Martinson, era el más experto en informática- había estado buscando el nombre de Bror Sundelius en los diversos registros y bases de datos de la policía sueca, pero, como era de esperar, no había hallado el menor rastro: según los ordenadores, el ex director de banco era un ciudadano de incuestionable probidad. En cualquier caso, decidieron que Wallander mantendría una nueva conversación con Sundelius el mismo miércoles, al día siguiente del sepelio del compañero, durante la cual haría lo imposible por presionarlo aún más. Por otro lado, el inspector les recordó que el ex director de banco también acudiría a la ceremonia.

Pese a todo, aquella tarde del lunes que tan infructuosa se le había antojado a Wallander, se había producido otro suceso. Poco después de las cuatro, sonó el teléfono en el despacho del inspector. Un periodista de uno de los periódicos nacionales más importantes lo llamó para hacerle saber que Eva Hillström se había puesto en contacto con él y que los padres de los chicos asesinados hablarían con los medios para hacer pública su crítica del trabajo que la policía había llevado a cabo hasta el momento, dado que no consideraban que el grupo de investigación hubiese hecho cuanto estaba en su mano. Asimismo, estimaban que en modo alguno habían recibido toda la información a la que tenían derecho. El periodista le habló sin ambages y le explicó que las críticas serían muy duras. Eva Hillström había mencionado precisamente a Wallander en varias ocasiones como responsable o, más bien, como la persona que eludía su responsabilidad. Lo informó de que el artículo sería extenso, le advirtió que saldría al día siguiente, y le indicó que lo llamaba para darle la oportunidad de manifestar su opinión. Sin embargo, y en parte ante su propio asombro, Wallander no sólo declinó la oferta con determinación, sino que le aseguró que lo haría cuando hubiese leído los puntos de vista de los padres. Del mismo modo, se negó a que el periodista le leyese por teléfono las palabras de Eva Hillström o a que se las mandase por fax, pues —explicó- prefería leerlo directamente en el periódico y, de hallar motivo para ello, ponerse después en contacto con el diario. Punto final.

Concluida la conversación, sintió que, en su ya bastante castigado estómago, se le hacía un nudo más, que venía a añadirse a su angustia ante la idea de que el asesino atacase de nuevo. En suma, su buen nombre y fama se hallaban en entredicho. Intentó hacer examen de conciencia y concluyó que, sin lugar a dudas, habían hecho cuanto estaba en su mano, y que si todavía no habían logrado atrapar al autor de los crímenes no se debía a la indolencia, a la negligencia ni a la falta de profesionalidad del Cuerpo de Policía. En definitiva, la razón no era otra que la complejidad de aquella investigación. La información con la que habían contado en todo momento había sido ínfima y, si bien era cierto que se habían cometido algunos errores durante las pesquisas, también lo era que no existía el trabajo de investigación perfecto. Por otro lado, no se podía afirmar que Eva Hillström tuviese competencia para opinar sobre aquel punto.

Durante la improvisada reunión que celebraron a las seis —en la que, de forma definitiva, descartaron a los carteros y se aplicaron, con ojos enrojecidos por el cansancio, a examinar los retratos robot de Martinson-, Wallander les refirió la conversación mantenida con el periodista. Thurnberg se mostró preocupado y cuestionó lo apropiado del hecho de que Wallander se hubiese negado a leer o a escuchar lo que el periódico publicaría al día siguiente.

—Es un problema de prioridades y de tiempo —arguyó Wallander—. En estos momentos tenemos tanto trabajo que hasta las críticas deben esperar.

—Ya, pero el director general de la Policía y la ministra de justicia estarán aquí mañana —le recordó Thurnberg—. Sería muy desafortunado que precisamente entonces leyesen en el periódico un artículo en el que se critica nuestro trabajo.

De repente, Wallander comprendió qué era lo que en el fondo inquietaba a Thurnberg.

—En los periódicos no saldrá nada que ensombrezca tu buen nombre —lo tranquilizó—. Si no me equivoco y, a juzgar por las palabras del periodista, Eva Hillström y los padres de los demás chicos ponen objeciones al trabajo de la policía. Sobre la actuación del fiscal no tenían nada que decir.

Thurnberg no añadió comentario alguno y la reunión se disolvió poco después. Ya en el pasillo, Ann-Britt Höglund le reveló a Wallander que el fiscal había estado haciéndole preguntas acerca de lo acontecido en el parque natural el día en que, según Nils Hagroth, Wallander lo agredió mientras hacía deporte.

Tras la conversación con Ann-Britt, lo invadió una intensa sensación de resignado abatimiento. ¿Acaso no tenían suficiente con lo que se les había presentado? ¿De verdad debían tomarse en serio las acusaciones de Hagroth? Y fue en aquel preciso instante cuando la jornada del lunes le pareció, pese a todo el trabajo realizado, un día perdido.

Cuando se levantó el martes, eran las seis y media de la mañana. Miró con algo de aversión el uniforme de policía que había colgado en la puerta del armario. Dado el poco tiempo de que dispondría entre la conversación con el director general y la ministra de justicia y el entierro, no podría pasar por casa para cambiarse. Ya enfundado en su uniforme, se colocó ante el espejo. El pantalón le apretaba bajo el estómago de forma preocupante, y se vio obligado a dejar desabrochado el último botón, oculto bajo el cinturón. Intentó recordar la última vez que había llevado el uniforme, pero no lo consiguió, por lo que dedujo que debía de hacer ya muchos años.

De camino a la comisaría, se detuvo ante un quiosco y compró el periódico en el que aparecía el artículo. El periodista no había exagerado, pues se le dedicaba a ese asunto, en efecto, un espacio considerable en el diario, ilustrado además con fotografías. Las críticas de Eva Hillström y de los otros padres se basaban en tres puntos fundamentales. En primer lugar, según decía, la policía había reaccionado demasiado tarde a la desaparición de los jóvenes. En segundo lugar, tenían la sensación de que la investigación no estaba llevándose a cabo de modo especialmente eficaz. Por último consideraban que la información que se les había dado era muy deficiente.

«Al director general no le va a gustar lo más mínimo», concluyó el inspector. «Y no creo que sirva de nada lo que yo o cualquiera de mis compañeros argumentemos en nuestra defensa para aclarar que estas acusaciones, salvo quizá la que atañe a lo tardío de nuestra reacción, carecen de fundamento. El solo hecho de que hayan surgido voces críticas será suficiente para considerarla perjudicial para la imagen de la policía.»

Así pues, Wallander llegó a la comisaría poco antes de las ocho, malhumorado y profundamente molesto.

Aquél amenazaba con resultar un día largo y deprimente, pese a que persistían la temperatura agradable y el tiempo soleado del mes de agosto.

Lisa Holgersson llamó desde el coche poco antes de las once y media para comunicarles que ya habían salido del aeropuerto de Sturup y que tardarían cinco minutos en llegar a la comisaría, de modo que Wallander se encaminó a la recepción con la intención de recibirlos. Thurnberg ya se encontraba allí; intercambiaron unas frases a modo de saludo, pero nadie hizo comentario alguno a propósito del artículo.

Finalmente, el coche oficial se detuvo a la puerta de la comisaría. El director general vestía uniforme de gala y la ministra de justicia un traje serio apropiado para la ocasión. Tras los obligados saludos y presentaciones, se dirigieron al despacho de Lisa Holgersson, donde los aguardaba una cafetera humeante y olorosa. Sin embargo, cuando se disponía a entrar, la comisaria jefe llamó discretamente a Wallander.

—Han leído el periódico en el avión —le advirtió—. El director general está bastante disgustado.

—¿Quieres que haga algún comentario al respecto?

—Sólo si ellos lo sacan a colación.

Se sentaron frente a las tazas de café. Ambos dignatarios transmitieron a Wallander su pésame por la muerte de Svedberg, antes de cederle la palabra. Horas antes, al llegar a la comisaría, estuvo elaborando un borrador con lo que pensaba decirles. Sin embargo, llegado el momento, no fue capaz de hallar el papel. Sabía que lo llevaba consigo al salir del despacho, de modo que supuso que se lo habría olvidado en los lavabos.

No obstante, no se le ocurrió ir a buscarlo, pues sabía perfectamente lo que quería decir. Lo más importante era que ya tenían una pista. Y aquello constituía una novedad. Tenían un probable asesino. La investigación había empezado a progresar: ya no daban palos de ciego.

—Toda esta situación resulta en extremo lamentable —sentenció el director general de la Policía una vez que Wallander concluyó—. Lamentable y grave. La sensación de amenaza general se refuerza cuando tanto un policía como unos jóvenes son víctimas de asesinato, además de unos novios, claro. Espero ver este caso resuelto en breve. Te aseguro que nadie se congratula más que yo mismo al oír que habéis dado con una pista segura.

Wallander comprendió que el director general de la Policía estaba muy preocupado, y que esa última afirmación no era vana palabrería, sino que transmitía su profundo sentir.

—La sociedad no puede protegerse totalmente de estos dementes —intervino la ministra de justicia—. De hecho, se producen asesinatos en serie tanto en el seno de sistemas democráticos como en regímenes dictatoriales, y en todos los continentes.

—Sí, claro, pero hay algo más —señaló Wallander—. Los dementes no siguen todos una misma pauta de comportamiento ni conforman un grupo homogéneo. Por otro lado, suelen ser muy minuciosos en la planificación de sus delitos, aparecen como surgidos de la nada y suelen carecer de antecedentes penales, lo que les permite perderse en el anonimato sin dejar rastro.

—Yo creo que ese trabajo debe comenzar en el ámbito de la policía local —opinó el director general.

Wallander no alcanzó a comprender la relación entre los criminales dementes y la policía local, pero no se pronunció al respecto, como tampoco se hizo comentario alguno acerca de las nuevas estrategias policiales que parecían estar en constante estado de fermentación en el seno de la Dirección General. La ministra de justicia hizo algunas preguntas a Thurnberg antes de poner punto final al encuentro. Cuando ya se disponían a salir a almorzar, el director general cayó en la cuenta de que le faltaban en su maletín una serie de documentos.

—¡Vaya! Es una secretaria sustituta —se lamentó—. Con ellas, nada sale bien. Apenas has aprendido sus nombres, ya tienen que marcharse.

Realizaron una corta visita a las dependencias de la comisaría. Wallander iba junto a la ministra de Justicia.

—Ha llegado a mis oídos que se ha presentado una denuncia contra ti. ¿Es cierto?

—A mí no me preocupa lo más mínimo —respondió Wallander—. El sujeto se encontraba dentro de una zona acordonada y no hubo agresión por mi parte.

—Eso imaginaba yo —aseguró ella en tono alentador.

De nuevo en la recepción, el director general le hizo a Wallander la misma pregunta.

—Es lamentable —comentó—. Sobre todo, en la situación en que nos hallamos.

—Ese tipo de incidentes son siempre lamentables —convino Wallander-, pero te digo lo mismo que le he dicho a la ministra: no hubo agresión.

—Entonces, ¿qué ocurrió?

—Pues nada, salvo que un individuo apareció en una zona acordonada.

—Bien, espero que comprendas que es de capital importancia que el Cuerpo de Policía esté en buenas relaciones con los ciudadanos y los medios de comunicación.

—Cuando la denuncia se desestime, haré que los periódicos informen de ello —prometió Wallander.

—Estupendo, pero me gustaría recibir una copia de la nota de prensa antes de que la envíes a los diarios —le advirtió el director general.

Wallander le aseguró que así lo haría, antes de declinar la invitación a acompañarlos durante el almuerzo. Se dirigió al despacho de Ann-Britt, pero lo halló vacío, de modo que regresó al suyo. Aquella mañana, la actividad se había reducido al mínimo en la comisaría y se fijó en que incluso Ebba vestía traje de luto. Wallander decidió llamar a casa de Ann-Britt.

—¿Qué tal llevas lo del discurso? — le preguntó cuando ella atendió la llamada.

—Me asusta un poco que, llegado el momento, me ponga nerviosa o empiece a tartamudear. O que se me haga un nudo en la garganta.

—Lo harás muy bien —auguró Wallander-, mucho mejor que cualquier otro compañero.

Una vez concluida la conversación, Wallander permaneció un instante sentado tras el escritorio. En efecto, le rondaba por la cabeza una idea imprecisa cuya esencia no lograba captar. ¿No sería alguno de los comentarios de la ministra de Justicia o del director general de la Policía?

Por más que lo intentó, no consiguió que emergiese a su conciencia.

A las dos de la tarde, la iglesia de Sankta Maria, sita en la plaza Stortorget, estaba ya llena de gente. Wallander había ayudado a portar el ataúd hasta el interior de la iglesia. Era un ataúd blanco muy sencillo, decorado con unas rosas. Minutos antes de que empezasen a doblar las campanas, se había detenido a saludar a Ylva Brink.

—Sture no vendrá —anunció ella—. No es partidario de los entierros.

—Sí, lo sé —afirmó Wallander—. Él piensa que deberíamos esparcir sus cenizas por cualquier lugar.

Wallander anduvo un rato recorriendo el templo y observando a las personas allí reunidas. Sabía que Louise no volvería a aparecer; pese a todo, él buscaba su rostro entre la multitud. Aunque ahora quería identificar un rostro de hombre, el de Louis. Sin embargo, no lo halló. Bror Sundelius sí había acudido y, cuando Wallander se le acercó para saludarlo, aquél le preguntó por la marcha de la investigación.

—Bueno, hemos hallado una pista definitiva, pero no puedo ser más explícito —señaló Wallander.

—Con tal de que lo atrapéis… —atajó Bror Sundelius.

Wallander comprendió que Sundelius era sincero, que el asesinato de Svedberg lo había conmovido. De repente, Wallander empezó a cuestionarse si Sundelius habría experimentado algo parecido a lo que debió de sentir Svedberg. ¿Y si hubiese sido víctima del mismo temor?

Inquieto, se dijo que tenía que charlar de nuevo con el ex director de banco. Era algo que no podía posponer.

Las campanas enmudecieron. Del órgano surgían los acordes de música de Bach, el pastor estaba dispuesto y Wallander se había sentado en primera fila, presa de una creciente angustia ante la idea de su propia muerte, cuando quiera que ésta se produjese. En realidad, los entierros constituían una fuente de tortura y él se preguntaba si en verdad resultaba necesario que así fuese. La ministra de Justicia se pronunció acerca de la democracia y la garantía de los derechos ciudadanos; el director general de la Policía, por su parte, hizo referencia al aspecto conmovedor y trágico. Y Wallander se preguntaba si lograría introducir la expresión «policía local» también en aquel discurso, pero no tardó en recriminarse lo injusto de su prejuicio pues, en el fondo, no tenía el menor motivo para desconfiar de la honestidad del director general. Tras ellos, le tocó el turno a Ann-Britt Höglund. Era la primera vez que Wallander la veía vestida de uniforme. La colega habló con voz alta y clara y, ante su sorpresa, el inspector superó su malestar ante la idea de escuchar sus propias palabras. Después, la música volvió a inundar la iglesia; hubo desfile y banderas y, a través de las ventanas emplomadas, se filtraba el curiosamente tenaz sol de agosto.

Hacia el final de la ceremonia, antes del salmo final, Wallander logró recordar aquello que había vagado impreciso por su conciencia. Era algo que había dicho el director general de la Policía mientras buscaba en su cartera unos documentos. Sí, había afirmado que las sustitutas iban y venían y que sus nombres no tardaban en olvidarse.

Al principio, no acababa de comprender por qué se le había quedado grabado aquel recuerdo.

Sin embargo, en mitad del salmo y de forma repentina, cayó en la cuenta de a qué se debía. En su subconsciente, aquellas palabras habían suscitado una pregunta.

¿No tendrían sustitutos los carteros?

Perdió el hilo del salmo, casi irritado por lo inopinado de la ocurrencia.

No obstante, una vez fuera de la iglesia y ya concluido aquel tormentoso proceso, siguió dándole vueltas a aquella idea. Una simple llamada a Albinsson, el de la central de Correos, sería más que suficiente para aclarar el asunto.

Eran más de las cinco cuando regresó a la comisaría y, para entonces, tanto la ministra como el director general iban camino del aeropuerto. Wallander había pasado por casa para quitarse el rígido uniforme, y desde allí telefoneó a la central, pero no obtuvo respuesta, de modo que, antes de buscar el número particular de Albinsson, se dio una ducha y se cambió de ropa. Localizó uno de sus pares de gafas y hojeó la guía hasta dar con él. Kjell Albinsson vivía en Rydsgård. Wallander marcó el número para oír, de labios de su mujer, que Albinsson estaba jugando al fútbol, pues era miembro del equipo de los empleados de Correos. Por desgracia, la mujer ignoraba dónde se celebraba el partido, con lo que Wallander le pidió que le dijese a su marido que lo llamase a su número particular.

Hecho esto, se dispuso a preparar la cena, que consistió en una sopa de tomate de lata y un poco de pan, tras la cual se echó en la cama. Pese a haber dormido bien la noche anterior, se sentía cansado. La tensión del entierro había mermado sus fuerzas.

A eso de las siete y media, lo arrancó del sueño el timbre del teléfono. Era Kjell Albinsson.

—¿Qué tal el partido? — le preguntó.

—No muy bien, la verdad. Jugábamos contra el equipo de un matadero privado, que cuenta con unos jugadores bastante corpulentos. En fin, después de todo sólo era un partido amistoso, pues la liga aún no ha empezado.

—Estoy convencido de que es un buen medio de mantenerse en forma.

—Sí, o de que te rompan las piernas.

Wallander fue derecho al grano.

—Cuando estuvimos hablando la última vez, olvidé hacerte una pregunta. Supongo que, de vez en cuando, Correos necesita contratar los servicios de sustitutos de los carteros de provincias, ¿no es así?

—Sí, claro, de vez en cuando. Y pueden ser sustituciones por periodos breves o más prolongados.

—¿Y quiénes suelen ser los sustitutos?

—Bueno, en la actualidad, dado el índice de desempleo, no son pocos los que aceptan de buen grado una de esas sustituciones. Claro que nosotros preferimos contratar a personal con experiencia. Y lo cierto es que hemos tenido suerte, pues contamos con dos sustitutos que trabajan con nosotros de forma regular, siempre que los necesitamos.

—¿Quiénes son? Ellos no estarían en el folleto, ¿verdad?

—Así es. Por eso yo también olvidé mencionarlos. Tenemos a una mujer llamada Lena Stivell. Ella formaba parte del personal fijo, pero luego pasó a trabajar a tiempo parcial y, después, a realizar sustituciones.

—Y el otro, ¿es también una mujer?

—No. Se llama ke Larstam. Es ingeniero de formación, pero realizó después otros estudios.

—¿Para ser cartero?

—No es tan infrecuente como pueda parecer. Es un trabajo que permite gran movilidad y en el que se entra en contacto con muchas personas.

—¿Está sustituyendo a alguien ahora?

—Bueno, tuvo una sustitución que concluyó hace más o menos una semana. No sé lo que estará haciendo ahora.

—¿Podrías decirme algo más sobre él?

—Es un hombre bastante reservado, pero exhaustivo en su trabajo. Tendrá unos cuarenta y cuatro años. Vive aquí, en Ystad, en la calle Harmonigatan, número dieciocho, si no me equivoco.

—¿Algo más?

—No, creo que eso es cuanto sé.

Wallander reflexionó un instante.

—Si no te he entendido mal, estos sustitutos pueden ser enviados a cualquier zona, ¿no es así?

—Claro, ésa es la idea. El servicio de Correos ha de seguir funcionando aunque uno de los carteros fijos caiga con gripe durante unos días.

—¿Dónde realizó Larstam su última sustitución?

—En el distrito situado al oeste de Ystad.

«Distrito equivocado, pues», concluyó Wallander. «Ahí no ha sucedido nada. Ni los novios ni ninguno de los jóvenes de la fiesta de San Juan vivían por allí.»

—En ese caso, creo que no tengo más preguntas —finalizó—. Gracias por tomarte la molestia de devolverme la llamada.

Wallander dio por concluida la conversación, determinado a ir a pie hasta la comisaría. El equipo de investigación no tenía planeado reunirse durante la noche, así que decidió examinar con detenimiento el material que aún no había hojeado.

De pronto, sonó el teléfono, que le trajo de nuevo la voz de Albinsson.

—Resulta que me confundí —confesó-, me confundí con Lena. Fue ella la que repartió el correo en la zona correspondiente al oeste de Ystad.

—Es decir, que ke Larstam no sustituyó allí a nadie, ¿cierto?

—No, en eso es donde me equivoqué, disculpa. Hizo su última sustitución en Nybrostrand.

—¿Cuándo?

—Durante un par de semanas del mes de julio.

—¿Recuerdas qué zona le había tocado antes?

—Tuvo una sustitución bastante prolongada por Rögla. Eso tuvo que ser entre marzo y junio.

—Tu llamada ha sido de gran ayuda —aseguró Wallander antes de colgar el auricular.

En otras palabras, aquel sustituto llamado Larstam se había encargado de la zona en que vivían Torbjörn Werner y Malin Skander. Y, con anterioridad, a principios de la primavera, se le había adjudicado un distrito que, entre otras localidades, abarcaba la de Skårby, donde vivía Isa Edengren.

Algo le decía que aquello no podía ser, que todo eran puras casualidades. Y, aun así, tomó de nuevo la guía de teléfonos dispuesto a encontrar en ella a un abonado llamado Larstam, pero, al no hallar ninguno, llamó al servicio de información, donde le comunicaron que el abonado en cuestión había solicitado número secreto.

Así pues, se vistió y se encaminó hacia la comisaría. Una vez allí, se asomó a la central de alarmas para preguntar si alguno de los agentes de su brigada estaba por allí. Para su sorpresa, supo que Ann-Britt Höglund se encontraba en su despacho. Al entrar, vio que la colega estaba sentada y que parecía buscar algún documento entre una montaña de papeles.

—Pensé que no habría nadie —admitió él.

Ella vestía aún el uniforme. Wallander la había felicitado, hacía unas horas, por lo bien que había leído el discurso.

—Es que he encontrado a alguien que me cuida a los niños —explicó—. Así que aprovecho. ¡Es tal la cantidad de papeles que aún no he tenido tiempo de leer…!

—Ya. A mí me ocurre lo mismo. Por eso estoy aquí.

Wallander tomó asiento y ella apartó el montón de documentos, pues comprendió que el inspector quería hablarle de algo muy concreto.

Wallander le contó lo que se le había ocurrido a raíz del comentario del director general sobre su secretaria sustituta, así como la información obtenida de las conversaciones con Albinsson.

—A juzgar por cómo lo describes, no suena como un asesino en serie —objetó ella.

—Lo importante de mi hallazgo es que, ciertamente, sabemos de una persona que estuvo circulando por la zona en la que vivían algunas de las víctimas.

—¿Cómo crees que debemos actuar?

—Lo único que pretendía era hacerte saber lo que he averiguado.

—Vamos a ver. Hemos entablado contacto con los carteros fijos. ¿Quieres decir que ahora debemos hablar también con los sustitutos?

—Bueno, en realidad, no es necesario hablar con Lena Stivell.

Ella miró el reloj.

—Podríamos dar un paseo para despejarnos un poco —sugirió de pronto—. ¿Y si bajamos hasta la calle Harmonigatan y llamamos a la puerta de Larstam? Aún no es demasiado tarde.

—Yo no pensaba llegar tan lejos —admitió Wallander-, pero estoy de acuerdo contigo, nada perdemos con ir allí.

Abandonaron la comisaría y no les llevó ni diez minutos alcanzar la calle Harmonigatan, en la zona oeste de la ciudad.

—Todavía no me acabo de creer que Svedberg no esté entre nosotros —confesó de repente la joven policía—. Cada vez que nos reunimos, espero encontrármelo allí sentado.

—Sí. Además, nadie ha ocupado su silla aún. Y tardaremos en hacerlo.

El número 18 de la calle Harmonigatan correspondía a un edificio antiguo de tres plantas, provisto de portero electrónico. Larstam vivía en el piso superior. Wallander llamó al timbre, aguardaron y, al ver que nadie contestaba, volvieron a intentarlo.

—ke Larstam no está en casa —dedujo ella. Wallander cruzó la calle y observó el apartamento. Había luz en dos de las ventanas, de modo que regresó y tanteó la puerta, que, curiosamente, estaba abierta. Así pues, entraron y, dado que no había ascensor, subieron a pie los amplios escalones. Wallander llamó a la puerta y, en el interior del apartamento, se oyó retumbar el tintineo del timbre. Sin embargo, nada sucedió. Llamó tres veces más, manteniendo el dedo sobre el pulsador. Ann-Britt Höglund se inclinó para mirar por la ranura del buzón.

—No se oye el menor ruido, pero la luz está encendida —señaló. Wallander lo intentó una última vez con el pulsador, antes de empezar a aporrear la puerta.

—Ya lo intentaremos de nuevo mañana —sugirió la colega.

Pero, de pronto, el inspector percibió que allí había algo extraño, Y su colega lo notó de inmediato.

—¿Qué estás pensando?

—No lo sé. Aquí hay algo raro.

—Lo más probable es que no esté en casa. El empleado de Correos te dijo que, en estos momentos, no tenía trabajo, ¿verdad? Tal vez se haya ido de viaje. Ésa sería la explicación más lógica y sencilla.

—Sí, seguramente tengas razón —convino Wallander vacilante.

Ella comenzó a caminar hacia la escalera.

—Mañana lo intentamos de nuevo.

—A menos que entremos a pesar de que nadie nos abra la puerta.

Ella lo miró atónita.

—No estarás hablando en serio, ¿verdad? ¿Qué quieres? ¿Que forcemos la puerta? ¿Acaso está bajo alguna sospecha?

—No, claro. Era sólo una idea. Ya que estamos aquí…

Ella negó con determinación.

—No puedo aceptarlo. Es contrario a cuanto he aprendido.

Wallander se encogió de hombros.

—Tienes razón. Mañana volvemos a intentarlo.

Regresaron, pues, a la comisaría, y aprovecharon el paseo para estudiar cómo se repartirían el trabajo durante los días siguientes. Al llegar, se despidieron en la recepción. Ya en su despacho, Wallander se aplicó a revisar los montones de documentos que lo aguardaban. Poco antes de las once, llamó a Estocolmo y halló libre aquella línea telefónica del restaurante que, por lo general, estaba ocupada. Linda no tenía tiempo de hablar, pero acordaron que ella lo llamaría a lo largo de la mañana siguiente.

—¿Todo bien? — se interesó Wallander—. ¿Has decidido adónde irás de viaje?

—Aún no. Pero ya lo haré.

La conversación con Linda le proporcionó un soplo de energía que le permitió regresar con renovadas fuerzas al montón de papeles. A las once y media, Ann-Britt Höglund se presentó en la puerta.

—Me voy a casa —anunció—. Hay una serie de detalles que quisiera discutir con vosotros mañana.

—Pues los discutimos —afirmó Wallander.

—Intentaré llegar antes de las ocho. Podemos comenzar el día con una nueva visita a Larstam —propuso ella.

—Bueno, lo visitaremos en cuanto podamos —le dijo Wallander.

La colega se marchó y, cinco minutos más tarde, también Wallander se levantó, sacó un manojo de ganzúas de uno de los cajones del escritorio y abandonó el despacho.

Había tomado la decisión mientras esperaban en el rellano de la escalera. Si ella no quería participar, forzaría la puerta él solo.

En efecto, había algo en la figura de ke Larstam que lo inquietaba. Y él quería descubrir qué era.

Regresó, pues, a la calle Harmonigatan. Faltaban nueve minutos para la medianoche. Había comenzado a soplar una suave brisa del este, en la que Wallander percibió el vago anuncio del frío invernal, y se dijo que tal vez la oleada de calor había comenzado a remitir.

Llamó al portero electrónico. Las luces del piso superior seguían encendidas y, según pudo comprobar, procedentes de las mismas ventanas. Al no recibir respuesta, empujó la hoja de la puerta y empezó a subir las escaleras.

Tenía la impresión de haber vuelto a un punto de partida, a aquella noche en que, en compañía de Martinson, subió al apartamento de Svedberg. Una sensación de repentino malestar lo hizo estremecerse. Aplicó el oído a la puerta. Todo estaba en silencio. Abrió el buzón con gran cautela, pero no vio nada salvo una leve rayita de luz. Llamó al timbre manteniendo el dedo pulsado. Aguardó y llamó de nuevo. Transcurridos cinco minutos, sacó una de las ganzúas.

Y fue entonces cuando empezó a examinar la cerradura. Al principio, no sabía muy bien qué era aquello, pero después cayó en la cuenta de que se hallaba ante el sistema de cierre más complejo de cuantos había visto jamás.

ke Larstam era una persona que se preocupaba mucho por que su casa permaneciera bien cerrada.

Wallander comprendió que nunca lograría forzar aquella puerta con sus ganzúas. Pero lo que en un principio se le antojó una ocurrencia inspirada, ahora se había convertido en algo acuciarte.

Dudó tan sólo un instante, antes de tomar el teléfono móvil y marcar el número de Nyberg.

Le respondió una voz irritada que no le permitió albergar ninguna duda; había despertado al técnico.

—Necesito tu ayuda —pidió Wallander.

—¿No querrás decir que ha vuelto a suceder? — rugió Nyberg.

—No, no hay más muertos —lo tranquilizó—. Pero necesito que me ayudes a forzar una puerta.

—¡Vaya! Para eso no necesitas a ningún técnico como yo, que yo sepa.

—En este caso, sí.

Nyberg gruñó pero, dado que ya se había despertado, escuchó la descripción que Wallander le ofrecía de la cerradura y tomó nota de la dirección. Nyberg prometió que acudiría, de modo que Wallander bajó en silencio la escalera, pues prefería esperar al técnico en la calle y, allí mismo, explicarle toda la historia. Wallander sabía que Nyberg protestaría: en aquel caso, el vocerío estaba garantizado.

Por otro lado, era consciente de que estaba a punto de hacer algo que, en realidad, no debía.

Nyberg llegó diez minutos más tarde; llevaba puesto el pijama bajo el abrigo, según pudo vislumbrar Wallander. Tal como él había previsto, el técnico empezó a protestar de inmediato.

—No puedes ir por ahí forzando las puertas de la gente cuando te venga en gana —le regañó.

—Sólo quiero que abras la puerta. Después, podrás marcharte. Yo asumo toda la responsabilidad, y puedes estar seguro de que no le diré a nadie que has estado aquí.

Nyberg no daba su brazo a torcer, pero Wallander insistió. Finalmente, logró que Nyberg accediese a subir la escalera. El técnico examinó la cerradura con detenimiento.

—Nadie te creerá —aseguró—. Nadie creerá que hayas podido abrir esto tú solo.

Acto seguido, se puso manos a la obra.

A la una menos diez de la noche, la puerta cedió por fin.

32

Lo primero que le llamó la atención fue el olor.

Entró en el vestíbulo, permaneció totalmente inmóvil, a la escucha, y lo percibió enseguida. Nyberg se había quedado fuera. Aquel olor lo envolvió con pesadez.

Después comprendió que era consecuencia de la escasa ventilación. Simplemente, el apartamento había permanecido cerrado tanto tiempo que el aire estaba viciado hasta un extremo insoportable.

Wallander le indicó a Nyberg que entrase. Al principio, éste se mostró reacio, pero entró finalmente en el vestíbulo y cerró la puerta tras de sí. Wallander le ordenó que le aguardase mientras él se adentraba en el piso, que constaba de tres habitaciones y una pequeña cocina. Daba la impresión de estar limpio y bien cuidado, y Wallander pensó que aquello contrastaba llamativamente con el aire enrarecido.

La puerta de uno de los dormitorios se distinguía de las demás, pues parecía de factura especial. Cuando Wallander la empujó para abrirla, observó que era muy gruesa y le recordó a aquellas que había visto en los estudios de radio, cuando, en alguna que otra ocasión, había sido entrevistado. Una vez dentro, comprobó que había algo extraordinario en todos los detalles de la habitación. En efecto, no había ventanas. Las paredes eran tan gruesas como la puerta y sólo había una cama y una lámpara por todo mobiliario. La cama estaba hecha y la colcha puesta, pero advirtió que había permanecido alguien echado. Le llevó unos momentos comprender el porqué del aspecto de la habitación, hasta que cayó en la cuenta de que estaba insonorizada. Oyó el motor de un coche que se aproximaba por la calle y cerró la puerta enseguida: el ruido del vehículo dejó de percibirse. Inmerso en profundas reflexiones, salió del dormitorio para inspeccionar por segunda vez el resto del piso. Lo que esperaba encontrar era, ante todo, una fotografía del sujeto que habitaba aquel apartamento, pero no halló ninguna. El individuo se rodeaba de orden y de pulcritud, y un buen número de estanterías estaban llenas de figuras de porcelana y otros objetos de decoración. Sin embargo, no había una sola fotografía. Wallander permaneció unos minutos en medio de la sala. Una sensación de profundo malestar, muy distinta a la que había experimentado al principio, empezó a adueñarse de él. Se trataba, ciertamente, del remordimiento por haber cometido un delito, por haber entrado por la fuerza en un hogar que en absoluto le incumbía. Excepción hecha del aire viciado, todo indicaba que allí vivía alguien pacífico y pulcro. De pronto, sintió que debía abandonar el apartamento lo antes posible.

Y, no obstante, algo lo retuvo.

Se acercó hasta donde se encontraba Nyberg, que seguía aguardándolo.

—Cinco minutos —le aseguró—. No tardaré más.

Nyberg no respondió, así que Wallander volvió a adentrarse en el apartamento. Quería inspeccionar los armarios que hubiera. Halló tres, que abrió uno tras otro. En los dos primeros encontró sólo ropa de caballero. Y, a punto ya de cerrar también el tercero, vislumbró algo que llamó su atención. Retiró unas perchas de las que colgaban sendas camisas, para acceder al fondo del armario, que era muy profundo. Introdujo la mano en el hueco y sacó una de las perchas que allí se ocultaban y de la que colgaba un vestido rojo. Perplejo, nervioso, sostuvo el vestido en la mano. Puso sus cinco sentidos en lo que estaba haciendo. Revisó metódicamente los cajones de las cómodas, tanteó con la mano los rincones y debajo de los ordenados montones de ropa interior masculina. La sensación de apremio, de que le quedaba poco tiempo, aumentaba a medida que transcurrían los segundos. Entonces halló lo que buscaba: ropa interior femenina discretamente oculta. Regresó a los armarios, gateando ahora por su interior, hasta hallar también zapatos de señora, siempre tratando de volver a dejarlo todo en su sitio. En aquel momento, Nyberg entró en la sala de estar y Wallander vio que estaba colérico. O tal vez asustado.

—¡Ha pasado ya casi un cuarto de hora! — barbotó—. ¿Puedes decirme qué demonios estamos haciendo aquí?

Wallander no respondió, concentrado como estaba en encontrar algún escritorio que, concluyó, no existía. Sin embargo, sí había un pequeño secreter que, no obstante, estaba cerrado con llave. Fue en busca de Nyberg, que enseguida reanudó sus protestas.

Wallander lo interrumpió y le ofreció la explicación más escueta que se le vino a la mente.

—Louise vive en este apartamento —aclaró—. La mujer de la fotografía que hallamos en el apartamento de Svedberg. La mujer de Copenhague, ésa que no existe, vive aquí.

—¡Pues podías habérmelo dicho antes! — exclamó el técnico.

—Ya, pero no lo sabía —se excusó Wallander—. De hecho, no lo he sabido hasta ahora. ¿Crees que podrías abrir el secreter sin que se note?

Nyberg no tardó en forzar la cerradura y pudieron bajar el tablero. En no pocas ocasiones había pensado el inspector que el trabajo de la policía consistía en alimentar unas expectativas que nunca se cumplían. En realidad, tiempo después, Wallander nunca fue capaz de precisar qué era exactamente lo que esperaba hallar detrás de aquel tablero. Sin embargo, sí podía afirmar que, desde luego, no era lo que en aquel momento tenía ante sí.

Una funda de plástico llena de recortes de periódico, todos relacionados con la investigación del crimen, incluida la necrológica de Svedberg, que Wallander ni siquiera había visto hasta entonces.

Nyberg aguardaba a unos pasos de distancia.

—Aquí hay algo que creo que debes ver —le habló lentamente Wallander—. Así comprenderás por qué nos encontramos en este apartamento.

Nyberg avanzó unos pasos y, al contemplar el hallazgo, se quedó de piedra. Se cruzaron una mirada elocuente.

—Ahora sólo podemos hacer dos cosas —resolvió Wallander—. O nos retiramos y dejamos la casa bajo vigilancia, o hacemos unas llamadas y empezamos a poner patas arriba el apartamento ahora mismo.

—Piensa que lleva ocho muertos —le recordó Nyberg—. Es decir, que tiene armas y es peligroso.

Wallander ni siquiera había reparado en eso. La decisión fue inmediata: mantener vigilado el edificio. Nyberg cerró el secreter. Wallander vio que había algunos vasos sucios en la cocina y se metió uno en el bolsillo, no sin antes envolverlo en un trozo de papel. Estaba a punto de salir de la cocina cuando descubrió una puerta trasera. Cuando se acercó, comprobó que estaba entreabierta.

Una violenta oleada de pánico lo sacudió de pronto. Pensó en la posibilidad de que, de repente, alguien abriese la puerta y se plantase ante él apuntándole con un arma. Sin embargo, nada sucedió. Con mucho sigilo abrió la puerta y vio que la escalera posterior del edificio estaba desierta. Nyberg salía ya del apartamento por la otra puerta, y Wallander lo siguió. Una vez en el rellano, aplicaron el oído, pero todo estaba en silencio. Nyberg cerró la puerta de entrada con sumo cuidado y examinó el marco con una linterna.

—Hay algunos arañazos, pero nadie los notará, a menos que se ponga a buscarlos —afirmó.

Wallander pensó en la puerta trasera, que había encontrado entreabierta. Sin embargo, decidió no revelarle al técnico lo que pensaba. Al menos por el momento.

Salieron a la calle solitaria. Nyberg había aparcado su coche junto al teatro. Ya en el vehículo, se dirigieron en silencio a la comisaría. Era la una y media.

—¿A quiénes sugieres que llamemos? — inquirió Nyberg cuando entraron en la recepción.

—A todos —comentó Wallander—. Thurnberg y Lisa Holgersson incluidos.

—¿Y la vigilancia de la casa?

—Nada de coches patrulla. Sólo vehículos civiles y personal consciente de que esto va en serio. Cuando hayan llegado todos, ya decidiremos quiénes vigilarán la casa.

Se repartieron las llamadas y Wallander salió a la carrera por el pasillo, camino de su despacho. El primero a quien llamó, el primero al que deseaba en su puesto, fue a Martinson.

Durante los diez minutos que siguieron tuvo ocasión de hablar con unos cuantos colegas somnolientos que no tardaban en ir resucitando de su estado letárgico tan pronto como comprendían el alcance de sus palabras. Martinson fue el primero en presentarse, seguido de Ann-Britt Höglund y del resto del grupo, uno tras otro.

—He tenido suerte —se congratuló la colega—. Mi madre está aquí de visita.

—Volví a la calle Harmonigatan —le reveló Wallander—. Sentía que no podía esperar.

A las dos y catorce minutos estaban todos reunidos. Wallander echó una ojeada alrededor de la mesa y no pudo por menos de preguntarse de dónde habría sacado Thurnberg el tiempo necesario para aparecer con aquel nudo de corbata tan perfecto. Les refirió, pues, lo sucedido brevemente.

—¿Cómo se te ocurrió meterte allí en plena noche? — quiso saber Hanson.

—Ya sabes que no tengo mucha fe en mi intuición —repuso Wallander—. Pero en esta ocasión, no falló. — Se había sacudido el cansancio y se hallaba dispuesto a hacer del grupo de investigación un equipo que no cejaría hasta atrapar al asesino—. Ignoramos dónde se encuentra en estos momentos —sostuvo—. Pero la puerta trasera estaba entreabierta y, si tenemos en cuenta que la puerta de entrada estaba cerrada a cal y canto, creo que nos oyó y que se marchó a toda prisa. En otras palabras, sabe que le vamos pisando los talones.

—Lo que quiere decir que no es muy probable que vuelva —apuntó Martinson.

—De eso no podemos estar seguros, pero dispondremos vigilancia en la calle. Equipos de dos hombres con un mínimo de dos coches de refuerzo en las calles aledañas. — Wallander dejó caer pesadamente las manos sobre la mesa—. Es un sujeto peligroso —les advirtió—. Todos debemos ir armados.

Hanson y uno de los policías de Malmö se pusieron en marcha para hacerse cargo de la primera guardia, acompañados de Nyberg, que les indicaría cuál era el edificio en cuestión y comprobaría si se había producido algún cambio en las luces de las ventanas.

—Hay que llamar a Rydsgård y despertar a Kjell Albinsson —prosiguió Wallander—. Y pedirle que venga. Enviaremos un coche que lo recoja.

Nadie tenía la menor idea de quién era Albinsson, de modo que Wallander tuvo que darles una breve explicación antes de proseguir.

—ke Larstam —dijo después con vehemencia—. ¿Sabemos si figura en nuestros registros? Ése será tu cometido, Martinson. Ya sé que es medianoche, pero, para nosotros, como si fuera pleno día, así que llama y despierta a quien haga falta. Albinsson puede facilitarnos los datos personales de Larstam; la cuestión es si eso será suficiente, en el caso de que no sean falsos. Dado que se dedica a disfrazarse de mujer, a cambiar de aspecto, es posible que su apellido sea cualquier otro, y no Larstam. Además, a mí no me parece un apellido real. Hemos de rebuscar en todos los agujeros imaginables e inimaginables con el fin de hacernos una idea de quién es. — Entonces colocó sobre la mesa el vaso que llevaba envuelto en papel de cocina—. Si tenemos suerte, hallaremos huellas dactilares —anunció—. Y, si no me equivoco, coincidirán con las que había en el apartamento de Svedberg, las que encontramos en el parque natural y hasta con las que nunca llegamos a encontrar en Nybrostrand.

—¿Y Sundelius? — inquirió Ann-Britt Höglund—. ¿No deberíamos despertarlo también a él? Quizá nuestras sospechas sean fundadas, y tal vez conozca a Larstam.

Wallander asintió y lanzó una mirada interrogante a Thurnberg, que no opuso objeción alguna.

—Quiero que lo llaméis enseguida. Tú misma puedes encargarte de ello. Además, tendremos que ser duros con él, pues estoy convencido de que ha estado mintiéndonos. Y ya no tenemos más tiempo que perder con falsos testimonios.

Thurnberg mostró su aprobación.

—Sí, me parece razonable —admitió—. Sin embargo, quisiera que nos cuestionásemos sólo una vez más si existe la menor posibilidad de que estemos en un error.

—En absoluto —negó Wallander, rotundo—. No hay posibilidad de error.

—¿Estás completamente seguro de que es ke Larstam? Con todo, lo único que tenemos son unos recortes de periódico.

Wallander respondió con total convencimiento.

—Es él. No cabe la menor duda.

Antes de dispersarse para emprender cada uno sus tareas respectivas, debatieron la cuestión de cuánto debían esperar antes de entrar en el apartamento. Si Wallander estaba en lo cierto y Larstam se encontraba en el apartamento cuando ellos entraron y se marchó a toda prisa sin ser visto, no había motivo para suponer que volvería por voluntad propia. Wallander no supo dar una respuesta convincente al porqué de su reticencia a entrar en el apartamento de inmediato, pero lo cierto era que algo lo hacía dudar sobre este punto. Siguiendo la sugerencia de Martinson, decidieron aguardar hasta hablar con Kjell Albinsson, a quien acababan de sacar de la cama para sentarlo en un coche patrulla que se dirigía ya rumbo a Ystad.

—Quiero que averigüéis quiénes son los demás vecinos —ordenó Wallander-; así pues, enviad a algún agente al portal para que anote los nombres. También hemos de saber quién es el propietario del edificio y tener acceso al sótano y al desván.

Provisionalmente, dispusieron la sala de reuniones como cuartel general, donde Wallander aguardaba sentado en el extremo de la mesa que habitualmente ocupaba. En ésas, llegó Kjell Albinsson. El hombre estaba muy pálido y no parecía haber comprendido del todo la razón por la que lo habían despertado a medianoche y lo habían conducido a Ystad. Wallander pidió que le sirviesen un café cuando entrevió a Ann-Britt Höglund por el pasillo, en compañía de Sundelius, que la seguía colérico.

—Bien, iré derecho al grano —comenzó—. Tenemos la firme sospecha de que ke Larstam es el hombre que, hace unas semanas, asesinó al policía llamado Svedberg, que recibió sepultura ayer mismo.

Albinsson perdió el poco color que le quedaba.

—Pero… eso no es posible.

—Espera, aún hay más —prosiguió Wallander—. Además, estamos convencidos de que mató a los tres jóvenes del parque natural de Hagestad, así como a otra joven, en una isla del archipiélago de Östergörland, y, finalmente, a la pareja de novios de Nybrostrand. En otras palabras, se trata de un sujeto que, en un periodo de tiempo muy reducido, ha asesinado ni más ni menos que a ocho personas, lo que lo convierte en uno de los asesinos más peligrosos y terribles de la historia de este país.

Albinsson no cesaba de negar con la cabeza.

—Debe de tratarse de un error —rechazó—. No, no puede ser ke.

—Te aseguro que, de no estar totalmente convencido de ello, no te lo habría dicho. De modo que lo más sensato que puedes hacer es creerme y responder a mis preguntas lo mejor que sepas, ¿entendido?

—Sí.

En aquel momento, Thurnberg entró en la sala y se sentó, sin pronunciar una palabra, al otro lado de la mesa, frente a Albinsson.

—Te presento al fiscal Thurnberg —aclaró Wallander—. No obstante, el hecho de que él esté presente no significa que seas sospechoso de ningún delito.

Albinsson no pareció entender lo que Wallander quería decirle.

—¡Pero si yo no he hecho nada!

—Eso es exactamente lo que acabo de decirte. Simplemente, concéntrate en mis preguntas. Puesto que algunas respuestas son más urgentes que otras, las preguntas no parecerán seguir un orden lógico.

Albinsson asintió mientras, de forma paulatina, tomaba conciencia de que cuanto ocurría a su alrededor era real y no un extraño sueño.

—ke Larstam vive en la calle Harmonigatan número dieciocho —comenzó Wallander—. Sabemos que no se encuentra allí en estos momentos y creemos que ha huido, que se ha dado a la fuga. ¿Tienes idea de adónde ha podido ir?

—No lo conozco hasta ese punto.

—¿Sabes si tiene alguna casa de campo, o algún amigo?.

—No lo sé.

—Seguro que algo sabes.

—Hay algunos datos sobre los empleados en el registro de personal, pero está en los archivos de la central de Correos.

Wallander maldijo en silencio, consciente de que debió haber pensado en ello.

—Bien, pues vamos a buscarlo ahora mismo.

Se puso de pie y le indicó a Albinsson que lo siguiese. En aquel momento, los agentes de una patrulla nocturna entraron para dejar un informe y el inspector, tras explicarles lo que debían hacer, les encomendó a Albinsson. Regresó entonces a la sala de reuniones, donde seguía Thurnberg, ocupado en hacer anotaciones en un bloc.

—¿Cómo lograste entrar en el apartamento? — quiso saber el fiscal.

—Forcé la puerta —reveló Wallander—. Nyberg estuvo presente, pero la responsabilidad es sólo mía.

—En fin… Espero que tus sospechas sobre Larstam resulten justificadas. De lo contrario, habrá problemas.

—¿Sabes? A decir verdad, envidio tu capacidad de detenerte a pensar en ese tipo de cuestiones en una situación como ésta.

—Bueno, los policías se equivocan de vez en cuando —advirtió Thurnberg—. Supongo que comprendes que debía hacerte esa pregunta.

Wallander se sintió indignado, pero logró, con el mayor de los esfuerzos, dominar su ira.

—No quiero que se cometa otro asesinato —repuso al cabo—. Ni más ni menos. Y ke Larstam es el hombre que buscamos.

—Nadie desea que se produzcan más asesinatos —convino Thurnberg—. Como tampoco nadie desea que la policía cometa errores innecesarios.

Wallander se lo tomó como un ataque personal. Se disponía a preguntarle a Thurnberg si estaba insinuando que era él quien cometía los errores, cuando Martinson entró en la sala.

—Nyberg acaba de llamar —anunció—. Al parecer, las luces siguen encendidas.

—¿Y los vecinos? — inquirió Wallander—. ¿Quiénes viven en el edificio? Y el propietario, ¿quién es?

—¿Por dónde quieres que empiece? — quiso saber Martinson—. ¿Por una búsqueda de Larstam en los archivos policiales o por los vecinos?

—Lo ideal sería que lo hicieses todo a la vez, pero la verdad es que si hallamos a Larstam en nuestros archivos, podremos obtener un buen fragmento de su historia, que nos vendrá de maravilla.

Martinson tomó nota y se marchó. Wallander permaneció sentado y en silencio mientras Thurnberg seguía escribiendo. Desde algún lugar impreciso, se oyó ladrar a un perro. Wallander fue a buscar más café y por el camino vio que la puerta de Ann-Britt Höglund estaba cerrada. Sabía que su colega estaba interrogando a Sundelius y sopesó la posibilidad de entrar.

Sin embargo, descartó la idea. Instantes después llegó un agente y le tendió un teléfono, por el que pudo oír la voz de Hanson, que le comunicaba que hacía ya diez minutos que habían empezado los turnos de vigilancia.

—¿Están todos avisados de que se trata de un sujeto muy peligroso? — preguntó Wallander.

—Te lo aseguro. Lo he repetido infinidad de veces.

—Pues repítelo otra vez, y recuérdales que no hace tantas horas que enterramos a un colega.

Dicho esto, regresó a la sala de reuniones. Thurnberg ya no estaba allí y Wallander aprovechó la circunstancia para leer lo que el fiscal había apuntado en su bloc de notas.

Lo que el joven Thurnberg había estado escribiendo eran una ristra de palabras rimadas. Agua, fragua, ragua. Wallander meneó la cabeza. Transcurridos otros cinco minutos, Albinsson apareció de nuevo, ya menos pálido, con un dossier amarillo.

—Toda esta documentación es confidencial —advirtió—. En realidad, debería llamar al jefe de Correos para preguntarle qué debo hacer.

—En ese caso, yo haré venir al fiscal —amenazó Wallander—. Y haré que te detenga por encubrir a un criminal.

Albinsson pareció creerlo y Wallander tendió la mano para que le entregase el dossier. Había unas cuantas páginas que no contenían más que listados de servicios, y Wallander comprobó enseguida que ke Larstam había trabajado durante los últimos años en todos los distritos, salvo en uno. Por otro lado, también se cercioró de que, tal y como había asegurado Albinsson, entre principios de marzo y mediados de junio Larstam había sustituido al titular del distrito de Skåreby, donde vivía Isa Edengren. Y durante el mes de julio se había encargado del área de Nybrostrand.

Pasó a leer los datos personales. ke Larstam había nacido el 10 de noviembre de 1952 en Eskilstuna. Su nombre completo era ke Leonard Larstam. Terminó sus estudios de bachillerato en 1970, en su ciudad natal, y un año después, en 1971, prestó el servicio militar en el regimiento de infantería de Skövde. En 1972 inició sus estudios en la Universidad Politécnica Chalmers de Gotemburgo, que finalizó en 1979. En ese mismo año, comenzó a trabajar como ingeniero en el gabinete Stands Konsultativa Ingenjörsbyrå de Estocolmo, donde permaneció hasta 1985, año en que cesó antes de emprender su formación como cartero. En ese mismo año se trasladó a Höör y más tarde a Ystad. Después se sucedía una larga lista de diversos destinos laborales. Estaba soltero y no tenía hijos. En la casilla situada junto al concepto «pariente más próximo» sólo había un guión.

—¿Es posible que este hombre no tenga ningún familiar? — preguntó incrédulo.

—Al parecer, así es.

—Pero, tiene que haberse relacionado forzosamente con alguien.

—Bueno, como ya dije, es una persona muy retraída.

Wallander dejó el dossier. Examinarían a fondo cuanto allí se decía de él. Sin embargo, lo que Wallander necesitaba saber era dónde podía estar Larstam en aquellos momentos, precisamente en aquella madrugada del miércoles 21 de agosto.

—No existen personas tan solitarias —insistió Wallander—. ¿Con quién solía hablar o tomarse un café? ¿Acaso no tenía opiniones que compartir? Tiene que haber alguien que sepa de él algo más de lo que figura en este dossier.

—Lo cierto es que, en algunas ocasiones, en la central comentábamos lo inaccesible que era… —reveló Albinsson—. Pero como siempre se mostraba amable y solícito, lo dejábamos en paz. Uno puede llegar a tomarle aprecio a una persona de la que lo ignora casi todo.

Wallander reflexionó sobre las palabras de Albinsson antes de emprender otra vía.

—Bien. Así pues, él hacía sustituciones de diversa duración. ¿Hubo alguna ocasión en que rechazase una oferta?

—Jamás.

—Es decir, que no tiene ninguna otra ocupación.

—No, que nosotros sepamos. Solía estar disponible incluso cuando no le dábamos más que unas horas de margen para incorporarse.

—Lo que a su vez implica que siempre estaba localizable.

—Así es.

—Vamos, que estaba siempre en casa, esperando que sonase el teléfono.

Albinsson adoptó un tono grave al responder.

—Sí, ésa era la impresión que daba.

—Lo has descrito como una persona cumplidora, minuciosa y solícita. Además de retraída. ¿No hizo ni dijo nunca nada sorprendente?

Albinsson meditó un instante.

—Bueno, a veces cantaba.

—¿Cantaba, dices?

—Así es. Cantaba. O quizá sería más correcto decir que tarareaba.

—¿Y qué cantaba? ¿Cuándo lo hacía? ¿Podrías ser más explícito? No sé, decirme si cantaba bien o mal…

—Pues yo creo que eran salmos lo que canturreaba mientras clasificaba las cartas y los diarios, y también cuando se marchaba, de camino hacia el coche. Pero no sé si cantaba bien, pues lo hacía en voz baja. Supongo que por no molestar.

—Resulta muy llamativo el hecho de que cantase salmos.

—Bueno, quizá fuesen canciones de culto.

—¿Acaso es muy creyente?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Tú limítate a responder a mis preguntas.

—Bueno, en este país hay libertad de credo, de modo que ke Larstam puede ser budista, y nadie tiene por qué saberlo.

—Me temo que los budistas no van por ahí matando a parejas de recién casados ni a grupos de jóvenes que celebran una fiesta —atajó Wallander con acritud—. ¿Alguna otra particularidad?

—Se lavaba las manos con mucha frecuencia.

—¿Algo más?

—Las únicas ocasiones en que lo veía enfadado era cuando los compañeros reían y se mostraban contentos. Aunque se le pasaba enseguida.

Wallander clavó la mirada en el funcionario de Correos.

—¿Podrías ampliar algo más esa observación?

—Pues, a decir verdad, no hay mucho más que decir.

—No le gusta que la gente esté contenta, ¿no es cierto?

—No lo sé, pero sí recuerdo que solía apartarse cuando los compañeros rompían a reír. Supongo que, cuando la gente se ríe, es porque está contenta. Y eso parecía molestarle.

A Wallander le vino a la mente el comentario de Nyberg en Nybrostrand, donde hallaron muertos a la pareja y al fotógrafo. Algo así como que al asesino no parecía gustarle que la gente fuese feliz.

—¿En alguna ocasión se comportó de forma violenta?

—No, nunca.

—¿Algún otro rasgo llamativo?

—No era llamativo en ningún sentido. Simplemente, pasaba inadvertido…

Wallander percibió que Albinsson quería decirle algo más, de modo que aguardó.

—Podría decirse que ése era su rasgo más sobresaliente. El hecho de querer pasar inadvertido a toda costa. Y nunca le daba la espalda a una puerta.

—¿A qué te refieres?

—Pues que quería ver bien quién entraba y quién salía.

Wallander adivinaba a qué aludía Albinsson. Consultó su reloj, que marcaba las cuatro menos diecinueve minutos, y decidió hacer un parón y llamar al despacho de Ann-Britt Höglund.

—¿Sigues con Sundelius?

—Sí.

—Pues nos vemos en el pasillo.

El inspector se puso de pie.

—¿Puedo irme a casa a dormir? — quiso saber Albinsson—. Mi mujer debe de estar muy preocupada.

—Llámala, si quieres. Puedes hablar con ella todo el rato que quieras, a costa del Estado. Pero aún no puedes marcharte.

Wallander salió y cerró la puerta. En el pasillo lo aguardaba Ann- Britt Höglund.

—¿Qué dice Sundelius?

—Niega rotundamente haber oído mencionar nunca el nombre de ke Larstam. E insiste en que él y Svedberg no se entregaron nunca a ninguna actividad que no fuese contemplar las estrellas y realizar alguna que otra visita a un médico naturista. Está fuera de sí. Creo que no le gusta lo más mínimo que lo interrogue una mujer policía.

Wallander asintió pensativo.

—En fin, supongo que podemos dejarlo marchar —resolvió—. No creo que conozca a Larstam. En todo este embrollo hemos de vérnoslas con dos tipos de secretos. Así, mientras Larstam entra por la fuerza en los más íntimos secretos ajenos, Svedberg ocultaba un secreto al que Sundelius no tenía acceso.

—¿Y cuál podría ser ese secreto?

—¡A ver, piensa un poco!

—¿Estás diciendo que en toda esta maraña de asesinatos se esconde un drama triangular?

—Bueno, yo no diría que se esconde, sino que es el meollo de todo.

Ella asintió antes de anunciar:

—Bien, lo dejaré marchar. ¿Cuándo es el cambio de guardia de Hanson y los otros compañeros?

En ese preciso momento, Wallander se dio cuenta de que había tomado una decisión.

—No se moverán de allí. Vamos a entrar en el apartamento. No creo que ke Larstam regrese esta noche. Está escondido. La cuestión es dónde. Y si queremos hallar la respuesta, no hay lugar mejor para ello que su apartamento.

Wallander volvió a la sala de reuniones, donde Albinsson aún hablaba por teléfono con su mujer. Wallander le indicó por gestos que debía poner fin a la conversación.

—¿Se te ha ocurrido algo más? — le preguntó cuando el otro hubo colgado el auricular—. ¿Dónde crees que puede estar escondido?

—No lo sé. Pero ésa también es una forma de describirlo.

—¿Cómo?

—Sí, siempre estaba buscando escondites.

Wallander asintió, en señal de que comprendía.

—Te llevaremos a casa —aseguró Wallander—. Pero si recuerdas algo más, llámame.

Wallander lo acompañó hasta la recepción y ordenó que un coche patrulla lo llevase a su casa. Después fue a buscar a Nyberg y lo informó de su intención de volver al apartamento.

—Bien —dijo Nyberg—. En esta ocasión será rápido. Ya tengo práctica con la cerradura.

Eran las cuatro y cuarto cuando entraban de nuevo en el apartamento de ke Larstam y, ya ante la puerta de la habitación insonorizada, Wallander reunió a sus colaboradores.

—Nuestro principal objetivo es hallar la respuesta a dos preguntas fundamentales —señaló—. La primera es dónde está él ahora, dónde tiene su escondite, dónde podemos dar con él. La segunda, como ya podéis figuraros, es si está preparando un nuevo asesinato. Éstas son las respuestas que buscamos. Si además encontrásemos una fotografía suya, sería perfecto. — Dicho esto, se llevó a Nyberg a un lado—. Necesitamos huellas dactilares —le susurró—. Thurnberg está preocupado, así que es preciso que hallemos algo que relacione a Larstam con los escenarios de los diversos crímenes. Al menos, con el parque natural y el apartamento de Svedberg. Si en alguna ocasión un policía sueco ha tenido prioridad, es ahora. Tú serás el primero, por delante de ningún otro.

—Haré lo que pueda —se limitó a afirmar Nyberg.

—Haz más —presionó Wallander—. Si necesitas algo, llama incluso al director general de la Policía.

Wallander entró en el dormitorio insonorizado y se sentó en la cama. Hanson se asomó a la puerta, pero Wallander le hizo seña de que no quería ser molestado, así que su colega desapareció.

«¿Por qué se construye uno una habitación insonorizada?», se cuestionó. «Para impedir que penetren los ruidos del exterior. O para evitar que los demás oigan lo que sucede en el interior. Pero ¿por qué en una ciudad como Ystad, donde el tráfico es más bien escaso?» Miró a su alrededor mientras se percataba de que la cama era bastante dura. Se levantó, retiró las sábanas y comprobó que no había colchón. Quien allí dormía, lo hacía directamente sobre el somier. «Un masoquista», concluyó. «¿Por qué?» Se arrodilló para mirar debajo de la cama, pero no halló nada. Ni siquiera polvo. De modo que volvió a sentarse en la cama. Las paredes estaban desnudas y, a excepción de una lámpara, no había nada en la habitación. Se esforzó por sentir la presencia del individuo entre aquellas cuatro paredes. ke Larstam, cuarenta y cuatro años, nacido en Eskilstuna, alumno de Chalmers, de formación, ingeniero.

«De repente, te echas a la calle y asesinas a ocho personas. Salvo el policía y el fotógrafo, todas iban disfrazadas. Pero el fotógrafo no entraba en tus cálculos. Simplemente, se encontraba allí. Y al policía lo mataste porque había atisbado tu secreto y sus temores se habían visto confirmados. En cambio, los demás iban disfrazados. Se sentían felices. ¿Por qué los mataste? ¿Era aquí, en este dormitorio insonorizado, donde urdías tus planes?»

Wallander no era capaz de sentir su presencia. Se levantó, pues, y se dirigió a la sala de estar. Echó un vistazo. Aquellas figuras de porcelana por todas partes… Perros y gallos, damiselas de fin de siglo, enanos y trolls. «Es como una casa de muñecas», dedujo. «Una casa de muñecas habitada por un lunático que, por si fuera poco, tiene muy mal gusto. Llenas tu existencia de souvenirs baratos. La cuestión es dónde estás ahora que te hemos hecho salir de tu guarida.»

En ese preciso instante, Ann-Britt Höglund apareció en la puerta que daba a la cocina. Wallander comprendió enseguida que había encontrado algo.

—Será mejor que vengas a ver esto —lo invitó la colega.

Wallander la siguió hasta la cocina, donde ella había sacado y colocado sobre la mesa uno de los cajones, que estaba lleno de papeles. Ella ya había empezado a hojear algunos, en su mayoría facturas y folletos, y a sacarlos del cajón. El que había quedado a la vista era una hoja cuadriculada, procedente de algún bloc, en la que había algo escrito a lápiz. Wallander se dijo que, si se trataba de la letra de Larstam, su escritura era algo irregular, diríase que convulsiva. El inspector se puso las gafas y leyó el texto, que se componía de once palabras, ni una más. Como un poema macabro. Número nueve. Miércoles 21. La dicha viene, la dicha se va. Wallander no tuvo la menor dificultad en interpretar su significado, como tampoco le había costado a Ann-Britt Höglund.

—Ya ha matado a ocho personas. Y aquí se refiere a la víctima número nueve —observó Wallander.

—Pues el día 21 es hoy —señaló ella—. Y es miércoles.

—¡Joder! Tenemos que atraparlo antes de que lo consiga —exclamó Wallander.

—¿Y qué crees que significa el final, «la dicha viene, la dicha se va»?

—Significa que ke Larstam no soporta a la gente feliz —dijo, Y le refirió lo que Albinsson le había revelado acerca del sustituto.

—¿Y cómo encuentra uno a una persona feliz? — inquirió ella.

—Las personas felices no se encuentran por casualidad. Hay que buscarlas.

De repente, volvió a sentir una punzada en el estómago.

—De todos modos, hay algo que me llama la atención —afirmó ella—. Aquí habla de la víctima número nueve, y, hasta el momento, y si exceptuamos a Svedberg, sólo ha atacado a pequeños grupos.

—Svedberg no cuenta, de modo que tienes razón. Está apartándose de su modo de actuación. Es un cambio importante.

Eran las cuatro y veinte, y Wallander se acercó a mirar por la ventana. El amanecer se hacía esperar. En algún lugar, allá fuera, en la oscuridad, se ocultaba ke Larstam. Wallander se sintió presa del pánico. «No lo atraparemos», presagió. «Atacará de nuevo. Y acudiremos demasiado tarde.

»Ya ha elegido a una víctima, y no tenemos la menor idea de quién podría ser. Se puede decir que estamos dando palos de ciego, que no sabemos en qué dirección buscar. Que no sabemos nada de nada.»

El inspector se volvió a mirar a Ann-Britt Höglund.

Después se enfundó un par de guantes de plástico y se dispuso a revisar el resto de los papeles del cajón.

33

El mar.

Así se había representado siempre en su imaginación la vía de escape última y absoluta. Caminar adentrándose sin reservas para, lentamente, hundirse en una profundidad infinita, un reino de oscuridad y silencio en el que nadie podría seguir su pista.

En el abismo del mar, se figuraba, lo aguardaba el último escondite. La vía definitiva para escabullirse.

Al volante de uno de sus coches, se puso en marcha rumbo al mar, hacia el oeste de Ystad. La playa de Mossbystrand aparecía desierta aquella noche de agosto, la calma tan sólo turbada por algún coche que circulaba por la carretera de Trelleborgsvägen. Había aparcado de modo que las luces de la carretera no lo iluminaran ni a él ni al coche; el lugar escogido le permitía además huir a toda prisa si alguien lo descubría e iniciaba una persecución.

Tenía las luces del coche apagadas. Sólo la oscuridad lo cercaba. A través de la ventanilla entreabierta adivinaba, más que oía, el rumor del mar. Hacía buena temperatura y no soplaba el viento. Metódica y detenidamente, reflexionó sobre lo ocurrido. Había algo en todo aquello que lo irritaba sobremanera. En realidad, había tenido suerte, pues solía cerrar la puerta de la habitación insonorizada, pero precisamente aquella noche la había dejado entornada antes de irse a la cama. Se dijo que su capacidad para escabullirse se había convertido en una parte orgánica de su conciencia. Por otro lado, no obstante, no podía dejar de considerarlo un simple golpe de suerte.

De haber tenido la puerta cerrada, no los habría oído mientras forcejeaban con la cerradura para entrar a medianoche. Se despertó sobresaltado, comprendió enseguida lo que sucedía y se marchó por la puerta trasera. ¿Había logrado cerrarla o no? Lo ignoraba. Sólo tuvo tiempo de llevarse la pistola y su ropa. Desde un primer momento comprendió que quienes intentaban entrar por la fuerza eran policías.

Después, se puso en marcha con la intención de salir de Ystad y, pese a estar profundamente alterado, se obligó a conducir despacio, pues no quería arriesgarse a sufrir un accidente.

Eran las cuatro de la madrugada, de modo que aún faltaba para el amanecer. Pensó en todo lo sucedido, preguntándose si habría cometido algún fallo. Pero no, no detectaba ninguno. Y, en realidad, no se vería obligado a mudar su plan.

En efecto, todo había marchado según lo previsto. Por la mañana, mientras ellos acudían al entierro de Svedberg, él había visitado el apartamento de la calle Mariagatan donde vivía el policía. No le costó demasiado abrir la puerta. Una vez dentro, registró todo el apartamento, comprobó que el inquilino vivía solo y perfiló su plan. Todo había resultado mucho más fácil de lo que él esperaba. Incluso había encontrado unas llaves de repuesto en un cajón de la cocina, con lo que no tendría que volver a utilizar una ganzúa la próxima vez que quisiese entrar. Llegó a tumbarse en la cama, pero ésta resultó ser demasiado blanda y de inmediato tuvo la sensación de estar hundiéndose.

Acto seguido, se había ido a casa; allí se dio una ducha, comió algo y se fue a tumbarse en la silenciosa habitación. Después, ya avanzado el día, había hecho algo que llevaba ya mucho pensando: sacó brillo a todas sus figuras de porcelana. En realidad, le llevó más tiempo del que él se había imaginado. Al acabar, se había duchado de nuevo, había cenado y se había acostado. Cuando ellos entraron, él llevaba ya durmiendo varias horas.

Salió del coche. Hacía una noche cálida y no soplaba la menor brisa. ¿Recordaba alguna noche de agosto como aquélla? Tal vez sí, cuando él era un niño. Pero no estaba seguro. Bajó hasta la playa. Unas pequeñas dunas se ondulaban sin interrupción hasta la orilla. Pensó en los policías que, en aquel preciso momento, se hallaban en su apartamento. Los veía abriendo los cajones, ensuciando el suelo y cambiando de lugar sus figuras de porcelana. Esa sola idea lo ponía fuera de sí. Sentía un deseo inmenso de regresar, subir la escalera como un torbellino y disparar contra todos los que allí se encontrasen. Pero se dominó; ninguna venganza merecía el sacrificio de su capacidad de escabullirse. Sabía que no encontrarían nada que los pusiese sobre su pista. Ni documentos ni fotografías. Nada. Tampoco sabían nada de la caja de seguridad que alquilaba bajo nombre falso y en la que guardaba todo aquello que pudiese revelar su rostro, las matrículas de sus coches, sus cuentas bancarias.

Lo más probable era que aún permaneciesen en el apartamento muchas horas. Pero, antes o después, el policía volvería a su apartamento, muy cansado tras tantas horas sin dormir.

Y él estaría allí, aguardándolo.

Regresó al coche. En aquel momento, lo más importante era que él mismo descansase un poco. Podía optar por dormir en alguno de sus coches. Sin embargo, corría el riesgo de que lo descubriesen, por bien que hubiese escogido el lugar donde estacionarlo. Por otro lado, no deseaba dormir hecho un ovillo en el asiento trasero de un coche, aquello era indigno de su persona. Él quería estirarse, reposar en una buena cama de la que retiraría el colchón, a fin de tumbarse sobre una superficie dura, que era lo que él necesitaba.

Por un instante sopesó la posibilidad de alojarse en un hotel. Pero entonces se vería obligado a registrarse en recepción, y prefería no hacerlo. Ni siquiera bajo cualquier otro nombre.

Al poco, cayó en la cuenta de que había pasado por alto la alternativa más obvia. En efecto, había un lugar en el que podría descansar. La posibilidad de que alguien se presentase allí era mínima, pero, dado que también allí había una puerta trasera, tendría tiempo de marcharse si, pese a todo, alguna persona intentase entrar.

Así pues, arrancó y encendió las luces. Pronto rayaría el alba. Y él necesitaba dormir. Necesitaba reposo para ejecutar su plan.

Volvió, pues, a la carretera y regresó a Ystad.

Cuando las agujas del reloj estaban a punto de marcar las cinco de la mañana, Wallander comenzó a atisbar cuál era el rasgo más sobresaliente de ke Larstam. Se trataba de una persona cuya existencia —que se desarrollaba en medio de figuritas baratas y de mal gusto- resultaba imposible vislumbrar. Para entonces ya habían inspeccionado casi todo lo que había en el apartamento, sin hallar el más insignificante indicio que les hablara de la persona que lo habitaba. Así, no dieron con un solo documento personal, ni cartas ni nada parecido. Ni siquiera habían encontrado un simple papel en el que figurase escrito el nombre de ke Larstam. Ni que decir tiene, tampoco había fotografías. Por otro lado, habían registrado tanto el sótano como el desván. El primero estaba totalmente vacío. Wallander tuvo ocasión de comprobar que no había ni una mota de polvo. En cuanto al desván, halló una arca muy antigua para guardar ropa pero, cuando logró forzar la cerradura, encontró, con gran desconcierto, que estaba llena de figuras de porcelana resquebrajadas o rotas. Después, y mientras los peritos, bajo la dirección de Nyberg, terminaban su trabajo en la sala de estar, convocó a sus colaboradores en la cocina.

—Bien, he de confesar que es la primera vez que me encuentro con algo semejante —comenzó Wallander—. ke Larstam parece no existir. No hemos localizado ni un solo papel o documento que nos confirme su existencia. Y, aun así, sabemos perfectamente que es real.

—Puede que tenga otro apartamento —sugirió Martinson.

—Puede que tenga una decena —corrigió Wallander—. Puede tener casas y chalés. El problema es que no tenemos ningún dato que nos permita localizarlos.

—¿Y si, hace ya tiempo, al darse cuenta de que le pisábamos los talones, decidió poner tierra por medio? — aventuró Hanson.

—Este vacío no parece ser resultado de una limpieza —señaló Wallander—. Así es como vive. En una habitación insonorizada. Sin embargo, tu hipótesis me parece atinada. En realidad, yo casi agradecería que hubiese sido así. Pero sabes tan bien como yo qué dato desbarata esa hipótesis.

Allí, ante sus ojos, estaba la hoja de papel con aquellas once palabras escritas por el asesino.

—¿Y si hemos interpretado mal estas palabras? — inquirió Ann-Britt Höglund.

—No creo. Ahí no pone más que lo que pone. Por si fuera poco, y según Nyberg, es reciente. Asegura que puede deducirlo a partir de la consistencia del rastro de tinta. Pero no me preguntéis cómo lo hace.

—Es curioso, ¿por qué creéis que lo habrá escrito?

Fue Martinson quien había formulado la pregunta, que Wallander consideró de inmediato muy pertinente.

—Tienes razón —convino—. Creo que se trata de una observación muy acertada. Es lo único personal que hemos hallado en toda la vivienda. Y lo encontramos entre un montón de otros papeles de muy diversa índole. ¿Qué puede significar eso? Si damos por válida mi sospecha de que el hombre se encontraba aquí cuando Nyberg y yo entramos… La puerta trasera, que estaba abierta…, una huida rápida…

—Y hubo un papel que no tuvo tiempo de llevarse —añadió Martinson.

—Sí, ésa sería la explicación más probable. O, mejor dicho, la natural, la más lógica. La cuestión es si, además, es correcta.

—¿Qué otras opciones se te ocurren?

—Que lo ha dejado escrito para que lo encontremos.

Nadie comprendió lo que quería decir Wallander; de hecho, él mismo sabía que su idea era bastante inconsistente.

—Veamos. ¿Qué sabemos de ke Larstam? Que tiene capacidad para agenciarse información. Que es capaz de averiguar un secreto. Con esto no quiero decir que esté al tanto de nuestra investigación. Pero sí sospecho que la información que recaba le permite prever por dónde irán las cosas. Supongamos que él ha contemplado la posibilidad de que lo encontremos. Que vamos pisándole los talones. Es algo que, siquiera una sola vez, debe de habérsele pasado por la cabeza desde el momento en que aparecí en el bar de Copenhague. ¿Y qué hace? Sencillamente, prepara su huida. Pero no sin antes dejarnos un pequeño saludo, que sabe que encontraremos en esta casa.

—Pero ¿para qué haría tal cosa? ¿Cuál es su objetivo? — volvió a preguntar Martinson.

—Está provocándonos. No es infrecuente que los psicópatas intenten humillar a la policía. Después de lo de Copenhague, debe de sentirse victorioso. Primero, se exhibe cuando acabamos de publicar la imagen de Louise en la prensa danesa y, después, se libra de mí.

—Sí, claro. Pero a mí sigue pareciéndome muy extraño que encontremos el papel el mismo día en que dice que atacará de nuevo.

—Ya, pero era imposible que él supiera que vendríamos aquí precisamente esta noche. — Wallander, consciente de lo endeble de su hipótesis, no insistió—. En cualquier caso, hemos de tomarnos la amenaza en serio —resolvió—. Hoy pretende atacar de nuevo.

—¿Tenemos algún punto de partida?

La pregunta les llegó desde la puerta. Y junto a la puerta se hallaba Thurnberg.

—No —reconoció Wallander—. No tenemos nada. Y lo mejor que podemos hacer es admitirlo.

Nadie hizo comentario alguno y Wallander comprendió que debía disipar el fantasma del desaliento, que se infiltraba y se extendía paulatinamente entre sus colaboradores.

—Tenemos que revisar de nuevo todo el material de investigación —los exhortó—. Sí, hay que volver a intentarlo, confiando en que así descubriremos algo que no hemos detectado con anterioridad, una pauta en sus movimientos que nos indique, además, quién puede ser esa novena víctima. Pese a todo, contamos con un punto de partida radicalmente distinto. Ahora sabemos quién es el asesino al que buscamos. Un ingeniero que cursó después estudios de cartero.

—En otras palabras, tú crees que tras los actos de ese individuo subyace una lógica, y que hasta el momento no la hemos detectado.

—Bien, en honor a la verdad, he de responder que no sé si existe tal lógica. Pero lo que, desde luego, no veo, es otra alternativa, salvo sentarnos a esperar que se produzca otra tragedia.

Eran ya las cinco y veinte minutos, y Wallander propuso que se reuniesen de nuevo a las ocho. La vigilancia en la calle debía continuar. Por otro lado, ya podrían empezar a despertar a cuantos vivían en el bloque, para averiguar qué sabían acerca de su vecino. Según les habían informado, el edificio era propiedad de una constructora, y Wallander consideró que merecía la pena preguntarles si le alquilaban a Larstam algún otro apartamento. Hanson aseguró que él se haría cargo del asunto.

Nyberg aguardó hasta que todos, salvo Wallander, se hubieron marchado.

—El apartamento está muy limpio, pero hemos localizado algunas huellas dactilares —le reveló el técnico.

—¿Algo más?

—Pues no.

—¿Algún arma?

—Te lo habría hecho saber de inmediato.

Wallander asintió a un Nyberg con el rostro devastado por el agotamiento.

—Creo que tienes razón. A este sujeto no le gusta la gente feliz.

—¿Tú crees que lo encontraremos?

—Claro, tarde o temprano lo atraparemos, pero me aterra lo que pueda ocurrir hoy.

—¿Y no podemos lanzar una especie de alerta general, no sé, a través de la radio?

—Pero ¿qué les decimos a los ciudadanos?, ¿que se guarden mucho de reírse? Este tipo ha elegido ya a su víctima. Y probablemente se trate de alguien que no tiene la menor idea de que lo hayan elegido como objetivo.

—Quizá tengamos más posibilidades de adivinar dónde se esconde que de averiguar quién es la víctima.

—Sí, opino lo mismo. Aunque no sabemos de cuánto tiempo disponemos. A los jóvenes del parque los atacó durante la noche o por la madrugada. A los recién casados, por la tarde. A Svedberg es posible que lo matase por la mañana. De lo que se deduce que puede actuar en cualquier momento del día o de la noche.

—Quizá deberíamos hacernos otra pregunta. De hecho, cabe la posibilidad de que no disponga de ningún escondite, ningún otro apartamento, ningún familiar, ningún chalé… En ese caso, ¿dónde habrá ido a esconderse?

Wallander comprendió que Nyberg tenía razón; él ni había pensado en eso. Sin embargo, el cansancio empezaba a hacer mella en su capacidad de análisis.

—¿Cuál crees tú que puede ser la respuesta?

Nyberg se encogió de hombros.

—Sabemos que tiene coche. Uno siempre puede enroscarse a dormir en el asiento trasero. Piensa que aún hace buen tiempo. En el peor de los casos, puede dormir a la intemperie. ¿Quién sabe?, quizá se ha construido una choza en algún bosquecillo. También podría tener un barco. En fin. Hay una amplia gama de posibilidades.

—Muy amplia —remató Wallander—. Tan amplia como escaso es el tiempo que tenemos para buscas.

—No creas que no soy consciente del infierno por el que estás pasando —confesó Nyberg de pronto.

En general, era bastante insólito que Nyberg expresase ningún tipo de sentimiento. Wallander agradeció en silencio sus palabras de apoyo: en aquel momento, lo hicieron sentirse menos solo.

Una vez en la calle, Wallander permaneció indeciso un buen rato. En efecto, le convenía marcharse a casa, darse una ducha y dormir al menos media hora. Pero el desasosiego lo impelía a continuar. Así, un coche patrulla lo condujo hasta la comisaría. Se sentía mareado y pensó que debería comer algo, pero lo único que hizo fue tomarse un café y las pastillas para la tensión y la glucemia. Acto seguido, se sentó ante el escritorio y se puso a revisar el material de la investigación. Una vez más, se vio a sí mismo en el vestíbulo de Svedberg, con Martinson pegado a sus talones. ke Larstam había estado allí. Y había disparado a Svedberg. Seguían sin poder determinar qué tipo de relación habían mantenido el policía y su asesino. No obstante, fuera cual fuese esa relación, Svedberg había ocultado una fotografía de Larstam disfrazado de mujer. Por otro lado, a aquellas alturas Wallander comprendía por qué parecía que habían robado en el apartamento. Dado que Larstam tenía un miedo enfermizo a dejar huellas de su persona, era de suponer que, después de disparar a Svedberg, había estado buscando la fotografía.

En otras palabras, el colega asesinado también le había ocultado algo a Larstam.

Wallander continuó repasando el material; tal vez lo que sabía acerca de los crímenes cometidos en el parque lo condujese a adivinar dónde se ocultaba Larstam en aquellos momentos. Por más que buscó, sin embargo, no halló pista alguna, y tampoco lo sucedido en Nybrostrand le ayudó. Presa de una gran inquietud, y mirando el reloj cada minuto, se preguntaba quién sería la novena víctima. Tras darle vueltas y más vueltas, no llegó a ninguna conclusión.

A las ocho de la mañana estaban ya todos en la sala de reuniones. Cuando Wallander contempló aquellos rostros marcados por el agotamiento y la preocupación, lo acució de nuevo la sensación de haber fracasado. Tal vez no se pudiese afirmar que los hubiese guiado de forma errónea, pero tampoco los había conducido por el camino adecuado. O, al menos, no hasta el final. De hecho, seguían dando traspiés en aquella tierra de nadie, sin tener la menor certeza de en qué dirección avanzar.

Una única idea emergía con claridad en la conciencia de Wallander. A partir de aquel momento, debían trabajar juntos. Nadie abandonaría el cuartel general a menos que fuese absolutamente necesario. Las pesquisas se llevarían a cabo en sus mentes, no en la calle, y a partir del material de investigación de que disponían. No enviarían ninguna patrulla hasta que no tuviesen una teoría consistente acerca del posible escondite o de la víctima probable de Larstam. De modo que Wallander les pidió que fuesen a buscar sus dossieres y que acudiesen con ellos a la sala de reuniones.

—Desde este momento, estamos reunidos —anunció—. La investigación se desarrollará exclusivamente en esta sala.

Todos se marcharon a buscar la documentación necesaria, salvo Martinson, que quedó rezagado.

—Oye, ¿tú has dormido algo?

Wallander meneó la cabeza.

—Pues deberías —afirmó Martinson tajante—. No lo lograremos si tú te vienes abajo.

—Aún puedo aguantar un poco más.

—Pues yo creo que ya has sobrepasado el límite. ¿Sabes?, yo conseguí dormir una hora, y me siento mucho mejor.

—Bueno, iré a casa dando un paseo y me cambiaré de camisa —comentó Wallander—. Dentro de un rato.

Martinson hizo amago de añadir algún comentario, pero Wallander lo detuvo con un gesto de la mano. No tenía fuerzas para seguir escuchando. Así, tomó asiento ante uno de los extremos de la mesa, mientras se preguntaba si sería capaz de volver a levantarse de aquella silla. Cuando todos regresaron a la sala, cerraron la puerta. Thurnberg, cuyo rostro también comenzaba a reflejar el cansancio, se había aflojado el nudo de la corbata. Lisa Holgersson les comunicó que se encontraba en su despacho, lidiando con los periodistas.

Todas las miradas se posaron en Wallander.

—Hemos de procurar comprender cómo piensa —comenzó—. ¿En qué documentos de todo este material podremos hallar la respuesta a esa pregunta? Sin embargo, no sólo debemos revisar este material; algunos de nosotros hemos de empezar a indagar en su pasado para averiguar si es cierto que carece de familiares o si, por el contrario, sus padres o sus hermanos viven, si existe algún compañero de Chalmers o de su anterior puesto de trabajo que lo recuerde. También puede ser fructífero investigar dónde se preparó para ser cartero. Nuestro principal escollo es la sensación de que, en realidad, no tenemos tiempo, lo cual es cierto. No debemos olvidar que la nota que hallamos en el cajón de la cocina contiene un mensaje muy claro, dirigido bien a nosotros, bien a sí mismo. La cuestión es, por tanto, por qué punto de su pasado comenzar.

—Yo creo que está claro: debemos averiguar si sus padres están vivos —intervino Ann-Britt Höglund—. En especial, su madre, si aún vive y tiene la mente algo despejada, pues, como ya sabemos, son las madres quienes mejor conocen a sus hijos.

—Bien, en tal caso, tú te encargarás de ello —ordenó Wallander.

—Espera, aún no he terminado —advirtió ella—. La verdad, yo creo que es muy curioso el hecho de que un ingeniero estudie para cartero.

—Bueno, son cosas que pasan —apuntó Hanson—. Recordad el caso reciente del obispo que se convirtió en taxista.

—Aun así —insistió ella—. He oído hablar del obispo, el hombre tenía cincuenta y cinco años y, a esa edad, uno puede sentir la necesidad de dedicarse a otra actividad antes de jubilarse. Pero ke Larstam cambió de profesión antes de haber cumplido los cuarenta.

Wallander vio que la joven colega había reparado en un detalle que podía resultar de capital importancia.

—¿Quieres decir que tal vez ocurrió algo?

—¿Por qué lo dejó, si no? ¿Por qué rompió con su carrera de ingeniero? Para mí está claro que debió de ocurrir algo decisivo, algo que lo movió a desligarse radicalmente de su pasado.

—Un ingeniero que, de repente, quema las naves y se retira… —prosiguió Wallander.

—Además, no sólo cambió de profesión, sino que también se mudó —apuntó Thurnberg—. Eso quizá corrobore que Ann-Britt está en lo cierto.

—Bien, yo me haré cargo de este asunto —afirmó Wallander—. Llamaré al gabinete de ingeniería… ¿Cómo se llama?

Martinson buscó en sus papeles hasta hallar el nombre.

—Strands Konsultativa Ingenjörsbyrå. Lo abandonó en 1985. Es decir, a la edad de treinta y tres años.

—Bueno, empezaremos por ahí —resolvió Wallander—. El resto os dedicaréis a seguir revisando el material aquí mismo en busca de indicios que nos revelen dónde puede hallarse en estos momentos o quién puede ser su próxima víctima.

—¿No deberíamos pedirle a Kjell Albinsson que viniera aquí de nuevo? — sugirió Thurnberg—. Tal vez recuerde algún otro dato si asiste a nuestro intercambio de puntos de vista.

—De acuerdo, buena idea —convino Wallander—. Lo traeremos aquí. Por cierto, alguien tiene que comprobar si el nombre de Larstam figura en nuestros registros. Al parecer, ése es su verdadero nombre.

—Creo que no lo tenemos —intervino Martinson—. Ya lo he comprobado.

Sorprendido, Wallander se preguntó cuándo había realizado Martinson tal comprobación. Al final, dedujo que no cabía más que una explicación: el colega no había dicho la verdad cuando afirmó que había dormido una hora, sino que había estado trabajando, como Wallander. Su pequeña mentira era claro indicio de su preocupación por el inspector.

Y éste, sin saber si debía sentirse conmovido o indignado, finalmente optó por no sentirse ni lo uno ni lo otro.

—Bien, manos a la obra. ¿Tenemos el número de teléfono del gabinete de ingenieros?

Alguien le dio el número solicitado, que él marcó para averiguar, tras unos segundos, que dicho número había cambiado por otro cuya dirección se hallaba en Vaxholm, a las afueras de Estocolmo. Wallander hizo un nuevo intento y, en esta ocasión, obtuvo la esperada respuesta.

—Strands Ingenjörer, buenos días —contestó una voz de mujer.

—Soy Kurt Wallander, inspector de la policía de Ystad —se presentó—. Necesito información sobre un ex empleado suyo.

—¿De quién se trata?

—Un ingeniero llamado ke Larstam.

—No tenemos ningún empleado con ese nombre.

—Es lo que acabo de decirte. Ya no trabaja ahí. Te ruego que me escuches con atención.

—Oye, otro tono, por favor. ¿Cómo sé yo que eres policía? En realidad, podrías ser cualquier cosa.

Wallander estuvo a punto de arrancar el cable de la pared, pero logró calmarse.

—Cierto —convino al cabo—. No puedes saber quién soy en verdad, pero el caso es que necesito la información. ke Larstam dejó el puesto en 1985.

—Eso fue antes de que yo entrase a trabajar aquí, así que será mejor que hables con Persson.

—Conforme. Para evitar nuevos malentendidos, te daré mi número de teléfono, así comprobaréis que corresponde a la comisaría de Ystad.

Ella anotó el número.

—Es muy urgente —la apremió Wallander—. La persona llamada Persson, ¿se encuentra ahí en este momento?

—Está reunido con los representantes de una constructora, pero le pediré que te llame en cuanto termine.

—Imposible —opuso Wallander—. Tendrá que interrumpir la reunión y llamarme de inmediato.

—Le advertiré que es muy urgente, pero no prometo nada.

—En tal caso, puedes decirle otra cosa: que un helicóptero de la policía de Estocolmo aterrizará en vuestro tejado si no me ha llamado en tres minutos.

Wallander colgó el auricular y, cuando alzó la vista, comprobó que todos sus compañeros lo miraban fijamente. Él se limitó a volver los ojos hacia Thurnberg, que, de pronto, rompió a reír a carcajadas.

—Lo siento —se excusó Wallander—. No he tenido más remedio.

Thurnberg asintió.

—Bueno, yo no he oído nada. Nada en absoluto.

No habían pasado ni dos minutos cuando sonó el teléfono. Al descolgar, Wallander oyó la voz de un hombre que se presentó como Hans Persson. El inspector le explicó el motivo de su llamada, sin mencionar cuál era la sospecha que recaía sobre Larstam.

—Según nuestros datos, dejó el gabinete en 1985 —comenzó Wallander.

—Exacto. Creo que se largó en noviembre.

—¿Se largó? Eso no suena muy bien que digamos.

—Bueno, fue lo que hizo.

Wallander presionó el auricular contra la oreja.

—¿Cómo?

—A decir verdad, lo eché yo. De hecho, es el único ingeniero al que he despedido. Quizá debería haber explicado que soy el fundador de esta empresa.

—Y entonces, ¿quién es Strand?

—Bueno, pensé que sonaba mejor que Persson Konsultativa Ingenjörsbyrå. En realidad, nunca hemos tenido aquí a nadie llamado Strand.

—Bien, el caso es que despediste a ke Larstam, pero ¿por qué?

—En realidad, no resulta fácil explicarlo. El motivo más importante fue que no se adaptaba bien al grupo.

—Ya veo, y eso, ¿por qué?

—En fin, soy consciente de que puede sonar muy extraño.

—No te preocupes, soy policía, así que estoy acostumbrado.

—Era demasiado dependiente. Siempre decía estar conforme, pese a que los demás veíamos con claridad que tenía una opinión diferente. Resulta imposible dialogar con una persona cuyo único objetivo es complacer a los demás. El diálogo se estanca.

—¿Y él era así?

—Pues sí. La situación se hizo insostenible. jamás presentó una idea propia. Supongo que por miedo a que los demás no opinasen como él.

—¿Qué tal eran las calificaciones de sus méritos profesionales?

—Excelentes. Eso nunca se cuestionó.

—¿Cuál fue su reacción al saberse despedido?

—No reaccionó en absoluto. Al menos, no de forma ostensible. Yo le propuse que se quedase seis meses más, pero él se marchó de inmediato. Recuerdo que salió de mi despacho, fue a buscar su abrigo y desapareció. Ni siquiera firmó el finiquito al que tenía derecho. Simplemente, se largó.

—¿Tuviste algún contacto con él después de aquello?

—Lo intentamos, pero fue imposible dar con él.

—¿Sabes si empezó a trabajar como cartero?

—Bueno, tras su marcha, mantuvimos algún contacto con la oficina de empleo y algo oí.

—¿Sabes si tenía algún amigo por aquel entonces?

—Pues no. En realidad, no sabíamos nada sobre su vida privada. Está claro que no tenía amigos entre sus compañeros. En alguna ocasión le cuidó el apartamento o la casa a alguno, cuando se marchaba de viaje, pero, por lo demás, era muy reservado.

—¿Sabes si tenía hermanos, o si sus padres están vivos?

—No. Su vida fuera del gabinete era un completo enigma. Lo cual es fuente de problemas en una empresa tan pequeña como ésta.

—Sí, claro, te entiendo. En fin, de todos modos, gracias por tu colaboración.

—No hay de qué, pero comprenderás también que tenga curiosidad por saber qué ha ocurrido.

—Ya lo sabrás en su momento. Por ahora, no puedo decirte nada más.

Wallander colgó el auricular de un golpe brusco. En su mente se estaba forjando una idea. En efecto, algo de lo que acababa de decirle Persson le rondaba la cabeza, el detalle de que Larstam cuidase los apartamentos de los demás mientras ellos estaban de viaje. No estaba muy seguro, pero merecía la pena intentarlo.

—¿Qué ha sido del apartamento de Svedberg? — inquirió.

—Ylva Brink me dijo después del entierro que aún no había empezado a desalojarlo.

Wallander pensó en el juego de llaves del apartamento de Svedberg que aún conservaba en uno de los cajones de su escritorio.

—Hanson, llévate a algún agente para que te acompañe al apartamento. A ver si os da la impresión de que alguien ha estado allí.

—¿Sólo eso?

—Nada más. Las llaves están en el cajón superior de mi escritorio.

Sin más preámbulos, Hanson se marchó, seguido de uno de los compañeros de Malmö, cuando eran las nueve menos tres minutos. Ann-Britt Höglund se afanaba por localizar a los padres de Larstam. Martinson siguió buscando en las bases de datos y en los archivos, y Wallander fue a los lavabos, donde evitó mirarse al espejo. Después, regresó a la sala de reuniones, donde alguien le ofreció un bocadillo que él rechazó. Al cabo de unos minutos, Ann-Britt Höglund volvió a la sala.

—Tanto su padre como su madre están muertos —declaró.

—¿Tenía hermanos?

—Dos hermanas mayores.

—Pues tendremos que localizarlas.

Ann-Britt volvió a salir y Wallander pensó en Kristina, su propia hermana. ¿Cómo lo describiría ella, si la policía comenzase a hacerle preguntas?

El inspector se sentó a la mesa y atrajo hacia sí la caja de bocadillos. Pero ya estaba vacía. Thurnberg estaba ocupado al teléfono y Wallander pudo oír que intentaba posponer una reunión. Martinson entró a buscar una carpeta y, cuando Thurnberg acababa su conversación telefónica, apareció en la sala Kjell Albinsson. El fiscal se lo llevó a un rincón e inició con él una charla que mantuvieron en voz muy baja.

De repente, alguien empezó a gritar en el pasillo. Wallander se levantó bruscamente de la silla en el mismo instante en que un policía se asomaba a la puerta.

—¡Se ha producido un tiroteo! ¡Abajo, en la plaza Torget! — gritó.

Wallander supo enseguida lo que había ocurrido.

—¡Es en el apartamento de Svedberg! — exclamó—. ¿Hay algún herido?

—Lo único que sé es que ha habido un tiroteo.

En menos de un minuto, cuatro coches, con las sirenas a todo volumen, se habían puesto en camino hacia el lugar de los hechos. Wallander aferraba su pistola con tal fuerza que le dolía la mano. «Así que Larstam estaba allí», concluyó. ¿Qué les habría ocurrido a Hanson y al colega de Malmö? El inspector se temía lo peor, pero la sola idea le resultaba insoportable. Para tranquilizarse, se decía que no, que no podía haber ocurrido nada malo.

Antes de que el coche se detuviera en la calle Lilla Norregatan, él ya había saltado fuera del vehículo. El consabido grupo de curiosos ya rodeaba el portal del edificio. Wallander echó a correr en dirección a la entrada y, al decir de alguno de los presentes, lo hizo lanzando un alarido, como un soldado en pleno ataque militar.

Entonces divisó a Hanson y al otro policía, ambos ilesos.

—¿Qué ha sucedido?

Hanson estaba pálido y tembloroso. El colega de Malmö se había sentado sobre el borde de la acera.

—Estaba ahí —declaró Hanson—. Yo acababa de abrir la puerta y, apenas habíamos entrado en el vestíbulo, cuando apareció y empezó a disparar. No nos alcanzó por pura casualidad. Después desapareció. Y nosotros echamos a correr. Hemos tenido suerte. Ni más ni menos.

Wallander permanecía en silencio, pero supo enseguida que aquello no había sido exactamente así. Larstam era muy buen tirador y, si hubiera querido, les habría disparado en mitad de la frente. Pero no quería; aquel día iba a inmolar a otra víctima.

No es que Hanson hubiera tenido suerte, no. Simplemente, él no era la novena víctima del asesino.

Wallander estaba convencido de que Larstam ya había abandonado el apartamento por la puerta trasera, pues sabía que éste siempre se aseguraba una vía de escape. Pese a todo, no subieron hasta que se pusieron los chalecos antibalas y acordonaron la calle.

El apartamento estaba vacío. La puerta trasera, entreabierta. «Un saludito de Larstam», se dijo. «Ésta es la segunda puerta que hallamos entornada, como si el asesino deseara mostrarnos su manera de escabullirse.»

En ese momento, Martinson salió del dormitorio de Svedberg.

—Ha estado durmiendo en la cama. Ahora, al menos, ya sabemos algo más acerca de cómo razona: para él, una vivienda deshabitada es el mejor escondite.

—Querrás decir que sabemos cómo razonaba antes —precisó Wallander—. Puedes estar seguro de que no actuará del mismo modo por segunda vez.

—¿Y si avanzamos un paso en el razonamiento? — sugirió Martinson—. Nosotros estamos preguntándonos cómo piensa él. Y es probable que él haga lo mismo, que se pregunte cómo razonamos nosotros. Tal vez no sea tan descabellado dejar aquí una patrulla de vigilancia: dado que estamos convencidos de que no volverá, quizás haga precisamente eso.

—Francamente, tampoco creo que sea capaz de leer los pensamientos —atajó Wallander.

—Bueno, no era más que una sugerencia —repitió Martinson—. No parece sino que esté siempre un paso por delante y un paso por detrás de nosotros.

Wallander no respondió, pero también él había empezado a preguntarse si no habría algo de cierto en las palabras de Martinson. Eran las diez y media de la mañana. Wallander fue el último en abandonar el apartamento de Svedberg. Y lo hizo con la sensación de hallarse de nuevo en la primera casilla, aunque ignoraba en qué vuelta de la partida.

Tan sólo se atrevía a dar por cierta una afirmación: Larstam aún no había asesinado a su novena víctima. De haber asesinado a ésta, Hanson estaría ya muerto. Hanson habría sido el décimo cadáver, y el colega de Malmö, el undécimo.

«¿Por qué espera?», se preguntó Wallander. «¿Qué lo obliga a esperar? ¿Acaso la víctima elegida no se encuentra aún a tiro? ¿Cuál será la explicación?»

Wallander comenzó a bajar las escaleras.

Aún eran demasiadas las incógnitas.

Y él no conocía ni una sola de las respuestas.

Tal y como acababa de decirse, había vuelto a la casilla número uno.

34

Después, experimentó una vaga sensación de arrepentimiento. ¿No debería haber apuntado a la cabeza de aquellos dos hombres? Ellos, al abrir la puerta y entrar en el vestíbulo, lo habían despertado y se habían entrometido en lo más profundo de sus sueños. Enseguida supo que eran policías. ¿Quién, si no, iba a entrar en aquel apartamento que aún pertenecía a Karl Evert, pese a que ya estaba muerto y enterrado? Tampoco se le escapó el hecho de que habían ido para ver si él estaba allí. Desde luego, no cabía otra explicación.

Pero, una vez más, había logrado escapar. Un alivio y una satisfacción, sin duda. Ni que decir tiene que, pese a que no esperaba que sucediese, él ya lo había previsto y se había preparado para esa eventualidad. Había abierto la cerradura de la puerta de acceso a la escalera posterior y, contra la parte interior de la puerta principal, había apoyado una silla que caería en cuanto intentasen entrar. Asimismo, había dejado la pistola a su lado, en la cama, donde se había tumbado sin quitarse los zapatos.

No obstante, el ruido de la calle lo inquietaba. Aquello no se parecía a su dormitorio insonorizado, que le proporcionaba un silencio que, a su vez, también constituía un escondite. Él mismo había intentado, en repetidas ocasiones, convencer a Karl Evert de que reformase su dormitorio para mantener a raya todos los ruidos. Sin embargo, el policía nunca emprendió las obras, y ahora, por supuesto, ya era demasiado tarde.

Cuando lo despertaron, estaba soñando con su infancia Imágenes escurridizas, imprecisas; pero allí estaba él, detrás de un sofá, un niño muy pequeño que oía hablar a unas personas mayores, probablemente sus padres; hablar y discutir. Una voz masculina, dura y taxativa. Como un pájaro terrible que sobrevolara su cabeza con estruendoso batir de alas. Después, oyó la voz de una mujer. Débil y temerosa. Le dio la sensación de estar oyendo su propia voz, pese a que él estaba allí, oculto y mudo, tras el sofá.

Y, en aquel punto del sueño, oyó los ruidos procedentes del vestíbulo. Habían forzado las puertas de su sueño. Cuando la silla cayó, él ya estaba de pie y con la pistola en la mano.

Ahora se arrepentía. Aun sabiendo que de ese modo se desviaba del plan original, tal vez habría debido matarlos allí mismo. Abandonó la casa con la pistola en el bolsillo y se dirigió al coche, que tenía aparcada junto a la estación de tren. En la distancia se oían las sirenas. Se dirigió hacia Sandskogen y después puso rumbo a Österleden. Sin embargo, se detuvo en Kåseberga, donde dio un paseo por el puerto con la intención de meditar sobre cómo proceder. Necesitaba dormir un poco más, pero sabía que la hora era ya muy avanzada. Le resultaba imposible saber con antelación en qué momento el policía llamado Wallander decidiría, por fin, ir a su casa y, para entonces, él debía encontrarse ya dentro. Por otro lado, había decidido que sería aquel miércoles, circunstancia que le era imposible modificar. No podía dejar escapar la ocasión.

Cuando, mientras paseaba, ganó el borde más exterior del embarcadero, tomó una determinación. Regresó a Ystad y estacionó el vehículo ante la fachada trasera del edificio en el que pensaba entrar, en la calle Mariagatan. Nadie lo vio cruzar. Llamó al timbre, aplicó el oído. Pero el apartamento estaba vacío.

Entonces abrió la puerta y se sentó en el sofá de la sala, dispuesto a esperar.

Había dejado la pistola sobre la mesa que tenía delante.

Eran las once y pocos minutos de la mañana.

Tanto Hanson como el policía de Malmö estaban conmocionados como consecuencia del incidente de la calle Lilla Norregatan. Ninguno de los dos había sufrido daño físico alguno, pero no parecían en condiciones de seguir trabajando. Hanson no quería abandonar, e incluso insistió en que deseaba seguir ayudando. Pero Wallander, tras charlar con él unos minutos, comprobó que aquello había afectado psíquicamente a Hanson más de lo que éste estaba dispuesto a admitir. En el caso del agente de Malmö, resultó mucho más sencillo, pues el médico que lo atendió en el hospital aseguró que se encontraba muy alterado.

Así pues, el grupo vio reducido en dos el número de sus componentes. Cuando Wallander volvió a convocar en la comisaría a sus colaboradores tras los caóticos sucesos en la calle Lilla Norregatan, no pudo por menos de notar hasta qué punto había aumentado la tensión. Lisa Holgersson lo llamó aparte para preguntarle si no habría llegado el momento de solicitar refuerzos masivos de los distritos policiales vecinos. Wallander, consciente de su agotamiento, así como de la sensación general de insuficiencia, estuvo a punto de acceder a ello. Sin embargo, terminó por negarse, pues, arguyó, no eran refuerzos lo que precisaban, sino concentración. El hecho de que un montón de coches patrulla anduviesen recorriendo las calles de un lado a otro no les facilitaría la tarea. Lo que necesitaban era tiempo para proseguir con su búsqueda, tranquila y relativamente metódica, de ese punto de la investigación que les abriría las puertas del enigma.

—¿Acaso existe tal punto? — inquirió ella—. ¿No será más bien algo que tú deseas?

—No lo sé.

Se sentaron, pues, en torno a la mesa de reuniones, en medio de un ambiente de desasosiego y de tensión. Wallander intentó dirigir el trabajo en la medida de lo posible, reiterando una y otra vez los términos de lo que constituía su objetivo primordial. ¿Dónde estaba Larstam en esos momentos? ¿Tal vez en algún lugar al que ellos tuvieron acceso? ¿Quién era su próxima víctima, la novena? ¿Y cómo cabía interpretar los sucesos de la calle de Lilla Norregatan?

Martinson no había encontrado nada en su primer repaso en los registros policiales: ke Larstam no había tenido ningún percance con la justicia. Pero le había encomendado la tarea de profundizar en el asunto a otro policía, que debía comprobar si, pese a todo, Larstam aparecía en algún archivo insospechado. Ann-Britt Höglund no había conseguido localizar a las dos hermanas y, dado que Hanson estaba fuera de combate, Wallander le pidió que lo dejase hasta nueva orden, pues sentía que necesitaba tenerla cerca. Así pues, tendrían que postergar las pesquisas sobre las hermanas. Todo tendría que aplazarse. Lo único que importaba era dar con él antes de que apuntase su arma a la desconocida víctima número nueve.

—Recapitulemos. ¿Qué es lo que sabemos? — preguntó, y se dijo que debía de ser la enésima vez que formulaba esa pregunta.

—Que sigue en la ciudad —apuntó Martinson—. Es decir, que atacará de nuevo en Ystad o cerca de aquí.

—También él debe de haberse visto afectado —observó Thurnberg, pese a que no solía prodigar sus comentarios—. Sabe que vamos pisándole los talones; no puede permanecer impertérrito ante nuestra proximidad.

—Es posible que sea precisamente eso lo que persiga —advirtió Wallander—. Pero, tal vez tengas razón, sí. Ya lo hemos obligado a huir en dos ocasiones en un plazo de veinticuatro horas. Supongo que estará notando que su pequeño mundo se desmorona parcialmente, que sus bien pergeñados planes empiezan a fallar. Pero no podemos adivinar cómo reaccionará.

Kjell Albinsson estaba sentado en un rincón de la sala, y Wallander desconocía las instrucciones que le había dado Thurnberg. De repente, el inspector advirtió que Albinsson quería decir algo y él le hizo seña de que procediese. El funcionario de Correos se puso de pie y se acercó a la mesa.

—No sé si esto tendrá alguna importancia —comenzó en un tono que revelaba inseguridad-, pero acabo de recordar que alguien dijo haberlo visto en una ocasión en el puerto deportivo. Fue el verano pasado. Quiero decir, que es posible que tenga un barco.

Wallander golpeó la mesa con la mano.

—¿Hasta qué punto es cierto ese rumor?

—Bueno, lo vio uno de los carteros. Estaba seguro de que era él.

—Pero ¿llegó a verlo subir a bordo de algún barco?

—No. Sólo lo vio con un tanque de combustible en la mano.

—En ese caso, podemos excluir una embarcación de vela —intervino uno de los agentes de Malmö, que al instante recibió un alud de objeciones.

—Bueno, los barcos de vela pueden disponer de motores auxiliares —observó Martinson—. No creo que podamos descartar ninguna posibilidad. Ni siquiera un hidroavión.

La última observación de Martinson también estuvo a punto de provocar otro torrente de protestas, a las que Wallander puso freno.

—Ciertamente, un barco puede hacer las veces de escondite —aceptó—. La cuestión es qué ganaríamos si lo averiguáramos—. Se dirigió de nuevo a Albinsson-: ¿Estás seguro de lo que dices?

—Sí.

Wallander miró a Thurnberg, que asintió con la cabeza.

—Un grupo de agentes de paisano irá a vigilar el puerto —ordenó Wallander—. Todo ha de desarrollarse con la mayor discreción, rápido y sin hacer preguntas. Ante la menor sospecha de que Larstam se encuentre allí, deberán retirarse. Entonces decidiremos cómo actuar.

—Con el tiempo que hace, seguro que hay mucha gente por aquella zona —observó Ann-Britt Höglund.

Martinson y uno de los policías de Malmö partieron en dirección al puerto deportivo. Wallander le había pedido a Albinsson que se sentase con ellos.

—Bien, ¿has recordado algo más? — le preguntó el inspector—. Acabas de acordarte del puerto deportivo. Si surgieran más «puertos», sería estupendo.

—¡Estoy tan desconcertado! — repuso el funcionario de Correos—. Me he esforzado por reflexionar y hacer memoria. Y me he dado cuenta de que apenas sé nada de él.

Wallander comprendió que era sincero. Albinsson se retiró de nuevo a su solitario rincón. El inspector miró el reloj. Las once y media. «No lo atraparemos», se lamentó. «La noticia de que otra persona ha sido asesinada puede llegarnos en cualquier momento.»

Ann-Britt Höglund centró la conversación en el móvil de los asesinatos. ¿Por qué cometió Larstam todos esos crímenes? ¿Por qué esa matanza tan cruel?

—Debe de tratarse de una venganza —aventuró Wallander.

—¿Una venganza? ¿Por qué? — se extrañó Ann-Britt—. ¿Porque hace años lo despidieron de un gabinete de ingenieros? A mí eso no me cuadra. ¿Qué relación hay entre una pareja de recién casados y su despido? Además, a juzgar por lo que te dijo Persson, no pareció afectarle mucho. Y, por si fuera poco, luego se puso a estudiar para cartero.

—Ya, pero deberíamos preguntarnos por qué eligió precisamente esa profesión —señaló Wallander—. De ingeniero a cartero…, es un paso insólito, ¿no crees? Pero quizás ya entonces estuviese tramando su terrorífico plan. Aunque también pudo haber otro motivo, algo que surgiese más tarde.

—Eso no lo sabemos.

—Como tantas otras cosas.

El tema se agotó y Wallander miró de nuevo el reloj, como si esperara que sucediese eso que tanto temía. Se levantó para ir a buscar una taza de café, y Ann-Britt lo siguió.

—El motivo ha de ser otro muy distinto —prosiguió Wallander cuando ambos se hallaban en el comedor, con sendas tazas de café en la mano—. Incluso aunque, en el fondo, exista la sed de venganza. Piensa que Larstam asesina a personas que, de un modo u otro, están a gusto, felices. Nyberg ya cayó en la cuenta de eso mientras inspeccionábamos el escenario de Nybrostrand. Y, aún más importante, Albinsson lo ha confirmado. A ke Larstam no le gustaba que la gente se riese.

—En fin, debe de estar más loco de lo que creemos. Uno no va por ahí matando a las personas sólo porque son felices, ¿no crees? ¿En qué mundo vivimos?

—Sí, tal vez sea ésa la pregunta —convino Wallander—. ¿En qué clase de mundo vivimos? Pero es una pregunta demasiado amplia para detenernos a considerarla. Más bien deberíamos preguntarnos si lo que tememos que suceda no habrá sucedido ya, si no nos hallamos ya un paso más allá del hundimiento definitivo de la sociedad de derechos. Una sociedad en la que cada vez más personas se sienten inútiles o, peor aún, no deseadas. En ese contexto, la violencia irracional se convierte en algo cotidiano. Nos quejamos de lo mal que están las cosas, pero yo a veces me pregunto si no están ya mucho peor de lo que nos imaginamos.

Se disponía a rematar su reflexión cuando le avisaron de que Martinson lo esperaba al teléfono. Wallander, al echar a correr hacia la sala de reuniones, se derramó el café sobre la camisa.

—Creo que esto no da ningún resultado —declaró Martinson—. Con la mayor discreción, he consultado el registro donde figuran todos los que tienen un amarre en el puerto, pero el nombre de ke Larstam no aparece.

—¿Habéis inspeccionado los muelles?

—Sí, pero no hay ni rastro de él.

Wallander reflexionó un instante.

—¿No será que tiene el amarre alquilado bajo otro nombre, un nombre falso?

—Este puerto deportivo es bastante pequeño, todo el mundo se conoce. No creo que Larstam se hubiese atrevido a dar un nombre falso a la hora de alquilarlo. Además, no es propio de su actitud precavida. Pese a todo, Wallander no terminaba de rendirse.

—¿Y si se lo ha alquilado otra persona?

—¿Y quién podría ser? ¡Si ke Larstam no tiene amigos!

—Supongo que habrás comprobado que el nombre de Svedberg tampoco figura en el registro, ¿no?

—Pues sí, lo pensé. Pero su nombre tampoco aparece.

A Wallander se le cruzó por la cabeza otra idea. Al principio decidió no mencionarla. Sin embargo, segundos después cambió de opinión.

—Comprueba el registro de nuevo —le ordenó—. Ten presentes los nombres de cuantos han surgido en esta investigación, cualquiera que haya sido de importancia. Cualquier nombre que se repita.

—¿Quieres decir Hillström, Skander o cualquier otro?

—Exacto.

—Sí, te entiendo, pero ¿en serio crees que sería lógico?

—Nada parece lógico. Consúltalo otra vez y llámame si encuentras algo.

Wallander colgó el auricular. La mancha de café relucía sobre la camisa blanca. Si no recordaba mal, le quedaba una camisa limpia en el armario; no le llevaría más de veinte minutos ir a casa a cambiarse. Sin embargo, quería esperar hasta que Martinson lo llamase de nuevo. Mientras se entregaba a tales reflexiones, Thurnberg se plantó a su lado.

—Estaba pensando en enviar a Albinsson a su casa —declaró—. No creo que tenga nada más que decirnos.

Wallander se puso de pie, se acercó al funcionario de Correos y le estrechó la mano.

—Nos has sido de gran ayuda.

—Aún no acabo de creérmelo.

—No, ninguno de nosotros da crédito a lo ocurrido.

—No debes revelar una palabra de cuanto sabes ahora —advirtió Thurnberg—. De lo contrario, tendremos problemas.

Albinsson le prometió que guardaría silencio y abandonó la sala. Wallander se fue a los servicios y, de repente, se acordó del telescopio de Svedberg. ¿Por qué lo habrían dejado en casa de Björklund? Regresó a la sala de reuniones.

—¿Sabe alguien dónde está Nyberg?

—Está haciendo unas llamadas desde el despacho de Hanson.

—Bien. Si llama Martinson, estaré allí.

Wallander se encaminó hacia el despacho de Hanson, donde Nyberg, en efecto, con el auricular en una mano, tomaba notas con la otra en un bloc. Cuando Wallander entró, alzó la vista. El inspector comprendió que estaba hablando con Linköping, con el laboratorio de pruebas periciales del Estado.

—Nos darán los resultados de las huellas digitales a lo largo del día de hoy —aclaró el técnico cuando colgó—. Y al fin sabremos si son las huellas de Larstam las que aparecen una y otra vez.

—No puede ser de otro modo. No es una respuesta lo que necesitamos, sino una confirmación.

—¿Qué sucedería si resultara que no son las huellas de Larstam?

—En ese caso, yo abandonaría la dirección del grupo.

Nyberg consideró las palabras de Wallander desde la posición que ocupaba en la silla de Hanson.

—Estaba pensando… —comentó Wallander—. ¿Por qué estaría el telescopio en casa de Björklund? ¿Quién lo dejaría allí?

—¿Quién habría de ser, sino Larstam?

—Ya, pero ¿por qué?

—Tal vez para despistar, para confundirnos. Quizá quería que sospecháramos del primo de Svedberg.

—Larstam debe de haber atado bien todos los cabos, ¿no crees?

—Sí, pero, si no lo ha hecho, nosotros descubriremos el cabo suelto, antes o después. Y, entonces, lo atraparemos.

—En otras palabras, lo más probable es que sus huellas dactilares también aparezcan en el telescopio.

—Si es que no tomó la precaución de limpiarlas.

En ese momento, sonó el teléfono y Wallander echó mano del auricular. Era Martinson.

—Tenías razón.

Wallander se puso de pie tan bruscamente que la silla se volcó.

—¿Qué has averiguado?

—Hay un amarre a nombre de Isa Edengren. Además, pedí que me mostraran el contrato. Si fue Larstam quien falsificó la firma, lo hizo a la perfección, pues se parece mucho a la letra de la joven. También he hablado con el hombre al que le entregó el contrato, y me aseguró que habló con una mujer.

—¿Era morena?

—Exacto. Era Louise.

—Pero, claro, en el club marítimo no podían saberlo.

—Por otro lado, la mujer advirtió que sería su hermano quien utilizaría más a menudo la embarcación.

—¡Vaya! Es muy habilidoso este Larstam.

—Es una barca de madera, de las antiguas —prosiguió Martinson—. Pero la reformaron, y dispone de literas. A un lado hay amarrada una embarcación de vela. El otro amarre está vacío.

—Voy ahora mismo —aseguró Wallander—. Y vosotros manteneos apartados del embarcadero. Por cierto, espero que hayáis estado atentos, tal vez Larstam esté de camino. Podemos dar por hecho que ahora se andará con mucho cuidado, de modo que antes de acercarse a la embarcación vigilará bien que nadie esté rondando el puerto deportivo.

—Mucho me temo que no hemos estado tan atentos como hubiéramos debido.

Wallander dio por finalizada la conversación y puso a Nyberg al corriente de todo antes de regresar a la sala de reuniones. Ann-Britt Höglund y Thurnberg quedaron encargados de preparar una salida de emergencia, si resultase necesario.

—¿Qué harás si se encuentra a bordo? — preguntó la colega.

Wallander meneó la cabeza.

—No lo sé. Primero habrá que ver qué aspecto tiene el barco.

Era ya la una de la tarde cuando Wallander llegó al puerto deportivo. Hacía una temperatura agradable, refrescada por una suave brisa procedente del suroeste. Wallander se había acordado de llevarse los prismáticos, de modo que pudiesen observar de lejos la barca.

—Da la impresión de estar abandonado —comentó Martinson.

—¿Sabes si hay gente a bordo del velero que hay a la izquierda? — inquirió Wallander.

—No, está vacío.

Wallander recorrió otras embarcaciones con los prismáticos y comprobó que había gente sentada en muchas de las cubiertas.

—Aquí no podemos iniciar un tiroteo —observó Martinson-, y tampoco evacuar el puerto.

—Ya, pero tampoco podemos esperar —atajó Wallander—. Hemos de averiguar si está o no a bordo. Y, si es así, tenemos que atraparlo. En caso contrario, seguiremos buscando por otro lado.

—¿Quieres que comencemos a acordonar la zona?

—No, yo subiré a bordo.

Martinson se sobresaltó.

—¿Estás loco?

—Nos llevará como mínimo una hora acordonar la zona y sacar de aquí a toda la gente. No disponemos de ese tiempo, así que subiré a bordo. Tú me cubrirás desde el embarcadero. No tardaré nada. Me figuro que no se lo espera. Si se encuentra en el interior, estará durmiendo.

Martinson se opuso rotundamente.

—No cuentes con mi apoyo para esto. Puede tener consecuencias catastróficas.

Wallander lo ignoró.

—Por cierto, hay algo en lo que me imagino que no habrás pensado. No creo que Larstam fallase al disparar a Hanson y al colega de Malmö. Nadie puede convencerme de que no apuntó bien. Simplemente, ninguno de los dos era la novena víctima.

—¿Quieres decir que tú tampoco lo eres?

—Lo dudo mucho.

Pero Martinson tenía otra objeción.

—Recuerda que se trata de una barca amarrada a un embarcadero y que no hay ninguna puerta o escalera trasera por la que pueda escapar. ¿Qué crees que hará?, ¿saltar al agua?

—Tendremos que arriesgarnos a que la falta de una vía de escape alternativa lo cambie todo —insistió Wallander.

Martinson seguía sin ceder.

—Pues, en mi opinión, es una acción del todo irresponsable.

Sin embargo, Wallander ya había tomado su determinación.

—Está bien —convino, fingiendo doblegarse—. Haremos lo que propones. Ve a la comisaría y solicita una intervención de emergencia en el puerto. Yo me quedaré aquí vigilando.

De modo que Martinson se marchó mientras el policía de Malmö obedecía la orden de Wallander de ir a mantener controlado tanto el aparcamiento como la carretera que llevaba hasta el puerto deportivo.

Una vez solo, el inspector echó a andar hasta el embarcadero, consciente de que contravenía las reglas policiales más elementales. Iba a exponerse a una situación en la que habría de enfrentarse a un hombre de una crueldad extrema. Por si fuera poco, tenía intención de hacerlo totalmente solo, sin que ningún colega lo cubriese y, además, sin que el lugar estuviese acordonado.

Había unos niños jugando en el embarcadero y Wallander les indicó, en tono autoritario, que debían mantenerse alejados del agua. Llevaba la pistola en el bolsillo, ya sin el seguro. Se planteó saltar al agua desde el muelle y alcanzar la barca a nado. Pero si Larstam se encontraba a bordo del bote, calculaba, éste lo vería desde la ventanilla de la cabina y él quedaría totalmente desprotegido.

Comprendió que aquello no era lo más recomendable, que la única posibilidad consistía en acceder a la embarcación desde la popa, retirando el toldo que la cubría. Pero para ello necesitaba un bote. Miró a su alrededor hasta descubrir que, cerca de donde se hallaba, había un pequeño yate en el que, al parecer, celebraban una fiesta sobre la amplia cubierta. Junto al yate flotaba un bote de color rojo. Wallander no se lo pensó dos veces. Subió a bordo y mostró su placa de policía a los asombrados pasajeros del yate.

—Necesito llevarme prestado el bote —anunció sin más.

Un hombre calvo que sostenía una copa de vino en la mano se puso en pie al tiempo que preguntaba:

—¿Por qué? ¿Ha ocurrido algún accidente?

—No —repuso Wallander—. Pero no tengo tiempo para dar explicaciones. Permaneced en el yate; que a nadie se le ocurra subir al embarcadero, o tendrá que atenerse a las consecuencias. ¿Está claro?

Nadie pronunció palabra. Wallander saltó torpemente al interior del bote y trató de orientarlo con los remos, hasta que uno de ellos se le escapó de las manos. La pistola estuvo a punto de salírsele del bolsillo cuando intentó recuperarlo. Sudoroso y lanzando maldiciones, logró finalmente controlar los remos. El hombre calvo soltó las amarras y Wallander comenzó a remar, preguntándose si el bote no se hundiría con su peso. Con extremo cuidado, se aproximó a la parte posterior de la barca con la mano extendida para frenar cuando se acercase a la proa. Comprobó desde fuera que la barca tenía motor. El corazón le latía acelerado. Con suma precaución, pues no quería que el bote comenzase a balancearse, echó un cabo. Después aplicó el oído. Pero lo único que resonaba eran los latidos de su corazón. Ya con la pistola en la mano, comenzó, muy despacio, a soltar la lona. Seguía sin percibirse movimiento alguno en la embarcación. Una vez que hubo soltado la lona lo suficiente, llegó el momento más complicado, pues tenía que levantarla al tiempo que él se hacía a un lado. De lo contrario, si hubiese alguna persona armada en el interior del barco, él constituiría un blanco perfecto. Ni una sola idea poblaba su mente en aquel momento en que sostenía el arma con mano temblona y sudorosa.

Y alzó la lona al tiempo que se arrojaba hacia un lado. El bote empezó a balancearse de tal modo que Wallander habría caído al agua de no haberse agarrado a un andullo. Nada sucedió. De un único tirón, retiró uno de los lados de la lona y comprobó que la cubierta estaba vacía. Las pequeñas puertas de caoba que permitían el acceso al camarote inferior estaban abiertas, de modo que pudo ver el interior. El camarote también estaba vacío. Subió a cubierta, aún pistola en mano. Había dos peldaños que descendían a las dos literas situadas junto a unos ojos de buey. Allí no había nadie. Tampoco había sábanas, tan sólo unos colchones cubiertos con fundas de plástico.

Wallander volvió a subir a cubierta. Estaba empapado en sudor. Se metió la pistola en el bolsillo, saltó al bote y comenzó a remar de nuevo hacia el yate. Los que celebraban la fiesta, sosteniendo en la mano sus copas de vino, lo habían estado observando atentamente, apoyados sobre la barandilla de la cubierta del yate. El hombre calvo agarró el cabo que Wallander le tendía y éste subió a bordo.

—Bien, tal vez ahora podamos oír una explicación —comentó el hombre.

—Pues no —repuso Wallander.

El inspector tenía prisa. Era muy probable que sus compañeros estuviesen a punto de salir con las patrullas de emergencia, y tenía que evitarlo a toda costa. Larstam no se encontraba en el bote, lo que podía implicar que, por una vez en toda la investigación, ellos fuesen un paso por delante del asesino. Wallander telefoneó a Martinson desde el embarcadero.

—Acabamos de salir —anunció Martinson.

—¡Suspende la operación! — gritó Wallander—. No quiero que aparezca por aquí ni un solo coche. Vente tú solo.

—¿Ha sucedido algo?

—Que no está aquí.

—¿Y cómo lo sabes?

—Eso no importa. El caso es que lo sé.

Martinson guardó silencio.

—Has subido a bordo, ¿no es cierto? — inquirió en tono reprobatorio.

—No tenemos tiempo que perder —le recordó Wallander—. Ya hablaremos de eso en otra ocasión.

Cinco minutos después, Martinson estaba en el puerto. Wallander le hizo saber su sospecha de que Larstam podía estar en camino. Al ver la lona levantada, Martinson meneó la cabeza.

—Sí, tenemos que colocarla como estaba —comentó Wallander—. Mientras, por si Larstam viene, uno de los dos ha de controlarlo todo desde el embarcadero. El puerto debe quedar bajo vigilancia.

Martinson se apostó en el embarcadero, de espaldas al mar, mientras Wallander subía a la barca desde el embarcadero e inspeccionaba a toda prisa la cubierta y el camarote. No halló nada, tal y como esperaba, pues sabía que Larstam nunca dejaba ningún documento. Después de colocar la lona en su lugar, regresó al muelle.

—¿Cómo lograste subir a bordo? — quiso saber Martinson.

—Me prestaron un bote.

—Estás loco.

—Tal vez sí. Pero también es posible que te equivoques.

Martinson fue a hablar con el policía al que Wallander había enviado al aparcamiento, pues ahora tendría que vigilar el puerto y el muelle. Además, llamó para que enviasen más agentes.

—Deberías ir a casa a cambiarte de camisa —observó Martinson mientras dedicaba a Wallander una mirada elocuente.

—Sí, pienso ir —aseguró el inspector—. Pero antes tenemos que poner a los demás al corriente.

En la comisaría, nadie hizo preguntas sobre cómo había subido a bordo de la barca, como tampoco a nadie se le ocurrió indagar acerca de si lo había hecho solo. Martinson, sentado a la mesa de reuniones, no abría la boca, y Wallander comprendió que estaba enojado, pero nada podía hacer en esos momentos.

—Por primera vez en el transcurso de esta investigación, vamos quizás un paso por delante de él —los animó Wallander—. Por supuesto, no es seguro que vaya a dormir en el barco. Incluso es probable que cuente con la posibilidad de que lo hayamos encontrado.

—En ese caso, estamos de nuevo en el punto de partida —observó Ann-Britt Höglund—. Me cuesta creer que no haya nada que podamos hacer para seguirle la pista. Además, ¿quién será la novena víctima?

—Debemos seguir buscando —declaró Wallander—. Tened en cuenta que utilizó el nombre de Isa Edengren para alquilar el amarre. Es decir, que es imprevisible, nos sorprende una y otra vez, de modo que sólo podemos seguir profundizando en el material de investigación. En algún lugar hallaremos la clave que nos abra las puertas del misterio. Estoy convencido de ello.

A Wallander le daba la sensación de estar predicando, como si tuviese que convencer a unos colaboradores incrédulos de que aquélla era la única fe verdadera. A decir verdad, no sabía qué otra actitud adoptar, pues, por el momento, no tenía más que una sola idea en su cabeza. Una idea que aún tenía que demostrar a los demás.

—¿Por qué elegiría Larstam el nombre de Isa Edengren? — inquirió de pronto—. ¿Fue pura casualidad o se trató de una elección meditada?

—El entierro de Isa será mañana —intervino Martinson.

—Quiero que alguien llame a sus padres para pedirles que vengan, a uno o a ambos, de modo que podamos investigar más a fondo el asunto del amarre. — Wallander se puso de pie—. Pero antes pienso tomarme veinte minutos para ir a casa a cambiarme de camisa.

En ese momento, Ebba, que había entrado en la sala para dejar varias cajas de bocadillos, se ofreció solícita:

—Si me das las llaves, puedo ir yo. Te aseguro que no me importa.

Wallander rechazó la oferta agradecido. En realidad, necesitaba urgentemente cambiar de aires, aunque no fuese más que durante veinte minutos. Estaba a punto de abandonar la sala cuando sonó el teléfono. Ann-Britt Höglund, que había atendido la llamada, le hizo señas a Wallander de que aguardase.

—Es de la policía de Ludvika —informó—. Una de las hermanas de ke Larstam vive en esa zona.

—¡Vaya! Envié una circular pidiendo información y, al parecer, ha dado resultado —comentó Martinson.

Wallander decidió, pues, aguardar. Buscó a Ebba con la mirada, pero la recepcionista se había marchado ya. Martinson estaba ahora al teléfono, y el inspector, sentado sobre el borde de la mesa, miraba con insistencia la mancha de café de su camisa. Ann-Britt Höglund se había sentado junto a otro teléfono para llamar a los padres de Isa Edengren y, en el preciso momento en que obtuvo respuesta, Martinson colgó el auricular.

—Se llama Berit Larstam y tiene cuarenta y siete años —anunció—. Es diplomada en ciencias sociales y está en paro. Vive en Fredriksberg. A saber dónde está eso.

—¡Cae cerca de Ludvika, donde se produjo el robo de armas! — recordó Wallander—. Es decir, que Larstam puede haber ido allí durante una visita a su hermana.

Martinson agitó en el aire una nota antes de comenzar a marcar el número.

Por un instante, Wallander se sintió innecesario, de modo que pensó que podía ir a la recepción y darle las llaves a Ebba, que, no obstante, aún no había regresado a su puesto. Pensó que, con toda probabilidad, habría ido a los servicios, por lo que volvió a la sala de reuniones. Martinson había obtenido respuesta a su llamada mientras Ann-Britt Höglund atendía la suya con el entrecejo fruncido. Wallander deambulaba de un lado a otro de la sala. Thurnberg había desaparecido y el inspector se dedicó a arrojar a la papelera las tazas de café de un solo uso que había sobre la mesa hasta que Ann-Britt Höglund colgó el auricular al tiempo que profería una maldición.

—El padre se ha comprometido a venir —declaró al fin—. Axel Edengren. Me temo que habremos de enfrentarnos a un hombre bastante arrogante al que, por si fuera poco, no le gustan demasiado los policías.

—¿Por qué no han de gustarle?

—Estuvo explicándome, con todo lujo de detalles, nuestro extremo grado de ineficacia. He estado a punto de contestarle de malos modos.

—Tendrías que haberlo hecho.

En ese momento, también Martinson concluyó su conversación.

—ke Larstam solía visitar a su hermana cada tres años —reveló—. Pero no parece que tengan una relación especialmente íntima.

Wallander miró atónito a Martinson.

—¿Y eso es todo?

—¿Qué quieres decir?

—¿No le hiciste más preguntas?

—¡Por supuesto que sí! Pero quería llamarme ella algo más tarde. Al parecer, estaba ocupada.

Wallander empezó a irritarse, y Martinson reaccionó poniéndose a la defensiva. De pronto, se hizo el silencio en la sala y Wallander salió de nuevo para ir a la recepción, donde halló a Ebba de vuelta detrás de su ventanilla.

—Me temo que, a pesar de todo, tendré que aceptar tu ofrecimiento —comentó

al tiempo que le entregaba el llavero—. Creo que hay una camisa limpia en el armario, pero, si no es así, puedes traerme una de las que hay en el cubo de la ropa sucia.

—No es la primera vez que te hago este favor —le recordó Ebba—. Supongo que, también esta vez, sabré arreglármelas.

—¿Tienes quién te lleve?

—No, pero no olvides que aún tengo mi viejo PV —repuso Ebba.

Wallander sonrió y la siguió con la mirada mientras ella salía de la comisaría, pensando en cuánto había envejecido durante los últimos años.

Lo primero que hizo cuando regresó a la sala de reuniones fue pedirle disculpas a Martinson por su agrio comentario de hacía unos minutos.

Después siguieron repasando el material de la investigación.

Eran las dos y diez minutos de la tarde.

35

Cuando Axel Edengren llegó a la comisaría, Ebba aún no había regresado. Wallander empezaba a preguntarse por qué tardaba tanto. ¿No se debería, simplemente, a que no había encontrado ninguna camisa limpia? Malhumorado, fue él mismo a la recepción para recibir a Axel Edengren. Su irritación no se debía precisamente a la mancha de café que llevaba en la camisa, sino más bien a que recordaba el trato tan singular que, hacía unos días, Edengren había dispensado a su propia hija. Así, el inspector se preguntaba qué clase de hombre sería aquel con el que iba a entrevistarse en breve. Por una vez en la vida, resultó que la realidad coincidía con la imagen que él se había forjado del individuo. Axel Edengren era de elevada estatura y de complexión fuerte. De hecho, era uno de los hombres más corpulentos que Wallander hubiese visto nunca. Llevaba el pelo crespo muy corto y tenía una mirada intensa. Se detectaba algo que repelía y, al mismo tiempo, apabullaba en su persona. Hasta su apretón de manos movía al rechazo. Wallander tenía pensado conducirlo a su despacho y, mientras atravesaban el pasillo, al inspector no lo abandonó la sensación de llevar pegado a sus talones a un tremendo búfalo, dispuesto a propinarle una cornada cuando menos lo esperase. Ya en el despacho, Wallander lo invitó a tomar asiento, cosa que él hizo dejándose caer pesadamente sobre la silla, que se resintió con un crujido. El hombre, que no pareció advertirlo, comenzó a hablar antes de que Wallander hubiese tenido tiempo de sentarse ante el escritorio.

—Usted fue quien encontró el cadáver de mi hija. ¿Por qué viajó usted hasta Bärnsö?

—Puedes tutearme —aseguró Wallander.

La respuesta de Edengren resultó brusca por inesperada.

—Prefiero utilizar la fórmula «usted» para dirigirme a las personas que no conozco y con las que sólo me voy a ver una vez. ¿Qué hacía usted en Bärnsö?

Wallander intentaba decidir si debía enfadarse o no, pues el tono soberbio de aquel hombre lo irritaba sobremanera. Sin embargo, sintió que en esos momentos le faltaba la energía necesaria para ejercer su autoridad.

—Tenía motivos para creer que Isa se encontraba allí. Lo que resultó ser cierto.

—Bueno, me he informado de lo sucedido y debo decirle que, para mí, es un completo misterio el que usted pudiese permitir que aquello ocurriera.

—Yo no permití que ocurriera nada. No dudes de que habría actuado, de haber tenido la menor posibilidad. Como supongo que habrías hecho tú, no sólo en el caso de Isa, sino también en el de Jörgen.

Al oír el nombre de su hijo, Edengren dio un respingo y quedó como si se hubiera detenido en mitad de una carrera, circunstancia que Wallander aprovechó para conducir la conversación hacia el tema que le interesaba.

—Bien. No tenemos tiempo para hablar de lo pasado. Quisiera, eso sí, transmitirte mis condolencias por la muerte de Isa. Tuve la oportunidad de hablar con ella en varias ocasiones y me causó muy buena impresión.

Una vez más, Edengren hizo ademán de ir a hablar, pero Wallander se lo impidió.

—Te he llamado para preguntarle acerca de un amarre en el puerto deportivo de Ystad que está a nombre de Isa Edengren —prosiguió.

El hombre le lanzó una mirada llena de suspicacia.

—Eso no es verdad.

—Me temo que sí.

—Isa no tenía ningún barco.

—En ningún momento creí que así fuese. Pero ¿tú has tenido algún amarre en el puerto de la ciudad?

—Mis barcos están en un puerto deportivo de Östergötland.

Wallander no creyó tener motivo alguno para desconfiar de su palabra, de modo que continuó.

—Probablemente otra persona firmó el contrato falsificando la firma de tu hija.

—¿Y quién pudo hacer tal cosa?

—La persona que, según sospechamos, la mató.

Edengren clavó la mirada en el inspector.

—¿Quién es esa persona?

—Se llama ke Larstam.

Edengren no reaccionó; jamás había oído ese nombre.

—¿Lo han atrapado ya?

—Aún no.

—¿Y por qué no, si mató a mi hija?

—Todavía no hemos logrado dar con su pista. Por eso te hemos hecho venir, para que nos facilites la tarea.

—¿Quién es ese tipo?

—Como es lógico, y por diversos motivos, no puedo darte la información de que disponemos. Pero sí puedo decirte que, durante los últimos años, ha estado trabajando como cartero.

Edengren meneó la cabeza.

—Esto es una broma, ¿verdad? ¿Quiere decir que fue un cartero quien asesinó a Isa?

—Por desgracia, eso creemos.

Edengren estaba a punto de formular otra pregunta cuando Wallander lo detuvo, de nuevo dueño de sí mismo.

—¿Recuerdas si Isa tuvo algún contacto con el club náutico? ¿Sabes si solía practicar la vela o si tenía amigos que tuviesen barco?

La respuesta de Edengren lo sorprendió.

—No, Isa no. Aunque sí Jörgen. Él tenía un barco de vela, con amarre en la isla de Gryt. Navegaba en verano, en los alrededores de Bärnsö. Desde otoño y hasta la primavera lo dejaba aquí, en Ystad.

—Es decir, que él sí tenía un amarre en el puerto, ¿no es así?

—Exacto. Además, en invierno dejaba el barco en el amarre de la ciudad.

—Pero Isa no practicaba la vela, ¿no?

—No, aunque solía ir con su hermano. Había temporadas en que se llevaban bien.

Por primera vez, Wallander entrevió el dolor de aquel hombre que había perdido a sus dos hijos, y se dijo que, en realidad, la apariencia no revelaba nada; que aquel cuerpo albergaba un volcán de sentimientos a los que les estaba prohibido manifestarse.

—¿En qué año comenzó Jörgen a practicar la vela?

—Creo recordar que le regalamos el barco en 1992. Tenían un pequeño club, siempre estaban de fiesta, redactaban unos diarios de a bordo muy curiosos y enviaban mensajes en el interior de una botella. Jörgen solía actuar de secretario, así que tuve que enseñarle cómo se ordenaban los párrafos de un diario de a bordo.

—¿Conservas los documentos?

—Después de su muerte, los guardé en un cajón. Y allí siguen.

«Lo que necesito son nombres», se dijo Wallander. «Nombres, ante todo.»

—¿Recuerdas cómo se llamaban los amigos de Jörgen?

—Algunos, no todos.

—Pero lo más probable es que los nombres figuren en los diarios de a bordo, ¿no es cierto?

—Supongo.

—En ese caso, iremos a buscarlos —resolvió Wallander—. Pueden ser de gran importancia.

Pronunció estas palabras con tal convencimiento que, de haber tenido alguna objeción, a Edengren ni se le habría ocurrido mencionarla. Wallander se ofreció a enviar a Skårby un coche patrulla, pero Edengren se negó y aseguró que iría a buscarlos él mismo.

Ya en el umbral de la puerta, se volvió.

—No sé cómo voy a sobrellevar esto —confesó—. Cuando uno ha perdido a sus dos hijos, ¿qué puede quedarle en la vida?

El hombre se marchó sin aguardar una respuesta. Pero tampoco Wallander habría tenido ninguna con que consolarlo. Se levantó dispuesto a regresar a la sala de reuniones. Ebba no estaba allí, de modo que se dirigió a la recepción, que halló vacía. Preguntó por ella, pero nadie la había visto volver, de modo que fue a su despacho y marcó su propio número de teléfono. Tras aguardar ocho señales, colgó, convencido de que la recepcionista habría abandonado ya el apartamento.

Transcurridos cuarenta minutos, Edengren apareció de nuevo con un sobre marrón que dejó ante Wallander, encima de la mesa.

—Esto es todo. Debe de haber once diarios en total. La verdad, no se lo tomaban muy en serio.

Wallander hojeó los documentos, que estaban escritos a máquina y con bastantes errores de mecanografía. Encontró siete nombres, pero ninguno le resultaba familiar y, por lo que recordaba, no habían aparecido en el curso de la investigación. «Vaya, otra pista infructuosa», se lamentó. «Pero yo continúo convencido de que ke Larstam tiene que haber dejado alguna pista que, de forma paulatina, nos ayude a comprender la pauta que sigue. El caso es que apenas deja rastro»

Pese a todo, fue a la sala de reuniones, le dejó los diarios de a bordo a Martinson, no sin antes explicarle de qué se trataba, y le pidió que investigase los nombres. Aún no había abandonado la sala cuando Martinson le llamó, de modo que Wallander regresó junto a la mesa. El colega le señaló uno de los nombres: «Stefan Berg».

—¿No había un cartero que se llamaba Berg? Creo que era uno de los que figuraban en aquel folleto de Correos tan completo.

Así era, pero Wallander lo había olvidado.

—Voy a llamarlo ahora mismo —declaró Martinson.

Wallander dejó a Martinson con el teléfono y fue al encuentro de Edengren, pero, al llegar a la puerta, se detuvo a considerar si, en realidad, tenía alguna otra pregunta que hacerle, para acabar concluyendo que no era así. Cuando entró en el despacho, comprobó que Edengren estaba de pie junto a la ventana. Al oír entrar a Wallander, se dio la vuelta. Ante su sorpresa, el inspector observó que tenía los ojos enrojecidos.

—Puedes marcharte a casa. No creo que necesitemos retenerte por más tiempo —anunció Wallander.

—¿Atraparéis al hombre que asesinó a Isa?

—Sin duda. Lo atraparemos.

—¿Por qué lo hizo?

—No lo sé.

Edengren le tendió la mano y Wallander lo acompañó hasta la salida. Ebba aún no había regresado.

—Nos quedaremos en Suecia hasta el entierro —comentó—. Después, quién sabe, tal vez nos marchemos del país para siempre. Es posible que venda la finca de Skårby. Por otro lado, tampoco resulta llevadera la idea de regresar a Bärnsö.

Edengren se marchó sin esperar réplica alguna por parte de Wallander, que permaneció observándolo hasta que desapareció.

De nuevo en la sala de reuniones, halló a Martinson al teléfono, enfrascado en la conversación con el cartero llamado Berg. Wallander se colocó junto a él para escuchar. Al cabo de unos minutos, se sintió tan desesperado que volvió a salir al pasillo. «Estamos esperando», se dijo. «Llevamos una actividad febril, hacemos llamadas telefónicas, hojeamos los archivadores, mantenemos conversaciones entrecortadas, extraemos conclusiones… Pero, en realidad, lo único que hacemos es esperar. ke Larstam nos lleva, al menos por ahora, una ventaja que no somos capaces de salvar.»

Oyó que Martinson concluía la conversación y entró de nuevo en la sala.

—Es correcto —anunció—. Stefan Berg es su hijo, que ahora está cursando estudios en una universidad de Kentucky.

—¿Adónde nos conduce esa pista?

—A mi entender, a ninguna parte. Berg se mostró muy colaborador y me contó que el chico solía ir a verle a la central de Correos y que siempre hablaba de sí mismo y de su familia. Lo escuchasen o no. ke Larstam pudo oír muchas historias del hijo y del club náutico.

Wallander se acomodó en su lugar habitual.

—Ya, pero ¿a qué nos conduce todo eso? ¿Tenemos algo con lo que desarrollar una idea que nos permita avanzar?

—Pues, la verdad, no lo parece.

Presa de un repentino arrebato, Wallander barrió de un manotazo todos los documentos que había esparcidos por la mesa.

—¡No conseguimos aproximarnos a él! — gritó—. ¿Dónde demonios se esconde? ¿Y quién es la novena víctima?

Todos los compañeros que se hallaban en la sala lo miraron expectantes, pero Wallander alzó los brazos en señal de disculpa. Salió de allí y se puso a recorrer el pasillo de un extremo a otro, por enésima vez aquel día. Fue a la recepción y comprobó que Ebba seguía ausente. «No habrá encontrado en el armario ninguna camisa lo suficientemente limpia», concluyó. «Seguro que ha ido a comprar una nueva.»

Habían dado ya las tres y siete minutos, y quedaban menos de nueve horas de aquel miércoles en el que ke Larstam les había anunciado que atacaría de nuevo.

Así las cosas, Wallander tomó una determinación. La sala de reuniones se había convertido en un cuartel general provisional. Pero ahora quería reducir aún más el núcleo del grupo de investigación. Se colocó, pues, en el umbral de la puerta y aguardó hasta captar la mirada de Ann-Britt Höglund.

—Tráete a Martinson y venid a mi despacho —ordenó—. Nos sentaremos allí a charlar un rato.

Cuando aparecieron, observó que Martinson había tomado la precaución de llevarse una silla.

—Veamos. Revisemos de nuevo la situación —comenzó Wallander—. Sólo nosotros tres. Las cuestiones siguen siendo dos: dónde se encuentra y quién será su novena víctima. Si ha decidido atacar a las doce menos un minuto, nos quedan menos de nueve horas. Sin embargo, es una suposición absurda, claro está, de modo que hemos de partir de la base de que contamos con mucho menos tiempo. Tampoco podemos ignorar el hecho de que, a buen seguro, ya es demasiado tarde; que somos los únicos que aún no hemos sido informados de lo sucedido.

Mientras hablaba, vio que tanto Martinson como Ann-Britt Höglund habían considerado ya aquella posibilidad, y que, pese a todo, parecía que hasta aquel momento no habían comprendido lo que eso comportaba.

—¿Dónde está Larstam? — repitió Wallander—. ¿Cómo razona? Estuvo en el apartamento de Svedberg, de modo que debió de pensar que jamás se nos ocurriría buscarlo allí. Sin embargo, así lo hicimos. Después encontramos su barco, pero no podemos estar seguros de que haya pensado usarlo como refugio. Tal vez considere que esa nave ya está «quemada». ¿Qué habrá pensado hacer entonces?

—Yo creo que está midiendo sus fuerzas con las nuestras —apuntó Martinson—. Si ha decidido seguir actuando como hasta ahora, habrá elegido una víctima y una situación que le garanticen que todo ocurrirá de forma rápida y que la víctima nunca llegará a representar una amenaza, ni siquiera un obstáculo. Es decir, que, en estos momentos, nos está echando un pulso a nosotros. Sabe que vamos tras él y que hemos desvelado el secreto de su identidad femenina.

—Bien —aprobó Wallander—. Ésa es una visión clara y probable. La cuestión sigue siendo, pues, cómo razona.

—Yo creo que él se pregunta cómo razonamos nosotros —intervino Ann-Britt Höglund.

Wallander sentía el apoyo de sus dos colaboradores más próximos.

—De acuerdo. Tú serás Larstam —propuso—. ¿Cómo piensa continuar?

—Pues piensa llevar a término su plan y está seguro de que ignoramos la identidad de la novena víctima.

—¿Cómo puede estar tan seguro de ello?

—Pues porque, de no ser así, habríamos enviado protección a la persona en cuestión. Y, como es natural, ya habrá comprobado que no lo hemos hecho.

—Bien, pero eso puede conducirnos a otra conclusión —señaló Martinson—. En ese caso, puede dedicar todo su tiempo a elegir el mejor escondite, pues no tiene que preocuparse lo más mínimo por la víctima.

—Así cree él que razonamos nosotros —redondeó Ann-Britt Höglund—. Y eso es precisamente lo que estamos haciendo.

—O sea, que debemos cambiar nuestro modo de razonar —resolvió Wallander—. Un paso más hacia el abismo de lo desconocido.

—Habrá decidido ocultarse en el último lugar en que a nosotros se nos ocurriría buscarlo.

—Pues, en ese caso, debería haber elegido el sótano de la comisaría —bromeó Martinson.

Pero Wallander hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, o, al menos, algún lugar que represente la comisaría de forma simbólica. Pero entonces la pregunta es cuál será ese lugar.

Los tres meditaron en busca de una respuesta, pero sin éxito.

—¿Creerá que conocemos su aspecto masculino?

—No lo sé, pero no puede arriesgarse a que lo hagamos.

A Wallander se le ocurrió una idea y se dirigió a Martinson para preguntarle:

—¿Caíste en la cuenta de pedirle una fotografía a su hermana, la que vive cerca de Ludvika?

—Sí, claro que se la pedí. Pero me dijo que la única que tenía era una de Larstam a los catorce años, que, además, no había salido muy bien.

—¡Vaya! Pues eso tampoco nos será de gran ayuda.

—Yo me puse en contacto con todas las instituciones y organismos nacionales donde se supone que ha de haber fotografías, pero este sujeto no parece tener carné de conducir ni de identidad, ni pasaporte ni ningún otro documento de identificación personal.

—Seguro que lo tiene —rechazó Wallander—. Si hubiéramos sabido qué apellido adoptó para Louise…, entonces habrías encontrado fotografías a manos llenas.

—Pero ¿no crees que tiene que haber conducido el coche sin la peluca? Debía de contar con la eventualidad de que la policía le diese el alto cuando no iba disfrazado. En tales casos, ¿qué carné mostraba?

De repente, a Wallander le vino a la mente algo que había sucedido hacia ya varios años, algo que relacionaba a Svedberg con ke Larstam.

—¡Ya lo tengo! — exclamó—. Fue algo que ocurrió antes de la llegada de Ann-Britt. Tú deberías recordarlo, Martinson. Aquella ocasión en que desaparecieron de secretaría unas plantillas de pasaporte. Se las habían llevado de una caja fuerte. La investigación interna que se llevó a cabo no condujo a nada, pero sí quedó claro que las había sustraído alguno de los que trabajábamos aquí.

—¡Sí, ya me acuerdo! Se creó un ambiente bastante desagradable. Nos mirábamos con suspicacia los unos a los otros.

—Pues yo recuerdo otro detalle —señaló Wallander—. En una ocasión, Rydberg me aseguró que él creía que había sido Svedberg quien había robado las plantillas. Sin embargo, nunca me explicó por qué estaba tan convencido.

—¿Quieres decir que lo hizo para conseguirle a Louise un documento de identidad?

—Exacto. O a ke Larstam. O a ambos, ¿quién sabe?

Durante un instante, rememoraron aquel incidente ocurrido hacía tantos años.

Wallander volvió, titubeante, a la pista inicial.

—En fin, la cuestión es, no lo olvidemos, dónde se esconde. Eso es lo que queremos averiguar. ¿Dónde se encuentra ke Larstam en este preciso momento?

Nadie conocía la respuesta, pues no tenían ningún dato seguro al que aferrarse. Tan sólo suposiciones que se orientaban en direcciones irreconciliables.

Wallander sintió que el pánico se adueñaba de él: el tiempo, implacable, se les escapaba de las manos.

—Bien, probemos a pensar en la persona a la que persigue —propuso Wallander—. ¿Quién puede ser? Hasta la fecha, ha asesinado a seis jóvenes, a un fotógrafo algo mayor y a un policía en edad madura. A los dos últimos podemos excluirlos, con lo que nos quedan los seis jóvenes, a los que mató en dos momentos distintos, en dos tandas.

—Más bien en tres —objetó Ann-Britt Höglund—. Recuerda que a Isa Edengren la mató aparte. Y, además, en una isla en medio del mar.

—Cierto, lo que hemos de interpretar como clara indicación de que remata lo que se propone —precisó Wallander—. Cumplirá a toda costa lo que ha decidido llevar a cabo. Así pues, la cuestión es si existe alguna acción inacabada entre las que ya ha emprendido o si, por el contrario, piensa acometer una nueva.

Antes de que ninguno de los colegas pudiese responder, llamaron a la puerta. Era Ebba, que apareció con una camisa colgada de una percha.

—Siento haber tardado tanto, pero me costó mucho trabajo abrir la cerradura —se disculpó la mujer.

Wallander sabía que su cerradura estaba en perfecto estado, de modo que pensó que Ebba habría comenzado probando con la llave equivocada. Tomó la camisa y le dio las gracias antes de ausentarse para ir a los servicios y cambiarse.

—Cuando a uno van a ejecutarlo, lo menos que puede hacer es llevar una camisa limpia —bromeó una vez hubo regresado, al tiempo que guardaba la prenda sucia en uno de los cajones del escritorio.

—Ninguna de sus intervenciones puede considerarse incompleta —prosiguió Martinson—. Estamos seguros de que, salvo Isa Edengren, nadie faltó a la fiesta del parque natural. Y, obviamente, unos recién casados no pueden ser más que dos.

—Es decir, que comienza una nueva empresa —concluyó Wallander—. Lo cual representa para nosotros la peor de las alternativas imaginables, pues significa que no tenemos ninguna línea que seguir, nada en absoluto.

Un pesado silencio planeó sobre el despacho. A juicio de Wallander, no quedaba más que una propuesta que hacer: tenían dos posibilidades de elección imposibles, y debían decantarse por la que resultara menos imposible.

—Jamás adivinaremos dónde se esconde, de modo que nuestra única posibilidad es deducir cuál es la víctima. Antes de que ataque. A partir de ahora nos concentraremos exclusivamente en esto. Si estáis de acuerdo, claro.

Wallander sabía que era una determinación muy desagradable, y, en el fondo, inviable.

—¿Crees que servirá de algo? — inquirió Ann-Britt Höglund—. No daremos ni con él ni con la víctima, hagamos lo que hagamos.

—Puede ser, pero tampoco podemos abandonar —advirtió Wallander.

Comenzaron, pues, desde el principio, por enésima vez. Eran ya más de las cuatro de la tarde. A Wallander le dolía el estómago, de hambre y de angustia. Se sentía tan cansado que había empezado a considerar el agotamiento como un estado natural. Por otro lado, sospechaba que los demás experimentaban la misma sensación de desesperado cansancio.

—A ver, palabras clave —sugirió de pronto—. Personas alegres. Personas felices. ¿Qué más?

—Gente joven —apuntó Martinson.

—Disfrazadas —añadió Ann-Britt Höglund.

—Pero en lo demás no se repite —concluyó Wallander—. No podemos estar seguros de ello, pero es bastante probable. Se trata pues de encontrar hoy mismo a personas jóvenes, alegres y disfrazadas, pero que no vayan a casarse y que tampoco tengan la intención de celebrar una fiesta en un parque natural.

—¿Alguna fiesta de disfraces? — apuntó Martinson.

—¿Y el periódico? — gritó Wallander—. ¿Qué espectáculos tienen lugar hoy en Ystad?

Apenas había terminado de formular la pregunta cuando Martinson ya había desaparecido en busca del diario.

—¿No te parece que deberíamos ir con los demás? — preguntó Ann-Britt Höglund.

—No, aún no. Enseguida, pero aún no. Espera a que hayamos dado un paso más, a que tengamos algo que poner sobre la mesa, aunque después resulte ser otra pista falsa.

Martinson entró como una tromba blandiendo un ejemplar del diario Ystads Allehanda. Lo extendieron sobre el escritorio y se inclinaron sobre él. Wallander centró su atención de inmediato en un pase de modelos que se celebraría en Skurup.

—En realidad, puede considerarse que las modelos llevan una especie de disfraz —comentó Wallander—. Además, se supone que deben estar de buen humor cuando muestran los trajes.

—Pues sí, pero eso no será hasta el próximo miércoles —observó Ann-Britt Höglund—. Te has equivocado de día.

Continuaron hojeando el periódico hasta descubrir, todos al mismo tiempo, el anuncio de que, aquella noche, la asociación local «Amigos de Ystad» celebraría una reunión en el hotel Continental, a la que se pedía que los miembros acudiesen ataviados con trajes del siglo XIX.

Wallander dudaba, si bien no era capaz de explicar por qué. En cambio, Martinson y Ann-Britt no compartían sus reservas.

—Seguro que se fijó la fecha hace ya mucho tiempo —los animó Martinson—. Así que habrá tenido el tiempo suficiente para los preparativos.

—No sé. Los miembros de este tipo de asociaciones no suelen ser especialmente jóvenes —opuso Wallander.

—Bueno, suele haber de todo —opinó Ann-Britt Höglund—. Al menos, eso creo.

Pese a que tenía sus reservas, Wallander comprendió que no perdían nada si lo intentaban. La cena de la asociación daría comienzo a las siete y media, de modo que disponían aún de algunas horas.

Para mayor seguridad, revisaron el diario de nuevo, pero no hallaron nada más que encajara con lo que buscaban.

—Tú decides —dijo Martinson—. ¿Nos metemos en esto o no?

—No, no soy yo quien decide, sino nosotros —corrigió Wallander—. Y, tal y como vosotros decís, ¿qué otra posibilidad nos queda?

Regresaron, pues, a la sala de reuniones mientras uno de ellos iba en busca de Thurnberg. Wallander expresó su deseo de que también Lisa Holgersson estuviese presente. Mientras aguardaban, Martinson intentó localizar a alguno de los responsables de la organización del evento que había de celebrarse aquella noche.

—En el hotel deben de saber quién formalizó la reserva del local —observó Wallander—. Lo mejor será que llames allí.

Wallander se encontraba junto a Martinson, y notó que éste empezaba a levantar la voz por teléfono, por lo que concluyó que estaba más excitado de lo normal a causa del cansancio y la tensión.

Cuando Thurnberg y Lisa Holgersson entraron en la sala, Wallander cerró la puerta con gesto grave. Explicó, acto seguido, que habían llegado a la conclusión de que era muy posible que ke Larstam atacase aquella noche en la fiesta que tendría lugar en el hotel Continental, unas horas más tarde. Asimismo, el inspector subrayó en todo momento que aquella sospecha no era muy consistente y que, en definitiva, podía tratarse de una nueva pista falsa. Sin embargo, confesó que no tenían ninguna otra línea por la que guiarse y que la alternativa no era sino sentarse a esperar. Contaba con posibles objeciones o simplemente con la oposición de todos, en especial de Thurnberg. Pero, ante su sorpresa, el fiscal les dio su aprobación precisamente con el mismo argumento que él había aducido: no tenían ninguna otra alternativa.

—Sólo nos cabe confiar en que nuestra interpretación de la nota hallada en su apartamento haya sido errónea —manifestó Thurnberg—. Lo que más necesitamos en este momento es tiempo para difundir su fotografía en los medios de comunicación y para profundizar cuanto podamos en el tenebroso abismo de este individuo.

—Hacia las doce de la noche lo sabremos —sentenció Wallander—. No es de los que suelen desistir de sus planes.

Dicho esto, se pusieron manos a la obra. Eran ya las cinco y cuarto y tenían poco más de dos horas para organizarse e impedir que nada sucediese. Wallander se llevaría a Martinson al hotel Continental mientras Ann-Britt Höglund operaba desde la comisaría. Desde el mismo instante en que tomaron la determinación, decidieron que pedirían personal de refuerzo a los distritos circundantes. Wallander insistió en la necesidad de que los efectivos fuesen bien protegidos, pues no cabía la menor duda de que ke Larstam era un hombre peligroso. Una vez ultimados todos los detalles, partieron hacia el hotel.

—Creo que, salvo en las prácticas de tiro, nunca he llevado antes un chaleco antibalas —comentó Wallander.

—Si utiliza las mismas armas que hasta ahora, el chaleco será útil —observó Martinson—. El único problema es que apunte a la cabeza.

Wallander comprendió que Martinson tenía razón, de modo que llamó desde el coche a la comisaría para advertir de que era tan importante llevar casco como chaleco antibalas.

Al llegar, aparcaron ante la entrada principal del hotel.

—El gerente se llama Orlovsky —advirtió Martinson.

—Ya lo conozco —afirmó Wallander.

Orlovsky, un hombre bastante alto y de complexión atlética que rondaba la cincuentena, los aguardaba en la recepción. Wallander tenía pensado decirle la verdad, sin ambages, de modo que fueron al comedor, donde reinaba una actividad febril motivada por los preparativos para la celebración de aquella noche.

—Tenemos que ahorrar tiempo —aseguró Wallander—. De modo que sería muy útil que alguien que conozca bien todos los rincones del edificio vaya a mostrárselos a Martinson.

Orlovsky llamó a uno de los camareros que, en esos instantes, disponía las mesas.

—Este hombre lleva aquí veinte años —afirmó.

El camarero, que se llamaba Emilsson, pareció muy sorprendido al oír lo que se esperaba que hiciese. Sin embargo, no hizo ninguna pregunta, sino que, simplemente, desapareció en compañía de Martinson.

Wallander le explicó al gerente lo suficiente como para que éste se hiciese cargo de la gravedad de la situación.

—¿Y no deberíamos suspender la celebración? — inquirió preocupado una vez que Wallander hubo concluido.

—Bueno, es una posibilidad, pero no adoptaremos esa medida a menos que consideremos que no podemos ofrecer la suficiente protección a los asistentes y al personal. Aún no hemos llegado a ese extremo.

Wallander quería ver cómo iban a disponer a los huéspedes en torno a la mesa, por lo que solicitó la lista de distribución con los nombres de los invitados, que, en total, eran treinta y cuatro. El inspector deambulaba por el comedor al tiempo que intentaba figurarse qué precauciones podía adoptar ke Larstam. «No desea que lo atrapemos, claro está», se dijo Wallander. «Pero habrá de irrumpir desde algún lugar. Y contará, sin duda, con alguna vía de escape prevista. No creo que tenga intención de asesinar a los treinta y cuatro, pero habrá pensado en un modo de acercarse.»

Enseguida se le ocurrió una idea.

—¿Cuántos camareros hay aquí esta noche? — preguntó.

—Pues serán seis en total.

—¿Los conoces a todos, o hay alguno nuevo para esta noche?

—Sí, tenemos uno extra.

—¿Quién es? ¿Cómo se llama?

Orlovsky señaló con un gesto.

—Se llama Leijde y suele incorporarse para celebraciones de muchos invitados. Es aquél, el que está al otro lado de la mesa.

Wallander miró hacia donde le indicaba y vislumbró a un hombre pequeño y corpulento, de unos sesenta y cinco años de edad, que colocaba las copas tras examinarlas una a una.

—¿Quieres que lo llame?

Wallander meneó la cabeza.

—¿Qué me dices del personal de la cocina, del guardarropa y el bar?

—Son los de siempre.

—¿Hay algún huésped en el hotel?

—Sí, dos familias de turistas alemanes.

—Entonces, no habrá nadie más esta noche, ¿cierto?

—No, el comedor está reservado, aunque podríamos haber atendido a otros comensales además de a los miembros de la asociación. Aparte de los ya mencionados, queda el recepcionista.

—¿Sigue siendo Hallaren? — quiso saber Wallander—. A él sí que lo conozco.

Orlovsky le confirmó que así era cuando Martinson y el camarero se acercaron procedentes de la cocina. Emilsson siguió preparando la mesa mientras Wallander se preguntaba fugazmente si no sería conveniente que también el personal de servicio llevase cascos y chalecos antibalas. Sin embargo, aquello pondría sobre aviso a Larstam de inmediato. De repente, le sobrevino la sensación de que el asesino merodeaba por allí, de que estaba vigilando el hotel.

Era consciente de que aquél era el aspecto más complejo de la situación en que se hallaba: si disponían un buen equipo de policías armados en torno al hotel, Larstam no se presentaría y podrían impedir el crimen de aquella noche, pero, como contrapartida, no lograrían atraparlo. Así, aquella caza imposible proseguiría sin remedio. Wallander quería, si resultaba necesario, que Larstam entrase en el comedor. Quería atraparlo. Pero, ciertamente, antes de que hubiese conseguido disparar su arma.

Con la ayuda de Orlovsky, Martinson dibujó un boceto de las puertas de acceso al comedor, a los servicios y a la cocina. En la mente del inspector ya había empezado a tomar forma un modo de proceder.

El tiempo apremiaba. Wallander y Martinson regresaron a la comisaría, donde les comunicaron que los refuerzos estaban en camino. Ann-Britt Höglund y Lisa Holgersson habían actuado con la mayor celeridad.

Ellos les mostraron el boceto de Martinson.

—Es muy sencillo —explicó Wallander—. Dado que ke Larstam podría entrar en el hotel en cualquier momento, debemos rodear el edificio, pero procurando que el despliegue policial quede tan disimulado como sea posible. Sé que no será fácil, pero tenemos que intentarlo. De otro modo, corremos el riesgo de ahuyentarlo.

Miró a su alrededor, pero nadie tenía comentario alguno que hacer, de modo que prosiguió con su exposición.

—Por si, a pesar de todo, lograse superar la barrera exterior, tendremos vigilancia dispuesta también en el interior del comedor. Propongo que Martinson y Ann-Britt se disfracen de camareros y simulen ayudar en las tareas de servicio.

—¿Con chaleco antibalas y casco también? — quiso saber Martinson.

—Si consigue ganar el comedor, hemos de atraparlo de inmediato, de ahí que debamos bloquear todos los accesos, salvo el que conduce directamente a recepción. Yo iré de aquí para allá, pues soy el único que puede identificarlo.

Dicho esto, guardó silencio.

—Y, si aparece, ¿qué hacemos?

—A mí se me informará, desde los puestos de vigilancia exterior, de todo sospechoso que se disponga a entrar en el hotel. No se tarda mucho en recorrer el interior del edificio. Si es él, lo atraparemos. Y, si intenta huir, tendremos que disparar.

—¿Qué ocurrirá si, pese a todo, consigue entrar?

—Iréis armados —les recordó Wallander—. Así que, en ese caso, tendréis que utilizar vuestras armas.

Wallander no cesaba de animarlos, si bien sabía que cada vez disponían de menos tiempo. Ya habían empezado a llegar los refuerzos procedentes de otros distritos. Eran las seis de la tarde y unos minutos.

Antes de dar por finalizada la reunión, Wallander manifestó su deseo de añadir otro comentario.

—No debemos excluir la posibilidad de que vuelva a disfrazarse de mujer. Quizá no de Louise, sino de otra. Y tampoco podemos estar totalmente seguros de que vaya a presentarse.

—Y entonces, ¿qué hacemos?

—En tal caso, nos iremos a dormir hasta mañana por la mañana. De hecho, eso es lo que más necesitamos todos.

Poco después de las siete, cada uno se hallaba en su puesto. Martinson y Ann-Britt Höglund estaban ya vestidos de camareros y Wallander, que llevaba la pistola en el bolsillo, aguardaba en una habitación situada detrás de recepción, con un equipo de radio que le permitiría mantener el contacto con los ocho puestos de vigilancia apostados en el exterior del edificio, además del instalado en la cocina. Los invitados habían empezado a llegar y el inspector comprobó que Ann-Britt tenía razón, pues algunos de ellos eran jóvenes. Tanto como Isa Edengren. Todos iban disfrazados y se respiraba un ambiente muy animado. Poco a poco, las risas fueron llenando la recepción y el comedor. Wallander pensó en el odio que sentiría ke Larstam al presenciar tanta alegría.

Wallander esperaba. Dieron las ocho sin novedad. Mantenía el contacto constante con los puestos externos: ningún incidente sospechoso. A las ocho y veintitrés minutos llegó una llamada de Supgränd, situado al sur del hotel. Un sujeto se había detenido a mirar hacia el hotel desde la acera. Wallander salió al punto, pero, antes de que llegara a la calle, el hombre había desaparecido. A la luz de una farola, uno de los agentes pudo identificarlo como el propietario de una de las zapaterías de Ystad. Wallander regresó, pues, a recepción. Desde el comedor llegaban las notas de antiguas tonadas para acompañar la bebida, que cesaron para dar paso al breve discurso de uno de los asistentes a la cena. Y nada sucedía. Martinson apareció en la puerta del comedor y Wallander percibió que la tensión lo mantenía alerta. Sonaron las diez. Los comensales habían dado ya cuenta del postre. Nuevas tonadas y nuevos discursos. Dieron las once menos veinte. La fiesta tocaba a su fin sin que Larstam se hubiese dejado ver. «Nos equivocamos», se lamentó Wallander abatido. «O no era éste su objetivo, o se dio cuenta de que el hotel estaba vigilado.»

Experimentó una mezcla de alivio y decepción. La novena víctima, quienquiera que fuese, seguía con vida. Al día siguiente comprobarían la identidad de cuantos habían asistido a la cena, para intentar determinar quién habría podido ser el elegido. Pero aún no habían capturado a Larstam.

Hacia las once y media, la calle que se extendía ante el hotel estaba desierta. Los invitados se habían marchado y los policías se hallaban de nuevo reunidos en la comisaría. Wallander acababa de asegurar se de que el puerto deportivo siguiese vigilado toda la noche, al igual que el apartamento de la calle Harmonigatan. Después se marchó en compañía de Martinson y de Ann-Britt Höglund. A ninguno de ellos le quedaba fuerzas para hacer balance de lo sucedido durante la noche, de modo que lo aplazaron todo hasta las ocho de la mañana siguiente. Thurnberg y Lisa Holgersson no discreparon. No era momento de reuniones. Larstam no se había presentado. Al día siguiente ya tratarían de dilucidar por qué.

—Después de todo, nos ha dado un margen de tiempo —se consoló Thurnberg—. A falta de otro resultado, quizá la intervención de esta noche nos haya servido al menos para eso.

Wallander entró en su despacho para guardar bajo llave la pistola, en uno de los cajones de su escritorio.

Después se sentó al volante y se dirigió a la calle Mariagatan. Faltaban cuatro minutos para la medianoche cuando comenzó a subir los escalones que llevaban a su apartamento.

36

Wallander introdujo la llave en la cerradura y la giró.

Desde algún lugar indeterminado de su conciencia, lo asaltó el recuerdo de algo que había dicho Ebba. Algo así como que la llave se había encasquillado en la cerradura. Pero Wallander sabía muy bien que esto sólo ocurría si había otra llave puesta por dentro, cosa que sólo sucedía cuando se encontraba alguien en el apartamento. Así, Linda solía dejar la llave puesta en la cerradura de modo que, cuando él llegaba a casa y, al intentar abrir, la puerta se le resistía, adivinaba que su hija estaba dentro.

Tiempo después, y en numerosas ocasiones, recordaría que su lenta reacción de aquella noche no pudo deberse sino al extremo estado de agotamiento que lo doblegaba. Abrió, pues, la puerta mientras pensaba en las palabras de Ebba. Pero la cerradura ya no se resistía. Y tomó conciencia de lo que aquello significaba al mismo tiempo que se abría la puerta, instante en que, más que divisar con claridad, adivinó la figura cuya silueta se perfilaba al fondo del vestíbulo. Se arrojó hacia un lado ya con la sensación de haber sufrido un ardiente arañazo en la mejilla derecha. Echó después a correr escaleras abajo, temiendo que cada instante pudiese ser el último de su vida. ke Larstam estaba en su apartamento, adonde había acudido para matarlo. No ocurriría entonces como con Hanson y el colega de Malmö, o como con Ebba, pese a que Larstam ya estaba en el apartamento cuando ella llegó para recoger una camisa limpia. En efecto, era él, Wallander, el elegido para convertirse en la novena víctima. Él era a quien Larstam tenía intención de asesinar. Bajó, pues, las escaleras, en atropellada carrera, dio un empujón a la puerta del edificio y echó a correr calle arriba. No se detuvo hasta llegar a la esquina. Se dio la vuelta, pero no halló a nadie. La calle estaba desierta. Un hilo de sangre le corría por la mejilla, que le escocía intensamente. Sentía cómo le retumbaba la cabeza mientras echaba mano al bolsillo en busca de su arma. De pronto recordó que la había dejado en el cajón del escritorio. Entretanto, no quitaba la vista del portal; Larstam podía aparecer en cualquier momento, y Wallander permaneció allí, en la esquina de la calle, consciente de que la huida sería la única opción viable si su perseguidor se presentaba de pronto. Sin embargo, también sabía que eso era precisamente lo último que debía hacer ahora que habían descubierto su escondite. Por otro lado, el edificio carecía de escalera posterior, de modo que la única vía de escape para Larstam era, justamente, el portal. Wallander rebuscó con su mano ensangrentada en los bolsillos, pero no halló el teléfono móvil. ¿Lo habría dejado en el coche? Segundos después recordó que, cuando guardó la pistola en el cajón, puso el teléfono móvil sobre el escritorio. Y allí se quedó. Para sus adentros, lanzó un grito estrepitoso y un juramento. En efecto, no tenía ni arma ni teléfono, de modo que no podía ponerse en contacto con nadie para pedir ayuda. Angustiado, se esforzaba por dar con una salida a su situación, aunque, como bien sabía, no existía ninguna. Nunca supo cuánto tiempo permaneció en aquella esquina, con el cuello del chaquetón alzado y apretado contra la mejilla ensangrentada. De vez en cuando lanzaba una mirada hacia la oscuridad de las ventanas. «Allí arriba está Larstam», se decía. «Él está viéndome, pero ignora que ni tengo teléfono ni voy armado. Sin embargo, si no llega ningún coche patrulla, comprenderá la situación. Entonces saldrá a buscarme.»

Levantó la vista hacia el cielo y comprobó que, si bien había luna llena, ésta quedaba prácticamente oculta tras un banco de nubes que, a lo largo de la tarde, habían acabado por cubrir casi por completo el cielo de Escania. Seguía haciendo una temperatura agradable, pero había empezado a soplar el viento. «¿Qué hacer?», se preguntaba angustiado. «¿Y qué planea hacer Larstam?»

Miró el reloj. Pasaban siete minutos de la medianoche del jueves 22 de agosto. Pero ya no era ningún consuelo el que fuesen más de las doce de la noche. Larstam lo tenía atrapado. ¿Era posible que hubiese sospechado que Wallander y sus colegas mantendrían vigilada la fiesta del hotel?

El inspector intentaba asimismo hallar una explicación al modo en que Larstam habría podido acceder a su apartamento. Pero no tuvo que meditar mucho tiempo para comprender cómo se las había ingeniado, lo que, por otro lado, le proporcionó la clave para intuir, por primera vez, un modelo de actuación en la conducta del asesino. En efecto, Larstam aprovechaba cualquier circunstancia fortuita. El día anterior, mientras Svedberg recibía sepultura, todo el Cuerpo de Policía estuvo presente en la iglesia. Esa coincidencia le propició el que pudiese disponer de tiempo ilimitado para entrar en su apartamento, antes de hacerse con el juego de llaves que allí tenía guardado.

Un torbellino de ideas se agolpaba en la mente de Wallander. Le dolía la mejilla, y la sangre le bombeaba el miedo, difundiéndolo por todo su cuerpo. Con toda intención, evitaba enfrentarse a la cuestión más importante: la de por qué Larstam lo habría elegido precisamente a él. «He de resolver esto yo solo como sea», se conminó. El edificio que tenía a su espalda no albergaba más que oficinas. De otro modo, habría podido llamar a alguna ventana y despertar a alguien. Consideró también la posibilidad de ponerse a gritar, pues, en ese caso, algún vecino terminaría llamando a la policía. Pero servirse de aquel recurso entrañaba el riesgo de provocar una situación caótica, que no le brindaría la menor oportunidad de avisar a los colegas que acudiesen en el coche patrulla.

Y así, mientras estaba sumido en tan frenética reflexión, oyó el ruido. Era, sin duda, el chasquido de unos pasos en la distancia. Alguien se aproximaba a pie. Los pasos se acercaban. Vio a un hombre que doblaba la esquina. El individuo se dirigía hacia Wallander, que se desprendió de entre las sombras de forma tan repentina que el hombre se detuvo en seco, sobresaltado. Sacó las manos, que llevaba hundidas en los bolsillos, en ademán temeroso. Cuando vio que Wallander se le acercaba, dio un paso atrás.

—Soy policía —susurró Wallander—. Ha ocurrido un accidente y necesito tu ayuda.

El hombre, que rondaría la treintena, lo miró sin comprender.

—¿Acaso no oyes lo que te digo? Soy policía. Llama a la comisaría y diles que Larstam se encuentra en el apartamento de Wallander, en la calle Mariagatan. Pero que deben tener cuidado. ¿Me has entendido?

El hombre meneó la cabeza, antes de balbucir unas palabras en lo que Wallander reconoció una lengua extranjera, polaco. «¿Joder!», exclamó para sí. «¿Cómo no iba a toparme yo con un polaco errabundo en Ystad y en estas circunstancias?»

Intentó comunicarse con él en inglés, a lo que el hombre respondió con monosílabos. Empezó a perder la paciencia. Dio un paso hacia el hombre y le lanzó un rugido que provocó su huida.

Wallander se encontraba solo de nuevo. Larstam estaba allá arriba, tras las ventanas sin luz. Pronto comprendería por qué no acudía nadie, y Wallander no tendría otra salida que darse a la fuga.

Se esforzaba por pensar; estaba seguro de que había otra solución. Por fin, cayó en la cuenta de cuál era. Alzó una mano, como si le hiciese señas a alguien que se encontrase al otro lado de la calle, al tiempo que gritaba y señalaba hacia su apartamento. Torció la esquina hacia el lado desde el que Larstam no podía verlo por la ventana. «Es imposible que sepa que no hay nadie aquí», se dijo. «Y eso me dará unos minutos, aunque siempre existe el riesgo de que se marche, antes de que le resulte totalmente imposible escapar.»

En aquel momento sucedió algo en lo que no se había atrevido a confiar. En efecto, un coche giró en dirección a la calle Mariagatan. Sin dudarlo, Wallander se colocó en medio de la calzada y comenzó a agitar los brazos. El coche frenó en seco mientras Wallander echaba a correr hacia el vehículo. El conductor, a todas luces enfadado, había bajado la ventanilla, pero tan pronto como distinguió el rostro ensangrentado de Wallander, comenzó a subirla de nuevo. Wallander tuvo tiempo, no obstante, de introducir la mano antes de que la hubiese cerrado del todo y de abrir la puerta. El hombre, que parecía rondar los cincuenta, llevaba a una mujer en el asiento del acompañante. Una mujer mucho más joven que él, por cierto. El inspector sospechó enseguida que allí sucedía algo raro, pero en aquellos momentos no tenía tiempo para sopesar la situación. A decir verdad, sentía que no le quedaba en la vida más tiempo que el que le llevaría conseguir que Larstam fuera detenido y la investigación se cerrase.

—¡Soy policía! — rugió al tiempo que se las arreglaba para sacar su placa del bolsillo—. Se ha producido un accidente. ¿Lleváis teléfono en el coche?

—No.

«Pero ¿no lleva hoy en día todo el mundo un teléfono en el coche o en el bolsillo?», se preguntó desesperado.

—¿Qué ha ocurrido? — inquirió el hombre lleno de preocupación.

—Eso no importa. El caso es que podéis dar por requisado el coche. Irás directamente a la comisaría. Sabes dónde está, ¿no?

—Pues no, no soy de aquí.

—Yo sí lo sé —intervino la mujer.

—Bien, os vais a la comisaría —prosiguió Wallander—. Y dais aviso de que Larstam se encuentra en el apartamento de Wallander. ¿Lo recordaréis?

El hombre asintió.

—A ver, repítelo —ordenó Wallander.

—Larstam se encuentra en el apartamento de Wallgren —obedeció el hombre.

—¡Que no, joder! ¡¡Wallander!!

—Larstam se encuentra en el apartamento de Wallander.

—Eso es. Después les dices que Wallander necesita ayuda y que tengan cuidado.

En esta ocasión, el hombre repitió correctamente sus palabras.

—Pero ¿qué ha sucedido? — quiso saber la mujer.

—No puedo decíroslo. ¡Andando! — gritó el inspector.

El hombre asintió de nuevo y el coche se perdió de vista. Wallander se apresuró a regresar a la esquina del edificio y asomó la cabeza. ¿Cuánto tiempo había estado alejado de allí? Poco más de un minuto. Larstam debía de seguir en el apartamento. Wallander miró el reloj. El primer coche de policía tardaría, como máximo, diez minutos en aparecer. La cuestión era si Larstam pensaba esperar tanto.

El dolor le llegaba ya a la cabeza y necesitaba orinar. Se bajó la cremallera sin apartar la vista del portal. Habían pasado tres minutos. Si la mujer sabía realmente dónde estaba la comisaría, ya habrían llegado y, quienquiera que estuviese de guardia, comprendería que era urgente. Wallander comenzaba a abrigar alguna esperanza.

No obstante, transcurridos diecisiete minutos, seguía sin presentarse ningún coche. Wallander empezó a sospechar que no se habían dirigido a la comisaría, que lo habían engañado, de modo que se encontraba como al principio.

Seguía esforzándose por dar con una solución cuando, de pronto, oyó un ruido. En un primer momento, no pudo ni identificarlo ni localizar su procedencia. Prestó atención, pero el ruido había cesado. Por otro lado, había empezado a considerar la posibilidad de bloquear la puerta desde fuera. Larstam estaría alerta, sin duda. Si abría la puerta cuando Wallander estuviese en el rellano de la escalera, éste no tendría escapatoria: en esta ocasión, Larstam no fallaría.

Interrumpió sus reflexiones el ruido que, en la parte posterior del edificio en el que él vivía, hizo el motor de un coche al ponerse en marcha. Sin poder explicar cómo, supo enseguida que era Larstam. Comprendió que el ruido que había oído segundos antes era el provocado por unos pasos sobre el tejado. De modo que se le había pasado por alto aquella vía de escape. En efecto, en el apartamento de Wallander, a media altura, había una claraboya que Larstam debía de haber descubierto. Después, debía de haberse deslizado por el tejado, quién sabe cómo. Mientras razonaba de este modo, cruzó la calle a la carrera y llegó a la otra esquina a tiempo de ver cómo se alejaba un coche rojo. Aunque le resultaba imposible distinguir a la persona que se hallaba al volante, no le cabía la menor duda de que era Larstam. Sin pensárselo dos veces, corrió hasta su propio coche, lo puso en marcha y comenzó a perseguirlo hasta divisar las luces posteriores del coche de Larstam. «Si es que no lo sabe ya, no tardará en darse cuenta de que soy yo quien le va a la zaga», se dijo Wallander. «Pero es imposible que sepa que no voy armado.» Salieron, uno tras otro, a la carretera 19, en dirección a Kristianstad. Larstam conducía a gran velocidad y Wallander comprobó que el indicador de su depósito de gasolina estaba en el límite de la banda roja de la reserva. Intentaba imaginarse adónde se dirigiría Larstam, pues estaba convencido de que tenía un objetivo. De hecho, el que condujese tan aprisa no tenía por qué significar que se hubiese entregado a una fuga alocada e imprevista. Atravesaron Stora Herrestad, donde el tráfico era escaso y el inspector no vio circular más que dos coches. «¿Qué hago si se detiene y sale del coche pistola en mano?», se preguntó. Preparado para dar un frenazo en cualquier momento, mantenía la distancia con el otro coche. A aquellas alturas, Larstam debía de haber comprendido que era Wallander quien lo perseguía. De repente, el inspector notó que el coche al que seguía aumentaba la velocidad. Llegaron a un tramo de carretera lleno de curvas, donde Wallander perdió de vista el coche de Larstam. A la salida de cada una de las curvas, se preparaba por si Larstam se había detenido y lo aguardaba al borde de la carretera. Entretanto, no cejaba en su esfuerzo febril por hallar una solución. Estaba solo y nadie sabía dónde se encontraba, con lo que no había quien pudiese facilitarle la ayuda que necesitaba.

El vehículo de Larstam apareció de nuevo ante su vista justo a tiempo de que Wallander lo viese tomar el desvío hacia Fyledalen.

En ese instante, Larstam apagó las luces.

Wallander frenó en seco. Muy despacio, se acercó al desvío. Por entre las grietas del manto de nubes asomaba de vez en cuando la luna llena. Por lo demás, hacía una oscura noche de agosto. Wallander se detuvo al borde de la carretera y apagó también los faros de su coche. Se apeó y se apartó rápidamente del coche. La calma era absoluta. Larstam también debía de haber detenido su coche, pues no se oía ruido alguno de motor. Wallander se adentró en la espesa negrura, siempre por el borde de la carretera. Se subió la cremallera del chaquetón y plegó hacia dentro el cuello de la camisa: el chaquetón era de color azul oscuro, pero la camisa era blanca y podía divisarse claramente en la oscuridad, y se rozó sin querer la mejilla, que comenzó a sangrar de nuevo. Después gateó hasta atravesar el arcén y se encontró en medio de unos pastos, donde pisó algo que emitió un leve y repentino tintineo. Profirió una muda maldición y continuó avanzando por el borde del arcén, a fin de mantenerse apartado del lugar. «No soy yo el único que se muestra atento a los ruidos», razonó. «También Larstam está alerta.» Se agazapó e intentó penetrar la oscuridad con la vista. Alzó los ojos al cielo y comprobó que no había ya ni rastro de la luna; sin embargo, una grieta abierta en el manto de nubes se aproximaba lentamente, y calculó que un haz de luz no tardaría en iluminar la noche.

Continuó adelante, sigiloso, siempre por el borde del arcén, hasta que descubrió unos arbustos que se alzaban a su lado. Se ocultó tras ellos pensando que, si no había calculado mal, se encontraba ya en frente de la entrada del parque natural de Fyledalen. Movió un pie y notó un objeto que ofrecía resistencia. Comprobó que se trataba de un viejo tablón de madera y lo asió en su mano con firmeza. «No parece sino que, de forma paulatina, vaya transformándome en un hombre primitivo», concluyó para sí. «La policía sueca se defiende con tablones de madera. Tal vez sea ésta la imagen verdadera de la Suecia que estamos creando: un regreso a las antiguas leyes forales que, en su día, justificaban sangrientas venganzas.»

Tal y como él había previsto, por entre las nubes se abrió paso la luz de la luna. Wallander se agazapó aún más tras los arbustos, que despedían un suave perfume a tierra y a lodo. Gracias al resplandor, pudo ver el coche de Larstam, aparcado a la entrada del desvío hacia Fyledalen. Todo parecía en calma en torno al vehículo. Wallander intentó atravesar con la mirada las sombras que lo circundaban. De nuevo las nubes cubrieron la luna y la oscuridad volvió a envolverlo todo. Wallander se esforzaba por pensar con claridad. Tenía la certeza de que Larstam no se encontraba ya en el interior del coche. Pero ¿qué planeaba hacer? Sabía que Wallander le había seguido los pasos y, como el hombre cauto que era, habría contado con que el inspector iría armado. Tampoco cabía duda de que ya habría adivinado por qué los acontecimientos no se habían sucedido como era de esperar, por qué los coches de la policía no habían llegado: el inspector no había logrado establecer contacto con la comisaría. En otras palabras, estaban los dos solos en Fyledalen. Dos hombres armados. Wallander estaba convencido de que su única ventaja, lo único que tenía a su favor, era el hecho de que Larstam ignoraba que su única arma consistía en el tablón de madera que sostenía en sus manos.

Wallander no cesaba de reflexionar. ¿Qué podía hacer? ¿Aguardar al alba? ¿Detener a cualquier vehículo que pasara y, después, ya con los refuerzos, acordonar todo Fyledalen, el límite noroeste de Ystad? No, aquello no daría ningún resultado. Para cuando dispusieran los cordones policiales y los perros policía estuviesen en camino, Larstam ya se habría esfumado. Wallander se había percatado de la enorme capacidad de su oponente para buscarse vías de escape alternativas, de su habilidad para escabullirse.

El inspector sopesaba alternativas inexistentes mientras intentaba percibir cualquier ruido. Pero sólo se oía el murmullo del viento. La sensación de tener a Larstam a su lado lo paralizó en varias ocasiones. En algún lugar, a su espalda, junto a sí, empuñando su arma, la misma que, silenciosa, había apuntado con anterioridad contra su frente. Antes, en su casa, Wallander no había llegado a oír el estallido del proyectil; simplemente, había sentido el dolor tras notar que algo rasgaba su mejilla. A buen seguro, llevaba silenciador.

Se esforzaba por imaginar cómo pensaba Larstam. Por supuesto que nadie disponía de un número ilimitado de vías de escape o de puertas traseras. Barruntaba que Larstam estaba desconcertado y que, por tanto, habría reaccionado como él mismo. No había podido quedarse en el coche, así que la cuestión era si estaba por allí o se adentraba en Fyledalen.

«En la oscuridad, ve tan poco como yo», se dijo. «Y el banco de nubes es el mismo para ambos.»

Wallander decidió cruzar la carretera y acercarse al coche desde un lateral. En aquel momento, el manto de nubes era compacto, de modo que la luz de la luna no podría filtrarse por ningún resquicio. Echó a correr, pues, agazapado, para cruzar la calzada y ocultarse tras otros arbustos. Tenía el coche de Larstam a unos veinte metros. Aguzó el oído, pero la calma era absoluta. No había olvidado el tablón de madera, que llevaba consigo.

Entonces lo oyó: era el crujido de una rama que se quebraba. El ruido procedía de un punto impreciso situado frente a él, en diagonal. Wallander se acurrucó contra los arbustos. Volvió a oír el crujido, ya más débil. Alguien se alejaba del coche en dirección al interior del valle. Así pues, concluyó, al igual que él, Larstam se había mantenido a la expectativa. Pero empezaba a moverse. Si no hubiese cruzado la carretera, no se habría dado cuenta de ello.

«Bien, al menos te llevo esa ventaja: yo te he oído, pero tú no sabes que yo estoy aquí mismo», se dijo.

De nuevo se oyó el crujido seco de unas ramas, pero, en esta ocasión, le dio la impresión de que sonaba como si Larstam se hubiese golpeado contra unas ramas. El ruido de pasos le llegaba cada vez desde mayor distancia. Wallander se escurrió desde el abrigo de los arbustos y comenzó a caminar por el borde de la carretera. Avanzaba agazapado y procuraba mantenerse cerca de las altas ramas que flanqueaban el arcén. Cada cinco pasos, se detenía a escuchar. La pendiente de la carretera empezó a descender de forma imperceptible hacia Fyledalen. Recordó que, a su izquierda, fluía un arroyuelo, aunque ignoraba si se trataba del arroyo de Fyleån o del de Nybroån. Cuando creyó haber recorrido unos cincuenta metros, se detuvo y aplicó el oído. De algún lugar cercano le llegó el graznido de un ave nocturna. Aguardó durante más de cinco minutos, pero no oyó más crujidos de ramas secas. ¿Qué podía significar aquello? ¿Que su perseguido también se había detenido, o que avanzaba tan rápido y tan en silencio que él ya no podía oírlo? De repente, sintió que el miedo volvía a adueñarse de él. De nuevo había pasado por alto algún detalle. ¿Cómo razonaba Larstam? ¿No habría quebrado las ramas a propósito para llevar a Wallander hasta donde él quería? El corazón le latía con fuerza. Y de nuevo presintió la figura del hombre, pistola en mano, a unos pocos metros de sí. Echó una ojeada al cielo, donde de nuevo la luna empezaba a rasgar las nubes, de modo que su luz no tardaría en bañar el lugar. El inspector sabía que no podía permanecer donde se encontraba. Si, como sospechaba, Larstam lo había atraído hasta aquel lugar, estaría a pocos pasos de él. De modo que cruzó de nuevo la carretera y ascendió a toda velocidad por una pequeña ladera, donde se apostó a esperar agazapado tras un árbol.

Entonces apareció la luna.

El paisaje quedó bañado de un color azul oscuro. Wallander intentaba distinguir el borde de la carretera a unos pasos del lugar en el que se había detenido, pero allí no había nada. Al mismo tiempo, notó que disminuía la densidad de los arbustos y que, más allá, comenzaba una pendiente que conducía a la cima de una colina, coronada por un único árbol.

Después, la luna quedó otra vez oculta tras las nubes.

A Wallander le vino a la mente el árbol del parque natural. Aquel que él encontró y del que estaba convencido que el asesino había utilizado como escondite. Pero, entonces, el asesino era aún un hombre sin rostro. Ahora sabía que se llamaba ke Larstam. «Es como un felino», se dijo el inspector. «Siempre elige posiciones altas y solitarias desde donde poder controlarlo todo.»

Tan pronto como vio el árbol solitario, supo que Larstam se hallaba oculto tras él. En efecto, no tenía ya motivo alguno para seguir huyendo. Al menos, no huiría hasta que hubiese acabado con Wallander, pues no era otro su plan, que ahora se presentaba como un imperativo, si quería completar su escapada de modo satisfactorio. Wallander comprendió que se le brindaba una oportunidad, pues Larstam no podría sospechar jamás que él hubiese adivinado sus planes hasta aquel extremo. Por otro lado, suponía que vigilaría atentamente la carretera, pues creería que Wallander vendría de aquel lado. De hecho, en tal caso, Larstam podría avanzar de modo imperceptible hasta llegar a su lado y matarlo de un disparo, que en esta ocasión sería más certero que el del último intento.

Wallander sabía lo que debía hacer. Tenía que describir un círculo amplio, hacia atrás y a lo largo de la carretera, y subir por la pendiente de la izquierda hasta situarse detrás del árbol.

Ignoraba qué ocurriría una vez lo hubiese logrado, pero tampoco quería pensar en ello.

Realizó el desplazamiento en tres tiempos. En primer lugar, volvió sobre sus pasos por la carretera. Después subió por la pendiente, muy despacio a fin de no descubrir su posición; finalmente, empezó a recorrer, en paralelo a la carretera y con movimientos lentos, la distancia que lo separaba del árbol solitario. Entonces se detuvo. El banco de nubes se había espesado y, en la oscuridad, no podía calcular dónde se encontraba con exactitud, de modo que aguardó. Eran ya las dos y seis minutos.

Hubo de esperar hasta las dos y veintisiete minutos, hasta que la luna volvió a atravesar la capa de las nubes, momento en que comprobó que se hallaba detrás del árbol. Sin embargo, no podía determinar si había alguien al otro lado, pues mediaba demasiada distancia, salpicada además de espesos arbustos. Pero intentó memorizar su posición y los accidentes del terreno: la leve pendiente en ascenso, la masa de arbustos y, más allá, unos veinte o treinta metros hasta el árbol.

La luz de la luna desapareció. El ave lanzó un graznido, en esta ocasión desde más lejos. Wallander debatía consigo mismo a fin de actuar con sensatez. Larstam, sin duda, estaría alerta. Probablemente, no contaba con que Wallander hubiese adivinado su posición ni con que se le aproximase por detrás. Pero no debía menospreciar la capacidad de reacción de Larstam. No importaba desde dónde se le acercase, el asesino estaría allí, presto a actuar.

Pese a todo, Wallander comenzó a avanzar con paso vacilante, lento y ciego en medio de la inmensa oscuridad. Transpiraba copiosamente, y tenía la sensación de que los latidos de su corazón podían oírse. Por fin alcanzó la zona de arbustos. De nuevo oteó el cielo, donde la capa de nubes se había espesado. Por tercera vez, se dejó oír el graznido del pájaro, que a Wallander se le antojaba siempre el mismo. Intentó penetrar el ramaje con la mirada, pero no vio sino una densa negrura y decidió, al fin, que sólo le cabía esperar.

Aguardó casi veinte minutos, hasta que vio que la luna no tardaría en atravesar las nubes nuevamente. Se preparó, pese a que no sabía qué hacer si resultaba que Larstam se encontraba de hecho junto al árbol. Lo ignoraba tanto como temía sus propios impulsos.

La luna se abrió paso. La luz cortó las nubes. Y, entonces, vislumbró a Larstam. Allí estaba, contra el tronco del árbol, absorto en la tarea de vigilar la carretera. Desde donde se hallaba, Wallander pudo divisar sus manos, y dedujo que debía de guardar la pistola en el bolsillo, de modo que le llevaría un par de segundos sacarla y volverse. Ése era el tiempo de que disponía. Intentó calcular la distancia que lo separaba del árbol, midiendo el terreno con la vista. No detectó ningún obstáculo, ninguna depresión repentina, ninguna piedra. Tras echar una nueva ojeada rápida hacia el cielo, comprendió que no tardaría en oscurecerse de nuevo. Si quería tener alguna posibilidad de llegar hasta Larstam, debía empezar a moverse en el preciso momento en que las nubes ocultasen la luna. Resuelto, tanteó el tablón que llevaba en la mano.

«Esto es un despropósito», sentenció para sí. «Estoy a punto de hacer algo que no debería, pero sé que he de hacerlo.»

La luz empezó a disminuir. Se incorporó despacio y se preparó para actuar. Larstam no se había movido lo más mínimo. Cuando todo se oscureció, se lanzó a la carrera. En lo más hondo de su ser, sintió el deseo de proferir algo parecido a un grito de guerra que, tal vez, le proporcionaría un par de segundos más, si con él lograba atemorizar a Larstam. Pero nadie, nadie sabía cómo reaccionaría el hombre apostado junto al árbol.

La luz acabó por morir del todo. Wallander siguió corriendo, con el tablón bien sujeto y alzado por encima de la cabeza. Llegó casi hasta el árbol sin que Larstam se hubiese dado la vuelta. El resplandor de la luna era muy débil. Wallander se hallaba ya junto al árbol cuando tropezó con una piedra o con alguna raíz, y cayó de bruces. Entonces Larstam se dio la vuelta. Wallander logró agarrarle una pierna por un instante. Rápidamente se incorporó y, antes de que Larstam hubiese sacado el arma del bolsillo, el inspector se abalanzó sobre él. El primer golpe de tablón alcanzó el tronco del árbol y lo quebró en dos. Reinaba la más absoluta oscuridad. Wallander lanzó el resto del tablón contra el tórax de Larstam y, acto seguido, le propinó un puñetazo. Ignoraba de dónde había sacado fuerzas, pero comprobó que, por pura suerte, había acertado a darle en plena mandíbula. Se oyó un crujido y Larstam cayó sin lanzar un solo gemido. Wallander se arrojó sobre él, volvió a golpear una y otra vez, hasta que comprendió que el hombre que yacía debajo de su cuerpo estaba inconsciente. Entonces le sacó la pistola del bolsillo: la misma con la que Larstam había asesinado a tantas personas.

Experimentó el impulso de apoyar el cañón contra la frente del asesino y apretar el gatillo. Pero se contuvo.

Arrastró después hasta la carretera al aún inconsciente Larstam, que no empezó a quejarse hasta que llegaron al coche de Wallander. El inspector le ató las manos con la cuerda que llevaba en el maletero, antes de amarrarlo al asiento delantero.

Wallander se sentó al volante y miró al individuo que tenía a su lado. Por un momento, pensó que era Louise la que estaba allí.

Eran las cuatro menos cuarto cuando Wallander llegó a la comisaría. Cuando salió del coche, notó que había empezado a llover y dejó que las gotas le empapasen la cara antes de entrar para hablar con el oficial de guardia. Ante su sorpresa, era Edmundsson quien estaba al mando aquella noche. El colega estaba tomándose un café con unos bocadillos cuando Wallander apareció. Edmundsson se sobresaltó al ver al inspector, que aún no había tenido tiempo de mirarse al espejo y que llevaba la ropa embarrada y llena de astillas.

—¡Dios! ¿Qué ha ocurrido?

—No hagas preguntas —pidió Wallander resuelto—. Ahí fuera tengo a un hombre atado al coche. Llama a algún agente, ponedle las esposas y traedlo aquí.

—¿Quién es?

—ke Larstam.

Edmundsson estaba de pie, con el bocadillo en la mano. Wallander vio que era de paté y, sin pensárselo dos veces, se lo arrebató y empezó a comérselo. Le dolía la mejilla, pero su hambre superaba con creces el dolor.

—¿Quieres decir que tienes al asesino en el coche?

—Ya me has oído. Ponedle las esposas, metedlo en una habitación y cerrad la puerta con llave. ¿Cuál es el número de Thurnberg?

Edmundsson lo buscó en el ordenador, se lo dejó en la pantalla y se marchó. Wallander se terminó el bocadillo masticando despacio. Ya no había por qué apresurarse. Después marcó el número del fiscal. Al cabo de un buen rato, una mujer atendió la llamada. Wallander se identificó. Thurnberg acudió al teléfono.

—Soy Wallander. Creo que será mejor que vengas.

—¿Por qué? ¿Qué hora es?

—No importa qué hora es, pero tienes que venir para proceder a la detención oficial de ke Larstam.

Wallander oía la respiración de Thurnberg.

—A ver, dímelo otra vez.

—Que tengo a Larstam.

—¿Y cómo coño lo has pillado?

Era la primera vez que Wallander oía una palabra malsonante en boca del fiscal.

—Lo encontré en el bosque.

Thurnberg comprendió que Wallander hablaba en serio.

—Salgo ahora mismo —afirmó.

En aquel momento, Edmundsson y otro colega conducían a Larstam al interior de la comisaría. Wallander lo miró a los ojos. Ninguno de los dos pronunció una palabra.

El inspector se encaminó a la sala de reuniones y dejó el arma de Larstam sobre la mesa.

Transcurridos unos minutos, apareció Thurnberg, que retrocedió alarmado al ver a Wallander. Éste no había ido aún a los servicios, con lo que ignoraba cuál era su aspecto. Sólo había ido a buscar los analgésicos al cajón de su escritorio y se había tomado uno. Con un gesto de cólera mal contenida, arrojó a la papelera el teléfono que había sobre la mesa, seguro de que la mujer de la limpieza lo colocaría en su lugar al día siguiente.

Wallander le refirió brevemente lo ocurrido y señaló el arma. Como si se preparase para una solemne ceremonia, Thurnberg sacó una corbata del bolsillo y empezó a ponérsela.

—Así que lo has pillado, ¿eh? No está nada mal.

—Pues yo creo que está bastante mal, pero de eso podemos hablar en otra ocasión.

—¿Qué te parece si llamamos a los demás y se lo decimos? — propuso Thurnberg.

—¿Para qué? Ahora que, por fin, han podido irse a dormir, ¿para qué despertarlos?

Thurnberg le dio la razón y se marchó para hacerse cargo de Larstam.

Wallander se levantó pesadamente y fue a los servicios. La herida de la mejilla era bastante profunda. A buen seguro tendrían que darle algunos puntos de sutura. Pero en aquel momento no pudo soportar la idea de ir al hospital, así que los puntos tendrían que esperar.

Eran las cuatro y media de la madrugada.

Entró en su despacho y cerró la puerta tras de sí.

El primero en llegar aquella mañana fue Martinson. Había dormido mal y llegó a la comisaría hondamente preocupado. Thurnberg, que seguía allí, le refirió lo sucedido. Martinson se apresuró, pues, a llamar a Ann-Britt Höglund, Nyberg y Hanson. Poco después, también Lisa Holgersson apareció.

Cuando todos estuvieron reunidos, alguien preguntó dónde se hallaba Wallander. Según Thurnberg, simplemente, había desaparecido y tal vez se encontrase camino del hospital para que le desinfectasen la herida de la mejilla.

A las ocho y media, Martinson lo llamó a su casa, pero nadie atendió al teléfono. Ann-Britt Höglund preguntó si no estaría en su despacho. Allí acudieron todos, pero hallaron la puerta cerrada. Martinson dio unos toquecitos, pero nadie contestó.

De modo que abrieron la puerta.

Y allí, en el suelo, yacía Wallander, roncando, profundamente dormido.

Ann-Britt Höglund y Martinson se miraron.

Después cerraron la puerta y lo dejaron descansar.

EPILOGO

El viernes 25 de octubre, una lluvia pertinaz caía sobre la ciudad de Ystad.

Un viento racheado soplaba del sureste. Cuando Wallander atravesó el portal para salir del edificio de la calle Mariagatan, hacía una temperatura de siete grados. Pese a haberse propuesto ir y volver a pie de la comisaría tan a menudo como fuese posible, aquella mañana tomó el coche. Llevaba dos semanas de baja por enfermedad y, precisamente el día anterior, el doctor Göransson había prolongado su reposo una semana más. En efecto, si bien los niveles de glucemia habían descendido, la tensión arterial de Wallander era aún demasiado alta; pese a que el inspector había estado tumbado durante quince minutos antes de tomarse la presión la última vez, el resultado había sido de dieciséis y doce respectivamente. De modo que todavía tardaría en reincorporarse al trabajo al menos otra semana, aunque Wallander sospechaba que la baja podía alargarse aún más.

Así, cuando aquella mañana se dirigió a la comisaría, no lo hacía porque tuviese intención de trabajar, sino porque lo aguardaba una reunión importante. Ciertamente, se trataba de una reunión acordada durante los caóticos días del mes de agosto, cuando aún ignoraban quién era el brutal asesino y si atacaría de nuevo.

Wallander recordaba la escena a la perfección. Martinson, que se hallaba en su despacho, le había hablado acerca de su hijo de once años, que había comentado su deseo de ser policía. Martinson se había quejado de que no sabía qué decirle, y Wallander le prometió que hablaría con el muchacho. Eso sí, cuando todo se hubiese resuelto. Y aquella mañana se disponía a cumplir su promesa. Por otro lado, también había prometido que le dejaría probar al pequeño David la gorra de su uniforme. Con gran dificultad, y tras una afanosa búsqueda, el inspector la había encontrado la noche anterior, en una bolsa guardada en lo más profundo de un armario. De hecho, no había sido capaz de hallarla para el entierro de Svedberg.

Pero aquel día, antes de salir, se la había ajustado en la cabeza y se dirigió al baño para contemplar su rostro en el espejo. Según pudo comprobar, fue como observar una lejana y casi olvidada fotografía de sí mismo, que hizo emerger a su conciencia un sinfín de recuerdos.

Así pues, aparcó el coche y, encogido y protegiéndose del viento, se apresuró hacia la entrada. Ebba estaba resfriada y le hizo señas de que se mantuviese apartado mientras se sonaba. Wallander recordó que, al año siguiente, ella ya no estaría en la comisaría, pues la aguardaba una jubilación que deseaba y temía al mismo tiempo.

David no llegaría hasta las nueve menos cuarto, de modo que Wallander empleó el tiempo que le quedaba en hacer limpieza en su escritorio. Unas horas más tarde partiría de Ystad, y aún no estaba seguro de haber tomado la decisión adecuada. En cualquier caso, lo animaba la perspectiva de atravesar en su coche el paisaje otoñal mientras escuchaba alguna de sus óperas favoritas.

David fue puntual. Ebba lo acompañó hasta la puerta del despacho de Wallander.

—Tienes visita —anunció con una sonrisa.

—Sí, una visita importante —repuso Wallander.

El chico se parecía a su padre. El inspector atisbó en su semblante aquel retraimiento que también asomaba en el rostro de Martinson. Wallander dejó la gorra del uniforme sobre la mesa.

—¿Por dónde quieres que empecemos? ¿Por la gorra o por tus preguntas? — inquirió Wallander.

—Primero las preguntas —replicó David al tiempo que sacaba un trozo de papel del bolsillo. El chico se había preparado a conciencia.

—¿Por qué te hiciste policía? — comenzó.

Aquella pregunta tan sencilla abrumó a Wallander, que se vio obligado a reflexionar. Había decidido tomarse aquella entrevista con la mayor seriedad y quería ofrecer respuestas sinceras y bien meditadas.

—Pues supongo que quería ser policía porque imaginaba que sería un buen policía.

—¿Acaso no son buenos todos los policías?

Wallander vio que esa pregunta no estaba en la lista.

—Bueno, la mayoría lo son. Pero me temo que no todos. Tampoco todos los maestros lo son, ¿verdad?

—¿Qué dijeron tus padres cuando les contaste que querías ser policía?

—Mi madre no dijo nada, pues murió antes de que hubiese tomado la decisión.

—¿Y tu padre?

—Él estaba en contra. De hecho, se opuso hasta el punto de que casi dejamos de hablarnos.

—Y eso, ¿por qué?

—La verdad, aún no lo sé. Puede sonar un tanto extraño, pero así es.

—Pero tú le preguntarías por qué, ¿no?

—Sí, aunque jamás me respondió.

—¿Ha muerto?

—Sí. Murió hace poco, de modo que ya no podría preguntarle más, aunque quisiera.

Las palabras de Wallander parecieron inquietar a David, que rebuscó vacilante hasta dar con la siguiente pregunta.

—¿Te has arrepentido alguna vez de haberte hecho policía?

—¡Oh, sí! Muchas veces. Yo creo que todos lo hacen.

—¿Por qué?

—Porque uno se ve obligado a ver tanto horror… Te sientes impotente y acabas preguntándote si serás capaz de aguantar hasta llegar a viejo.

—¿Tú crees que, a veces, haces algo bueno?

—Sí, a veces. Pero no siempre.

—¿Te parece que yo debería hacerme policía?

—Pues yo creo que deberías posponer la decisión. Hasta que uno no ha cumplido los diecisiete o dieciocho, no sabe realmente qué quiere ser.

—Pues yo quiero ser o policía o constructor de carreteras.

—¿Constructor de carreteras?

—Debe de ser muy bonito hacer que a la gente le sea más fácil viajar.

Wallander asintió. David era un chico inteligente, y no de aquellos que parecían ya unos viejos prematuros.

—Bueno, me queda una pregunta —advirtió David—. ¿No pasas miedo nunca?

—Sí, y, por cierto, con bastante frecuencia.

—¿Y qué sueles hacer entonces?

—No lo sé. Duermo mal, intento pensar en otra cosa, si es que puedo…

El chico se guardó el papel en el bolsillo y miró la gorra. Wallander se la dio. Cuando se la puso, Wallander lo llevó ante un espejo para que pudiese verse. Le quedaba tan grande que le tapaba las orejas. Tras unos minutos, Wallander lo acompañó a la recepción.

—Si se te ocurren más preguntas, no tienes más que volver —se ofreció Wallander.

El inspector permaneció en la puerta observando cómo el chico se marchaba entre la lluvia y el viento. De nuevo en su despacho, prosiguió con la limpieza. El deseo de marcharse de allí era cada vez mayor: quería abandonar la comisaría lo antes posible.

De pronto vio que Aun-Britt Höglund aparecía en el umbral de la puerta.

—Creía que estabas de baja.

—Y lo estoy.

—¿Cómo fue la reunión?

Wallander la miró inquisitivo.

—¿Qué reunión?

—Martinson me lo contó.

—David es un chico muy sensato. Intenté ser tan sincero como pude en mis respuestas, pero me huele que su padre le había ayudado a formular las preguntas.

Retiró los pocos archivadores que quedaban, hasta que la mesa quedó vacía. La colega tomó asiento en la silla de las visitas.

—¿Tienes tiempo?

—No mucho. Salgo de viaje por unos días, pero dime.

Ella se levantó y cerró la puerta.

—En realidad, no sé por qué te lo cuento —comenzó una vez que se hubo sentado de nuevo—. Además, me gustaría que quedase entre nosotros, por el momento.

«Piensa dejarlo», se dijo Wallander. «No aguanta más. Eso es lo que quiere decirme.»

—¿Me lo prometes?

—Prometido.

—Verás, a veces siento que necesito contarle mis problemas como mínimo a una persona.

—Ya, a mí me sucede lo mismo.

—He decidido separarme —anunció—. Hemos llegado a una especie de acuerdo, si es que existe algo que pueda acordarse cuando hay dos niños de por medio.

—¡Vaya! No sé qué decir.

—Bueno, no tienes que decir nada. Y tampoco quiero que lo divulgues. Con que lo sepas tú, es suficiente.

—Yo también me separé. O, más bien, se separaron de mí. Es decir, sé lo terrible que puede llegar a ser.

—Pese a todo, no te ha ido tan mal, ¿no?

—¿Ah, no? Yo diría todo lo contrario.

—Pues, en ese caso, has sabido disimularlo.

—Sí, es posible que eso lo haya hecho bien. Sí, sí, quizá tengas razón.

La lluvia tamborileaba contra el cristal de la ventana y las rachas de viento habían arreciado.

—¡Ah! Hay algo más —añadió la colega—. Larstam está escribiendo un libro.

—¿Y qué clase de libro es ése?

—Un relato sobre sus ocho asesinatos y sobre cómo se sintió.

—¿Cómo lo has sabido?

—Lo leí en un periódico.

Wallander sintió que la indignación crecía en su interior.

—¿Puede saberse quién le paga por eso?

—Una editorial. Ni que decir tiene que se ignora la cantidad que le pagarán, pero puedes imaginarte que será sustanciosa. Los más íntimos secretos de un asesino en serie se venderán muy bien, sin duda.

Wallander meneó la cabeza con vehemencia.

—Es repugnante.

—Quién sabe, tal vez llegue a hacerse rico, y no como nosotros.

—Sí, son muchas las maneras en que el crimen puede resultar rentable.

Ella se puso de pie.

—Sólo quería que lo supieras, nada más. — Ya en la puerta, se volvió y añadió-: Que tengas un buen viaje, dondequiera que vayas.

La joven desapareció mientras Wallander se quedó pensando en lo que le había revelado acerca de su separación y sobre el libro del asesino; y también pensó en su propia rabia, y en su tensión arterial.

Tenía pensado abandonar la comisaría tan pronto como acabase con el chico, pero, después de la charla, permaneció allí, sentado e inmóvil. Y los sucesos acontecidos hacía dos meses volvieron a su memoria.

Habían logrado capturar a Larstam antes de que cometiese su noveno asesinato. Después de aquello, cuantos mantuvieron algún contacto con el criminal quedaron asombrados ante su personalidad taciturna y reservada. Esperaban hallar un monstruo y, en efecto, a juzgar por los actos que había cometido, habían detenido a un monstruo. Sin embargo, no se trataba de un ser al que Sture Björklund pudiese caricaturizar y proponer como personaje a sus clientes de la industria del cine de terror. Hubo veces en que Wallander pensó que Larstam era, sin duda, la persona más normal que había conocido jamás.

El inspector había dedicado una larga serie de intensos días a interrogarlo y, a menudo, lo asaltó la idea de que Larstam constituía una incógnita no sólo para el entorno, sino para sí mismo. Respondió de forma sincera y sin ambages a cuantas preguntas formuló Wallander y, pese a todo, éste se sentía como si nunca fuese a saber nada sobre el interrogado.

—¿Por qué mataste a los tres jóvenes del parque natural? — había preguntado Wallander—. Abriste sus cartas, averiguaste que pensaban celebrar una fiesta y los acechaste. Y, después, los mataste a tiros.

—¿Se puede imaginar un final mejor que el que sobreviene en el mejor momento de la vida?

—¿Y por eso los mataste, para hacerles un favor?

—Creo que sí.

—¿Lo crees? Deberías saberlo, puesto que lo tenías muy bien planeado.

—Bueno, uno puede planear aunque no esté seguro de por qué.

—Te dedicaste a viajar por Europa, a enviar postales falsas. Escondiste sus coches y también sus cuerpos. ¿Por qué?

—No quería que los descubrieran.

—Pero ¿por qué los enterraste de aquella manera? ¿Para poder desenterrarlos después?

—Así es, quería tener esa posibilidad.

—Pero ¿por qué?

—No lo sé. Para llamar la atención. No lo sé.

—Te tomaste la molestia de ir a Bärnsö para asesinar a Isa Edengren. ¿Por qué no la dejaste vivir?

—Uno debe terminar lo que se ha propuesto llevar a cabo.

Hubo ocasiones en que los interrogatorios alcanzaban una sórdida crueldad insoportable para Wallander. Entonces abandonaba la sala de interrogatorios convencido de que quien quedaba allí sentado era un monstruo, pese a la sonrisa amable y la timidez aparente. Después se obligaba a regresar y a proseguir. Así, hablaron de la pareja de recién casados a los que también había estado espiando y a quienes tampoco permitió seguir viviendo, a causa de la felicidad de que gozaban y que él era incapaz de resistir.

Finalmente, le preguntó por Svedberg y por aquella historia de amor, larga y compleja, que habían protagonizado en secreto; sobre el drama que incluía a Bror Sundelius, que ignoraba que Svedberg le había sido infiel con otro hombre. Del mismo modo, salió a relucir la figura de Stridh, que conocía la historia y había amenazado con hacerla pública; o el miedo de Svedberg al comprender que el hombre con el que se había estado viendo durante diez años podía estar detrás de la desaparición de los jóvenes. Incluso llegaron a hablar del telescopio que Larstam había dejado en el trastero de Björklund: una pista falsa, una maniobra para despistar.

Durante los largos interrogatorios, Wallander experimentó a menudo la sensación de que, en realidad, no obtenía respuestas satisfactorias; de que la imprecisión envolvería siempre a la figura de Larstam. Éste, siempre solícito, se disculpaba cuando no recordaba con exactitud algún detalle. Pero parecía que en su interior sólo había un vacío que el inspector nunca lograba penetrar. Como también se le antojaba impenetrable la relación entre Larstam y Svedberg.

—¿Qué ocurrió aquella mañana? — quiso saber Wallander.

—¿Qué mañana?

—La del día en que fuiste al apartamento de Svedberg y lo mataste con el arma que habías robado en Ludvika con ocasión de un viaje a Fredriksberg para visitar a tu hermana.

—Me vi obligado a matarlo.

—¿Por qué?

—Me culpaba de tener algo que ver con los jóvenes desaparecidos.

—No estaban desaparecidos, estaban muertos. ¿Cómo empezó a sospechar que podías ser tú?

—Se lo había dicho yo.

—¿Quieres decir que le revelaste lo que habías hecho?

—No, pero sí le referí mis sueños.

—¿Qué sueños?

—Yo soñaba con hacer que la gente dejase de reír.

—¿Por qué no puede reír la gente?

—Porque, antes o después, la felicidad conduce a su contrario. Y yo quería ahorrarles el sufrimiento. Yo soñaba con ello. Y se lo conté.

—¿Le contaste que a veces soñabas con matar a personas felices?

—Exacto.

—¿Y él empezó a sospechar de ti?

—Sí. No me di cuenta hasta pocos días antes.

—¿Antes de qué?

—Antes de matarlo.

—¿Qué te hizo pensar que sospechaba de ti?

—Pues empezó a hacerme preguntas, como si me interrogara. Me puse nervioso. No me gustan las preocupaciones vanas.

—Así que fuiste a su casa y lo mataste.

—Sí. Él estaba sentado en la silla. Al principio sólo quería pedirle que dejara de ponerme nervioso con sus preguntas. Pero él insistió, de modo que me vi obligado a poner fin a todo aquello. Me había llevado la escopeta, que había dejado en el vestíbulo al entrar, así que fui a buscarla y disparé.

Wallander permaneció sentado y mudo durante un buen rato, esforzándose por imaginar los últimos minutos de la vida de Svedberg.

¿Tuvo tiempo de comprender lo que estaba a punto de ocurrirle, o había sucedido todo con demasiada rapidez?

—No debe de ser fácil matar a alguien a quien uno ama.

Larstam no respondió; ni aquella primera vez, ni tampoco la segunda ocasión en que Wallander formuló la misma pregunta. El rostro de Larstam no dejaba traslucir sentimiento alguno.

Después, el inspector se obligó a seguir, aun sin ganas. Cuando revisaron la ropa de Larstam tras la detención, encontraron una pequeña cámara en su bolsillo. Al revelar la película, hallaron dos fotografías. Una de ellas la había tomado en el parque natural, poco después de asesinar a los tres jóvenes. La otra, hecha con flash, era de Bärnsö y mostraba a Isa Edengren acurrucada entre los helechos.

Wallander puso las fotografías sobre la mesa.

—¿Por qué fotografiabas a tus víctimas?

—Quería recordar.

—Recordar, ¿qué?

—Cómo fue.

—¿Te refieres a la sensación de haber asesinado a unos jóvenes inocentes?

—No, más bien para no olvidar que había llevado a término lo que me había propuesto.

Wallander tenía más preguntas, pero lo atenazó tal angustia que apartó las fotografías. No podía más. Al menos, no en aquel momento. Así, pasó a hablar de la última noche, aquella en la que Larstam estuvo aguardándolo a él en el apartamento de la calle Mariagatan.

—¿Por qué me elegiste a mí como la siguiente víctima?

—No tenía ninguna otra.

—¿Qué significa eso?

—Pues que tenía pensado esperar. Un año, quizá más. Pero enseguida sentí la necesidad de continuar, puesto que todo iba tan bien.

—Ya, pero ¿por qué yo? Yo no soy especialmente feliz y tampoco me río muy a menudo.

—Pero tienes un trabajo al que acudir. Y he visto fotografías tuyas en los periódicos en las que apareces sonriente.

—Pero no voy nunca disfrazado. Ni siquiera suelo llevar uniforme.

La respuesta de Larstam lo llenó de sorpresa.

—Yo había pensado hacerlo.

—¿Hacer qué?

—Disfrazarte. Había pensado ponerte mi peluca y hacer que tu rostro se pareciese al de Louise. Ya no la necesitaba, así que Louise podía morir. Había decidido resucitar como una mujer nueva.

Larstam lo miró a los ojos y Wallander sostuvo su mirada, pero jamás fue capaz de comprender lo que creyó ver.

Y tampoco pudo, jamás, olvidar ese instante.

Por fin, no hubo más preguntas. Wallander tenía frente a él la imagen de un hombre que había enloquecido, que nunca había encajado en ningún ambiente y que, al cabo, había estallado en una violencia que no podía controlar. En el examen psicológico posterior, la imagen adquirió aún mayor precisión. Un niño maltratado, desatendido, que nunca tuvo la oportunidad de aprender nada, más que a esconderse y escabullirse. Un niño que no pudo soportar que lo expulsasen del gabinete de ingenieros y que terminó por concluir que las personas que sonreían eran malvadas.

Wallander pensó que, tras todo aquello, se ocultaba una sombra aterradora que se extendía sobre el país entero; que, cada vez con mayor frecuencia, la gente de la que se podía prescindir quedaría apartada y condenada a llevar una vida indigna en reductos en los que se desconoce la conmiseración y desde los que podrían contemplar a aquellos a quienes habían tenido la fortuna de pertenecer al lado adecuado, aquellos a los que les había cabido en suerte tener algún motivo para ser felices.

El inspector recordó una conversación inconclusa que, en alguna ocasión, mantuvo con Ann-Britt Höglund y en el transcurso de la cual comentaron que el estado de descomposición de la sociedad sueca quizá estuviese más avanzado de lo que ellos creían. Aquella violencia irracional e improvisada que se había convertido en algo cotidiano; la sensación de hallarse en una época en que la sociedad de derechos había dejado de funcionar en muchos aspectos… Por primera vez en su vida, Wallander se preguntaba si no se hallarían, simplemente, a las puertas del total desmoronamiento de la sociedad sueca, que se originaría en cualquier ámbito, cuando las grietas fuesen muy numerosas. «En realidad, ¿estamos tan lejos de Bosnia?», pensó entonces. «Es posible que estemos mucho más cerca de lo que imagino.» Todo aquello ocupaba su mente mientras interrogaba a Larstam, un hombre que no resultaba tan incomprensible como habría sido deseable. Un hombre que constituía un buen indicador de lo que estaba ocurriendo. Un desmoronamiento interior que se correspondía con otro externo.

Finalmente, no hubo más que decir. Wallander puso punto final; ke Larstam fue conducido al calabozo y todo acabó ahí.

Días después, Eva Hillström se suicidó. Fue Ann-Britt Höglund quien acudió a decírselo. Wallander la había escuchado en silencio. Acto seguido, salió de la comisaría, se compró una botella de whisky y se emborrachó.

Después, nunca hizo comentario alguno sobre lo ocurrido o sobre lo que cruzó por su mente cuando oyó la noticia: Eva Hillström había sido, después de todo, la novena y última víctima de ke Larstam.

Por fin tomó su chaqueta, se levantó y se marchó. Ya había metido la maleta en el maletero y llevaba el móvil en el bolsillo, pero lo dejó en el asiento trasero, no sin antes asegurarse de que estaba apagado.

Eran las diez y diez cuando salió de Ystad, rumbo a Krisitanstad, para continuar después en dirección a Kalmar.

A las dos de la tarde, giró para detenerse en la cafetería de Västervik. Sabía que estaba cerrada durante los meses de invierno y, pese a todo, albergaba la vaga esperanza de encontrarla allí. A lo largo del otoño, pensó en llamarla en numerosas ocasiones, pero nunca llegó a hacerlo. En realidad, no sabía con exactitud qué decirle. Salió del coche. El viento y la lluvia de Escania lo habían acompañado en su viaje. Las hojas de los árboles se adherían a la tierra mojada. Todo parecía cerrado a cal y canto. Rodeó el edificio hasta llegar a la parte posterior, a la habitación en la que había dormido cuando regresaba de Bärnsö. Pese a que no hacía más que unos meses de aquello, tenía la sensación de que no había ocurrido nunca, o que era un suceso tan lejano que el recuerdo había empezado a desdibujarse en su memoria.

Lo inquietaba tanto cerrojo.

Regresó al coche y prosiguió su viaje hacia un objetivo del que aún dudaba si considerar como una elección afortunada.

Se detuvo en Valdemarsvik para comprar una botella de whisky. Entró en una pastelería para tomarse un café y unos bocadillos, que pidió sin mantequilla. A las cinco de la tarde, cuando ya la oscuridad se había asentado sobre el paisaje, tomó la carretera serpenteante que, a lo largo de Valdemarsvik, lo conduciría primero a Gryt y después a Fyrudden.

Ciertamente, de forma inesperada, Lennart Westin lo había llamado a primeros de septiembre, cuando ya todo había pasado, Larstam estaba encarcelado, la investigación concluida y el correspondiente informe en poder de Thurnberg. La tarde en que llamó, Wallander había estado interrogando a un joven que había agredido a su padre. La entrevista había sido terrible y desesperante, y Wallander nunca llegó a averiguar qué había sucedido en realidad. Finalmente, dejó el asunto en manos de Hanson. Ya en su despacho, recibió la llamada de Westin, que le preguntó cuándo pensaba ir a visitarlo al archipiélago. A aquellas alturas, Wallander había olvidado la invitación que Westin le había hecho. Estuvo tentado de decir que no, pero aceptó, creyendo que, de todas maneras, nunca acudiría, y concertaron la visita para finales de octubre. Sin embargo, Westin lo llamó para recordarle su promesa, de modo que se puso en camino.

Habían acordado que Westin recogería a Wallander en Fyrudden a las seis, y que se alojaría en su casa hasta el domingo.

Wallander se sentía agradecido y a un tiempo temeroso por la invitación, pues tan sólo en contadísimas ocasiones, por no decir nunca, había convivido con personas a las que conocía poco. No obstante, aquel otoño se presentaba como uno de los más duros en muchos años. No cesaba de pensar en su salud, siempre angustiado ante la posibilidad de que le sobreviniese un ataque apopléjico en cualquier momento, pese a los esfuerzos del doctor Göransson por tranquilizarlo al asegurarle que iba por buen camino; los niveles de glucemia se habían estabilizado, había adelgazado y, por si fuera poco, había logrado cambiar sus hábitos alimentarios. Pese a todo, Wallander experimentaba a menudo la sensación de que ya era demasiado tarde y, si bien aún no había cumplido los cincuenta, solía entregarse a la idea de que ya vivía de prestado, como si un silbato invisible estuviese dispuesto a dar por terminado el juego de su existencia en cualquier momento.

Giró, pues, para entrar en la explanada del puerto de Fyrudden, donde el viento soplaba con violencia mientras la lluvia no cesaba de tamborilear contra las lunas del coche. Aparcó en el mismo lugar en que lo había dejado la última vez, cuando estuvo allí en verano. Apagó el motor y escuchó el rumor del oleaje contra el muelle. Poco antes de las seis, vislumbró unas luces que se aproximaban desde el mar: allí estaba Westin.

Salió del coche, tomó su maleta y fue a su encuentro.

Westin salió de la cabina y Wallander recordó enseguida su sonrisa.

—¡Bienvenido! — gritó para hacerse oír en medio del vendaval—. Nos marchamos ahora mismo. La comida está lista.

Se hizo cargo de la maleta de Wallander, que, con pie vacilante, subió a bordo. Tenía frío y notó que la temperatura estaba descendiendo.

—Así que, al final, has venido —comentó Westin ya en el interior de la cabina.

En aquel momento, Wallander comprendió lo absurdo de sus dudas anteriores. En efecto, se sentía feliz de hallarse en el barco de Westin, rumbo al corazón de aquella noche de viento.

Westin hizo girar la embarcación mientras Wallander buscaba dónde sujetarse. Una vez que dejaron atrás el puerto, pudo sentir el azote de las olas contra el casco.

—¿Te asusta el mar? — inquirió Westin amable, sin ánimo de provocar.

—Creo que sí —repuso Wallander.

Westin aumentó la velocidad poco a poco y, de repente, Wallander se dio cuenta de que estaba disfrutando. Se preguntó cuál sería la razón. Instantes después, comprendió cuál era la respuesta: nadie sabía dónde se encontraba, nadie podía localizarlo.

Por primera vez en mucho tiempo, se sentía totalmente libre.

Al día siguiente, Wallander se despertó a las seis de la mañana. Le dolía la cabeza, pues, la noche anterior, habían dado cuenta de un buen número de vasos de whisky. No tardó en sentirse como en casa con la familia Westin, dos niños algo tímidos y la señora Westin, que enseguida empezó a tratarlo como a un viejo amigo. Habían cenado pescado, café y whisky mientras le referían cómo era la vida en el archipiélago. Wallander los escuchaba atento, interrumpiendo con alguna que otra pregunta. Los primeros en irse a dormir fueron los niños; después, la mujer de Westin. Lennart y Wallander permanecieron despiertos hasta que la botella estuvo prácticamente vacía. De vez en cuando, Wallander salía fuera a orinar y dejarse azotar el rostro por el viento. La lluvia había cesado y hacía más frío. Westin aseguró que, de madrugada, el vendaval empezaría a amainar.

No se retiraron hasta las dos de la mañana. El inspector dormiría en una habitación construida sobre el porche. Tumbado y atento a los silbidos del viento, no dedicó ni un solo pensamiento a Larstam, ni a la comisaría, ni siquiera a la ciudad de Ystad.

Pese a no haber dormido más de cuatro horas, se sentía descansado al despertar. Se quedó echado en la cama, contemplando la oscuridad del exterior. A las siete de la mañana se levantó y se vistió, antes de salir. Westin estaba en lo cierto: el viento había cedido y, a juzgar por lo que indicaba el termómetro fijado a la ventana de la cocina, estaban a cero grados. El cielo aparecía cubierto de pesadas nubes. Wallander decidió recorrer el sendero que desembocaba en el mar. El aire se respiraba fresco entre los árboles. Muy pronto llegó al acantilado. Ante sí se extendía el mar abierto. La embarcación de Westin estaba anclada en una bahía cercana que se hallaba al abrigo del viento del norte y del este. En su caminar, iba describiendo el perfil de las rocas mientras seguía el despacioso avance del alba sobre el horizonte. De repente divisó a Westin, que se aproximaba por el sendero desde la casa.

—Gracias por el recibimiento de anoche —le dijo Wallander—. No recuerdo cuándo fue la última vez que pasé una noche tan agradable.

—Te oí levantarte —repuso Westin—. Quería proponerte ir a dar un paseo en el barco. Hay algo que quisiera mostrarte. No es nada del otro mundo. Aun así…

—¿Qué es?

—Una isla. Un pequeño archipiélago remoto. El de Hammarskär.

Westin llevaba una bolsa de plástico en la mano.

—He traído algo de café, pero me temo que el whisky se ha acabado. Se encaminaron, pues, al embarcadero. La luz del amanecer lo invadía ya todo. El mar presentaba un color plomizo y apenas si soplaba el viento. Westin dio marcha atrás y tomó rumbo hacia alta mar. Atrás quedaron, en primer lugar, islotes cubiertos de vegetación que, paulatinamente, dieron paso a otros, flotantes calvarios rocosos. Entonces Westin señaló un minúsculo grupo de islotes que se desgajaba solitario del archipiélago. La embarcación se deslizaba sobre las líquidas dunas. No tardaron en hallarse cerca del grupo de islotes, de modo que Westin aminoró la velocidad al tiempo que dirigía la proa hacia el sur.

—Tendrás que saltar a tierra —advirtió Westin—. Aquí no se puede atracar. Yo mantendré la dirección del barco, pues sí puedo encajarme con la proa. ¿Podrás saltar a tierra desde ahí?

—Si me caigo, tendrás que sacarme.

—Si subes hacia el oeste, encontrarás restos de cimientos antiguos —explicó Westin—. Antaño, estos islotes estaban habitados. Cualquiera sabe cómo se las arreglaban para sobrevivir. A finales del siglo XVIII, vivieron aquí unos antepasados míos, una pareja joven. Un día de octubre, en esta misma época del año, una imprevisible tormenta procedente del noreste se levantó de pronto. Tan terrible fue que se vieron obligados a abandonar por unas horas la isla para poner la lana a buen recaudo, pero el bote volcó y fallecieron los dos. Los pequeños, entre ellos un niño que era adoptado, estaban en la casa. El chico se llamaba Lars Olson. Uno de sus nietos cambió el apellido por el de Westin, y yo soy descendiente suyo por línea directa.

Mientras hablaba, Westin había estado sirviendo café en las tazas.

—Se me ocurrió que te gustaría saltar a tierra y dar una vuelta —prosiguió el cartero—. Ahí empieza Suecia. O termina, según se mire.

Saborearon el café mientras la embarcación se balanceaba al vaivén de las olas. Después, con extremo cuidado, Westin orientó la proa hacia una entrada rocosa donde había suficiente profundidad. Wallander logró saltar a tierra sin resbalar, pero hizo retroceder el bote con el impulso. Westin salió de la cabina de mandos.

—¡Tómate el tiempo que quieras! — gritó—. ¡Te espero!

Ante su vista se extendían mullidas alfombras de brezo, interrumpidas por hondonadas de enredados alisos. Por lo demás, las rocas se erguían desnudas. En una de las grietas descubrió el cráneo de un ave. Encaminó sus pasos en dirección oeste, trepando a resbalones por la piedra húmeda, cubierta de musgo, que cedía bajo el peso de su cuerpo. Al otro lado de una zona de espesos arbustos divisó una pequeña cala, un puerto natural, junto al cual halló, en efecto, los restos del asentamiento del que Westin le había hablado. Ya no veía la embarcación, pues quedaba oculta tras las rocas por las que había escalado. La calma, quebrada tan sólo por el rumor de las olas, era absoluta. La sensación de soledad, inmensa. Así como la de hallarse en un núcleo, en un lugar donde el alcance de la vista crecía sin cesar.

«Aquí empieza Suecia», se dijo Wallander. «Tal y como él ha dicho. Aquí empieza y termina. En el archipiélago que, lento e invisible, aún emerge del mar. La piedra abisal sueca.»

Notó que estaba conmovido, sin saber a ciencia cierta por qué. Intentó imaginar cómo habría sido la vida allí, en lo más extremo del archipiélago, en agrietadas viviendas de madera, en la pobreza y la privación constantes.

Allí empezaba Suecia. Y allí terminaba. Y allí se encontraba en el núcleo de algo que su mente no era capaz de abarcar. Si la historia fuese un paisaje, allí podría él caminar hacia delante y hacia atrás al mismo tiempo.

Al norte de la hondonada en la que se hallaba el asentamiento, se alzaba una peña que, adivinó, debía de ser el punto más alto del archipiélago. Examinó el terreno en busca de un sendero que lo condujese hasta allí. Resbaló en varias ocasiones, y llegó a caer arrastrándose hasta rasgarse los pantalones. Pese a todo, ganó la cumbre. La embarcación, que ahora sí veía balancearse, parecía diminuta desde la distancia. Wallander miró a su alrededor. Mar abierto, escollos, riscos al este y al norte. En el sur y el oeste se condensaban las islas en el archipiélago. Aves solitarias ascendían y descendían a merced del viento. En cambio, ni un solo buque, ningún velero solitario se deslizaba hacia los puertos invernales. Las rutas marítimas aparecían abandonadas, las señales del tráfico marino ocultas en el fondo del mar, como estatuas momentáneamente olvidadas de un museo marino cerrado hasta la próxima temporada.

Wallander imaginó que se hallaba en lo más alto de una alta torre, desde la cual podía definir sus posiciones. El archipiélago y el panorama del océano no admitían evasivas.

Pronto cumpliría cincuenta años. Hacía unos años, su vida había estado marcada por la duda de si debía dejar la policía y buscar otra profesión, tal vez como guardia de seguridad en alguna empresa. Incluso había estado recortando anuncios que, con una determinación poco firme, había terminado por desechar. Ahora sabía que aquello nunca sucedería. Él era policía, y seguiría siéndolo. Tampoco podría abandonar Ystad. Ocuparía su despacho durante otros diez años, como mínimo. Transcurrido este periodo, atravesaría las puertas de la comisaría por última vez, como agente jubilado. El tiempo le mostraría lo que habría de ocurrir después.

Pero ¿cómo lograría resistir esos años? Oteaba el horizonte con la esperanza de hallar una respuesta. Pero el mar no le devolvía más que el mudo vaivén de las olas.

Pensaba que la situación se volvería cada vez más dura, que el número de personas marginadas, de jóvenes cuya única herencia sería la sensación de estar de más en el mundo, no cesaría de crecer. Las rejas y los manojos de llaves serían las señas de identidad de los años venideros.

Y pensaba, asimismo, que la profesión de policía no consistía sino en oponer resistencia; en, pese a todo, combatir aquellas fuerzas negativas con su tenacidad.

Pero era consciente de que aquella respuesta no bastaba. Tal vez ni siquiera fuera cierta. Los políticos suecos eran, en su mayoría, intachables; los sindicatos no estaban controlados ni por la mafia ni por bandas criminales. Los empresarios suecos no iban armados ni los trabajadores solían manifestarse garrote en mano. Pero la brecha que dividía la sociedad era cada vez mayor. Tal vez ocurriese como con las elevaciones de aquel terreno, que se producían de forma tan lenta que apenas se notaban. Pese a todo, allí estaba el abismo manifiesto. Una nueva clasificación de los habitantes del país: los que eran necesarios y aquellos de los que podía prescindirse. Y ser policía en aquella realidad significaba tener en cuenta que las alternativas entre las que se podía elegir serían cada vez más complejas. Continuarían manteniendo limpia la superficie, en tanto que la suciedad permanecería en el fondo, como sedimento del aparato social.

Todo se tornaría más arduo y no le quedaba más que contemplar con angustia los años que tenía ante sí.

Posó la mirada en el bote de Westin.

Resolvió que no podía quedarse allí mucho más tiempo. Westin lo había animado a que se lo tomase con calma, pero ya había transcurrido un buen rato.

Aun así, había algo que lo retenía. Quizá la sensación de hallarse en la torre invisible del archipiélago. El panorama, la amplitud del paisaje, la experiencia de hallarse en el centro de sí mismo.

De buena gana se habría quedado un poco más, pero no quería poner a prueba la paciencia de Westin. Poco a poco y con cautela, comenzó a descender por los riscos.

En el camino de vuelta, se detuvo aún unos minutos junto al antiguo asentamiento. Las piedras yacían aquí y allá y le pareció que quisiesen regresar al lugar del que una vez fueron recogidas.

Ya en la playa, se hizo con una lasca de aquellas piedras y se la guardó en el bolsillo, como recuerdo. Continuó después hacia el lugar en el que había desembarcado.

Westin lo vio venir y comenzó a navegar hacia las rocas.

Cuando estaba a punto de subir a bordo, notó que empezaba a nevar.

Al principio no eran más que copos aislados, pero no tardaron en caer muchos más.

El temporal venía del noreste y se dirigía a gran velocidad hacia las islas más exteriores del archipiélago. La temperatura había descendido y estaban a varios grados bajo cero.

Se acercaba el invierno, ya se marchaba el otoño.

Wallander subió a bordo. La embarcación giró para alejarse. Él permaneció un rato contemplando los grupos de islas que, poco a poco, se desdibujaban tras la espesa capa de nieve.

Al día siguiente, el domingo 27 de octubre, emprendió el regreso a Ystad.

Allí no nevaba.

En Escania era aún otoño.

Colofón

En el mundo de la novela hay cierta libertad. Lo que se describe pudo haber ocurrido tal y como se narra. Pero tal vez ocurrió, a pesar de todo, de una manera algo distinta.

Estas palabras, que figuran en el colofón a La quinta mujer, merecen repetirse, pues siguen siendo válidas.

Entre dichas libertades se cuentan, pues, todas aquellas que me tomo cuando escribo. En este caso, por ejemplo, la visión que aquí ofrezco de la organización interna del servicio de clasificación y distribución de Correos, así como la extensión y el alcance de las diversas rutas de reparto. Debo subrayar, en este sentido, que mi relación particular con los funcionarios comarcales de Correos es la mejor que quepa imaginar. Ni que decir tiene que ninguno de los personajes de esta novela está inspirado en modelos reales.

Por otro lado, no se limitan a esto las libertades que me he permitido. Así, he desplazado de su auténtica localización geográfica algunas carreteras, que además he prolongado o acortado según las necesidades del relato; he rediseñado un parque natural de modo que quienes se guiasen por las indicaciones aquí contenidas se extraviarían sin remedio; asimismo, quizás aparezca alguna que otra hormigonera que meta más ruido de lo normal. Finalmente y sin la previa autorización de nadie, he creado una asociación local a la que senté a cenar en una celebración. Todo ello, entre otras muchas invenciones.

Pero la historia se sostiene precisamente por eso.

Es decir, que la mayor de las libertades que me he tomado ha sido, precisamente, la de haberla escrito.

Henning Mankell

Stenheidan, abril de 1997

1. Carl Michael Bellman (1740—1795), poeta sueco muy popular, autor, entre otras, de la obra poética, que él mismo había musitado e interpretaba a la guitarra, Fredmans epistlar (Epístolas de Fredman), parodia del estilo epistolar bíblico en la que Fredman, pastor de la orden del dios Baco, se dirige a sus «hermanos». (N. de la T.) [↑](#footnote-ref-1)
2. En Suecia no se celebra propiamente el día de San Juan, sino el solsticio de verano. Además, no siempre cae el mismo día, pues trasladan el día festivo al sábado más cercano al 21 de junio. (N. del E.) [↑](#footnote-ref-2)
3. Véase La leona blanca, Tusquets Editores, colección Andanzas 507, Barcelona, 2003. (N. del E.) [↑](#footnote-ref-3)
4. En Suecia, el tuteo entre personas desconocidas es habitual. Así pues, en la traducción mantenemos este rasgo, pese a que puede resultar llamativo para el lector de habla hispana. (N. de la T.) [↑](#footnote-ref-4)
5. Véase La quinta mujer, Tusquets Editores, colección Andanzas 408, Barcelona, 2000. (N. del E.) [↑](#footnote-ref-5)
6. Véase El hombre sonriente, Tusquets Editores, colección Andanzas 523, Barcelona, 2003. (N. del E.) [↑](#footnote-ref-6)
7. Cantautor sueco (1937—1985) muy conocido por sus interpretaciones de las Epístolas de Fredman. (N. de la T) [↑](#footnote-ref-7)
8. Véase La falsa pista, Tusquets Editores, Colección Andanzas 456, Barcelona, 2001.

   (N. del E) [↑](#footnote-ref-8)
9. Véase La leona blanca, Tusquets Editores, Andanzas 507, Barcelona, 2003, y Los perros de Riga, Tusquets Editores, Andanzas 493, Barcelona, 2002. (N. del E.) [↑](#footnote-ref-9)
10. Forma abreviada y popular de Systembolaget, únicos establecimientos comercia les suecos con licencia para la venta de bebidas alcohólicas. (N. de la T) [↑](#footnote-ref-10)
11. Estado del bienestar logrado gracias a las medidas de cobertura y protección social adoptadas por la socialdemocracia sueca en los años treinta. (N. de la T) [↑](#footnote-ref-11)
12. Det Kongelige Teater, Teatro Real de Copenhague. (N. de la T) [↑](#footnote-ref-12)
13. Véase La falsa pista, Tusquets Editores, colección Andanzas 456, Barcelona, 2001.

    (N. del E.) [↑](#footnote-ref-13)